JULIO ANGUITA
JUAN ANDRADE

ATRACO A LA MEMORIA

Un recorrido histórico por la vida política de Julio Anguita



JULIO ANGUITA
JUAN ANDRADE

ATRACO A LA MEMORIA

Un recorrido histórico por la vida política de Julio Anguita



Akal / Anverso

Julio Anguita / Juan Andrade

ATRACO A LA MEMORIA

Un recorrido histórico por la vida política de Julio Anguita



Este libro es un recorrido por la vida política de una de las figuras más relevantes y sin duda atípicas de la izquierda española, Julio Anguita. En él, el antiguo coordinador general de Izquierda Unida y actual impulsor del Frente Cívico «Somos Mayoría», recuerda y valora sin tapujos su propia experiencia política, el proyecto que quiso desarrollar y el tiempo hostil al que tuvo que hacer frente. Lo hace a partir de las incisivas preguntas que le formula el historiador Juan Andrade, quien, además de contextualizar cada uno de los episodios sobre los que dialogan, ofrece un esbozo biográfico y un ensayo crítico acerca de la concepción política de Julio Anguita.
Según avanza la lectura van surgiendo las sombras del franquismo, las expectativas y frustraciones de la transición, la alcaldía de Córdoba, la vacuidad del discurso de la modernización de los ochenta, la caída de la URSS,
la hegemonía del neoliberalismo en los noventa, el Tratado de Maastricht, la teoría de las dos orillas, el *sorpasso,* los gobiernos de Felipe González y José María Aznar y las múltiples crisis de Izquierda Unida.
Esta remisión al pasado, cruce de historia y memoria, resulta urgente para quienes como Julio Anguita piensan que intervenir políticamente en estos momentos de crisis integral del país y posibilidad de cambio pasa por responder en primer lugar a una pregunta muy clara: ¿cómo ha sido posible que hayamos llegado hasta aquí? Por eso, y porque también se habla expresamente de él, este libro trata del presente: de la crisis del llamado Régimen del 78, la Unión Europea, la irrupción de Podemos, la agonía de Izquierda Unida y sobre cómo promover un cambio de país a la luz de varias décadas de avances y derrotas de los proyectos de cambio.

Julio Anguita (1941) tiene una amplia trayectoria política a su espalda que ha hecho de él una de las figuras más destacadas de la izquierda española. De 1979 a 1986 fue alcalde de Córdoba. De 1986 a

1989 fue diputado autonómico en el Parlamento de Andalucía. De 1989 al 2000 ocupó escaño en el Congreso de los Diputados y fue candidato a la presidencia del Gobierno en las sucesivas citas electorales. En la década de los noventa asumió las máximas responsabilidades en el Partido Comunista de España e Izquierda Unida, imprimiendo en ambas organizaciones una orientación política muy característica. Del PCE fue secretario general entre 1988 y 1998. De Izquierda Unida fue coordinador general de 1989 al 2000. Tras dejar la representación institucional y los cargos internos de responsabilidad en ambas organizaciones, Julio Anguita ha seguido muy activo en la política de base, participando sobre todo en movimientos sociales e iniciativas ciudadanas. Con un grupo de compañeras y compañeros constituyó el Colectivo Prometeo, participó en el movimiento Unidad Cívica por la República y actualmente está entre los principales impulsores del Frente Cívico «Somos Mayoría».

Juan Andrade (1980) es doctor en Historia Contemporánea y profesor en la Universidad de Extremadura. También ha sido profesor de Geografía e Historia en el programa Secciones Bilingües en Países del Este del Ministerio de Educación de España y ha realizado estancias de investigación en varias universidades europeas, en Estados Unidos y en América Latina. Su trayectoria investigadora se ha centrado en el estudio de los medios de comunicación, los movimientos sociales, las ideas políticas y los partidos de la izquierda en el tardofranquismo y la transición. Su libro *El PCE y el PSOE en la transición* [Siglo XXI de España, 2012] se ha convertido en lectura imprescindible y de referencia desde su publicación.

Diseño de portada
RAG

Nota editorial:
Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:
Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4292-1

Introducción

El título de este libro lo sugirió Julio Anguita una mañana de junio de 2013, cuando iniciamos la primera de las entrevistas. Una semana antes yo le había mandado por correo electrónico un cuestionario con la idea de que nos sirviera de guía temática y cronológica para ordenar el diálogo. El cuestionario debió de parecerle incisivo, pues cuando terminamos de montar el equipo para la grabación fue él quien dijo: «bueno, vamos a empezar con este atraco a la memoria que has preparado».

La expresión me resultó sugerente, porque remitía a dos propósitos que perseguía con aquellas entrevistas: recuperar una parte de la memoria de Julio Anguita sobre los últimos cincuenta años de la historia de España, particularmente sobre su experiencia política y personal al frente del Partido Comunista de España y de Izquierda Unida, y hacerlo con sigilo y sin conmiseraciones, como se perpetran los buenos atracos.

Julio Anguita tenía ganas de hablar, de hablar sobre el tiempo vivido y de explicarse. El lector se encontrará en este libro con la valoración que Julio Anguita hace de acontecimientos y procesos conocidos y, sobre todo, con la significación que da a su experiencia. Pero además se encontrará con datos hasta ahora desconocidos que servirán para comprender mejor algunos de esos acontecimientos y procesos: se encontrará con nuevos niveles de facticidad, que diría con afán técnico el historiador; con algunas primicias, que diría el periodista deseoso de generar intriga.

El lector leerá declaraciones de Julio Anguita que no han pasado por el filtro del cálculo electoral o la presión de la coyuntura: el relato de una persona que habla con la libertad de quien ya no es cargo público ni dirigente de partido, y no viste, por tanto, la camisa de fuerza de los consensos del colectivo al que representa. Tengo la seguridad de que Julio Anguita no dijo todo lo que pensaba durante sus años al frente del PCE e IU, atado como estuvo a los silencios que le imponía el difícil equilibrio de fuerzas de su organización o que decidió imponerse. En este libro encontramos a un Julio Anguita con ganas de contar algunas cosas que en su día tuvo que callar.

No he visto en este ejercicio de memoria de Julio Anguita un ajuste de cuentas con el pasado, aunque en él se cobra varias piezas sustanciosas.

Creo que más bien le ha orientado el deseo –que suele sobrevenir al cabo de mucho tiempo– de poner las cosas en el sitio donde él cree que estuvieron, la preocupación de que la sombra tan variable del pasado no quede dislocada por efecto de su silencio. También el deseo de constatar que en su opinión el paso del tiempo le ha venido a dar la razón en algunas posiciones que otro tiempo, ya lejano y hostil, se resistió a reconocerle.

Las entrevistas tuvieron lugar en la casa de Julio Anguita en Córdoba los días 4 de junio de 2013, 29 de octubre de 2014 y 6 de febrero de 2015. Cerramos el diálogo con otra después de las elecciones autonómicas y municipales del 24 de mayo de 2015[1]. El lugar de las entrevistas lo propuso él y fue premonitorio de hasta dónde han llegado las conversaciones, el acceso a su casa fue el correlato espacial de la accesibilidad a su memoria.

Como me dio permiso para publicar casi todo lo que me contó, doy por hecho que ese permiso vale también para que me refiera al lugar donde me lo contó. La casa de Julio Anguita está en un barrio popular del centro de Córdoba, el mismo barrio donde pasó su infancia. Se trata de una antigua casa solariega cubierta con tejas árabes, de tres alturas y fachada encalada, en la que destaca un blasón noble tallado en piedra. La casa da cabida hoy a varias viviendas familiares. La vivienda de Julio Anguita y su mujer está en la planta baja, según se entra a mano derecha, dejando de frente el típico patio comunitario andaluz decorado con azulejos y plantas. El edificio hace esquina y da a dos calles estrechas más o menos concurridas y abiertas al tráfico. Como la casa de Julio Anguita es un bajo, el murmullo de la calle se cuela en el salón y desde una de las ventanas se ve pasar la sombra de la gente. Es una casa pequeña. Como esto de los tamaños es algo relativo y depende de la escala que se utilice, seré más preciso. La casa de Julio Anguita es una vivienda más pequeña que muchas de las viviendas de las llamadas clases medias españolas. El mobiliario es básico y funcional y la decoración sencilla. Si no fuera por lo corrompida que está la palabra, diría que es una casa austera. El único exceso es la cantidad de libros que sobresalen de las paredes de su despacho, en una especie de *horror vacui* que sugiere el vértigo que, nos cuenta, le produce el vacío que deja la ignorancia.

Hay una estrecha correspondencia entre la concepción política de Julio Anguita y su lugar de residencia. Estamos ante un ex dirigente político que

al dejar la alta política dejó con ella la vida capitalina para volver a sus orígenes. Estamos ante un dirigente de la izquierda que ha hecho de su vida privada un gesto más de militancia, que renunció a su pensión de ex diputado y vive por debajo de sus posibilidades. Se trata de un ex dirigente político que en lugar de vivir parapetado a resguardo de los comunes vive en una comunidad de vecinos y en una vivienda que a veces se confunde con la calle. Pero que nadie se engañe, Julio Anguita es una persona que vive entre la gente corriente, pero que marca las distancias. Es seco en el trato con los desconocidos y cortante cuando le importunan. No le gusta estar por encima, pero sí alejado. Julio Anguita pasa horas leyendo en el sillón al lado de la ventana del salón, al mismo nivel que la gente de la calle, pero la cortina siempre está corrida.

Las entrevistas que hice a Julio Anguita las hice desde mi perspectiva de historiador. Me movía el interés por recuperar el testimonio de un protagonista fundamental de un periodo tan intenso y convulso en la historia de España, como es el que va de finales de la dictadura de Franco a la crisis actual, pasando por los años apasionantes y desapasionantes de la transición y las décadas centrales de los ochenta y noventa. Hay varios libros muy interesantes de conversaciones de Julio Anguita, sobre todo con periodistas[2]. Hablan de algunos de los temas que se hablan aquí o de aspectos de su vida personal. La especificidad de este libro radica en la perspectiva histórica: en la voluntad de realizar un recorrido por la vida política de Julio Anguita al calor de los principales acontecimientos de la historia de este país y, viceversa, en mi voluntad de realizar un recorrido por la historia reciente de España utilizando como hilo conductor la figura y el testimonio de Julio Anguita.

Mi condición de historiador que pregunta y la condición de Julio Anguita como protagonista que recuerda remiten a las complejas relaciones entre historia y memoria. Como han corrido ríos de tinta sobre tan polémica relación no voy a anegar esta introducción con más literatura. Diré, para que el lector se sitúe, que las propuestas que más me seducen a propósito de este conflictivo binomio son las de Paul Ricoeur y Enzo Traverso, para quienes la memoria y la historia pueden ser dos formas compatibles de aproximación al pasado, siempre y cuando se preserve la autonomía de cada una de ellas y se sepa sostener una tensión dialéctica entre ambas[3].

La memoria, dice Pierre Nora, tiene a veces la fuerza que da la pretensión de agarrar la verdad de lo vivido y la osadía de enfrentarse a los relatos de la academia que no quieren, no saben o no pueden dar cuenta de ello. La historia pretende ser una forma probatoria y crítica de aproximación al pasado. Probatoria en la medida que pretende demostrar documental y racionalmente sus afirmaciones. Crítica, entre otras cosas, porque su proceder obliga, o debería obligar, a mirar con cautela o desconfianza esas pruebas del pasado, entre las que se encuentran los testimonios de los protagonistas, como es el caso.

De esa garra que tiene la memoria y de esa cautela crítica que caracteriza a la historia, de ese proceder técnico con que la historia captura aspectos del pasado y de esa experiencia viva y técnicamente inasible que transmite la memoria, de ese maridaje, de esa dialéctica, de la porosidad entre una y otra, podría surgir un relato realmente potente. Semejante potencia creo que está sugerida en el libro, más por la memoria de Julio Anguita, que es una memoria fuerte y disidente con los relatos al uso, que por mi aportación historiográfica. En el libro no trato de ofrecer una historia exhaustiva de los últimos 50 años de España, ni siquiera del papel que ha jugado en ella Julio Anguita. Mi propósito ha consistido en capturar y contextualizar históricamente su testimonio para ponerlo a disposición de cualquier persona.

El primer paso consistió en ayudar al despliegue de la memoria de Julio Anguita. Lo hice con las herramientas propias del oficio: preguntas previamente documentadas que pudieran tirar del hilo de la maraña que suelen formar los recuerdos. Pero, como de un atraco estamos hablando, también acudí a las entrevistas con otras preguntas escondidas en la manga, que traté de sacar de improviso para llevarme algún recuerdo sin permiso del entrevistado. El segundo paso consistió en transformar el testimonio hablado de Julio Anguita en un documento, en reproducir ese gran salto que va de la oralidad a la palabra escrita, colmatando a veces el vacío que en la transcripción deja la gestualidad.

En tercer lugar, mi trabajo ha consistido en contextualizar el testimonio de Julio Anguita con introducciones históricas y notas a pie de página que remiten a documentos y bibliografía más amplia sobre los temas abordados. En mi conversación con Julio Anguita, que constituye el cuerpo central del libro, he tratado de acompañar su narración ofreciendo algunos marcos

explicativos que ayudasen a comprender el pasado al que se remite e introduciendo glosas que pudieran confrontar determinados saberes históricos con su memoria de los hechos. Esas introducciones están concebidas como una voz en *off* y tienen por ello una tipografía distinta. Van, al igual que mis preguntas, en cursiva. Están elaboradas sobre todo con afán didáctico y orientadas no solo, pero sí sobre todo, a los lectores que no vivieron esos acontecimientos. También tienen, por supuesto, un tono ensayístico y en ellas muestro, conscientemente, mi propia interpretación de los hechos.

El libro ofrece, por tanto, dos narrativas que a veces se superponen, otras se entrecruzan y en ocasiones chocan. La narrativa de la memoria de Julio Anguita y la narrativa histórica de la que sintéticamente yo he tratado de hacerme cargo. Pero un interés añadido radica en el hecho de que la persona que rememora, Julio Anguita, es también un historiador en al menos dos sentidos: en el sentido de que se ha formado académicamente en el oficio y en el sentido de que durante su relato aplicó con frecuencia los procedimientos probatorios de la historia. Su narración está llena de referencias a documentos congresuales, actas de reuniones o cartas particulares que ha ido almacenado durante todos estos años y que ahora esgrime –con la ilusión de quien conserva un pedazo del pasado en sus manos– como prueba evidente de lo que dice. Sin duda su doble condición de protagonista e historiador sobrevenido de unos mismos hechos le sitúa en la cuestionable posición de ser juez y parte. Para quienes no creemos en la exclusividad de los roles, agradecemos también, sin perder la cautela, que el testigo haya ayudado aportando documentos en la instrucción del caso. En este sentido, Julio Anguita ofreció durante las entrevistas la posibilidad de hacer uso de esos documentos y de ir pensando en la forma de integrarlos en un archivo.

Esta es una entrevista realizada por un historiador a un dirigente político, pero es también una entrevista realizada por alguien que tiene ideas políticas, las cuales inspiran su forma de escribir la historia. La aclaración puede parecer gratuita, pues, pese a tanto y tan torpe disimulo, no hay historiador que no tenga ideología, ni que esté liberado de ella en el ejercicio de su oficio. Decía E. P. Thompson que cuando un historiador se halla inmerso en la delimitación técnica del pasado es bueno que se embride ideológicamente, pero que luego resulta inevitable identificarse o no con los

personajes de la narración, y que muchas veces es en esta identificación en la que radica la fuerza de verdad de su relato[4]. Por las pretensiones ya señaladas del libro, me he permitido el lujo de andar con las riendas ideológicas más sueltas. Sobre mis afinidades o discrepancias políticas con Julio Anguita no explicitaré nada. El lector se irá dando cuenta de ambas. Más allá de cualquier posible identificación –sin sobreactuar y sin ánimo de quitarle el protagonismo– dialogué con él como creo debe hacerse en este oficio: buscándole contradicciones y haciendo de abogado del diablo.

Hasta aquí pareciera que este libro trata solo del pasado. Sin embargo, historia y memoria remiten siempre al presente. La neurociencia y la mejor literatura autobiográfica nos han enseñado cómo operan los complejos y sutiles mecanismos del recuerdo, cómo los hechos no quedan definitivamente grabados en la memoria de quienes los vivieron justo en el momento en el que tuvieron lugar, sino que se van definiendo y recreando en los diferentes momentos en los que el testigo los recuerda, de acuerdo con las expectativas, las necesidades, los anhelos y los estados de ánimo que atraviesa en esos momentos posteriores[5].

En este sentido, conviene tener en cuenta que el Julio Anguita que habla de la sombra del franquismo, de las expectativas y frustraciones de la transición, de la vacuidad del discurso de la modernización de los ochenta, de la caída de la URSS, de la corrupción en los noventa, de la teoría de las dos orillas o de la pinza no es el hombre que vivió cada uno de esos fenómenos, sino la persona que vive todavía con intensidad y compromiso este tiempo de crisis y esperanza de cambio de la segunda década del siglo XXI. También yo le formulé muchas preguntas desde ese mismo presente y desde mis propias expectativas y anhelos. Así, cuando en el libro se habla del Tratado de Maastricht, obviamente sobrevuela el tema de la crisis actual de la Unión Europea. Así, cuando se abordan los conflictivos debates de Izquierda Unida que se cerraron en falso durante los noventa, late la crisis brutal que hoy vive esta formación. Así, cuando se habla de la aspiración al *sorpasso* de Julio Anguita en aquella misma década, se habla desde la constatación de que esta aspiración hoy parece posible.

La conexión entre ese pasado, del que se habla, y este presente, desde el que se habla, viene dada por los paralelismos que pueden establecerse entre ambos momentos y por el hecho evidente de que uno es en buena medida producto del otro. Grandes momentos de la vida política de Julio Anguita

vuelven a ser en la actualidad objeto de debate cuando se ve a dónde nos han conducido hoy o cuando se advierte cuán análogos fueron a los procesos que ahora vivimos. Por eso en el libro se lee a Julio Anguita recordando no solo desde el presente, sino recordando conscientemente para el presente. En Julio Anguita hay una reivindicación constante de la historia como Magistra Vitae propia de un admirador de los clásicos y de un antiguo maestro y profesor que ha llevado las formas del magisterio a la política. Esta remisión al pasado reciente se ha hecho más urgente para quienes como Julio Anguita piensan que intervenir políticamente en estos momentos de crisis integral del país y posibilidad de cambio pasa por responder en primer lugar a una pregunta muy clara: ¿cómo ha sido posible que hayamos llegado hasta aquí?

Pero el presente no solo está latente en todo el libro, sino que también es abordado de manera expresa en los últimos apartados de la conversación, donde se habla de la crisis del llamado régimen del 78, de Podemos, de Izquierda Unida o de la unidad popular. En ellos el lector se encontrará con la foto fija de un momento concreto de este apasionante año político 2014-2015, tan abierto, tan inestable, muy cambiante, casi líquido, donde todo pasa y envejece muy rápido. Por tanto, se encontrará con una foto que, cuando llegue a sus manos, quizá esté algo amarillenta y acartonada. Esa foto se ha tomado en junio de 2015. La foto tendrá el interés de ver cómo los autores pensaban la realidad del momento en el momento que estaba en curso. Entrañará el riesgo de que, cuando se vea, esa realidad probablemente haya cambiado y los autores quizá puedan pensar otra cosa sobre lo que sucedió.

Mi interés por la figura de Julio Anguita se debe a muchas razones, pero sobre todo a dos que están muy relacionadas. La primera es que, a mi modo de ver, se trata de una figura atípica en la historia de la izquierda de este país, de la izquierda en general, pero también del PCE y de Izquierda Unida en particular. Por más que en el caso de IU su mandato haya sido el más prolongado de todos, visto con perspectiva no deja de ser un paréntesis en el desarrollo de la formación. Por más que Julio Anguita sea identificado comúnmente como la figura más carismática y representativa de la historia reciente de las organizaciones que dirigió, yo creo que fue una excepcionalidad: una figura incómoda aceptada durante un tiempo por su

tirón electoral y una figura, también, más venerada que secundada entre muchos de los suyos.

En segundo lugar, ese interés en Julio Anguita radica en el hecho de que se trata de un antiguo dirigente político revalorizado en este tiempo de descrédito de la llamada clase política. Un ex dirigente que conecta con varias generaciones y que conecta a gente de varias generaciones. No es casual que el dirigente más atípico de la izquierda, y aquel que fue más denostado por buena parte de ella en los noventa, sea una de la figuras más valoradas por las nuevas generaciones que hoy apuestan por el cambio político. No es casual que el dirigente que ya en los ochenta rompió en parte con la cultura política de la izquierda de la transición haya sido de los que ha salido mejor parado tras esa ruptura cultural que simbólicamente supuso el 15M. Es curioso que el dirigente de la izquierda que entonces era tachado de obsoleto por buena parte de una progresía hoy agotada sea uno de los que mejor ha envejecido.

Creo que la revalorización de Julio se debe básicamente a tres cosas. A su actitud disidente con respecto a varios de los grandes consensos que han operado en la España de los últimos 40 años, y que hoy están en crisis. A su apuesta por una forma de entender la política «a lo grande» y desde la construcción de alternativas, que hoy demanda mucha gente y que reeditan con visos de posibilidad otras iniciativas. Y a su propio carisma y coherencia, tanto más reconocidos por contraste con muchas de las grandes figuras de su época, hoy en declive, en descrédito o declarando ante los tribunales. Disenso, alternativa y ejemplaridad son tres coordenadas en las que se ha desarrollado la vida política de Julio Anguita y que hoy le han llevado de nuevo a ocupar un lugar destacado en el debate público.

Desde finales de los setenta a esta parte se levantaron en España tres ideas totémicas en torno a las cuales se tuvo danzando a la sociedad al ritmo que le marcaban los hechiceros de la tribu: la idea de la naturaleza óptima de la democracia definida en los pactos de la transición, con la monarquía a la cabeza; la idea de la integración a toda costa en Europa como el bálsamo de Fierabrás que curaría los males históricos de España; y la idea de una necesaria e ilusionante modernización del país bajo los parámetros económicos de una gran ideología de época: el neoliberalismo. Julio Anguita fue uno de los primeros dirigentes de la izquierda parlamentaria en proyectar una mirada crítica sobre la transición; fue un crítico contumaz de

la desindustrialización, las privatizaciones y las reformas laborales; y fue uno de los pocos dirigentes que, estando a favor de la Unión Europea, se opuso al hito fundamental del Tratado de Maastricht. Por eso no resulta extraño que hoy, cuando el mito de la transición hace aguas debido a la crisis orgánica del sistema político al que condujo y legitima, Julio Anguita conecte con aquellos a quienes ese relato ya ni convence ni conmueve. Por eso tampoco es extraño que Julio Anguita conecte con quienes piensan en lo difícil que resulta ejercer la democracia y hacer valer la soberanía popular y los derechos sociales en un país y en una Unión Europea tallados a golpe de neoliberalismo.

Julio Anguita fue el dirigente de una fuerza minoritaria desde la que trató de «pensar a lo grande». La expresión la he tomado de Manolo Monereo, uno de sus estrechos colaboradores al frente de Izquierda Unida. «Pensar a lo grande» implicaba humildad a la hora de reconocer lo que se era, pero ningún complejo a la hora de proyectar lo que se quería ser, y lo que se quería era ser alternativa. En sus exposiciones pedagógicas, Julio Anguita acostumbraba a diferenciar entre alternancia y alternativa. La alternancia es el procedimiento de reemplazo mecánico en el poder de una fuerza política por otra similar. La alternativa es la conquista del poder a cargo de una fuerza distinta dispuesta a aplicar un programa de gobierno radicalmente nuevo. Ese era el proyecto que Julio Anguita trató de desarrollar al frente de Izquierda Unida.

A su desarrollo se opusieron muchos obstáculos. La praxis de Julio Anguita se desarrolló en un tiempo realmente hostil. Se partía de la derrota del PCE en la transición. Enseguida sobrevino la crisis del comunismo con el desplome de la URSS. Con ello cobró fuerza un pensamiento contra-utópico naturalizado en forma de sentido común. De frente y en el gobierno estaba un vigoroso PSOE que aspiraba a monopolizar el espacio de la izquierda y a quien no pasaban factura electoral muchas de sus decisiones contestadas en la calle. De frente y en la oposición estaba el Partido Popular, que rentabilizaba poco a poco el desgaste de los socialistas, dando forma a un bipartidismo favorecido por la ley electoral donde resultaba muy difícil meter cuña. Detrás había mucha gente de izquierda que, ante el ascenso del PP y la fuerza del bipartidismo, pensaba que debía «votar a lo malo para evitar lo peor». De fondo había una mayoría social ilusionada con el proyecto de la modernización, participando de su imaginario,

disfrutando de algunos de sus beneficios, sufriendo sus estragos, atada a sus hipotecas y asustadiza con respecto a las alternativas. Entre medias, unos medios de comunicación hostiles o nada afines.

Estos obstáculos se interiorizaron de distinta forma en Izquierda Unida. Para unos marcaban un límite imposible de franquear, que obligaba a moderar las expectativas y a buscar una alianza con el PSOE que tirase de él hacia la izquierda. Para otros, como Julio Anguita, esos límites se podían quebrar atacándolos de frente, de costado y por abajo. Ante el repliegue ideológico al que empujaba la época del fin de las ideologías, se defendía la vigencia de las aspiraciones clásicas, pero expresadas en un lenguaje renovado y concretadas en un programa que suscitara adhesión. Ante la tentación de sumisión a un PSOE vigoroso, la consideración de este partido como un adversario a quien sobrepasar a medio plazo. Ante el miedo o la pereza de la sociedad, la política concebida como mayéutica y como movilización que galvaniza y cambia conciencias: la intuición de que en la gente corriente hay latente un sentido común trasformador con el que se conecta cuando uno se explica con claridad.

Este proyecto a lo grande se vio limitado por las durísimas circunstancias expuestas, pero también por la propia Izquierda Unida: por su escaso grado de cohesión en torno al mismo, por sus insuficientes mecanismos y espacios de relación directa con la gente y a veces también por la confianza excesiva en que este proyecto pudiera abrirse paso por la fuerza de su simple racionalidad. Sin duda, como máximo dirigente de Izquierda Unida, Julio Anguita tuvo mucha responsabilidad en todo ello.

En cualquier caso, la revalorización de Julio Anguita no es casual en un tiempo como el de hoy en el que parece posible quebrar el bipartidismo con un nuevo lenguaje y a impulso de un amplio sector de la sociedad por ahora con sed de cambio. Lo de la concreción programática alternativa parece que hoy está más lejos del modelo de Anguita. No creo que estos sean tiempos fáciles para el cambio, pero se ha abierto un momento de oportunidad: una brecha por la cual se ha colado también la memoria de un dirigente político que en su día trató de forzarlo.

La tercera razón por la que Julio Anguita es hoy un ex dirigente revalorizado radica en su forma de comunicación política y en su forma de vida. Julio Anguita es un político crecido en la disputa e indiferente (incluso antipático) ante el halago. Esa actitud muestra una personalidad política

fuerte y muy segura de sí misma, difícil pero no vanidosa. Ese porte se complementa con una capacidad de comunicación refinada, basada en la explicación racional, directa, serena, reiterativa y didáctica de sus propuestas. Una forma de comunicación que contrasta con la retórica habitual de los políticos profesionales, que se mueve entre la frase prefabricada del asesor, la jerga técnica, la visceralidad calculada o desatada y el desatino gramatical.

Finalmente, un valor añadido de Julio Anguita es su forma de vida, máxime si se compara con los dirigentes de hoy y sus interlocutores de entonces. Estamos en un tiempo de corrupción en la política y de corrupción de la política. Utilizo el término corrupción en un sentido amplio, que va más allá de la vulneración de la ley y que tiene que ver con algo tan básico y frecuente como es el uso de lo público en beneficio propio. Frente a ello, la figura de Julio Anguita emerge con la fuerza de la excepcionalidad. Se trata de un ex dirigente político que no ha cruzado puertas giratorias y que a diferencia de lo que suele ser tan habitual en la izquierda no ha hecho de su compromiso originario un ascenso social. El contraste es evidente con los adversarios de su época: Felipe González y José María Aznar, que conjugan sus sueldos de ex presidentes con la participación en consejos de administración de grandes empresas, o con Jordi Pujol, que escondía una fortuna en paraísos fiscales. Pero también lo es con respecto a tantos dirigentes de la izquierda o del mundo sindical, que utilizaron sus cargos de trampolín para alcanzar una remuneración y sobre todo un estatus que no les permitían ni su formación ni su trayectoria laboral.

La estructura del libro es muy sencilla. El cuerpo central y la parte más extensa es el diálogo entre Julio Anguita y yo, en el que tiene lugar ese cruce de historia y memoria a propósito de al menos medio siglo de historia de España. Esa parte está flanqueada por otras dos complementarias. En la que precede al diálogo realizo un esbozo biográfico de Julio Anguita, que puede servir para acercarse a los detalles de su testimonio desde una panorámica general previa. En la que sigue a la entrevista hago una síntesis interpretativa del pensamiento y el proyecto político de Julio Anguita. El libro se cierra con un epílogo de Julio Anguita, un texto de intervención política que precisamente también lo es de historia, que toma impulso de la lectura crítica del pasado y apunta hacia el cambio.

El lector tiene por delante el amplio e interesantísimo testimonio de una de las figuras más relevantes de la política española de las tres últimas décadas y, sin duda, de las figuras más excepcionales de la izquierda de este país. Pero este testimonio contiene además la memoria de las luchas, esperanzas y proyectos alternativos de las mujeres y los hombres que anduvieron con él. Con la intención de sacarla a flote se ha construido sobre todo este trabajo.

[1] Las tres primeras entrevistas de más de 20 horas de duración fueron grabadas con el soporte técnico de Juan Francisco Blanco, de www.enblanco.eu. Las posteriores al 24 de mayo de 2015 fueron realizadas por teléfono y correo electrónico.

[2] Julio Anguita y Rafael Martínez Simancas, E*l tiempo y la memoria,* Madrid, La esfera de los libros, 2006. Julio Anguita y Carmen Reina, *Conversaciones sobre la III República,* Córdoba, El Páramo, 2013, Julio Anguita y Julio Flor, *Contra la ceguera. Cuarenta años luchando por la utopía*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2013. También está el libro de conversaciones sobre la actualidad Julio Anguita y Juan Carlos Monedero, *Conversaciones entre Julio Anguita y Juan Carlos Monedero,* Madrid, Icaria, 2013.

[3] Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido,* Madrid, Trotta, 2003 y Enzo Traverso, *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política,* Madrid, Marcial Pons, 2007.

[4] E. P. Thompson, *Miseria de la Teoría,* Barcelona, Crítica, 1981, pp. 72 y 73.

[5] Véase, como un excepcional y dramático ejemplo de ello, la trilogía monumental de Primo Levi, *Trilogía de Auschwitz,* Madrid, El Aleph, 2005.

Julio Anguita. Esbozo para una biografía política

Julio Anguita nació el 21 de noviembre de 1941 en la localidad malagueña de Fuengirola. A los tres meses se trasladó a Sevilla, donde vivió dos años. De allí se fue con sus abuelos paternos a Galicia, concretamente a Villagarcía de Arousa, porque su padre, acompañado más tarde de su madre, fue destinado a los Pirineos para combatir a la Guerrilla antifranquista promovida en buena medida por el PCE, el partido del que Anguita sería muchos años después secretario general.

En 1947 regresó a Córdoba, donde residió, salvo algunos paréntesis, hasta finales de los ochenta, y de donde siempre se ha sentido. El sentido de pertenencia está muy ligado a la infancia. Ahí están los recuerdos sevillanos de Antonio Machado o la patria de Rilke. Julio Anguita recuerda con satisfacción la infancia vivida en la misma calle donde ahora, al cabo de tanto tiempo, ha vuelto a residir. Decía Max Aub que «uno es de donde ha hecho el bachillerato». Julio Anguita vivió también ese tiempo intenso en Córdoba. Allí trabajó luego de maestro, allí se casó, allí tuvo su primer hijo. De Córdoba fue alcalde durante siete años y a Córdoba regresó después de dejar la Coordinación General de IU.

La identidad territorial de Julio Anguita es una identidad fuerte, andaluza y cordobesa, llevada a gala sin histrionismos folclóricos. Una identidad cultural que, nos cuenta, tiene mucho que ver con las canciones de Carlos Cano y nada con la Romería del Rocío. La vinculación con su tierra y su ciudad es una vinculación íntima, marcada por el recuerdo del tiempo allí vivido y reafirmada por el contraste con el ritmo vertiginoso de los años en Madrid, a donde nunca se acomodó. También es una vinculación pública, asentada en la identificación, muy selectiva, con acontecimientos y figuras de la historia de Córdoba y Andalucía.

Julio Anguita nació y se crio en el seno de una familia de militares. Su bisabuelo fue Guardia Civil. Su abuelo perteneció al cuerpo de Carabineros. Su padre fue subteniente del ejército de Franco y combatiente contra el Maquis. La de Julio Anguita ha sido una familia de militares algo *sui generis*. Su padre no tenía tan arraigado el elitismo social característico de los mandos medios del ejército. Su abuelo, una persona fundamental en la educación intelectual y afectiva de Julio, no tenía formación académica,

pero sí un aprecio por la cultura muy alejado del arquetipo castrense. No en vano, terminó siendo ayudante de bibliotecario del Real Círculo de la Amistad de Córdoba. Julio Anguita cuenta el estímulo a la lectura que recibió de su abuelo desde la infancia y el acceso preferente que tuvo a los fondos de la biblioteca. La de Julio Anguita fue una familia de militares algo diferente, pero fue una familia de militares en el franquismo. Los valores domésticos eran conservadores y estaban en sintonía con los del Régimen.

Otro espacio de socialización fundamental de Julio Anguita fue la escuela privada del nacional catolicismo, con la cruz y la foto del caudillo presidiendo el aula. Julio Anguita estudió en la Academia Hispana de Córdoba, donde entró como párvulo y salió de bachiller superior. Pese a las directrices educativas oficiales, Julio disfrutó allí de buenos maestros y profesores, varios de ellos supervivientes a la purga de la dictadura sobre el colectivo y otros que en algunos momentos de clase regresaban de su exilio interior. Julio fue desde niño un alumno estudioso y correcto de trato. Allí probablemente se fraguó su interés por la docencia. También se asentaron sus fuertes creencias religiosas, que le venían sobre todo por su abuelo.

El hábitat municipal, la Córdoba del franquismo, era el característico de una ciudad de provincias del Sur de España, de jerarquías marcadas, monotonía cultural y mecanismos cotidianos de control social. Una ciudad escarmentada en la Guerra Civil y la posguerra por su pasado izquierdista y por donde ahora se señoreaban las sotanas y los terratenientes de la Vega del Guadalquivir. Pero también era la Córdoba de los barrios populares, del Cañero y La Magdalena, donde vivió Julio Anguita, con vida de calle y al aire libre. Era también la Córdoba de los artesanos, las tabernas, las prostitutas, los cantaores, las reyertas de navaja y las solidaridades de barrio entre la gente humilde.

Julio Anguita pasó su infancia y adolescencia en estos tres espacios: una familia de derechas, la escuela del nacional catolicismo y la Córdoba de provincias bajo mando de los jerarcas del régimen. Tres espacios *a priori* nada fáciles para el despertar de una conciencia avanzada. Pero tres espacios en los que había importantes fisuras de libertad: una familia de militares, pero con resabios conservadores de justicia y aprecio por la lectura; la escuela nacional católica, pero con maestros de buena formación

y reminiscencias republicanas; y la ciudad de provincias sometida a control y represión, pero con sus barrios populares más libres.

Terminado el bachillerato con buenas notas, y descartada la posibilidad de ingresar en el seminario, Julio Anguita entró en la Escuela de Magisterio. Hubiera preferido hacer Filosofía y Letras, pero entonces no había universidad en Córdoba y no disponía de recursos para ir a Sevilla o Granada. Durante sus años de Magisterio, a caballo entre la adolescencia y la primera juventud, ese momento en el que uno empieza a decidir quién quiere ser, Julio Anguita entró en un proceso de extrañamiento con respecto a los valores y las instituciones que hasta entonces le habían parecido naturales. La ruptura definitiva, la disidencia frontal con el Régimen y la toma de conciencia política, se produjo durante sus primeros años de maestro por los pueblos de la provincia. Allí sufrió las malas condiciones de los maestros y conoció la miseria de la gente del campo. Aquello le llevó a cuestionarse el orden social de la época y el régimen político que lo sostenía. También la bendición que uno y otro recibían por parte de la Iglesia. Sus creencias sufrieron una fuerte sacudida y terminó perdiendo la fe. En uno de esos pueblos, en Montilla, coincidió con el profesor y dramaturgo Rafael Balsera del Pino, una influencia capital en su vida, quien le abrió a un universo nuevo de pensamiento, lecturas y referencias culturales.

Entonces dio el salto al compromiso político antifranquista. Con otros maestros pasó a militar en la Comuna Revolucionaria de Acción Social, un grupo de tendencia libertaria dedicado más al debate ideológico que a la acción social. Son los años que van de 1967 a 1969. En medio está 1968, fecha simbólica para las nuevas izquierdas y para una nueva generación de militantes. De su paso por la Comuna Julio Anguita se llevó una pulsión libertaria que incorporó luego a su concepción comunista, y de donde bebe, en parte, su marxismo atípico y su recelo hacia el rito. De la Comuna se distanció hastiado de la elucubración ideológica socialmente inane. Antes empezó a aproximarse al PCE, atraído, como nos dice, por su consistencia organizativa, la capacidad de entrega de sus militantes y su historia heroica. Lo hizo de la mano de su cuñada, que era militante del partido. Finalmente, en septiembre de 1972, Julio Anguita cogió oficialmente el carné del PCE. Entre militancia y militancia se casó en 1969 con Antonia Parrado y tuvo su primer hijo en 1971, Julio Anguita Parrado.

En los años siguientes Julio Anguita pudo ampliar, gracias a un programa del Ministerio de Educación, sus estudios en Sevilla y Barcelona, donde terminó especializándose en Historia Moderna y Contemporánea en 1973. De vuelta a Córdoba asumió tareas de extensión del PCE por los pueblos de la sierra de Bélmez. También practicó «el entrismo»: la estrategia de «Caballo de Troya» del PCE que consistía en ocupar las estructuras sindicales de la dictadura para enfrentarlas al Régimen. Con ese propósito participó en el Servicio Español de Magisterio del sindicato vertical. También fue muy activo en los debates a nivel provincial del Manifiesto-Programa del PCE en 1975, el documento en el que se fijaban las líneas estratégicas del partido que apenas fueron observadas en la transición. En los debates sobre el Manifiesto Programa Julio Anguita empezó a dar forma a una concepción política entendida como elaboración colectiva, una concepción basada en el debate y la síntesis como principio vinculante. Más tarde cobraría conciencia de cuán fácilmente quedan los programas en papel mojado y de la peligrosa deriva que se produce cuando dejan de ser el referente de la práctica de los partidos.

El 20 de noviembre de 1975 murió en la cama Francisco Franco. Con la muerte del dictador se abrieron muchas expectativas entre la izquierda. Ese mismo año Julio Anguita fue cooptado para formar parte del Comité Provincial del PCE de Córdoba. La estrategia del PCE para acabar con la dictadura pasaba por desarrollar una política de alianzas con el resto de las organizaciones de la oposición y con personas relevantes en la vida pública. Para ello creó en 1976 la Junta Democrática de España. La convergencia se hizo por arriba, entre las cúpulas de las organizaciones en Madrid o en el exilio, pero también en las ciudades y provincias, en la capilaridad de la sociedad disidente con el Régimen. Julio Anguita se encargó de organizar la Junta Democrática de Enseñantes en la provincia de Córdoba, así como de promover otras plataformas unitarias de carácter ciudadano o profesional. La militancia de Julio Anguita consistió sobre todo en promover espacios de encuentro entre gentes de muy distinta procedencia ideológica, a fin de cohesionarla en torno a una propuesta concreta, que en este caso era la ruptura democrática con la dictadura. Durante los primeros años de la transición fue un cuadro medio encargado de impulsar la política del partido entre la sociedad y con otra gente. Esta primera etapa militante, común a

tantos militantes comunistas, influirá en su futura concepción de la política cuando ocupe la máxima responsabilidad en el PCE e IU.

La actitud de Julio Anguita ante las decisiones que su partido fue tomando a lo largo de la transición –negociación de la reforma, aceptación de la bandera, abandono del leninismo, apuesta por el consenso, respaldo a la Constitución y a los Pactos de la Moncloa– fue similar a la de muchos de sus compañeros. Una actitud a ratos de conformidad y a ratos de extrañamiento y recelo en seguida despejados por la fe casi ciega en el criterio de autoridad de la dirección que las promovía. También una actitud condicionada por la vorágine de un tiempo en el que la celeridad de los acontecimientos y la fijación a la actividad institucional, a las decisiones y acciones cotidianas en una ciudad del sur alejada de la capital, no ayudaban a ver con una perspectiva lo que estaba sucediendo a nivel global.

Julio Anguita llegó a la alcaldía de Córdoba en las primeras elecciones municipales democráticas tras la dictadura, en abril de 1979, encabezando la candidatura del Partido Comunista de España. Entonces no era una figura conocida en Córdoba. Tras él tenía una agrupación local del partido fuerte y muy cohesionada. Delante una ciudad con una composición sociológica y una memoria histórica afines. Entre el PCE y la sociedad estaban los vínculos asociativos tan bien trabados en el tardofranquismo. Los otros partidos estaban bastante debilitados o no tenían candidatos atractivos. Durante la campaña electoral Julio Anguita empezó a destacar en los mítines por sus formas pedagógicas, nada frecuentes entre las furibundas soflamas de la izquierda. El PCE fue el partido más votado en Córdoba y, gracias al pacto con el PSOE y el PSA, Julio Anguita fue elegido alcalde, el único alcalde comunista de una capital de provincias española, lo cual supuso también su salto a la vida pública nacional. Los nuevos concejales del PCE accedieron al ayuntamiento sin ninguna experiencia, con bastante desconcierto, con mucha voluntad y con todo por hacer. Al frente de la alcaldía de Córdoba Julio Anguita aprendió, según nos cuenta, varias cosas. La primera, que la gestión, incluso la gestión municipal, no es ideológicamente neutra, sino que implica una toma de partido. La segunda, que para ello es necesario llegar a acuerdos con otras fuerzas, incluso con fuerzas ideológicamente adversas: que la negociación es inevitable en política pero que tiene que acometerse con una finalidad coherente con tus aspiraciones a largo plazo. Tercero, que hay que buscar acuerdos pero no

plegarse a las presiones, que en política la decisión y la valentía son fundamentales para que a uno le respeten: de ahí sus enfrentamientos con la diputación, el obispado y la Casa Real durante esos años. Cuarto, que el voto se pide pero no se mendiga ni se vende, que no se le puede decir que sí a todo el mundo y que cuando solo se piensa en los votos se termina además por perderlos. Y quinto, que hay que explicar e implicar a la gente en aquello que se hace desde las instituciones e incluso en los debates acerca de lo que no es posible hacer. De ahí la puesta en marcha de programas radiofónicos por parte de la corporación municipal abiertos a la intervención de los ciudadanos, las asambleas con los vecinos en los barrios y la repleta agenda de recepciones día a día en el ayuntamiento. Sin duda, su aprendizaje en la alcaldía de Córdoba prefigurará, con adaptaciones mejor o peor resueltas, su forma de hacer política unos años después a nivel nacional.

Las elecciones generales de 1982 fueron un cataclismo para el PCE. Además, el PSOE obtuvo una impresionante mayoría absoluta que despertó grandes ilusiones entre la izquierda sociológica del país y sectores más amplios. Las líneas programáticas del nuevo gobierno no se ajustaban, obviamente, a los cánones de la izquierda transformadora, ni siguieron el ejemplo nacionalizador de los socialistas franceses de Mitterrand, ni siquiera discurrieron dentro de las coordenadas de la socialdemocracia europea de los sesenta o setenta. Su política se nucleó en torno al ambiguo y totémico concepto de la modernización de España, un proyecto de crecimiento económico en clave tecnocrática cuya aspiración era la incorporación a la Comunidad Económica Europea y que requirió de una dura política de ajuste con importantes costes sociales.

Eran los años de la crisis estructural del capitalismo de los setenta y ochenta –cuyo detonante se retrotraía a la subida de los precios del petróleo en 1973 y 1979– que había puesto fin a casi dos décadas de crecimiento económico en Europa y había desatado la inflación. Los trabajadores la sufrieron inicialmente en forma de subida de precios y desempleo. Los empresarios padecieron la caída de la tasa de ganancia. La recuperaron reduciendo los costes laborales mediante la expulsión de mano de obra, la congelación o reducción salarial, la degradación de algunas condiciones laborales y la experimentación de nuevas formas de organización del trabajo al calor de los avances tecnológicos. También mediante la búsqueda

de mejores condiciones y mercados fuera de Europa al socaire de un nuevo impulso globalizador y la financiarización progresiva de la economía. A estos propósitos ayudó el rearme ideológico de la derecha en torno a un nuevo paradigma más tarde denominado neoliberalismo, que logró situar como chivo expiatorio de la crisis al Estado social construido en Europa tras la Segunda Guerra Mundial. Por afinidad ideológica o para cuadrar las cuentas, los gobiernos también ayudaron por medio de una presión fiscal más laxa, desregulando las relaciones laborales o privatizando buena parte del sector público. El pacto social de posguerra se rompió. En el ámbito ideológico la izquierda sufrió un desconcierto tal que terminó moviéndose entre las cesiones o la reafirmación inercial de las viejas recetas.

En España la situación era especial. La crisis había afectado de manera particular a una economía periclitada y muy dependiente energéticamente, sobre la que no se había levantado en los años de crecimiento, por la naturaleza autoritaria y antisocial de la dictadura, un verdadero estado de bienestar. La prioridad dada a la transición política postergó esa empresa. Cuando llegaron al gobierno los socialistas –que se supone debían cumplir esa misión histórica pendiente– las condiciones eran muy adversas. No había crecimiento, los desajustes económicos eran tremendos y los apoyos sociales recibidos eran tan amplios que incluían a sectores poco interesados en políticas redistributivas. El PSOE, incentivado por sus dirigentes y favorecido por la entrada repentina de miles de militantes de aluvión, había sufrido en los pocos años de la transición tal proceso de reeducación ideológica –en términos de moderación y acomodación a las circunstancias– que no se sentía demasiado impelido a cumplir esa misión. Las circunstancias eran difíciles y su voluntad fue escasa. Sin embargo, en él se siguieron cifrando esas expectativas.

En medio de estas circunstancias tan adversas el PCE trató de buscar una salida a su propia crisis. Lo hizo a tientas mediante un nuevo proceso de apertura y convergencia. La crisis se debía a la derrota electoral sin paliativos cosechada en las elecciones generales de 1982 y al hecho de haberla sufrido a manos de un partido que parecía patrimonializar, ahora desde el gobierno, la representación de toda la izquierda. Se debía también a lo roto que el partido había salido de la transición por su desconcertante línea política y por la incapacidad de gestionar su propia pluralidad. Tras las elecciones de octubre de 1982 la crisis del PCE tuvo varios hitos: la

dimisión de Santiago Carrillo como secretario general y su sustitución por Gerardo Iglesias, avalada en el XI Congreso de 1983; las tensiones entre ambos; la salida del PCE de Santiago Carrillo y sus seguidores en abril de 1985; y el desconcierto y la falta de cohesión interna de quienes se quedaron. El partido también se desangró por la base: muchos se fueron al PSOE o, más frecuentemente, a sus casas.

Pero la historia de Julio Anguita en el PCE es contradictoria con la historia de la mayoría de sus camaradas. Cuando estos estaban acusando el duro golpe de la catástrofe electoral de 1982 y la crisis subsiguiente, Anguita obtuvo, apenas unos meses después, el 8 de mayo de 1983, la mayoría absoluta en las elecciones municipales, revalidando a lo grande el puesto de alcalde que en 1979 había obtenido con mayoría relativa. Julio Anguita respaldó a Gerardo Iglesias frente a la presión que recibía de Santiago Carrillo. Los recelos entre Santiago Carrillo y Julio Anguita venían del X Congreso del PCE de 1980, cuando el alcalde de Córdoba asumió la portavocía desde el llamado sector renovador de algunas iniciativas contrarias a las directrices del entonces secretario general. Entre 1983 y 1985 los recelos dieron lugar a una hostilidad recíproca que ya no cesaría.

El proceso de convergencia auspiciado por el PCE cristalizó en la creación de Izquierda Unida en 1986 al calor de las movilizaciones contra la permanencia de España en la OTAN. El impulso vino también de las primeras movilizaciones contra la reconversión industrial o la reforma de las pensiones, en definitiva, del descontento hacia las medidas del gobierno del PSOE. También del estímulo de los llamados nuevos movimientos sociales. IU surgió en principio como una coalición circunstancial de varios partidos de cara a las elecciones generales del 22 de junio de 1986, en las que obtuvo el 4,63 por 100 de los votos. En ese momento el PCE seguía sin tener un proyecto político de convergencia bien definido y sí ciertas resistencias internas, superadas básicamente por el deseo acuciante de mantener una marca electoral más atractiva.

Ese mismo día, en las elecciones regionales de Andalucía, Julio Anguita obtuvo el 17,9 por 100 de los votos, encabezando Izquierda Unida-Convocatoria por Andalucía. Convocatoria por Andalucía había sido algo más que una improvisada coalición electoral, como formalmente y de hecho había sido Izquierda Unida en el resto del país. Se trató de algo más

parecido a un proyecto de convergencia entre partidos, organizaciones sociales y gentes a título personal.

En definitiva, Julio Anguita acumuló durante esos años al menos cinco activos que le llevaron a ser elegido en 1988 secretario general del PCE y a ponerse un año después al frente de IU a nivel nacional. En primer lugar, una personalidad carismática: una virtud importante que en el PCE se echaba en falta desde los tiempos de Santiago Carrillo. En segundo lugar, una amplia experiencia de gestión institucional al frente de una capital de provincia, que le hacía conocido a nivel nacional y que nadie tenía en el PCE. En tercer lugar, una implicación limitada en las virulentas crisis internas del partido y un no alineamiento evidente con cualquiera de las grandes familias que en Madrid estaban en discordia, lo cual evitaba que pudiera ser vetado por cualquiera de ellas y permitía que pudiera ser aceptado sin grandes reparos por todas. En cuarto lugar, su experiencia como promotor de Convocatoria por Andalucía, un proceso de convergencia político y social más avanzado que el de Izquierda Unida en el conjunto del país y que, por tanto, podía servirle de referencia. Y, en quinto lugar, votos, muchos votos a sus espaldas, precisamente lo que más se añoraba en esos momentos en el PCE e IU.

Por todo ello Julio Anguita fue elegido secretario general del PCE en el XII Congreso de febrero de 1988 en unas circunstancias inesperadas y sin muchas garantías democráticas. Por todo ello también fue elegido candidato a la Presidencia del Gobierno por Izquierda Unida en su Primera Asamblea, celebrada en febrero de 1989, y unos meses después, tras la retirada de Gerardo Iglesias, coordinador general de la coalición.

El salto de Córdoba a Madrid, de la política local a la nacional sin apenas solución de continuidad, no parece que estuviera en la mente de Julio Anguita. En el XII congreso del partido en el que fue elegido secretario general, Anguita se movió de manera desconcertante entre el recelo y la tentación, entre las ganas de salir corriendo y el deseo de asumir el reto. Su compromiso inicial parecía que apuntaba solo a Andalucía, por lo pronto al parlamento regional, del que fue diputado durante apenas tres años, de 1986 a 1989. Con el salto geográfico a Madrid cambió radicalmente el ecosistema en el que Julio Anguita venía haciendo política. Del ambiente fluido en el que se gestó Convocatoria por Andalucía pasó a los complicados pactos con las celosas cúpulas de las organizaciones que

formaban a nivel nacional Izquierda Unida. De la cohesión con sus compañeros de partido en Córdoba entró de lleno en el avispero ingobernable de la dirección nacional del PCE, formada por gente con la que no tenía trato personal, a la que no había elegido y que en muchos casos le precedía en los órganos de dirección. Ahí Julio Anguita midió mal, pensando que en Madrid iba a encontrar entre la gente de su partido el respaldo y la comprensión que había tenido en Córdoba como alcalde y en Andalucía como presidente de Convocatoria por Andalucía, y pensando además que la buena experiencia de Convocatoria por Andalucía podía trasplantarse a nivel nacional.

Julio Anguita no experimentó la fascinación por la vida en la capital que sintieron muchos dirigentes políticos y personas de su generación procedentes de provincias, sobre todo cuando ese traslado se correspondía con un ascenso profesional en sus vidas. Nunca antes había vivido allí, pero ya no era un joven impresionable por el neón ni un político lego que pisara por primera vez una moqueta. La vida en Madrid tenía poco que ver con su forma de vida. De la pequeña ciudad histórica por la que podía pasear de noche porque los vecinos, familiarizados ya con sus maneras secas, no le importunaban demasiado, pasó a la gran urbe moderna, en la que no podía poner un pie sin que cualquiera le parase para hacerle una recomendación o un reproche.

La alternativa podía haber estado en los espacios selectos de la capital donde se precocinan los negocios y la política del país, los guetos de ocio de la vida palatina, los clubs, restaurantes y discotecas reservados a las élites políticas de un signo u otro. En Madrid se reunía con frecuencia un influyente grupo de dirigentes del PCE y CCOO, de periodistas y gentes de cultura y buena posición. Formaban uno de los muchos espacios paralelos y no electos, tejidos a base de amistades o afinidades de otro tipo, en los que con frecuencia se decide la orientación de los partidos, también de los de izquierda. Julio Anguita declinó incorporarse al grupo, lo que redundó en beneficio de su aislamiento personal y le granjeó fama entre algunos de los suyos de persona rara, si acaso no huraña, antipática, altiva. La distancia del coordinador fue percibida como una forma de desprecio. Ahí se fueron fraguando algunas enemistades, contenidas por los votos que empezaba a dar. En lo personal, Julio Anguita vivió el traslado a Madrid como un

desarraigo. Algunos días cogía el coche y se plantaba en Córdoba para pasar la noche con su compañera.

Pero también fueron años de un compromiso político absorbente, que Julio Anguita afrontó con pasión y con la satisfacción personal de pensar que estaba haciendo frente a las circunstancias. Y, sobre todo, con la fe inquebrantable en el ambicioso proyecto que quería desarrollar: que IU dejara de ser una simple coalición testimonial y pasara a ser un movimiento político social de nuevo tipo que, aunando distintas culturas políticas en torno a acuerdos programáticos, desbancara, por la izquierda, al PSOE como principal referente de la izquierda. Julio Anguita trató de dar forma a ese proyecto en las sucesivas asambleas de Izquierda Unida, en las que fue reelegido coordinador general con mayorías más o menos abultadas. En la II Asamblea de IU, celebrada en noviembre de 1990, tuvo el respaldo inmensamente mayoritario de una organización joven. En la III Asamblea, celebrada en mayo de 1992, el verdadero Rubicón de Izquierda Unida, confrontó su proyecto con el de un sector muy amplio liderado por el histórico dirigente del PCE Nicolás Sartorius. Ganó de forma muy ajustada con el 60 por 100 de los votos frente al 40 por 100 que obtuvo su rival. En la IV Asamblea, celebrada en 1994, lo hizo valer con respaldos mucho más amplios. En la V, celebrada en diciembre de 1997, después de una auténtica crisis orgánica y tras la expulsión de Nueva Izquierda y la ruptura con Iniciativa per Catalunya, se impuso sin apenas objeciones. La consolidación de su liderazgo interno también fue paralela a la pérdida de peso en IU de otras corrientes y partidos que no fueran el PCE.

Su liderazgo se fortaleció todavía más dentro del PCE. En el XIII Congreso de diciembre de 1991 logró imponerse a las tesis de quienes cuestionaban la viabilidad del partido. En el XIV Congreso celebrado en diciembre de 1995 logró acallarlas con la salida del PSUC (el partido hermano en Cataluña a punto de disolverse) y obtuvo un respaldo prácticamente unánime al proyecto que quería para IU.

Durante esos años IU incrementó progresivamente sus votos en las diferentes elecciones generales. En las primeras que Julio Anguita afrontó como cabeza de cartel, en 1989, IU pasó del 4,63 por 100 al 9,07 por 100 de los votos. En las de 1993, en las que el PSOE perdió la mayoría absoluta, consiguió algo más, un 9,55 por 100. En las elecciones de 1996 apenas logró rentabilizar la derrota del PSOE, subiendo al 10,54 por 100.

A lo largo de estos años Julio Anguita tuvo que hacer frente al menos a tres grandes cuestiones que generaron profundas divisiones internas. Tres cuestiones que se cerraron en falso y que por eso lastraron el desarrollo posterior de Izquierda Unida hasta hoy. Una de ellas tuvo que ver con la caída de la URSS y, más concretamente, con el debate acerca de la viabilidad o no del PCE y con el papel que, en el caso de continuar, debería jugar dentro de Izquierda Unida. La segunda tenía que ver con el modelo europeo que se estaba construyendo, concretamente con la posición del PCE e IU ante el Tratado de Maastricht. La tercera tenía que ver, en general, con la autonomía y las aspiraciones de IU, y ello remitía, especialmente, a las relaciones que se debían mantener con el PSOE en tanto que partido procedente de la tradición de la izquierda y partido en esos momentos de gobierno.

El desmoronamiento de la URSS y del llamado socialismo real tuvo lugar entre 1989 y 1991, justo en los primeros años de Julio Anguita como secretario general del PCE y justo en los años en los que Izquierda Unida se estaba definiendo. El colapso del modelo de socialismo en la URSS generó una ofensiva ideológica de envergadura promovida por la derecha, pero secundada también, con importantes diferencias, desde amplios sectores de la izquierda. Según los unos, y a veces también los otros, el colapso del socialismo en la URSS y los países del Este ponía de manifiesto la superioridad incuestionable del capitalismo como forma de organización económica y situaba a la democracia liberal como única forma posible de la democracia misma. Lo que se cuestionó no fue solo el modelo de socialismo realmente existente, sino cualquier proyecto de transformación socialista de la sociedad, condenado inevitablemente, según los apologetas del fin de las utopías y de la historia misma, a la escasez, el burocratismo y la tiranía. Lo que se impuso con fuerza fue un pensamiento contra-utópico según el cual los sueños de la razón, de la razón revolucionaria en este caso, producían inevitablemente monstruos. Lo que se cuestionó abiertamente, también entre la izquierda, fue la continuidad de los partidos comunistas surgidos por el estímulo de la revolución del 17 y crecidos al calor del gigante soviético. Se cuestionó por más que la práctica política nacional de algunos de estos partidos se hubiera desarrollado fuera de las coordenadas del modelo soviético e incluso hubieran discrepado abiertamente con la URSS desde finales de los sesenta, como era el caso del PCE. La caída de la

URSS fue esgrimida no solo para desacreditar la historia de los partidos comunistas, sino para reclamar su disolución aduciendo que se trataba de partidos homólogos a los del Este, de partidos cómplices en el mejor de los casos o de partidos obsoletos en cualquiera de ellos. Con los escombros del Muro de Berlín se quiso enterrar a todos los vástagos de la Revolución de Octubre.

El debate sobre la razón de ser de los partidos comunistas se dio intensamente en el seno del que fuera el partido comunista más numeroso e importante de Occidente, en el Partido Comunista Italiano. Dentro del PCI triunfaron las tesis de la disolución defendidas por Achille Occhetto. El debate se trasladó en seguida al PCE, aquí con un argumento añadido por parte de los defensores de la disolución: que la supervivencia del PCE lastraba el desarrollo de IU.

Julio Anguita intervino en el debate como secretario general del PCE. No lo hizo desde la defensa numantina de las supuestas virtudes de un modelo a todas luces decrépito y corrupto. Tampoco cargó las tintas sobre él, quizá porque no lo viera del todo merecedor de tales adjetivos, quizá por el deseo un tanto estético de no hacer leña del árbol caído, quizá por la voluntad ética de no formar parte del coro de los arrepentidos, quizá porque entre su apoyos internos había importantes sectores prosoviéticos, o más bien, me inclino a pensar, por una mezcla de todo ello. En cualquier caso la crítica y autocrítica de aquella experiencia histórica había que hacerla, a su juicio, desde los parámetros de la propia cultura comunista. Julio Anguita apostó en esos tiempos realmente difíciles por la continuidad del Partido Comunista movido por la idea de que la trayectoria del socialismo real no empañaba la trayectoria de lucha de tantos comunistas por el socialismo y la democracia y de que ese fracaso histórico no restaba sentido al comunismo como un modelo, todavía por definir en el futuro, más racional de organizar la producción y la convivencia. De igual modo entendió compatible la existencia del PCE con el desarrollo de IU, frente a quienes reclamaban ya que IU se convirtiera en un partido político en el que se fundieran todos los partidos que había en su seno.

El debate se explicitó en el XIII Congreso del PCE, celebrado en diciembre de 1991. Los partidarios de la disolución del PCE se nuclearon en torno a la candidatura de Francisco Palero. Con el 75 por 100 de los

votos ganó la candidatura encabezada por Anguita partidaria de la continuidad del PCE.

Tras el congreso Julio Anguita adquirió distinta fama según de qué sectores se tratase. En algunos cobró fama de hombre testarudo o fanático atado a una tradición política anacrónica. Para la mayoría de las bases del PCE, pasó a ser el gran dirigente del partido dispuesto a preservar la identidad histórica del colectivo frente al estruendo generado por quienes reclamaban su extinción, el dirigente idóneo para sacar pecho ante la ofensiva enemiga y crecerse ante las adversidades. Para otros, adversarios, simpatizantes, amigos o enemigos, cobró fama de hombre coherente y fiel a sus ideas, con independencia de la valoración que cada uno hiciera luego de ellas.

La segunda encrucijada tuvo que ver precisamente con el proceso de conformación de la Unión Europea que hoy está en crisis. El sector encabezado por Julio Anguita se opuso al Tratado de Maastricht elaborado en 1991 y aprobado en 1992, en el que se definía una nueva institucionalidad para Europa y se fijaban algunas directrices económicas fundamentales. La actitud del PCE hacia a la integración europea había sido y seguía siendo favorable. No obstante, había ido acompañada de una visión crítica, no acerca del propósito de la unión, sino acerca del modelo económico y social que se estaba construyendo y acerca de sus alineamientos internacionales: de su dependencia defensiva de la OTAN. Para una parte de la izquierda el Tratado de Maastricht introducía de lleno la lógica neoliberal en el proceso de convergencia europeo, antes sujeto a una tradición eminentemente liberal pero con correcciones socialdemócratas. El sector encabezado por Julio Anguita vino a plantear que con Maastricht se daba impulso a una Europa donde los intereses de los mercados se impondrían a las necesidades de los ciudadanos y donde la lógica de los Estados primaría sobre los intereses del conjunto de la unión. Denunciaban que la denominada independencia del Banco Central Europeo le convertiría en una correa de transmisión de los grandes grupos financieros; que el parlamento de Estrasburgo apenas tendría competencias frente al poder oligárquico de la Comisión Europea; que aspirar a la creación de una moneda única sin un Estado detrás era un disparate; y que el dogma de la reducción del déficit público conduciría al desmantelamiento progresivo del Estado de bienestar.

Frente al sector encabezado por Julio Anguita, los sectores del PCE nucleados en torno a la figura de Nicolás Sartorius se manifestaron partidarios de dar un «sí crítico» al tratado. Las argumentaciones a favor descansaban en la prioridad que había que dar en ese momento al objetivo último de la unión frente al modelo de unión que se proponía. De fondo estaba el respaldo, también llamado crítico, que la Confederación Europea de Sindicatos estaba dando al tratado. También el miedo a que el «no» de IU al tratado pudiera ser interpretado por la opinión pública como una manifestación de antieuropeísmo frente al europeísmo proclamado del Partido Popular y, sobre todo, del PSOE. Efectivamente el tratado fue celebrado de manera prácticamente unánime por los dos principales partidos, los partidos nacionalistas conservadores, otros partidos menores y por el conjunto de la prensa y los creadores de opinión. El debate a favor o en contra del tratado logró trasladarse en el espacio público como un debate a favor o en contra de la unión, en el que solo algunos sectores marginales se proclamaban en contra. En ese contexto el miedo al aislamiento se apoderó de una parte de la izquierda. De fondo también estaba el europeísmo incondicional de una generación de dirigentes de la izquierda educados en oposición al españolismo franquista y deseosos de romper el aislamiento internacional, una generación que asociaba la democratización del país a la integración plena en Europa, y que, marcada por la experiencia gris de la dictadura, arrastraba cierto complejo de inferioridad con respecto a sus vecinos que trataba de superar por la vía de una ansiosa homologación al entorno.

El debate se desarrolló con toda su crudeza en la III Asamblea de IU celebrada en mayo de 1992. Los partidarios del sí, que eran mayoritarios dentro del grupo parlamentario en el Congreso, se identificaban con la candidatura encabezada por Nicolás Sartorius. Los partidarios del no respaldaron la candidatura liderada por Julio Anguita. La disputa fue reñida: Sartorius consiguió el 40 por 100 de los votos y Julio Anguita el 60. Su línea política salía adelante con un apoyo muy mermado.

En el debate sobre Maastricht se pusieron de manifiesto dos personalidades y culturas políticas distintas dentro de IU. Un sector del partido, el encabezado ahora por Nicolás Sartorius, seguía entendiendo la política al modo de la transición, como contribución al consenso en las grandes cuestiones de Estado y cálculo medido en las decisiones cotidianas,

ponderando constantemente el rechazo que decisiones distintas pudieran generar entre sectores afines más moderados o menos implicados en los debates. Para varios sectores encabezados por Julio Anguita Izquierda Unida debía ser una fuerza de disenso en cuestiones capitales. Había líneas rojas que no se podían traspasar aunque ello llevara a posiciones difíciles de sostener en un contexto de hostilidad sociológica y mediática. La apuesta consistía en reafirmarse con rotundidad ante el adversario y tratar de explicarle la posición tranquilamente a la gente. El debate que, a mi modo de ver, no se abordó con la intensidad y precisión que un reto de esa magnitud exigía era cómo hacerlo.

La tercera encrucijada tuvo que ver con las aspiraciones de Izquierda Unida y sus relaciones frente al PSOE. El debate venía de antiguo, de los orígenes de la formación, pero se recrudeció en la última legislatura de gobierno socialista, cuando mayores eran las expectativas electorales de IU y más desgastado estaba el PSOE. La oposición a las políticas del PSOE –por ejemplo a la reconversión industrial y a la apuesta por la permanencia en la OTAN– había sido una de las razones principales que motivaron el surgimiento de Izquierda Unida. IU creció más tarde como organización política desde la que resistir a la implementación de algunas medidas concretas acometidas por el gobierno. Así, de 1986 a 1996, IU encabezó o participó en la oposición a las privatizaciones del sector público, a las reformas fiscales y del sistema pensiones y a las reformas laborales aprobadas por el gobierno del PSOE. Al mismo tiempo Izquierda Unida fue oponiendo medidas alternativas elaboradas por los profesionales y técnicos pertenecientes a IU o afines a la formación. Con el pasar de los años, Izquierda Unida se fue tallando en la oposición al gobierno y en el contra-ejemplo del PSOE.

En este contexto, Julio Anguita esbozó la teoría de «las dos orillas», según la cual era la confrontación de iniciativas concretas sometidas a contraste reiterado lo que había establecido en la práctica dos espacios políticos enfrentados: el del bipartidismo dominante, afín en las líneas fundamentales de gobierno, y el de la izquierda alternativa donde estaba Izquierda Unida, con la elaboración de alternativas. Dicho de otra forma, eran las líneas programáticas las que definía las orillas políticas y era la adscripción de los partidos a ellas lo que permitía situarlos en una u otra.

La forma consecuente de relacionarse con otras organizaciones, incluido el PSOE, debía girar en torno al establecimiento de acuerdos programáticos. En el caso concreto del PSOE se descartaban pactos a gran escala, basados en cualquier afinidad ideológica considerada *a priori* o en un parentesco histórico que había quedado muy lejos en el tiempo. La posibilidad de alianza se remitía a acuerdos concretos en torno a un programa bien definido de gobierno en el que a la hora de ceder debía tenerse en cuenta el respaldo electoral de las partes negociantes, pero en el que IU debía imponerse también importantes líneas rojas. Después de las elecciones generales de 1993 Julio Anguita propuso un acuerdo programático al PSOE de Felipe González cuando este perdió la mayoría absoluta. A González le resultó más fácil entenderse con la derecha nacionalista catalana y vasca y Julio Anguita llegó a la conclusión de que el PSOE realmente estaba muy lejos, en la otra orilla.

Durante esa legislatura la confrontación de IU con el PSOE se intensificó con motivo de la salida a la luz de los numerosos casos de corrupción que afectaron a miembros del partido y del gobierno: la financiación ilegal a través de Filesa, el caso Juan Guerra, las escuchas ilegales del CESID, el uso fraudulento o criminal de los fondos reservados, el terrorismo de Estado de los GAL o el caso rocambolesco de Luis Roldán. IU hizo bandera de la denuncia de esos casos desde la seguridad que le daba no haber sido presa de la corrupción en la inmensa mayoría de las instituciones que gobernaba, no muchas al fin y al cabo, y la fama de hombre íntegro y austero que Julio había alcanzado.

En ese contexto, Julio Anguita reavivó a finales de 1995 la teoría del *sorpasso,* según la cual IU debía aspirar a desplazar al PSOE como fuerza más representativa de la izquierda. La aspiración, concebida como proyecto a medio plazo y no como conquista inmediata, no fue muy bien explicada o entendida y en el corto plazo entraba además en cierta contradicción con la dinámica electoral, pues el desgaste del PSOE era rentabilizado más por el PP que por IU. Esa contradicción fue explotada por el PSOE y su entorno mediático para desarrollar «la contra-teoría de la pinza». Primero plantearon que la oposición de IU al gobierno del PSOE favorecía en última instancia el avance de la derecha. De ahí coligieron que entre IU y el PP había un pacto tácito para sacar del gobierno al PSOE. Una parte de IU llegó a la conclusión de que lo primero era verdad. De ahí cobró fuerza

Nueva Izquierda. Algunos de sus dirigentes también plantearon que lo segundo era cierto.

Más allá del debate de coyuntura había un debate estratégico y de fondo acerca de lo que Izquierda Unida podía y debía ser. La posibilidad y el deseo se conjugaban a la par. Para una parte de IU la aspiración a reemplazar al PSOE –aunque fuera a medio plazo– como fuerza principal de la izquierda era ilusa y contraproducente. Las tendencias ideológicas mayoritarias de la sociedad no daban para tanto y el PSOE era un partido histórico y robusto al que se podía hacer mella pero no superar. La aspiración maximalista detraería fuerzas de la lucha común contra la derecha y generaría el rechazo entre algunas bases que no aspiraban a llegar tan lejos. En consecuencia la misión de Izquierda Unida consistía en crecer electoralmente y luego condicionar, mediante pactos y acuerdos, al PSOE para que girara su política a la izquierda. Otros sectores con menos aspiraciones consideraban que el cometido de IU debía consistir en recoger por la izquierda los votos que el PSOE no podía atrapar, para luego sumárselos por medio de un acuerdo postelectoral y evitar que el Partido Popular alcanzara la mayoría. Esta lógica llevada al extremo conducía también a plantear candidaturas conjuntas entre IU y el PSOE que no dispersaran el voto de la izquierda ni sufrieran el castigo de la ley electoral. Esa sería la fórmula infalible para bloquear el ascenso de la derecha. En cualquiera de los casos Izquierda Unida debía ser una izquierda complementaria al PSOE. Los valedores de estas tesis se organizaron en torno a la corriente de opinión Nueva Izquierda, más tarde reconvertida en Partido Democrático de la Nueva Izquierda. La mayoría de sus dirigentes habían sido en algún momento militantes del PCE.

El sector encabezado por Julio Anguita planteaba que Izquierda Unida debía moverse entre la aspiración mínima a funcionar como una organización autónoma y no subsidiaria del PSOE y la aspiración máxima a adelantarla. En lugar de ser la izquierda complementaria del PSOE, IU debía ser su alternativa desde la izquierda por muchas razones. En primer lugar, porque habían llegado a la conclusión de que el PSOE era en sí mismo un obstáculo para el desarrollo de una política de izquierda en España. Desde una lógica estrictamente programática, las medidas que venía desarrollando el gobierno no dejaban lugar para la duda. En segundo lugar, porque una práctica de apoyos incondicionales y mecánicos al PSOE

no entrañaría su giro a la izquierda, sino que redundaría en beneficio de la derechización de los socialistas y de la política nacional en general. Para condicionar al PSOE hacia la izquierda era necesario que el PSOE percibiera como una amenaza real la posibilidad de, llegado el caso, perder las instituciones por la falta de respaldo de Izquierda Unida. En tercer lugar, en IU constataban que con frecuencia los pactos con el PSOE no habían procurado un giro a la izquierda de este, sino una derechización de Izquierda Unida, en tanto que organización menor, y que estas alianzas habían servido en última instancia al proceso de fagotización del PCE e Izquierda Unida por parte del PSOE. En cuarto lugar, se constataba también el desinterés en la mayor parte de los casos del PSOE a la hora de pactar y llegar a acuerdos con IU y la mayor facilidad a la hora de sellarlos con otras fuerzas políticas situadas a la derecha. Por tanto, no quedaba otra opción que ir trabajando, aunque fuera lentamente, en la perspectiva de la alternativa y el *sorpasso* al PSOE. Respaldaron esta tesis la inmensa mayoría del PCE con el apoyo, ocasional y variable, de parte del PASOC e Izquierda Republicana y con el apoyo, más crítico por la izquierda, de Espacio Alternativo.

La confrontación entre ambos proyectos se desató con el cambio de ciclo político que entrañó la llegada al gobierno del Partido Popular en 1996. El acceso de la derecha a Moncloa después de 14 años ininterrumpidos de gobiernos socialistas generó una sacudida en el seno de Izquierda Unida. Nueva Izquierda denunciaba que la estrategia anguitista había abierto el camino al PP y que ahora se trataba de llegar a acuerdos con el PSOE para enmendar la situación. Sus portavoces iniciaron un proceso de declaraciones públicas discrepantes con la línea oficial de IU que fueron amplificadas y muy bien acogidas por los medios de comunicación del Grupo Prisa. El detonante de la crisis fue el respaldo público del Partido Democrático de la Nueva Izquierda (PDNI) e Iniciativa per Catalunya a la organización de Izquierda Unida de Galicia, que había decidido concurrir a las elecciones autonómicas integrada en la candidatura del PSOE, algo que rompía la estrategia de IU federal y para lo que la organización gallega no tenía potestad estatutaria. Los órganos de Izquierda Unida, a iniciativa también expresa de Julio Anguita, decidieron la ruptura de relaciones con Iniciativa per Catalunya, la expulsión del Partido Democrático de la Nueva Izquierda y la disolución de las direcciones de Aragón, Cantabria y Castilla

la Mancha, donde el PDNI era mayoritario. El responsable último de la decisión fue Julio Anguita y sobre él arreciaron las críticas procedentes de no pocos colectivos políticos, sociales, mediáticos y culturales, que por distintas razones o intereses simpatizaban con Nueva Izquierda. PSOE, Iniciativa per Catalunya y dentro de IU algunos colectivos no integrados en Nueva Izquierda cargaron contra el coordinador general. UGT y, lo más doloroso para un secretario general del PCE, CCOO, con cuyo máximo dirigente, Antonio Gutiérrez, Julio Anguita ya había tenido algún encontronazo, hicieron lo propio. La embestida más feroz vino de la mano de los medios de comunicación del Grupo Prisa. En prensa, radio y televisión periodistas, tertulianos, opinólogos, presentadores, dibujantes y articulistas cargaron contra el coordinador de IU, tachándolo abiertamente –o por la vía de la parodia– de autoritario, dogmático, intransigente y quimérico. La campaña se prolongó los años siguientes en los que Julio Anguita siguió al frente de IU. Tengo la sensación de que esa campaña le afectó personalmente, por más que su actitud se moviera aparentemente entre la indiferencia y la autoafirmación.

La mayoría de Izquierda Unida apoyó, al menos aparentemente, a Julio Anguita. En la V Asamblea federal celebrada apenas unos meses después de la expulsión de Nueva Izquierda la lista encabezada por Anguita fue mayoritariamente respaldada. Sin embargo, la tremenda crisis de Nueva Izquierda y el nuevo ciclo político que se había abierto sacudieron los cimientos de la organización. Entre los partidarios de Anguita se dieron distintas reacciones a ese nuevo contexto. Algunos sectores empezaron a recular, bien movidos por un cierto sentimiento de culpa, bien movidos por la conciencia de que estaban ante un nuevo tiempo político que obligaba a una mayor indulgencia o aproximación al PSOE. Otros sectores se hicieron más papistas que el papa y proclamaron de manera entusiasta la lucha contra las dos patas del bipartidismo, con independencia de que una estuviera ya en el gobierno y la otra ahora en la oposición. Al mismo tiempo se desató un clima de sospecha asfixiante en virtud del cual todo discrepante pasó a ser concebido como un traidor en potencia. A ello se sumaron las luchas de poder entre las familias que se habían venido conformando más allá de las diferencias políticas y que pugnaban por el control de los órganos de dirección desde los que se elaboraban las listas para acceder a los cargos públicos.

Julio Anguita se reafirmó en los puntos fundamentales que habían constituido su discurso y habían orientado su práctica política antes de la llegada del PP al gobierno. Incluso decidió pisar el acelerador. En las sucesivas fiestas del PCE declaró roto el pacto constitucional por incumplimiento de los aspectos sociales de la Carta Magna y por la extralimitación de la monarquía. Abogó abierta e intensamente por la constitución de la Tercera República y la reafirmación de la vocación anticapitalista del partido. En su pugna con el PSOE reeditó la teoría de las dos orillas y confrontó personalmente con el Grupo Prisa al respaldar públicamente, sin debate previo en Izquierda Unida, al juez Javier Gómez de Liaño, inhabilitado y multado a propósito de una sentencia que había emitido contra los intereses de la corporación mediática de Jesús Polanco. La impresión que uno tiene cuando mira atrás desde el tiempo trascurrido es que Julio Anguita pisó demasiado el acelerador, en el sentido de que al hacerlo dejó atrás a buena parte de los miembros de la dirección de IU, que sufrían de vértigo ante una estrategia que apuntaba tan lejos, y a buena parte de la organización en su conjunto, muy desgastada por las batallas internas recientes, enzarzada en otras nuevas y cada vez más centrada en la representación institucional. Más lejos se quedó la voluntad de Julio Anguita con respecto a los resultados de las elecciones municipales y autonómicas de 1999, en la que IU, por primera vez en su historia, experimentó una fuerte caída. En concreto en las autonómicas pasó del 11,6 por 100 al 6,46 por 100.

En estos años se fueron gestando las razones fundamentales que a mi modo de ver explican la salida de Julio Anguita de la primera línea política. En primer lugar, la conciencia propia de que ya no daba de sí políticamente y era un lastre para IU en el nuevo ciclo que se había abierto. La segunda, el puro agotamiento. La tercera, la sensación de abandono por parte de la mayoría de sus compañeros de dirección en esos momentos difíciles en los que estaba siendo atacado por decisiones de las que ellos también habían sido corresponsables. Y en cuarto lugar, más allá de la sensación de traición, la sensación de distancia política, ideológica y cultural, la sensación de extrañamiento, con respecto a la mayoría de quienes había tenido por compañeros de dirección tantos años, la sensación de soledad política en su propia casa que experimentó recién llegado a Madrid y que ahora volvía como símbolo de un fin de ciclo.

En ese contexto de tensión y decepción la razón definitiva que llevó a Julio Anguita a dejar la coordinación general fue el accidente cardiaco que sufrió a finales de 1999. Antes de dejar la Coordinación y para hacer frente a las elecciones generales de marzo de 2000, Julio Anguita fue urgentemente reemplazado como cabeza de cartel por Francisco Frutos, que ya le había sucedido como secretario general del PCE en el XV Congreso en diciembre de 1998. Todavía convaleciente de la operación, Julio Anguita supo de la respuesta que Izquierda Unida dio a la opa hostil que le hizo el PSOE en vísperas de la campaña electoral de las generales, cuando Joaquín Almunia propuso repentinamente en los medios de comunicación a Izquierda Unida ir juntos, más bien dentro de las candidaturas del PSOE, en aquellas circunscripciones donde probablemente no fuera a obtener representación por sí misma. Izquierda Unida hizo una contrapuesta de pacto preelectoral de gobierno que el PSOE finalmente aceptó. El acuerdo parecía un giro importante en la política de Izquierda Unida que no sedujo a Julio Anguita, pero que en ese momento tampoco interpretó negativamente o ni siquiera como tal giro. Las elecciones fueron un desastre tanto para IU como para el PSOE. El PP volvió a ganar e IU pasó del 10,54 por 100 al 5,45 por 100.

Antes de las elecciones Julio Anguita ya tenía decidido dejar la coordinación de IU y, lo que más deseaba, volver a Córdoba. Su última intervención en la vida interna de la formación consistió en apoyar a Gaspar Llamazares como candidato a la Coordinación General frente a la candidatura encabezada por Francisco Frutos. Lo hizo en virtud de un acuerdo tácito negociado años atrás por el cual Francisco Frutos iba a ser, porque así lo entendía la mayor parte de la dirección comunista, el nuevo secretario general del PCE, y Gaspar Llamazares sería, atendiendo a los sondeos que Julio Anguita había hecho entre una parte importante de los dirigentes de IU, su sucesor en la Coordinación General de IU. La disputa surgió cuando Francisco Frutos, que de manera inesperada había sido el cabeza de cartel a las generales, se postuló también como aspirante a la coordinación. Julio Anguita trató de mediar, pero, ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo, se decantó por la candidatura de Gaspar Llamazares. El apoyo llamaba la atención en la medida que en la candidatura de Gaspar iban algunos de sus antiguos opositores, enfrentados a otra candidatura formada por muchos de sus antiguos colaboradores. Julio dejó sus

responsabilidades al frente de una organización que se quedaba profundamente tensionada y se fue con la firme decisión de no volver a ocupar ningún cargo público o puesto de dirección en Izquierda Unida. Y se fue, esa es mi impresión, dolido y con cierta sensación de ingratitud.

Lo habitual en un alto dirigente político cuando deja su responsabilidad es asumir otra elevada aunque algo menor. Lo frecuente en partidos mayoritarios, también en los de la izquierda, es incorporarse al consejo de administración de alguna empresa. En cualquier caso, como mínimo, el retiro suele ser un retiro placentero en algún comité asesor, presidencia de centro de estudios o fundación cultural, normalmente bien remunerado y en Madrid. Julio Anguita decidió volver a Córdoba e incorporarse a su puesto de profesor. Lo hacía, nos dice, porque se lo pedía el cuerpo, pero también, pensamos, como un acto más de militancia con vocación ejemplarizante y movido quizá por la satisfacción personal que genera demostrar que se es más honesto que los antiguos rivales y compañeros.

En el instituto Blas Infante de Córdoba impartió clases de historia y lengua a primero y segundo de la ESO. Dos años después se jubiló y lo hizo con otro acto de militancia ejemplarizante, renunciando a su pensión de ex diputado en el Congreso.

Julio Anguita vivió sus primeros años de jubilación como una oportunidad para desarrollar proyectos que venía postergando por falta de tiempo o so pretexto de ello. Proyectos personales, formativos y, por supuesto, proyectos políticos. Entre los primeros estaba un libro sobre su experiencia como enfermo del corazón. El libro tiene una evidente dimensión metafórica en un dirigente que, por racionalista que sea, ha llevado la pasión a la arena política y cuyos límites al final han estado marcados por el freno físico, y quizá no tan físico, que le ha impuesto ese órgano vital. Julio Anguita no concibió su compromiso político como una actividad profesional, por eso la jubilación no ha afectado, sino todo lo contrario, a su militancia. Su actividad política se centró en un pequeño grupo de trabajo de Córdoba llamado «Colectivo Prometeo». Parece que en él Julio Anguita iba buscando varias cosas: la afinidad ideológica y la camaradería perdida los últimos años en Izquierda Unida y un espacio de reflexión y propuesta desde el que impulsar algo nuevo y más grande que IU, pero que no rivalizase con ella. De esa voluntad surgió su dedicación a Unidad Cívica por la República, un movimiento ciudadano sin aspiraciones

electorales que pretendía aglutinar a sectores muy diversos y no necesariamente politizados en torno a un nuevo proceso constituyente. La reivindicación de la Tercera República iba más allá de un simple cambio en la forma de Estado, era un proyecto orientado a la regeneración de la vida pública, la defensa de los derechos sociales y el llamamiento a la reapropiación de la política por parte de la ciudadanía. Sin embargo, el proyecto no fue muy lejos y se quedó muchas veces atascado en un nostálgico y rutinario homenaje a la Segunda República.

Unidad Cívica se desarrolló durante los últimos años de la segunda legislatura de Aznar, los años del crecimiento de la burbuja inmobiliaria, del dinero fácil y del endeudamiento de las familias, del paro que no bajaba y la precariedad en aumento, de la catástrofe del Prestige, de la primera reforma tecnocrática de la universidad, de la enésima reforma laboral y, finalmente, de la Guerra de Irak. Fueron los años en los que Julio se distanció públicamente de la línea política oficial de IU, que encabezaba Gaspar Llamazares con la idea de reconvertir a la vieja formación en una organización ecosocialista muy predispuesta a pactos con el PSOE a fin de cumplir con la causa mayor de echar a toda costa del gobierno al Partido Popular. Anguita oía en ese discurso ecos del discurso que combatió y creía ver a algunos de sus colaboradores más cercanos transmutados ahora en epígonos de sus viejos adversarios internos. Pese a la sensación de distancia, guardó relativo silencio, respondiendo a algunas de las innumerables invitaciones para impartir conferencias en asambleas locales de IU y realizando algún que otro acto de campaña.

El 7 de abril de 2003, a punto de impartir una conferencia sobre la Tercera República, recibió una noticia terrible. Su hijo Julio, que estaba cubriendo como periodista la guerra de Irak empotrado en las tropas estadounidenses, acababa de morir por impacto de un misil iraquí. Julio Anguita anunció la noticia con una entereza y capacidad de autocontrol sorprendentes, propias de un hombre que considera indigno compartir públicamente lo más íntimo. La impresión es que por dentro estaba roto. En su declaración dejó una frase que se convertirá en consigna de las manifestaciones pacifistas de esos meses «malditas sean las guerras y los canallas que las apoyan».

Mi impresión es que el desgarro no le ha abandonado nunca, pero ha aprendido a convivir con él gracias a otros afectos, al compromiso

colectivo, a una vitalidad asombrosa y a un cierto estoicismo entendido en su sentido más profundo, en el de la aceptación serena de la tragedia de lo humano. O lo ha hecho gracias a otras cosas que se nos escapan. O a lo mejor no lo ha hecho. Esa intimidad de Julio Anguita es tan hermética que no está en el libro.

La participación en la guerra de Irak precipitó la caída del PP. El PSOE volvió a la Moncloa liderado por un joven diputado, José Luis Rodríguez Zapatero. En IU la situación era desquiciante. Los resultados electorales la retrotrajeron a la crisis del 82, la descomposición orgánica era patente, su capacidad de intervención social estaba muy mermada, el enfrentamiento interno entre familias de origen cada vez más confuso se enconaba. Después del triunfo electoral de los socialistas, IU funcionó en la práctica como socio preferente del gobierno y como su ariete privilegiado contra el PP. IU contribuyó a realzar la imagen del PSOE como partido de izquierdas y a subrayar la agresiva actitud de la derecha en la oposición. Con su táctica IU contribuyó paradójicamente a polarizar todavía más la confrontación política entre dos opciones políticas que, en los debates simbólicos que poco tenían que ver con la cotidianidad de la mayoría de la gente, eran percibidas como antagónicas, dando impulso con ello a la tendencia latente del voto útil. Julio Anguita siguió mientras tanto con sus iniciativas de convergencia ciudadana. Sobre el papel de Izquierda Unida Julio Anguita hablaba cada vez menos.

La tremenda crisis económica que se desató en 2008 terminó derivando en una crisis social y política, sobre todo por la carga de sufrimiento social que trajo consigo y la indignación que acarrearon la salida a la luz pública de los casos de corrupción y las medidas antisociales a las que el gobierno de Zapatero se plegó por imperativo de los poderes financieros y la presión alemana. La crisis rompió los automatismos en los comportamientos colectivos y abrió espacio a nuevas formas de pensamiento y actuación que cristalizaron en el 15M. Se acaba de producir, al menos, una ruptura cultural de largo alcance con el periodo anterior, en virtud de la cual los dos grandes partidos, que antes resultaban antagónicos en el plano simbólico, eran ahora percibidos por ciudadanos cada vez más politizados como los dos soportes fundamentales de un régimen político agotado.

Julio Anguita y el Colectivo Prometeo venían dándole vueltas con otra gente al desarrollo de un movimiento ciudadano amplio en el que, nunca en

bloque, Izquierda Unida pudiese participar y regenerarse, pero que fuera mucho más allá de ella, sobre todo a partir del revulsivo que había supuesto el 15M, las luchas sociales posteriores y el surgimiento de un nuevo marco de expectativas y exigencias entre la gente. El nuevo discurso de Julio Anguita se centró sobre todo en dos nociones fundamentales que entendía podían suscitar adhesión y entroncar con lo mejor del sentido común: la reclamación de más democracia para la gente frente a su usurpación por los poderes financieros y la garantía efectiva de los Derechos Humanos como programa máximo. Dos nociones alejadas de la jerga convencional de la izquierda. Desde esa perspectiva fundó con otra gente en junio de 2012 el Frente Cívico «Somos Mayoría», al que ahora dedica la mayor parte de su tiempo.

Izquierda Unida, que entre tanto había formado una nueva dirección pensada más para garantizar los equilibrios internos de poder entre las familias que para intervenir políticamente en un nuevo escenario lleno de posibilidades, llevó muchos de estos análisis a sus documentos, con la propuesta añadida de abrir un proceso de refundación que condujera a una convergencia político-social mucho más amplia capaz de conectar con la gente y canalizar políticamente sus anhelos y su participación. Todo aquello quedó en el papel de una Izquierda Unida atada a sus viejas inercias y que ahora se frotaba las manos pensando en los votos de descontento que recibiría del PSOE; para luego, probablemente, devolvérselos en un acuerdo del tipo que fuera con el que, por fin, forzar su giro a la izquierda. En definitiva, Izquierda Unida aprobó unos documentos de acuerdo con el nuevo contexto y las nuevas expectativas, pero siguió practicando la vieja política. Para canalizar esas expectativas surgió Podemos, sacudiendo definitivamente los cimientos del bipartidismo y abriendo con ello una oportunidad de cambio que las elecciones autonómicas, y sobre todo las municipales con las candidaturas de unidad popular, aventuran posible.

El resto es de sobra conocido por ser de actualidad y resulta complicado, por lo abierto que está, incluir en este esbozo biográfico. También lo es porque Julio Anguita vive y participa de estas expectativas de cambio con pasión y compromiso todavía militante.

La historia y la memoria

1. Infancia, juventud y antifranquismo

Julio Anguita nació en 1941. Su infancia, su adolescencia y su juventud se desarrollaron bajo el franquismo. El régimen de Franco adquirió su fisionomía durante la Guerra Civil en un contexto internacional de auge del fascismo. Pese a su heterogeneidad y especificidad nacional el franquismo fue la expresión española de este fenómeno. Durante sus cuatro décadas de existencia el franquismo experimentó cambios en su configuración institucional, orientación económica e inserción internacional, también en sus formas de dominación y de construcción de consensos. Sin embargo, sus rasgos esenciales, así como su finalidad social última, su auténtica razón de ser, se mantuvieron hasta su ocaso.

Entre estos rasgos hubo un nacionalismo exacerbado fuertemente unitarista, arraigado en una visión mítica de la historia de España y su destino imperial. También una férrea impronta militar. La España de Franco fue una España donde los valores militares desplazaron a las virtudes cívicas, una forma de gobierno basada en la traslación de la lógica castrense a la administración del Estado. Se trató de un régimen profundamente antiliberal y antidemocrático, un régimen ferozmente anticomunista en un sentido amplio y severo, es decir, represor de cualquier movimiento o idea que cuestionase el orden social. Desde el Estado se promovió un integrismo católico militante a caballo entre la mística meliflua y el control opresivo de la moral pública y privada.

El armazón político-institucional de la dictadura sufrió variaciones, pero siempre descansó en la personificación del poder en la figura del Caudillo, en la existencia de un partido único con organizaciones que formaban parte integral del Estado y en un modelo de representación organicista y antidemocrático. El nacional catolicismo, la ideología oficial del régimen, se movió entre las iniciales pretensiones fascistas de movilizar al conjunto de la sociedad en torno al ideal patrio y un conservadurismo autoritario que fomentaba la pasividad y el apoliticismo cómplice. La Iglesia católica funcionó como institución paraestatal especializada en las labores de educación ideológica. El ejército y los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado lo hicieron como pilares para su sostenimiento. La represión no dejó de ser el instrumento fundamental para garantizar la

supervivencia de un régimen que nació y murió matando. De fondo estaba su finalidad fundamental: preservar los intereses de las oligarquías del país y los valores tradicionales frente a la emergencia recurrente en la historia de España de las fuerzas progresistas y el movimiento obrero[1].

En esta España se crio Julio Anguita. Como ahora nos cuenta, nació en el seno de una familia de militares, se educó en la escuela del nacional catolicismo y vivió su infancia y adolescencia en Córdoba, una ciudad de provincias donde la consistencia del régimen era más densa. Julio Anguita forma parte de aquella generación que asimiló naturalmente los valores y hábitos de la dictadura, hasta que, con la conciencia que de uno mismo se adquiere en la adolescencia, inició un proceso que le llevó al distanciamiento primero y, ya en juventud, a la confrontación directa después.

El franquismo atravesó distintas etapas[2]*. Una primera de desolación material, autarquía económica y aislamiento internacional. Una segunda de «desarrollismo económico» y relativa inserción internacional de la mano de Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría, con nuevas formas de producción de consensos y costes sociales elevadísimos. La tercera etapa de la dictadura fue la de su lenta crisis, entre otras cosas, por incremento de la desafección ciudadana y por el efecto democratizador de las acciones de la oposición.*

La vida de Julio Anguita se acompasa en cierta forma con estas etapas. Su infancia fue una infancia de posguerra, humilde pero sin grandes penurias por ser hijo de militar y no tan dura como la de los perdedores de la guerra. Su adolescencia y primera juventud se correspondieron con los cambios de los sesenta, en su caso, con el acceso a la educación superior. Su paso a la madurez coincide con el último tramo de esta segunda etapa: con sus años de maestro de escuela por los pueblos de Córdoba a finales de los sesenta y su primera experiencia en el antifranquismo con su incorporación a la Comuna Revolucionaria de Acción Social en 1969. Finalmente coge el carné del partido en 1972, en el gozne entre el cenit y el declive de la dictadura.

Juan Andrade: *Julio Anguita es cordobés, pero nació en Fuengirola, Málaga, en 1941. Antes de asentarse en Córdoba vivió también unos años en Galicia. Julio, ¿qué recuerdas de aquellos primeros años?*

Julio Anguita: A los tres meses de nacer en Fuengirola nos fuimos a Sevilla, donde mi padre, que era militar, estaba destinado. En Sevilla estuve dos años en tres domicilios: uno en la calle Betis, otro en la calle Pureza y también en la calle Oriente. De aquellos tiempos no tengo recuerdos porque era muy pequeño y enseguida me mandaron a Galicia. A mi padre lo habían destinado a luchar contra el Maquis y mi madre se reunió con él con posterioridad. Entonces me tuve que ir a Galicia con mis abuelos paternos, porque mi abuela era gallega. Mi abuelo, andaluz, fue carabinero y, como sabes, Franco disolvió a los carabineros por su vinculación con la República y los incorporó a la Guardia Civil. Mis primeros recuerdos son de Villagarcía de Arousa. De allí conservo recuerdos de la Plaza Ravella, de la escuela, del mar y del olor a eucalipto. Estuve desde los dos años hasta que tuve uso de razón, en torno a los cinco años y medio o seis años, que vine a Córdoba. Mi madre era de familia cordobesa, de una familia que llevaba asentada en Córdoba muchos años. Del viaje a Córdoba recuerdo que paramos en Madrid, recuerdo el desayuno y el café en la Puerta del Sol, por donde todavía pasaban los tranvías. Y recuerdo, por supuesto, la llegada a Córdoba.

Durante mis primeros años yo me crié prácticamente con mis abuelos paternos, hasta que vinieron mis padres. Tanto es así que, cuando mis padres regresaron, al principio los vi como unos extraños. Mi abuelo, que había sido, como te decía, carabinero primero y guardia civil después era un hombre muy religioso. Fue él quien me enseñó a leer, el que me llevaba a la escuela y jugaba conmigo. Yo le tuve siempre un cariño enorme a mi abuelo Julio y en el recuerdo sigue muy ligado afectivamente a mí. Mi abuelo era de un pueblo de Jaén, Martos. Vivió tiempos muy duros y la familia tuvo que ponerlo enseguida a trabajar, porque no podían mantenerlo. Primero estuvo de criadito en una casa nobiliaria, aquí en el Realejo de Córdoba. Y luego desempeñó muchos oficios, entre ellos el de zapatero. Como era buen religioso y buen zapatero los frailes de la Trinidad le pidieron que trabajara para ellos. El convento era enorme. Daba cabida al menos a 80 frailes que cultivaban una huerta grande. Mi abuelo estaba todo el día arreglando sandalias y yo estaba muchas veces con él en el convento y hablaba con frecuencia con los frailes. De ahí vinieron también mis primeras influencias religiosas o el gusto por la música. Mi vida estaba muy ligada al interior del convento. Mi abuelo terminó aquella fase y se colocó de ayudante de

bibliotecario en el Círculo de la Amistad, que es el círculo de los señores de Córdoba, situado en el antiguo Convento de Las Nieves. Y yo, cuando ya estaba estudiando bachillerato y pasaba por allí, me quedaba con él por las tardes. Él, con el afán propio de un hombre que no era culto, pero que deseaba que su nieto leyese, me colocó *La Divina Comedia,* me colocó *El Fausto* y otras grandes obras, porque había oído decir que eran importantes. Y leía. Después a mi abuelo le hicieron ya conserje del casino y allí estuvo trabajando hasta que se jubiló.

Juan Andrade: *¿Cómo era la relación con tus padres y tus hermanos?*

Julio Anguita: Mi padre era un militar atípico. Era de derechas, era conservador, pero tenía rasgos de justiciero, muy característicos, por otra parte, de alguna gente de derechas. Al principio mi padre era para mí un desconocido. Luego mantuve con él una relación muy especial. Yo lo quería mucho, pero la confrontación estaba servida. Tenía una personalidad dominante, era muy conservador, pero, como digo, era un militar atípico en el sentido de que, por ejemplo, nunca toleró que un soldado le limpiase las botas. Decía que él estaba en el ejército para servir a la patria, no para que nadie lo sirviera a él. A medida que pasaron los años y yo fui estudiando y me hice una voluntad y un juicio propios tuvimos choques muy duros. Eran choques terribles, pero había cariño, porque además eran choques entre iguales, entre dos caracteres fuertes. A mi padre lo quise mucho, aunque me peleé con él muchísimas veces. Mi madre era una mujer mucho más amable, más afectiva de lo que aparentemente era mi padre. Sin embargo, con ella había menos *feeling.* Mi madre fue y es una gran luchadora, una gran resistente a la que nunca he visto ninguna contrariedad, ni perder el sentido del humor. Todavía vive. Y hermanos somos cuatro. Yo estuve solo hasta los 16 años, que nació mi hermano José Luis. Al año siguiente vino Juan Carlos, que también es militar, y a los cinco años vino María Teresa, la última.

Juan Andrade: *¿Cómo era Córdoba en los años 50? ¿Cómo era la Córdoba de tu infancia y de tu adolescencia?*

Julio Anguita: Córdoba en los cincuenta no llegaría a 100.000 habitantes. Ha crecido mucho desde aquellos años. Córdoba era entonces –en el peor sentido del cordobesismo– una ciudad donde la cultura señoritil de clase

rezumaba por todas partes. Era una ciudad en la que, como en muchas otras, la moral oficial se compadecía mal con la asistencia de aquella casta a cabarets y juergas. Era una Córdoba que había sufrido una represión brutal por el franquismo, con figuras tan siniestras como el comandante Luis Zurdo y Don Bruno[3]. La represión fue tremenda y además estuvo bien vista por la buena sociedad cordobesa. Eso fue lo que le permitió a Don Bruno decirles: «No, yo firmé los fusilamientos de los nombres que vosotros me pusisteis». Era una Córdoba muy atrasada, muy reaccionaria, en donde los poetas del grupo Cántico, todos homosexuales menos uno, lo tenían muy difícil para poder aguantar la situación. Era una Córdoba con una minoría de liberales muy constreñidos, abogados algunos de ellos. Y el resto de la población… pues muy masificada con el fútbol, cuyo seguimiento entonces iba en aumento, y muy orgullosa de la leyenda de Manolete, que, por cierto, había sido muy criticado en Córdoba. Pero cuando se murió la cosa cambió, como suele ocurrir. Era una Córdoba –repito– para estudiar, y para estudiar entonces cómo aislarse de ella. Muy hermosa, eso sí, con el campo al lado y la posibilidad de dar paseos. Quien describe muy bien la Córdoba de aquellos años es Carlos Castilla del Pino. En unos de sus libros la describe magistralmente. Pero si te quieres adelantar en el tiempo, hay una obra de Pío Baroja que se titula *La Feria de los Discretos*. En ella Pío Baroja lo clava, lo clava.

Juan Andrade: *Entonces vivías en este mismo barrio.*

Julio Anguita: En esta calle. Cuando vine de Galicia viví primero en Cañero Viejo, un barrio en las afueras, prácticamente en el campo. Mi abuelo sembraba, teníamos gallinas, conejos y yo pude pasar mucho tiempo en el campo. Y después nos vinimos aquí, a esta calle de al lado, a la calle Borja Pavón. Entonces era un barrio muy popular. Aquí las peleas estaban a la orden del día. Aquí al lado había dos tabernas. Una de ellas, donde acabamos de tomar café, era de unos gallegos, los Seoane Carballo. Y aquí cerca había otra, que era de los Alén Sotelino. En esas tabernas era frecuente que hubiera borrachos, personas de vida marginal y alguna que otra pelea a navaja. Ahí me he criado yo. Con un teniente coronel del ejército expulsado por borracho y por republicano, que había sido profesor de la Academia de Zaragoza y que me enseñaba a jugar al ajedrez. Y es curioso, porque mi padre me dejaba estar en medio de esa baraúnda. Pues

ahí aprendí. Yo me sé los peores tacos que te puedas imaginar. Me los sé perfectamente. Me he criado así, en esos ambientes y al mismo tiempo con mi espíritu religioso de la época, yendo a misa y quedando con mis directores espirituales, entre los que estaba el padre Redento. Es decir, he estado en todas las pomadas. Y es verdad que eso se ha notado. Para mí ha sido un enriquecimiento. Yo he visto cómo los tíos se liaban la manta en un brazo y con el otro sacaban la navaja, como en las películas. Eso lo he visto yo. Y he visto las peleas de vecinos, tremendas, terribles. Mi vecina la Collado, la Morena, la López, la Fuensanta, la Magdalena… ¡las cosas que se decían! He visto las dificultades en las relaciones de pareja. Los novios que no tenía dinero para casarse, la novia que iba a casa de él y entonces quedaba «deshonrada» y, en consecuencia, sin tiempo para invitar a un convite. Añagazas propias de la gente pobre. He visto los mil y un mecanismos para hacer aquello que la moral de la época censuraba. Por una parte, se hablaba mucho de la pureza de la mujer de tal, pero por otro lado todos sabíamos cómo se estaba pelando la pava. Mas ahí estaban, como se les decía en la calle, «los maricones», que era gente popular, y cómo se cuidaban entre ellos y cómo los respetaba la gente. Es curioso cómo en el barrio «el mariquita», como también le llamaban, tenía su encaje, aunque ciertamente también se daban manifestaciones muy brutas contra ellos. Pero incluso con eso, se daba en el barrio y para con ellos la solidaridad propia de los pueblos. Eso lo he visto yo en la gente de la calle. He conocido a los mariquitas del barrio, que había muchos, por ejemplo a «La butaca loca», como así le llamaban, porque era cojo y se tambaleaba un poco al andar. ¡Ay que ver qué lengua tiene la gente! Y a otro que le llamaban La Petaca, porque el que «la perdió» era de Ubrique, lugar de la provincia de Cádiz en la que se trabaja muy bien el cuero. Y, sin embargo, en el barrio los acogían muy bien. Ese mundo me hace recordar lo mejor de la gente, lo que hablan nuestros clásicos de los barrios de Sevilla, del Rinconete y Cortadillo, de las freidurías, de las fritangas. Bueno, yo me siento muy feliz de haberlo vivido.

Juan Andrade: *Estudiaste en la Academia Hispana de Córdoba, donde entraste como párvulo y saliste de bachiller superior de ciencias. ¿Cómo era aquella Academia?*

Julio Anguita: Era una academia privada a la que fui por decisión de mi padre, porque él pensaba que en una academia privada me educarían mejor. Era un centro reconocido en el que te examinaban y calificaban; solamente tenía que ir al instituto para las reválidas. Los profesores que tenía en la Academia eran los mismos que estaban en el instituto. Y tuve profesores magníficos. En matemáticas tuve a Rafael Ponferrada; en física a Benito Mahedero; en filosofía a Dionisio Ortiz; en literatura a José María Ortiz; en latín a Pedro Palop; en arte a un poeta del grupo Cántico de Córdoba, Ricardo Molina Tenor, un hombre que me hizo las primeras llamadas acerca de la zona oscura del ser humano. Era homosexual y cuando describía el arte hablaba de algo que yo intuía tenebroso, del lado oscuro y atractivo de las cosas. Hablaba de la edificación de los cuerpos en la Grecia clásica, del pensamiento y del amor universales.

Alguno de aquellos profesores eran antiguos republicanos y a algunos de ellos se les notaba perfectamente, con el cuidado que, no obstante, debían de tener entonces. Entre ellos estaba Ponferrada, que no era licenciado, sino maestro, pero que era toda una autoridad en matemáticas. Escribía en las mejores revistas de matemáticas que había entonces en España. A Ponferrada se le notaba la influencia laica. También estaba Don Vicente Serrano Ovín, que era volteriano puro, aunque tenía que guardar las formas. Todos esos profesores fueron troquelando en cierta medida lo que uno es, sus sueños, sus visiones. Y junto a ellos estaba el cura, que era buena gente e impartía religión sin grandes imposiciones. Yo luego vi a curas más dogmáticos en la Escuela de Magisterio. Todo aquello, en definitiva, era un mundo mágico. Y yo tenía entonces una gran obsesión, quizá motivado por los influjos religiosos de mi abuelo: saber qué hay más allá. Pero lo que me motivaba de la trascendencia cuando yo era creyente no era la imagen idílica de un lugar en el que estar tocando todo el día la cítara. Lo que me motivaba –lo he contado muchas veces– era la posibilidad de estar en posesión del conocimiento. Es decir, a mí me hubiese tentado fácilmente Satanás con aquello de «y sabrás del bien y del mal». Para mí el situarme en el otro mundo, donde uno lo podía saber todo, era la máxima de las tentaciones y la máxima de las glorias. Esa era mi religiosidad, que iba por ahí, y no iba por otro sitio.

Juan Andrade: *Después del Bachillerato decidiste estudiar Magisterio.*

Julio Anguita: Yo tenía entonces pocas opciones, mi familia no podía costearme ir a estudiar fuera. ¿Qué es lo que había aquí? En Córdoba las opciones para seguir estudiando eran el Seminario, la Escuela de Peritos, Veterinaria o Magisterio. Y yo cogí Magisterio, y como tenía el Bachillerato superior no tuve que hacer el ingreso. Por las mañanas iba a Magisterio y por las tardes daba clases particulares a hijos de compañeros de mi padre, y con el dinero ayudaba en mi casa. Daba sobre todo clases de matemáticas porque yo hice el Bachiller Superior de ciencias y teníamos una formación amplia en matemáticas: hacíamos integrales, diferenciales y llegué a rozar los logaritmos neperianos. Todo eso se me ha ido olvidando después; porque yo tenía una pasión, que era la Filosofía y la Historia; aunque sin duda una cosa va ligada a la otra, recordemos aquella máxima que figuraba en el frontispicio de la Academia de Platón: «que nadie que no sepa Geometría entre aquí».

Entonces Magisterio eran tres años y yo lo hice en dos. En un año aprobé 20 asignaturas y en el otro aprobé 19. Estudiaba, siempre me ha gustado estudiar. Lo digo sin petulancia, siempre he tenido curiosidad y por eso me ha gustado estudiar. También es verdad que entonces no había los efectos de distracción que hay ahora: la televisión, la PlayStation, Facebook y otras redes sociales y todas esas historias. Entonces vivíamos en una sociedad donde las insatisfacciones o los deseos los volcabas en los estudios. En cierta medida los sublimabas, pero gracias a eso terminé Magisterio, hice mi oposición y empecé a trabajar. Fui destinado primero a Montilla, a un puesto provisional, donde permanecí curso y medio, después me destinaron a Granada, concretamente a Alicún de Ortega. Con posterioridad me destinaron de nuevo a un pueblo de aquí de Córdoba, Nueva Carteya, después a Montilla otra vez, y de Montilla a Córdoba.

Juan Andrade: *Y luego hiciste Historia.*

Julio Anguita: Yo seguía leyendo mucho, leía obras clásicas, libros de Historia y Filosofía y, por supuesto, pues yo estaba ya en la órbita del PCE, textos de Lenin. Y entonces estimé que a mí lo que me gustaba realmente era la Historia. Y tuve la oportunidad de hacer Historia porque el Ministerio convocó para los maestros una especie de mini oposición que, si la ganabas, podías estar un año en una facultad preparándote para impartir los cursos séptimo y octavo de EGB, que es el equivalente hoy a primero y segundo de

ESO. Nos presentamos 600 para 20 plazas. Yo saqué una y me fui a Sevilla. Y en Sevilla por la mañana iba a Filosofía y Letras y por la tarde al curso del Ministerio.

Hice los niveles necesarios de Filosofía y Letras (los cursos llamados comunes) y cuando llegó el momento me fui hacer la especialidad de Historia Moderna y Contemporánea a Barcelona, hasta que leí la tesis de licenciatura el día 16 de julio de 1973, porque entonces había que hacer una tesis de investigación, no podías hacerla de refrito. Mi director de tesis fue Nazario González, que con posterioridad fue catedrático en La Laguna. Era jesuita, pero fue un hombre que nos orientó hacia revistas y trabajos de Historia de la economía; nos hacía leer y comentar artículos de la revista *Moneda y Crédito*. En aquella facultad se estaba viviendo toda la influencia de la Escuela de los Annales. Entonces leíamos a Marc Bloch, a Lucien Febvre, a Fernand Braudel y también leíamos mucho a Pierre Vilar, y la *Nueva Clio*, aquella colección de historia que te daba elementos nuevos para la investigación. Entre mis profesores estaba Cuenca Toribio, que luego fue decano aquí en Córdoba; Nazario González, que, como digo, me dirigió la tesis; Jordi Nadal, Palomeque Calero, Carlos Seco, Carlos Martínez Shaw, Isidre Molas, etc. Allí llegamos siete de Sevilla y tuvimos la suerte de ser alumnos de los alumnos de Vicens Vives. El ambiente que se vivía en aquella facultad era un ambiente extraordinario. Yo ya estaba militando. Era un ambiente excepcional. Por aquella facultad entraba Europa.

Juan Andrade: *En nuestra cultura católica tenemos el mito de la caída del caballo de San Pablo para hablar de rápidas y radicales reconversiones, pero en el caso de tu generación suele haber una progresión, por la cual personas socializadas en el franquismo, gente muy religiosa que además vive de manera relativamente natural el orden de cosas, experimentan una ruptura con sus creencias religiosas y empiezan a disentir también con el régimen. ¿Cómo fue ese proceso en tu caso?*

Julio Anguita: Yo era de comunión semanal, no de comunión diaria pero sí semanal. Comentaba que la religiosidad me vino sobre todo, además de por el contexto, por mi abuelo. Mi padre no era religioso. Mi madre iba a misa de higos a brevas. Mi padre de brevas a higos. Y mi abuela, pues tampoco mucho. No digo que fuesen descreídos, pero no tenían el nervio religioso de

mi abuelo Julio. La religión conformaba la sociedad. Entonces era el orden establecido. A mí me gustaba mucho esa sensación de omnisciencia que da la religión, la música, el ceremonial, etc. Pero yo después meditaba sobre la realidad y veía que aquella concepción chocaba con la realidad de un barrio como en el que yo vivía, donde había muchas dificultades. De vez en cuando sorprendía a mi padre hablando mal del Régimen con mi abuelo. Recuerdo que una vez le escuché decir: «Lo que a sangre entra a sangre sale». Fue una cosa que se me quedó grabada. Pero después, a la hora de explicar sus propias dificultades económicas, mi padre volcaba la responsabilidad en un enemigo que, como no podía ser Franco, tenían que ser los comunistas. Eran las contradicciones propias de quienes tienen que transferir sus negatividades. Entonces yo ya empezaba a observar que las cosas no eran como se pensaban.

El cambio definitivo de conciencia me vino sobre todo cuando comencé a ejercer en Montilla y vi las dificultades que tenían mis alumnos. Vi el hambre que pasaban. Y sufrí entonces un proceso tremendo de contradicción entre lo viejo y lo nuevo, es decir, una crisis. Y en esa crisis hay un personaje clave en mi vida, Rafael Balsera del Pino, el director escolar de Montilla, un volteriano cultísimo, refinado, antifranquista. Él había sido el preferido de Don Modoaldo Garrido, su maestro, socialista fusilado. Yo después fui alumno de su hija, Presen Garrido. Entonces todo ese nuevo mundo que traía Rafael Balsera del Pino llegó a una persona como yo, ávida de saber. Ávida, es curioso, de poseer la verdad. Me refiero a la necesidad de tener un anclaje en el que situar y clasificar los conocimientos. Esa visión de absoluto, o más bien esa necesidad de absoluto, que yo creo que es de espíritu religioso, se proyectó en ese momento a nuevas realidades. Creo que esa necesidad de absoluto es una constante en mi vida. De la manera que descubrí lo uno descubrí lo otro, aunque siempre con una visión crítica fuerte, porque yo he tenido siempre mucha pasión, pero he sido siempre un poco heterodoxo. Porque a la vez que crees fuertemente en algo acecha inmediatamente la tensión intelectual de la duda metódica.

Y así milité y así me fui haciendo con el tiempo. Hasta hoy, pero hasta hoy uno sigue cambiando. Uno no se sitúa nunca en un lugar definitivo. Continúas cambiando hasta que te mueres. Cambiando, reafirmando algunas cosas, eliminando otras, desbrozando el terreno, pero llega un

momento en el que lo haces sobre un eje bien trazado. Y yo ya no puedo volver atrás de mi eje en la lucha por los Derechos Humanos, la justicia, el cambio, mi concepción marxista… ese eje fundamental no se puede cambiar. Pero después hay una serie de zigzags, de aditamentos, de cosas que la experiencia te dice que ya no sirven. Este es el resumen de una vida de búsqueda de la verdad.

Juan Andrade: *Eso de la verdad son palabras mayores. ¿Consideras que en tu caso hay una cierta traslación de esa aspiración a la verdad, a lo universal, tan propia del catolicismo, al pensamiento político, aunque sea muy atenuada si quieres por esos otros elementos de contención que son la conciencia crítica y la duda metódica?*

Julio Anguita: Ten en cuenta que determinadas lecturas del marxismo y determinados textos de la tradición obrera son también textos escatológicos: «El triunfo del proletariado está ya diseñado desde la noche de los tiempos». Sin esa escatología vivida a nivel siquiera de calle no se hubiesen explicado el fervor de la lucha obrera; porque le dio un sentido, un sentido además basado en la indignación por la injusticia de cada día. Eso se notaba. Pero a esa injusticia de cada día el marxismo le da una explicación científica, a partir de conceptos como la explotación, la plusvalía, etc. Y esa conjunción de aspiraciones escatológicas y rigor científico le dio al movimiento obrero una fuerza tremenda. Porque no se trata solo de la necesidad de justicia, sino de una aspiración reforzada por la razón y por la razón que, en teoría, nos daba la historia. Claro, después llega el contra-análisis, y ves que la revolución socialista no es ineluctable, que igual que podemos ir a revolución podemos ir al horror. Pero eso viene con el tiempo, todo eso va entrando en un permanente bullir de la mente. Pero todas esas aspiraciones, ideas y contradicciones se van desplegando ya sobre un mismo eje, sobre lo que yo llamo en mis discursos «el hilo rojo». Y ese «hilo rojo» no se puede tocar. Hay distintas maneras de interpretarlo o de aplicarlo, sí, pero ese hilo rojo ya va ligado a tu vida, porque el pensamiento político ya va ligado a tu experiencia, a tu subjetividad. La realidad es la unión de lo objetivo y de lo subjetivo, las cosas son como son pero también como se piensan, y esas tensiones viven sobre todo en una persona que siempre está buscando.

Juan Andrade: *Imagino que esa aspiración a lo universal, aunque sea en su versión laica de afán de conocimiento, conducirá muchas veces a la ansiedad que genera la conciencia de lo imposible que resulta saber de la inmensa mayor parte de las cosas.*

Julio Anguita: Sí, cuando compruebas que es inmenso lo que no sabes te desazonas, pero ¿qué vas hacer?

Juan Andrade: *Consolarte de manera socrática diciéndote a ti mismo que la conciencia de la ignorancia es el punto de partida del conocimiento.*

Julio Anguita: [Ríe] Sí: «Solo sé que no sé nada». Acabas de tocar un autor que para mí, como profesor, es fundamental. Como profesor y como político. Sócrates. Sócrates para mí es un ingrediente fundamental en la enseñanza y en la política. La mayéutica. El objetivo en la enseñanza y en política es que surja en la mente de la gente la idea que ya está incubada. Yo creo, y en eso soy muy socrático, que la gente no sabe que sabe. Y Sócrates lo que hace es que la gente sepa que sabe; un proceso difícil. Pero evidentemente es un proceso fundamental en la lucha política. Tú no puedes lanzar dogmas ni consignas, sino que debes persuadir y debes hacerlo a través de un ejercicio de persuasión que conecte con la experiencia propia de la gente. No es una lección definida en la que yo enseño y tú aprendes. Es una lección que vemos entre los dos, una conclusión a la que ambos llegamos. Por eso el discurso político es tan importante. Por eso es tan importante la praxis política, la síntesis de teoría y práctica, la teorización desde la práctica para volver a intervenir de nuevo. En fin, las cosas de las que ya hablaron los grandes maestros.

Juan Andrade: *Has hablado antes de Rafael Balsera del Pino como uno de tus grandes maestros y amigos. ¿Qué influencia ejerció exactamente sobre ti?*

Julio Anguita: Rafael Balsera y yo fuimos compañeros en la enseñanza, él era director escolar por oposición y terminamos siendo amigos. Él me introdujo en lecturas importantes. Yo había leído mucho de una parte. Después leí otro tanto de la otra. Entonces me enfrenté a Diderot y a Dalembert. Me enfrenté también a Voltaire y me tuve que enfrentar a Rousseau. Y leí mucho teatro. Rafael Balsera era un actor de teatro

magistral. Leí mucho teatro y escuché mucha música a su lado. A mí me gustaba la música y él me decía muchas veces: «Julio, te conoces lo mejor de la música de tercera fila». Bueno, de tercera fila, pero era música. Con él empecé a degustar a Bach, a Vivaldi, a Corelli, a Albinoni y a Scarlatti. Y escuché mucho a Händel. Gracias a él entré en la música clásica, descubrí a otros filósofos, me acerqué a otros dramaturgos. Estar con él era recibir y recibir. Después terminamos discutiendo, porque llega un momento en que el alumno, como es normal, quiere levantar el vuelo. Fue muchos años después. Él era muy del PSOE y no entendía mi posición como secretario general del Partido Comunista con el tema de las dos orillas. En fin, esas cosas.

Hablábamos mucho. Durante mucho tiempo estuvimos quedando y andábamos a veces hasta 20 kilómetros, discutiendo entre nosotros y con otros amigos que también solían venir, con Juan González Ayala o con David Fernández, ambos profesores. Discutíamos y yo aprendí mucho discutiendo con ellos. De la mano de Rafael Balsera entré al cine club que dirigía Carlos Castilla del Pino. Y con él conocí a buena parte de la izquierda clandestina, a mi amigo Fernando Álvarez Nicolás. Fue una época que calculo duró unos 10 años y que para mí fue apoteósica, porque me centré en el teatro, en la música, en la didáctica, en la profesión de maestro, en el partido y la lucha. Fue una época de recibir, de recibir, de recibir. Una época que yo sitúo entre los años 60 y 70, una época de plenitud, de aprendizaje y de intentar sistematizar dentro de un modelo todo aquello que estaba recibiendo y disfrutando. Ahí quedó.

Juan Andrade: *Y en medio de aquella época te casas y tienes tu primer hijo.*

Julio Anguita: Me caso en el año 69. Me caso por la Iglesia católica, apostólica y romana. Sí, yo ya no era creyente, pero en la época y siendo funcionario del Estado… Lo resolví sin prestar mucha atención. Ni siquiera me fui a confesar. He tenido cuatro hijos, dos están bautizados y otros dos no. Porque entonces era muy puñetero. Tener un hijo sin partida de bautismo entrañaba muchas dificultades no solo administrativas. Después los otros dos, cuando ya hubo más libertad, no los bauticé. Pero sí, me he casado por la Iglesia, me he casado por lo civil y en total he tenido tres parejas.

La crisis de la dictadura se agudizó a partir de 1973 por la concatenación de tres acontecimientos. El incremento de la conflictividad social y el atentado a Carrero Blanco acabaron con el mito de la invulnerabilidad del régimen. La crisis estructural del capitalismo que desató ese año la subida de los precios del petróleo quebró el mito de su prosperidad material. El enfrentamiento entre las distintas familias del régimen en torno a la estrategia de supervivencia a seguir minó igualmente el mito de su unidad.

En este contexto, el PCE era la fuerza hegemónica del antifranquismo. Durante la década de los sesenta los cuadros comunistas pasaron de la celosa militancia clandestina a constituirse en referentes públicos de una lucha que aunaba la reivindicación por la mejora de las condiciones de vida de la gente con la democratización del país. Este combate se libró en la universidad, con la promoción de los sindicatos democráticos de estudiantes; en las barriadas desasistidas crecidas al calor de la inmigración, con el impulso al movimiento vecinal; gracias a una política de atracción de los intelectuales y de los nuevos sectores progresistas del catolicismo, y sobre todo, y más importante, arrancando el movimiento de las Comisiones Obreras de las propias entrañas del sindicato vertical. La implicación del PCE en los movimientos sociales redundó en beneficio de su fortalecimiento organizativo, de su crecimiento afiliativo y de su credibilidad ante los sectores sociales más avanzados, permitiéndole asumir el liderazgo del antifranquismo. En todo ello fueron determinantes dos ingredientes propios de la cultura comunista: la eficacia organizativa y el sentido abnegado de la militancia[4].

La atracción de estudiantes, intelectuales y profesionales alcanzó una importancia de primer orden en el PCE, que fue teorizada bajo la fórmula de la «Alianza de las fuerzas del Trabajo y la Cultura»[5]. *Bajo el epígrafe «fuerzas de la Cultura» se incluía a maestros, profesores, abogados, arquitectos, médicos, ingenieros o artistas. La incorporación de estos sectores profesionales al partido se debió a una pluralidad de factores: a cambios en su composición sociológica; al revulsivo que suponía para muchos de ellos la ignominia de la dictadura; a las nuevas tendencias científicas y culturales del momento; y, muy especialmente, a la política de captación y encuadramiento que diseñó el partido a partir de una estructura organizativa sectorial muy funcional. De este modo El PCE*

disponía de organizaciones por carrera universitaria o facultad; de organizaciones de médicos, abogados, ingenieros, profesores o maestros; y de toda una red de asociaciones, colectivos o grupos profesionales más o menos formalizados dentro del partido o en sus márgenes[6].

Fue en esos espacios de politización y de disidencia profesionales donde se produjo el contacto de Julio Anguita con el PCE a finales de los años sesenta y su posterior incorporación al partido en 1972.

Ese mismo año el PCE actualizó su programa de acción en el Pacto para la Libertad, al que dio mayor hondura estratégica en el Manifiesto Programa de 1975[7]*. El proyecto consistía en forzar un proceso de transición a la democracia en el que pudieran conquistarse posiciones de poder desde las cuales encauzar el proceso, más tarde, en la perspectiva del cambio social. El procedimiento para esta estrategia consistía en promover una importantísima movilización que colapsara al régimen y forzara la apertura de un proceso constituyente dirigido por un gobierno provisional en el que estarían representadas todas las fuerzas de la oposición e incluso aquellos sectores que previamente hubieran roto con el régimen. A esto era a lo que se llamaba exactamente ruptura democrática. Para sumar fuerzas en la confrontación con la dictadura e ir ensayando futuras colaboraciones gubernamentales el PCE promovió una propuesta de alianza nada fácil de llevar a cabo, que en 1974 cristalizó en la Junta Democrática de España, más tarde ampliada, reconvertida y moderada en Coordinación Democrática*[8].

La militancia de Julio Anguita durante estos primeros años se centró en estas labores de zapa de la dictadura y alianza con otros sectores democráticos: en la organización de las reivindicaciones profesionales y democráticas de los maestros en el sindicato vertical y en la organización más tarde de la Junta Democrática por la provincia de Córdoba a instancias del PCE. Antes pasó por otra pequeña organización.

Juan Andrade: *¿Por qué y cuándo te incorporas al Partido Comunista de España?*

Julio Anguita: Fue desde una actitud de rebeldía inicial, muy alentada y potenciada por mi experiencia como maestro en Montilla, cuando vi cómo vivía la gente. Entonces decidí dar un paso más. Mi primera implicación a

nivel de organización fue con el CRAS, Comuna Revolucionaria de Acción Social. Yo formé parte del CRAS junto con un grupo de enseñantes, en el que también estaba José Luis García Rúa, que después fue secretario general de la CNT, y con otros compañeros, que luego pasarían a estar en el PCE. Estoy hablando de los años 67, 68 y 69. De mi época en las Comunas Revolucionarias recuerdo que el primer panfleto sobre enseñanza lo hicimos una compañera, María José Moruno, y yo. Yo redacté el borrador, después lo discutimos, María José lo imprimió en la sala de profesores de su colegio sin que nadie advirtiera nada y luego entre ambos lo buzoneamos y lo tiramos por otros sitios.

Yo me casé en el año 69 y mi cuñada ya era militante del Partido Comunista. Ella y la gente del PCE sabían que yo me reunía con la Comuna Revolucionara y, conscientes de ello, empezamos a mantener una relación que iba más allá de lo familiar: yo les guardaba en mi casa, por ejemplo, materiales como *Mundo Obrero* por lo que pudiera ocurrir. De ese modo empecé a colaborar con el PCE. Desde mi visión anarquizante me sentía, por una parte, crítico con el PCE, pero, por otra parte, me seducía el nivel de organización, la capacidad de entrega y la historia de heroísmo del propio partido. Así que cada vez me fui incorporando más a estos trabajos, de manera que fui militante oficioso del PCE hasta septiembre de 1972. Ese año a través de un compañero llamado Alfonso Mediavilla y también de un tal Rafael, de Sevilla, marido de una compañera profesora, recibí en una noche de septiembre de 1972, una noche de tormenta, en el barrio del Naranjo donde yo ejercía de maestro, los estatutos del partido y una especie de recomendaciones de lo que tenía que hacer en el caso de detención. O sea, que al entrar en el PCE lo primero que te planteaban era qué hacer en el caso de que te detuvieran. Acababa de dar el paso. Entonces comencé a militar de manera oficial, independientemente del tiempo que había estado trabajando y discutiendo con ellos. A militar formalmente empecé en 1972, septiembre de 1972.

Juan Andrade: *¿En qué movimientos sociales o colectivos que impulsaba el PCE participaste durante estos primeros años?*

Julio Anguita: Lo primero que hicimos y lo que yo hice fue practicar «el entrismo». Entonces me afilié al SEM, el Servicio Español del Magisterio, que era el sindicato vertical trasladado al ámbito del magisterio. Entré allí

junto con el que después fue alcalde de Córdoba también por el PCE-IU, Herminio Trigo. Allí empezamos a trabajar como afiliados activos buscando las mil y una maneras de desarrollar las tareas del partido. Lo que pasa es que a mí después eso me costó caro, porque el propio secretario general, Santiago Carrillo, lo adujo contra mí muchas veces, acusándome de haber pertenecido al sindicato falangista, porque, efectivamente, el sindicato era un sindicato de tipo falangista. Pero nosotros hicimos lo que había que hacer, que era lo que marcaba el partido que él dirigía. Efectivamente, trabajamos allí y conseguimos algunas cosas.

Aquello permitió que una vez muerto Franco, antes de que se aprobara la Constitución, fuésemos muy activos en la formación de plataformas reivindicativas. Por ejemplo, siendo ministro de Educación un cuñado de Fraga, Carlos Robles Piquer, se organizó la elección de un representante por cada provincia para discutir los problemas del magisterio. Ahí tuvimos mucha actividad para organizar al representante por Córdoba, que al final fue un hombre casi conservador. La línea del partido era respetar lo que decidiera la base y nosotros lo respetamos. Y ahí tuve mi primer encuentro con el PSOE, un medio choque, porque los representantes del PSOE planteaban que había que hacer lo posible para que saliese alguien de la izquierda, y la opinión del partido era que tenía que ser el que la gente eligiese. Y ganó alguien conservador, qué le vamos a hacer.

Entonces las actividades que teníamos eran, por una parte, de trabajo en las plataformas y, por otra, de organización de reuniones clandestinas en los pueblos. Esas reuniones a veces las hacíamos en cuevas, como pasaba en Almodóvar, o en el campo, simulando unos peroles, mientras uno vigilaba por si venía la Guardia Civil, como en Montalbán o en Montilla. El perol es el nombre que damos aquí en Córdoba capital a la reunión de la gente en el campo para cocinar un arroz con carne u otros ingredientes. Como se cocina en una perola ha devenido en llamarse así. El perol es la reunión festiva campestre. Cada miembro del ejecutivo tenía asignada una zona para realizar tareas de desarrollo y expansión del partido, así como las de agitación y movilización. Hasta la muerte de Franco esa fue nuestra actividad fundamental. Bastantes veces las tareas de agitación terminaban en carreras ante la policía.

Juan Andrade: *¿Qué sentiste cuando murió Franco?*

Julio Anguita: La muerte de Franco ya se anunciaba. Aquella muerte era interminable, no pensábamos que Franco fuera inmortal, pero sí «inmorible». El día que murió Franco me despertó mi suegro diciéndome: «oye, ya sabemos que ha muerto este tío». Eran las tres de la mañana y por ahí se oían cañonazos de artillería, eran las salvas de ordenanza. Pues nada, se había cumplido una expectativa. Una losa parecía que iba a desaparecer. Parecía que el camino se hacía un poquito más expedito. Ya está, no sentí nada más. Porque una vez muerto había que hacer muchas cosas. Ni brindé, ni nada de eso. Para mí este caballero estaba muerto hacía mucho tiempo. Yo siempre he sido así, veo los acontecimientos, los valoro en el momento y me digo: «bien, ahora qué hay que hacer». Más o menos esa fue mi reacción.

[1] Sobre la naturaleza política de la dictadura de Franco y su institucionalidad existen muchas obras de síntesis o biografías que recogen los debates historiográficos y politológicos al respecto o aportan diferentes y a veces enfrentadas perspectivas propias. En orden alfabético pueden considerarse las siguientes: G. Di Febo y S. Juliá, *El franquismo,* Barcelona, Paidós, 2005; J. Fontana (ed*.), España bajo el franquismo,* Barcelona, Crítica, 1986; E. Moradiellos, *La España de Franco (1939-1975), Política y Sociedad,* Madrid, Síntesis, 2000; P. Preston, *Franco. Caudillo de España,* Barcelona, Grijalbo, 1994; A. Reig Tapia, *Franco, Caudillo. Mito y Realidad,* Madrid, Tecnos, 1996; B. de Riquer, *Historia de España (Vol. IX): la dictadura de Franco,* Barcelona, Crítica, 2010.

[2] Distintas periodizaciones del franquismo pueden verse en la bibliografía citada.

[3] Luis Zurdo Martín fue jefe de la comandancia de la Guardia Civil en Córdoba y jefe de orden público en los años de la Guerra Civil. Durante el año que desempeñó este último cargo mandó fusilar a más de mil republicanos. Su catálogo de horrores fue superado por su sucesor en el puesto, Bruno Ibáñez Gálvez, conocido como Don Bruno. Sobre la represión en Córdoba y sobre estos personajes véanse: Francisco Moreno Gómez, *1936. El genocidio Franquista en Córdoba,* Barcelona, Crítica, 2008 o Francisco Asensio Rubio, «Bruno Ibáñez Gálvez. De oficial de infantería a represor», *Espacio, tiempo y forma. Historia contemporánea* 25, pp. 195-128.

[4] Sobre la ascendencia del PCE y el PSUC en el movimiento obrero véanse los trabajos relativamente recientes de X. Domenèch, *Clase obrera, antifranquismo y cambio político,* Madrid, La Catarata, 2008 y E. Treglia, *Fuera de las Catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero,* Madrid, Eneida, 2012. Sobre movimiento estudiantil en general: E. Hernández Sandoica, M. A. Ruiz Carnicer y M. Baldó, *Estudiantes contra Franco (1939-1975), Oposición política y movilización juvenil,* Madrid, La Esfera, 2007. Testimonios y análisis interesantes del movimiento vecinal en V. Pérez Quintana y P. Sánchez León (eds.), *Memoria ciudadana y movimiento vecinal, Madrid, 1968-2008,* Madrid, La Catarata, 2009.

[5] A. López Salinas, *La alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura,* Zaragoza, Forma, 1977.

[6] J. Andrade, *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político,* Madrid, Siglo XXI de España, ^{2}2015, pp- 175-180.

[7] «Manifiesto-Programa (II Conferencia Nacional del PCE, 1975)», en D. Ibárruri y S. Carrillo, *La propuesta comunista,* Barcelona, Laia, 1977.

[8] J. Andrade, *El PCE y el PSOE,* cit., pp. 73-79. Abundante documentación sobre toda la negociación de los contenidos de Coordinación Democrática puede consultarse en UGT, Informes, Secretaría General, Comisión Ejecutiva Confederal, Archivo Histórico de la Fundación Francisco Largo Caballero (AHFFLC).

2. La transición

La muerte del dictador Francisco Franco el 20 de noviembre de 1975 abrió lo que ha dado en llamarse la transición a la democracia en España, el proceso de cambio en el que se construyó el actual sistema político y en el que se formaron buena parte las élites que todavía dominan la vida política, empresarial y cultural del país; un proceso, por tanto, fundacional de este tiempo que ahora está crisis.

La transición no entrañó la ruptura democrática con la dictadura, reivindicada, entre otros, por el PCE. Fue un proceso de reformas progresivas negociadas entre sectores de la dictadura que controlaban el poder del Estado y los partidos de la oposición, que a su modo estimularon y trataron de canalizar la presión democratizadora de la sociedad. Los herederos de la dictadura lograron mantener en todo momento las riendas del Estado y, desde esa posición de poder, negociaron con la oposición el ritmo y la intensidad de los cambios, así como su propia supervivencia. Para ello contaron con respaldos internacionales. En un contexto de Guerra Fría había que evitar que el proceso pudiera ser dirigido por una oposición entonces hegemonizada por la izquierda. El resultado fue la construcción de un sistema parlamentario basado en el reconocimiento de derechos y libertades, la división de poderes y la celebración periódica de elecciones libres con participación de partidos políticos de diferentes tendencias ideológicas. También la supervivencia de actitudes, valores, normas legales, instituciones, dirigentes políticos procedentes de la dictadura y los intereses económicos de las oligarquías. Las continuidades fueron posibles porque la dictadura tuteló hasta cierto punto su propio proceso de reemplazo[1].

La oposición decidió finalmente negociar con el gobierno porque constató un hecho fundamental: que tenía fuerza suficiente para impedir el continuismo de la dictadura con sus movilizaciones en la calle pero que estas movilizaciones eran insuficientes para tumbar al gobierno. Ante la constatación de este hecho, el PCE concluyó que no quedaba más remedio que sumarse al proyecto reformista, planteando que, gracias a su implicación, este proyecto reformista impuesto desde el poder se podría reconducir hacia los objetivos rupturistas deseados por la oposición, como

si los medios no comprometieran los fines y como si con ello no cambiara la propia posición del partido, que, en virtud del fracaso de la ruptura, dejó de ser el eje de la oposición para tener que negociar su propia legalización en términos bastante desfavorables una vez el gobierno había empezado a dar un trato más que preferente a otras opciones[2].

La fortaleza del PCE obligó al gobierno a legalizar el partido a cambio de que aceptara la monarquía y se comprometiera a contener la movilización para así apaciguar a los involucionistas. El saldo de las negociaciones resultó muy beneficioso para el gobierno. Con ello integraba en el futuro sistema a un PCE en cierta medida desarmado, es decir, con su perfil ideológico difuminado al renunciar al republicanismo, y con el compromiso de no utilizar en exceso su capacidad de movilización social. Lo que se produjo entonces fue un intercambio en virtud del cual cada una de las partes dio a la otra aquello de lo que adolecía: el gobierno transfirió al PCE la legalidad procedente del Estado posfranquista y el PCE le transfirió la legitimidad procedente de la lucha por la democracia[3].

Los resultados de las primeras elecciones de junio de 1977 dieron el triunfo por mayoría relativa a la Unión de Centro Democrático encabezada por Suárez. En segundo lugar quedó el Partido Socialista Obrero Español, que había jugado un papel muy discreto en la lucha contra la dictadura. Las razones de sus buenos resultados remiten al peso de la memoria de su larga tradición histórica, al apoyo que recibió de la poderosa socialdemocracia europea, al carisma de Felipe González y a un discurso ambiguo que sedujo a sectores desigualmente ideologizados. Por el contrario el PCE, el partido más comprometido en la lucha contra la dictadura, apenas obtuvo el 9,5 por 100 de los votos. La dirección pensó que estos discretos resultados se debieron fundamentalmente al peso de la imagen autoritaria y prosoviética de la propaganda franquista y aprobó una nueva línea orientada a romper esa imagen, ya fuera participando de manera entusiasta en el consenso con el apoyo a la Constitución y a los Pactos de la Moncloa, ya fuera desterrando señas de identidad ideológicas como el leninismo en 1978[4]. *En ese tiempo el partido empezó a hacer de sus cambios ideológicos un eslogan publicitario en clave electoral. Estos ejercicios de funambulismo ideológico los hizo en un contexto de revisión política e ideológica más profundo: el eurocomunismo.*

El eurocomunismo fue el intento, emprendido sobre todo en el PCE, el PCI y el PCF, de diseñar una estrategia de transición al socialismo para los países del capitalismo avanzado que fuera pacífica, gradual y progresiva, y que se desarrollara dentro del marco institucional de las democracias liberales y lo respetara en la futura sociedad socialista. Esta estrategia se desarrollaría a través de etapas sucesivas, en cada una de las cuales se irían generando las condiciones necesarias para enlazar de manera pacífica y progresiva con la siguiente. En consecuencia, el eurocomunismo hacía una crítica más o menos expresa a los sistemas del socialismo real. El eurocomunismo respondía a la necesidad de renovación estratégica que tenían los partidos comunistas occidentales a la altura de los setenta, ya que la vieja retórica de la ortodoxia marxista-leninista no conducía muy lejos. Pero lejos de funcionar como una estrategia de largo alcance, en el caso del PCE funcionó como un instrumento legitimador del tacticismo cotidiano del partido y como un recurso propagandístico con el que proyectar una imagen más amable en los términos que le reclamaba la cultura política de sus adversarios. El eurocomunismo sublimaba la imposibilidad de acometer en esos momentos un proyecto de transformación radical de la sociedad en una estrategia idealista y especulativa de cambio a largo plazo que servía para legitimar en esos momentos una práctica, sin embargo, muy moderada[5].

Una vez celebradas las primeras elecciones democráticas, se abrió la etapa del llamado consenso, forzada por los resultados electorales, la amenaza golpista, las estrategias de cada partido y el propósito de construir un nuevo sistema político (que se concretó en la Constitución de 1978) y hacer frente a la crisis económica (que llevó a la firma de los Pactos de la Moncloa). El relato mítico de la transición ha definido el consenso como un momento ideal en el que los grandes dirigentes de los partidos políticos, guiados por su generosidad y altura de miras, dejaron a un lado sus intereses partidarios a fin de llegar a un acuerdo que garantizara el bien común. En ese relato no suele decirse que fue un proceso bastante opaco, modelado también por las posiciones de poder de cada cual y por mecanismos sutiles de cooptación.

Después de la etapa del consenso el PSOE aceleró su camino a la Moncloa. En 1979 Felipe González promovió públicamente la renuncia al marxismo de su partido con objeto de ofrecer una garantía simbólica a los

sectores sociales más moderados y a los poderes fácticos del país de por dónde no iría su gestión gubernamental. La crisis interna que generó la propuesta en el PSOE le sirvió además para disciplinar a su militancia. Finalmente dos acontecimientos precipitaron su triunfo electoral: la crisis de sus dos principales rivales (la UCD y el PCE) que le dejaron sin apenas adversarios a derecha y a izquierda y los efectos del golpe de estado fallido del 23F. El 23F, además de reforzar la imagen de ineptitud de la UCD, reforzó los valores de cambio y seguridad en torno a los cuales venía moviéndose el grueso del electorado y el PSOE supo conjugar de manera muy hábil esos valores ocupando en las elecciones del 82 el espacio electoral que, al moverse a la derecha, había dejado al descubierto la UCD. Lo hizo con un discurso que pivotó en torno al concepto totémico de la modernización de España. Y con este discurso, pero sobre todo en estas condiciones, obtuvo una abrumadora mayoría electoral.

El escenario político que siguió a las segundas elecciones generales de 1979, caracterizado por el fin del consenso, dejó al PCE con el paso cambiado y reclamando el consenso en solitario. En lo relativo a su vida interna el PCE sufrió a partir de 1980 una crisis desgarradora resultado en última instancia de la situación de insatisfacción generalizada entre la mayoría de la militancia. Esa insatisfacción se debió a las frustraciones que generaron unos resultados electorales que estuvieron muy por debajo de su contribución a la lucha contra la dictadura. Se debió también a la constatación del declive orgánico que venía sufriendo el partido como consecuencia de una orientación política que pasó a primar el trabajo institucional por encima del trabajo de base en los movimientos sociales. Se debió igualmente a la incapacidad del partido para canalizar el deseo y la capacidad de muchos de sus técnicos y profesionales, debido a los pocos cargos institucionales conseguidos. Se debió también a la falta de democracia interna resultante en parte del choque entre el viejo núcleo dirigista de la Juventud Socialista Unificada (JSU) procedente de la Guerra Civil y el exilio y una generación de militantes que venía practicando formas más flexibles y participativas de funcionamiento a nivel de base desde los tiempos de la dictadura. Y se debió, especialmente, al profundo malestar de una militancia fundamentalmente obrera que estaba sufriendo el zarpazo de la crisis económica[6].

Estas frustraciones enconaron las diferencias ideológicas internas, que eran muchas debido a diferencias generacionales, formativas y socioprofesionales de sus militantes. Esta pluralidad ideológica, que había venido regulándose gracias a la cohesión que imponía la lucha contra la dictadura, se volvió conflictiva cuando desapareció ese objetivo inmediato y cuando la dirección intentó homogeneizar al partido con su propuesta eurocomunista. Los cambios ideológicos y los gestos públicos de la dirección convencieron a muy pocos: para los llamados renovadores resultaban insuficientes, para los sectores más ortodoxos resultaban excesivos y para otros sectores más críticos y heterodoxos apenas eran otra cosa que un eslogan propagandístico. Los conflictos entre todas estas familias se saldaron con escisiones, transfuguismos y expulsiones y con esa imagen de partido cainita el PCE concurrió a las elecciones del 82 perdiendo más de un millón de votos y quedándose con tan solo 4 diputados. La transición no pudo ser más amarga para el PCE: había iniciado el proceso siendo el partido más importante en la lucha contra la dictadura y lo había terminado roto en pedazos y con unos resultados electorales calamitosos.

Juan Andrade: *¿Qué valoración general haces de la llamada transición a la democracia en España?*

Julio Anguita: A la hora de hablar de la transición yo tengo dos visiones, que obedecen a dos momentos distintos de mi estado de conocimiento de la materia. Hay una primera época que yo vivo como dirigente provincial, pues yo soy cooptado por la dirección provincial del PCE en Córdoba en mayo del año 75, precisamente en los días que muere el secretario general del partido en la provincia. Una vez muerto Franco comienza el periodo final de lo que yo llamo la etapa romántica del PCE. El PCE ha tenido una etapa épica en la que sus miembros fueron fusilados, perseguidos, torturados. Y después ha tenido una etapa romántica, con riesgo incluso de detención, pero que ya no tenía la dureza de la etapa épica. En esta etapa, elegido yo miembro de la dirección en el año 1975, realizo mis funciones en una zona que me asignaron, la parte de la sierra de Bélmez y sus alrededores. Y así entramos ya en el año 76, con la creación de la Junta Democrática. Ahí hubo ya una actividad muy fuerte, porque a mí se me

encarga que organice, en el marco de la Junta Democrática, la Junta Democrática de Enseñantes a nivel provincial. En la Junta Democrática teníamos una obsesión: que la Junta no apareciese como el Partido Comunista disfrazado de lagarterana. Entonces queríamos incorporar a otros colectivos, por mínimos que fueran, y ahí estuve intentando organizar a una parte de la derecha, llevándole el manifiesto a los liberales y a quien entonces era presidente del colegio de abogados. Supongo que eso estará en mi debe, el hecho de que tuve que organizar a una parte de la derecha para que la Junta Democrática no pareciese simplemente el Partido Comunista. ¡Hay que ver las cosas que había que hacer! Esa es una etapa muy activa, porque conseguimos muchos enseñantes y organizamos una primera gran manifestación en septiembre del 76, sacando 2.000 personas desde la Facultad de Filosofía a las Tendillas, que es la plaza central de Córdoba. Íbamos todos tensos. La noche anterior Carlos Cano nos había cantado en el centro Juan XXIII *A la calle, a la calle, a la calle.* De ese modo la actividad fue *in crescendo* y es entonces cuando la dirección del partido insiste en que hay que forzar la legalidad y que hay que salir más a la calle.

Juan Andrade: *Aquello se llamó «Política de salida a la superficie».*

Julio Anguita: Sí, «salida a la superficie». Se trataba de que nos presentáramos a los círculos más cercanos como miembros del partido Comunista, y nos presentamos. Yo recuerdo que tenía una casa alquilada en Trassierra, un barrio en la sierra de Córdoba. Una tarde coincidimos tomando café en el bar de aquel lugar un inspector de Enseñanza Primaria amigo mío y el párroco del lugar, que también era canónigo. Por lo que estaban diciendo mientras analizaban la situación política, deduje que estaba ante unas personas predispuestas a normalizar la situación del PCE. En consecuencia me di a conocer como miembro de la dirección provincial del partido. Ante la información aquellos rostros se demudaron y la conversación se puso un tanto tensa, y es que la libertad, la tolerancia y otras virtudes cívicas de las que blasonan muchas personas no aguantan la prueba de la práctica.

A partir de esas fechas las reuniones ya no se celebraban en un clima de clandestinidad total, sino en la sede de alguna asociación de estudios, que eran las tapaderas que creó entonces el partido. En el caso de Córdoba en una sede de la calle Leiva Aguilar. Ahí empezamos a preparar las

elecciones. Recuerdo que en septiembre del año 1976 nos reunimos en Almodóvar, en un cortijo que nos dejó su dueño, Paco Natera, una excelente persona, ex jesuita y cercano al partido. Estuvimos reunidos cerca de cinco días un conjunto de militantes y dirigentes provinciales. Nos reunimos para preparar las líneas maestras de la campaña electoral, porque estábamos obsesionados con el hecho de que tendríamos que explicarle a la población la verdadera historia del partido, lo que había pasado en la República, cuál había sido la verdadera lucha del partido. Estábamos convencidos de que tendríamos, en definitiva, que defendernos de las acusaciones formuladas durante cuarenta años de franquismo. Entonces buena parte del trabajo lo dedicamos a preparar en sesiones maratonianas por la noche toda esa línea argumental de tipo apologético, para poder defendernos de las acusaciones que supuestamente nos iban a hacer en las campañas, porque dábamos por hecho que iríamos a las elecciones. ¿Por qué lo dábamos por hecho? Yo no tenía ninguna evidencia, pero las instrucciones que venían de Madrid a través de nuestros dirigentes nos decían que nos iban a legalizar. Cosa en la que quiero insistir, porque había mucha seguridad en eso.

Juan Andrade: *Estamos hablando de septiembre del 76.*

Julio Anguita: Septiembre del 76. Recuerdo una noche en la que, estando reunidos ahí en ese cortijo, se presentó Ignacio Gallego. Yo lo conocí entonces. Él estuvo todo el tiempo explicando que nos iban a legalizar y que para ello había que forzar más. Bueno, pues forzábamos. Algunos días, por ejemplo, aparecíamos en las Tendillas, en pleno centro de Córdoba, vendiendo *Mundo Obrero*. Estábamos 15 minutos, la gente se sorprendía y, cuando veíamos que la situación se podía complicar, nos íbamos. Y recuerdo otra vez que la dirección del partido, el Comité Provincial, se dirigió al gobernador civil con un texto que empezaba: «Los abajo firmantes, miembros de la dirección del Partido Comunista de España, con carnet de identidad….», fue un texto que el secretario general de la provincia y otros más presentaron en el Gobierno Civil. Y en el Gobierno Civil cuando lo recibieron lo devolvieron, no quisieron tenerlo. Es decir, lo que hacíamos era forzar a toda costa la legalidad. Así estuvimos hasta diciembre del 76.

En esas fechas, estando en un acto celebrado en un bar llamado Sociedad de Plateros, en una entrega de carnets del partido a la que se invitó

a compañeros de enseñanza del PSOE, nos vinieron a avisar de que habían detenido a Santiago Carrillo. Entonces terminamos el acto y nos fuimos a preparar la respuesta a la detención de Santiago, desde las pintadas a todo lo que se hacían en este caso. Estoy hablando de diciembre del 76. La actividad ya era frenética y entonces nos aseguraban que conquistaríamos la legalidad. Es una etapa en la que yo no tengo más visión que la que recibo de Córdoba, no tengo más elementos de análisis. Después ya tuve más. Pues eso, fuimos fieles militantes entregados con fervor a la causa.

Juan Andrade: *No fue una legalización incondicional, sino que estuvo condicionada a dos hechos fundamentales, uno que se reconoce normalmente, la aceptación de la monarquía y sus símbolos, y otro, del que no se suele hablar tanto, pero que a la postre se evidenció también, el de procurar una cierta contención de la movilización para no exacerbar el ánimo de los sectores reaccionarios. ¿Cómo se vivió todo esto en aquellos momentos? Me consta que se vivió con disciplina, pero, ¿cómo se vivió internamente, si es que la vorágine de los acontecimientos permitía reparar en lo que uno sentía?*

Julio Anguita: Cuando la legalización, estábamos entonces en una sede semitolerada. Estábamos precisamente Javier Urraca, que era un compañero de enseñanza, y otros más. Francamente, con lo de la legalización nos sentimos molestos. Y hay una explicación. Nosotros –sobre todo los profesionales de la enseñanza– habíamos entrado en el PCE, entre otras razones, movidos por el Manifiesto Programa de 1975. Yo, remotísimamente, había ayudado un poquito a dar mi opinión sobre aquello. Y, claro, el Manifiesto Programa decía que había que hacer un referéndum, hablaba de la Democracia Político y Social y contenía además un párrafo que yo siempre he guardado, porque para mí es el antecedente de Izquierda Unida[7]. El caso es que las condiciones aceptadas para la legalización rompían todo lo que estábamos diciendo en los documentos. Hubo conmoción. Tanto es así que el secretario general, Ernesto Caballero, tuvo que reunirnos y abrir un debate para convencernos de lo que había. Él, que había sido uno de los que se abstuvieron en la sesión del Comité Central que aprobó la resolución propuesta por Carrillo. No es que Ernesto Caballero nos convenciera, pero aceptamos. Nos decíamos a nosotros mismos: los dirigentes tienen razón, ellos ven más que nosotros, qué

sabemos nosotros en una pobre provincia. En fin, lo normal. No lo encajamos bien, pero pensamos que razones habría, porque para nosotros Santiago Carrillo y los demás dirigentes eran semidioses, de tal forma que considerábamos que nosotros, pobres seres sin conocimiento y obtusos, no podíamos llegar a esos razonamientos que estaban en la esfera de lo celestial.

Entonces llegaron las elecciones de junio de 1977, en las que yo voy de número cinco en la lista –eran siete– por la provincia de Córdoba y se nos encomiendan los primeros mítines en una campaña que tenía 21 días. Yo era una de las personas que elaboraban materiales, incluso hicimos unos materiales que fueron desechados porque no estaban bien hechos, porque éramos muy críticos con el partido. No pasó nada, aceptamos. El partido en Córdoba era bastante humano. Este secretario general provincial había conseguido concitar un buen ensamblaje entre los elementos profesionales y los elementos obreros. El partido funcionaba muy bien, era un partido muy abierto. Córdoba fue en este sentido y durante mucho tiempo un ejemplo de integración, equilibrio y apertura.

En aquellas elecciones me encargaron ocho mítines y me enfrenté a la tarea de hablar por primera vez ante un auditorio muy amplio, sabiendo que eso no podía ser una lección propia del aula; pero, por otra parte, yo no podía olvidar mi condición de docente. Mi primer mitin fue en Castro del Río. Llegué allí con Idelfonso Jiménez, un dirigente sindical heroico, que después fue concejal conmigo en el ayuntamiento y que ya ha muerto. Cuando entré en el teatro aquello se venía abajo de banderas rojas, estaba completamente lleno. La intervención de Idelfonso, que me precedió, fue una intervención clásica, encendida, como en los mejores tiempos. Justo después salí yo y empecé a hablar tranquilamente, a dar una lección, explicando por qué había ocurrido esto, por qué estaba ocurriendo lo otro… y, a medida que hablaba, no me interrumpía nadie con aplausos. Yo seguí, y cuando terminé, el aplauso fue ensordecedor. Creo que la gente agradeció que alguien les explicase las cosas, que les diese fuego, pero fuego racional, es decir, que en función de datos y conocimientos se les incitase a la lucha. Y esa es una norma que siempre he seguido. El mitin salió muy bien, tanto es así que de los 8 mítines que tenía previstos me cambiaron a 32 en la campaña. Había días que tenía que doblar porque aquella manera didáctica

cuajó, la gente la entendía. El caso es que se celebraron las elecciones y tuvimos el primer fiasco. 20 diputados, de verdad, no eran los esperados.

Juan Andrade: *¿Cuántos esperabais, Julio?*

Julio Anguita: Vamos a ver… lo que pasa es que tampoco estábamos muy duchos en el tema electoral, pero nos esperábamos 40 o 50. Había ese ambiente. Además la expectativa estaba avalada por la respuesta que seguía a preguntas muy básicas: ¿quién había luchado contra Franco?, ¿quién había sido coherente?, ¿quién había impulsado Comisiones Obreras? Y aquí había ya que haber introducido el primer elemento para el análisis: que no solo la mayoría de los obreros españoles habían votado PSOE, sino, lo más tremendo, que también lo habían hecho los obreros españoles encuadrados en Comisiones Obreras. Fue un fiasco y se sintió con cierta amargura. Para nosotros no tenía lógica, no tenía sentido. Todo tiene sentido al cabo del tiempo, pero entonces lo vivimos así.

Sin embargo, empezamos ya a trabajar. Ignacio Gallego fue el diputado que más votos tuvo, de hecho estuvimos a punto de conseguir el segundo, cerca de 200.000 votos tuvo Ignacio. Entonces yo empecé a trabajar como secretario parlamentario de Ignacio. Yo recibía aquí en Córdoba las visitas, estudiaba los problemas y le trasladaba las cartas. Era su secretario y como tal lo acompañaba cuando llegaba a la provincia y como tal lo acompañé cuando el alcalde de Córdoba lo invitó a la feria de mayo del año 1978. Yo fui con él y me presentó como su secretario parlamentario al alcalde, que me saludó. No pensaba el alcalde de entonces que yo iba a ser el siguiente. Aquello todavía estaba lejanísimo [ríe].

Juan Andrade: *¿Cómo fue tu relación con Ignacio Gallego? No te pregunto solo por la relación personal, sino por cómo podía ser en general la relación entre los llamados dirigentes históricos procedentes del exilio y una nueva generación de cuadros del interior. ¿Cómo era la relación entre esas culturas políticas y militantes distintas?*

Julio Anguita: Lo que acabas de preguntar es muy importante. Yo tenía un respeto enorme a Ignacio Gallego. Pero tengo que decir que no compartía su manera de dirigirse al público. Ignacio Gallego tenía una manera de dirigirse al público que estaba troquelada en el mejor método del sermón, pero para mi entender era muy generalista, no daba datos, se dirigía

simplemente a la emotividad. Yo no estaba de acuerdo, aunque lo digo con respeto al dirigente. Él estaba troquelado en otra visión y, de hecho, cuando dábamos algunos mítines juntos, porque no teníamos más remedio, se notaba la diferencia, que era abisal. Yo entonces ya pensaba, y he seguido pensando siempre, que la política debe ser comunicación, que en la comunicación política hay que dar información y desde la información hay que elevarse a la apuesta subjetiva y a la emoción, porque no es incompatible. Tú puedes llegar a la emotividad a través del dato, porque el dato te concreta la lucha que hay que promover. Desde esa diferencia me relacioné con Ignacio. Después Ignacio fundó otro partido y después él y yo nos vimos en Moscú en el año 1989 para restablecer la unidad. Pero eso ya es otra época.

Juan Andrade: *Después del malestar por los resultados de las primeras elecciones generales llega la etapa del consenso, con sus dos hitos fundamentales: los Pactos de la Moncloa y la Constitución. ¿Cómo viste el respaldo del partido a esos grandes acuerdos?*

Julio Anguita: Recuerdo que estábamos muy metidos en el camino institucional, que era un camino que seducía mucho, porque para nosotros era un mundo nuevo y porque además los medios de comunicación lo situaban como el lugar idóneo de la política, si acaso no como el único existente. Había que hacer esfuerzos auténticos para sustraerse de la atracción que suponía. Mi trabajo diario de secretario parlamentario de Ignacio Gallego me llevaba a estar permanentemente metido en ese mundo, que te arrebataba a veces. Tenías que parar, hacer de vez en cuando análisis y repetirte: «que lo nuestro es otra cosa». Pero no creas, te arrastraba, al final te arrastraba. Entonces llegó el tema de la Constitución. Y yo salí a defender la Constitución, a defender el sí. Vuelvo a repetir que yo defendí el sí y que yo soy responsable de aquel periodo. Algo había que no me gustaba, que no entendía, pero bueno, como siempre nos repetíamos: «los dirigentes tienen razón, nosotros qué sabemos, los dirigentes son los que saben». Esa fue mi etapa: defender algo, no muy convencido, pero desde luego defenderlo. Así fue como se defendió en muchos sitios la Constitución.

Ya donde hubo mayor crítica fue en los Pactos de la Moncloa. ¿Por qué? Porque los dirigentes sindicales de la provincia ya empezaron a chirriar.

Recuerdo un mitin que hubo en Belalcázar, al que fuimos Francisco Barbado, un viejo dirigente del partido que había vuelto del exilio en la Unión Soviética, y yo. Él defendió que en los Pactos de la Moncloa el carro de la democracia se había atrancado y que había que desatrancarlo. Yo ya no hablé de los Pactos de la Moncloa, hablé de otra cosa. Ojo, no estoy hablando ahora mismo de una actitud rebelde por mi parte, no estoy hablando de una oposición sistemática. Estoy hablando de una especie de rechazo intuitivo, basado en intuiciones emanadas del texto del pacto. Pero aquello salió adelante, los Pactos de la Moncloa y todo lo que vino después. Sí hubo un momento, estoy hablando al filo ya de 1979, con motivo de las segundas elecciones generales, en las que el partido pasó solo de 20 a 23 diputados. En ese momento yo sí me pregunté: «¿para qué ha servido todo esto?». Entre medias se había celebrado el IX Congreso del partido, en 1978.

En el contexto del IX Congreso –donde se debatió sobre el abandono del leninismo y nosotros los andaluces discutimos en Bella Vista, en Sevilla– yo ya tuve una intuición más clara. Aquí ya había algo más, aquí había algo extraño. Porque, ¿a qué venía hablar entonces de leninismo? Este debate era absurdo. Tuve entonces esa fugaz intuición, esa fugaz sospecha que, por un momento, me alumbró. Fue, repito, en el congreso de Bella Vista en Sevilla, cuando se planteó la cuestión del leninismo. En ese congreso salieron multitud de dirigentes obreros defendiendo el mantenimiento del leninismo, diciendo: «Porque Lenin, Lenin, Lenin». Y Carrillo ni se inmutó. El problema surgió cuando salió un dirigente, un profesor de filosofía, que era asturiano, hoy el secretario general del partido en Asturias, Paco de Asís, y dijo: «Bueno, este tema es muy importante, yo creo que merece la pena aparcarlo en este congreso y hacer un debate extraordinario». Entonces Santiago Carrillo saltó como un resorte. Claro, Paco había colocado un argumento inteligente, mientras que los argumentos de los otros eran argumentos emotivos. Y Santiago Carrillo dijo: «Camarada Paco de Asís, el momento…». Y me apareció el flash. Me dije: «Ya está, aquí hay algo raro». Pero bueno, el flash se almacenó ahí y seguí. No operó inmediatamente, pero tuve ya la intuición.

Juan Andrade: *Yo he escrito que la historia del PCE en la transición es una historia de renuncias puntuales que, tomadas una a una, a los*

militantes les resultan digeribles, pero que al final, concebidas en su conjunto, se vuelven insoportables para muchos de ellos al cabo de unos pocos años. Por eso creo que explota la crisis en el 81. Ciertamente es una crisis muy compleja, en la que hay muchas variables, pero yo mantengo que si se manifestó entonces y no antes fue porque, como en los combates de boxeo, los golpes no duelen cuando estás en pleno combate, sino cuando el cuerpo se enfría y descubres que te han dado una paliza.

Julio Anguita: Creo que es acertado lo que acabas de decir, yo nunca había caído, pero es acertado: se fue tragando en pequeñas dosis, hasta que todo eso formó un mosaico de teselas que cuando uno recompone ve con claridad, sobre todo, como es mi caso, si llegas a Madrid y tienes acceso a la información. Sí, efectivamente, lo fuimos tragando. Aunque ya había una especie de, si no de rechazo, sí perplejidad, esa sería la palabra.

Juan Andrade: *Yo he planteado que durante la transición muchas veces Santiago Carrillo trató de hacer política a base de golpes de efecto mediáticos y que muchas veces utilizó los debates ideológicos como cortina de humo de otros debates más acuciantes que tenía el partido. Mucho de eso hubo en su propuesta de abandonar el leninismo. Pero, en cualquier caso, ese debate sobre el leninismo se inserta, aunque sea de manera muy forzada, en una formulación ideológica más amplia que entonces se dio en llamar el eurocomunismo, que yo creo que es una palabra muy polisémica a la cual se le pueden atribuir distintos contenidos. Quería conocer tu valoración sobre el eurocomunismo.*

Julio Anguita: Ahí ya tengo que decirte que tenía los elementos suficientes para que me pareciese un producto del marketing. Yo leí *Eurocomunismo y Estado* y entonces no noté allí nada que tuviese entidad propia. A mí el partido me había enseñado que el socialismo es libertad, que luchábamos por la democracia, de modo que *Eurocomunismo y Estado* no venía a contarme nada nuevo. En todo caso puede que fuese una forma de enfrentarse a la imagen que se tenía del régimen soviético, pero a mí eso no me decía nada. Además, cuando yo vi a Santiago Carrillo comparecer con Enrico Berlinguer y Georges Marchais me dije: «Estos tres no encajan juntos. Esto es una foto, pero no encajan, son distintos». Dos pueden estar más cerca, que eran Marchais y Carrillo, porque, de verdad, la finura de

Berlinguer, la talla intelectual de Berlinguer, no la tenía Carrillo. Las cosas como son. Y claro, aquella rueda de prensa y lo que el eurocomunismo significaba y cómo era aceptado además por la prensa oficial, me hacía recelar. Me acuerdo de un editorial de la prensa oficial que, a propósito del eurocomunismo de Santiago Carrillo, empezaba diciendo «saludo a un carrillo que…» y al final terminaba diciendo: «…vaya a un par de cojones, Don Santiago». Entonces yo recordaba las palabras de un famoso diputado socialdemócrata alemán, August Bebel a principios del siglo XX, que, cuando era alabado por la prensa conservadora, se decía: «Oh, viejo Bebel, ¿en qué te has equivocado cuando la derecha te alaba?».

Pero después de eso mi actividad política se circunscribió fundamentalmente a la alcaldía de Córdoba. Se circunscribió a una actividad en la que, por otra parte, nos sentíamos abrumados, porque se nos atribuía la responsabilidad de ser el faro de la política municipal del PCE. Y, sin embargo, apenas recibimos ayuda o apoyo. Tuvimos que asumir en soledad aquella carga que los demás depositaban sobre nuestros hombros.

Juan Andrade: *El primer episodio visible de la compleja crisis interna del PCE fue su X Congreso en agosto de 1981. En el X Congreso se dio un debate en torno a la democracia interna del partido y, aunque muy en menor medida, también a propósito de su línea política. Lo curioso de muchos de los que se dieron en llamar eurorenovadores o renovadores es que estaban de acuerdo con la línea política del partido en la transición, pero no así con su forma de organización interna. Por otra parte, desde posiciones más ortodoxas o contundentes se discrepaba con la línea de moderación del partido, pero no se cuestionaba el centralismo democrático ni la forma dirigista y verticalista de funcionar. Mi pregunta es: ¿había quienes además de discrepar con la falta de democracia interna discrepaban también con la orientación política del partido y vinculaban una cosa a la otra? ¿Cuál fue exactamente tu posición en el X Congreso a propósito de esas dos cuestiones?*

Julio Anguita: Efectivamente, en 1980 empiezan las crisis en el partido, y se visualizan en el X Congreso, en 1981. Allí en el cine Quevedo se da la primera diferencia visible entre Carrillo y yo. En aquel congreso se enfrentaron dos posiciones, la que preconizaba Carrillo, que básicamente consistía en la disciplina acrítica a la política emanada del consenso de la

transición, y otra bastante heterogénea y plural, que tenía un nexo común: el cuestionamiento de las formas de funcionar del partido. En esta última estábamos los que no aceptábamos del todo el sesgo tomado por el PCE con su imbricación, a nuestro juicio excesiva, en la gobernabilidad y el posfranquismo. La otra coincidía en la crítica al funcionamiento, pero se orientaba al entendimiento con el PSOE. A mi entender podemos rastrear aquí los orígenes de la futura Nueva Izquierda. El caso es que presentaron una enmienda por la que pedían que en el PCE se permitiese la existencia de corrientes de opinión organizadas en torno al debate de materiales congresuales. Yo estaba de acuerdo con ello, aunque tuviese diferencias con los proponentes en otras cuestiones importantes. Me pidieron la defensa del texto ante el pleno del Congreso y acepté. Carrillo creyó que todos los que defendíamos la propuesta coincidíamos en todo y que éramos iguales. Se equivocó. Defendí la propuesta y noté que mi intervención impactaba en el plenario; y es que la misma se basaba en textos congresuales y estatutarios. Tras mi exposición, Gerardo Iglesias, que presidía el Congreso, iba a iniciar el proceso de votación, pero Carrillo le dijo en voz baja, aunque no tanto como para que yo no la oyera, que diera un descanso y tras él se sometiese a votación la propuesta. Está claro que en el receso, a mi juicio claramente irregular, funcionó la máquina directiva, y al final, cuando se votó, perdimos. Pero aun así y todo, tuvimos un resultado rayano en el empate. A los ojos de la dirección y del propio Santiago me señalé como renovador y me adscribieron a aquel grupo.

A la hora de presentar candidaturas para el Comité Central, Manuel Anguita Peragón, un camarada de Jaén, señaló que en la propuesta faltaba mi nombre y que en consecuencia él lo proponía. Pedí la palabra y rechacé la propuesta alegando mi dedicación exclusiva al Ayuntamiento de Córdoba. Cuando terminó el acto el propio Carrillo me dijo: «has hecho bien en negarte a estar en la propuesta». Su tono me pareció inquietante. Quiero señalar que cuando fui secretario general del PCE las corrientes de opinión en torno a los debates congresuales fueron aprobadas y desarrolladas.

Al poco tiempo de estos acontecimientos Cristina Almeida y otros dirigentes (con los que yo no estaba de acuerdo) fueron expulsados del PCE de manera irregular y antidemocrática, a nuestro juicio. Digo «nuestro» para referirme a un conjunto de dirigentes provinciales que sin compartir las

tesis de Almeida nos preocupaban los métodos de la dirección central. En un comité provincial aprobamos (con la oposición del secretario general Ernesto Caballero) una resolución de protesta por aquello. Cuando la noticia llegó a Madrid estuvimos expulsados durante una sesión de la dirección hasta que, según me han contado, Nicolás Sartorius, que llegó con retraso a la reunión, consiguió la reconsideración de la medida. En conclusión, puede decirse que mis diferencias con Carrillo comenzaron a explicitarse, a pesar mío, en el X Congreso celebrado en el verano de 1981 en el desaparecido cine Quevedo de Madrid.

Juan Andrade: *En las elecciones de 1982 el PCE cosecha unos resultados catastróficos, que en buena medida representan ya el cierre de la transición. ¿Cómo se vivió aquello?*

Julio Anguita: Aquella noche electoral se vivió como un batacazo. Nosotros teníamos todavía el colchón de Córdoba. Lo de Córdoba era tremendo, nos absorbía completamente, pero aun así vivimos muy mal esa noche electoral. Yo esa noche estaba con uno de los locutores de la SER de Córdoba que se extrañaba de que no me alegrase del triunfo del PSOE diciéndome: «Pero bueno, ha ganado el PSOE». A lo que le respondí: «Sí, pero no tengáis muchas esperanzas». Él, Rafael López Cansinos, me lo ha recordado siempre. Dije aquello porque ya tenía la experiencia de haber trabajado con el PSOE a niveles de municipio y en los trabajos con muchos de sus alcaldes en aquella asamblea itinerante de alcaldes que tuvo que vérselas con los ministros económicos de Suárez y también de Felipe González. Pero, sí, octubre de 1982 fue la catástrofe. Meses antes, exactamente en mayo del 82, tuvieron lugar las elecciones en Andalucía, las autonómicas, en las que sacamos ocho diputados. Aquello fue visto como una catástrofe. Es curioso porque aquí cuando sacaron seis la penúltima vez fue presentado como un triunfo y en el año 82 cuando sacamos ocho fue un desastre. Cómo cambia la perspectiva y la valoración.

El caso es que después de las autonómicas se celebró un Comité Central del partido en Andalucía. Entonces sí que presenté un documento escrito a mano que todavía conservo, una descripción bastante crítica de la situación del partido, donde al final digo: «pero yo creo que podemos salir si somos capaces de hacer con la población un programa de gobierno, trabajándolo bien». No se me hizo ningún caso. Así que cogí mis papeles y me vine a

Córdoba, pues ya tenía bastante con la alcaldía. Pero allí quedó eso. Hasta que llegaron las elecciones de octubre del 82. Y después de las elecciones de octubre del 82 ya sabemos lo que pasó: cómo Carrillo dimitió y cómo Carrillo propuso de secretario general a alguien que no quería serlo, a Gerardo Iglesias, y cómo Gerardo aceptó y, pese a no querer, dejó claro que iba a ejercer. Entonces comenzó la pugna.

Juan Andrade: *Hemos hablado de cómo viviste la transición y de cómo veías entonces el proceso. Ahora me gustaría que me contaras cómo interpretas la transición pasado el tiempo.*

Julio Anguita: Para mí fue una etapa muy confusa. Pasado el tiempo las cosas aparecen más claras y se evidencia una lógica en las mismas. El PCE, desde que renunció a la lucha armada y abandonó la guerrilla, lanzó directrices políticas que reconducían la oposición radical al régimen al pacto interclasista para acabar con el franquismo y volver a la democracia debelada en 1936 por los rebeldes. Los llamamientos a la Reconciliación y al Pacto por la Libertad se suceden como mensajes que llaman a trabajadores, clases medias y demócratas en general a fin de crear un estado de opinión favorable a acabar con el franquismo. Un elemento clave de esa política fue la huelga nacional pacífica que incitaba a una acción que supusiese el golpe de gracia al franquismo. Creo que desde el exterior se seguía teniendo la misma visión de la sociedad española que la de 1936. Los debates en la dirección entre Claudín y Semprún con la dirección del PCE obedecían a que los primeros se daban cuenta de que en España se habían producido cambios en lo económico y un cierto aumento en el nivel de vida y consumo de las capas medias. Si a eso se le añadía el apoyo de EEUU al régimen, el reconocimiento por parte de las democracias y la perenne exhibición de anticomunismo por parte de Franco, debe concluirse que aquellas directrices tenían poco terreno favorable. Pero el PCE fue constante, consiguió extenderse en el mundo de los trabajadores y también en el de los profesionales. Se ha dicho, y creo que con razón, que el PCE vio engrosadas sus filas con los hijos de los vencedores de la guerra. Ese es mi caso.

La tromboflebitis de Franco en el verano de 1974 dio pie a que el PCE, nuevamente, lanzara una operación de alianza interclasista para derribar al régimen: la Junta Democrática. Sin embargo el llamamiento que suscitó una

acogida notable en el mundo del trabajo manual y en el de determinadas capas de la intelectualidad fue rápidamente contrarrestado con la creación de la Plataforma de Convergencia Democrática formada por el PSOE y otras fuerzas, entre ellas partidos comunistas escindidos del PCE. Aquello debió servir de aviso acerca de que el cerco sobre el PCE cara al futuro había comenzado. La apuesta por un cambio ordenado y normalizado había venido desde EEUU (en 1945) y la socialdemocracia europea.

El corolario de esa postura del PCE lo constituye la aprobación del Manifiesto Programa del partido en la Conferencia Nacional celebrada en septiembre de 1975 en Roma. En ese Manifiesto la apuesta por la ruptura democrática es total, es decir, se renueva la apuesta por lo que el PCE había venido defendiendo y que, por otra parte, la Junta había asumido. En el Manifiesto Programa de 1975 se marcan los pasos, las etapas y los programas que, a juicio del partido, debían llevar al socialismo en España.

Con este bagaje, con esta línea política y de actuación, con este compromiso que el PCE había adquirido ante sí y ante sus aliados se llega al 21 de noviembre de 1975 tras la muerte del dictador. Los sucesos posteriores suponen un reforzamiento de la autoridad del partido, sobre todo por la exhibición de fuerza y autocontrol demostrada en el entierro de los abogados de Atocha.

Pero en realidad lo que ocupaba los titulares informativos con gran incidencia en la opinión pública era la batalla contra el aparato político franquista, el cual ya había sido abandonado por el franquismo renovado. Así, esta confrontación totalmente superestructural desviaba la atención de los reforzamientos económicos, sociales y políticos de las élites que se preparaban para cruzar el Jordán de la democracia. Las carreras para inscribirse en la ventanilla de la legalización eran la señal evidente de que usando el espantajo de la involución, protagonizada por parte del ejército y parte del viejo aparato franquista, el régimen hurtaba su rendición de cuentas por cuarenta años de dictadura sangrienta y desviaba la lucha hacia la vieja camisa ya abandonada.

El manejo del espantajo sabiamente agitado por un Suárez que conocía de sobra la apuesta firme por parte de EEUU y el Mercado Común Europeo de un cambio controlado están en el origen del Comité Central del PCE que acordó el reconocimiento de la monarquía, la bandera y ¡la democracia! Carrillo presentó la propuesta como una respuesta necesaria a un «ruido de

sables». Después se supo que todo ello era el compromiso adquirido entre Suárez y Carrillo con anterioridad y como pago por la legalización.

¿Se hizo mal? Pienso que, quizás, en aquel momento no había otra salida, y lo pienso en un intento de comprensión derivado de que yo no estaba entonces, en aquellos momentos, en situación de dilucidar lo que estaba pasando realmente. Pero en el caso de que no hubiera habido otra alternativa a la toma de aquella decisión por parte del Comité Central es evidente que Carrillo hizo de la necesidad virtud y siguió manteniendo el pacto más allá de lo debido y tras el incumplimiento de los Pactos de la Moncloa.

Se presentó, para uso de la militancia, que la legalización era el corolario de la lucha contra la dictadura y que esa gran victoria colmaba las apuestas del PCE durante la clandestinidad. Carrillo, como Gorbachov años después, era admirado y loado por los de afuera pero era incapaz de reconducir a su partido hacia una lucha contra el sistema desde las nuevas circunstancias. Ambos, ebrios de incienso y cegados por el humo, construyeron una «teoría» justificadora de lo que había ocurrido; uno lo hizo con *Eurocomunismo y Estado* y el otro con la Perestroika.

Sobre el 23F y el papel del rey hay una gama más o menos amplia de interpretaciones que se pueden simplificar en dos tipos. Unas, que forman parte central de la memoria oficial de la transición, sostienen que el 23F fue un golpe reaccionario promovido por los sectores más retrógrados del ejército y la guardia civil, ante el cual el rey reaccionó a tiempo disciplinando a los militares y haciendo valer el orden constitucional.

Otras plantean que hubo varios golpes al mismo tiempo, al menos dos. Un golpe duro protagonizado por sus ejecutores directos, que harían algo así como el papel de «tontos útiles». Y un golpe blando, concebido o tolerado desde otras instancias para dar una respuesta inmediata a aquel, y que no aspiraban a una regresión a la dictadura. Su objetivo radicaría en forzar la creación de un gobierno de concentración nacional presidido quizá por un militar o, en su defecto, en forzar un golpe de timón de la política nacional al menos en dos aspectos fundamentales: la lucha antiterrorista y el proceso de construcción del Estado de las Autonomías. La clave estaría en ponderar –y ahí surgen diferencias entre los autores– el papel exacto del rey en ese «golpe blando»: determinar si participó en su

preparación; si fue consciente de que se estaba gestando y dejó, en beneficio propio, que sucediera; o si no era del todo consciente y una vez se puso en marcha se desmarcó o estuvo calculando hasta el último momento qué posición debía adoptar[8]. *Julio Anguita nos cuenta a continuación su versión de los hechos y la interesante información a la que tuvo acceso.*

Juan Andrade: *¿Qué pasó la noche del 23F y cómo la viviste? Son dos preguntas, una ¿cómo viviste aquel día? Y, dos, ¿qué información tienes sobre el golpe?*

Julio Anguita: Yo era el alcalde de Córdoba y estaba tomando café con el concejal de urbanismo y con el delegado de Educación mientras resolvíamos unos problemas que había habido entre el Ministerio de Educación y el ayuntamiento. Los ayuntamientos tienen que poner solares cuando el Ministerio lo requiera para montar centros educativos. El solar es del ayuntamiento, de tal forma que cuando desaparece el colegio vuelve al ayuntamiento y el ayuntamiento cuando recibe la obra se compromete a pagar porteros, limpiadoras, mantenimiento, etc. Habían surgido problemas y a veces los problemas se resuelven tomando un café. Terminamos y nos despedimos. Yo entonces llamé a una amiga y oí que estaba llorando. «¿Qué te pasa?», le pregunté. «Pero, ¿no te has enterado? Han entrado unos guardias civiles en el Congreso». Me bajé al ayuntamiento inmediatamente, me subí a mi despacho –los hechos son tal como ahora los estoy viendo– e hice algunas llamadas telefónicas, entre otras a mi familia, a mis hijos. Como entonces no existían los escoltas y había recibido varias amenazas y además quería ser libre en mi vida privada yo tenía un arma corta, un nueve corto en el ayuntamiento. Tenía el permiso, tenía la licencia de armas. El arma era de la policía municipal y la tenía guardada allí en un cajón. Ese día con el primero que me encontré fue con el jefe de policía municipal, que estaba ya en el ayuntamiento y que había sido de la División Azul. Sí, es curioso, había sido capitán de la División Azul. Pero don Rafael Torres Galán, que era tal, demostró ser leal a la alcaldía. Estas cosas ocurren. El caso es que ese día lo vi allí y me dijo: «he puesto aquí un servicio de vigilancia». Yo miré a los policías y aquellos hombres no me gustaban. Me subí al despacho y le dije: «muy bien, Don Rafael, esté por aquí y cuando lo necesite lo llamo».

Entonces me enteré a través de él que se estaban formando grupos de extrema derecha en las Tendillas. La plaza de las Tendillas está muy cerca del ayuntamiento, pongamos que a 300 metros y, claro, en el ayuntamiento no había nadie, dos policías en la puerta o tres, ya está, porque a las limpiadoras les dije que se fueran. Me metí en mi despacho y entonces monté el arma. Y la preparé porque en aquel momento de desinformación me dije: estos entran y vienen a por ti. Y yo en ese momento lo vi claro: si entra el ejército yo… vale… porque no te van a matar en ese momento, te matarán en otro sitio. Pero si entran estos van a por ti. Entonces en ese momento yo vi mi muerte, pero me dije: «yo no me voy solo». Te lo digo así. Lo tenía preparado, la pistola montada y unos papeles, unos legajos que había allí de los expedientes y demás.

Pero al poco tiempo comenzaron a venir los concejales, llegaron los del PCE, los de la UCD y los del Partido Socialista de Andalucía. No apareció ningún concejal del PSOE, absolutamente ninguno. Estuvimos charlando y discutiendo con gran inquietud acerca de lo que podíamos hacer. Mi secretario puso la radio y solo se oían marchas militares. Esto ya está claro, pensábamos. Entonces me llamó el secretario político del partido, Ernesto, planteándome que, mientras yo seguía en el ayuntamiento, ellos iban a hacer una reunión del partido. En ese ínterin yo apalabré con los concejales que estaban allí –y esto consta oficialmente– que al día siguiente íbamos a celebrar un pleno de condena, y llamé al secretario para que convocase el pleno. Esto fue a las 11 de la noche. ¡Que hay que ser inconsciente! Así que a las 12 nos reunimos este primer teniente de alcalde y la dirección del partido con los diputados provinciales y los concejales. Esa reunión la presidió el secretario político, que empezó a dar instrucciones recobrando toda su autoridad anterior. Es decir, prácticamente estábamos en la clandestinidad. Decide que el alcalde se queda aquí, pero no lo consulta, decide que hay que ir a la diputación para conectar con los pueblos, con los ayuntamientos que tenemos y que debían hacerlo dos diputados –pues teníamos cinco diputados–, pero fueron cinco las manos que se alzaron. Recordar aquello abona mi patriotismo de partido, por muy crítico que por otra parte siga siendo. Y, bueno, continuamos la reunión, planteándonos qué más podíamos hacer, mientras yo estaba en contacto telefónico con la policía y con el ayuntamiento y también con mi casa.

Entonces existían los Pocket, no teníamos teléfono móvil. Los Pocket eran algo así como un Walkie Talkie, y por medio del Pocket yo me iba asegurando que todo estuviera bien. Efectivamente allí en la televisión vimos ya la aparición de rey. Nos salimos tranquilamente, desayuné con mi secretario y después me fui a mi casa y me duché. Y después se celebró el pleno que habíamos convocado. Lo del 23 de febrero fue así, tal como ocurrió en Córdoba. Había mucha tensión, yo no tenía el recuerdo propiamente dicho, pero sí tenía vivo lo que me habían dicho que había pasado en otro momento de julio de 1936. Estos fueron los hechos, nuestra insensatez, nuestra locura, nuestra dignidad.

El caso es que sí te diré, no lo he contado nunca, que un coronel, al cual yo conocí cuando era teniente, estando mi padre en activo, alto, fuerte, de extrema derecha, me dijo un día: «Bueno, niño, esta vez hemos fracasado. La próxima vez vamos a triunfar y a ti te vamos a fusilar». Así. Pero además, me lo dijo cariñosamente. Fíjate cómo es esta gente. Pero me dijo además: «Ahora, contigo vamos a hacer una excepción. Tú vas a mandar el pelotón de ejecución». Yo lo entendí perfectamente porque soy hijo de militar y conozco el argot. Cuando los fusiladores estiman que el fusilado se merece respeto por su valor le dan el inmenso honor –es que tiene castaña el nivel de irracionalidad– de dirigir su propio pelotón de fusilamiento. Es decir, eres tú el que dices: «Carguen, apunten y fuego». Este era el universo en el que uno vivía en aquellos años. Esa fue la noche tal como la vivimos, una noche movida y agitada.

Pero todo esto se veía venir. Yo también soy testigo de los meses antes, de las amenazas que se habían hecho, recordaba lo que yo mismo había vivido en Madrid. Una vez que fui a una reunión del partido, me quedé en el Hotel Convención y salí a dar un paseo por la calle Goya. En un momento me rodearon unos tipos, que no me reconocieron, diciendo que cantara el *Cara al sol.* Yo me negué, dije: «no lo canto». Y en ese momento yo, que había salido armado, empuñé la pistola y se fueron. Este suceso mío es coincidente con otro de Vázquez Montalbán. Vázquez Montalbán era un hombre pacífico, nada violento, pero había algo que le enervaba: el fascismo. Él me contó, y cuando lo contó había con él dos testigos que lo corroboraron, que, viniendo de un vuelo, al salir de Barajas se encontró con unos cuantos de Fuerza Nueva que más o menos estaban obligando a la gente a ponerse aquí, en el pecho, en la solapa, la banderita de España con

la bandera de Falange al lado. Se la pusieron, Vázquez Montalbán se la miró de reojo, cogió la banderita y se la puso al tipo en la bragueta. Eso es un acto de suicidio, tal vez, pero es un acto de dignidad en el que uno se dice a sí mismo «que me van a matar», pero hace lo que tiene que hacer. Es algo que me recordaba otro compañero dirigente, Manolo Monereo, al que torturaron, le pegaron en comisaría, y yo le preguntaba: «Pero Manolo, ¿cómo aguantaste?, ¿en qué pensabas?, ¿en el partido?». Y me dijo: «no, no, pensé: estos cabrones no pueden conmigo». Hay algo ahí interno, una dignidad, que lleva a decirte: «estos me matan, pero yo digo que no». Estos mecanismos funcionan, y a veces funcionan los mecanismos contrarios y te entra un terror espantoso. De la suerte puede depender que te pille en un momento o en otro.

Ese era el ambiente del momento. Yo había dado una conferencia en el Club Siglo XXI meses antes, en la que me presentó el coronel Guerrero Burgos, que era el presidente del Siglo XXI. Yo le conocía porque tenía aquí unas parcelas, en el Patriarca, de su mujer Casiana, condesa, y había negociado con el ayuntamiento los temas de las parcelas dentro del plan general. Cuando llegué a Madrid a dar la conferencia, yo no sabía que era coronel jurídico. Y entonces le pregunté: «¿Qué te parecen las declaraciones que ha hecho Miláns del Bosch?», porque Miláns del Bosch había hecho declaraciones provocadoras un año antes. Me respondió: «¿Las declaraciones de quién, de Juanito? Juanito es inofensivo». Me dije: vaya, este tío llama Juanito a Miláns del Bosch. Y después me entero que era el coronel jurídico, que me presentó en el Siglo XXI. Todas esas cosas y más van calando. Por ejemplo, por aquellas fechas Tamames había declarado a *El País* que hacía falta un ministro del Interior militar y de prestigio. Después tuvimos la suerte de leer el libro que publicó al poco tiempo Pilar Urbano. No este, otro. Y ya apuntaba maneras. También recordaba lo que me había dicho Antoni Siurana, alcalde de Lérida, cuando se celebró la cena en la que estuvieron dirigentes del PSOE y se habló de la necesidad de una salida excepcional al momento político. Durante la cena que se dio en el Club Siglo XXI de Madrid, tras una conferencia a la que asistimos Simón Sánchez Montero y yo, las alusiones, entre jocosas e irónicas, al «caballo de Pavía» eran constantes. Es decir, las alusiones jocosas e irónicas a la disolución de las Cortes de la Primera República Española por parte del

capitán general de Madrid eran la expresión de que algo grave se preparaba y se cernía sobre el país.

En cuanto al 23F tengo la convicción de que el rey estaba detrás de todo aquello. Era el impulsor. Pero cuando decimos el impulsor se cree que estamos hablando de alguien que planifica. No, es simplemente el que de manera tácita permite que se opere. Eso queda muy claro en la frase que se le atribuye en este caso: «A mí me lo dais hecho». Los datos se han ido acumulando con posterioridad en los libros de Pilar Urbano y otros libros y también en la lógica de los hechos. Lo que se intentó fue dar un golpe de tipo bonapartista en las Cortes mismas. Por eso se llevan aparte a Carrillo a González y a Fraga, los cabezas, para exigir de ellos que les digan a sus diputados lo que tienen que votar.

Pero hay algo más, todo el mundo se ha escandalizado cuando han aparecido unos papeles que publicó Anasagasti en los que se reproducían los recuerdos que Sabino Fernández Campo le había trasladado de aquella noche. Esos papeles los he leído yo antes. Siendo yo todavía coordinador de IU me llamó un día Alejo García, el que fuera locutor de Radio Nacional de España y quien leyó la nota en la que se comunicaba la legalización del PCE. Yo no le conocía, él era de Málaga y sabía que yo también. Me llama y me dice: «Oye, paisano, quiero consultarte una cosa porque tú eres una persona sensata». Quedamos en una cafetería, la cafetería Filipinas, al lado de la sede que teníamos en General Rodrigo, al lado de la Dirección General de la Guardia Civil. Nos vemos, nos saludamos, me pregunta cómo estoy y después de unas palabras de rigor me entrega siete u ocho folios y me dice: «Léelos». Me quedé de piedra ante lo que leí. Y me dice: «No te los puedo dar», porque ahí se contaban cosas tremendas. Por ejemplo, estaba cómo el que relata la historia en esos papales –Sabino Fernández Campo– se encuentra al rey y la reina el 23F brindando. Con ese relato espeluznante se van confirmando muchas de mis sospechas.

Cuando justo después de leerlos le pregunté a Alejo García qué eran esos papeles, me dijo: «Esto es una conversación en una cena que hemos tenido Carlos Dávila, el periodista, y yo con Sabino Fernández Campo. Para comprobar después de la cena que eran ciertos los datos que nos transmitió Sabino Fernández Campo hemos recurrido al siguiente método: Carlos ha redactado su memoria de los hechos y yo la mía. Hemos cotejado las dos y este es el resumen de ambas. No te lo puedo dar, pero te pido consejo, ¿qué

hago con ello?». Y yo le digo: «Mira, a mí me peta que esto salga, pero creo que tú vas a salir perjudicado y no va a servir. Porque nadie está interesado ahora en que esto salga. Así que guárdalo y, por favor, dámelo cuando pase un tiempo». En eso quedamos pero murió y no me lo pudo dar. Esos papeles son los que ha publicado Anasagasti, al menos su contenido es el mismo. De modo que cuando yo leí en *Rebelión* los papeles de Anasagasti dije: «Sí, esto fue lo que yo leí». O sea, que todo el mundo sabe perfectamente a dónde llegaba la trama.

[1] Hay una extensísima bibliografía sobre la transición. Para hacerse una visión general del proceso y de debates acerca del proceso pueden consultarse las obras de síntesis, J. Aróstegui, *La Transición (1975-1982),* Madrid, Acento, 2000; Álvaro Soto Carmona, *Transición y cambio en España, 1975-1986,* Madrid, Alianza, 2005; o los trabajos compilados en C. Molinero (ed.), *La Transición. Treinta años después,* Barcelona, Península, 2006 y F. Godicheau (ed.), *Democracia inocua: lo que el posfranquismo ha hecho de nosotros,* Madrid, Ediciones Contratiempo, 2014.

[2] La justificación de este giro puede verse en «Tesis 1: Características del actual proceso de cambio», en *Noveno Congreso del PCE, Actas, debates, resoluciones,* Bucarest, PCE, 1978.

[3] Sobre el intercambio general de legalidad por legitimidad en la transición: J. Pérez Serrano, «Experiencia histórica y construcción social de la memoria: la transición española a la democracia», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* 3 (2004).

[4] Los análisis de las elecciones y la nueva orientación del PCE pueden verse en S. Carrillo «Democratización real de la sociedad y sus instituciones. Informe al pleno ampliado del Comité Central del PCE (junio de 1977)» y «Urge un gobierno de concentración democrática nacional. Intervención en el Congreso (14 de septiembre de 1977)», ambos en S. Carrillo, *Escritos sobre eurocomunismo,* Zaragoza, Forma, 1977, Tomo II, pp. 55-82 y 99-109.

[5] Estas ideas están desarrolladas con base bibliográfica y documental en J. Andrade, *El PCE y el PSOE en (la) transición,* cit., pp. 101-123.

[6] Interesantes aproximaciones a la crisis del PCE-PSUC en distintos territorios pueden encontrarse en R. Vega, «El PCE asturiano en el tardofranquismo y la Transición», en F. Erice (coord.), *Los comunistas en Asturias 1920-1982,* Gijón, Trea, 1996, pp. 185-188 y G. Pala, «El PSUC hacia adentro. La estructura del partido, los militantes y el significado de la política (1970-1981)», en G. Pala (ed.), *El PSU de Catalunya, 70 Anys de Lluita pel Socialisme. Materials per a la història,* Madrid, FIM, 2008, pp. 189-201. Testimonios de los implicados en G. López Raimundo y A. Gutiérrez Díaz, *El PSUC y el eurocomunismo,* Barcelona, Grijalbo, 1981 y Manuel Azcárate, *Crisis del eurocomunismo,* Barcelona, Argos Vergara, 1982.

[7] Se refiere al párrafo: «El Partido Comunista considera que ya desde hoy habría que comenzar a elaborar el proyecto de una formación política, capaz de aunar todas las tendencias socialistas sin sofocar ninguna, sin anular sus características ideológicas, sin comprometer su fisonomía particular,

su independencia, su campo de acción propio», en «Manifiesto-Programa (II Conferencia Nacional del PCE, 1975)», en D. Ibárruri y S. Carrillo, *La propuesta comunista, op. cit.,* p. 217.

[8] Sobre el 23F hay mucha y muy desigual literatura. Hay libros clásicos que exaltan el papel del rey, como las crónicas de Victoria Prego, *Así se hizo la transición,* Madrid, Plaza y Janés, 1995 y Charles Powell, *El piloto del cambio. El rey, la monarquía y la transición a la democracia*, Barcelona, Planeta, 1991; libros académicos que tratan de captar la complejidad del momento y no entran en el papel exacto del rey: Alfonso Pinilla, *El laberinto del 23F, lo probable, lo imposible y lo imprevisto en la trama del golpe,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2010; el más reciente de Pilar Urbano, *La gran desmemoria. Lo que Suárez olvidó y el Rey prefiere no recordar,* Barcelona, Planeta, 2014, para quien el rey frenó un golpe que él también había puesto en marcha y del que ya había se había desmarcado antes; y libros que subrayan directamente la autoría del rey como el de Patricia Sverlo (pseudónimo de Rebeca Quintans), *Un rey golpe a golpe,* Donosti, Ardi Beltza, 2000.

3. Alcaldía de Córdoba

El 3 de abril de 1979 se celebraron las primeras elecciones municipales democráticas tras la muerte de Franco. Desde la desaparición del dictador en noviembre de 1975 hasta ese momento, la instancia de poder más cercana a los ciudadanos había estado en manos de los jerarcas del Régimen.

Las elecciones municipales se convocaron en fechas tan tardías por varias razones. En primer lugar, por el peso de la memoria de la Segunda República en los sectores reformistas del Régimen, que no habían olvidado el carácter plebiscitario sobre la forma de Estado que adquirieron las elecciones municipales de 1931. Como en tantos otros momentos de la transición la experiencia de la Segunda República funcionó como un contraejemplo para un proceso cuya clave de bóveda institucional era la monarquía restaurada por Franco. En segundo lugar, también se temía que la suma de votos de las candidaturas de izquierda pudiera desplazar a las de la derecha, como así sucedió posteriormente, marcando además una pauta precoz de cara a las generales.

El PCE concurrió a las primeras municipales de 1979 con el eslogan «quita un caquice, pon un alcalde». Sus resultados en el conjunto del Estado llegaron al 13 por 100 y le permitieron acceder al gobierno de muchas localidades, gracias a los votos recibidos y gracias también al pacto postelectoral firmado con el PSOE, en virtud del cual ambas fuerzas se comprometían a respaldar la investidura del candidato de la lista más votada. La alcaldía más importante de todas las conseguidas por el PCE, sobre todo por tratarse de la única capital de provincia, fue la de Córdoba. El alcalde fue Julio Anguita. En las elecciones del 79 el PCE fue en Córdoba el partido más votado, con un 28 por 100 de los votos, ligeramente por encima de la UCD. El pacto con el PSOE y el Partido Socialista de Andalucía permitieron formar gobierno[1].

El triunfo electoral del PCE en Córdoba se debió a la confluencia de varios factores. La configuración sociológica de la ciudad era relativamente favorable. Córdoba había experimentado un crecimiento considerable en los sesenta y setenta por la llegada de importantes contingentes procedentes de las zonas rurales de la provincia. Se trataba en

gran medida de gente humilde que se asentó en barriadas periféricas y desasistidas y que venía en buena medida de la Vega del Guadalquivir, una zona de intensa y larga tradición de lucha obrera. Cuando llegaron a Córdoba lo hicieron con ese capital político acumulado. Además, los movimientos sociales liderados por el PCE en la ciudad desde el franquismo habían contribuido a vertebrar a esa población de aluvión y a repolitizarla al calor de las expectativas democráticas de cambio. En el mundo laboral CCOO no solo era mayoritaria, sino particularmente fuerte en la construcción y en empresas del metal como CENEMESA y SECEM. En las barriadas se constituyó un movimiento vecinal de reivindicación y solidaridad entre los vecinos que protagonizó, por ejemplo, importantes protestas en 1973 contra la subida de las tarifas del transporte urbano y movilizaciones ya masivas en 1976 contra la reelección del alcalde franquista, que había desatendido tiempo atrás las peticiones de mejora de barrios obreros como Electromecánica, Figueroa, San José Obrero, Margarita y Las Palmeras[2].

Por otra parte, el PCE en Córdoba era un partido muy cohesionado, que había logrado el difícil ensamblaje de los militantes obreros con los técnicos, intelectuales y profesionales, entre los cuales abundaba el gremio de maestros del que procedía Julio Anguita. El partido tenía una red de organizaciones de base en la ciudad con cuadros muy representativos y con predicamento. En el triunfo electoral también tuvo mucho que ver la elección del cabeza de cartel: un joven maestro no demasiado conocido que, por su edad y cualificación, daba el perfil que reclamaba buena parte del electorado y que, además, comenzó a destacar por una nueva forma de comunicación basada en la explicación directa, pausada, segura y comprensible de los problemas de la ciudad. El tirón de Julio Anguita, y por extensión el éxito del PCE, se debió también a la debilidad de sus adversarios en la ciudad.

Sin preverlo, Julio Anguita se vio catapultado a la alcaldía de Córdoba. Con su equipo puso en marcha un proyecto de cambio a medio plazo de la ciudad y desplegó unas formas de hacer política que le llevaron a ser reelegido en 1983 con mayoría absoluta. Ejerció el cargo hasta 1986 cuando decidió dejarlo para asumir el liderazgo regional de la futura Izquierda Unida-Convocatoria por Andalucía.

Juan Andrade: *¿Cómo llegaste a encabezar la lista para la alcaldía de Córdoba en las primeras elecciones municipales de 1979?*

Julio Anguita: Por carambola. Después me enteré que quien había apostado por mí desde hacía tiempo había sido Ernesto Caballero, el secretario político. Yo no era una persona conocida en Córdoba e iba en la lista alguien que yo consideraba que era el que debía de ir como número uno, Rafael Sarazá Padilla, cristiano de base, abogado laboralista y muy ligado a la izquierda social, un humanista. Yo entendía que debía ser él quien encabezase la lista. Pero Ernesto erre que erre, insistiendo en que debía ser yo. Después me enteré que habían estado repasando aspectos de mi vida en varias sesiones. Ernesto fue el que puso ahí toda su fuerza para que yo fuera el primero. Así que me vi el primero de una lista que pensaba, de verdad, que debía encabezar otro. El caso es que ganamos y tuvimos que lidiar con un gran toro. Fue una etapa donde lo que sucedía a nivel nacional en el partido había perdido interés, porque todo lo que teníamos en el ayuntamiento era de una urgencia tremenda: los problemas de la ciudad, el partido aquí en Córdoba, la dificultad de gobernar varios partidos políticos hasta el año 81, la inquina del PSOE manifiesta durante todo ese tiempo…

Juan Andrade: *Pero teníais un pacto con el PSOE, se había firmado un pacto a nivel nacional entre el PCE y el PSOE para formar en los municipios gobiernos conjuntos de izquierda y, en virtud de ese pacto, tú llegaste a la alcaldía de Córdoba.*

Julio Anguita: Había un pacto, sí, y ellos me votaron, pero inmediatamente se situaron en labor de oposición frontal sin tener en cuenta que eran parte del gobierno municipal. Podría contar mil y una anécdotas de esa labor de zapa, hasta el punto de que tuve que cesar al primer teniente de alcalde del PSOE y a otro teniente de alcalde. Estoy hablando del año 81. Y aquello la población lo recibió bien, porque estaba viendo que no dejaban trabajar.

Juan Andrade: *¿Cuáles fueron las líneas programáticas fundamentales de tu equipo de gobierno? ¿Qué propósitos os marcasteis y qué limitaciones encontrasteis a la hora de llevarlos a término?*

Julio Anguita: La primera limitación era nuestra ignorancia. Era infinita [ríe]. Pero había una cosa que teníamos clara: éramos los que formábamos

el gobierno de Córdoba. Con este bagaje lo afrontamos. Lo primero que tuvimos que hacer, y a eso yo me dediqué con especial interés, fue disolver los prejuicios de una parte de la población. Yo recibía muchas visitas. Durante tres meses estuve secuestrado recibiendo visitas, porque el partido además no paraba de decirme que tenía que recibir a unos y a otros. Y «¿Quién gobierna?», les decía yo. Pero, bueno, es cierto que disolver esos prejuicios era una prioridad. Tengo que confesar al cabo de los años que creamos una atmósfera de discusión cultural en la que pudimos demostrarle a mucha gente reacia que el comunista no era un ser zafio. Causamos muy buena impresión y logramos disolver muchos prejuicios.

Inmediatamente caímos en la cuenta de que había muchas cosas que hacer en la ciudad: no había agua en determinadas barriadas, no había aceras, no había luz, no había alcantarillado, no había un parque de bomberos, el ayuntamiento no tenía casa y estábamos de prestado, la policía municipal carecía de coches… Esas urgencias permitieron hacer un gobierno de concentración, que duró dos años. Tan complicada era la situación que el primer dinero que llegó de Madrid fue para dotar de seis coches patrulla a la policía municipal, que carecía de algo que lejanamente significase un vehículo. Aunque la izquierda era mayoritaria en el ayuntamiento no eran así en el resto de las administraciones y delegaciones del Gobierno central. Negociamos, pactamos y conseguimos agua, luz, alcantarillado y acerados para unas barriadas periféricas en las que vivían cerca de cuarenta mil personas.

Muy importante también fue el rescate del servicio de los autobuses. Ahí tuvimos la primera división. Por una parte estábamos los partidarios del rescate, nosotros y el PSA, que éramos 13 concejales, frente a los 14 de UCD y el PSOE. No había más remedio que rescatar la concesión y la municipalizamos sin un duro, gracias a mi voto de calidad. Simultáneamente pusimos en marcha algo que nunca he visto yo que se haya hecho en ningún sitio. Durante casi dos años y dos veces a la semana se conectaban todas las emisoras de Córdoba entre sí y nosotros acudíamos a que la gente nos preguntase, tanto el alcalde como los concejales. Es decir, el ayuntamiento informaba en directo a tres o cuatro emisoras conectadas entre sí. También hicimos «el Pregonero», que fue la primera revista de información municipal. Por primera vez se veía a un alcalde ir a los colegios públicos a explicar al alumnado cómo funcionaba un

ayuntamiento o a los concejales ir a las barriadas a explicar política municipal.

Al principio empezamos a salto de mata, pero inmediatamente y tras un debate amplio escogimos una línea de actuación y la desarrollamos. Había que optar entre una política que se centrase en realizaciones vistosas, de inmediata rentabilidad electoral, o entre una política de largo alcance, de perspectiva de futuro y de creación de infraestructuras cara a los tiempos venideros. La política municipal escogida partió de tres líneas fundamentales: planificar la Córdoba futura a través de un ambicioso plan general de urbanización y solucionar las dos heridas en la trama urbanística, la que suponía la existencia de la estación de ferrocarril y la de una Córdoba totalmente a espaldas del río Guadalquivir. La tercera línea consistió en la creación de una red de infraestructuras y empresas públicas de servicios, cultura, limpieza pública, vivienda, jardín botánico, etc., La Córdoba de hoy hunde sus raíces en la labor de aquella corporación municipal.

Además, pusimos en marcha nuevos mecanismos de organización y gestión. Hay algo que yo he defendido y he explicado varias veces: que el capítulo primero bien utilizado es capítulo segundo, es decir, que si los funcionarios, los trabajadores del ayuntamiento, lo hacen bien, eso origina una serie de beneficios que pueden entrar en el capítulo de bienes y servicios. Aprobamos unas remuneraciones dignas para ellos, tanto es así que nuestra segunda victoria fue en parte gracias a ellos, porque empezaron a decir que éramos gente trabajadora, que éramos honestos. Y además de estas líneas teníamos una cosa muy clara, aquella casa no era nuestra. Lo contrario yo lo he visto en muchos cargos públicos, cuando llegan y son abducidos por la liturgia institucional. Teníamos claro que íbamos a las instituciones en nombre de unos presupuestos ideológicos y en nombre de un partido político. Veníamos pues para hacer gestión municipal, pero la gestión nunca es neutra ni apolítica. Y como se suele decir en esta época de neoliberalismo, «no hay nada más político que la economía».

También tuvimos en cuenta que en política el pacto es algo esencial. El pacto forma parte de la vida humana en sociedad. Tú y yo pactamos con nuestra mujer, con nuestros hijos, con nuestros amigos y todo el día en el trabajo, luego en política, ¿por qué no? El debate no es pactar, sino lo que se pacta, cómo se pacta y para qué sirve. Esa fue, *groso modo*, la experiencia y la enseñanza.

Y hubo tensiones con la Junta de Andalucía, con el gobernador militar, con el gobernador civil, con la Casa Real, con el obispo, tensiones tremendas. Las tensiones con el obispo se produjeron cuando llegaron aquí unos musulmanes de Marruecos y quisieron recuperar una mezquita llamada de Abu Utman o de los cadíes, transformada en la Iglesia de Santa Clara, desafecta al culto en el siglo XVIII y propiedad del ayuntamiento. Era una antigua mezquita que tenía y tiene un artesonado musulmán magnífico. El caso es que vinieron estos musulmanes y dijeron que ellos la restauraban a través de un concierto con el ayuntamiento y que además permitirían que dos veces a la semana la visitara el público. Nos pareció bien y empezamos la negociación. Y el obispo empezó a decir cosas en contra. Yo escribí una carta al obispo que ha quedado en los anales de la controversia política. También recordamos a los cordobeses que se habían unido a las críticas del obispo la existencia de una mezquita en el jardín de la Plaza de Colón construida por los llamados «nacionales» para uso religioso de los musulmanes encuadrados en las tropas rebeldes, y que en aquella ocasión nadie protestó.

El conflicto con el gobernador militar se produjo cuando unos artistas plásticos nos pidieron una carpa municipal para hacer una exposición. Se les cedió y expusieron obras que al gobernador militar le parecieron humillantes para el ejército. Entonces el gobernador militar vino a exigirme que la retirara y yo le dije que no, que fuera él y denunciara si creía que había motivos para ello. También hubo tensiones con la Junta de Andalucía y con la Casa Real. No, no faltaron las tensiones.

La tensión con la Casa Real fue a propósito de la inauguración del ayuntamiento. Cuando llegamos al gobierno Córdoba no tenía ayuntamiento propio, así que vimos una estructura de la fallida construcción de la casa de la cultura y, después de muchos trámites y dificultades, la compramos y edificamos con el proyecto que para tal fin redactó el arquitecto-jefe municipal, D. José Rebollo Dicenta. Cuando se iba a inaugurar, protocolo me aconsejó que por deferencia invitase al rey. Era lógico, pues se trataba del jefe del Estado y esto era un ayuntamiento. Cursamos la invitación y nos dijeron que no podía venir. Pues muy bien, que no venga. Pero a los pocos días me dijeron que fuera a recibir al rey, que venía a presidir la ceremonia del milenario de la mezquita. Yo ya empezaba a ver que había algo más, pero aun así dije que me parecía bien y que recibiríamos al rey,

pero que antes o después, como la Casa Real estimase oportuno, viniese a inaugurar el ayuntamiento. Entonces ya noté que había algo. Estaban poniendo excusas para no venir a la inauguración. Estaba claro que no quería venir a inaugurar un ayuntamiento comunista. Tras mi entrevista telefónica con el marqués de Mondéjar, jefe de la Casa Civil del Rey, quedó claro que era el Gobierno el que se oponía a la visita real para la inauguración. Entonces anunciamos que recibiríamos al rey en su visita a la conmemoración del milenario de la mezquita pero inmediatamente le dejaríamos solo y sin los servicios de la policía municipal. No vino a Córdoba.

Aquello fue, simplemente, defender un derecho, manifestar un poco de dignidad. Este hecho y otras cosas fueron creando una imagen de nosotros. Se levantó sobre la constatación de que nosotros éramos gente firme en nuestros principios, pero que al mismo tiempo éramos personas educadas y correctas. Por desgracia en la cultura política de hoy hay mucha gente que cree que la firmeza consiste en el exabrupto, el insulto o en la descalificación *ad hominem.* Precisamente los convencidos no necesitan chillar. Creo que en muchos casos los decibelios sustituyen la falta de convicciones firmes.

Juan Andrade: *Ha habido una frase de las anteriores que me ha llamado la atención: «la gestión no es neutra». ¿Qué significa eso?*

Julio Anguita: Pues, simplemente que, como los recursos son limitados y hay que distribuirlos, en primer lugar van a los que más necesitan. Cuando yo estaba en la campaña de las segundas elecciones municipales y, además de candidato, era el alcalde, recibí a una asociación de vecinos de gente bastante acomodada. Algunos miembros de aquella asociación eran de extrema derecha, sobre todo el portavoz. Y el portavoz vino a verme y me dijo: «Señor alcalde, somos la asociación de vecinos que más impuestos pagamos». Era verdad. «Donde menos beneficios ha habido para nuestro barrio». Era verdad. «Y ahora, como estamos en campaña, queremos que usted –porque es un hombre de palabra– nos prometa que…». Yo les escuché y tranquilamente les dije: «Quiero que ustedes me entiendan bien. La situación va a seguir así. Ustedes sabrán que yo soy comunista, entonces he pensado que mientras haya personas que no tienen, algo habrá que repartir. No es una cuestión personal». Y aquel señor me dice de pronto:

«¿Sabe usted lo que le digo?». Yo pensé en ese momento que me iba a decir alguna barbaridad y que tendría que echarle del despacho. Pero me dijo: «Ole sus cojones, le voy a votar». Ese día recibí una lección que nunca he abandonado: dile a la gente la verdad y tu adversario te saludará. Ten la dignidad de, hablándole con educación, decirle: «No, es que yo defiendo esta idea». Y te puedo poner más casos en los que se demuestra cómo el adversario ideológico en cuanto lo has tratado con respeto pero también con firmeza y le has argumentado te respeta. De hecho, y se puede constatar, me respetan en Córdoba.

Juan Andrade: *Una cuestión fundamental en la gestión municipal –que debería serlo también a escala regional o nacional– es la relación con la gente ¿A través de qué procedimientos os relacionabais con los ciudadanos?*

Julio Anguita: Vamos a ver, yo soy muy refractario a los baños de masas, no me gustan ¿A qué llamo baños de masas? A firmar autógrafos, a dar abrazos, a hacerse fotografías, a alternar en una comida campestre, porque entre otras cosas no te dejan vivir. Sí soy muy partidario de ir a asambleas y a reuniones de trabajo. Pero mis horas de diversión son mías. De hecho durante mis años de alcalde solía decir que si me veían en la feria con mi familia me dejasen vivir tranquilo como ellos. Y ante eso la gente reacciona bien, porque lo comprende. Nosotros hemos ido a las escuelas y a los barrios a explicar el presupuesto, a asambleas con los vecinos a ver qué alternativas daban al jardín que se iba a hacer, a asambleas de los trabajadores de AUCORSA, la empresa municipal de autobuses, de EMACSA, empresa municipal de aguas. A eso siempre estuvimos dispuestos. Ahora, cuando me decían «es que la peña o asociación recreativa tal quiere que vayas para un rato lúdico», me negaba, porque no le veía sentido práctico para la política municipal.

Juan Andrade: *¿A qué atribuyes el respaldo que recibió el Partido Comunista en Córdoba primero en las elecciones municipales de 1979 y luego ya en las de 1983?*

Julio Anguita: Hay tres razones en el primer respaldo, en el del 79. El orden que cada cual lo ponga como entienda. Primero, el Partido Comunista de España en Córdoba era un partido, como hemos dicho antes, donde

estaba muy bien ensamblado el elemento obrero con el elemento de los profesionales y que tenía una fuerza increíble en las asociaciones de vecinos. El partido había tenido una actividad reticular importante. En segundo lugar, el PSOE no puso al hombre que podía haber ganado las elecciones, el que luego fue senador, Joaquín Martínez Bjorkman, un abogado contestatario con el régimen, brillante, querido por las asociaciones de vecinos, pero que era muy contestatario también en el PSOE, y por eso no lo pusieron. Se equivocaron. Después lo pusieron en las segundas municipales. Se volvieron a equivocar. En tercer lugar, hubo un importante nivel de abstención por parte de la derecha. La derecha de Córdoba no votó a la UCD porque no se fiaba de ellos, los veía como traidores. Las tres razones condujeron a nuestra victoria, que consistió en sacar un concejal más.

En las segundas elecciones municipales aquello fue otra cosa. Habíamos tenido una ejecutoria limpia, digna. Hubo casos donde se habían devuelto dietas de viaje. Un concejal iba al funcionario y le decía: «me ha sobrado este dinero, no lo quiero». Esas cosas chocaban. Eso y la firmeza, porque había que ser firme en defender determinadas cosas. A la gente no siempre le puedes decir que sí, le tienes que decir no y le tienes que explicar por qué no. Todo eso originó aquella especie de noche electoral de locura. 17 concejales de 27.

Juan Andrade: *Yo creo en la acción colectiva y, por lo tanto, en la atribución colectiva del mérito. Pero eras tú quien encabezaba esa lista, quien la había encabezado en el 79 y quien luego habías desempeñado el cargo de alcalde. ¿Cómo viviste personalmente ese respaldo tan amplio? Porque buena parte del triunfo electoral se ha atribuido también a lo que vagamente se ha llamado tu carisma personal.*

Julio Anguita: Sí [ríe incómodo], ya lo sé. Bueno, vamos a ver, primero lo del carisma. Parece que el carisma es la atribución de un ángel que llega y te roza con sus alas en nombre de una divinidad. No, eso que se llama carisma se gana trabajando, manteniendo una posición coherente, diciendo que la autoridad se basa en el ejemplo y en otras cosas. O sea, el carisma es algo que se consigue, que se labra, porque si no aquí lo confunden con un don divino. Y en segundo lugar, entre mis pocas virtudes hay una que quiero señalar. Yo he podido sentirme halagado, pero muy fugazmente,

porque yo sé todo el trabajo que han hecho mis compañeros de manera callada y sé que al final el alcalde es la figura visible. Todo aquello no hubiera sido ni de lejos posible sin un Pepe Villegas, que ya ha muerto y que fue mi secretario particular primero y después el que desarrolló el duro trabajo de la municipalización de AUCORSA sin apenas dinero; sin un Herminio Trigo, que después me sucede, en urbanismo; sin un Rafael Sarazá, que estuvo en urbanismo también; sin Manoli Corredera con los servicios sociales; sin Alfonso Jiménez en las empresas municipales; sin Teresa Álvarez, Lito, Rafael Carmona, Giner, Santacruz, Lucena, León, etc. Es decir, nada de aquello hubiera sido pensable sin el conjunto de aquellos siete, en el primer mandato y dieciséis en el segundo, que tanto trabajaron y rindieron. Sin olvidar al Partido Socialista de Andalucía (PSA) que fue leal al pacto, con figuras como Martín López, Castro, Bendala, etc. Lo que pasa, y es injusto, es que el alcalde es el que figura, pero yo siempre que puedo los recuerdo a todos ellos.

Juan Andrade: *¿Qué valoración haces de los otros gobiernos de Izquierda Unida en Córdoba, en concreto de los de Herminio Trigo y Rosa Aguilar?*

Julio Anguita: Bueno, hay una diferencia abisal entre ambos. Herminio Trigo fue durante dos años teniente de alcalde conmigo y era el alcalde efectivo cuando yo me ausentaba, que era en bastantes ocasiones, porque yo formaba parte de la federación de 20 ciudades y estábamos todo el día de aquí para allá sacando dinero y sentando las bases de los futuros ayuntamientos. Herminio Trigo formó parte de las corporaciones que sentaron las bases de lo que hoy es Córdoba, cuando diseñamos ese proyecto del que te hablaba, que consistía en curar las tres heridas que tenía Córdoba: el ferrocarril, el río y las débiles infraestructuras. Después él desarrolló una magnifica gestión, entre otras cosas fue quien desarrolló la hacienda municipal. Después, al cabo de unos años, tras otros gobiernos del PP, llega Rosa Aguilar. Digamos que con ella las maneras de entender la relación con la población cambiaron. Yo no he sido nunca un alcalde que, como tal alcalde, estuviese dispuesto a asistir a fiestas populares, romerías o festejos. Por otra parte, como te decía, sí he asistido a asambleas de barrio, debates y charlas explicativas, allí donde hiciese falta. En ese sentido mi diferencia con Rosa ha sido evidente. Además debo añadir que no he sido simpático en el sentido de decir a la gente lo que a esta le gusta escuchar.

He adolecido de eso que se llama «mano izquierda». Pensé, y sigo pensando, que un cargo público es un servidor público pero nunca un objeto de exhibición o de confraternización festiva con la población. Eso me lo he reservado para mi vida privada.

Juan Andrade: *¿Cómo llevas personalmente el hecho de que Rosa Aguilar se fuera al PSOE? Te lo pregunto porque Rosa Aguilar fue una persona de tu confianza no solo aquí, sino en el Congreso de los Diputados y en la dirección federal del PCE e IU.*

Julio Anguita: Nunca lo fue. Vamos a aclarar las cosas, porque incluso yo he tenido discusiones con dirigentes de IU a propósito de Rosa Aguilar. Situémonos. A Rosa Aguilar la conocí cuando la niña tenía 17 años. Entonces la llamaban Quina, de Joaquina, porque Joaquina es su primer nombre. Ella me acompañó a distintos mítines y actividades del partido. Entonces nos llevábamos bien y, siendo ella coordinadora del equipo de la Diputación de Córdoba, la llamé para que me diera su opinión sobre el documento que dio origen a Convocatoria por Andalucía. Luego Rosa Aguilar fue la persona en la que Izquierda Unida local se fija para que fuera sustituta de Herminio. Entonces vinieron a hablar conmigo en nombre de la dirección provincial y local de Córdoba a Madrid para plantearme que querían que Rosa fuera la futura alcaldesa de Córdoba, pero que había que darla a conocer y que para ello sería bueno que tuviera antes una trayectoria en Madrid. Entonces yo accedí y propuse a la Presidencia Federal de IU que Rosa fuese nombrada secretaria de política institucional, es decir, el cargo idóneo para que conectase con ayuntamientos, se diera a conocer y se fogueara en el mundo de ayuntamientos y diputaciones.

Así estaban las cosas hasta que de pronto los compañeros de Córdoba, siempre los compañeros de Córdoba, la propusieron para candidata al Congreso. Y salió y se fue al Congreso. Y en el Congreso ejerció de portavoz. Pero ahí ocurre una cosa. Como portavoz es brillantísima: tiene unas grandes tablas, una voz importante, sabe hablar. Pero necesita de, digamos, una orientación firme y precisa. En su tarea como portavoz defendió con ardor las posiciones de IU. Fue dura con Felipe González; le llamó «presidente del paro». Fijó las posiciones del grupo parlamentario en asuntos difíciles y con muchas aristas como el tema vasco. Ejerció con brillantez, como ya he dicho. La parte negativa estribaba en su debilidad

ideológica. Ahí tenía, como se ha demostrado posteriormente, su talón de Aquiles.

Cuando la organización de Córdoba consideró que debía ser la candidata para las municipales me reuní con una parte de la dirección cordobesa en un restaurante a las afueras de Villafranca de Córdoba y les dije que si ellos lo veían bien, adelante. Sin embargo, les alerté de la debilidad ideológica que anteriormente he comentado. En esa cena estuvieron Luis Carlos Rejón, Andrés Ocaña, Rafael García Contreras y mi amigo del alma, ya fallecido, Félix Ortega. A la luz de lo que ha pasado después me siguen martilleando las palabras que hice públicas en defensa de su candidatura: «IU le ha dado a Córdoba lo mejor que tenía». Como apoyo fui el último en la candidatura.

Su marcha al PSOE y, sobre todo la forma y en el momento en que se hizo, hicieron que dejaran de existir entre nosotros unas relaciones políticas y personales que ya estaban bastante deterioradas.

[1] Una visión amplia sobre las elecciones de 1979 y la formación de los primeros ayuntamientos democráticos en Rafael Quiros y Mónica Fernández, *Poder local y transición a la democracia en España,* Almería, CEMCI, 2010.

[2] Sobre la composición social de la Córdoba de la época y algunos conflictos sociales véase Francisco Acosta Ramírez y Antonio Barragán Moriana, «La transición política en Córdoba, una aproximación», en Encarnación Lemus y Rafael Quirosa (coords.), *La transición en Andalucía,* Huelva, Universidades de Huelva y Almería, 2002, pp. 345-351 y 368-371. Concretamente sobre sindicalismo en Córdoba: Antonio Barragán Moriana, «La transición sindical en la provincia de Córdoba: una aproximación», en *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Contemporánea. Tomo III,* CajaSur, Córdoba, 2003.

4. Crisis en el PCE. De la salida de Santiago Carrillo a la elección de Julio Anguita como secretario general

El PCE salió roto de la transición y con la dimisión forzada de su secretario general, Santiago Carrillo, ante el Comité Ejecutivo el 9 de junio de 1982, después de un cruento debate en el que se expresaron duras críticas hacia el viejo líder, entre otras las del dirigente sindical Marcelino Camacho[1]*. El 7 de noviembre de ese mismo año fue elegido Gerardo Iglesias nuevo secretario general por el Comité Central del partido, después de que Nicolás Sartorius rechazara la propuesta que muchos miembros del comité le hicieron para que lo fuera él*[2]*. Gerardo Iglesias, minero, militante comunista prácticamente desde su infancia y dirigente del PCE en Asturias en esos momentos, había sido un fiel seguidor de la línea política y la figura de Santiago Carrillo en el tardofranquismo y la transición. Sin embargo, cuando fue elegido secretario general manifestó dos cosas que le llevaron pronto a entrar en conflicto con su sucesor en el cargo: de un lado, la negativa a ejercer el puesto bajo el tutelaje de este y su aparato, de otro, la voluntad incipiente de promover un proceso de convergencia que sacara al partido de la crisis. Se abrió entonces una confrontación entre una mayoría que apoyaba a Gerardo Iglesias, dentro de la cual estaba Julio Anguita, y una minoría de dirigentes afines a Santiago Carrillo. Entre unos y otros había toda una gama confusa de gente que dudaba de participar en cualquier de los dos bandos, que trataba de mantener la equidistancia o que escoraban entre unos y otros. Entre los partidarios de Gerardo había también recelos y sensibilidades políticas muy distintas.*

En medio de este proceso se produjo en 1983 la salida del partido del histórico dirigente Ignacio Gallego. En 1984 promovió la fundación de un nuevo partido finalmente denominado Partido Comunista de los Pueblos de España.

La pugna interna en el PCE se recrudeció sobre todo a partir de las declaraciones públicas de Santiago Carrillo contra los acuerdos de la dirección del partido y la propia autoridad de Gerardo Iglesias. La tensión

condujo finalmente a la expulsión de Santiago Carrillo y sus partidarios de los órganos de dirección en abril de 1985[3]. *Al poco tiempo Carrillo fundó un nuevo partido con sus seguidores, el Partido de los Trabajadores-Unidad Comunista, cuya candidatura electoral apenas cosechó algunos votos en las elecciones generales de 1986. Años después, de cara a las elecciones locales y autonómicas de 1991, Santiago Carrillo promovió el paso de los militantes y dirigentes de su partido al PSOE.*

La salida de Santiago Carrillo del PCE en 1985 pacificó relativamente la vida interna en el partido, pero tras ella quedó un equipo dirigente poco cohesionado (entre sí y en torno a la figura del secretario general) y muy debilitado para la gran empresa que tenía por delante: hacer frente a un PSOE en estado electoral de gracia y hacerlo convergiendo con sectores muy distintos. Así, con una dirección fragmentada, formada por personalidades fuertes que respondían a perfiles ideológicos distintos, y en pleno proceso de convergencia, Julio Anguita llegó a la Secretaría del PCE en el XII Congreso de febrero de 1988. Las razones las hemos expuesto en el esbozo biográfico. El desarrollo de los acontecimientos y otras razones las desvela Julio Anguita a continuación.

Juan Andrade: *Después de la transición, el PCE, con Gerardo Iglesias a la cabeza, arrastra una profunda crisis interna, al menos hasta tu elección como secretario general.*

Julio Anguita: Sí, la crisis interna se hace evidente cuando Gerardo intenta desarrollar consecuentemente la política de convergencia. La clave de aquel proyecto estribaba en que se buscaba una alianza con todo aquello que estaba dispuesto a erigirse en alternativa al PSOE, habida cuenta de su derechización (como más tarde se llegó a afirmar en el manifiesto que creó IU). Pero lo que más podía crear inquietud en el estatus era que la convergencia se dirigía a la sociedad y a sus maneras de organizarse alternativamente.

Aquella política encontró obstáculos e incomprensiones. La primera contestación fue la de Santiago Carrillo, que llegó a calificar de sectaria a la convergencia. No es de extrañar esa postura en alguien que como él había afirmado en el Comité Ejecutivo del PCE (en el que ya estaba yo), celebrado en enero de 1984, que los movimientos sociales a lo máximo a

que podían aspirar, por nuestra parte, era a que los interpretásemos políticamente.

La presión del PSOE, y medios de comunicación afines como el Grupo Prisa, comenzaron una tarea que duró años y que continuó conmigo en la década de los noventa, propiciar la «casa común»; es decir, una IU subalterna y gregaria del PSOE. Gerardo no tuvo solo a Carrillo enfrente, sino también, y de manera soterrada, a bastantes dirigentes del PCE que estaban por aquel proyecto de dependencia con respecto al partido de Felipe González. Los nombres de visión fueron cambiando con el tiempo pero siempre fue, y sigue siendo, la misma propuesta: «Juntos podemos», «Casa común», «Reequilibrio de la Izquierda», «Restañar la fractura de 1920», etcétera.

Las hostilidades comenzaron de manera oficial en el XI Congreso celebrado en diciembre de 1983, que me tocó presidir. Las maniobras fueron permanentes y los de Carrillo llegaron a impugnar el resultado de la votación del informe de Gerardo. Cuando se volvió a realizar el recuento se vio que ellos habían contado mal; pero continuaron hasta que fundaron un nuevo partido. La salida de Carrillo fue la lógica consecuencia. Un Carrillo contradictorio que lo mismo hablaba de volver a antes de 1920 (él fue secretario general de las Juventudes Socialistas en la década de los 30) o que al PSOE se le debía lanzar un torpedo en plena línea de flotación.

Juan Andrade: *Después de eso Santiago Carrillo fue expulsado de los órganos del partido.*

Julio Anguita: Bueno, se le autoexcluyó [ríe].

Juan Andrade: *Eso es un eufemismo.*

Julio Anguita: De acuerdo. Yo escribí una carta que se publicó en los periódicos, muy dura, contra Santiago Carrillo, porque él dijo en un momento determinado: «Me paso por el arco del triunfo los acuerdos del Comité Central». Imagínate escuchar eso en boca de aquel hombre que había echado a tanta gente… era inaudito. Y le escribí una carta dura, muy dura: una carta pública[4]. Ahí Gerardo tuvo mucha paciencia. Desde el comienzo del conflicto tanto Felipe Alcaraz como yo pedimos insistentemente su expulsión. Pero Gerardo fue muy prudente y esperó a cargarse de toda la razón.

Juan Andrade: *¿A qué atribuyes esta actitud obstruccionista de Santiago Carrillo, a la frustración por la pérdida del poder que había detentado de manera omnímoda o también a cierto complejo de superioridad intelectual, política y moral con respecto a Gerardo Iglesias? En mi aproximación biográfica a la personalidad política de Santiago Carrillo en la transición me ha parecido ver a un dirigente inteligente, muy sagaz y relativamente culto, pero me ha parecido ver también a un hombre que tenía un concepto muy elevado de sí mismo, muy por encima de lo que su trayectoria política, sobre todo en la transición, puso de manifiesto*[5].

Julio Anguita: Es que hay una anécdota que lo describe, que según me han contado ocurrió en la sede de Santísima Trinidad. Gerardo es elegido secretario general y se desplaza a Asturias a cerrar su casa, a preparar las cosas para venirse a Madrid. Y cuando regresa a Madrid se encuentra a Santiago en su despacho de secretario general. Lo que Santiago Carrillo le viene a decir con esto es: tú serás el secretario general, pero yo soy el líder de este partido. Pero Gerardo ya había advertido que iba a ejercer, y, aunque era un fiel seguidor de Carrillo, en ese momento Gerardo tiene sentido de la dignidad y le dice a Santiago: «hasta aquí hemos llegado». Santiago cedió la Secretaría General porque no tenía más remedio, pero no abandonó, lo entendió como una cesión táctica, pero no definitiva. Santiago se creyó siempre indispensable, el hombre capaz de representar los ideales comunistas, por mucho que él ya no creyera en eso, las cosas como son, pero sí creía en el partido, en el referente electoral, en la marca, en el referente de la marca eurocomunista. La marca era lo que importaba. Hay mucho de su talante personal en todo ello, sí, muchísimo. Y los demás que le secundaron lo hicieron por un seguidismo fácil, por una concepción de partido muy de *apparatchik:* los elegidos, los que sabemos de qué vamos. Hay uno de sus partidarios que se definió de manera muy elocuente en un debate del Comité Central al referirse a sí mismo y a los partidarios de Santiago como «la corriente central del partido». Como siempre el centro ha intentado ser el referente de la mayoría. Pues eso.

Juan Andrade: *Sin embargo, tras la salida de Santiago Carrillo y sus partidarios la crisis en la dirección del PCE continúa.*

Julio Anguita: ¿Por qué? Porque es el viejo problema al que yo me tuve que enfrentar y que continúa. Es el viejo debate de la «casa común», del «juntos podemos», de «la unidad de la izquierda». Algo que todavía no ha sido asimilado y que continúa en la medida en que en el PCE ha habido dos almas, y siguen las secuelas del problema.

En el año 88 el runrún contra Gerardo no cesaba, los medios de comunicación daban pábulo a una serie de historias y de intoxicaciones. Y mira por dónde le da a alguien por pensar en Julio Anguita, que ya no era alcalde de Córdoba y que en las elecciones autonómicas de 1986 había encabezado la candidatura que consiguió pasar de ocho a 19 diputados y que tenía articulada Convocatoria por Andalucía, que es la concreción de lo que Gerardo anuncia para el conjunto del país.

A finales del 87 y principios del 88 comienzan a surgir rumores bastante divulgados por los confidenciales en los que se afirma que, cara al XII Congreso, yo debía sustituir a Gerardo en la Secretaría General del PCE. Dirigentes de Madrid y también a nivel nacional lanzan la idea de que yo podía ser una fuente de votos, una especie de busto parlante pero sin ideas propias. Caían otra vez en el error que cayó Rafael Escudero, presidente de la Junta de Andalucía, cuando me dijo: «No Julio, si tú tienes que estar con nosotros, tú eres moderado». «¿En qué te basas?», le respondí yo. «Tú hablas con dulzura». El viejo error. Por lo visto ser rojo aquí es levantar el puño e insultar. El caso es que muchos –Fernando Pérez Royo, Enrique Curiel, Josep Palau, etc.– consiguieron que Simón Sánchez Montero viajara a Sevilla para pedirme mi predisposición a aceptar. A este respecto Felipe Alcaraz recuerda lo que le dije muchas veces tomando café: «Me van a llevar a Madrid aquellos con los que voy a enfrentarme el día que lleve mi primer informe». Cosa que así ocurrió.

Juan Andrade: *No eran los únicos que estaban moviéndose internamente. Hay unas declaraciones de Francisco Frutos donde dice que de cara al XII Congreso de 1988 Felipe Alcaraz le propuso a él, a Francisco Frutos, ser secretario general. En ellas Frutos dice también que, ante la posible reacción de la prensa, que le veía como un dirigente demasiado radical, y consciente de que sonaba tu nombre y de que tú concitabas más respaldos, rechazó la propuesta*[6].

Julio Anguita: Bueno, primeramente no lo pongo en duda, porque Paco no suele mentir, pero no opera en mis datos. En todo caso me acabas de dar una información que no tenía. Pero lo que había era algo mucho mayor que eso. Todos estos que te he dicho, en concreto Josep Palau, que ya ha muerto, mandaban supuestos telegramas de agrupaciones comunistas que no existían pidiendo fervorosamente al camarada Anguita que se presentara. Yo lo veía con la angustia de quien sospecha lo que se estaba buscando y, como sabía lo que estaban buscando, le repetía a Felipe: «que me voy a pelear con ellos, no saben lo que están haciendo». Pero bueno. Todo esto fue fluyendo hasta que llegamos al Congreso.

Aquella mañana yo tomé un café con Nicolás Sartorius y otros más y le dije: «Nicolás, ¿por qué no eres tú?». Pero cuando me llamó Gerardo y me dijo que fuera yo, le respondí: «Gerardo, se tú, yo salgo a la tribuna y te apoyo, porque lo has hecho bien». Pero mi candidatura ya se había puesto en marcha. El partido perdió la noción, buscó un salvador, se saltaron los métodos, se saltaron los procedimientos democráticos, se saltaron todo. A mí me destruyeron psíquicamente. Primero dije que no y que lo que decía era irrenunciable y luego me lo tuve que tragar, que todavía me duele. Fue un disparate. Tal disparate que cuando estaba diciéndole a Gerardo «yo te apoyo», me dijeron que se estaba reuniendo la delegación andaluza bajo la presidencia de Rejón. Fui para allá y empezó el bombardeo de gente proponiéndome que me presentara. A lo que dije: «no». Rejón ya había dado por concluida la reunión cuando una de las personas que yo he respetado mucho en el partido, que me había dicho que no me veía de secretario general, me dijo: «Tienes que aceptar. No tienes más remedio». Y entonces dije que sí. Pero dije que sí y acepté ante una delegación territorial, ¡no ante el plenario! Aquello fue una operación anómala, irregular, porque salimos de la reunión de la delegación y la gente iba ya cantando la internacional y gritando «ya tenemos secretario general».

Juan Andrade: *¿Antes de que se produjera la votación?*

Julio Anguita: ¡Claro! Es que se perdió toda norma, se perdió toda ecuanimidad. Luego ya se produjo la votación en plenario. Pero yo salí de la reunión de una delegación –es verdad que la más numerosa– diciendo que aceptaba y de ahí salieron cantando la internacional y gritando «ya tenemos secretario general». Y eso se transmitió al Congreso y luego ya se

votó. Fue una locura. Mi elección en ese aspecto fue irregular y de democrática tuvo muy poco. Hombre, que lo de democrática radique en el hecho de que luego me votaron, sí, pero ya está. Toda la presión mediática que condujo a eso fue terrible. A mí me destruyeron psíquicamente, porque yo viví una situación esquizofrénica, porque por un lado empecé a redactar mi discurso de aceptación como secretario general y por otro lado estaba diciendo que no quería serlo, y en las dos cosas era sincero. Es que eso hay que pasarlo, hay que pasarlo.

Juan Andrade: *Tu candidatura la promueve el sector, llamémoslo, renovador, porque piensan que puedes ser un dirigente con tirón electoral y al mismo tiempo manejable en su pugna con Gerardo Iglesias.*

Julio Anguita: Sí, sí.

Juan Andrade: *Pero al mismo tiempo Gerardo Iglesias también respalda tu candidatura como secretario general, y con él otros sectores más ortodoxos o tradicionales, para de esta forma no entregar la Secretaría General a los llamados renovadores. La situación que describes es realmente caótica y desquiciante. Todos te usaban contra el otro. Parecías un inconsciente doble agente de la Guerra Fría.*

Julio Anguita: Fue tremendo. Eso demuestra el nivel de degradación y sobre todo cuánto se equivocaron quienes pensaban que como yo no soy muy de aparato, como no estoy todo el día con el puño levantado… No sabían que soy un hombre de fuertes convicciones y duro en el fondo pero suave en las formas. Y ese es su error. Viven en el mundo de la imagen, de lo aparencial. Por ejemplo, en mi despacho de secretario general del PCE solo hubo durante un tiempo una pequeña imagen de Lenin, que me regalaron, después nada. El caso es que me eligieron como secretario general en aquella madrugada, dije unas palabritas y ahí comenzó otra etapa en mi vida.

Juan Andrade: *¿Qué grado de respaldo percibiste que tenías de la dirección que salió del XII Congreso en el que fuiste elegido secretario general?*

Julio Anguita: Ninguna, la verdad. Era la dirección que tenía Gerardo, en la que después me encontré con personas inestimables como Jové, Frutos y

Coronas. Es más, cuando se desató aquella locura los andaluces me dijeron: «te vamos a ayudar». No me ayudaron nada, a efectos de haberse trasladado algunos a Madrid. Felipe Alcaraz estuvo negociando la dirección, pero negociando a nivel de Comité Central. Podríamos decir que yo estaba respaldado en el Comité Central, pero en un Comité Central que se reunía cada tres meses, cuando la dirección hay que tenerla día a día. El panorama que había allí era, por una parte, lo que podíamos llamar, impropia e injustamente, porque es un concepto peyorativo, «la vieja guardia». Y yo me llevé muy bien con ellos, con Romero Marín, con Santiago Álvarez, con toda esa gente a los cuales tengo un respeto impresionante. El resto del equipo era el equipo de Gerardo, en el secretariado estaba Juan Berga, Francisco Palero, Francisco Frutos, José María Coronas, Salvador Jové, no sé sí Juanjo Azcona y Josep Palau. Un equipo en el que yo estaba en minoría, como después se vio.

Juan Andrade: *Tengo la impresión de que en muchas ocasiones has sido el máximo dirigente de una organización en la que estabas en minoría. Quizá en las limitaciones del proyecto de Izquierda Unida haya que considerar esa contradicción.*

Julio Anguita: Siempre. Menos en el Ayuntamiento de Córdoba, en donde además resolvíamos muchas diferencias con votaciones en las que con cierta frecuencia perdía. Y también he votado dos veces en el pleno contra el grupo comunista y el PSA y con el PSOE y con la UCD por un problema de conciencia, cosa que no puede darse todos los días, pero, bueno, yo voté en contra y no pasó nada. Aquí en Córdoba había una cosa que… la palabra no es talante, sino cultura, cultura personal y política.

Juan Andrade: *Durante aquellos años hubo mucha presión para reconstruir lo que dio en llamarse «la unidad de los comunistas». Esa unidad se refería sobre todo al Partido Comunista de los Pueblos de España, que había creado Ignacio Gallego en 1984, y al Partido de los Trabajadores de España-UC, creado por Santiago Carrillo en 1985. ¿Qué hicisteis desde la dirección del PCE para reconstruir lo que se supone había sido la unidad perdida de los comunistas?*

Julio Anguita: Bueno, la llamada unidad de los comunistas era una cuestión reiterativa que todos los días estaba en los medios de

comunicación. No había rueda de prensa o acercamiento de los medios de comunicación en los que no me preguntasen por la unidad de los comunistas. Pero además había presiones por otra parte. En el año 88, en la manifestación del 1 de mayo, sentí de pronto que venía mucha gente hacia donde nosotros, la dirección del PCE, estábamos. Eran Santiago Carrillo e Ignacio Gallego. La gente aplaudió y empezó a gritar «unidad, unidad, unidad» y caminamos los tres juntos durante un larguísimo trayecto de la manifestación. Y entonces se empezó a debatir que había que recomponer la unidad.

Ahora bien, había varios elementos en lo alto de la mesa. El primero era que Santiago Carrillo parecía, para mucha gente en el partido, más cercano a nuestras posiciones, porque no era prosoviético. De modo que parecía preferible que la unidad se hiciese en torno al partido de Santiago Carrillo. Por otra parte, en el partido de Ignacio Gallego, supuestamente, todo supuestamente, más lejano de nosotros, compartían el proyecto de Izquierda Unida. Al hacer esa valoración yo lo tuve claro: si el PCPE, supuestamente más lejano a nosotros, compartía el proyecto de IU, que iba ser nuestra estrategia, entonces el PCPE era prioritario. Y eso lo estuvimos discutiendo.

Sin embargo, había también una especie de restricción mental, que yo me atrevo a confesar ahora. Yo hice votos porque nunca haríamos la unidad con Santiago Carrillo. ¿Por qué? Desde luego puedo asegurar, al cabo de los años, que no había nada personal. Simplemente era que no reconocía el valor de Izquierda Unida, que pretendía que la dirección del futuro partido fuese trinitaria (es decir, tres secretarios generales), una cosa que está muy bien para la divinidad, pero que de tejas para abajo no sé cómo funciona, y porque, sobre todo, exigía que había que recomponer la línea política del partido. Claro, esa fue una decisión que no encontré difícil de llevar a cabo, porque Santiago Carrillo se encargó de facilitarme el camino. Así que en el discurso de la fiesta de aquel año, en septiembre del 88, hice conscientemente una distinción a la hora de referirme a un partido y a otro. Me dirigí, por una parte, a los del Partido Comunista de los Pueblos de España: «venga, de partido a partido, de igual a igual, vamos a discutir dónde está la diferencia». Y cuando me dirigí a los de Carrillo dije: «este es vuestro partido, podéis venir cuando queráis». Había una diferencia, en el caso de Carrillo no habría negociación, tendrían que entrar. Carrillo captó el

mensaje y no insistió, pero te lo tengo que decir: yo hice lo posible y lo imposible porque no volviera.

Pasado el tiempo me enteré, no de manera directa, que una de las causas que Curiel adujo para irse es que yo no le había encargado la tarea de negociar el tema de la unidad con el partido de Carrillo. Nunca se lo hubiese encargado, porque yo sé que era proclive, porque estaban ahí las viejas concomitancias, culturales quizá, más que de contenido. Curiel esperaba eso, aunque nunca lo pidió porque yo nunca delegué el tema de la unidad, lo llevé personalmente. Y esa es una de las razones por las que se privilegió al PCPE. Así que fuimos a un congreso en enero de 1989 y llegamos a la unidad con el partido de Ignacio Gallego. Pero, vamos, con Santiago Carrillo ya tuve yo mucho cuidado en que no se produjese. La mayoría del Comité Central era partícipe de esta posición. Él facilitó las cosas.

Juan Andrade: *Santiago Carrillo se ha caracterizado por sus incisivas opiniones hacia todas aquellas personas que con posterioridad a él han sido dirigentes del PCE o de Izquierda Unida, con la excepción de Gaspar Llamazares, con quien ha sido más condescendiente. ¿A qué piensas que se debió esa actitud?*

Julio Anguita: Es natural, teniendo en cuenta la especial tipología de Santiago Carrillo. Empiezo por Gerardo, una persona que él en cierta medida había promocionado a secretario general. El problema surge cuando Santiago quiere seguir siendo el líder y Gerardo le recuerda que, aunque no quería el cargo, ya advirtió al aceptarlo que iba a ejercerlo con todas las consecuencias. Por eso Santiago Carrillo le coge esa inquina. Después me tocó a mí. El conflicto venía levemente del X Congreso, también de esa famosa carta en la que le digo que no tiene derecho a hacer lo que ha hecho, y luego ya fue el tema de la unidad. El conflicto es normal. Ese conflicto político luego ya lo sazona él con su acidez y su ironía fuertes. Y después con Paco Frutos la cosa venía del IX Congreso del PCE en 1978, cuando Paco Frutos es el que defiende en el plenario el no abandono del leninismo. Además Paco Frutos había sido secretario general del PSUC durante la crisis que surge con el debate del eurocomunismo.

Juan Andrade: *¿A qué dirigentes históricos del PCE recuerdas especialmente?*

Julio Anguita: Yo no tengo sino alabanzas para la vieja guardia del PCE. Más allá de matices o diferencias importantes recuerdo con mucho cariño a Paco Romero Marín.

Juan Andrade: *«El tanque».*

Julio Anguita: Sí, Romero Marín, «El tanque». Romero Marín tenía una cultura propia de la tradición de la Tercera Internacional. No entendía del todo el proyecto de Izquierda Unida y mostraba sus discrepancias, pero intuía que respondía a la tradición de alianzas del partido. Mostraba discrepancias, pero era leal. Yo me llevé muy bien con él. Hay un momento en un debate tenso en el que le digo «Mira, Paco, si esto no sale yo dimito». ¿Sabes lo que me dijo aquel hombre?: «Llevas razón». De toda la vieja guardia con el que yo humanamente me sentí más cercano fue con «El tanque». Un hombre duro, pero con él yo me sentía muy bien. También recuerdo mucho a Simón Sánchez Montero, a Santiago Álvarez, a Melquesidez Rodríguez Chaos, a Manolo Peña-Rey de Galicia, a Sixto Agudo de Aragón, a Gregorio López Raimundo de Cataluña y a muchos cuadros medios. También recuerdo de Asturias a José María Laso Prieto, un hombre de una gran cultura. También me llevé bastante bien con Enrique Líster.

La relación con Dolores no pudo ser mucha, porque ella murió al poco tiempo de ser elegido yo secretario general. Despaché con ella cuatro sesiones de trabajo, porque tras el Comité Central yo iba a visitarla y a informarla del desarrollo del mismo, como presidenta del partido que era. Ya a la quinta no pude ir. Me dijeron sus familiares que estaba muy mal. Las veces que hablaba con ella estaba ya muy mayor, parecía que atendía y a veces preguntaba, pero estaba muy mayor. Esa es la relación que tuve con ella, muy influida por la admiración que se tiene a las grandes personalidades. Es que tenerla allí delante impresionaba. Era una leyenda viva. Como eran también los demás que he citado. Y qué decir de Marcelino Camacho… una persona con la que me he llevado muy bien, excelentemente. Él me acogió con cierta reserva, porque mi elección de secretario general fue irregular y chapucera. Piensa en todas las

barbaridades que se te ocurran y te quedas corto al comprobar cómo fui yo elegido secretario general. Marcelino estaba entonces un poco entre quienes recelaban de mí, además, por mi condición no obrera, pero las dudas se despejaron enseguida, a los seis meses, cuando fuimos él, Antonio Herreros y yo a Portugal para entrevistarnos con otra leyenda del comunismo: Álvaro Cunhal.

[1] «Santiago Carrillo dimite como secretario general del PCE», *El País,* 10 de junio de 1982, y «Marcelino Camacho dirige la oposición a Santiago Carrillo», *El País,* 10 de junio de 1982.

[2] «El nuevo secretario general del Partido Comunista de España tiene "manos libres" para efectuar cambios en el partido. Gerardo Iglesias fue elegido con el 74 por 100 de los votos», *El País,* 8 de noviembre de 1982.

[3] «Santiago Carrillo y 18 de sus seguidores expulsados de los órganos de dirección del PCE», *El País,* 20 de abril de 2015.

[4] La carta, de 1983, puede leerse en http://lahordafeliz.blogspot.com.es/2015/01/carta-abierta-de-julio-anguita-santiago.html

[5] Juan Andrade, «Santiago Carrillo en la transición. Historia y mito del secretario general del PCE», *Historia del Presente* 24 (2014).

[6] Estas declaraciones de Francisco Frutos pueden verse en: «Julio Anguita elegido líder PCE-1988. Hemeroteca buitre», en https://www.youtube.com/watch?v=3HZrUCuQkf0

5. La modernización y los gobiernos del PSOE

Las elecciones generales de 1982 marcan, al menos simbólicamente, el fin de la transición y el inicio de una nueva etapa política caracterizada por la sucesión ininterrumpida, hasta 1996, de gobiernos del PSOE. La fecha de 1982 suponía el fin de una etapa en la medida que entrañaba la llegada al gobierno de un partido político que, por una parte, venía del bando derrotado en la Guerra Civil y que, por otra, había hecho suyos los consensos fundamentales de la transición. Lo primero ponía de manifiesto la virtualidad democrática del nuevo sistema, lo segundo ponía de manifiesto sus límites, ambas cosas, la voluntad, por inducida que fuera, de los ciudadanos. La fecha también es plausible porque en esas elecciones se produjo el desplome de la UCD –el partido heredero del régimen que había gobernado el país durante la transición– y del PCE –el partido que más había contribuido a la lucha contra la dictadura–. Se abría un nuevo ciclo político que daría forma en el conjunto del Estado a un nuevo sistema de corte bipartidista basado en el dominio electoral del PSOE y el lento despunte de AP/PP, atenuado desde la izquierda por lo que será IU.

La nueva etapa suscitó mucha ilusión en un sector amplísimo de la sociedad. El discurso gubernamental del PSOE descansó en la noción totémica de la «modernización», una noción con mayor capacidad de movilización electoral que de concreción programática. El concepto tenía al menos dos pulsiones de fondo: una tecnocrática y otra europeísta. La primera venía a expresar los problemas del país no en términos de intereses sociales contrapuestos, sino de problemas heredados del autoritarismo y la mala gestión de los gobiernos precedentes. La segunda impulsaba hacia Europa como destino de bienestar y progreso: modernizarse era homologarse a los países del entorno[1]*.*

Europa podría ser un lugar de referencia para los socialistas españoles, en la medida que en Europa era donde más lejos se habían llevado el Estado de bienestar. Sin embargo, el fin del crecimiento económico que impuso la crisis estructural del capitalismo en la segunda mitad de los setenta hacía inviable la ampliación y el sostenimiento en su integridad del Estado de bienestar, a no ser que se incrementase la progresividad fiscal o se introdujeran cambios en las relaciones de propiedad, algo que escapaba

del horizonte de los partidos socialdemócratas europeos. Por el contrario, la respuesta a la crisis vino de un nuevo proyecto, más tarde llamado neoliberalismo, que aspiraba a recuperar el crecimiento y sobre todo la tasa de ganancia por la vía de la reducción de costes laborales, la reorganización del trabajo, el adelgazamiento del Estado social, la globalización y la financiarización de la economía[2]*. La socialdemocracia no fue capaz de elaborar ninguna alternativa y en buena medida hizo suyas estas medidas, aunque fuera con la idea de que sirvieran al menos para recuperar la senda de un crecimiento económico desde el que luego ya retomar las políticas redistributivas.*

La única experiencia a la contra que dio aquellos años fue la de los socialistas franceses de François Mitterrand, que, en alianza con los comunistas, pusieron en marcha un programa económico de expansión de la demanda, estímulos al consumo y fomento del empleo que implicó el aumento de la presión fiscal y la nacionalización de algunas empresas financieras e industriales. Las medidas, que fueron rectificadas en muy poco tiempo, no dieron los resultados deseados y los dirigentes españoles las utilizaron de contraejemplo de lo que había que hacer en España. Efectivamente, cuando el PSOE llegó al gobierno dejó a un lado su ambiguo programa electoral de resonancias keynesianas y abrazó la ortodoxia de los organismos internacionales. En este sentido, como dice sin ambages Joaquín Estefanía, la política económica del PSOE representó una continuidad no solo con respecto a la política económica de Calvo Sotelo, sino con respecto a los dos acontecimientos económicos más importantes de las décadas anteriores: el plan de estabilización de 1959 y los pactos de la Moncloa de 1978[3]*. Se prolongaba así en materia económica un hilo conductor que anudaba la dictadura con la transición y con la llamada etapa socialista.*

El programa económico del PSOE lo ideó y puso en marcha Miguel Boyer, y fue continuado por Carlos Solchaga. La situación de partida era complicada: el producto interior bruto estaba prácticamente estancado, la inflación era del 14 por 100 y la tasa de paro incluía al 17 por 100 de la población activa. Los pilares del programa a medio plazo del PSOE consistieron en medidas antiinflacionistas basadas en la desaceleración de la demanda y la reducción de costes salariales, en el incremento de la presión fiscal y medidas de ajuste para frenar el crecimiento del déficit, en

reformas liberalizadoras que incentivaran la inversión y en una profunda reconversión industrial que debía encajar la economía española en la economía globalizada por la vía de la integración europea. Con esas y otras medidas se logró reducir la inflación e incentivar el crecimiento del PIB. Los salarios, sin embargo, perdieron capacidad adquisitiva y el paro, lejos de minimizarse, se agravó. En 1985 llegó al 21 por 100 y en 1996, el año en el que el PSOE salió del gobierno, estaba en un 22 por 100, cinco puntos porcentuales por encima de la tasa que había encontrado cuando llegó en 1982[4].

La medida más impactante fue la Ley de Reconversión industrial y Reindustrializaciones aprobada en 1983. La comúnmente llamada «reconversión» se prolongó hasta los años noventa y entrañó un gasto para el Estado de 1,5 billones de pesetas. Dejó a su paso la destrucción de 83.000 empleos, que afectó sobre todo a localidades como Sagunto, Vigo, El Ferrol, Gijón, Sestao, Asúa, Reinosa, Getafe o Puerto Real. Con la idea de acabar con una industria obsoleta se acabó directamente con buena parte del tejido industrial del país sin generar una industria nueva de dimensiones proporcionales o una actividad económica alternativa de bases sólidas[5]. *Ello repercutió en la incapacidad de la economía española para hacer frente a la crisis del 92-93 y fue un incentivo para que la actividad económica se orientase en mayor medida a prácticas financieras, inmobiliarias y especulativas. Las medidas adoptadas permitieron que España cumpliera con los requisitos impuestos para su ingreso en la CEE, cosa que efectivamente se produjo en 1986.*

La resistencia al paro, a la pérdida de poder adquisitivo y a la degradación de las condiciones de trabajo, se expresó en una amplia y variada conflictividad social. Durante estos años, los gobiernos del PSOE sufrieron cuatro huelgas generales. La primera en 1985 contra la reforma de las pensiones y la flexibilización del mercado laboral; la segunda, en diciembre de 1988, reclamaba la mejora de la cobertura al desempleo, la creación de puestos de trabajo públicos y el mantenimiento del poder adquisitivo de salarios y pensiones aprovechando el crecimiento económico; la tercera, en 1992, fue contra el recorte en las prestaciones por desempleo y las restricciones al ejercicio del derecho de huelga; y la cuarta, en el 94, contra la reforma laboral que imponía los llamados «contratos basura» y las empresas de trabajo temporal. El malestar por las

medidas del gobierno se expresó masivamente a través de la movilización social y la acción sindical, pero no lo hizo en las urnas. Tanto es así que meses después de la impresionante huelga general de 1988 el partido de González revalidó su mayoría absoluta. Esta falta de correspondencia entre contestación social y penalización electoral amplió el margen de maniobra del gobierno, que disciplinaba en la urnas a su base social más díscola y acometía una dura compaña contra IU y los sindicatos al objeto de neutralizar, también entre sus bases de la UGT, cualquier oposición por la izquierda[6].

El modelo de crecimiento y las medidas laborales aprobadas dieron forma a un modelo social que sometía a buena parte de la población activa, sobre todo a los sectores más jóvenes, a la disyuntiva del paro o la precariedad. El paro se cronificó y generó en las antiguas barriadas obreras un panorama desolador que ahondó en la exclusión social y la marginalidad. El único paliativo que encontraron algunos fue el de la delincuencia de poca monta y el consumo de heroína. A largo plazo, la precariedad fue profundizando la dualidad del mercado laboral entre unos trabajadores veteranos con ciertos derechos consolidados y su remplazo progresivo por una nueva generación que carecía de ellos. Estos efectos, que con profusión empírica describiera el sociólogo James Petras a mediados de los noventa[7]*, fueron contenidos de dos maneras: gracias al desarrollo de varias políticas sociales y por medio de la represión.*

Las nuevas condiciones encontraron un colchón importante en la construcción de un Estado de bienestar de desigual y muy parcial desarrollo. Las áreas más desarrolladas fueron la educación y, sobre todo, la sanidad. La política educativa se tipificó en varias leyes (la LODE de 1985 con José María Maravall como ministro de Educación y la LOGSE de 1990 con Javier Solana). Por una parte, estas leyes ampliaron la red de centros y la concesión de becas, introdujeron la libertad de cátedra y consagraron la extensión y gratuidad (relativa) de la enseñanza obligatoria. Por otra, ampliaron la financiación pública a centros privados (en su mayor parte de la Iglesia), impusieron restricciones en el acceso a la universidad, encarecieron progresivamente las tasas e impulsaron nuevas orientaciones didácticas y pedagógicas que generaron desconcierto por su tecnocratismo, candidez o falta de financiación. La política social más amplia consistió en la construcción de un avanzado sistema público de

salud, que se concretó en la Ley de Sanidad de 1986 impulsada por el ministro del ramo Ernest Lluch. Con ella se garantizaba en buena medida la universalidad, profesionalidad y gratuidad de la sanidad, con problemas, no obstante, como las extensas listas de espera o la masificación de algunos hospitales[8].

El incremento real de la delincuencia fue muy exagerado por el sensacionalismo de los medios de comunicación y por la derecha, que lo asociaba al exceso de libertad y a la relajación de los mecanismos punitivos. El gobierno del PSOE, por propia convicción o cediendo a esta presión, aprobó la Ley Orgánica 1/1992 sobre la Protección de la Seguridad Ciudadana, más conocida como «Ley Corcuera» o «Ley de la patada en la puerta», que permitía, entre otras cosas, los registros personales y la violación del domicilio por parte de las fuerzas de seguridad del Estado sin necesidad de orden judicial.

La política exterior del gobierno del PSOE tuvo su primer hito en la incorporación de España a la CEE. El otro gran acontecimiento fue la apuesta del PSOE por la permanencia de España en la OTAN, sometida a referéndum en marzo de 1986. De 1981 a 1984 el PSOE fue cambiando su posición oficial al respecto: del no a la entrada pasó al sí a la permanencia en sus congresos y de ahí a una campaña desde el gobierno y los aparatos del Estado para convencer a los ciudadanos de su idoneidad. Se adujo que la permanencia en la OTAN facilitaría la democratización del ejército (obviando que de la OTAN habían formado parte dictaduras como Portugal, Grecia y Turquía), que era una condición necesaria para el ingreso en la CEE (que se produjo antes) o que la permanencia no entrañaría riesgos para España y orientaría a la OTAN hacia la paz (todo ello en un contexto de recrudecimiento de la Guerra Fría e incremento de la carrera de armamentos). Muchos votantes socialistas se sintieron forzados a aceptar una propuesta con la que no estaban de acuerdo porque la presentaba el líder al que respaldaban, con el consiguiente ejercicio mental compensatorio de tener que convencerse de la necesidad de la propuesta para resolver la contradicción. En expresión de Manuel Sacristán, Felipe González demostró de nuevo una habilidad tremenda a la hora de «llevar a la gente a donde no quería ir» y de ponerle «la cabeza del revés»[9].

La incorporación de España a la OTAN no propició el pacifismo anunciado, ni siquiera cuando el bloque del Este empezó a desmoronarse. El gobierno de González apoyó en 1990 la primera Guerra del Golfo, una guerra concebida, en palabras de Vázquez Montalbán, como «un ajuste de cuentas del Norte al Sur»[10].

En la sociedad española se impusieron tendencias culturales e ideológicas cuya factura iba mucho más allá de las decisiones del gobierno, y que no eran nada favorables a la construcción de lo que podría llamarse una mayoría social de izquierdas en los términos en que lo expresaban opciones como IU. Entre esas tendencias estaba el temor al paro conjugado con el espejismo del enriquecimiento fácil; las posibilidades y, al mismo tiempo, la dependencia que generaba el acceso al crédito; la integración en dinámicas muy compulsivas de consumo; la ingesta diaria de nuevos modelos vitales a través de medios de comunicación cada vez más potentes; la disolución progresiva de los elementos nodales de las tradicionales identidades de clase; o la asunción de valores posmaterialistas. Todo ello, y mucho más, dio forma a una mentalidad compleja muy proclive a la búsqueda individualista de seguridad vital en un tiempo cada vez más incierto, y a un conservadurismo político consecuente, entendido en su sentido profundo y no solo partidario, a una mentalidad bastante equiparable, por otra parte, a la de las sociedades del entorno.

En el caso de España a eso se sumaba la pervivencia de valores del franquismo sociológico: el apoliticismo, el miedo al conflicto o la reverencia al poder. Y también el efecto que sobre la mentalidad de la época tuvieron ciertas orientaciones y actitudes mantenidas por el gobierno y algunos de sus principales representantes. En este sentido, con frecuencia se olvida que el ejercicio del gobierno y el desempeño del cargo público generan, por inducción desde arriba y emulación por abajo, un proceso de aprendizaje en la ciudadanía. La hostilidad del gobierno hacia la protesta y la apuesta por una democracia estrictamente representativa, profesionalizada y partitocrática fueron estímulos para el distanciamiento de los ciudadanos de la política. Las formas de vida de la conocida «beautiful people» que estaba en la órbita del partido en el poder, la megalomanía y el despilfarro de los fastos del 92 y las famosas declaraciones de Carlos Solchaga (en la que se jactaba de haber hecho de

España el país donde más fácil resultaba enriquecerse en poco tiempo)[11] *también conformaron modelos ideológicos y vitales (realmente conservadores) de referencia para mucha gente de origen humilde.*

Juan Andrade: *Julio, te pediría que me hicieras una consideración general de los gobiernos del PSOE de la época de Felipe González y que me comentaras qué significó para ti aquel proyecto de la llamada «modernización de España».*

Julio Anguita: La palabra modernización es una palabra que, como dice el refrán castellano, «una buena capa todo lo tapa». Sirve tanto para un roto como para un descosido. ¿Qué es modernización? Si nos vamos a la puridad del origen etimológico de la palabra modernidad, la modernidad significa la centralidad humana. Esa es la gran revolución del Renacimiento. Es cuando se abandona el pantocrátor de las iglesias románicas y aparece Dios en la Capilla Sixtina creando al hombre a su imagen y semejanza. Trasladar esta imagen a la vida real quiere decir que lo primero es el ser humano y sus derechos (y también deberes). Lo que pasa es que aquí se llamó modernización ni más ni menos que a volver a unas situaciones de capitalismo moderno de explotación diríamos que más encubierta, pero, por supuesto, igual de intensa. La modernización en España consistió en desvertebrar la agricultura, desmantelar el tejido productivo por imperativo de Europa, primar el negocio, primar la especulación. La modernización fueron aquellas palabras de Carlos Solchaga animando a enriquecerse rápidamente y la modernización fueron aquellas palabras de Eguiagaray, ministro de Industria, diciendo que «la mejor política industrial es la que no existe». Entonces la modernidad consistió ni más ni menos que en supeditarse a lo que pedía el capital extranjero. Todo esto vestido con un lenguaje moderno, con tablas de resultados en contraste con «el fracaso de la Unión Soviética». Esa modernidad naturalmente produjo ciertos ingresos y facilitó la entrada de capital extranjero, inversiones y la realización de negocios donde todo parecía que iba viento en popa. Pero eso después produjo lo que hemos visto: incapacidad productiva, un modelo ligado al ladrillo, a los salarios bajos y al turismo, que es la Santísima Trinidad del desarrollo español. Pero la modernidad vendió. Y la gente la compró y los medios de comunicación ayudaron a venderla.

Pero en este proceso no hay que olvidar una cosa. El PSOE es un partido al que le vino la responsabilidad de gobernar sin tener una infraestructura de partido organizada. Un camarada mío, campesino, de los campesinos estos que «revinan» y tienen frases lapidarias, dijo en el año 82: «El PSOE es un ternero con 800 kilos». ¡Tú fíjate qué definición más acertada! El PSOE de pronto se encontró con que la gente lo había votado y tenía que hacer un acopio de cuadros. Y los pilló de todas partes. Entonces, se disponían a gobernar con esas dificultades organizativas y de estructura y sin ser ideológicamente muy fuerte. Felipe González no lo ha sido nunca y Alfonso Guerra de manera más aparencial; por lo menos tenía las apariencias. Entre los hombres con un pensamiento de izquierda más elaborado estaba, por ejemplo, José María Maravall. Peces Barba lo parecía, pero después se ha demostrado que no. Y, por supuesto, Luis Gómez Llorente y Pablo Castellano. Pero aquellos hombres tuvieron que hacer en nombre del socialismo la política que les dictaba su opción por la Alianza Atlántica. Y ya está. Se limitaron a seguir el tran tran de siempre. Eso sí: en base a la izquierda, la izquierda, la izquierda; el antifranquismo; y de cubrirlo todo con mucho fuego de juguetería, con mucho artificio verbal, con mucha modernización.

Juan Andrade: *Este discurso de la modernización se terminó concretando, entre otras cosas, en un proceso durísimo de reconversión industrial, unos niveles de paro que el país desconocía hasta entonces, varias reformas laborales y cambios en el sistema de pensiones. Pero esas medidas no fueron exclusivas del PSOE en España. Por otra parte, ¿cuál era la alternativa que planteaba Izquierda Unida?*

Julio Anguita: La puesta en marcha de esta política de modernización no fue ni más ni menos que el desarrollo de la política que ya habían iniciado Ronald Reagan y Margaret Thatcher, que traspasaba el muro supuestamente ideológico que englobaba a los partidos conservadores. En la propia Gran Bretaña trasvasó ese muro ideológico y llegó luego a Tony Blair. Ahí están sus declaraciones cuando Blair defendió luego que «la izquierda debía ser la izquierda del centro» o cuando su mentor Anthony Giddens planteó que la izquierda debía traer, ni más ni menos, un mejor funcionamiento del sistema, o cuando llegó Felipe González y dijo aquello que «la izquierda es el capital que invierte». Palabras tremendas. De modo que todos ellos

también recogen esa especie de relanzamiento que hace el pensamiento conservador y que llega hasta hoy y que los partidos socialdemócratas han hecho suyo, especialmente el español.

¿Cuál es la respuesta de Izquierda Unida? La respuesta de Izquierda Unida pasa por varios conceptos económicos que seguramente estaban considerados obsoletos. Uno era el desarrollo autocentrado, es decir, el crecimiento económico debía ser sustituido por la palabra desarrollo, por un desarrollo que requeriría para su impulso de la financiación y el apoyo institucional necesarios. Ligado a ello manejábamos el concepto de desarrollo endógeno, muy ligado a la economía de la demanda: produzcamos los bienes que son necesarios, que la gente demanda, con necesidades objetivas, pero produzcámoslo ligado a una política de planificación y gracias a la creación de una banca pública. Era en cierta medida un paso más de lo que se ha llamado «economía social de mercado», que yo sé que tiene connotaciones no de izquierdas, de modo que lo que nosotros planteábamos era un paso más avanzado que estaba ligado, siquiera de lejos, pero ligado, a la idea de formar en torno a ese proyecto un bloque social de progreso, que era lo que planteaba en el Manifiesto Programa de 1975. Esa era la propuesta, luego concretada en muchas propuestas programáticas concretas y líneas de actuación con la gente: el salario social, el freno a la obsolescencia programada, la discusión con los sindicatos, la creación del consejo económico y social, la reforma de la fiscalidad, el ataque al fraude fiscal, yo qué sé, tantas cosas… Y, naturalmente, todo ello vinculado a una visión propia de la construcción europea. Porque todo esto coge a caballo entre el Acta Única de 1986-87 y el Tratado de Maastricht, coge en medio de estos dos tratados.

Juan Andrade: *Creo que hay que insistir en la fuerza que cobra el neoliberalismo a partir de la crisis estructural del capitalismo en el 73-79. Creo que esa fortaleza hay que medirla, más incluso que en la contundencia de las políticas aplicadas por Margaret Thatcher y Ronald Reagan, por su capacidad para permear la orientación de los gobiernos socialdemócratas de los ochenta y noventa. Con la crisis del 73-79 la socialdemocracia se queda sin política propia porque ya no puede sostener el Estado de bienestar sin aplicar una fiscalidad más progresiva y sin promover un cierto cambio en las relaciones de propiedad. François*

Mitterrand lo intenta durante sus primeros años de gobierno, pero al final se echa para atrás, entre otras cosas porque eso era muy difícil hacerlo a nivel nacional en el marco de una economía globalizada y una Comunidad Económica Europea que iban en la dirección contraria. Lo que entonces se produjo fue un giro de todas las opciones políticas hacia la derecha. Mi pregunta en estos términos es muy clara: ¿consideras que ante esa pérdida de política propia de la socialdemocracia en un contexto general de derechización de la política esa defensa de la política socialdemócrata le correspondió a Izquierda Unida?

Julio Anguita: Sí, en versión un poco más roja. Sí, totalmente, porque hay medidas de IU que se inscriben en una perspectiva completamente keynesiana. Lo que pasa es que ya hubo debates sobre eso en el Área de Política Económica y se tuvo en cuenta que era algo provisional para crear una zona de ruptura que permitiera avanzar más allá. Eso en el área, Salvador Jové, los demás compañeros y yo lo tuvimos clarísimo. Porque llegamos a una conclusión que después hemos desarrollado: hoy la socialdemocracia bien entendida es revolucionaria, en el mismo sentido que hoy podría decirse que cumplir la Constitución es revolucionario. ¿Por qué? Porque el capital en su desarrollo a través de lo que se ha mal llamado revolución conservadora no soporta su propia legalidad. Eso está en el Libro I de la *República* de Platón en el debate entre Sócrates y un sofista del Helesponto llamado Trasímaco. En el primer tercio del siglo XX Piotr Stuchka ya sentaba las bases del uso alternativo del Derecho. Stuchka decía que cuando un régimen, cuando una sociedad, cuando un Estado es incapaz de desarrollar su propia legalidad, está boyante la crisis y el problema es entonces cómo le devolvemos la legalidad a ese Estado. En definitiva, fuimos conscientes de que estábamos hablando de poner en marcha políticas socialdemócratas, evidentemente. Lo que pasa es que al hablar de esas políticas había un marcado énfasis en la participación, un marcado énfasis en el papel de los Sindicatos, un marcado énfasis en el paso a otra posible situación. Pero yo lo tengo que decir sin ambages, sí, efectivamente. Porque, además, obligar a cumplir la legalidad vigente sitúa al Gobierno en la ilegalidad. Por eso insisto tanto en el cumplimiento de la Constitución en sus aspectos económicos y sociales.

Juan Andrade: *Una tesis que ahora mismo forma parte de lo que empieza a ser el relato canónico sobre los años 80 y 90 plantea que con los gobiernos del PSOE se construye por primera vez en España un verdadero Estado de bienestar. Yo considero que aquí en España se trata de un Estado de bienestar muy demediado, entre otras cosas porque se levanta en un contexto de crisis y cambio de ciclo histórico en que en Europa se está desmantelando y esa contradicción aquí se resuelve por medio de una construcción parcial, más limitada y poco financiada. ¿Cómo valoras esa tesis y cómo valoras las políticas que durante los gobiernos del PSOE se desarrollaron en materia de educación, sanidad, prestaciones y servicios sociales?*

Julio Anguita: Yo lo veo de la siguiente manera: el PSOE se incorpora a lo que se llama la revolución conservadora, pero naturalmente él sabe que ha ganado unas elecciones a partir de un electorado y de unas expectativas que le empujan a llevar adelante un proyecto de Estado y que tiene gente en sus filas y en sus bases sociales sectores que demandan determinados cambios. Entonces, hay que reconocer que pone en marcha el Estado social en educación, con sus fallos, y en sanidad. Pero esa puesta en marcha obedece no solamente a una visión ideológica o un determinado sentimiento de justicia social, sino que responde también al propósito de conseguir una determinada paz social para lo que iba a venir después. Si queremos analizar esto más despacio nos podemos acercar a Andalucía. En Andalucía el subsidio agrario, llamado PER, se puso en marcha con unas palabras del diputado que lo inventó, el señor José Caballos Mojeda: «queremos comprar la paz en el campo», para poner en marcha, añado yo, otras políticas que enajenaron la agricultura. Entonces con el PSOE se puso en marcha el PER. Además cuando el PSOE puso en marcha el denominado Estado social del felipismo se le olvidó algo fundamental, que tenía que poner en marcha una política fiscal adecuada a ese Estado, y no la puso. Entonces, sin querer o queriendo, esta criatura recién nacida, que era llamativa y que hay que reconocer que era interesante, tenía ya la vida corta, como se ha demostrado después.

Juan Andrade: *El PSOE llegó al gobierno en el 82 prometiendo la creación de 800.000 puestos de trabajo. Sin embargo, el paro no dejó de aumentar hasta el 20 por 100 de la población activa en 1992 o hasta llegar*

al 24 por 100 en 1994. Su evolución posterior ya sabemos cuál ha sido, una reducción más o menos progresiva, dentro de unos niveles no obstante elevados, durante los gobiernos de Aznar y el primer gobierno de Zapatero, y un desbocamiento brutal a partir del 2008 con el estallido de la crisis. ¿Cuál es el problema del empleo en este país y qué relación piensas que guarda con el modelo de crecimiento económico de los años 60 y 70, y con el que se impulsa en los 80 y 90?

Julio Anguita: Me he reído un poco cuando has recordado los 800.000 puestos de trabajo que prometió el PSOE, porque me reí también cuando el PCE, para responder a la propuesta de Felipe, ofreció un millón. Aquello me parecía muy raro: tú das tanto y yo doy tanto. Yo creo que el tema del empleo es el problema crucial por excelencia. Por una parte, el trabajo es un derecho humano. En consecuencia, todo el mundo tiene derecho a un puesto de trabajo, y esa apuesta es la que marca el objetivo al cual se tiene que supeditar todo, la economía en general. Hasta aquí, impecable. Pero la concepción económica que se viene imponiendo, hablo del capitalismo en la época de la globalización y el neoliberalismo, parte del supuesto de que las potencialidades de la economía y su buen desarrollo se miden con datos del PIB y en términos de aumento de los beneficios económicos, que generalmente se producen a costa de unos altos niveles de desempleo. ¿Qué quiero decir? Que derechos humanos y neoliberalismo son incompatibles, son una contradicción *in terminis*. Es un oxímoron, no se pueden compatibilizar. Por tanto, pedir que haya empleo con esta lógica económica es decir tonterías y esto es algo que a mí me gusta señalar cuando me preguntan ¿cómo se crea empleo? Mi respuesta es: negando la actual política económica. No hay otra.

En un momento de crecimiento económico, una noción que por otra parte es más que dudosa, usted puede conseguir unos pocos puestos de trabajo en circunstancias precarias, aumentando o fragmentando los horarios, reduciendo los salarios, disminuyendo las condiciones de seguridad, etc. Pero hoy en día el modelo económico actual no puede dar puestos de trabajo. No puede. En consecuencia, hay que optar, y ese es el momento en el que estamos, el momento en el que hay que optar. ¿Por qué digo esto? Porque la gente quiere que haya empleo pero respetando las pautas de comportamiento de la economía actual y los valores de compra,

de derroche, de calidad de vida entendida como posesión de cosas. Eso es incompatible.

¿Dónde está el empleo? ¿Dónde está la ocupación? Donde se da un esfuerzo humano socialmente útil. Yo creo que hay algunos yacimientos de empleo posibles en la situación en la que estamos. Educación. Hacen falta profesores, pero no solamente profesores, sino todos los trabajos que hay alrededor de la educación, desde el bedel, al ordenanza y a los bibliotecarios. Sanidad. Pero no solamente la sanidad en cuanto a médicos, enfermeros y practicantes, sino todos los trabajos relacionados con la asistencia social a los enfermos, a los impedidos, a los marginados. Tres, medio ambiente. Hablo de recuperar la capacidad hídrica, el desarrollo forestal, el cuidado de las tierras, los montes. Estos son tres, para empezar, pero hay más. Y para reducir el desempleo hay que tener en cuenta también el reparto del trabajo. Claro, esto significa que la economía tiene que estar dirigida. Y si la palabra «dirigida» no gusta, pues hablemos de una economía en la que lo público le dice al mercado a lo que tiene que ceñirse, y con eso ya estoy haciendo una concesión. Hay que decirle al mercado: «no, usted mercado actúa en el terreno que yo le habilito, pero yo decido». Claro, al decir eso ya estoy chocando con el sistema. En consecuencia, y en sentido estricto, defender eso es ser antisistema. No hay por qué ocultarlo ni velarlo.

Desarrollar consecuentemente los Derechos Humanos, los del planeta y demás documentos con respaldo internacional que hablan de esto mismo es subversivo. Es, como decía antes, colocar al sistema ante la legalidad que dice defender. En algunas entrevistas de las miles a las que me he sometido llega un momento en el que mi interlocutor me dice «Señor Anguita, eso que usted propone ¿está inspirado en la política económica de la URSS que ha fracasado?» Entonces suelo responder «¡Qué va! Me inspiro en los artículos de la Constitución española».

Lo que ocurre es que debemos afrontar un problema profundo ¿Puede el tejido productivo actual generar empleo para todos los hombres y mujeres en edad de trabajar y con jornadas y salarios concordes con los DDHH? La respuesta es no. En consecuencia el dilema está servido. Derechos Humanos o neoliberalismo. Pero supongamos que escogemos los DDHH con toda la tremenda convulsión que ello supone. Entonces viene la siguiente dificultad ¿Cómo y en qué empleamos a la gente? Al llegar aquí

debemos afrontar la cuestión del reparto del trabajo. Lo que ocurre es que entonces los valores, las pautas de comportamiento actuales, consumismo, individualismo, insolidaridad, etc. deben cambiar. Tengo muy presente a Paul Lafargue, yerno de Marx, cuando en su libro *El derecho a la pereza* planteaba que la mística del trabajo aplicada a la producción incesante y en progresión geométrica no podía ser defendida por los trabajadores. Insistía en una sociedad en que las máquinas trabajasen para el ser humano y pudiera entregarse al ocio humanístico. Esa es una filosofía de fondo imposible de olvidar y obviar cara al futuro.

Juan Andrade: *¿Qué te pareció en general la política de seguridad ciudadana del PSOE y en concreto la llamada «Ley Corcuera»?*

Julio Anguita: La combatimos a sangre y fuego entonces. Corcuera, como muchos ministros del PSOE, y no digamos ahora el actual, Fernández Díaz, estaban presos de los aparatos del Estado y estos, conjuntamente con el Gobierno, del poder. Cuando fui alcalde formaba parte de una asamblea de 20 alcaldes que fue rotando por toda España y nos reuníamos con los ministros para discutir de la política municipal y también de la estatal. Yo aprendí mucho en aquellas reuniones. Recuerdo una comida con Barrionuevo, a la sazón ministro del Interior, en la que nos decía: «No puedo con la Guardia Civil». ¿Por qué? Tal como se dio la transición, y esto explica muchas cosas, ciertamente el ministro Barrionuevo no podía con la Guardia Civil. Son las estructuras, que pesan mucho, los poderes de la inercia. Pues bien, Corcuera era otro que también dependía de la Guardia Civil y que además había interiorizado la lógica del éxito. En su esquema mental lo importante era conseguir objetivos, se violasen o no se violasen los Derechos Humanos. Y desde su lógica, además, todo lo que quedase fuera de la racionalidad del Estado que ellos mismos estaban diseñando era perturbador o peligroso.

Pero esa lógica alimentada por el PSOE es la que permite luego al PP en la época de Aznar decir que todo el que defiende presupuestos nacionalistas o independentistas son etarras o filoetarras. Hace unos meses, y en un programa televisivo, los periodistas trataban de acorralar a Pablo Iglesias y trataban de hacerme partícipe a mí del acorralamiento. Los periodistas acusaban a Pablo Iglesias de haber participado en una charla con la gente de la izquierda abertzale y para enfrentarme a él me preguntaron: «¿Usted cree

que se puede dar un mitin con un proetarra?». Mi respuesta fue: «¿a qué llama usted proetarra?». Porque para mí proetarra es el que está de acuerdo con poner bombas, no el que de manera pacífica y democrática quiere la independencia. Y continué: «Sí, yo podría dar un mitin con aquellos que dicen que en el País Vasco hay un problema político». Porque para mí lo que nos separa de los etarras es el hecho de matar, pero no el hecho de defender una posición que puede ser tan legítima como otras.

Pues bien, esa lógica del éxito de la acción, de que contra el otro todo vale y de la criminalización de quien no participa de esa racionalidad del Estado está bebiendo de la época de Corcuera y de parte del sentido común de la época, porque Corcuera en esto fue un hombre del sentir conservador medio, del sentido común de la España franquista todavía no desaparecido y que me da tanto miedo. Corcuera fue eso, un hombre eficaz y marrullero a la vez, marrulleramente eficaz para el poder.

Juan Andrade: *En política internacional se reafirmó el alineamiento de España con Estados Unidos. Esa adhesión se concretó en la revalidación de acuerdos bilaterales con EEUU e inmediatamente después en la defensa de la permanencia de España en la OTAN con el famoso referéndum de 1986. Finalmente esta adhesión se concreta en el respaldo a una acción de agresión muy cruenta: la Primera Guerra del Golfo. ¿Cómo valoras esta adhesión del gobierno de España a Estados Unidos en un contexto inicial de endurecimiento de la Guerra Fría? Y ¿qué representó el referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN en 1986 para la izquierda de este país?*

Julio Anguita: Para empezar es lógico que el PSOE estuviese a favor de la OTAN. Lo ilógico era su posición anterior. Quien haya seguido la trayectoria de Indalecio Prieto, un gran atlantista con creciente influencia en el pensamiento posterior del Partido Socialista, quien estuviese presente en Suresnes y viera ya el respaldo de la socialdemocracia alemana de la mano de Willy Brandt, no se asombraría. Lo que pasa es que tenían que cubrir un periodo de legitimación, una legitimación cargada de un lenguaje muy izquierdista. Ahí está el abandono de la ponencia constitucional aduciendo que no se hablaba de República o la dureza con la que criticaban a la OTAN. Pero además de los datos más evidentes yo recuerdo una entrevista de Felipe González en el año 76, en la revista *Zona Abierta,* donde él matiza

mucho la posición antiatlantista, insinúa que la OTAN es inherente a las democracias occidentales. ¿Por qué? Porque asumía el orden mundial de Yalta y Potsdam, del mundo repartido en dos zonas e influencias: EEUU y la URSS. Lo asumía y lo aceptaba y al final, cuando llega el momento, pues da la cara y lo plantea. O sea, que no fue ninguna sorpresa, por lo menos para mí, pero no porque yo tuviese ninguna información especial, es que muchas personas habíamos estudiado que la lógica era esa, que no se podía salir de ahí sin crear un problema, máxime cuando había tenido lugar la Revolución de los Claveles y occidente se puso en guardia.

¿Por qué determinada progresía lo aceptó? Yo aquí seguramente voy a ser muy subjetivo. Siempre he dicho, permíteme un poco la broma, «prefiero que te acuerdes de mi padre a que me llames progre». Eso para mí es un insulto. Porque la palabra progre en España ha sido un barniz para poder justificar siempre el estar con los privilegiados. Yo he echado de menos los intelectuales de la República, aquellas figuras con esa talla que combatieron por sus principios, por sus ideas, con esa gran capacidad analítica y de apuesta. Y aquí el progre fue un funcionario, un funcionario de la coyuntura. Así. La coyuntura pide esto, pues esto. Por eso pasaron del no a la OTAN al sí a la OTAN, porque era lo más conveniente. Y otra vez todo eso acompañado el discurso sobre fracaso del bloque soviético utilizado como justificación. Todo era muy reiterativo.

Yo creo que traicionaron su pensamiento, se vendieron, pensaron que lo importante era eso y que seguramente no se podía hacer otra cosa, que es la justificación a la que siempre se acude. Eso habla muy mal de la clase intelectual española de aquella época, muy mal. Uno de los casos más emblemáticos de lo que estoy diciendo lo constituye Antonio Elorza. Creo que vieron al PSOE caballo ganador y creyeron que esa era la línea correcta, porque además se encontraron bien instalados. El PSOE además tuvo mucho cuidado y actuó muy inteligentemente en irlos colocando en su sitio para crear ese *hinterland,* esa zona de crecimiento que tan necesaria es para un partido y donde estos intelectuales ocupaban el lugar de intelectuales orgánicos, siquiera de segunda línea, pero muy ligados a lo que había en la sociedad. Normal, vamos, tampoco me extraña de ellos y el tiempo después ha confirmado que siempre han estado con el poder, siempre han medrado con el poder.

Juan Andrade: *Pero además de estos intelectuales pertenecientes a una generación más joven hay otros intelectuales –y esto es lo que a mí me llama la atención– muy potentes y longevos, procedentes algunos de las filas del comunismo, que al final legitimaron públicamente esas mismas políticas. En concreto estoy pensando en los artículos a favor de la OTAN que Fernando Claudín publicó con Ludolfo Paramio en* El País *y que fueron respondidos por Manuel Sacristán, contrario a la OTAN y todo un contraejemplo de intelectual acomodado. Estoy hablando de la conversión de intelectuales comunistas potentes, como Fernando Claudín o Jorgen Semprún, que se habían jugado la vida en la Guerra Civil Española, en la Segunda Guerra Mundial y en la postguerra.*

Julio Anguita: Desde mi respeto a ambos, y desde mi respeto a sus posiciones mantenidas en aquel debate cuando los expulsaron, en el que paradójicamente Claudín estaba en contra de la política de reconciliación, pero hacía un análisis sobre la realidad española más acertado que los demás no querían admitir, digo que, desde mi respeto, yo constato aquí una situación nada excepcional. Este tipo de personas se agarra a una idealidad maniquea. Es que la Unión Soviética era la Unión Soviética. Hay que leer a Jorge Semprún cuando habla de la Unión Soviética y de Stalin, eso se ha olvidado. Esas palabras de elogio que le dedica, igual que Claudín. Cuando ocurre lo de Checoslovaquia ellos no saben separar lo que ha sido el régimen soviético y una desviación de los partidos comunistas de una apuesta por un proyecto, por un ideal que va más allá de lo ideologizado, repito, entendiendo por ideologizado lo que figura en *La ideología alemana* de Marx. Ellos son comunistas muy ligados a la experiencia histórica de la revolución soviética y no entienden que la revolución soviética es una manifestación más o menos adecuada o correcta de un fenómeno mayor. Cuando se les hunde el Muro de Berlín y se les hunde la URSS, entonces aceptan la lógica inversa.

Pero no hace falta irse a estos intelectuales. Alonso Puerta, cuando sucede la desaparición de la Unión Soviética lo celebra en una reunión de Izquierda Unida diciendo lo siguiente: «¡Por fin! Ya con la desaparición de la Unión Soviética se acabó la carrera de armamentos, se disuelve el pacto de Varsovia, se disuelve la OTAN». Y yo tuve que interrumpirle: «Por favor, Alonso, ¿lo estás diciendo en serio?». Es decir, ellos creían que se

había inaugurado «El fin de la historia» de Francis Fukuyama, olvidando además que Fukuyama decía también algo que no se solía reproducir: y que «se va a conseguir el sueño de Marx por otras vías». Eso se lo han callado. Bueno, pues no me extraña que Claudín o Semprún, habiéndoseles caído ese andamiaje que no estaba tan bien armado como parecía, automáticamente optasen por su contrario, con la misma fe, con la misma ceguera que optaron por el otro.

[1] Análisis de este discurso pueden verse en S. Gálvez, «Del socialismo a la modernización: los fundamentos de la "misión histórica" del PSOE en la Transición», *Historia del Presente* 8 (2006), Madrid, pp. 199-118; A. García Santesmases, *Repensar la izquierda. Evolución ideológica del socialismo en la España actual,* Madrid, UNED-Anthropos, 1993, cap. 3, y Juan Andrade, *El PCE y el PSOE en (la) transición,* cit., pp. 410-419. Ejemplos del discurso en los escritos e intervenciones de los dirigentes socialistas F. González, «Discurso de investidura al Congreso de los Diputados», 30 de noviembre de 1982, en J. Solana, «La alternativa socialista», *Leviatán* 9 (1982).

[2] Sobre la introducción de estos cambios y sus discursos legitimadores, David Harvey, *Breve Historia del neoliberalismo,* Madrid, Akal, 2007.

[3] Joaquín Estefanía Moreira, «El segundo ajuste económico de la democracia», en Álvaro Soto Carmona y Abdón Mateos López (dirs.), *Historia de la época socialista en España: 1982-1996,* Madrid, Sílex, 2013, p. 132.

[4] El programa lo ideó M. Boyer, «Un plan económico a medio plazo», *Dirección y Progreso* 68 (1983), el programa puede verse en Ministerio de Hacienda, Programa Económico a medio plazo: 1893-1986, Madrid, Ministerio de Economía y Hacienda, 1985, un análisis sucinto del programa y sus resultados en Joaquín Estefanía Moreira, *op. cit.*

[5] Una síntesis de las repercusiones de la reconversión en el apartado «El impacto social de la reconversión industrial: las víctimas de la modernización», de José Antonio Pérez Pérez, «Una sociedad en transformación (1982-1996)», en Pere Ysàs (ed.), *Dossier: La época socialista: política y sociedad (1982-1996), Ayer* 84 (2011), Madrid. Una investigación regional en Rubén Vega, «Un balance de la reconversión naval en Asturias, la trayectoria de los trabajadores excedentes», en VVAA, *Cruceiro de sociedades, Asociaciones gallega y asturiana de sociología,* Santiago de Compostela, 1993, un interesantísimo trabajo local en Carlos Prieto *et al., IKE, retales de la reconversión,* Madrid, Ladinamo Libros, 2004.

[6] Una panorámica de la conflictividad social durante estos años en Álvaro Soto Carmona, «El conflicto como respuesta social pero también política», en Álvaro Soto Carmona y Abdón Mateos López (dirs.), *Historia de la época socialista en España: 1982-1996,* Madrid, Sílex, 2013.

[7] James Petras, *El informe Petras. Padres e Hijos. Dos generaciones de trabajadores españoles,* consultable en http://www.inventati.org/ingobernables/textos/anarquistas/informe-petras.pdf

[8] Una visión general de estos cambios en Pere Ysàs, «Cambio y continuidades: tres lustros de gobiernos socialistas», en Pere Ysàs, *Ayer, op. cit.,* pp. 25-35.

[9] Las razones de los dirigentes e intelectuales socialistas partidarios de la OTAN en F. Claudín y L. Paramio, «OTAN: razones para no salir/1», *El País,* 16 de junio de 1984 y «OTAN: razones para permanecer/2» *El País,* 16 de junio de 1984 y «Entrevista de *El País* al presidente del Gobierno», *El País,* 17 de noviembre de 1985. Las réplicas a los primeros en Manuel Sacristán, «La salvación del alma y la lógica 1 y 2», el 1.º publicado en *El País,* 2 de julio de 1984 y el 2.º en *El País,* 3 de julio de 1984.

[10] Manuel Vázquez Montalbán, «Ultimátum», *Interviú,* 770, 5 de febrero de 1991, pp. 113-114.

[11] La descripción de este tiempo de excesos y ostentación en las élites políticas aparece reflejado en la crónica periodística. Véase al respecto Francisco Umbral, *La Década Roja*, Barcelona, Planeta, 1993 o Manuel Vázquez Montalbán, *Obra periodística II y III,* Madrid, Debate, 2013.

6. Izquierda Unida. De coalición de partidos a movimiento político y social

Izquierda Unida surgió en 1986 de varias circunstancias y voluntades. Fue la respuesta del Partido Comunista de España a la catástrofe electoral de 1982, y, más allá de eso, la salida que procuró a la crisis orgánica en la que se vio sumido en las postrimerías de la transición. Conscientes de que la expansión del PCE a la largo de su historia había venido de la política de alianzas, los dirigentes del partido lanzaron, por lo pronto, una propuesta de convergencia electoral a otros partidos menores en 1986. El paso siguiente consistió en hacer de IU la «organización de nuevo tipo» que el partido venía esbozando en sus documentos desde los años setenta. Lo primero que llama la atención de este proceso es que se produjera con anterioridad a la caída de la URSS, cuando los partidos comunistas se verían forzados a redefinirse. Ante el desplome del socialismo real en 1991 los partidos comunistas de Europa occidental adoptarían básicamente dos salidas: o la perpetuación con pequeños cambios, como harían portugueses y franceses, o la disolución y reconversión en un nuevo partido de tipo socialdemócrata, como harían los italianos. En España, sin embargo, se optó por una solución distinta gracias a los cambios que se habían promovido con anterioridad al problema: la creación de una organización más amplia en cuyo seno pudiera desarrollarse, sin difuminarse ni perder su autonomía, el PCE. La iniciativa fue novedosa y pionera en Europa[1].

Si IU surgió en buena medida del impulso del PCE, también lo hizo al calor de unas circunstancias históricas que demandaban la existencia de una formación situada a la izquierda del PSOE y que asumiera, además, nuevas reivindicaciones y protagonizara otra forma de hacer política. Entre estas circunstancias estaba la frustración entre amplios sectores de la izquierda social de las expectativas de cambio que había suscitado el triunfo electoral del PSOE en el 82, así como por las primeras movilizaciones de rechazo a las políticas del gobierno de Felipe González. Decepción hacia el PSOE y oposición a las primeras medidas gubernamentales fueron el caldo de cultivo en el que surgió y se desarrolló Izquierda Unida. Entre las movilizaciones cabe citar las huelgas estudiantiles de 1984 en la universidad y de 1986 en bachillerato, las

movilizaciones contra la Ley Antiterrorista en 1985 en Madrid, la conflictividad laboral contra la reconversión industrial o la Huelga General contra la reforma de las pensiones encabezada por CCOO en 1985. La decepción se hizo mayor ante la apuesta definitiva del PSOE por la permanencia de España en la OTAN. El contexto inmediato del que surgió IU fueron las movilizaciones en contra de la permanencia en el referéndum de marzo de 1986. En ellas participaron partidos políticos, organizaciones sociales, colectivos culturales, intelectuales, artistas y ciudadanos y ciudadanas a título personal agrupados sobre todo en la Plataforma Cívica por la Salida de España de la OTAN o en la Coordinadora Estatal de Organizaciones Pacifistas. En la Plataforma cobró forma la idea de formar una coalición electoral que se presentase a futuras elecciones[2].

Aunque indirectamente, también fueron importantes en la aparición y construcción de IU los llamados nuevos movimientos sociales, entendiendo por tales al movimiento pacifista, feminista y ecologista. Estos movimientos, que, de forma autónoma o trasversal a otros más clásicos, venían desarrollándose desde hacía décadas, experimentaron un importante proceso de fortalecimiento y renovación en la España de la primera mitad de los ochenta. Durante estos años ampliaron su base social, sistematizaron sus propuestas y desarrollaron un nuevo y cada vez más influyente repertorio de protestas. El Comité Antinuclear de Cataluña, el Movimiento de Objeción de Conciencia o la cantidad y variedad de colectivos feministas procedentes de la transición que convergieron en los ochenta en las movilizaciones pro derecho al aborto fueron, por poner solo algunos ejemplos, expresiones organizativas importantes de cada uno de ellos. Las propuestas de estos movimientos, sus acciones y muchos de sus activistas estimularon también el surgimiento y sobre todo el desarrollo posterior de IU, aunque las relaciones entre ambos siempre fueron difíciles.

Así visto, Izquierda Unida nació de una triple voluntad. Nació de la voluntad del PCE de dar una salida a su propia crisis. Nació de la voluntad de canalizar desde una perspectiva de izquierdas toda la decepción y el descontento social ante las políticas de los gobiernos de Felipe González. Y surgió de la voluntad de incorporar al proyecto general de emancipación socialista las reivindicaciones y algunas formas de activismo del ecologismo, el pacifismo y el feminismo.

IU surgió apenas unas semanas antes de celebrarse las elecciones generales de junio de 1986. Lo hizo como una simple coalición electoral formada por el Partido Comunista de España, el Partido Comunista de los Pueblos del España, el Partido de Acción Socialista (una escisión del PSOE por la izquierda), Izquierda Republicana, la efímera Federación Progresista de Ramón Tamames, el Partido Carlista y el Partido Humanista (dos organizaciones de perfil ideológico difuso y confuso que se saldrían de la coalición apenas unos meses después de las elecciones)[3].

IU cosechó unos modestos resultados en las elecciones generales del 22 de junio de 1986, ligeramente superiores a los que el PCE había obtenido cuatro años atrás y muy por debajo de lo que la movilización social contra las políticas del gobierno hizo a muchos esperar. En concreto la joven coalición obtuvo un 4,63 por 100 de los sufragios, mientras que el PSOE revalidó su mayoría absoluta, consiguiendo el 44,6 por 100. Estas elecciones pusieron de manifiesto básicamente dos cosas: que la oposición a las políticas del PSOE se expresaba en las calles pero no así en las urnas y que Izquierda Unida era una opción concebible más en potencia que en acto. El cometido de Izquierda Unida consistía ahora en desarrollar un nuevo proyecto de formación política que canalizara electoralmente el descontento social: en reconvertir esa improvisada coalición electoral, que por lo pronto había logrado mantener a flote a la izquierda alternativa, en una verdadera opción política que disputara al PSOE el espacio de la izquierda.

Para desarrollarse IU necesitaba de un liderazgo fuerte. Ese requerimiento llevó a Julio Anguita a ser elegido en la Primera Asamblea Federal de IU en febrero de 1989 candidato a la presidencia del gobierno y a ser nombrado unos meses después coordinador general en sustitución de Gerardo Iglesias. El liderazgo recayó en la figura de Julio Anguita por las razones que se han anticipado en los trazos biográficos: tenía el prestigio de sus años al frente de la alcaldía de Córdoba; había encabezado la experiencia pionera de Convocatoria por Andalucía que ahora podía inspirar a la nueva Izquierda Unida; era el secretario general del PCE; su distanciamiento de la vida política capitalina hacía que no concitara demasiados recelos ni entre los suyos ni en otras organizaciones; y, sobre todo, tenía lo que IU más necesitaba en esos momentos, tirón electoral.

Las expectativas que levantó Izquierda Unida y el empuje de una parte importante de la izquierda social llevaron a los dirigentes con mayor visión estratégica a dar un nuevo impulso al proyecto: hacer de lo que había surgido como coalición electoral un «movimiento político social». El cambio se fue sancionando teóricamente en los documentos aprobados en la I Asamblea de IU celebrada en 1989[4]*, en la II Asamblea celebrada en 1990*[5] *y en la III Asamblea celebrada de 1992*[6]*.*

Pero, ¿qué significaba realmente la expresión movimiento político social aplicada a lo que Izquierda Unida debía ser?

Movimiento político-social significaba que, frente a los partidos políticos al uso basados en la primacía de dirigentes profesionales que centran sus esfuerzos en las tareas de representación institucional y cuya relación con la sociedad se realiza a través de medios de comunicación ajenos, IU aspiraba a convertirse en un movimiento con un anclaje directo en la sociedad capaz de canalizar hacia las instituciones la fuerza de sus sectores más avanzados.

Movimiento político-social significaba que IU no solo apostaba por políticas diferentes, sino por una forma diferente de hacer política. IU debía aplicarse hacia dentro el tipo de democracia radical que postulaba de puertas a fuera. Para ello la organicidad de Izquierda Unida debía pivotar sobre los principios de dirección colectiva, primacía del consenso por encima del –a veces necesario– juego de mayorías y minorías, toma de decisiones de abajo a arriba y fiscalización de los cargos por parte de las asambleas de base.

Con la fórmula de movimiento político-social se pretendía hacer de IU un espacio de convergencia y coexistencia de distintas tradiciones de la izquierda: comunistas, trotskistas, socialistas, socialdemócratas, ecosocialistas y muy especialmente de tendencias que ya no podían categorizarse bajo los epígrafes clásicos. La armonización de esa diversidad no podría radicar en ninguna síntesis ideológica con la que luego homogeneizar al conjunto de la formación. La única forma de armonizar la diversidad consistía en llegar a acuerdos programáticos elaborados de manera colectiva con los que gentes de distintas tradiciones pudieran sentirse identificados. En este sentido IU pasó a definirse de manera más concreta como «un movimiento político social plural en lo

ideológico y unitario en lo programático». La identidad de IU debía residir en su programa y el programa debía significar al menos tres cosas.

En primer lugar, la elaboración programática debía concebirse como una oportunidad de encuentro con amplios sectores de la sociedad que, si bien no estaban dispuestos a la sacrificada vida interna de partido, sí lo estaban a poner su cualificación profesional o su experiencia en otros colectivos al servicio del proyecto IU cuando se les convocara para algo concreto. En segundo lugar, el programa debía ser, en su sentido amplio, un compromiso con la sociedad y, en su sentido electoral, un contrato con los votantes. En tercer lugar, el programa debía ser el fundamento de cualquier política de alianzas, lo cual venía a decir que IU establecería alianzas con otras organizaciones en torno a coincidencias programáticas y no por la similitud de las siglas, por pasados compartidos o por coincidir en la oposición a una misma fuerza política.

Por último, IU se definía como un movimiento político-social con vocación de alternativa. La alternativa consistía en abrir un proceso de transformación de la sociedad desde una perspectiva socialista: en construir una nueva forma de producir, consumir y relacionarse[7]*. Semejante aspiración maximalista inspiraba un programa concreto de mediación con esos objetivos ulteriores, basado en tres ejes fundamentales: la democracia integral, la protección social plena y una economía ecológicamente sostenible y democráticamente controlada*[8]*.*

Para llevar a término este proyecto se necesitaba de una nueva estructura organizativa y de una línea política que tradujera esas aspiraciones generales a una práctica social e institucional cotidiana. Las dos cuestiones se fueron definiendo también en las tres primeras asambleas, en el arco temporal que va de 1989 a 1992.

Las primeras direcciones de IU fueron conformadas a partir de la cuota de representación que le correspondía a cada partido en función de sus militantes, con el añadido de varios independientes o personas de confianza que Julio Anguita logró promocionar. En la III Asamblea de 1992 se impuso definitivamente el principio de «un hombre, un voto», que teóricamente acababa con las cuotas de representación concedidas a los partidos en los órganos de dirección y en las listas electorales, aunque los estatutos siguieron apelando a la necesidad de que el pluralismo se reconociese por consenso y aunque en la práctica muchas veces se

disciplinara el voto individual apelando a la afiliación partidaria de la gente en las reuniones previas de sus respectivos partidos o corrientes[9].

En estos procesos el PCE se movió muy contradictoriamente entre la generosidad y el rodillo. En virtud de lo primero el PCE promovía o aceptaba a candidatos independientes que por sí mismos no hubieran obtenido respaldos suficientes o a candidatos de otros partidos o corrientes que no hubieran salido atendiendo a su peso real en las organizaciones de base de IU. La generosidad consistía en ceder los puestos que hubiera podido ocupar al objeto de hacer de IU algo más grande y plural que el PCE. El rodillo fue un recurso que se aplicó cuando en momentos de tensión y crisis internas los candidatos de otros partidos o corrientes eran percibidos como una amenaza para la hegemonía política del PCE o cuando así lo hacían ver los candidatos comunistas que no estaban dispuestos a ceder en sus aspiraciones de ocupar cargos públicos o puestos destacados en la dirección. En la elaboración de listas y en la elección de los órganos de dirección se puso de manifiesto la contradictoria actitud del PCE hacia IU, una actitud que se movía entre la ilusión y el miedo, entre la apertura y el repliegue. Por una parte, el PCE puso sus principales recursos, sus mejores cuadros y sus mayores energías al servicio del proyecto general de Izquierda Unida, abriendo espacios a la participación a otra gente. Por otra, sufría repentinos ataques de vértigo que le llevaba a levantar el pie del acelerador o a echar el freno de mano al proceso de convergencia cuando sentía que podía disolverse dentro de IU o ser desplazado por otros sectores.

Los partidos y corrientes minoritarias también se movieron en distintos sentidos. En ocasiones apelaban al pluralismo y al reconocimiento de las minorías para hacerse hueco en las listas electorales o en la dirección, en otras se aliaban con la facción mayoritaria encabezada por el PCE para que esta les cediera más espacio a costa de otras minorías.

Más complicado lo tuvieron los independientes, aquellos adscritos a Izquierda Unida que no militaban en ningún partido o corriente. Este colectivo, vital en el crecimiento y redefinición de IU, fue ganando fuerza a medida que la coalición de partidos originaria fue cediendo a la idea de movimiento político-social y las cuotas de representación dejaron espacio a la participación individual. Sin embargo, su peso fue declinando porque las tensiones políticas y las luchas de poder se libraron por medio de la

confrontación de bloques que les dejaban en tierra de nadie. Eso les forzó a sumarse a cualquiera de los bloques prexistentes para no verse en medio del choque de trenes o a constituirse en una nueva corriente para hacer oír su voz.

El mapa de las organizaciones pertenecientes a IU se fue simplificando. Básicamente en época de Julio Anguita hubo tres partidos de ámbito estatal: El PCE, el primero en volumen de militantes y, a una distancia muy considerable, el PASOC e Izquierda Republicana. A ellos habría que sumar tres importantes corrientes de opinión: Nueva Izquierda, constituida formalmente en 1992 y refundada como Partido Democrático de la Nueva Izquierda en septiembre de 1997; Espacio Alternativo, fundado en 1996 por activistas del ecologismo político y antiguos militantes de la Liga Comunista Revolucionaria (LCR) y el Movimiento Comunista (MC); y, a partir de 1997, Tercera Vía, fundamentalmente afincada en Madrid. En el a veces simplificador pero inevitable eje izquierda-derecha, y a expensas de muchos matices, Nueva Izquierda y Tercera Vía se situaban a la derecha del PCE, y Espacio Alternativo a su izquierda.

La dirección de confianza de Julio Anguita trató de gestionar la dificultad orgánica fundamental que durante mucho tiempo atravesó a Izquierda Unida: compatibilizar en su interior el funcionamiento de los partidos con la militancia individual de sus respectivos miembros y con el papel, además, de los independientes. Ante esta dificultad hubo quienes defendieron otras propuestas: o la vuelta al reparto del poder entre los partidos o la disolución de todos ellos en una Izquierda Unida homogénea. La primera propuesta fue sugerida por algunos sectores del PCE y de los partidos minoritarios. La segunda, sobre todo, por la corriente Nueva Izquierda o por quienes desde dentro del PCE consideraban que el partido ya había agotado su ciclo histórico.

Los porcentajes de representación de cada uno de los partidos y corrientes en la dirección de IU y las instituciones fueron variables durante los mandatos de Julio Anguita. Según datos de Luis Ramiro, el año en el que los porcentajes estuvieron más equilibrados fue 1992: al PCE pertenecía el 46,3 por 100 de la Presidencia, a Nueva Izquierda el 34,1 por 100, al PASOC el 4,8 por 100, a IR el 4,8 por 100 y los independientes eran el 9,7 por 100. En 1995 los porcentajes variaron a favor del PCE (54,7 por 100), el PASOC (5,6 por 100) y de IR (7,5 por 100). Lo hicieron a costa de

Nueva Izquierda. Tras la expulsión de NI en 1998 la presencia del PCE aumentó a un 59,7 por 100 y entraron dirigentes de nuevas corrientes y partidos: Espacio Alternativo, Tercera vía y la CUT de Sánchez Gordillo[10].

Si se suman los dirigentes del PCE y los de Nueva Izquierda –que en su mayor parte procedían del PCE– son patentes dos cosas. Por una parte, la dependencia de IU con respecto a lo que había sido el PCE en la transición y, por otra, sus limitaciones a la hora de llegar o de incluir en la dirección a gentes procedentes de otras tradiciones clásicas y sobre todo nuevas de la izquierda y el activismo social.

También en sus tres primeras asambleas IU fue definiendo su estructura organizativa. El máximo órgano era la Asamblea Federal, que debía celebrarse cada dos años. Le seguía, como máximo órgano entre asambleas, el Consejo Político Federal, en parte elegido en la Asamblea Federal y en parte en las federaciones. El Consejo elegía a su vez la Presidencia Federal y dentro de esta a la Ejecutiva. La estructura se reproducía de manera análoga en cada federación. Las organizaciones de base eran las asambleas de localidad o de barrio en las grandes localidades, más algunas otras sectoriales que conocieron poco desarrollo. En ese esquema se incluían las áreas, que debían elaborar las propuestas programáticas y potenciar la movilización social[11].

La estructura organizativa respondía a los principios de federalidad (reparto nítido de competencia entre las federaciones y los órganos federales), bidireccionalidad (que las decisiones se tomaran de abajo a arriba y de arriba abajo) y elaboración colectiva (con otras personas o colectivos que podían no estar afiliados a Izquierda Unida). En la práctica la federalidad fue un principio apenas cumplido en IU, por el celo que a veces manifestaba la dirección federal hacia asuntos regionales y por la pretensión habitual de muchas federaciones de arrogarse competencias federales. El principio de bidireccionalidad se pervirtió con frecuencia por el control fáctico de los órganos superiores sobre los inmediatamente inferiores. Y las áreas, a las que en un momento se pretendió dar capacidad decisoria, quedaron reducidas a la elaboración de propuestas no vinculantes que podían ser aceptadas o no por los órganos de dirección y que muchas veces no eran tenidas en cuenta[12].

Con anterioridad a la II Asamblea de IU la mayor parte de la financiación procedió del PCE. A partir de entonces IU se dotó de una infraestructura propia sostenida, en este orden, con los recursos procedentes del Estado en función de sus resultados electorales; con las asignaciones cedidas por los cargos públicos; con las cuotas de los adscritos y con otros ingresos obtenidos mediante donaciones o campañas de financiación. También en este orden los gastos iban destinados a pagar a los trabajadores de la organización, a los partidos integrantes de IU y al desarrollo de actos públicos, movilizaciones, encuentros y campañas de difusión. Las campañas electorales se sufragaban en gran medida con la adquisición de préstamos procedentes de la banca privada[13]*. Llama la atención que una formación de nuevo tipo que aspiraba a constituirse en un movimiento político-social dependiera en su inmensa mayor parte de la financiación institucional y llama la atención que una organización que aspiraba a la transformación de la sociedad en un sentido socialista dependiera fundamentalmente para el desarrollo de sus campañas electorales de la banca privada. El problema de la financiación de IU remitía además al impago de muchas cuotas, bien por incapacidad recaudatoria, bien por dejación de los adscritos, bien porque en la práctica ya no formaban parte de IU y se los mantenía para inflar el censo de la federación.*

Durante la época de Julio Anguita Izquierda Unida tuvo un afiliación relativamente escasa, incluso para los parámetros de filiación política ya de por sí bajos de España; desigualmente repartida, en beneficios de regiones como Andalucía, Madrid, Asturias o Valencia; y que experimentó un crecimiento no muy intenso e irregular a lo largo de la década de los 90. Los datos elaborados por Luis Ramiro hablan de 57.303 adscritos en 1992 y sitúa como pico afiliativo los 71.578 de 1997[14]*. La afiliación de IU resultaba escasa para el proyecto de cambio que la formación pretendía impulsar, por más que los niveles de militancia y activismo de sus afiliados fueran en general más intensos que el de la mayoría de los partidos políticos con los que competía.*

La ratio entre afiliado y electores de IU era también una de las más bajas de la izquierda alternativa en Europa, a pesar de que Izquierda Unida cosechaba durante estos años resultados electorales superiores a los de la media resultante de todas ellas[15]*. De ello se deduce también la alta*

proporción de cargos públicos sobre el conjunto de la afiliación, lo que en parte ayuda a explicar por qué IU en su conjunto siempre dio a la actividad institucional y electoral una gran importancia, por encima y muchas veces en menoscabo de su trabajo de base en los movimientos sociales.

Juan Andrade: *Julio, ¿por qué promueve Gerardo Iglesias la convergencia que termina en la formación de IU en el 86?*

Julio Anguita: Gerardo fue un dirigente que captó rápidamente que tras la victoria del PSOE en 1982 y los primeros pasos del gobierno de González se produciría un descontento por el giro que daría tras el triunfo en las urnas. Una idea que se vio completamente evidenciada en 1986. Por eso, y al aire de la Plataforma anti OTAN se crea IU, una reposición de la política de Convergencia.

Lo que ocurrió es que en 1983, 1984 y 1985 los esfuerzos del PCE se tuvieron que centrar en la interiorización que supuso la permanente actitud de obstruccionismo de Santiago Carrillo de la que hemos hablado. Tras el XI Congreso en diciembre de 1983, que supuso una apretadísima victoria para las tesis favorables a la Convergencia, el 90 por 100 de los trabajos del PCE fueron fundamentalmente de recomposición orgánica. La crisis era aireada constantemente por los medios y los canales internos mientras Santiago siguió hasta su expulsión.

Por otra parte, la política de Convergencia no era sino la aplicación consecuente del Manifiesto Programa de 1975. Un documento del que Santiago Carrillo se sentía muy satisfecho. El que él tildara de sectaria a una política emanada de los materiales del PCE en 1975 explica perfectamente la índole de su oposición.

Juan Andrade: *Mientras se desarrolla a nivel estatal ese proceso de convergencia tú, en 1986, dejas la alcaldía de Córdoba para impulsar un proyecto de convergencia regional: Convocatoria por Andalucía ¿Cómo se lanza y desarrolla el proyecto de Convocatoria por Andalucía?*

Julio Anguita: Convocatoria fue la concreción en Andalucía de la política de Convergencia que había propulsado Gerardo Iglesias. El PCA (Partido Comunista de Andalucía) impulsó la propuesta porque entendió que esa era la única política posible que sintetizaba la cultura de gobierno y la cultura

de movilización. Por otra parte también era la respuesta a un PSOE gobernante que ya comenzaba a derechizarse. Convocatoria se basaba en la realización de una alianza social que pudiera convertirse, mediante las urnas, en un Gobierno capaz de desarrollar una política alternativa. Esa idea de «construir la alternativa» fue el eje central de una posición política que planteaba realizar, en nombre de la alianza social, una alternativa de Gobierno, Estado y modelo de sociedad. Diseñada la línea política quedaba por poner en marcha los mecanismos capaces de ejercer esa doble función: la movilización y, a la vez, la cultura de gobierno y los contenidos programáticos inherentes a ella. Para mí y para el proyecto el elemento central de Convocatoria se fundamentaba en dos ejes de funcionamiento simultáneo: Uno, el programa y, dos, el método, la forma de elaborarlo: la elaboración colectiva. Ahí se efectuaba el compromiso, la alianza social.

Partíamos de una pregunta que hacíamos a los demás y a nosotros mismos: «¿Qué haríamos si gobernásemos?» Había que asumir el rol de un Gobierno del cambio social y político. Era también la respuesta a otra pregunta «¿cómo administraríamos una hipotética victoria?». Todo ello conllevaba un reto organizativo muy difícil.

Todas las semanas o cuando fuera preciso el candidato a la presidencia de la Junta de Andalucía presidía una instancia denominada Área de Presidencia, que, a modo de Consejo de Gobierno de la Junta, discutía, preparaba e impulsaba las propuestas programáticas que venían de las áreas de elaboración (tantas como Consejerías de la Junta). Así se iba plasmando el programa de gobierno que se llamaría programa electoral en la campaña. En resumen, el programa para un gobierno alternativo. En otras ocasiones se discutía en el Área de Presidencia las alternativas a las propuestas del Gobierno andaluz. De ahí surgían dos líneas de trabajo: el discurso a la calle y las tareas del grupo parlamentario. Un gobierno en la sombra, en suma.

Cuando, hoy en día, se habla de las alianzas políticas y sociales se debería tener en cuenta que no hay mayor ni mejor alianza que la del trabajo en común para recoger proyectos, deseos, aportaciones y trabajar colectivamente para ensamblarlos en una propuesta incardinada en la realidad legal y presupuestaria. Sin olvidar tampoco que la lucha, la tensión con otras administraciones o los poderes sociales y económicos, también forma parte de un programa de Gobierno.

Juan Andrade: *¿Quiénes contribuyeron al desarrollo de Convocatoria por Andalucía?*

Julio Anguita: El PCA, con Felipe Alcaraz al frente, se volcó en el proyecto. Tanto las infraestructuras organizativas como el apoyo político mostraron la apuesta del partido. No obstante, hubo que volcarse en una campaña interna porque para algunas organizaciones del PCA aquello era nuevo y solo reparaban en los aspectos electorales del proyecto. Al final se consiguió la comprensión generalizada, si bien con algunas excepciones.

Fue bastante arduo hacer comprender el trabajo de las áreas de elaboración, pero tuvimos la suerte de contar con excelentes coordinadores de áreas, que entendieron, desde el principio, la nueva dimensión del trabajo político. Tanto Luis Carlos Rejón, que logró los resultados electorales más altos (20 diputados), como Juan Pérez Ríos o Sebastián Martín Recio, estuvieron a la altura de aquella nueva forma de entender la acción política ligada estrechamente a la sociedad y sus problemas.

Cuando en abril de 1986 se creó Izquierda Unida a nivel nacional Convocatoria pasó a denominarse Izquierda Unida-Convocatoria por Andalucía. Así, de esta manera, a las miles de personas que trabajaban en el proyecto y que no tenían afiliación partidaria, se le unieron los militantes de otras tres formaciones políticas firmantes del pacto en Madrid: PCPE, PASOC y Federación Progresista. Entonces entraron a formar parte de la dirección máxima del proyecto Manolo Monereo (PCPA), Andrés Cuevas (PASOC) y Juan Ramón Medina (Federación Progresista). Con posterioridad se incorporaría al proyecto la Candidatura Unitaria de Trabajadores (CUT) que dirigían Diego Cañamero y Sánchez Gordillo.

Juan Andrade: *A finales de 1989 fuiste elegido coordinador general de Izquierda Unida. ¿De quién surge esa idea, qué resistencias hubo entonces y por qué Gerardo Iglesias dio un paso atrás en ese momento?*

Julio Anguita: Primeramente la idea era aceptada. Nadie se podía oponer a ella porque era natural que el partido mayoritario, inmensamente mayoritario, donde se hacían las reuniones, el que ponía todo, pusiera también al coordinador, independientemente de que yo cayese bien o mal. Gerardo había sido presidente de IU. Fue en el marco de la I Asamblea Estatal de IU donde fui elegido candidato a la Presidencia del Gobierno,

siendo todavía Gerardo el máximo dirigente de IU. Tras la renuncia de Gerardo a esa responsabilidad fui elegido como coordinador general de IU.

La marcha de Gerardo obedeció –a mi juicio– a varias circunstancias. La primera era el cansancio acumulado producido por tantas dificultades, zancadillas y obstáculos. La segunda estribaba en que, según él me dijo, en Asturias tuvieron la idea de hacer lo mismo que en Andalucía, es decir, lanzar un candidato para las siguientes elecciones autonómicas y poner en marcha un proceso similar al de Convocatoria por Andalucía. Y la tercera por una cuestión que venía latiendo desde hacía tiempo. En las elecciones de 1986 Gerardo fue el número uno por Madrid frente a la opinión de una parte de la organización madrileña, que quería que fuese Nicolás Sartorius. Al final, y debido a que Gerardo era el secretario general del PCE, se optó por esta decisión y Sartorius fue cabeza por Sevilla. En aparente contradicción con lo que me había dicho, Gerardo me preguntó ante las elecciones de 1989 en qué puesto iba a ir él por la lista de Madrid. Viendo venir el conflicto propuse ir yo por Córdoba, Sartorius por Madrid como número uno y Gerardo como número dos. A la primera propuesta la dirección se opuso, por entender que yo debía ir por Madrid. En cuanto a la segunda Gerardo se negó alegando que él «no iba detrás del golfo de Nico». Las necesidades de incluir en la lista de Madrid a las primeras figuras de las fuerzas aliadas en IU, hizo que el número dos fuese Pablo Castellano por el PASOC. Nicolás Sartorius continuó siendo cabeza por Sevilla.

En la elaboración de esa lista al Congreso por Madrid en las elecciones de 1989 hubo también otros problemas de diversa índole. Izquierda Republicana, integrada y fundadora de IU, pidió un puesto de relevancia en la lista. Le ofrecí a Isabelo Herreros, Secratario Político de dicha formación, mis oficios para intentar que tuviesen el número cinco. Lo rechazó, indignado, porque alegó que otros menos importantes (se refería al PASOC) tenían puestos más importantes. El número cinco lo ocupó Nines Maestro y salió diputada. Mayor enjundia y gravedad tuvo el problema con CCOO. Me invitaron a comer Agustín Moreno y el secretario general Antonio Gutiérrez y me pidieron que en el puesto quinto fuera Adolfo Piñedo, del partido de Santiago Carrillo. «¿Y por qué?», dije. «Porque es que tenemos en la Ejecutiva de CCOO un problema…» «Ah, y lo trasladáis a IU», dije. Antonio montó en cólera y ante ello decidí dar por finalizada la reunión porque momentos después tenía lugar la sesión del Comité Central del PCE

en el que se verían las listas. En el citado Comité (Antonio pertenecía a él) se votó la propuesta de CCOO frente a la mía y se ganó por un apretado margen de votos. Un hombre de Carrillo en el Grupo Parlamentario hubiese sido letal.

Juan Andrade: *Los problemas en la elaboración de las candidaturas han sido una constante en IU, que muchas veces han ido marcando el ritmo de sus crisis y dando forma a los bandos enfrentados.*

Julio Anguita: Sí, también se dieron problemas en la preparación de las listas del año 1993. La incipiente Nueva Izquierda, temiendo que sus permanentes incumplimientos con lo aprobado en el Consejo Político Federal les pasara factura, pidieron unas primarias en Madrid. Les aconsejé que no lo hicieran porque podíamos negociar. Insistieron. El resultado no pudo ser peor para ellos, ni Cristina Almeida ni Pablo Castellano salieron. Se equivocaron.

Juan Andrade: *¿Cómo vive una persona que viene de un ambiente de camaradería y trabajo colectivo al frente de la Alcaldía de Córdoba verse metido, y no solo metido sino participando activamente, en esa lucha de aparatos, de fontanería y miserias?*

Julio Anguita: Sí, de fontanería. Pues se asume, uno dice: «Pero hay que hacerlo». Se asume desde el distanciamiento y, eso sí, ganando la autoridad de no participar en comidas, conciliábulos o fiestas en las que se va creando una atmósfera de camarilla. Estuve solo desde marzo de 1989 a octubre de 1989. Mi compañera estaba en Córdoba y yo sé por experiencia lo que quiere decir la letra de la canción de Sabina: «cuando tantas noches el alma necesita un cuerpo que acariciar». Estuve solo. Me ayudaba a mantener esa soledad el recuerdo de los llamados amigos de Gerardo, que aireaban sin recato alguno la vida personal de este.

Juan Andrade: *Cuando llegas a la Coordinación General en el año 1989 Izquierda Unida no es más que una coalición, donde está, como partido más importante, el PCE, donde está también el PASOC, Izquierda Republicana, Federación Progresista y otros grupos. ¿Cómo fue la relación con estas organizaciones y qué actitud mantuviste tú, como secretario general del Partido Comunista de España, hacia los dirigentes de estas*

organizaciones que no se sabía qué grado de respaldo social podrían tener por sí mismas?

Julio Anguita: Nosotros hemos tenido siempre que llevar una maldición en lo alto: hacernos perdonar nuestra existencia. Te voy a explicar por qué. Cuando creamos Izquierda Unida nosotros estábamos aquí con Convocatoria por Andalucía y nos vimos obligados a crear Izquierda Unida-Convocatoria por Andalucía. Todo muy bonito, hasta que surgió el asunto de la elaboración de las listas, en donde gente que eran tres y que cabían en un taxi te exigían estar. Y había que tenerlos en cuenta porque la pluralidad debía visualizarse, porque si no corríamos el riesgo de que se pensara que Izquierda Unida era solo el Partido Comunista. Es decir, había que pagar, había que estar perpetuamente redimiéndonos de ese pecado original que no reconozco. Pero estábamos así. Nuestra obsesión siempre ha sido –como en la Junta Democrática, donde tuvimos que organizar a la derecha– la de pagar, la de expiar ese pecado. No entiendo por qué, pero lo hacíamos y era sobre todo en la cuestión de las listas donde se sufría esa presión, donde los medios de comunicación acusaban al aparato del partido, al partido, de imponer sus candidatos, cuando realmente los primeros que hicimos unas primarias fuimos nosotros, y fue como he contado anteriormente.

Cuando llegué a Madrid, en el 88, me encontré con la siguiente realidad. El Partido Comunista era inmensamente mayoritario, con muchos problemas, pero tenía muchos y buenos cuadros y una estructura organizativa y económica detrás. Y el PASOC quería estar en las listas, y la Federación Progresista también y los otros, los de Izquierda Republicana, igual. Ya habían desaparecido de IU tanto el Partido Carlista como el Partido Humanista. Cuando yo fui a Madrid me encontré con que las reuniones de la dirección de IU se hacían en la sede del PCE y las presidía Gerardo.

Juan Andrade: *Con tu llegada a la Coordinación de Izquierda Unida se intenta reconvertir lo que inicialmente es una coalición de partidos en lo que más tarde llamasteis un movimiento político y social. ¿Qué grado de desarrollo consideras que alcanza este intento de reconversión? ¿Con qué límites te encuentras?*

Julio Anguita: Aquella IU era simplemente una coalición electoral con deseos de ser otra cosa, pero no se habían dado todavía los pasos hacia ello. En junio de 1988 se aprobó un documento en que se comenzaron a desarrollar las ideas de IU como movimiento político y social, la elaboración colectiva, la construcción de la triple alternativa, otras formas de hacer política, la federalidad del proyecto, etcétera.

En cuanto a la elaboración colectiva me remito a lo que sobre la misma he dicho cuando hablábamos de Convocatoria por Andalucía. Sin embargo, debo hacer una reflexión sobre este tema. Sin elaboración colectiva el proyecto de IU muere, se transforma en una fuerza política tradicional que termina por hacer de lo electoral la única actividad. Sin elaboración colectiva PCE e IU acaban por reduplicar sus organizaciones y hacen caer sobre la militancia una doble tarea orgánica.

La elaboración colectiva no fue bien vista por federaciones como la de Madrid. El problema era el siguiente: las personas que dedicaban su tiempo, trabajo y energías a las tareas de adquirir información sobre diversos temas, debatirla, fundamentar en ella las propuestas programáticas y a continuación exponerla en la asamblea para su aprobación querían (y tenían derecho) a opinar sobre la política que con el programa se hacía en las instituciones. No querían ser simples asesores, sino participantes activos en el proyecto. No entendían que hubiese unos especialistas, «los políticos», que tomaran decisiones sin la participación de los que habían hecho el programa, porque al fin y a la postre eso era hacer política de viejo cuño. Por ahí empezaron los problemas y las áreas han ido languideciendo hasta su práctica desaparición.

Juan Andrade: *Llegas a la coordinación de IU con la idea de desarrollar a nivel federal la experiencia de Convocatoria por Andalucía que encabezaste y tan buenos resultados dio. ¿No te planteaste las dificultades que encerraba esa traslación y no pensaste que esa buena experiencia de Convocatoria por Andalucía te llevó a sobrevalorar las posibilidades de la iniciativa una vez trasplantada al conjunto del Estado?*

Julio Anguita: Es la primera vez que me preguntan eso, pero creo que has dado en la clave. Cuando me llevan a Madrid yo no tengo otro proyecto que el de Convocatoria ni otra concepción de la política que no sea la de las alianzas sociales para cambiar el sentido de las cosas. No podía actuar de

otra manera. La política entendida como una profesionalización en lo electoral y en lo institucional exclusivamente ni me gusta ni la entiendo a la luz de mi militancia comunista y sus concepciones y valores inherentes a la misma. Siempre he defendido que la izquierda, en esta sociedad capitalista, debe usar las instituciones como altavoz y además luchar en las movilizaciones inteligentes y con método que hagan posible la incorporación activa de la mayoría social.

¿Qué es lo que yo no valoré consecuentemente entonces? No valoré lo siguiente, porque si lo llego a valorar no voy ni a rastras. Me encontré con que en la dirección del PCE, tal y como anteriormente he relatado, había por parte de dirigentes un estado de opinión que relativizaba bastante la intervención de los poderes públicos en la economía. Cuando redacté el borrador del primer informe para la X Asamblea Federal de IU (1990), afirmé en un párrafo que desde la izquierda no se podían asumir los conceptos y las formas de expresarlos que el estatus defendía, a saber: mercado, competitividad y crecimiento sostenido. Tuvimos dificultades con el sector del Secretariado al que antes me he referido. Finalmente el documento se aprobó. Reflexionemos sobre este hecho a la luz de los acontecimientos de esta época.

La tensión y las dificultades a la hora de redactar informes o de lanzar mensajes eran bastante notables. Desde los otros componentes de IU, especialmente el PASOC, Partido de Acción Socialista, había un interés reiterado en que IU se definiese como socialdemócrata. Esta cuestión nos llevaba a interminables debates que aparentemente eran nominalistas. Nada de eso, detrás de ellos estaba el proyecto auspiciado por el PSOE y dirigentes de CCOO de convertir a IU en la sucursal del partido entonces gobernante. Su caja B de votos.

En consecuencia, los que nos considerábamos portadores de un proyecto nuevo (la mayoría del PCE, otros socios y una ingente cantidad de colectivos y personas no afiliadas a partido alguno) queríamos ser consecuentes con el documento fundacional de IU, firmado el 27 de abril de 1986, y no los de un pequeño partido gregario. Además, en mi caso, yo no había ocultado la necesidad de desarrollar IU desde la política de convergencia y también desde la exitosa experiencia de Convocatoria.

¿Qué hacer entonces? Estaba claro que mi enclaustramiento en Madrid me aherrojaba y me hacía perder el tiempo en naderías que no servían para

el proyecto. Tomamos la decisión de que yo saliera por toda la geografía española, a los medios de comunicación y a todas aquellas instituciones que estuvieran dispuestas a oír el nuevo mensaje: ateneos, colectivos, colegios mayores, universidades, etc. Mis agendas de entonces lo demuestran con creces y en concreto con dos datos más que significativos. Un día el compañero conductor del vehículo que utilizaba me dijo: «Julio, en estos años hemos dado dos vueltas al planeta Tierra». Y el otro dato que también se constata en las agendas es que he sido el político que más veces ha hablado en la universidad. Esta permanente actividad de salir a la calle a explicar, oír y elaborar también fue hecha por algunos compañeros, Jové, Monereo, Frutos, etcétera.

El adversario, tanto interno como externo, tenía a su disposición determinados medios de comunicación afines, tal es el caso del Grupo Prisa con el diario *El País*. Las informaciones eran sesgadas y elaboradas con medias verdades. Hay un hecho bastante generalizado con respecto a los medios de comunicación. IU ha sido la única fuerza política que ha abierto sus debates a los medios de comunicación. Podían oír nuestras palabras, debates y propuestas en directo. A pesar de ello iban a los pasillos para demandar opiniones sobre lo oído y darlas como las que se habían planteado por parte de la mayoría.

Juan Andrade: *Izquierda Unida en tu época decía apostar en sus documentos por la transformación profunda de la sociedad en una perspectiva socialista. ¿Qué significaba eso? Y, lo que es más importante –porque eso sobre el papel puede significar mil cosas–, ¿cómo se conectaba esa aspiración máxima con la definición cotidiana de las líneas programáticas de Izquierda Unida? ¿Cómo se construye ese nexo entre la práctica cotidiana y la aspiración a transformar la sociedad cuando ni la coyuntura inmediata ni las circunstancias históricas dan objetivamente tanto de sí? En este sentido parece que, si bien esa aspiración ha desaparecido incluso de los documentos de los partidos socialdemócratas, en el caso de los partidos de la izquierda alternativa esas aspiraciones máximas parecen muchas veces simples declaraciones retóricas que se esgrimen en los rituales internos, mientras que lo que al final prevalece, sin pretensiones de engarce con objetivos mayores, son las políticas inmediatas, cuando no el puro electoralismo.*

Julio Anguita: Sobre lo que dices hay que recordar *La ideología alemana:* «Los comunistas no somos seres especiales sino que definimos el comunismo como un movimiento real que constantemente va superando contradicciones». Y el *Manifiesto comunista:* «Los comunistas no tenemos ideales ni objetivos distintos que la clase obrera. Pero en cada acción el objetivo final está presente». Para mí esas han sido las máximas que me hacen sentir comunista. Yo creo en el objetivo final de una sociedad sin clases, que tampoco me gusta definir. Pero el objetivo final se consigue trayendo lo más cercano: que se consigan los Derechos Humanos, que se cumpla la Solemne Declaración. Es un objetivo que tiene que conseguirse desde mil millones de acciones diarias en lo concreto que están muy distantes de ese objetivo. Es decir, trabajando por el salario mínimo, la pensión mínima, trabajando por la renta básica, te estás situando en ese gran discurso, aparentemente tan sencillo y fácil que lleva al objetivo. Tú no debes hacer nada en lo inmediato que contradiga el principio general, sino que lo ordena. Yo no lo entiendo de otra manera. Trabajar por otra sociedad es trabajar en lo inmediato, en las necesidades perentorias y siempre con los que las padecen. Al ir resolviendo situaciones aparece siempre un obstáculo nuevo que exige mayor concienciación, mayor dedicación, mayores alianzas y el ejercicio de nuevos valores. Así se va construyendo la Alternativa. Yo lo llamo «La revolución en la cotidianeidad».

Juan Andrade: *Sí, estoy de acuerdo en que las aspiraciones máximas más que destinos predefinidos son principios regulativos de la práctica cotidiana. Ahora, mi pregunta es ¿se atuvo a eso Izquierda Unida?*

Julio Anguita: Sí, se atuvo totalmente. La persistente insistencia en el Programa, la manera de hacerlo, la búsqueda de alianzas en torno a lo concreto no es sino la plasmación de aquella línea de actuación. Movilizamos y apoyamos movilizaciones, presentamos alternativas, tanto en la calle como en las instituciones, y, en otros casos apoyamos las de otros. En este caso último, recordemos nuestra defensa en el Congreso de los Diputados de la Propuesta Sindical Prioritaria (PSP) y la Iniciativa Sindical de Progreso de CCOO y UGT.

Nuestra hoja de servicios e iniciativas fue impecable. Propusimos cosas que ahora parecen novedosas, el reparto del trabajo, la banca pública, la reforma de la ley electoral, la elección del fiscal general del Estado, un

nuevo salario mínimo, etc., etc., etc., y así hasta 113 propuestas que conservo en mis archivos. Y éramos la tercera fuerza política a distancia abisal de las del bipartito.

En esa concepción originaria de Izquierda Unida estaba la elaboración colectiva y la construcción de una estructura de áreas con capacidad decisoria. Y en esa concepción hay otro elemento al que todo el mundo dice inicialmente sí, aunque luego muchos se desdijeran. Me refiero a cuando se planteó la triple alternativa, cuando decíamos: nosotros somos muy poquita cosa, pero surgimos con voluntad de ser alternativa de gobierno, alternativa de Estado y alternativa de sociedad. ¿Por qué esa grandilocuencia? Porque yo creo que toda fuerza política tiene que tener claro a dónde quiere ir, un referente. Es decir, si yo soy comunista no puedo encerrarme ahora a soñar con una sociedad sin clases ideal y no hacer nada que conduzca a eso. Eso es ser un imbécil. Frente a eso es necesario, como dice el propio *Manifiesto comunista* de Marx y Engels, que los comunistas en cada momento, en cada lucha específica, por pequeña que sea, tengan en mente el objetivo final, el punto de referencia. Lo traduzco a la cultura agraria de mi tierra: el labrador que está haciendo los surcos tiene que mirar a dónde va con el arado porque si no el surco se le va. Tiene que trazar con cuidado la besana, es decir la línea matriz de la cual surgen las otras. Cuando nosotros estábamos diseñando la triple alternativa lo hacíamos pensando en un horizonte que nos sirviera de referente para empezar a construir. Los demás compañeros y yo nos hemos desgañitado en hablar de construir, porque construir implica no proclamar lo que uno es, sino juntarse con otros que son distintos para ponerse a ello. Ese debía ser el horizonte de Izquierda Unida a construir: la alternativa de gobierno, de Estado –ya aparece por ahí el tema de la República– y de modelo de sociedad. Pero el destino de esa formulación sintetiza en buena medida la trayectoria de Izquierda Unida: aprobar cosas y después meterlas en un cajón. Y eso me ha desesperado siempre.

Juan Andrade: *¿Qué significaba aquello de «programa, programa, programa»?*

Julio Anguita: Bueno «el programa, programa» era –igual que cuando lo planteo ahora en el Frente Cívico– la objetivación de los problemas y sus soluciones, porque eso –desde mi ignorancia tal vez– era lo que debía y podía procurar un acercamiento a la gente. Seguía la máxima leninista de

que la verdad es concreta. Y en lo concreto, en lo real-concreto, en la forma de abordarlo, de analizarlo y de proponer una solución está la ideología. La ideología no es lo ideologizado, son dos cosas distintas. La ideología es el conjunto de valores, actitudes y comportamientos con los cuales tú te enfrentas a un problema. Lo ideologizado suele ser el carnet, el qué dirán y la pose electoral. Entonces lo ideologizado yo quería apartarlo, quería hablar de ideología a la hora de resolver el paro, porque la ideología te da un campo de entendimiento más amplio que lo ideologizado. En ese sentido hablaba de programa. Se trataba de discutir cómo se resolvía el problema del paro y que para resolverlo era posible el debate y el entendimiento en una zona más amplia que la que delimitaba el carnet. Esto lo aprendí siendo alcalde y lo sigo repitiendo: yo quiero hablar de programa y cuando hablo de alianzas quiero hablar de programa. Cuando hablan de que lo importante y válido es la gestión y no los valores o la ideología, siempre digo que la gestión neutra no existe. Siempre se gestiona desde una visión del mundo y de las cosas. Lo que ocurre es que muchas veces nosotros vamos con la ideología por delante o con el carnet o con ideal revolucionario. Error tremendo. Nosotros debemos practicar la mayéutica socrática, partir de lo real-concreto y avanzar en la concienciación. Es más lento pero mucho más eficaz.

¿Cuáles fueron las líneas programáticas? Afortunadamente tuvimos en el Área de Política Económica a una persona que hizo un trabajo infatigable, Salvador Jové, y con él tuvimos a cerca de setenta economistas y ecologistas de primera línea. Aquí quiero lanzar un recuerdo al malogrado Ladislao Martínez, que fue una persona clave para la elaboración de nuestro Plan Energético Alternativo. En cuanto a los economistas, solamente haré referencia a Juan Francisco Martín Seco, Pedro Montes, Jesús Albarracín, Ramón Franquesa, Joaquín Rodríguez, José Manuel Agüera, Luis Miguel Seseña, etc. Y en bastantes ocasiones colaboró con nosotros Juan Torres. Y Salvador los supo coordinar a todos, con algunas tensiones, pero los supo llevar. Entonces la línea de política económica de Izquierda Unida era de un sentido común tremendo. Tenía un objetivo, el cumplimiento de los Derechos Humanos, el derecho de todos al trabajo; contemplaba la planificación como principio rector; la nacionalización o la existencia de una banca pública para financiar líneas estratégicas; la democratización

también de las relaciones de producción… Pero este lenguaje tan sencillo hacía que el adversario te viera peligroso.

Hay una anécdota que refuerza lo que estoy diciendo. Yo fui a dar una conferencia a la Universidad de Deusto hace muchos años, en 1991. Ya en la cena con los profesores de la universidad, uno de ellos me empezó a cuestionar el comunismo como modelo económico y político. Entonces yo en un gesto de gran teatralidad saqué el carnet del partido, lo puse a un lado y le dije que no habláramos de comunismo sino de Derechos Humanos y que hablásemos sobre todo de cómo se podían desarrollar los 30 artículos. Estuvimos hablando hasta que en un momento me dijo que había cosas que no se podían garantizar porque el mercado, tan necesario, no lo permitiría. En ese momento le dije: «ah, ¿primero el mercado? Pues venga, entonces cojo mi carnet, pero usted no ha aguantado la prueba de los derechos humanos y yo sí». Eso es lo que tiene que hacer un comunista, sobre lo real-concreto es cuando desenmascara a los demás. Por eso el programa para mí es tan importante y por eso el programa económico que tantas veces se le ha ofertado a González estaba lleno de planteamientos tan sencillos que han aguantado el paso del tiempo. Es más, me recordaba el otro día Agustina, mi mujer, que había estado viendo unos papeles míos, que en el año 91 yo ya hablaba de la obsolescencia programada. Y es verdad, porque lo habíamos discutido en el área. Yo eso lo aprendí de los economistas y de los ecologistas que estaban allí, porque yo me sentaba con ellos a trabajar, a aprender. Pues fíjate en el 91, hace veintitantos años que critiqué la obsolescencia programada. Pues eso es el sentido común. Pero en la política económica ahora no hay sentido común. La política económica que hoy definen como racional, de racional no tiene nada. Pues esa sensatez, esa aparente sencillez, es la política revolucionaria. Lo que pasa es que muchas veces nos montamos auténticas paridas teóricas, cuando resulta que la realidad te está diciendo por dónde tienes que ir. Y cuando hemos elaborado ese lenguaje sencillo con propuestas totalmente llenas de sentido común, a la luz de la justicia, hemos sido revolucionarios, sin tener que cargarte de grandes palabras. Por eso no han querido cuentas con nosotros, nunca, nunca, cuando les hemos hecho propuestas. No querían debatirlas.

Juan Andrade: *¿Cómo fueron durante tu época al frente de IU las relaciones con los llamados nuevos movimientos sociales: ecologista,*

feminista y pacifista o antimilitarista?

Julio Anguita: El intento de acercamiento a estos nuevos proyectos de liberación había comenzado con Gerardo, tanto como secretario general del PCE como por su condición de presidente de IU desde abril de 1986.

En IU se crearon esas áreas específicas de elaboración en torno a estas variantes de política alternativa. Pero más allá de la intensa actividad del funcionamiento organizado de la nueva política quedan hechos que explicitan nuestras preferencias, sin dejar, en absoluto, el ejercicio del PCE como parte esencial del movimiento obrero. Así propusimos en sede parlamentaria la supresión del servicio militar obligatorio. Por otra parte, y en colaboración con AEDENAT elaboramos las líneas maestras de un Plan Energético Alternativo, que no solo ha aguantado el tiempo pasado sino que está de plena actualidad. Recuerdo que éramos criticados (y en particular yo) por plantear, en aquellas fechas, el problema de la obsolescencia programada.

Tampoco se puede olvidar nuestro apoyo a la objeción de conciencia y la oposición frontal a las aventuras bélicas de EEUU, la OTAN y los gobiernos de España.

Juan Andrade: *¿Qué relaciones mantuvo IU con la Iglesia Católica y qué presencia seguía habiendo en Izquierda Unidad de cristianos?*

Julio Anguita: Primero hay que hacer una distinción –por si esto cae en manos de personas legas– entre el Vaticano y los cristianos. Y dentro de los cristianos hay que distinguir el movimiento cristiano de base que responde a una idea evangélica basada en el personaje de Cristo, o de Jesús, porque Cristo ya es una elaboración posterior. Si miramos el Vaticano vemos que es un Estado con todos sus intereses y su historia no siempre edificante. Izquierda Unida en eso sí lo ha tenido claro. Ha sido laica, en sus documentos, en sus manifestaciones en el parlamento, aunque no tanto en sus manifestaciones en las administraciones locales. Ahí ha sido confusa, difusa, profusa y esquizoide: desde procesiones a coronaciones de vírgenes a participación de nuestros cargos públicos en ceremonias religiosas. Mantenemos y parece ser que se mantiene, por lo menos yo lo sigo manteniendo, que se denuncien los acuerdos del año 79, que se cumpla la cláusula por la que la Iglesia se iba a financiar a partir de aquel año, que se

deroguen leyes como la reforma de la ley que le da a los obispos la capacidad de inmatricular bienes. Esa práctica ha conducido a que, por ejemplo, el obispado ha comprado la Mezquita de Córdoba por 30 euros y además se ha apropiado de bienes del patrimonio municipal, como el Triunfo de San Rafael de Córdoba.

Juan Andrade: *Durante tus años de coordinador Izquierda Unida no solo no contó con el respaldo decidido ni la sintonía ideológica de ningún medio de comunicación importante, sino que además sufrió la hostilidad de buena parte de ellos ¿Cómo os planteasteis compensar ese vacío? Es decir, ¿cuáles eran las líneas básicas de la política de comunicación de IU en un contexto donde la relación entre partido y ciudadanía estaba cada vez más mediada por la televisión, la radio y la prensa?*

Julio Anguita: Lo intentamos y salió así porque desarrollar una buena política de comunicación exigía una organización que ya no estaba dispuesta a ejercer de organización de masas, la verdad sea dicha. Solamente hubo un atisbo. En plena campaña de la pinza, nosotros en Madrid lanzamos unos folletos donde desmentíamos con datos la teoría de la pinza. Se llamaba «Propaganda y Hechos»[16] y en él se computaban las votaciones en las que IU había coincidido con el PP y aquellas en las que el PP y el PSOE habían coincidido. Las segundas eran abrumadoras. Se repartieron trescientos mil folletos en el metro de Madrid, en las calles y demás lugares públicos. Allí sacamos un diputado más. De cinco pasamos a seis diputados por Madrid. Si nos hubiésemos dedicado en los demás sitios a hacer lo mismo hubiésemos contrarrestado a la prensa. Yo eso lo pude ver en Córdoba cuando la pelea con el obispo. Entonces lanzamos a la calle al partido repartiendo folletos muy bien hechos y demás. Entonces se acojonaron porque eso estaba muy bien organizado. Pero, claro, eso apenas se hizo, se siguió pensando en los medios de comunicación tradicionales.

Y en los medios tradicionales, ¿qué hicimos? Pues aprovechamos los que podíamos. A mí durante un tiempo *El Mundo* me dio calor y ahí hablaba yo. Igual que Marcelino publicaba en el *ABC,* porque respetaban lo que escribía. Es decir, a nosotros no nos dieron a escoger entre los medios. Aprovechamos lo que pudimos. Pero si hubiésemos estado en la época de la red… ay, pero no. Entonces no estábamos en la época de la red, pero era mi idea, ir tejiendo una red de información alternativa, lo que entonces

consistía en generarla a través de escritos que circularan por abajo. Así se le podía ganar a los medios. Lo que pasa es que eso significaba un partido desplegado, organizado y no solamente ligado puramente a lo institucional. Ese fue parte del fracaso.

Juan Andrade: *Pero, más allá de la difusión de información por abajo con el reparto de panfletos a cargo de las organizaciones de base del partido y más allá por supuesto de la decrépita prensa de partido, ¿no os planteasteis la promoción de alguna plataforma comunicativa, prensa alternativa, radio, etc.? Es cierto que para eso se necesita un capital de partida nada fácil de conseguir y con el que los partidos no cuentan, pero el proyecto quizá podía haberse planteado en otros espacios sociales, cooperativos o incluso empresariales afines a la izquierda.*

Julio Anguita: No lo vimos. Es decir, yo lo que veía era lo que conocía y si hubiese estado entonces la red, sí. Pero no estaba, entonces eran escritos, entregas, utilizar las instituciones como portavoz, como cámara de resonancia. Pero ya está, no es como hoy, hoy la red tiene un papel muy importante. Pero repito, esa fue la única manera que encontramos entonces de contrarrestar aquello de la pinza, que fue muy duro. Mira a mí me llamaba la atención un programa, creo que era en Antena 3 Televisión, donde salía gente cantando copla española o andaluza con letras distintas sobre los políticos. Yo no he visto que le hayan dedicado a cualquier otro político más letras que a mí, 15 o 20 y además poniéndome verde. Eso estaba organizado por alguien, poniéndome verde y ridiculizándome, como en los teleñecos de Canal Plus y demás. ¿Hubo desánimo? Hubo contrariedad porque eso se hubiese podido contrarrestar si Izquierda Unida hubiese estado unida.

Juan Andrade: *La dinámica cotidiana de Izquierda Unida durante aquellos años dio lugar también a la formación de auténticas banderías que muchas veces no estaban basadas en discrepancias políticas de fondo, sino en acuerdos y desacuerdos en torno a la elaboración de listas electorales y el reparto de cargos. ¿A qué se debió aquello?*

Julio Anguita: El primer síntoma de que la cosa se va a degradar es cuando la organización de Madrid en concreto al hablar de las áreas de elaboración las circunscribe a un papel exclusivo de gabinetes de asesores. Que no es

eso, les decíamos, pero no hubo manera. Pero Madrid es mucho Madrid. En Madrid se ha formado, ay, una política de costra y de defensa de alianza con el PSOE. Pero no como fruto de un proceso estratégico en la perspectiva de un hipotético avance de la izquierda, sino como un reparto de los cargos públicos. Y después eso se ha trasladado a otro sitio. Es decir, la alianza con el partido socialista se puede ver desde dos enfoques. Uno consiste en pensar, creo que equivocadamente, que podemos llegar en un momento a obligarle al PSOE a que gire a la izquierda. Y esa cantinela, aunque yo no me la creo, tiene en el papel y en la pizarra una lógica. Pero en la realidad la apuesta a pactar con el PSOE ha tenido como principal motivación el reparto de cargos públicos. En Madrid primero y recientemente en Andalucía. Y esa lógica ha conducido al capillismo y a la toma de decisiones por intereses puramente personales y por grupos de presión. El problema es que en Izquierda Unida hemos destinado más de la mitad de los esfuerzos a repetir todos los días el mismo discurso, a debatirlo y a tener que aprobarlo de nuevo porque no se cumplía y se cuestionaba una y otra vez. Eso es un trabajo como el de Sísifo. Y eso condujo a lo que después ya se ha visto. ¿Por qué fue así? Porque en el fondo el discurso no se aceptaba y porque por otra parte estaba el PSOE ahí permanentemente apelando a la casa común. Lo mismo ocurrió con el discurso «europeísta».

[1] Véanse al respecto Javier Navascués, «Dos proyectos en IU. Política de Alianzas o reconversión postcomunista» y Luis Ramiro, «Crisis y adaptación organizativa del Partido Comunista de España y creación y evolución de Izquierda Unida», ambos en *Papeles de la FIM* (Madrid), n.º 24, 2006.

[2] Una visión del encaje de IU en el movimiento anti OTAN en Luis E. Otero, «Izquierda Unida, un dilema imposible», *Papeles de la FIM* 24 (2006), pp. 275-278.

[3] Los documentos fundacionales de IU, «Constitución de Izquierda Unida como fuerza política alternativa», «Declaración política de la Plataforma Cívica» y «Documento del Acuerdo Político que fundó Izquierda Unida» pueden consultarse en http://www.izquierda-unida.es/documentos?page=96

[4] Los documentos de la I Asamblea en http://www.izquierda-unida.es/sites/default/files/doc/I_%20Asamblea_Federal_IU_DocumentosAprobados_11-12_02_2013.PDF

[5] Los documentos de la II Asamblea en http://www.izquierda-unida.es/sites/default/files/doc/II_Asamblea_Federal_IU_AcuerdosPol%C3%ADticos_24-25_Nov_1990.PDF

[6] Los documentos de la III Asamblea en http://www.izquierda-unida.es/sites/default/files/doc/III_Asamblea_Federal_IU_DocumentosPol%C3%ADticos_22-23-24_Mayo_1992.PDF

[7] Además de quedar fijado en los documentos señalados sacamos a colación esta declaración de Julio Anguita durante su intervención en la I Asamblea Federal de IU de 12 de febrero de 1989: «Somos un instrumento, una herramienta para conseguir no solo una nueva situación política, sino otro orden de cosas. Sin tener claro lo anterior, no puede tenerse claro el concepto de Izquierda Unida. Lo nuestro es una apuesta total por la transformación», intervención recopilada en PCE, *El socialismo, una búsqueda permanente* (*Materiales del Partido Comunista de España entre el XII y el XIII Congreso*), PCE, sin fecha, p. 366.

[8] Dos visiones sintéticas de este proceso en Enrique Navascués, *op. cit.* y en Manuel Monereo, «¿Hemos aprendido la lección?», en http://www.rebelion.org

[9] III Federal de IU, 22-24 de mayo de 1992, http://www.izquierda-unida.es/sites/default/files/doc/III_Asamblea_Federal_IU_DocumentosPol%C3%ADticos_22-23-24_Mayo_1992.PDF

[10] Luis Ramiro Fernández, *Cambio y adaptación en la izquierda. La evolución del Partido Comunista de España y de Izquierda Unida (1986-2000),* Madrid, CIS-Siglo XXI de España, 2004, pp. 76 y 77.

[11] Los documentos de las tres primeras asambleas a disposición en http://www.izquierda-unida.es/documentos?page=95

[12] Reflexiones críticas sobre el funcionamiento de IU en Carlos Taibo, *Hablando de Izquierda Unida,* Madrid, Fundamentos, 1997, pp- 27-31.

[13] Sobre la financiación de IU Luis Ramiro Fernández, *Cambio y adaptación en la izquierda,* cit., pp. 86-99.

[14] Luis Ramiro Fernández, *Cambio y adaptación en la izquierda,* cit., pp. 58-62.

[15] *Ibid.,* pp. 63-64.

[16] Junto con el folleto Julio Anguita escribió una carta abierta a Felipe González: Julio Anguita, «Propaganda y hechos», *El Mundo,* 22 de marzo de 1996, también publicada en Julio Anguita, *Combates de este tiempo,* Córdoba, El Páramo, 2011.

7. La caída de la URSS y el debate sobre la disolución del PCE

Entre 1989 y 1991 se produjo la desintegración del llamado «bloque del Este» y la descomposición de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Poco tiempo antes nadie aventuraba tal cataclismo. Con el desplome se produjo la desaparición del denominado socialismo real y la reconversión inmediata de todos aquellos países al capitalismo. No solo desapareció un bloque de poder internacional, sino que con él lo hizo todo un modelo económico, social y político.

Las razones de la desaparición de la URSS son difíciles de sintetizar. Sin duda hunden sus raíces en la hipertrofia que sufría la economía y en la burocratización del partido único y el Estado, controlados por una nomenclatura desideologizada tan incompetente como corrupta. Las razones también estaban en la desafección de buena parte de la población de los estados satélites hacia sus gobiernos respectivos y en la oposición más frontal hacia un modelo de relaciones asimétricas basado en la dependencia, o directamente en el sometimiento, con respecto a Moscú. También en el atractivo que para muchos tenían los modelos de vida occidentales. Las causas remiten igualmente al desgaste por la rivalidad internacional con el bloque liderado por Estados Unidos, que exigía el sostenimiento de un vasto y costoso complejo militar e intervenciones en el extranjero que, como en el caso de Afganistán, no siempre salieron bien[1].

En este contexto llegó a la Secretaría General del PCUS en 1985 el reformista Mijail Gorbachov. No parece que Gorbachov tuviera el deseo de acabar con el socialismo y mucho menos con la URSS, pero lo cierto es que los efectos derivados de sus medidas provocaron ambas cosas. Como nos dice Eric Hobsbawm, a diferencia de lo que sucedió en los países de la Europa del Este, en la URSS no había un sentimiento amplio de oposición al sistema, más bien existía un consenso pasivo asentado en unos niveles de vida austeros pero satisfactorios. La fuerza del cambio no vino de abajo[2]. *El proyecto de Gorbachov pretendía introducir algunas medidas liberalizadoras en la economía a fin de garantizar la viabilidad del socialismo (Perestroika) y algunas reformas políticas orientadas a promover la transparencia y el pluripartidismo (Glásnost). El problema es*

que con las reformas políticas se disolvió el sistema de mando que hacía funcionar la economía y lejos de su reforma lo que se produjo fue su colapso.

Los hechos se sucedieron de manera vertiginosa. Desasistidos por la Unión Soviética los dirigentes de la RDA decidieron abrir las fronteras ante la presión social, al ceder fueron desbordados y finalmente desplazados en convocatorias electorales improvisadas. Procesos parecidos, con Polonia a la cabeza, se produjeron en el resto de Europa del Este. Estimulados por ellos, cobraron fuerza los movimientos separatistas en las repúblicas periféricas de la URSS, que ante la descoordinación de las instituciones federales fueron proclamando por una vía de hechos consumados su independencia con respecto a Moscú. El fracaso del intento de golpe de Estado protagonizado por los sectores ortodoxos del PCUS en agosto de 1991 precipitó los acontecimientos. Gorbachov fue desplazado y nuevos dirigentes como Yeltsin disolvieron el 2 de septiembre el Congreso de los diputados populares, el Soviet Supremo y el gobierno de la Unión. El mundo salido de la revolución de 1917 había desaparecido en cuestión de meses[3].

Las consecuencias fueron inmediatas. Por lo pronto la reconversión acelerada y caótica al capitalismo, comandada en muchos casos por antiguos dirigentes del PCUS y el KGB, degradó en apenas unos años las condiciones de vida de la población rusa según todos los estándares de organismos nacionales e internacionales[4]. *Por otra parte, de un mundo bipolar se pasó a la hegemonía incuestionable de los Estados Unidos. Erraron quienes aventuraban que con el fin de la Guerra Fría se pacificaría la escena internacional y EEUU y la OTAN cederían en su intervencionismo. En paralelo a la descomposición de la URSS, el gobierno de George Bush padre lanzó la primera Guerra de Irak para garantizar los intereses petroleros del país y sus propios negocios; así como para hacer una demostración de fuerza al mundo de quién era ya su único amo y señor. De igual modo, la caída de la URSS reforzó la ofensiva contra las conquistas sociales en el mundo occidental a conciencia de la inseguridad que en muchos trabajadores vendría a provocar la ausencia en su imaginario de un modelo alternativo de reemplazo.*

La caída de la URSS desató una ofensiva ideológica de extraordinaria magnitud lanzada desde instancias académicas y otros espacios culturales

de poder. La ofensiva fue promovida por la derecha intelectual, con ideólogos como Francis Fukuyama y Samuel Huntington a la cabeza, pero también facilitada por amplios sectores de la izquierda. Para ambos la caída de la URSS ponía de manifiesto la superioridad incuestionable del capitalismo como forma de organización económica y situaba la democracia liberal como única forma posible de la democracia misma. La defunción del socialismo real fue aprovechada para proclamar la defunción, con anterioridad incluso a su nacimiento, de cualquier otro proyecto futuro de socialismo. El fracaso de la concreción histórica invalidaba el ideal que se supone la había inspirado. Se impuso entonces un pensamiento contrautópico en virtud del cual cualquier proyecto de transformación igualitaria de la sociedad solo podía conducir al totalitarismo y la escasez. La legitimación del nuevo orden internacional y del viejo sistema económico se asentó en la idea de que cualquier intento de reemplazarlos entrañaría una regresión y que solo la aquiescencia con el modelo vigente y la ausencia de alternativas obstaculizadoras garantizarían que pudiera desplegarse el proceso mecánico de automejora que el capitalismo llevaba en su seno.

En virtud de tal razonamiento las fuerzas políticas que propugnaban el cambio social fueron declaradas culpables de comprometer con sus propuestas esa senda que conducía al «fin de la Historia» y de aspirar a imponer un modelo análogo al de la URSS, con independencia de cuál hubiera sido su actitud previa a ese modelo. La denuncia se cebó especialmente con los partidos comunistas occidentales, incluso con aquellos que, como el PCE, venían propugnando desde hacía décadas un socialismo distinto e incluso opuesto al de la URSS y habían condenado públicamente episodios como la invasión de Checoslovaquia. El pecado era un pecado original y genético que solo podía purgarse con la disolución.

Derivadas de ese razonamiento general, o surgidas de su poder intimidatorio, se dieron otras razones para exigir la disolución de los partidos comunistas, generalmente esgrimidas desde la izquierda o desde el seno de los propios partidos comunistas. Para unos el ocaso de la URSS, y con él de todo un ciclo histórico vinculado a esta experiencia estatista, hacía de los partidos comunistas un anacronismo. Para otros las siglas y los símbolos del partido, inevitablemente asociados a la difunta URSS,

representaban, cuando menos, un lastre electoral del que había que desprenderse[5].

Los debates se dieron profusamente dentro del que fuera el partido comunista más numeroso e importante de Occidente, en el Partido Comunista Italiano, donde triunfaron las tesis favorables a la disolución defendidas en su XX Congreso de febrero de 1991 por el secretario general del partido, Achille Occhetto. El PCI se reconvirtió en el Partido de los Demócratas de Izquierda y se terminó incorporando a los organismos internacionales de la socialdemocracia.

En España el debate se trasladó enseguida al PCE, con el argumento añadido, por parte de los defensores de la disolución, de que la supervivencia del PCE lastraba además el desarrollo de Izquierda Unida. Las tesis de la disolución fueron defendidas por la mayoría de la dirección del PSUC, encabezada por Rafael Ribó, y por dirigentes del PCE que habían jugado un papel destacado en la transición. Unos y otros se nuclearon en torno a la candidatura encabezada por Francisco Palero en el XII Congreso del PCE celebrado en 1991 para pedir la disolución del PCE. En él Julio Anguita defendió la continuidad del partido, que fue refrendada por el 75 por 100 de los delegados. Sin embargo, el debate no se cerró en el cónclave. El debate sobre la disolución del PCE estuvo muy presente en la etapa de Julio Anguita y llega hasta hoy día.

Juan Andrade: *Julio, eres elegido secretario general del Partido Comunista de España en 1988 y de 1989 a 1991 se produce el desmoronamiento de los llamados países del socialismo real, con la Unión Soviética a la cabeza, la caída, en definitiva, del punto de referencia durante mucho tiempo de los partidos comunistas. ¿Qué valoración haces de esos regímenes políticos y de sus crímenes, muchos atribuidos, pero otros ciertos?*

Julio Anguita: A propósito de ellos acudiría a una cosa muy socorrida que se dice en nuestro refranero, que «Dios escribe derecho con renglones torcidos». Aquello no fue el socialismo. Pero gracias a aquello la clase trabajadora no sufrió la agresión que hoy está sufriendo. Objetivamente, la URSS cumplió un papel social, lo cual no significa que no debamos hacer una crítica. Lo que quiero decir es que hay que considerar que la realidad es

poliédrica y hay que abordarla desde muchos puntos de vista, sin que ello implique ninguna especie de laxitud a la hora de considerar una serie de principios con que valorarla. Aquello no fue socialismo, fue, ni más ni menos, la construcción de un capitalismo de Estado. Y fue así porque la revolución triunfó en un país sin industria, en un país con una masa campesina enorme, con 132 lenguas, con muchas culturas. Con todo menos con lo que se había pensado por parte de los clásicos.

Juan Andrade: *Una «revolución contra El Capital», la llamó Gramsci.*

Julio Anguita: Efectivamente, yo creo que fue una herejía del capitalismo. Y, por tanto, es lógico que generase las consecuencias que conocemos, entre ellas también, hay que decirlo, que la gente comió. No comió ni con los zares ni con los curas, comió con los soviéticos, tuvo cultura con ellos. En consecuencia yo hago una valoración positiva en ese aspecto, aunque muy negativa a la luz de los análisis que podemos hacer desde nuestra propia perspectiva. Porque si empezamos a hacer una valoración a tenor de los crímenes que mencionas, pues sí, es una valoración negativa. Pero si hay que sentar en un tribunal a José Stalin y demás dirigentes soviéticos, yo quiero ver allí también a Ronald Reagan, a Richard Nixon y hasta el mismo John F. Kennedy. De modo que todos, porque si me hablan de crímenes vamos a hablar aquí de lo que, por ejemplo, toleró Occidente con Suharto. Yo sentaría a los dirigentes soviéticos con la condición de que a su lado estuvieran los dirigentes occidentales, los que ordenaron el lanzamiento de la bomba atómica, exactamente en el mismísimo banquillo, y entonces nos ponemos a hacer justicia histórica. Y a partir de ahí hago la crítica, porque no quiero que mi crítica, que pretende ser objetiva, se confunda con la crítica a una parte para tapar las vergüenzas y los horrores de la otra. Es decir, por métodos científicos hacemos la crítica, se les condena a todos y ya está, condenados están.

Cuando cayó el muro dije una cosa: «el ideal comunista sigue vivo». No me impresionó el desmoronamiento del socialismo real. Se veía venir. Y dirás: «¿y tú por qué sabes que se veía venir?». En el año 88 uno de los primeros problemas que tuve que abordar fue, como hablábamos antes, la unidad de los comunistas. Los medios de comunicación estaban todo el día sacando el tema de la unidad de los comunistas. Para abordar el asunto de la unidad de los comunistas me fui ese verano de 1988 al sitio donde estaba el

origen del problema, que en el caso del PCPE de Ignacio Gallego era la Unión Soviética. La única vez que he estado en la Unión Soviética, 12 días. Y una de las primeras cosas que se me ofreció fue una entrevista, una reunión, con la comisión o el comité de asuntos sociales del Comité Central. Por cierto, yo fui con la ropa así de trapillo porque se perdieron las maletas, e imagínate lo que fue estar vestido así en medio del Comité Central, que aquello era como entrar en el Vaticano.

El caso es que cuando escuché a aquellos hombres me quedé frío. Aquellos hombres opinaban que el mercado bajo la concepción capitalista del mismo no era tan malo, que la democracia occidental era insuperable. ¡Ellos que habían potenciado a Ignacio Gallego! Y me di cuenta de que aquellos caballeros ya tenían unas ideas muy raras. Vi a aquellos hombres perdidos; la palabra, perdón, es abducidos. Esa fue la impresión que tuve y fue allí cuando empecé a darme cuenta de que la Perestroika era algo de los medios de comunicación en Occidente, que allí apenas existía porque nadie discutía aquello. Es curioso cómo los medios de comunicación crean en nuestro cerebro imágenes que no se corresponden con la realidad.

Juan Andrade: *La Perestroika y el Glásnost, que al final entrañaron la regresión al capitalismo en Rusia, se presentaron inicialmente como un proceso orientado a la democratización del socialismo. ¿Por qué piensas que la vuelta a la socialdemocracia o la ruptura con el ideal de transformación radical de la sociedad se presenta siempre, al principio, como un proceso de democratización del socialismo?*

Julio Anguita: Porque es lo que engancha y yo creo que la Perestroika…

Juan Andrade: *¿No piensas que para que eso pudiera ser así tenía que haber también un anhelo fuerte de democracia dentro de los países del socialismo real?*

Julio Anguita: Claro, y el Glásnost tenía que haberse hecho con un debate desde abajo en el partido, que era la fuerza que estructuraba la Unión Soviética. Lo que le daba consistencia a tanta diferencia de etnias, de religiones, de culturas y de historia era el partido comunista. Ahí tenía que haber empezado el debate. Pero lo que hicieron fue una operación de imagen, de cosmética. El aparato no se tocó, apenas se discutió y lo que se hizo fue sobre todo para uso externo. Pusieron en marcha aquello sin saber

lo que estaban poniendo en marcha. Se les fue de las manos. Yo he oído a Eduard Shevardnadze en una cena que hubo en el Palacio Real delante de mí decir «porque nosotros los comunistas», tan solo tres meses antes de que hiciera lo que hizo. Entonces hablaban con una ligereza tremenda. Yo creo que a estos dirigentes les ha faltado tener un sentido reposado de lo que son, aunque sean de derechas. Fueron simplemente dirigentes movidos por los estados de opinión, que son muy movibles y muy manejables. Esto es lo que yo me llevé de la reunión que tuve en el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, donde había gente que no tenía una sólida formación. Esa gente tenía dudas, lo cual me parece muy bien, pero es que la duda cuando se manifiesta debe manifestarse con cierta categoría intelectual. Yo veo necesaria la duda, pero cuando la duda es hija del despiste y no del rigor algo falla. Y cuando volví se lo dije a mis compañeros: «Uy, yo eso lo he visto fatal». Les dije «eso no me ha gustado». Esa es la única experiencia que yo tengo de la URSS y la conciencia, cuando estuve allí, de que la Perestroika era sobre todo una cosa de exportación, de consumo externo. Además los viejos cargos en la KGB, como el camarada Volodia Pershov, ya te dejaban caer cosas contra aquello. Cuando le dijimos que se nos habían extraviado las maletas comentó irónicamente: «esto es cosa de la Perestroika».

A todo eso hay que sumar la política exterior. Antonio Romero, que era miembro del Consejo de Europa, me decía que en el Consejo algunos generales americanos comentaban que ya tenían cooptados a generales soviéticos, que ya había tenido lugar la penetración. Además de eso, ¿por qué cayó la Unión Soviética? Porque Occidente opuso una imagen de consumismo que no era comparable con lo que tenían en la Unión Soviética, pero allí comían todos los días, tenían escuelas, los pisos valían muy poco, tenían calefacción. Eso no se valoró, se valoraron otras cosas. Se valoró el lujo, y el capitalismo es muy atractivo porque ofrece el lujo, porque dice: «podéis poseer toda la riqueza». Y hay que tener mucha solidez para resistirse a eso y la sociedad no la tuvo por lo que fuera, porque no la tuvieron sus dirigentes, que tenían que dar ejemplo, porque el partido se anquilosó, se burocratizó, por lo que sea, el caso es que el desmoronamiento se produjo. Y lo que ocurrió es que después fueron a la barbarie con Borís Yeltsin. La URSS estuvo dirigida por un borracho y por toda una serie de personajes mafiosos. Sobre Boris Yeltsin Córdoba sabe

perfectamente lo que era, porque estuvo aquí y dejó al alcalde de Córdoba, entonces Herminio Trigo, perplejo, metiéndole mano a las camareras en las comidas, ebrio, poniéndose abierto de brazos parando el tráfico en medio de la calle. Un espectáculo bochornoso.

Juan Andrade: *Con la caída de la Unión Soviética se empieza a plantear que el comunismo, como movimiento político, ha agotado su ciclo histórico. Este debate penetra dentro de los partidos comunistas hasta el punto de que algunos de ellos, como el Partido Comunista Italiano, el más fuerte de los partidos comunistas occidentales, apuesta finalmente por su disolución. Este debate también entra dentro del PCE y no lo abandona en ningún momento durante todo el tiempo en el que tú eres secretario general del partido, incluso a día de hoy tampoco lo ha abandonado. ¿Cómo vive un secretario general de un Partido Comunista el cuestionamiento interno y constante de la viabilidad de su partido?*

Julio Anguita: Fue curioso porque lo vive un secretario general que coincidía en la primera parte de la formulación de ese discurso, pero no en la segunda. Es decir, yo creía y creo agotados los modelos de partidos comunistas actualmente existentes. Pero digo que hay que sustituirlos por una organización comunista de carácter marxista viva y actuante, que además intervenga en política sin estar presente en aquellas cosas que distraen, aunque lo hagan sus hombres y mujeres, sí. En el artículo que publiqué en *Mundo Obrero,* titulado «Decían Marx y Engels»[6], está explicado, muy apretadamente porque el espacio es reducido, pero está explicado. Digo que la socialdemocracia cayó en la tentación que siguió a la caída de la URSS sin pensar en las consecuencias, sin pensar que el Muro de Berlín se cayó a los dos lados, también sobre ella. Cuando cayó el Muro de Berlín la socialdemocracia se colocaba en el disparadero de dar la talla en la réplica al capitalismo, y supongo que los hombres y mujeres de la socialdemocracia inteligente estarían asustados, porque sabían que no iban a darla, como así ha sido efectivamente. Pero claro, en aquel momento no paraban de repetirse a sí mismos: «somos los vencedores» o «los comunistas son unos cutres», como decía Felipe González. Entonces comenzó el baile de máscaras. Un baile de máscaras donde ya no había objetivos, donde el objetivo de cambio social había desaparecido. Y desapareció hasta de los sindicatos, empezando por Comisiones Obreras.

Entonces todo fue instalarse en lo que había y ocupar cuantas más parcelas de poder mejor. Ese era el único objetivo una vez desaparecido el viejo objetivo de cambio revolucionario.

¿Qué podía hacer un partido comunista en ese tiempo? Los partidos comunistas occidentales tras la caída del muro eran una cosa anquilosada. En Francia siguieron yendo a las elecciones con su nombre y mantuvieron cierto porcentaje de votos, aunque cada vez más a la baja. Muy distinto fue lo del Partido Comunista Italiano. Para mí lo del Partido Comunista Italiano tienen un nombre: canallada. Lo digo sin ambages. Canallada llevada a cabo por un grupo de frívolos que no pensaron en las consecuencias de sus actos, ni supieron administrar el legado histórico de un gran partido. Lo dilapidaron, lo tiraron a la basura. Y estoy hablando de Achille Occhetto, al cual conocí tanto en las reuniones que tuvimos en Botteghe Oscure en Roma, donde estaba la sede, como en España. Y estoy hablando de sus contactos con Rafael Ribó y de sus contactos con el PSOE. Todo el que va teniendo información lo ve, sobre todo cuando estás en la Secretaría General, y luego si vas tirando de los archivos.

Con ello vino la propuesta de disolución del PCE que planteaba el grupo de Francisco Palero, Juan Berga, Agorreta, Isabel Vilallonga, Manuel Corvo o José Luis Buhigas. La desaparición de la URSS fue utilizada como ariete para plantear la disolución del PCE. En el XIII Congreso esa posición cuajó en la candidatura alternativa a la mía encabezada por Francisco Palero, que había sido ni más ni menos que el responsable internacional del secretariado que yo presidí, o sea el «ministro de Asuntos Exteriores», que no es cualquier cosa. Los que anteriormente he citado estaban con él. Curiosa situación en la que el secretario general está en minoría en el Secretariado [Ríe] Y conmigo ¿quiénes estaban? Pues estaba José María Coronas, que era un hombre de una lealtad extraordinaria y de una gran bonhomía, pero un hombre muy volcado en la cocina, en cómo mantener la financiación del partido, y estaba Paco Frutos, que había sido secretario general el PSUC, y estaba Salvador Jové, que fue el coordinador del Área de Economía, pero que estaba muy centrado en esa responsabilidad. ¿Y cuál es el debate? Yo se lo digo a los partidarios de la disolución: «vosotros no queréis que desaparezca el PCE porque creáis que haya que construir otra cosa. Vosotros lo que no queréis es este proyecto de Izquierda Unida tal y como se está configurando y como el valedor de este proyecto de Izquierda

Unida es el Partido Comunista pues vais a atacar al valedor, vais a la peana que sostiene al santo, porque lo que queréis es otra Izquierda Unida», y esa era la verdad. El problema del Partido Comunista les importaba tres leches, el problema estaba en que a Izquierda Unida la sustentaba el Partido Comunista, ahí estaba el problema, en una Izquierda Unida que decía que quería ser alternativa de gobierno, alternativa de sociedad y alternativa de Estado y que planteaba nuevas alianzas, y esa Izquierda Unida no era la que querían. Querían una IU que fuese la caja B de votos del PSOE.

[1] Hay dos obras traducidas al español de expertos en el tema que analizan en el tiempo largo el desarrollo y colapso de la URSS: Moshe Lewin, *El siglo soviético,* Barcelona, Crítica, 2006 y Vladislav M. Zubok, *Un imperio fallido: la Unión Soviética durante la Guerra Fría,* Barcelona, Crítica, 2008. Una reflexión sintética sobre las causas del desmoronamiento de la URSS puede verse en la obra general de E. Hobsbawm, *Historia del Siglo XX,* Barcelona, Crítica, 1998; pp. 468-483. Una indagación bibliográfica amplia y actualizada sobre el proceso de descomposición del socialismo real en J. Fontana, *Por el bien del Imperio, Una historia del mundo desde 1945,* Barcelona, Pasado y Presente, 2011, pp. 1109-1117.

[2] E. Hobsbawm, *op. cit.,* p. 475.

[3] Un relato sintético de los hechos en J. Fontana, *Por el bien del imperio,* cit., pp. 677-705. Análisis y desarrollo más amplio en las obras de C. Taibo, *Crisis y cambio en la Europa del Este,* Madrid, Alianza, 1995 y *La explosión soviética,* Madrid, Espasa, 2000.

[4] Véanse la amplitud y variedad de datos compilados en Serguei Kara Murza *et al*., *El libro blanco de Rusia. Las reformas neoliberales (1991-2011),* Barcelona, Viejo Topo, 2005.

[5] La repercusión de la caída de la URSS y los debates que tras que ella se abrieron en el seno de la izquierda en general y de los partidos comunistas en particular puede verse en David Priestland, *Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo*, Barcelona, Crítica, 2010, «Epílogo», en Geoff Eley, *Un mundo que ganar, Historia de la Izquierda en Europa, 1850-2000,* Madrid, Crítica, 2003, pp. 477-499 y en Donald Sassoon, *Cien años de socialismo,* Barcelona Edhasa, 2001, pp. 796-823.

[6] J. Anguita, «Decían Marx y Engels», 13 de junio de 2013, en http://www.mundoobrero.es/pl.php?id=2830

8. El Tratado de Maastricht y la III Asamblea Federal de IU

El tratado de la Unión Europea, más conocido como Tratado de Maastricht, fue firmado en esta ciudad holandesa el 7 de febrero de 1992. El Tratado reconfiguraba la arquitectura institucional europea, aludía a la política exterior y fijaba algunas directrices económicas vinculantes, entre otras las que debían conducir al establecimiento de la unión económica y monetaria; es decir, a la puesta en funcionamiento de la moneda única.

El tratado impuso un cambio nominativo de la entidad supranacional que se estaba construyendo, que pasó a denominarse definitivamente como Unión Europea. No concretaba, sin embargo, si la Unión daría lugar a cualquiera de las entidades político-institucionales hasta entonces conocidas (un Estado, una federación o una confederación de Estados) o a otra novedosa. La estructura institucional de la Unión quedaba de la siguiente manera. El Parlamento Europeo, elegido por sufragio universal directo y secreto cada cinco años, incrementaba levemente sus funciones legislativas, consultivas y de control, no obstante muy por debajo de las funciones que en cualquiera de los Estados miembros tenían sus respectivos parlamentos nacionales. El Consejo Europeo, formado por los jefes de Estado y/o gobierno, debía trazar periódicamente la orientación general de la política de la unión. El Consejo, comúnmente conocido como Consejo de Ministros, tendría atribuciones legislativas al menos tan amplias como las del parlamento, amén de otras relativas a la política exterior y judicial. En él las decisiones se adoptarían por mayoría cualificada una vez computado de manera ponderada el voto de cada uno de los miembros según su peso demográfico y, aunque no se decía, también económico. Finalmente, la Comisión Europea se definía como el órgano ejecutivo por excelencia, pero en la práctica tenía atribuciones muchísimo más amplias, en la medida que, por ejemplo, tenía prácticamente la exclusividad del derecho de iniciativa en el proceso legislativo que luego venía a desarrollarse en el Consejo y el Parlamento. La Comisión se constituía a partir de un proceloso proceso de elección en el que participaban el resto de las instituciones y donde en la práctica se imponían los acuerdos negociados entre bastidores entre los Estados más fuertes de la Unión, un proceso complementado en buena

medida por la designación directa de muchos de sus cargos intermedios. La comisión además disponía en el ejercicio de sus atribuciones de una amplia autonomía[1].

El esquema institucional fue criticado por algunos partidos de izquierda. Planteaban que semejante diseño primaría la lógica de los intereses de los Estados por encima de los del conjunto de la Unión y que el peso decisorio recaería en la Comisión y en los órganos de representación indirecta de los ciudadanos (el Consejo y el Consejo Europeo) en lugar de recaer en su órgano de representación directa, en un parlamento muy alejado de ser la sede real de la nueva soberanía popular transnacional.

Esta parte de la izquierda europea, entre la que se encontraba el sector mayoritario de IU de Julio Anguita, consideraba que la pérdida de soberanía vendría también de la aplicación de las directrices económicas que se fijaban para el establecimiento de la moneda única; así como del papel que tendría otra nueva institución económica que el tratado creaba: el futuro Banco Central Europeo. En su opinión los llamados «criterios nominales de convergencia» establecidos para formar parte del euro tendrían importantes costes sociales para los países aspirantes y redundarían a la larga en beneficio de un modelo interregional asimétrico[2].

Los criterios de convergencia iniciales eran cuatro: una tasa de inflación no superior al 1,5 por 100 de la media de los tres estados de la Eurozona que la tuvieran más baja; un déficit presupuestario de las administraciones públicas que no superase el 3 por 100 del PIB; una deuda pública no superior al 60 por 100 del PIB; y el sometimiento durante los dos años previos a un mismo mecanismo de tipos de cambio. Los criterios debían cumplirse dentro de una secuencia de plazos que concluiría con la puesta efectiva en circulación de la nueva moneda a comienzos de 2002. Pese a que los criterios se incumplieron o se matizaron, el 1 de enero de ese año el euro estaba en el bolsillo de los ciudadanos de 12 Estados, entre ellos España.

Los criterios de convergencia de Maastricht obligaron o indujeron a la puesta en marcha de una serie de medidas, sobre todo a los países menos desarrollados. Maastricht forzaba a una política de contención salarial que redujera rápidamente la inflación. Igualmente obligaba a los países a privatizar parte de su sector público al objeto de reducir el déficit

presupuestario. También impedía el desarrollo de políticas expansivas orientadas a la creación de empleo según el viejo modelo keynesiano, a fin de reducir o no aumentar la deuda pública. Igualmente privaba a los países de la posibilidad de utilizar de manera autónoma su política monetaria para, como podía ser el caso, potenciar las exportaciones mediante una devaluación de su moneda.

Los criterios respondían a una filosofía monetarista según la cual las reglas monetarias cambiarían el comportamiento de los agentes económicos y propiciarían ajustes macroeconómicos. Los promotores del tratado venían a plantear que la estabilidad monetaria favorecería la competitividad y el crecimiento y que en ese contexto los mecanismos autónomos del mercado tenderían a la equiparación entre los países. Frente a esto muchos economistas plantearon que lo lógico sería establecer primero criterios de convergencia reales entre los países, que esta convergencia real no podía dejarse a la suerte de los mecanismos del mercado y que la moneda única debía ser, en cualquier caso, el colofón a una aproximación real de las economías. Poco sentido tenía imponer los mismos criterios nominales a países o áreas geográficas que eran económicamente muy distintos, máxime cuando muchos de ellos –el sur de Italia, España, Portugal, Irlanda, Grecia y Alemania del Este– tenían niveles de productividad y rentas reales más bajas, una estructura industrial menos diversificada y un sistema fiscal más débil. Ni siquiera los cuantiosos fondos de cohesión que se prometían resultarían suficientes para cambiar la base productiva de estos países y procurar una convergencia real o al menos una aproximación considerable entre todos ellos. El sentido al Tratado sí lo encontraron, sin embargo, los grandes capitales financieros y las principales transnacionales que operaban en el mercado interior, que aumentaron sus beneficios al reducirse la incertidumbre que para la inversión generaban las fluctuaciones monetarias y al bajar los costes de cambio en las transacciones. También algunos países más y mejor industrializados que vieron cómo aumentaron sus exportaciones dentro de la eurozona[3].

El Tratado de Maastricht fijaba también la creación del futuro Banco Central Europeo, el organismo que debía orientar la política monetaria, fijar los tipos de interés o concertar los tipos de cambio con los países de la Unión no pertenecientes a la zona Euro. La principal objeción de la

izquierda a su diseño es que el Tratado proclamaba la independencia del BCE con respecto a las instituciones políticas de la Unión. No solo es que los Estados se vieran despojados de su política monetaria, sino que al hacerlo esta no recalaba en una institución susceptible de control público, sino en un banco que estaría gestionado oficialmente por tecnócratas y que en la práctica iba a estar sujeto a los intereses de los grandes poderes financieros. Con Maastricht no solo los Estados, sino el conjunto de la Unión, renunciaban a un instrumento fundamental de la política económica: la política monetaria. Por otra parte, el artículo 104 del Tratado prohibía expresamente que ese Banco Central Europeo prestara dinero a los Estados de la Unión, como así lo habían venido haciendo los bancos centrales de cada uno de sus países miembros y como así lo seguía haciendo la Reserva Federal Norteamericana, teniendo que recurrir a la financiación más cara y condicionante de instituciones privadas, con el negocio subsiguiente para estas[4].

Una parte de la izquierda europea, entre la que se encontraba el sector mayoritario de Izquierda Unida encabezado por Julio Anguita, criticó estas medidas por sus efectos inmediatos y por sus hipotecas a largo plazo. A corto plazo los costes de la convergencia recaerían sobre los trabajadores y supondrían un dogal para el desarrollo de políticas sociales y distributivas, amén de una pérdida de capacidad de maniobra económica por parte de los Estados. A largo plazo Maastricht representaba para ellos el gran avance del neoliberalismo en Europa, muy favorecido además por la reciente desaparición del socialismo real como elemento de contención. Maastricht venía a responder a la necesidad de los grandes conglomerados económicos y sobre todo financieros de incrementar sus tasas de beneficios mediante la agilización de transacciones, la conquista de nuevos mercados, el préstamo a los Estados, la reducción de los costes de producción y el acceso a un nuevo nicho de negocio antes en mano de los Estados. En su opinión los criterios de convergencia establecidos y las medidas a las que obligaban o inducían o respondían en última instancia a estas medidas[5].

El debate sobre el Tratado de Maastricht rompió en dos a Izquierda Unida y fue a su vez el catalizador de un debate de fondo en el que se pondría de manifiesto la coexistencia, a partir de entonces nada pacífica, de dos proyectos antagónicos en el seno de la nueva formación. El sector encabezado por Julio Anguita se manifestó contrario al Tratado junto con

la mayoría de los todavía partidos comunistas europeos y formaciones como el Partido Socialista Popular de Holanda o Izquierda Democrática de Irlanda. La línea de Julio Anguita pasó de la confrontación con los postulados del Tratado a pedir la celebración de un referéndum sobre el mismo, al modo en que se había celebrado en Holanda, donde, gracias también a la campaña del partido homólogo a IU, el Tratado fue rechazado[6].

Frente al sector encabezado por Julio Anguita se organizaron los partidarios de dar un «sí crítico» al Tratado, encabezados por Nicolás Sartorius, una figura destacada en la historia del comunismo español por su papel crucial, pagado con años de cárcel, en la oposición a la dictadura, y que ahora defendía la disolución del PCE. Nicolás ocupaba en esos momentos la portavocía del grupo parlamentario de IU-IC en el Congreso. La apuesta por el sí crítico no era exclusiva de este sector de Izquierda Unida. Estaba inspirada en las deliberaciones de la Confederación Europea de Sindicatos, que también había hecho suyas la dirección de CCOO. Ponían el acento en el impulso, a su juicio positivo, que el tratado daba al objetivo último de la Unión, por encima del modelo político y económico que se proponía; un modelo, a su modo de ver, criticable en ciertos aspectos, pero no hasta el punto de merecer una enmienda a la totalidad[7]. *No obstante, detrás del sí crítico estaba el temor a que la oposición al tratado pudiera ser interpretada como una actitud antieuropeísta, toda vez que el debate en torno a Maastricht se había traspuesto interesadamente en los medios de comunicación y en el espacio público en general como un debate a favor o en contra del proyecto europeo.*

En el fondo, con el debate de Maastricht se pusieron de manifiesto dos culturas políticas difícilmente conciliables. Una, la encabezada por Sartorius y muy arraigada en la cultura política del PCE de la transición, concebía la política como una contribución al consenso en las grandes cuestiones de Estado, al objeto de girar esos grandes consensos hacia la izquierda y al objeto de evitar el rechazo de potenciales adherentes más moderados o documentados cotidianamente por los medios de comunicación. La otra, encabezada por Julio Anguita, concebía la política como un ejercicio manifiesto pero no retórico de disenso en las grandes cuestiones relativas al modelo social y económico, y que ante la hostilidad

mediática apostaba por la reafirmación rotunda y la explicación serena y pedagógica de las propias posiciones entre la gente. La pregunta al respecto sería con qué medios de comunicación alternativos y desde qué posición de arraigo real en la vida social se podía hacer esa explicación. Pero eso es otra cuestión que sobrevuela en las entrevistas.

En cualquier caso, la sucesión de hechos desgastó a la ya no tan joven formación, que durante ese año pareció envejecer por el desgaste y el encono de posiciones y actitudes. El 22, 23 y 24 de mayo de 1992 se celebró la III Asamblea federal de IU, a la que Julio Anguita llegó dimitido por la impugnación que la mayoría de la Presidencia había hecho meses atrás a su negativa a convertir IU en un partido y permitir a las federaciones que pudieran determinar por sí mismas la política de alianzas con fuerzas estatales[8]*. En la Asamblea las tesis de Anguita fueron finalmente aprobadas. La Asamblea concluyó con la reelección de Julio Anguita, una vez su lista se impuso con el 60 por 100 de los votos a la encabezada por Sartorius, que obtuvo el 40 por 100. Pero el debate sobre Maastricht no se cerró en la Asamblea. El 14 de septiembre de ese mismo año la presidencia federal de IU aprobó por 20 votos a 13 la propuesta de Anguita de rechazar la ratificación del Tratado de Maastricht en el Congreso de los Diputados y pedir su devolución al gobierno para que este convocase un referéndum. El 29 de octubre de ese mismo año de 1992, el día que debía ratificarse el Tratado en el Congreso de los Diputados la mayoría de la dirección de IU y del grupo parlamentario habían decidido abstenerse, a fin de hacer más digerible la posición general a los partidarios del sí crítico y de preservar así la cohesión interna y la unidad de voto. Sin embargo, a la hora de producirse la votación los tres diputados de Iniciativa per Catalunya y cinco de IU decidieron romper la disciplina de voto y pronunciarse a favor del sí (Ramón Espasa, Francesc Baltasar, Joan Armet, Nicolás Sartorius, Cristina Almeida, Ricardo Peralta, Narcís Vázquez y Pablo Castellano), mientras otros 8 encabezados por Julio Anguita se abstuvieron (Ernesto Caballero, Manuel García Fonseca, Baltasar Garzón Garzón, Ángeles Maestro, José Luis Martínez, José Luis Núñez y Antonio Romero*[9].

Juan Andrade: *Vayamos, Julio, a ese hito fundamental que fue el Tratado de Maastricht. A propósito del tratado quería que, por una parte, me*

hicieras una valoración del proceso de construcción europea y que, por otra parte, me explicaras tu oposición al Tratado. Y en tercer lugar, sobre todo, me gustaría que me hablaras de las repercusiones que el debate sobre el Tratado de Maastricht tuvo en IU, porque el debate entró dentro de la organización rompiendo su disciplina de voto en el Congreso de los Diputados y generando ya una fractura en la que se puso de manifiesto que había diferentes proyectos y diferencias políticas profundas en el seno de la dirección.

Julio Anguita: Vamos a la génesis del problema. En el año 1986 se aprobó el Acta Única Europea. El Partido Comunista de España había apoyado el Acta Única Europea de 1986 sin discutirlo, como así reconoció Gerardo Iglesias. No había capacidad, no había tiempo y, bueno, porque era la moda. Sin embargo, era una de mis preocupaciones –no solo mía sino de Salvador Jové y del equipo económico– que tuviésemos una posición propia, porque nos parecía que el Acta Única ya era una desviación de los impulsos primitivos que había tenido el Mercado Común Europeo y, sobre todo, un desvío con respecto a la Carta Social Europea de Turín de 1961. Es verdad que el Acta Única contemplaba en su desarrollo dos pilares: el pilar del mercado único y también el pilar de la cohesión económica y social que, aunque estaba en segundo lugar, tenía la entidad suficiente para, utilizando el uso alternativo del derecho, hacer recabar la Carta Social Europea en un contexto de política económica sustancial. El Acta Única europea contemplaba la creación de un mercado común en aquellos términos, pero también es cierto que para compensar contemplaba la apuesta por la cohesión económica y social, la apuesta por una política social integrada con una fiscalidad común. Es decir, una cosa estaba contrapesada por la otra. Por eso en una discusión que aparece ahora mía del año 95 con Manuel Campo Vidal[10], yo apelo al Acta Única y digo por qué.

El caso es que para analizar todo aquello y tener una posición fundamentada organizamos una conferencia nacional monográfica en el año 1989 desde el PCE, que duró 5 días. Aquella fue una conferencia clave, porque a partir de ahí se pusieron las bases de nuestro discurso alternativo, que dio origen a la posición anti Maastricht y la defensa de una alternativa para Europa: la creación de un espacio económica y socialmente integrado, la apuesta por una nueva estructura para una unión política, la cuestión de la

transformación de la unión del mercado en una unión federal, etc. Proponíamos el espacio económico y socialmente integrado, decíamos cómo debía hacerse a nuestro juicio la convergencia, qué sería una moneda única, etc. A eso nos adelantamos desde nuestros puntos de vista. Considerábamos que el horizonte era el de una Europa federal y solidaria donde sería normal que la federalidad fuera asumiendo funciones de política presupuestaria, política económica, política social o política internacional, es decir, que la Unión fuera asumiendo poco a poco las funciones de un Estado y que los Estados nacionales fueran ocupando el papel de administradores.

La dirección del proyecto de programa la llevó Salvador Jové, con un equipo de economistas y un equipo de analistas políticos. Es decir, desde enero de 1989 el PCE tenía ya un contraproyecto de Unión Europea. Esto hay que decirlo porque es de justicia histórica. Hay que decir también que buena parte de la dirección de Izquierda Unida no aceptó ese contraproyecto, o más bien no quiso mojarse. Pero como aquel año hubo elecciones e Izquierda Unida no tenía proyecto sobre Europa terminaron por asumir el proyecto del PCE, sin discutirlo. Lo aceptaron sin más.

Bien, teníamos un proyecto –yo tengo ahí un ejemplar que ha quedado y lo cuido como oro en paño– y nosotros mantuvimos una posición propia. Cuando se está en estos debates, tienen lugar las Assises de Roma en 1990, que es un encuentro de parlamentarios europeos de los distintos países que componían el mercado común, en donde se enuncian una serie de medidas y se aprueban. Y en esa reunión –a la que va Nicolás Sartorius– se aprueba la Unión Federal de Europa: una política económica común, una fiscalidad común, un proceso político constituyente en base a cinco sujetos (parlamentos nacionales, el parlamento europeo, los pueblos europeos, el consejo europeo y la comisión). O sea, se aprueba un proceso que iba por otros derroteros y que produjo importante afección. Pero el Consejo Europeo las desprecia. Ya en el año 1984 el Parlamento Europeo aprobó el Tratado de la Unión Europea a impulsos del diputado comunista Spinelli (unas de las personas más luchadoras por la unidad europea). En dicho tratado aparecían muchas de las cosas que se trataron en las Assises de Roma. En aquel entonces (1984) la respuesta a Spinelli y su grupo fue el Acta Única Europea de 1986 que significó una corrección a la baja del tratado. Es decir, había unos antecedentes que hablaban en favor de nuestras

tesis, pero que veíamos que estaban siendo desautorizados por la vía de los hechos. Cuando termina la Primera Guerra del Golfo, ejerciendo todavía Gorbachov, Felipe González, Reagan, Bush (padre) y los demás mandatarios europeos, firman el Tratado de París sobre el respeto a las fronteras en Europa. Todo eso fue papel mojado cuando desapareció la URSS.

Cuando llega Maastricht todo lo que se venía anunciando de ir hacia una política exterior de seguridad compartida, hacia una convergencia económica, social y política ha desaparecido y queda nada más que la convergencia monetaria, ni siquiera la económica. Maastricht era el abandono de la unidad política, el abandono de la cohesión social y la colocación en primera línea de la unión monetaria. Cuando llegó Maastricht vimos además una cláusula que a mí y a los compañeros nos llamó la atención. Era la cláusula que decía que a partir del Tratado los Estados no podrán recurrir a los bancos nacionales para pedir préstamos, sino que tendrán que recurrir a la banca privada. Y esto es un disparate. Acabaron con los bancos nacionales, pero aparte de eso no hubo convergencia económica, y, por ejemplo, Delors protestaba diciendo: «¿Cómo es posible que la supervisión de los presupuestos obligue a que no se pase el déficit del 3 por 100, y a que no se pase el 60 por 100 de la deuda? ¿Dónde está la discrecionalidad de los gobiernos?». Esto le da a la Unión los mecanismos de control, pero las políticas del paro usted se las resuelve. Esto es un contrasentido.

Por otra parte, la política exterior se quedó en el nombramiento del llamado míster PESC, es decir una persona que, sin gran autoridad, debería lidiar con todos los componentes de la UE y además con EEUU. Pero todavía hay un hecho que ilustra acerca del trasfondo del tratado. Cuando se celebraba la CIG, la OTAN reunida en Viena, acordó que la defensa europea debía estar inserta en el marco de la OTAN. Nada extraño ya que en 1991, y en Roma, tuvo lugar la reunión de jefes de Estado y de Gobierno de la OTAN y en ella Bush (padre) sentenció que la Política de Defensa Europea corría a cargo de EEUU y la OTAN. Sobran comentarios.

Tras la aprobación del Tratado de Maastricht la Comisión de Asuntos Exteriores de Parlamento Europeo en 1994, a través de su ponente Marcelino Oreja, hizo una fuerte crítica al Tratado y presentó un borrador de Constitución Europea en la línea de las Assises de Roma. El Partido

Popular Europeo y el Socialista derrotaron la propuesta. Pero el ejemplo más ilustrador de todo esto es lo ocurrido en 1995. Se había acordado que, transcurrido un plazo prudente, la Conferencia Intergubernamental (CIG) analizaría la marcha del Tratado y decidiría sobre la cuestión. Convocada la CIG en el año citado se encontró que un 80 por 100 de la materia del tratado era intocable y no se podía discutir: nada más y nada menos que las cuestiones referidas al Pacto de Estabilidad y todo lo económico. Quedaban para la discusión cuestiones de importancia marginal.

Para la mayoría de la dirección de IU estaba claro que aquello no tenía nada que ver no solo con lo que nosotros habíamos aprobado, ni siquiera con el espíritu y la letra de los documentos y proyectos que sobre la construcción europea se habían aprobado en décadas anteriores. Claro, nosotros habíamos visto Maastricht, lo habíamos estudiado con Salvador Jové, lo habíamos estudiado con Martín Seco, lo habíamos estudiado con Pedro Montes, con Jesús Albarracín, con muchos economistas, que nos dijeron que eso no se podía admitir. Sin embargo, Sartorius fijó la posición que conduciría a la ruptura en IU. Él decía que el Tratado era lo mínimo que se podría aprobar, pero que se debía aceptar porque estaba en el límite de nuestras aspiraciones, pero dentro de lo aceptable. En resumen: un juego de palabras para justificar la posición pactada previamente con el PSOE.

El conflicto interno a propósito del tema de Maastricht no se presentó de improviso. Previamente contaré un par de anécdotas que demuestran cuál era el discurso y la actitud europeísta oficiales. Recién llegado yo a Madrid, los compañeros Francisco Palero y Juan Berga creyeron conveniente desasnar a este señor que venía asilvestrado del Sur. Entonces montaron un viaje para que yo fuese a Estrasbrugo y fuera a una cena en donde el ínclito Gianni Cervetti, el presidente del Grupo Parlamentario de Comunistas y Emparentados (que así se llamaba el grupo parlamentario al que IU estaba adscrita), me explicase a mí, asno integral, la visión de lo que era Europa. Yo fui allí a ver qué me decían, porque pensaba que podía ser interesante. En un momento de la cena Fernando Pérez Royo le dijo a Gianni Cervetti: «Gianni, explícale a Julio –como diciéndole: explícale a este tío que no se entera– lo que es el proyecto europeo». Precioso, precioso: Europa unida, la cuestión económica y social perfecta, una Europa con política exterior y de defensa independiente, y una Europa que desarrollaría íntegramente la Carta Social Europea de Turín del año 1961.

Pero le hago una pregunta medio en broma medio en serio, que rompió el ambiente de la cena: «Bien, Gianni, y eso que tú pintas tan bien, ¿sobre qué bases se va a hacer? ¿Sobre la base de la presión del movimiento obrero o sobre la buena voluntad del capital y el ejército?». «Confieso que eso no lo tengo analizado», dijo aquel hombre. ¡Me había contado una historia! Pues esto es: vendían el humo. Los otros sí sabían lo que vendían. Pero ellos, dirigentes de la izquierda, vendían humo. Fueron presos y abducidos por algo totalmente ideologizado, sin razón. Ya, viendo lo que hay en Europa, me entrevisté también con un diputado del Partido Comunista Italiano llamado Segre y en un momento de la entrevista vino a decirme que la democracia iba ligada al mercado. Así que una vez visto lo que teníamos en Europa recogí mis textos aprobados y me volví.

Pero es que hasta gente del PSOE y el PP sabía que Maastricht era un error. Yo me he bajado de la tribuna, tras hacer un alegato contra Maastricht, y tanto Rodrigo Rato como Isabel Tocino me han dicho en el pasillo «llevas razón sobre lo de Maastricht, pero no podemos hacer otra cosa». Pero, eso sí, lo decían a título personal y fuera del hemiciclo. A Salvador Jové en el aeropuerto de El Prat le dijo Josep Borrell: «Lleváis razón con lo de Maastricht, eso es un atraso. Pero no podemos hacer otra cosa». Fíjate en manos de quién ha estado este país. Entonces ¿qué ocurría? Que estábamos seguros de lo que decíamos, porque nadie nos rebatía con datos y argumentos. Es más, yo tengo una entrevista de muchas horas en París con Jean-Pierre Chevènement, cofundador del Partido Socialista Francés y del Movimiento de los Ciudadanos, ministro entre 1980 y 1990 y en aquellos momentos un disidente de las tesis oficiales sobre Maastricht. De él aprendí bastantes cosas que me ayudaron a reafirmarme en nuestra posición sobre el Tratado de la UE.

El caso es que a partir de nuestro rechazo se desató una cruzada contra nosotros donde se nos presentaba como unos bárbaros anti europeístas. Y lo peor fue que de frente teníamos a los que se supone eran los nuestros: CCOO y dirigentes de IU. Entre estos últimos Nicolás Sartorius, Alonso Puerta, Rafael Ribó y en general todo el conjunto de dirigentes y militantes que posteriormente conformaron Nueva izquierda. Y ahí se intensificó un drama que venía de lejos. Su desenlace tuvo lugar en la III Asamblea Federal de IU en 1992.

Juan Andrade: *La III Asamblea de 1992, donde se explicita el debate sobre Maastricht y a propósito de él otros debates, fue el Rubicón para Izquierda Unida. ¿Pensaste aquellos días que tu propuesta podía ser rechazada por la mayoría de los delegados?*

Julio Anguita: Cuando se realiza la III Asamblea yo soy un coordinador general dimitido ¿Por qué? Porque la organización del País Valenciano plantea una propuesta que implica que ellos son dueños libres y soberanos para pactar con fuerzas estatales en su territorio. Y no estamos de acuerdo, porque eso iba contra los estatutos. Pero ellos junto con el PASOC y lo que después será Nueva Izquierda están apostando por esta línea. ¿Por qué? Después se ha visto, porque querían pactar con el PSOE. Pero entonces, aunque yo ya lo veo, no todo el mundo lo veía. Ellos van a una Presidencia Federal donde se les dice que esa decisión corresponde por su enjundia al Consejo Político Federal. Yo sabía que en la Presidencia Federal sería derrotado y en consecuencia no se convocaría al Consejo. Por eso, y desde unos días antes, redacté mi carta de dimisión irrevocable, de la que tenían conocimiento dos o tres dirigentes de confianza total. Cuando la votación se produjo dije; «la votación que habéis forzado la habéis ganado pero no es correcta porque la decisión es competencia del Consejo». El caso es que estaban muy sonrientes hasta que yo espero un momento y les leo mi dimisión, y les digo que es irrevocable y que no la iba discutir. Aquello fue una estrategia. Yo entonces me fui al partido, empecé a trabajar y ellos se encontraron de pronto ante las consecuencias de su insensatez. Porque habían tomado un acuerdo contestado por una parte de la dirección del País Valenciano y contestado por los propios estatutos.

Cuando se acerca la Asamblea me piden que como yo he sido el coordinador durante mucho tiempo que yo presente un informe. Bueno, yo lo presento, pero hete aquí que hablando con Andoni Pérez Ayala, un dirigente del País Vasco, él me dice así muy a lo vasco: «Pues yo te voy a plantear una enmienda en plena asamblea federal para que mostremos nuestra disconformidad con Maastricht y nuestro rechazo». Y yo le digo: «Andoni, plantéala que yo te la voy a admitir». Claro, esto ya lo había hablado con la dirección del partido, de modo que sabíamos qué iba a ocurrir.

Al principio de la asamblea todo iba como la seda, porque los compañeros vencedores de la votación de la Presidencia Federal creían que aquí el problema ya se había acabado. Bueno, pues la Asamblea va transcurriendo como la seda hasta que llega el momento. Y yo acepto la enmienda. Y allí ardió Troya. Se acepta la enmienda, la votación se pospone por el follón que había y yo recibo unas presiones tremendas, al tiempo que muchos dirigentes me animan a no ceder. Fue una noche difícil. Porque incluso dirigentes de la talla de Gregorio López Raimundo en aquella noche de debate se acercaron a decirme: «Julio, no puedes mantener esa posición. La política del partido de siempre es decirle sí a Europa». Y yo ante aquella figura –¡coño es que era Gregorio López Raimundo, era Dios ante mí y ante mi cultura!– tuve que decir: «No, Gregorio». Eso no fue fácil. Fue una noche en la que muchos dirigentes temblaron, porque decir no era enfrentarse a los periódicos. Y tengo que decir que en aquella ocasión, en aquella noche tremenda en la que Salvador Jové y Paco Frutos defendieron nuestro proyecto, fueron especialmente las mujeres, desde Concha Caballero a Rosa Aguilar, desde Ángeles Maestro a Susana López, quienes me dijeron: «Julio, llevamos razón, tiremos para adelante». El tiempo ha pasado, han cambiado mucho las cosas. Pero aquella noche fue muy especial.

Entonces uno asiste a una lucha tremenda y ve que la organización se divide. Claro, los que están en contra de la enmienda son los que mima la prensa, son Nicolás Sartorius, Palero, los dirigentes sindicales, la elite instalada, la izquierda reconocida. Y nosotros somos los mesiánicos, los duros, los ortodoxos. Y todo lo que ha ocurrido después ya lo sabemos. Pero a los 20 años las cosas se ven distintas, la verdad.

Juan Andrade: *¿Has vuelto a tener relación con Nicolás Sartorius?*

Julio Anguita: Nunca, nunca más. Lo único que sé de él es que hace dos años o tres me dijo José Luis Centella que en una reunión en la que había unos cuantos sindicalistas dijo: «Nos engañaron con lo de Maastricht». Eso no sirve de consuelo ni palia el mal que hicieron a la organización. Hicieron daño porque en aquella Asamblea IU se dividió entre un 60 por 100, nosotros, y un 40 por 100, ellos.

Juan Andrade: *¿Qué razones daba la otra parte de Izquierda Unida para respaldar el Tratado de Maastricht?*

Julio Anguita: Pues lo decía Nicolás Sartorius: «esto es lo máximo que podemos aguantar, pero hay que decir que sí. Desde luego las condiciones que han puesto nos han colocado casi contra la pared, pero todavía queda una esperanza», esa fue su filosofía, la tengo grabada en la memoria. Bueno, pues ya se sabe el resultado de aquel tratado y de los tratados posteriores de la Unión Europea. ¿Qué ha pasado? Que ha ocurrido lo que dijimos. Pero, ¿por qué? ¿Porque éramos visionarios? No, nuestro mérito es que en vez de la prensa leíamos informes y debatíamos sobre realidades concretas y no sobre humo.

Como muestra del camelo que bajo el símbolo de la unidad europea era realmente el Tratado quiero reproducir la descripción de la Política de defensa y seguridad común. Decía el texto, lo tengo aquí, mira, que la Unión se dotaría de una PESC «que incluirá en el futuro, la definición de una política de defensa común que pueda conducir, en su momento, a una defensa común». Este lenguaje propio de Cantinflas, que servía para ocultar la política de austeridad que ha venido después como consecuencia del Pacto de estabilidad y crecimiento, se constituyó en la jerga de la religión del europeísmo de salón.

Juan Andrade: *Lo que a mí me llama la atención en el caso de IU es –y eso creo que es un rasgo heredado de la cultura política del PCE en la transición– la adhesión a planteamientos políticos mayoritarios que entran en contradicción con el propio ideario, incluso cuando esos planteamientos tienen un respaldo tan amplio entre otras fuerzas políticas que ni siquiera necesitan del respaldo de Izquierda Unida para abrirse paso frente a otros planteamientos que, digamos, pudieran ser peores. Es una cultura de la gobernabilidad llevada al extremo o, visto desde otra perspectiva, llevada al ridículo por parte de alguien a quien ni se reclama ni se necesita para gobernar.*

Julio Anguita: Sí. Con lo fácil que es a veces inhibirte. Fíjate, no defiendo esa posición, pero a veces, inhibirte es muy cómodo porque tú no decides nada. Pero no, es la maldita historia de participar del poder, de ser como ellos, de ser admitidos, de ser legitimados y homologados. A mí la

socialdemocracia no me homologa. Porque no tiene por qué homologarme. Yo como miembro de un Partido Comunista he luchado por la democracia más que la socialdemocracia. Pero está metido en el tuétano: muchos de los nuestros se han considerado como extranjeros, metecos, como ilegalizados. Y, claro, necesitan que se les bautice, entrar en buena sociedad. Pero, claro, es que para mí ellos no son la buena sociedad.

Juan Andrade: *Son tres niveles que parecen sobrevolar toda la política y los conflictos de Izquierda Unida y que en parte vienen de la cultura política del PCE en la transición: la necesidad de procurarse el reconocimiento del adversario, el haber interiorizado la cultura de la gobernabilidad y la necesidad de espiar un pecado originario más atribuido que perpetrado.*

Julio Anguita: Eso es. Esa ha sido la batalla, el eje central, cuando hablábamos del problema de Euskadi, cuando hablábamos del tema europeo, cuando hablábamos de política exterior, cuando hablábamos de la política de alianzas. Permanentemente, permanentemente, eso daba vida a un discurso contrapuesto, pero además a un discurso contrapuesto que perdía las votaciones, pero que después en las otras direcciones de comunidad autónoma o provinciales, saltándose los estatutos, se volvía a vertebrar. Y con el tema de las alianzas con el PSOE sucedía lo mismo. Es decir, nosotros, que venimos de una cultura revolucionaria, que niega la realidad existente porque quiere cambiarla, somos totalmente conquistados por las mieles de esa sociedad palatina. No hay nada más que verlo.

Juan Andrade: *Al tiempo que se va construyendo la Unión Europea cabría esperar que la izquierda iniciara también un proceso de convergencia internacional, por lo menos en el marco europeo. Sí consta que hubo una agrupación de partidos comunistas y de la izquierda alternativa en Estrasburgo, pero ¿llega Izquierda Unida a concebir durante aquellos años esa convergencia y unidad de lucha con los otros referentes europeos de la izquierda alternativa como una prioridad para hacer frente al tipo de Unión Europea que se está construyendo y para hacer frente a otros retrocesos sociales derivados de la entonces llamada globalización?*

Julio Anguita: Aquello era un barullo. Cuando llegué a la Secretaría General, en Europa había un grupo parlamentario que presidía Gianni

Cervetti. Se llamaba «Grupo parlamentario de comunistas y emparentados». Lo formaban los partidos comunistas de Italia, de Francia, de Grecia, de España y alguna que otra pequeña formación de tipo socialista. Pero cuando el Parlamento Europeo comenzó a cobrar consistencia y nuestro grupo parlamentario también, tuvimos que hacer esfuerzos tremendos para poder seguir manteniendo el grupo. Cuando conseguimos el 13,4 por 100 de los votos y 9 diputados en las elecciones europeas de 1994 negocié con Achille Occhetto el nombre del grupo parlamentario porque el italiano no quería que el nombre de comunistas apareciera. Así, con el teléfono en la mano y atendiendo a las opiniones de mis compañeros de dirección, aprobamos que se llamara grupo de la Izquierda Unitaria Europea. En aquel grupo parlamentario los nuestros (9 parlamentarios) eran los mayoritarios. Maastricht fue un elemento de tensión dentro del grupo parlamentario europeo. Por una parte estaba, tirando a favor del tratado, Synaspismós, el movimiento griego que encabezaba María Damanakis con el que, aparte del tratado, teníamos muchas coincidencias. Por otra parte estaba el Partido Comunista Griego que dirigía Aleka Papariga; el Partido Comunista Portugués, primero con Álvaro Cunhal y después con Carlos Carvalhas. Los franceses, aunque oficialmente estaban en contra, mantenían en la práctica una posición bastante ecléctica. Entonces había que hacer mucho esfuerzo y encaje de bolillos para mantener una unidad que no era real, un esfuerzo tremendo. Pero bueno, ahí fuimos trampeando para mantener una idea de unidad cara a la opinión pública. Después se ha visto cómo aquello no fue a buen puerto y, cómo la realidad ha ido mandando, sobre todo con la decisión del Partido Comunista Italiano de disolverse y de coger claramente otra línea.

[1] El texto íntegro del tratado puede consultarse en http://europa.eu/eu-law/decision-making/treaties/pdf/treaty_on_european_union/treaty_on_european_union_es.pdf

[2] Las posiciones de IU sobre Maastricht fueron definidas a partir de los análisis del Área de Economía de IU. Buena parte de esos trabajos fueron publicados en un libro editado en colaboración con La Catarata. En él aparecen artículos de los economistas Juan Francisco Martín Seco, Salvador Jové, Adolfo Mansilla, Miren Etxezarreta, Jesús Albarracín o Pedro Montes, además de politólogos, filósofos, dirigentes de IU y varios colectivos, VVAA, *La izquierda y Europa, Una aproximación crítica al Tratado de Maastricht,* Madrid, IU-La Catarata, 1992.

[3] Salvador Jové y Adolfo Mansilla, «Maastricht y la economía», en VVAA, *La Izquierda y Europa,* cit, pp. 25-29.

[4] Según cálculos de Juan Torres López estas instituciones habrían sacado de los Estados alrededor de siete billones de Euros en concepto de intereses: Juan Torres López, «Aquel Tratado de Maastricht», http://juantorreslopez.com/impertinencias/aquel-tratado-de-maastricht/. Algunos cálculos contrafácticos al respecto plantean que si el Estado español hubiera financiado los saldos primarios que ha ido teniendo desde 1989 a un 1 por 100, como sería lógico si la financiación hubiera procedido de un banco central, la deuda, ha llegado a sobrepasar el 80 por 100 del PIB durante la crisis, estaría en el 14 por 100: Eduardo Garzón, «Situación aproximada de las arcas públicas si el Estado español no pagara intereses de deuda pública», en http://eduardogarzon.net/situacion-de-las-arcas-publicas-si-el-estado-espanol-monetizara-su-deuda-publica/

[5] Pedro Montes y Jesús Albarracín, «El sueño liberal engendra monstruos», en VVAA, *La izquierda y Europa,* cit., pp. 56-85.

[6] Véase Julio Anguita «Intervención en el Congreso de los Diputados. Debate sobre Maastricht. Madrid, 29 de octubre de 1992», en Julio Anguita, *Combates de este tiempo,* Córdoba, El Páramo, 2011.

[7] Nicolás Sartorius, «Por qué soy partidario de ratificar Maastricth», *El Mundo,* 12 de septiembre de 1992.

[8] «Anguita dimite como coordinador general de Izquierda Unida», *El País,* 28 de noviembre de 1991.

[9] «Once diputados de IU ponen su cargo a disposición de la coalición», *ABC,* 30 de octubre de 1992.

[10] La entrevista completa puede verse en: «Julio Anguita. Entrevista completa. Tiempos difíciles. 1995.», en https://www.youtube.com/watch?v=4qkPSdohPBA

9. IU: las dos orillas, el *sorpasso*, la unidad de la izquierda y la pinza

Otra línea de fractura en Izquierda Unida se abrió a propósito de las relaciones con el PSOE. La divergencia se pudo advertir en los primeros momentos, pero se fue haciendo más aguda al calor de los resultados electorales, de las medidas de gobierno del PSOE, de la respuesta social que estas recibieron y de los diferentes proyectos que, en ese contexto, los distintos sectores de IU pensaban que debían y podían desarrollar.

Ya en la I Asamblea de 1989 Julio Anguita, recién nombrado candidato a la presidencia del gobierno, declaró, más allá de la retórica alentadora de estos eventos, que aspiraba a hacer de Izquierda Unida una alternativa real de gobierno[1]. *En las elecciones celebradas en octubre de aquel año IU prácticamente duplicó sus resultados, pasando del 4,63 por 100 al 9,07 por 100. El crecimiento se produjo a partir de la incorporación de nuevos votantes jóvenes y a costa también de una pequeña parte del electorado anterior del PSOE. Antes de las elecciones de 1989 se había producido un acontecimiento fundamental de la historia reciente de la democracia española: la huelga general del 14 de diciembre de 1988, convocada por CCOO, UGT y sindicatos alternativos menores contra la política económica del gobierno. La huelga fue todo un éxito y forzó al gobierno a realizar algunas concesiones sociales. A ojos de algunos dirigentes de IU el descontento social hacia el PSOE, expresado masivamente en la huelga general, y el despunte de IU un año después abrían condiciones de posibilidad para trabajar en la perspectiva de una recomposición política y electoral de la izquierda en beneficio de IU.*

El debate sobre los pactos con el PSOE se avivó al ritmo de las elecciones municipales y autonómicas. En las elecciones a ayuntamientos de mayo de 1991 IU subió algo más de un punto, consiguiendo el 8,32 por 100 de los votos en el conjunto del país y constituyéndose en partido bisagra en la conformación de varios ayuntamientos, así como en las comunidades de Madrid y Valencia, donde también se celebraron ese año elecciones autonómicas. En este contexto las diferencias de criterio dentro de IU se expresaron a apropósito del contenido de la decisión a adoptar, pero también acerca de quién debía adoptarla. Un sector importante, en el

que estaban los llamados renovadores encabezados por Nicolás Sartorius y la dirección de Iniciativa per Catalunya, se manifestó partidario de reeditar la tradición abierta en 1979 de pactos automáticos con el PSOE a escala municipal, así como de entrar en los gobiernos autonómicos con los socialistas allí donde fuera posible desplazar a los partidos de la derecha. La nueva corriente mayoritaria que empezaba a nuclearse en torno a Julio Anguita pensaba, sin embargo, que se había entrado en otro tiempo político, que obligaba a abordar cada caso en función de sus peculiaridades y atendiendo a la concreción de acuerdos programáticos[2]*. Por otra parte, el sector de Julio Anguita había logrado llevar a los documentos de IU que la elaboración de las líneas generales que debían orientar los pactos electorales a nivel local y autonómico fuese una competencia federal, mientras que otros sectores, con la Iniciativa per Catalunya de Rafael Ribó a la cabeza, reclamaban la completa autonomía de las federaciones al respecto. Ambos debates estaban entrelazados, porque la única forma de sellar pactos generales con el PSOE a nivel municipal y regional era tomando la decisión a nivel de federación, toda vez que a nivel federal la iniciativa de los pactos empezaba a cuestionarse por la mayoría de la dirección de IU. Además, el debate estaba enconado por la decisión de IC de pedir, apelando a su propia autonomía, el voto para Euskadiko Ezkerra en las elecciones autonómicas vascas del año anterior, frente a la candidatura presentada allí por Izquierda Unida*[3]*.*

El debate volvió a reproducirse en la II Asamblea Federal de IU de 1992. Al igual que el asunto de Maastricht y definiendo de forma bastante parecida los bandos enfrentados, el tema de los pactos electorales fracturó a IU en dos grandes bloques, aunque de nuevo la exigua mayoría cayó en manos del sector de Julio Anguita.

La situación se fue tensando dentro de Izquierda Unida a medida que la dinámica política nacional de confrontación con las medidas gubernamentales del PSOE entraba en contradicción con la dinámica electoral municipal y regional, donde más nítidamente podía percibirse que el desgaste del PSOE era rentabilizado más por el Partido Popular que por Izquierda Unida. Varios dirigentes regionales veían que la derecha de toda la vida empezaba a hacerse con las instituciones de sus municipios y comunidades. La tensión se acrecentó cuando algunos dirigentes y

militantes empezaron a sentir que esa tendencia podría reproducirse a nivel nacional.

Las medidas de gobierno de Felipe González llevaron a IU a la confrontación con el PSOE. En términos estrictamente programáticos no tenían mucho más margen si querían ser coherentes con lo que habían aprobado en sus asambleas. Entre las medidas estaba la privatización de buena parte del entramado industrial y energético público[4]. *Aunque menos virulentas, en la década de los 90 también se produjeron importantes movilizaciones contra las medidas del gobierno del PSOE: huelgas generales de estudiantes contra la LOGSE en 1990, acciones del MOC contra el reclutamiento forzoso; manifestaciones contra el establecimiento o la moratoria de centrales nucleares; o la huelga general del 22 de mayo de 1992 contra el recorte de las prestaciones por desempleo y contra el proyecto de modificación de la ley de huelgas*[5].

Fue en este contexto general, tras el duro debate sobre Maastricht y tras otra huelga general, en el que Julio Anguita empezó a dar forma a lo que luego se dio en llamar la «teoría de las dos orillas». Según el coordinador general de Izquierda Unida la actitud ante la desindustrialización, las privatizaciones, la pérdida del poder adquisitivo de salarios, pensiones y prestaciones por desempleo, la anteposición de los criterios monetaristas de Maastricht a la creación de empleo y la limitación de derechos fundamentales con que cohibir la protesta eran los parámetros fundamentales desde los cuales delimitar dos grandes bloques en el espacio político español. A la derecha quedaban quienes ejecutaban esas medidas o las apoyaban, a la izquierda quienes se oponían a ellas y trataban de construir una alternativa. En esa delimitación de espacios Julio Anguita constataba que el PSOE se había situado en la derecha, junto con los partidos de la derecha tradicional. El coordinador general de IU no entraba a considerar si el PSOE era o no un partido de izquierda o derecha. Se limitaba a constatar que, por la aplicación reiterada y consciente de las medidas mencionadas, se situaba en ese espacio político.

La nueva visión de Julio Anguita trataba de situar a sus adversarios en el mapa político atendiendo a la materialidad de las políticas que venían apoyando o ejecutando, por encima de consideraciones relativas a su origen histórico, a su capital simbólico, a su autodefinición ideológica y, lo más destacable, a cómo fueran definidas en el panorama mediático y a

cómo fueran percibidos por la mayoría de los ciudadanos. Lo que importaba a la hora de definir la actitud de IU ante el PSOE no es que se denominara Partido Socialista Obrero Español, ni que hubiera sido fundado como el referente de la Internacional Socialista en España, ni que su programa máximo hubiera sido revisado por Paul Lafarge, ni que hubiera hecho una contribución histórica a la lucha por los derechos de los trabajadores en la Restauración y la Segunda República o a la lucha contra el fascismo en la Guerra Civil Española. Tampoco importaban que en ABC, El Mundo o El País el PSOE fuera considerado el partido de la izquierda o el centro izquierda, ni siquiera que según las encuestas la inmensa mayoría de los ciudadanos lo ubicase en esa posición del espectro político. Lo importante a la hora de fijar la posición de Izquierda Unida con respecto al PSOE eran las medidas concretas de gobierno que los socialistas estaban adoptando.

Al determinar la posición política de los partidos a partir de sus decisiones concretas y no atendiendo a identidades genéticas e ideológicas inamovibles, Izquierda Unida no dejaba de contemplar la posibilidad de que el PSOE pasara de una orilla a otra y eso cambiara las relaciones entre ambos.

Las discrepancias dentro de Izquierda Unida con respecto a este análisis y la estrategia que de él se derivaba fueron de distinto tipo y rigor. Para algunos sectores resultaba demasiado arriesgado diseñar una estrategia de confrontación con el PSOE basada en una consideración pública de este partido muy diferente a la que de él tenía la mayoría de los electores y muchos de los potenciales votantes de IU. Por otra parte, había quienes consideraban que la distancia entre el PSOE y el PP era mayor a la distancia entre el PSOE e IU y que ello obligaba en buena lógica a trazar la línea de frente allí donde la distancia entre dos de los tres agentes fuera mayor, es decir, dejando en un lado al PP y en el otro a IU junto con el PSOE. Esta visión procedía de sectores que miraban con mayor benevolencia algunas de las medidas gubernamentales de Felipe González. Por otra parte, también había quienes, aun considerando las diferencias fundamentales entre IU y PSOE e incluso criticando abiertamente las medidas de este, consideraban que, llegado el caso, había que apoyar al PSOE frente al peligro, todavía mayor, de que accediera a las instituciones la opción, todavía peor, que representaba el Partido Popular. Se trataba, en

cierta forma, de un argumento más básico y con mayor calado que apostaba por apoyar lo malo para evitar lo peor.

El sector encabezado por Julio Anguita respondía normalmente a estos argumentos planteando que no se podía apoyar sistemáticamente al PSOE porque ello exigía renunciar previamente a los principios programáticos de IU. Frente al «argumento del mal menor», que planteaba que había que hacerlo para bloquear el acceso del PP al gobierno y que eso permitiría además girar al PSOE a la izquierda, había contrargumentos de mucho peso, aunque de exposición más compleja. Apoyar incondicionalmente al PSOE ante la perspectiva de que llegara al poder el PP entrañaría en la práctica una derechización general de la política nacional. Si el PSOE sintiera que hiciera lo que hiciera, por antisocial o impopular que fuera, siempre iba ser apoyado por IU para evitar el mal mayor del PP, entonces en ningún momento se sentiría obligado a girar a la izquierda. Incluso aunque solo fuera para condicionar al PSOE hacia la izquierda, la amenaza de no apoyarlo institucionalmente debía de ser una amenaza real. Por otra parte, la lógica de apoyar lo malo para evitar lo peor, era, por pura lógica, una hipoteca para cualquier proyecto que aspirase a construir algo mejor.

Este análisis de las dos orillas y la visión estratégica que de ella se deriva no estuvo, sin embargo, interiorizada por una amplísima mayoría de Izquierda Unida, cuyo respaldo activo hubiera sido necesario para sacar adelante una apuesta tan ambiciosa. Más difícil fue, por ello y por otras limitaciones de comunicación, trasladarla a amplísimos sectores de la izquierda social.

Las relaciones de IU con el PSOE se fueron tensando todavía más a medida que salieron a la luz los múltiples casos de corrupción que se relatan en el capítulo siguiente y después de que el PSOE decidiera tras las elecciones generales de 1992 pactar con CiU y PNV en vez de hacerlo con IU, que le había ofrecido un acuerdo programático[6]*. En este contexto, Anguita dio una vuelta de tuerca a su discurso de la alternativa planteando la apuesta por el sorpasso; es decir, planteando la aspiración, aunque fuera a medio plazo, de aprovechar el desgaste del PSOE para sobrepasarle, por la izquierda, como opción más representativa de la izquierda. La expresión se había tomado del contexto político italiano en el que el antiguo PCI logró imponerse también en las urnas a los socialdemócratas. Julio*

Anguita la adoptó en un informe al Consejo Político Federal en vista a las elecciones generales de 1996 y tras los buenos resultados obtenidos en las europeas de 1994, en las que IU consiguió el 13,4 por 100 de los votos. La teoría del sorpasso fue vista por los sectores críticos con Julio Anguita como una aspiración delirante que no tenía en cuenta las tendencias políticas e ideológicas de la sociedad española, ni la consistencia histórica del PSOE como partido, ni la de la socialdemocracia como cultura política dominante en la izquierda social. Por el sentido exacto que tenía esta propuesta le preguntamos a Julio Anguita a continuación.

Juan Andrade: *¿En qué consistía la teoría de las dos orillas?*

Julio Anguita: La expresión la utilizo en un Consejo Político Federal, allá a finales de 1995, en un informe que someto a votación y se aprueba. Quiero aclarar que cada informe que el coordinador general llevaba al Consejo había pasado previamente por el equipo de trabajo diario y después aprobado por la Presidencia Federal.

Juan Andrade: *¿Y esa expresión no fue objeto de enmienda?*

Julio Anguita: No, pero que no te llame la atención porque en IU, como en la mayoría de los partidos, casi nadie lee previamente los informes (lo tenían con antelación suficiente) o simplemente votan y se desentienden de lo votado. Una cultura muy de estos tiempos. El caso es que yo nunca dije que el PSOE y el PP fuesen iguales, jamás. Dije algo de mayor calado teniendo en cuenta que en castellano, al contrario que el francés o el inglés, hay dos verbos: uno es ser y otro estar. Yo dije que ambos estaban en la misma orilla, coincidían y compartían las políticas determinantes en economía, en exteriores y en el proyecto europeo. Tras la aprobación de la reforma constitucional del 2011 la cuestión ha quedado saldada. No creo que deba explicar más.

Juan Andrade: *También acuñaste otra expresión de origen italiano: il sorpasso. ¿Qué era exactamente el sorpasso? ¿Era la constatación de una posibilidad inminente, era un horizonte de trabajo a medio plazo o era un mito movilizador para la militancia?*

Julio Anguita: Uno de los debates y acuerdos más falseados fue el del llamado *«sorpasso»;* es decir la estrategia de IU consistente en sobrepasar

al PSOE. El acuerdo, que fue votado por una mayoría bastante holgada, fue descrito como una «boutade». Sin embargo, quienes lean el texto aprobado podrán comprobar que se trata de una propuesta llena de sentido común, lógica y, sobre todo, carente de prisa. Era una operación de largo aliento estratégico, y además necesaria. Hoy, cuando tenemos esta conversación (enero de 2015) las encuestas sitúan a Podemos como una fuerza capaz de realizar el *sorpasso* ya. Más allá de que lo consigan o no inmediatamente es notorio que no parece descabellado y desde luego se ve necesario como una fase orientada a romper el bipartito.

Te diré también que a estas alturas me arrepiento de haber utilizado la palabra, porque tenía connotaciones italianas. Pero así como me arrepiento de la palabra no me arrepiento del contenido. Pero esto, como lo otro, también lo aprobaron. ¿Cómo planteé yo el *sorpasso*? Yo dije: «nosotros tenemos que crecer sobre la desaparición o debilidad del PSOE». Así de claro. El PSOE para una política de izquierdas es un obstáculo. Al PP lo ves venir. Entonces nosotros teníamos que crecer a expensas de que la gente, por la vía del convencimiento, se diese cuenta de que éramos la opción de izquierda. Pero eso no se podía hacer de la noche a la mañana, sino que se esbozó un plan, que exigía que las agrupaciones de Izquierda Unida fueran en busca de sus correspondientes del PSOE y trabajaran juntos en las cuestiones más inmediatas del entorno y siempre ante la opinión pública, siempre con el programa y la acción concreta evitando debates nominalistas. ¿Por qué? Porque eso ante la población evidenciaría donde están las propuestas que son más correctas. Y eso en su momento, en su momento, podría llevar al *sorpasso*.

La inminencia de unas elecciones le hizo decir a un responsable de la dirección, al que llamé por teléfono y tuvimos palabras duras, que el *sorpasso* era inminente. Y yo le dije: «¿Y a ti quién te ha dicho eso?». «Lo hemos aprobado», replicó. «¿Quieres leer lo que hemos aprobado?», le tuve que decir. Y de ahí se vulgarizó la idea del *sorpasso* como inminente traspaso o sobrepaso electoral del PSOE. Nunca se planteó como inminente, sino como objetivo a largo plazo.

Juan Andrade: *¿Al plantear el sorpasso, incluso como horizonte a medio plazo, no se contemplaba también la posibilidad de que desplazar al PSOE*

entrañaba el riesgo de que Izquierda Unida necesitara convertirse en un sucedáneo suyo dada la composición sociológica y cultural del país?

Julio Anguita: Claro, por eso yo introducía un factor tiempo. El tiempo es la única solución, el tiempo te permite crear músculo, nervio, fibra. Si tú de pronto entras en el terreno de la gobernabilidad sin haber preparado a la gente que te va a votar, sin haberte preparado tú, sin haber creado las condiciones objetivas y subjetivas, claro que te puede ocurrir. Por eso lo único que teníamos nosotros era tiempo, tiempo y un método de análisis y de trabajo, áreas colectivas de elaboración que permitirían ir preparando esas condiciones.

Juan Andrade: *Ahora con la crisis estructural del capitalismo se ha producido esa aceleración del tiempo histórico y en el caso de Grecia el sorpasso primero y el triunfo electoral después lo acaba de dar Siryza. Hablaremos de ello más adelante, pero ¿piensas qué los tiempos corren a favor de recuperar aquí en España esa apuesta por el sorpasso?*

Julio Anguita: Corren a favor.

Juan Andrade: *Hemos hablado de la teoría de las dos orillas y del sorpasso. Hay otras dos expresiones que van unidas a ellas a modo de contra-conceptos, pero formando parte del mismo campo semántico de la época. Me refiero, por una parte, a la llamada «unidad de la izquierda» y, por otra, a la «teoría de la pinza». Hablemos de ellas.*

Julio Anguita: La historia de mi época está llena de intervenciones parlamentarias visibles en los diarios de sesiones planteándole al PSOE acuerdos programáticos. La más elocuente de ellas se dio en el año 94, cuando hice una oferta de 25 puntos a González y me contestó de manera irónica: «Hombre, señor Anguita, cuando pasó usted de la 21 respiré tranquilo». La mayor parte del hemiciclo no se enteró de lo que quería decir. Tiraba con bala. Tú sabes que la Internacional Comunista propuso en 21 condiciones en 1921 para formar parte de ella. Hubo diputados que se rieron pero no sabían a qué hacía referencia González. Total, que Felipe González no nos hizo ni caso. Han sido constantes las propuestas públicas al PSOE.

En el año 96, recién ganadas las elecciones por Aznar, en el Consejo Político Federal de junio yo planteé una acción contra la política de Aznar. La imprimimos en un folleto y se lo mandamos a los sindicatos, que nos contestaron por bulerías. Y Felipe González respondió afirmativamente y nos entrevistamos en su sede de la calle Gobelas. Y para que no hubiese mala interpretación editamos un folleto, del que le entregué un ejemplar, en el que decíamos que seguiríamos insistiendo en la investigación sobre los GAL. Le decíamos que incluso, si llegásemos a un acuerdo, esa materia no formaría parte de la negociación. Como consecuencia de aquella primera entrevista tuvimos tres meses o cuatro meses de encuentro para esbozar un programa entre dos delegaciones. Nuestra delegación la formaba Alonso Puerta, Juan Francisco Martín Seco y Víctor Ríos. Y por parte de ellos estaba Hernández Marugán y creo que Rubalcaba. Hernández Marugán era el hombre que ellos tenían para tratar los asuntos de política económica. Y se alcanzaron algunos acuerdos, hasta que se llegó al tema fiscal. Entonces Martín Seco dijo: «Esto no podemos admitirlo». Y ellos también lo entendieron, de modo que no hubo acuerdo, no estaban dispuestos. Pero existió ese intento de entendimiento.

En el año 98 en el debate del Estado de la Nación yo le di a Aznar unos cuantos golpes dialécticos y luego me dirigí al PSOE: «Miren ustedes, vamos a dejar de criticarlos y vamos a crear una nueva situación desde la izquierda». Y les planteé 13 puntos. No solamente desde la tribuna, sino que Rosa Aguilar bajó de su escaño y se los dio a Josep Borrell y a Joaquín Almunia. No contestaron. A los pocos meses, en una rueda de prensa dijo Almunia: «Con Izquierda Unida no podemos llegar a acuerdos porque no podemos dejar solo en el centro al PP». Toda una descripción de donde están. Bueno, eso fue así hasta que se pactó en el año 2000. Yo ya estaba en mi última etapa y ya sabemos las consecuencias de aquello. De modo que, cuando se dice que nosotros no hemos querido llegar a acuerdos con el PSOE, yo ya ni me inmuto, saco el diario de sesiones.

La pinza. La pinza es un buen invento y además yo no es que lo justifique, pero lo veo lógico. El PSOE ha perdido el gobierno y entonces tiene que buscar un culpable. Y ha perdido el gobierno porque aquel PSOE era sinónimo de corrupción, de robo, de crimen de Estado. ¡Es que era tremenda la lista de escándalos! Entonces tienen que buscar un culpable. Y ponen en marcha la operación de la pinza, diciendo que el PP y nosotros

tenemos un pacto. Yo la teoría de la pinza la he contrarrestado, cuando me ha dado la gana de entrar en debate, con un documento que tengo ahí, una carta que me dirige José María Aznar y que yo llevo a la presidencia de Izquierda Unida. En ella se ofrecía una propuesta para que pusiéramos en marcha una moción de censura conjunta. Él se comprometía a no gobernar, a mantener simplemente el funcionamiento del Estado día a día y a convocar elecciones inmediatamente. Nuestra respuesta fue que no y se le argumentó. O sea, que si hubiéramos querido a Felipe lo quitábamos de en medio. Hubiese sido una locura, pero lo hubiésemos hecho. Hubiésemos quitado a Felipe de en medio PP y nosotros, porque teníamos suficientes diputados.

¿Qué hicimos para contrarrestar la teoría de la pinza? Sacamos un folleto, que yo redacté, donde pusimos por un lado todos los acuerdos alcanzados entre PSOE y PP en el Congreso de los Diputados y, por otro, todos los acuerdos alcanzados entre el PP e Izquierda Unida. Eran muchísimos los alcanzados entre el PP y el PSOE y uno entre el PP e Izquierda Unida, sobre cuestiones de democratización.

La pinza es una operación mediática que se adapta a un esquema para mentes perezosas que necesitan directrices facilonas, culpables e inocentes como en el cine, tipo «El bueno, el feo y el malo». En este caso el PSOE sería «El bueno», el PP «El malo» e Izquierda Unida «El traidor». No sé quién fue el cerebro goebbelsiano que inventó lo de la pinza, pero me gustaría felicitarlo, primero, y ponerlo verde después.

Juan Andrade: *¿Qué reflexión hacíais en IU ante el hecho de que el desgaste del PSOE en los últimos mandatos de González lo estuviera rentabilizando más el PP que IU?*

Julio Anguita: Te diré la que hago yo, porque no recuerdo haber reflexionado colectivamente sobre esa cuestión. Para mí era algo inevitable. Estábamos entre el Escila de silenciar la corrupción y el crimen de Estado o el Caribdis de que el PP se aprovechase de la corrupción generalizada de entonces. La ciudadanía como estamos viendo ha votado mayoritariamente al PP sin importarle las corrupciones del mismo. En la España de entonces y en la de ahora se vive la política partidaria como la adscripción a bandos, a los «míos» y en contra de «esos». Una fuerza política como IU, que ha pasado prácticamente incólume la aduana de la limpieza, es contemplada

como algo digno de elogio pero fuera de la realidad. Esta reflexión, que ahora pudiera parecer exagerada, recomendaría que se hiciese a la luz de la década de los noventa. Aquí muchas veces se ha votado «a favor de» y «en contra de». Era inevitable que ello sucediera. No olvidemos tampoco el papel de los medios de comunicación y su vinculación o enfeudamiento con dichas fuerzas políticas.

Juan Andrade: *¿Cómo interpretabas en aquellos años algunas alabanzas que recibías de dirigentes del PP o periodistas de la derecha reconocida?*

Julio Anguita: Nunca me engañé. Se me utilizaba como arma arrojadiza de unos contra otros. Pero ¿podía evitarlo? La polarización interesada y cultivada te hacía aparecer como inexorablemente ligado a uno u a otro. Volvemos al caso de la «pinza»; nunca se ha podido demostrar, pero el rol de «el bueno» y «el malo», según la óptica, arrastraba en su maniqueísmo a una opinión pública que, como digo, necesitaba de marcos cómodos de reflexión: «el bueno, el malo y el traidor». Cuando el tiempo ha pasado los hechos han dejado, desde la memoria, las cosas en su sitio. Debo decirte que a mí aquello no me preocupó mucho porque tengo una máxima que dice «Lo que no tiene solución no es un problema»

Juan Andrade: *Todo esto remite a las relaciones que Izquierda Unida mantuvo con El Mundo y tú concretamente con su director, Pedro J. Ramírez. ¿En qué se concretaron exactamente esas relaciones?*

Julio Anguita: Es el entendimiento del *do ut des*. Para explicarlo voy a situar primero de dónde viene mi relación con Pedro J. Ramírez. Pedro J. viene a Córdoba, cuando estaba en *Diario 16,* a hacerme una entrevista a propósito de mi enfrentamiento con el obispo. Estoy hablando del año 81, que ya ha llovido. Me hace la entrevista y después escribe un editorial en el que dice: «el auténtico obispo de Córdoba es Julio Anguita». No sé por qué lo dijo, quizá por mi manera de hablar o por lo que fuera, pero el caso es que me cayó en gracia. Después cuando me voy a Madrid me invita a la fiesta de presentación de *El Mundo.* Dos años antes había tenido lugar en el Patio Banderas del alcázar sevillano un mitin, agárrate, entre tres comunistas, Kepa Aulestia, Vázquez Montalbán y yo, en el que también intervino Pedro J. Nos dejó a la derecha a los tres. El caso es que cuando me voy a Madrid encuentro que *El Mundo* es un periódico dispuesto a

publicar nuestras opiniones, mientras que con *El País*, como comentaba, es realmente difícil. Entonces se inicia una relación *do ut des*. Él cede páginas, me trata bien y nosotros le damos las preferencias en la publicación. ¿Intenta él urdir una trama? Sí ¿Cómo? Pues la cuento. Él me invitó a una cena a la que asistió José María Aznar y en la que abrió el debate acerca de la necesidad de un cambio en España, y donde yo salí diciendo que sí hacía falta un cambio en España, pero que este, además de gobierno, debía ser sobre todo un cambio de estructuras económicas. Ahí quedó todo. Recuerdo también que nos regaló a los dos una historia universal magnífica de Gibbon.

Pedro J. siempre intentó jugar a que Izquierda Unida fuese el gregario del PP. Y yo jugué a que me dejasen hablar a mí y a los míos. En esa táctica siempre hay un riesgo tremendo, el riesgo de tratar de ser Daniel entre los Leones, pero lo asumí. No hubo más. Lo de la pinza, una periodista del *ABC* con la que estuve hace unos meses va a publicar un artículo desmontándolo con un dossier que le he dado. Incluye un escrito en el que yo respondo que no a Aznar cuando me pide que apoyemos la moción de censura, más otros de la presidencia federal y algunos datos que he dado. La periodista Esther Esteban entonces publicó un libro sobre cómo se originó la pinza con el que no estuve de acuerdo porque sus afirmaciones no se sostienen en pie con datos[7]. Me he dado cuenta de que la gente no es que mienta, es que se llega a creer sus propias construcciones. Pero bueno, a lo que voy, esa ha sido la relación. De hecho Pedro J. y yo en determinadas cuestiones nos hemos enfrentado. Incluso con cosas de mi hijo. Cuestiones laborales de mi hijo que nunca se han dicho. Pero sí, hubo una relación. Era el único periódico que nos publicaba. El único. Y asumimos el riesgo. Pero lo que sí puedo asegurar es que nunca, nunca, hubo un entendimiento. Nunca. En cuanto a la famosa pinza o a apoyar al Partido Popular, vuelvo a decir que los datos en el Congreso de los Diputados y demás demuestran que no hubo tal. ¿Que yo tomaba café con Aznar? Sí, mucho, pero es que no conseguí tomármelos con Felipe. Mis peticiones desestimadas para hablar con la Moncloa están ahí.

Juan Andrade: *Las relaciones con el PSOE fueron uno de los principales motivos de tensión en el seno de Izquierda Unida y una de las líneas que separaban entonces a la mayoría de la dirección que tú encabezabas de*

una minoría amplia y muy influyente que termina cristalizando no solo pero sí sobre todo en Nueva Izquierda.

Julio Anguita: Sí, entre mucha de aquella gente leal al proyecto y que te puede hablar bien de esto estaban Manolo Monereo, la persona con quien en muchos momentos mejor he llegado a entenderme, con discusiones y algún que otro desencuentro, pero con quien me he entendido muy bien. Junto a él está también, por supuesto, Salvador Jové, el coordinador del área económica. Y en materia económica Juan Francisco Martín Seco, que hizo aportaciones valiosísimas. Juan Francisco estaba con nosotros, aunque iba un poco por libre, cosa que además le agradecía, porque así era más independiente y me generaba mayor confianza. Hoy han pasado los años y seguimos coincidiendo. También he tenido momentos de entendimiento muy importantes con Felipe Alcaraz y, en determinados aspectos, con Pedro Marset, de Murcia. Y no hay que olvidar a Víctor Ríos, una persona indispensable en todo esto. Estoy hablando de las personas que han ido configurando, durante mucho tiempo, el gobierno de Izquierda Unida. Y junto con ellos gente de las federaciones como Antonio Herreros de Castilla y León y en su momento, antes de llegar ciertas cosas, Gaspar Llamazares. Estoy hablando de la gente que durante aquella travesía de la década de los 90 no solamente mantuvo una posición, hija del análisis y del estudio, sino que se aplicó a desarrollar la concepción originaria de Izquierda Unida.

El problema siempre fue que había gente que aprobaba cosas de cuyo alcance no eran conscientes. Y lo mismo sucedió con la política de las dos orillas y el *sorpasso,* al respecto de lo cual vuelvo a repetir que no negaba en ningún momento alianzas con el PSOE. Yo no paraba de ofrecer alianzas al PSOE en la tribuna del Congreso. Lo que decíamos es que esas alianzas debían ir ligadas a programas, a momentos coyunturales específicos e incluso a horizontes estratégicos, siempre y cuando se diseñara conjuntamente una verdadera hoja de ruta. Así entendíamos nosotros las alianzas con el PSOE, que no tenía nada que ver con decir simplemente amén a todo lo que ellos dijeran. Pero esta propuesta chocaba con esa posición tradicional de asentimiento al PSOE, que viene de una de las culturas del PCE, hija de los exiliados procedentes de Francia, para quienes la revolución o el cambio pasa por que los del PCE y los del PSOE vayan juntitos, y esa posición tradicional es la que se va imponiendo poco a poco.

¿Por qué? Entre otras cosas porque tiene detrás un poderoso aparato: el sindicato de Comisiones Obreras, cuyo secretario general me calificaba de chiíta. Y yo en aquella época en que me califica de chiíta lo entendía perfectamente, porque la formulación de estas cosas en el marco de aquella cultura parecía venir de un ayatolá. Pero bueno, lo que decía el ayatolá y decían sus compañeros era ni más ni menos que producto del debate en el que ellos habían intervenido como dirigentes votando a favor. Esa doble moral, consistente en decir una cosa en un sitio y otra en otro, ha sido un mal endémico que supongo que anida en todas partes, pero en Izquierda Unida proliferó de una manera tremenda.

Aquellos debates se quedaron en el pasado e Izquierda Unida estuvo durante mucho tiempo suspirando siempre por ser la compañera del PSOE. Ese suspiro ha informado muchas políticas y ha informado muchos presupuestos. Pero hoy la historia se venga con la crisis actual, que entonces no se manifestó pero que estaba allí larvada, como nosotros analizábamos. Sobre esto también quiero recordar unos materiales del área de economía que coordinaba Salvador Jové, un magnífico trabajo. En ellos se analizaba la crisis de la deuda en Latinoamérica y se advertía de que iba a pasar en Europa. Lo dijimos muchas veces en los debates y en intervenciones. Ahora hay gente que recordando aquello me dice: usted es un crack. Pero no es eso. No era una intuición mía sino una constatación resultado del análisis y el estudio de un grupo de gente muy buena.

[1] El periódico *ABC* recogía unas declaraciones de Julio Anguita de ese día en las que el recién elegido candidato a la presidencia decía «Yo ya me siento presidente», *ABC,* 13 de febrero de 1989, p. 22.

[2] «Anguita advierte que el pacto IU-PSOE en Barcelona no es “exportable”», *El País,* 18 de mayo de 1991.

[3] «Ribó considera un error que IU no coopere con Aulestia en las elecciones vascas», *El País,* 2 de octubre de 1990.

[4] Entre las empresas privatizadas total o parcialmente estaban ATESA (Autotransporte Turístico Español S.A.), E. N. Bazán (astilleros militares, Navantia), INH (Instituto Nacional de Hidrocarburos, Repsol), ENASA (Empresa Nacional de Autocamiones S.A., Pegaso), ENCE (Empresa Nacional de Celulosas de España), ENDASA (Empresa Nacional de Aluminio S.A.), ENDESA (Empresa Nacional de Electricidad S.A.), ENSIDESA (Empresa Nacional Siderúrgica S.A., Aceralia), ENTURSA (Empresa Nacional de Turismo S.A.), Santa Bárbara, (industria

armamentística) o SEAT (Sociedad Española de Automóviles de Turismo). Información obtenida de Sociedad Estatal de Participaciones Industriales, http://www.sepi.es/default.aspx?cmd=0001&IdContainer=49&lang=&idLanguage=&idContraste=

[5] Sobre la conflictividad estos años ver de nuevo Álvaro Soto Carmona, «El conflicto como respuesta social pero también política», cit., pp. 238-246.

[6] Véase por ejemplo las 25 propuestas que IU presentó en el Debate sobre el estado de la Nación de 1992: «Las propuestas de gobierno de Izquierda Unida», en PCE, *El socialismo, una búsqueda permanente (materiales del Partido Comunista de España entre el XII y el XIII Congreso),* PCE sin fecha.

[7] Esther Esteban, *El tercer hombre: P. J. la pesadilla de F. G.,* Madrid, Espasa, 1995.

10. Último mandato del PSOE: la corrupción, las escuchas y el GAL

1993 marcó el declive progresivo en la trayectoria gubernamental del PSOE. Inmediatamente después de los fastos de 1992 España entró en recesión económica y la tasa de paro se disparó hasta el 23,9 por 100. Además, empezaron a aflorar ya algunos casos de corrupción, como la gestión irregular del partido a través de FILESA, lo que llevó a la dimisión de su secretario de organización, José María Benegas. En ese contexto el gobierno adelantó las elecciones para el 6 de junio del 93. El PSOE volvió a ganarlas, pero esta vez perdió la mayoría absoluta. Lo hizo en beneficio del PP y, en mucha menor medida, de IU, que subió al 9,55 por 100.

IU lanzó una propuesta de acuerdo programático al PSOE; pero Felipe González decidió sellar un pacto de legislatura con el PNV y CiU. El último mandato del PSOE supuso una nueva vuelta de tuerca a las políticas neoliberales de la mano del ministro de Economía Pedro Solbes. El objetivo era recuperar el crecimiento económico y cumplir con las condiciones establecidas por Maastricht para entrar en la moneda única. Entre las medidas figuraron nuevas privatizaciones y otra nueva reforma laboral contestada con una huelga general en enero del 94.

Durante esta legislatura se recrudeció el conflicto entre dos sectores del partido más o menos perfilados: el llamado sector guerrista, encabezado obviamente por Alfonso Guerra, y el de los renovadores, nucleados en torno a la figura del presidente González[1]*. Algunas de las razones declaradas de la desavenencia tenían que ver con discrepancias en torno a la orientación económica del gobierno. De fondo estaba la lucha por el control del partido, después de que el tradicional equilibrio de fuerzas empezara a ceder en beneficio de los renovadores tras la dimisión en 1991 de Alfonso Guerra como consecuencia del caso de corrupción que afectó a su hermano Juan. El PSOE no solo perdía respaldos entre la sociedad, sino que se tensionaba también por dentro.*

El colapso final del gobierno vino sobre todo de la salida a la luz de los numerosos casos de corrupción que desde los ochenta implicaban a destacados miembros del partido y del gobierno. De entre los numerosos

casos sobresalieron tres: las escuchas del CESID, la fuga de Luis Roldán y el terrorismo de Estado de los GAL.

El caso de las escuchas del CESID estalló cuando el coronel Juan Alberto Perote, que había sido expulsado del Centro por irregularidades económicas unos años antes, empezó a filtrar en 1995 al diario El Mundo la información de las fichas que se había llevado[2]*. En ellas se revelaba que el centro había Estado grabando sin orden judicial a numerosos ciudadanos y altas personalidades del Estado, entre ellas al jefe del Estado Mayor y al propio monarca. Si el Centro no había tenido reparo en espiar los núcleos de poder del país, no es arriesgado deducir que menos escrúpulos había tenido a la hora de intervenir los teléfonos de políticos, activistas sociales o ciudadanos críticos. El caso, que también sacó a la luz información que vinculaba al CESID y a la Guardia Civil con el terrorismo de Estado, forzó la dimisión de Narcis Serra, que había sido entonces el ministro de Defensa responsable del centro y ocupaba en esos momentos, ni más ni menos, que la vicepresidencia del Gobierno. Las escuchas del CESID pusieron de manifiesto que bajo la apariencia de un Estado democrático y moderno venía funcionando un Gran Hermano.*

El caso Roldán fue la versión esperpéntica de un fenómeno más amplio: el de las personas de baja extracción social que se habían sumado al partido del gobierno para ascender socialmente. La filiación al partido permitía el acceso a las instituciones y desde ellas resultaba posible obtener una generosa remuneración salarial o enriquecerse además por medios ilegales. Para hacer fortuna había que tejer buenas relaciones y recurrir con frecuencia al engaño y al medro. Así fue como Luis Roldán, el hijo sin estudios superiores reales ni trabajo conocido de una familia humilde de Zaragoza, llegó a Gobernador Civil de Navarra, primero, y a ser, después, el primer civil que dirigía el Cuerpo Nacional de la Guardia Civil. En tan meteórico ascenso llegó a perfilarse incluso como candidato a ministro de Interior. Antes de que el nombramiento pudiese producirse salió a la luz la fortuna que había amasado mediante la malversación de fondos públicos, estafa, cohecho y falsificación documental. Cuando iba a ser previsiblemente detenido huyó con parte de ella, en abril de 1994, al extranjero. Localizado diez meses después en Laos, un país que pocos españoles sabían localizar en el mapa, se desató sobre la marcha otro escándalo. Fernando Paesa, el espía de largo y sórdido historial en Interior

que había organizado la fuga de Roldán, huyó con parte de la fortuna de este y con el dinero que el Ministerio le había dado para que negociara su entrega.

El caso GAL dio el toque de gracia al último gobierno de Felipe González. La llamada guerra sucia contra ETA se venía practicando desde el tardofranquismo y la transición a cargo de grupos como los Guerrilleros de Cristo Rey y el Batallón Vasco Español[3]*. En los primeros años del gobierno socialista se montó desde el Ministerio del Interior una nueva organización, los Grupos Antiterroristas de Liberación. El objetivo no era tanto eliminar a miembros de ETA o Herri Batasuna como eliminarlos en el llamado «santuario francés». Se pretendía forzar la intervención de Francia contra ETA llevando los asesinatos a las calles del país galo.*

La operación se encargó a los policías José Amedo y Michel Domínguez, a los que se proporcionó una cantidad ingente de dinero procedente de los fondos reservados del Estado para que contratasen a los sicarios que debían perpetrar los asesinatos y para que de paso pudieran enriquecerse por tan macabra tarea, cosa que hicieron con poco decoro en restaurantes de lujo, casinos y locales de alterne.

De 1983 a 1986 los GAL perpetraron decenas de acciones en el País Vasco Francés, que se saldaron, al menos, con 23 asesinados. Buena parte de estas acciones erraron en la selección de objetivos. Entre los represaliados hubo personas que nada tenían que ver con ETA o HB, como Segundo Marey, un trabajador secuestrado durante varios días[4]*.*

La trama de los GAL empezó a descubrirse cuando algunos mercenarios comenzaron a informar confidencialmente a Diario 16. El juez Francisco Castro Meije y el magistrado Carlos Bueren iniciaron la investigación, hasta que el sumario llegó en marzo de 1988 al juez de la Audiencia Nacional Baltasar Garzón. La Audiencia condenó a Amedo y Domínguez a varios años de cárcel, de los cuales solo cumplieron seis en régimen cerrado. Hasta ese momento la responsabilidad de los GAL quedó limitada a los puestos inferiores de la escala de mando. Sin embargo, a partir de 1993 los dos condenados concedieron varias entrevistas al diario El Mundo en las que implicaron directamente a Rafael Vera y José Barrionuevo, subsecretario de Interior y ministro de Interior, respectivamente, durante los hechos acaecidos. Las declaraciones de Amedo y Domínguez –corroboradas ante el juez Baltasar Garzón, que

reabrió el caso– estuvieron estimuladas por el hecho de que el nuevo ministro de Interior, Juan Alberto Belloch pusiera fin a la asignación del Ministerio que siguieron percibiendo después de condenados y se negara a la petición de indulto que prácticamente estaba en marcha. Las acusaciones entre los implicados que iban saliendo a la luz se multiplicaron hasta alcanzar al propio presidente del gobierno. En el verano de 1995 Ricardo García Damborenea, que había sido secretario general de los socialistas vascos, y Julián Sancristóbal, director de seguridad del Estado y gobernador de Vizcaya aquellos años, acusaron a Felipe González de ser el responsable último de los GAL. El Tribunal Supremo consideró que estas acusaciones carecían de fundamento, sin embargo Vera y Barrionuevo fueron finalmente condenados e ingresaron en prisión. Antes, el gobierno se vio obligado a adelantar las elecciones generales a 1996, en las que el PSOE perdió[5].

El caso de los GAL está estrechamente vinculado a la figura del juez Baltasar Garzón, por su papel en el proceso judicial y por las cambiantes relaciones que mantuvo durante aquellos años con el gobierno del PSOE, y en concreto con Felipe González[6]*. Como se ha visto, Garzón se encargó del caso en 1988 y lo reabrió en 1994. Entre medias fue número dos en la lista del PSOE por la Comunidad de Madrid a las elecciones generales de 1993, más tarde fue nombrado secretario de Estado antidroga y al poco tiempo dimitió de sus cargos políticos cuando chocó con Juan Alberto Belloch y otros dirigentes socialistas en una pugna de poder en el Ministerio del Interior.*

Izquierda Unida jugó un papel muy destacado en la denuncia del caso GAL y en la petición de responsabilidades penales y políticas al gobierno. Varios dirigentes, entre ellos Julio Anguita, afirmaron en el curso de las investigaciones que todo apuntaba a Felipe González como la X que figuraba en la cúspide del organigrama de este caso de terrorismo de Estado.

***Juan Andrade:** Durante la última legislatura del PSOE de Felipe González no dejaron de salir gravísimos casos de corrupción a la luz pública. ¿A qué piensas que obedecieron estos casos de corrupción generalizada? ¿Piensas que se debió a la ausencia de mecanismos de control?, ¿a una predisposición casi innata de muchos dirigentes políticos, como a veces se*

plantea? ¿No te parece que había una cierta conexión entre la cultura política de la apología del enriquecimiento fácil que promovieron algunos dirigentes del PSOE y esos casos de corrupción? ¿No piensas también que esos casos de corrupción tuvieron que ver con la entrada en aluvión de militantes, al calor del poder, en un partido como el PSOE que tenía muy pocos cuadros inicialmente y tenía que rellenar la administración del Estado?

Julio Anguita: Bueno, no olvidemos que llegamos a posiciones de gobierno, aunque sea de un gobierno pequeño como un ayuntamiento, personas que nunca habíamos tenido experiencia en las instituciones. Hablo yo, como alcalde, y Felipe González, como presidente de gobierno. Llegamos, por tanto, con una mente desprovista de conocimiento. Eso sí, en el caso de Felipe ya con gente que le puede asesorar, pero lo cierto es que él no conoce la administración. Y el poder tiene muchas formas de seducción: llegan los cargos, se sientan en el sillón, tienen un coche oficial, una secretaria, tiran de una tarjeta VISA y todo es muy normal. Eso que se ve normal, forma una segunda naturaleza que te va abduciendo. Por otra parte, de pronto hay que demostrar que la izquierda administra mejor, que hay que ser eficaces, y como alcalde que he sido digo que muchas veces la eficacia se confunde con la marginación de los procedimientos legales. Un expediente se puede acelerar, pero un expediente está pensado desde hace siglos como prueba de que las decisiones son según derecho. Pero se piensa que «lo que importa es la eficacia, que el franquismo ha dejado una administración burocratizada y obsoleta». Así dicho, todo muy a la ligera, es algo que ayuda. En tercer lugar, figura el soborno, puro y duro, que empieza primero por un regalo y termina en el sobre. Y en cuarto lugar, por la cultura de la modernidad, que viene a decir que esto es lo que se hace en Europa. Todo eso con la ideología de que España es un país donde se pueden hacer buenos negocios. Pues ahí lo tienes, desde el caso de los ERE a cualquier otro caso. Es decir, son muchas causas pero que encuentran siempre, eso sí, individuos que no han tenido oportunidades en la vida para poder demostrar que eran honrados. Dicho de otra manera, eran pobres y, cuando llegan al poder, son fácilmente seducidos, muy fácilmente. Pero este es el drama que hemos tenido que pagar por no tener toda una trayectoria de siglos de democracia, de controles democráticos, de valores cívicos.

Juan Andrade: *Yo creo que esta situación de corrupción generalizada hunde sus raíces en la cultura autoritaria de la opacidad del franquismo y se alimenta al mismo tiempo de la cultura de la opulencia y el enriquecimiento fácil de los años 80 y 90 que apadrina el Gobierno. En esa confluencia de falta de trayectoria democrática por el franquismo y de culto al enriquecimiento fácil por parte de gente que no había tenido…*

Julio Anguita: Sí, y algo más allá del franquismo. Yo participo de la tesis de que el franquismo inventó a Franco. El franquismo es anterior al dictador. Me refiero a aquellas máximas que vienen a decir: «las cosas se hacen sin las instituciones», «busca un enchufe y te lo ganas», «unta convenientemente al funcionario», «lo importante es hacer una cosa y no cómo se hace». Esa cultura viene…

Juan Andrade: *Eso viene por lo menos de la Restauración.*

Julio Anguita: Sí, justamente. Lo que hizo Franco fue poner en orden, sistematizando toda la herencia que venía desde Fernando VII, la Restauración y la España casposa, ignara y enemiga mortal del pensamiento libre. Lo puso en orden y lo llamó movimiento nacional.

Juan Andrade: *¿Qué repercusiones crees que tuvo esa cultura tácita del «ocio entre élites políticas», del enriquecimiento fácil, de la ostentación, de la frivolidad que rodeó a lo que se dio en llamar la «beautiful people» en el desarme moral, político e ideológico de la izquierda sociológica? Partiendo del hecho de que la práctica de los representantes políticos ejerce un aprendizaje sobre sus bases, ¿qué repercusiones piensas que tuvieron entre la gente común de la izquierda estas prácticas públicas que sus dirigentes empiezan a asumir como normales frente a la cultura de la sencillez y la austeridad de la izquierda en el pasado? Además, esas actitudes ostentosas en la vida privada-pública de los dirigentes se elevaron a la categoría de políticas de Estado con los fastos del 92, con la Expo y las Olimpiadas al tiempo que esas políticas de Estado alimentaron esas actitudes ostentosas.*

Julio Anguita: Juan, es que yo no sé si se han desarmado o estaban ya desarmados. Vamos a analizarlo con frialdad. ¿Todo el antifranquismo reunido de dónde venía? De la Guerra Civil, de personas con una fuerte

conciencia social, política e ideológica. Pero en el tardofranquismo viene un aluvión de gente llamada al cambio. Otros vienen del campo del movimiento nacional y se meten en el PSOE y por tanto hablamos de cero principios. Entonces continuaron lo que habían hecho en el movimiento nacional pero además democráticamente, o sea, con el respaldo popular. Eso los que no tenían principios y los que tenían principios eran principios solamente llevaderos en la situación heroica. Pero lo difícil es llevar los principios en situación normal. Cuando me preguntan a cuál prefiero de los dos personajes históricos, si a Fidel o a El Che, yo digo: «Desde mi tremendo cariño y admiración por el Che, me quedo con Fidel». Porque el Che se va y lucha y eso es hermoso porque te juegas la vida, pero el que se queda tragando quina, el bloqueo, los problemas de todos los días, el agotamiento de la fase revolucionaria heroica, a partes de la población para quienes cierta disciplina laboral o cívica está fuera de sus valores, etc., etc., etc., es Fidel, quien se queda a fajarse todos los días porque los americanos invaden, porque los rusos ponen sus condiciones, porque esta vez el plan no se cumple, ese es el heroico. Por eso digo que en la normalidad es donde reaparecen las cosas dormidas en la clandestinidad. Hay una frase elocuente de Ignacio Gallego cuando dice: «No aprendimos del error. Nosotros creamos las virtudes en la clandestinidad, donde las virtudes florecen por sí solas». Porque hay una cosa que es la excepcionalidad, que funciona como una savia, pero en la normalidad ¡qué difíciles son las acciones rectas y heroicas! Cuando tú tienes en tu familia gente que te está diciendo, sea tu mujer o tu marido: «¿Y tú por qué no, si el otro lo ha hecho?». Hay una película que te recomiendo que veas, si no la has visto, que es sobre la vida de Esquilache, la protagoniza Fernando Fernán Gómez y hace del rey Carlos III Adolfo Marsillach. Pues hay un momento en el que la mujer le viene a decir algo así a Esquilache: «¿y tus hijos no se van a colocar?, ¿tú que tienes el poder de hacerlo, que eres el que manda más después del rey?», permanentemente, permanentemente. Pues eso, ese ámbito familiar, de amigos y social, es el que te va presionando y a veces hay que ser heroicos, hay que ser heroicos para aguantar esa atmósfera de opresión que te está incitando a saltarte la ley. Esto no se suele decir nunca, pero es verdad, es tremendo, esa pregunta «¿y tú por qué no lo haces, si lo hacen todos?».

Y ese es el discurso de Solchaga, el de un niño que estudia con beca y que se encuentra siendo ministro y que, de pronto, ve como todo florece a su alrededor. Y de ahí a los actos faraónicos de la Olimpiada, la Expo de Sevilla, sí, hay una continuidad y la hay con todo lo que el franquismo elevó a la categoría de importante, los pantanos. Sí, es que es lo mismo, está hecho de la misma filosofía, del mismo molde.

Juan Andrade: *Los casos de corrupción de los 80 y 90 podrían agruparse en varios tipos, no obstante muy emparentados. Entre ellos hubo muchos casos de enriquecimiento personal a partir del uso del cargo público, algunos camuflados en una cotidianidad normalizada de privilegios y otros que incluso desbordaron esa normalidad de excesos, que rozaron la picaresca más miserable, como fue por ejemplo el caso de Luis Roldán.*

Julio Anguita: Lo de Luis Roldán fue una novela por entregas o más bien un folletín, porque cada día nos levantábamos con una noticia distinta a cual más extravagante. Por allí pasaron personajes de todo tipo, como el capitán Khan, aquel supuesto capitán del servicio de inteligencia de Laos que había detenido a Luis Roldán. Roldán era un pájaro, pero yo estoy también convencido de que este pájaro no se llevó todo el dinero, que ahí hay dinero de muchas altas personalidades y Roldán finalmente aceptó ser el pagador. Creo que él estuvo en la cárcel sabiendo que lo estaba, en parte, por cosas que él no había hecho. ¿Quién es Luis Roldán? Yo lo conocí cuando Luis Roldán era concejal en Zaragoza, por las reuniones del grupo de los 20 alcaldes que manteníamos periódicamente y después lo conocí como delegado del Gobierno en Navarra. A la gente la conoces cuando ya han terminado las reuniones y tomas una copa y hablas con ellos. Entonces ves el nivel de ostentación, el uso de tarjetas y demás cosas y ya te das cuenta de ante quién estás. En Andalucía utilizamos una expresión que no sé si la conoces: «piojo redivivo», resucitado. Esa es una expresión muy andaluza. Se refiere a alguien que hasta ayer no tenía nada y de pronto se encuentra con la posibilidad de disponer de bienes.

Pero hay más ejemplos. Hay un episodio en el que el coronel Perote está de juerga con otra persona, no sé si fue en Budapest, tomando copas con toda la gente. Oiga usted, yo no me tomo copas con una persona que es militar y que es subordinado en ese momento, lo trato con respeto, como, almuerzo, pero no me voy de copas con él. Esa cosa no es democracia, es

campechanía mal entendida. Pues todo así. Forma parte de nuestra cultura. Pero es obvio que entonces, cuando empieza el cuerno de la abundancia a manar, hay gente que piensa ¿por qué no vamos a beneficiarnos nosotros? Esa filosofía se la escuché por primera vez al alcalde del PSOE de una de las más grandes poblaciones de la Comunidad de Madrid: «Es que el cambio, la revolución, es que nosotros lleguemos a gobernar». «¿Pero sin cambiar las cosas?», le pregunté yo. ¿Que lleguemos nosotros es la revolución?, ¿que nosotros accedamos a medrar es la revolución? Es decir, según algunos nosotros también tenemos derecho a robar, tenemos derecho a igualdad en el medro, a igualdad en el robo. Y eso es lo que ha permitido esto que hemos visto aquí de los ERE. Yo todo eso lo he visto en el día a día, tarjetas en restaurantes, coches, viajes, segundas viviendas, etc., etc., etc.

Me viene a la cabeza una frase que me dijo un militante del partido de Montalbán, un jornalero, ya mayor, del que todavía me acuerdo. Fue poco después de ser elegido alcalde –todavía no había tomado posesión– en un acto del partido. Me dijo: «Oye, estoy contento de que te hayan elegido a ti y no a uno de los que no tienen trabajo, porque tú no tienes dinero pero tienes una profesión de la que puedes vivir con decoro y por eso va a ser más difícil sobornarte». Me dejó de piedra. Le he dado muchas vueltas a aquello. El poder tiene una carga de seducción tremenda que yo mismo he notado. Recuerdo una vez, llevando de alcalde tres o cuatro años, que unos compañeros me preguntaron en una conversación cotidiana cómo pensaba ir a una reunión de alcaldes que tenía en Madrid. Una pregunta a la que yo respondí mecánicamente: «En mi coche». Inmediatamente cobré conciencia de lo que había dicho y rectifiqué «perdón, en el coche oficial del ayuntamiento». Me di cuenta, menos mal, a tiempo, gracias a una lucecita que tenía ahí y que me llevó a decirle a los demás y sobre todo a mí mismo «qué demonios va a ser ese coche mío, es el coche oficial del ayuntamiento». La gente que ha luchado contra el sistema ha personificado al sistema en su imaginario muchas veces como alguien con chistera y con un látigo. Pero no, el sistema es como Salomé, una voz que no deja de tentarte con argumentos seductores, que no deja de repetirte «cómo no vas a tener un coche oficial con la función que desempeñas» y que te ofrece mil justificaciones para el disfrute de privilegios. El sistema es una voz seductora que te va envolviendo poco a poco.

Yo he visto casos tremendos de personas radicales, curtidos no ya en la lucha de clases sino en el odio de clases, caer seducidos por el poder. Algo de esto, más la llegada de puros arribistas, le pasó al PSOE. Le sucedió como a los nuevos ricos, de pronto ellos entraron en los salones y aquellos a los que tenían que haberles perdonado la vida se la perdonaron a ellos. Ellos que habían ganado unas elecciones en nombre de una idea de izquierdas casi le pedían perdón a los que habían utilizado siempre los salones desde hacía siglos, a los que eran los dueños de los mismos. En esto la candidatura del Ayuntamiento de Córdoba fue distinta. No teníamos ni idea, pero teníamos muy claro que nosotros éramos los representantes del pueblo y nosotros éramos los que legítimamente representábamos el poder popular, democrático. Esto hay que tenerlo muy claro cuando se gobierna, porque si no ellos te van seduciendo: un día es una cacería, otro día es una partida de golf, otro día es salir con la duquesa de Alba, otro día es que tu señora salga en la prensa del corazón y que se lea en la peluquería. Es así, todo muy consuetudinario, muy normal. Y al PSOE le pasó eso, se encontró de pronto con la posibilidad de acceder a aquellas delicias y con aquellas voces interiores que le decían: me lo merezco, es normal que me den una gratificación, que me inviten a un viaje a mí, a mi mujer y a mis hijos que están estudiando. Muchas veces es un problema de enfoque. Todo eso le pasó al PSOE. Ahora, también te digo que yo no sé si nosotros hubiésemos caído, aunque teníamos más solera. Teníamos más nervio, pero después hemos visto que también era posible caer. El PSOE no tenía tanto nervio y no se preparó para eso, ante ese ataque que no es directo, que es sibilino, que es suave, que es con tentaciones sutiles como las tentaciones de San Jerónimo: señoras, coches, viajes…y honor.

Juan Andrade: *Cuando me hablas de la corrupción durante los años del PSOE lo atribuyes sobre todo a gente que viene de situaciones humildes y aprovecha el cargo para conseguir lo que no tuvo. Sin embargo, hoy en día estamos asistiendo a casos de cargos públicos procedentes de familias adineradas y con negocios muy beneficiosos que han aprovechado sus cargos públicos para enriquecerse todavía más. Simplificándolo un poco, parece que unos (más bien vinculados al PSOE, aunque no solo) roban para tener lo que nunca tuvieron y otros (vinculados sobre todo al PP) roban para tener mucho más. Y a ello hay que sumar una corrupción de*

largo recorrido de las oligarquías y los clanes familiares incrustados en la administración del Estado que sobrevivieron muy bien a la transición y a uno y otro cambio de gobierno en la democracia.

Julio Anguita: La corrupción durante el franquismo era, como ahora, estructural y tenía, como también ahora, unos protagonistas instalados ente las clases pudientes y ligadas, directa o indirectamente, a la administración del Estado. Para esas personas es un hecho normal, perfectamente lógico y casi inevitable el uso de las influencias, la información privilegiada o las adjudicaciones de obras previa «mordida».

Pero también es cierto que eso ocurría en una sociedad en la que la defensa y valoración de lo público estaba bastante ausente. La petición de «enchufes», la recomendación o la participación en las migajas de la corrupción grande era, y es, algo que no suscita escándalo. Lo que ocurre es que en un sistema político de libertades partidos políticos y prensa medianamente libre se va creando una capa de vigilancia sobre las conductas poco éticas y contrarias a los intereses de la ciudadanía.

La corrupción se extiende desde el poder y sus aledaños como lugar, sede o residencia del hecho doloso, pero su origen está en concepciones de la vida y de las prácticas económicas y sociales al margen de la ética y la justicia; es el caso de los empresarios o representantes de entidades financieras.

Con la transición se inaugura una época en la que el borrón y cuenta nueva pasa de puntillas por la corrupción anterior. En ese marco comienza una visión de la vida pública en la que el protagonismo de los partidos políticos, orientados ya casi exclusivamente a la actividad electoral, necesitan financiación para mantener el «tren de vida» que esa opción necesita. Ahí comienza una corrupción sistematizada en la que la mayoría de las fuerzas políticas entran para financiarse. Del dinero que entra y va a las arcas de la contabilidad B hay personas que caen en la tentación de usar también esos mecanismos para usos propios.

También es cierto que la llegada a las instituciones de personas sin convicciones éticas asentadas y fuertemente enraizadas produce esos fenómenos de corrupción asentada en ámbitos muy distintos a la cleptocracia con pedigrí. El discurso oficial de la eficacia a toda costa, el

gato blanco y el gato negro o la España de los negocios creó la atmósfera que avivó la llama.

Juan Andrade: *¿Qué sabes, que no se sepa, del caso de las escuchas ilegales del CESID?*

Julio Anguita: No sé nada más que lo que pude vivir. En aquellos días en que Gerardo Iglesias y yo convivimos, él como presidente de Izquierda Unida y yo como secretario general del PCE, y estaba de presidente de Telefónica Luis Solana, el hermano de Javier Solana, Gerardo me dijo que había notado que su teléfono estaba pinchado. Entonces hablando un día desde Madrid con Felipe Alcaraz, que estaba en Sevilla, le digo: «Oye, me ha dicho Gerardo Iglesias que el teléfono lo tiene pinchado». A los tres días me llama Luis Solana: «Oye, Julio, ¿cómo que has hecho unas declaraciones diciendo que tienes el teléfono pinchado? Yo te digo a ti que Telefónica no consentiría que…». Y le dije: «Luis, yo no he hecho ninguna declaración». Estaba clarísimo que habían oído mi conversación telefónica. Y además yo notaba ciertas cosas. Yo sé que el teléfono lo hemos tenido pinchado. A mí me daba igual, porque lo que he hablado por teléfono siempre lo he dicho también públicamente. Si tenía que decir alguna cosa confidencial lo hacía en encuentros privados o a través de otros mecanismos, pero nunca por teléfono.

Los compañeros del PSOE, me refiero a Luis Solana, han sido nefastos en la gestión de Telefónica. Él fue el preparador de la privatización. Ya entonces lo que primaba era la palabra eficacia. Han utilizado dos vocablos y los han prostituido. Por una parte «eficacia», que lo han puesto por delante de «eficiencia», y no es lo mismo. Por otra, «modernidad». En nombre de la modernidad han hecho barbaridades. Porque la modernidad la han asimilado a procedimientos altamente tecnificados, olvidando la raíz de su verdadero significado, su raíz renacentista. El PSOE preparó el terreno al PP como San Juan Bautista se lo preparó a Cristo. Sin el papel previo del PSOE, el PP ni se hubiese atrevido a hacer las políticas que hizo. El PP las culminó, las profundizó, pero sin el PSOE no se hubiesen empezado a hacer. Esa es su deuda histórica.

Juan Andrade: *¿Hasta dónde piensas que llegó la implicación del gobierno en el caso de los GAL? ¿Llegó más allá de Vera y Barrionuevo,*

condenados por los tribunales?

Julio Anguita: Yo creo que parece claro, no solamente a la luz de las sentencias, sino de todo lo que se ha vivido después, que en el Batallón Vasco-Español, en los GAL y en el montaje de pistoleros a sueldo para matar etarras y crear un estado de violencia hay más. Yo creo que detrás de algunas acciones de ETA han estado las cloacas del Estado.

Juan Andrade: *¿Sugieres que…?*

Julio Anguita: Sugiero no, afirmo.

Juan Andrade: *¿Afirmas que ETA estaba penetrada ya por…?*

Julio Anguita: Sí, afirmo, y no lo hago al albur sino como consecuencia de las informaciones leídas, publicadas y secuenciadas. Hay atentados de ETA extraños, ilógicos. El atentado a Carrero Blanco fue teledirigido y se utilizó a ETA como instrumento. Pero fue teledirigido desde otras instancias, pongamos Estados Unidos. Investigaciones posteriores lo han venido a aclarar y a demostrar: desde el tipo de bomba que se pone –una mina antitanque del mismo tipo de las cinco que habían desaparecido de la base de Torrejón de Ardoz– a un largo etcétera de conexiones. Todo está en libros ya publicados que nadie ha desmentido.

Evidentemente ETA es la consecuencia de la filosofía de la «propaganda de los hechos». Un grupo que se cree que con la violencia que ellos llaman lucha armada pueden conseguir la «libertad de Euskadi». Es la aplicación mimética de las luchas de liberación nacional del Tercer Mundo. Todo esto dentro de una mentalidad tremendamente pueril, esquizoide, absurda y que merecería risas si no fuese acompañada del asesinato. Pero hay más. En ETA ha habido una división permanente. ETA es una organización dividida, subdividida y enfrentada. Cuando se van dando cuenta de que ese no es el camino, comienza a aparecer una cosa muy extraña. El que quiera ver observará que ETA comete primero sus atentados de manera selectiva: un comisario de policía, un capitán general, un gobernador de Madrid, un alto cargo… hasta que llega un momento en que ETA empieza a matar a gente de la calle: el atentado de Hipercor. En una noche de campaña electoral, yo no recuerdo si del año 93 o 94, en Euskadi, muy preocupado por estas cuestiones, hablaba yo con un diputado nuestro, Antxon Carrera, de San

Sebastián, que había sido miembro de ETA, de la primera ETA, porque nosotros hemos tenido mucha gente que había estado en la primera ETA. Y él me decía: «Esto no lo entiendo». Y nos fuimos a cenar a un caserío perdido en la quinta leche con unos vascos del lugar que ni mis compañeros vascohablantes los entendían Y allí estaban compañeros nuestros que habían sido de la ETA primitiva y todos decían: «Esto no lo entiendo, no lo entendemos, nosotros podríamos entender una acción selectiva pero un atentado indiscriminado contra una casa cuartel donde hay mujeres, donde hay niños. Esto no es». Esos atentados rompían toda la secuencia de lo que había sido ETA. Este giro, relacionado con la existencia de un GAL verde de la Guardia Civil, de un GAL marrón de la policía y de un Gal oliva del Ejército indica que ETA había sido penetrada yo no digo que desde el Ministerio, pero desde las cloacas sí.

Juan Andrade: *¿Con qué intención, Julio?*

Julio Anguita: Con la intención de que contra ETA se lucha mejor. El País Vasco es muy curioso. Todos tenemos una imagen del País Vasco de luchadores por las libertades, de los Gudari, etc… pero en el País Vasco ha habido y hay una extrema derecha fuerte. Zumalacárregui, el carlismo, el nacionalismo español, familias enteras que han ocupado puestos de responsabilidad en el franquismo, etc. Hay momentos en los que banderías enfrentadas beben en la misma fuente de la violencia y de la formación en seminarios eclesiásticos. Leamos con detenimiento la Historia.

Juan Andrade: *¿Cómo explicarías entonces que, por una parte, las cloacas de Interior penetrasen en ETA y consintieran que realizase algunos atentados cuyo rechazo sirviera para cohesionar a la opinión pública en torno a la política antiterrorista o forzar, por ejemplo, al Ministerio a una acción más dura y que, por otra parte, también se pusiera en marcha el terrorismo de Estado para acabar con esos mismos terroristas y forzar la intervención de Francia? ¿No supone eso una contradicción?*

Julio Anguita: Es que en España hay muchos poderes. De la misma manera que en Estados Unidos tenemos la CIA, el FBI y están a veces a leches, aquí hay muchos poderes dentro del supuesto único poder. Porque hay mafias, hay centros de poder, hay conexiones económicas, hay relaciones con la CIA a distinto nivel, según el servicio que sea y esa especie de

división del poder, de atomización del poder se manifiesta ahí. Cada uno dice defender los intereses globales, pero están defendiendo los intereses de mafias, de profesionales, de círculos. Esto se ha demostrado en investigaciones, cuando se ha visto a guardias civiles y policías casi matándose a tiros en un momento determinado, por una información que ha llegado mal, cuando ha habido un muerto que nadie se explicaba quién lo había matado. Son cosas que se daban en el País Vasco con pelos y señales. Mira, mientras en España no se unifique la policía, no hay nada que hacer. Y no han tenido narices de unificar a la policía. A lo más que han llegado es a que haya un director general para ambos cuerpos, la policía y la Guardia Civil. La Guardia Civil tiene mucho prurito de ser ella la «defensora de» y trabaja para ella, y hace cosas que entran en contradicción con la Policía Nacional. Sin embargo, y por encima de las aparentes contradicciones, hay una unidad de objetivo.

Juan Andrade: *Durante aquellos años Izquierda Unida fue una de las formaciones más críticas con aquellas actuaciones al margen de la ley o contra la ley misma. En tus denuncias de entonces parecía entreverse que disponíais de información directa filtrada por fuentes distintas.*

Julio Anguita: Izquierda Unida, cuando todo el mundo tenía maldita a Herri Batasuna, mantuvo contacto con Herri Batasuna, contactos que yo comuniqué a José Luis Corcuera, ministro del Interior. Le dije que lo hacíamos porque no participábamos de la táctica del extrañamiento, el *ghetto* y la excepcionalidad. El independentismo es una posición política tan lícita como otra cualquiera. Lo que debe combatirse son los métodos violentos. Por otra parte, he de decir que entonces teníamos otras fuentes de información.

Juan Andrade: *Y no se revelaron las fuentes.*

Julio Anguita: No, evidentemente, en eso éramos personas de palabra.

Juan Andrade: *¿Y no se van a revelar hoy?*

Julio Anguita: No, no.

Juan Andrade: *¿Quién era la X de los GAL?*

Julio Anguita: Hombre, no fui yo el que lo dijo, yo lo ratifiqué. Se me atribuye a mí la paternidad, pero no. La historia es la siguiente. Una mañana me llaman de todas partes asustados porque Felipe Alcaraz ha dicho que Felipe González es la X de los GAL y entonces fue cuando yo dije: «Pues sí, es verdad». Por otra parte, de las actuaciones del juez Baltasar Garzón, de las declaraciones de miembros del PSOE relevantes como Damborenea, de investigaciones periodísticas y de la lógica más elemental no puede concluirse otra cosa que esa.

Juan Andrade: *Has mencionado las actuaciones del juez Baltasar Garzón ¿Te causó sorpresa entonces la decisión de Garzón de ir en las listas del PSOE por Madrid en las elecciones de 1993?*

Julio Anguita: Sí, sí, sí, claro. Yo oigo y no comento nada, porque fue algo a todas luces ilógico. Además tenía en mi mente la conversación habida en Madrid entre varios compañeros diputados y alguien más que no puedo decir. Cuando he recabado de mis compañeros la información me han dicho que no recordaban algunos extremos de la misma. No se acuerdan, debe ser que yo he tenido un ataque de hipermnesia.

Juan Andrade: *De lo que me cuentas no es difícil deducir que tuviste contacto directo con Baltasar Garzón en la época de investigación del caso GAL.*

Julio Anguita: Sí, en mi casa en Madrid varias veces. Entonces no se había producido su enfrentamiento con el también juez y amigo suyo, Javier Gómez de Liaño, el cual también estuvo en casa, lo mismo que el fallecido juez Navarro.

Juan Andrade: *¿Has vuelto a ver a Baltasar Garzón?*

Julio Anguita: No, lo llamé por teléfono para mostrarle mi solidaridad cuando fue expulsado de la carrera judicial, una tropelía contra el Estado de Derecho. Cuando Juan Torres, Vicenç Navarro y él intentaron poner en marcha una plataforma de regeneración democrática, me invitaron a asistir, pero no pude ir en esas fechas. Hubiera sido la ocasión de volverlo a ver.

Juan Andrade: *Cuando, por lo que comentas, parecía que hasta Baltasar Garzón tenía la impresión de que la X de los GAL era Felipe González o cuando lo decía Felipe Alcaraz o cuando lo decías tú mismo ¿os referíais a*

que Felipe González tenía conciencia de la organización desde el Ministerio del Interior de las acciones de los GAL en el momento en que se producían y no hizo nada por evitarlo…?

Julio Anguita: Sí, sí.

Juan Andrade: *¿…u os referíais a que él mismo fue quien los puso en marcha o dio la luz verde para que se hiciera?*

Julio Anguita: Yo eso ya no lo sé, pero yo sí sé que he sido alcalde y, contando con muchísimo menos poder, si alguien me comenta una cosa y callo es que estoy otorgando. Por entonces hubo unas declaraciones de Damborenea, que en una rueda de prensa en medio de una gran expectación dijo: «Miren ustedes, es normal que una operación de estas las sepa el presidente del gobierno. Pero además yo digo que estaba enterado». Damborenea era por entonces miembro de la alta dirección del PSOE y secretario general de ese partido en el País Vasco. Y es más, atendiendo a la lógica y a la seguridad con que se movían Amedo y Domínguez, es que tenían el respaldo.

Pero digo más, una operación de este tipo necesita además otros respaldos, otras aquiescencias tácitas o expresas. Las instituciones e institutos de carácter militar necesitan, para ciertas cosas, saber que las mismas son convenientes a los «altos intereses del Estado»

Los GAL, lo mismo que el Batallón VascoEspañol, gozaban de simpatía por una nada despreciable parte de la opinión pública. No ocultemos la realidad; la imagen del vengador justiciero bien adobada con un discurso patriotero, que no patriótico, cae bien en cierto imaginario colectivo. ¿Por qué González no hizo lo mismo que la señora Thatcher cuando se responsabilizó en la Cámara de los Comunes del asesinato de dos activistas del IRA? Porque en este caso, en el caso de España, había además un asunto de apropiación, mal uso y despilfarro de fondos públicos. La supuesta grandeza patriótica resultaba difícil de vender. Esa «gesta» propia de españoles de bien estaba lastrada e invalidada por el robo de caudales públicos.

En definitiva, creo que en los GAL hubo una X y una X sub uno. En el asunto de los fondos reservados hay una información que entonces dio el diario *ABC* al comentar el sobreseimiento de una denuncia sobre este tema

en los juzgados de la Plaza de Castilla. Decía la magistrada que había datos que apuntaban a altas personalidades del Estado cuya imagen «tenemos el deber de preservar».

Juan Andrade: *Es obvio que tus relaciones con el PSOE han sido malas…*

Julio Anguita: Mis relaciones con el PSOE siempre han sido difíciles, tensas. Tuve mala experiencia con el PSOE durante la alcaldía de Córdoba. Yo tenía claro –me puedo equivocar– que el PSOE era un obstáculo para una política de transformación, porque era la cara amable del sistema, y claro, eso es muy peligroso.

Juan Andrade: *Ahora quería preguntarte por tus relaciones personales con Felipe González.*

Julio Anguita: Serán mis no relaciones. Las confrontaciones públicas están a la vista, en el diario de sesiones, y además fueron duras muchas veces. Después, de las relaciones más directas recuerdo una, siendo yo alcalde y él entonces jefe de la oposición para tratar, junto con los demás integrantes de la asamblea de alcaldes anteriormente citada, los problemas de los municipios. También hubo alguna que otra entrevista cuando ya era coordinador general para informarme, dentro de la ronda de consultas con todas las fuerzas políticas sobre temas internacionales que afectaban a España, generalmente sobre misiones del Ejército español en el extranjero.

Cuando fui elegido secretario general me recomendaron, porque era costumbre, que pidiera audiencia al rey y al presidente de Gobierno para presentarme. Pedimos audiencia al jefe del Estado y al presidente de Gobierno. La Zarzuela contestó afirmativamente y a los pocos días lo hizo Moncloa, también afirmativamente y supeditando la fecha de la misma a la fecha que la Casa Real pusiera. Me entrevisté con el monarca, pero la entrevista con el presidente sigue en espera.

González era un gran parlamentario, ducho en elipsis, regates y evasivas. Creo que además se beneficiaba de la posibilidad reglamentaria de cerrar el debate sin que con posterioridad hubiera réplica. Practicaba el arte de la seducción con una técnica bastante sencilla pero muy eficaz, sobre todo para quienes ya están predispuestos a ser seducidos. Se inclinaba ante su interlocutor y le decía que quería hacerle alguna confidencia; no había tal, pero el visitante salía pensando que había conseguido un amigo. En

nuestras escasas entrevistas cara a cara fuimos al grano porque sabíamos ambos que no había lugar a devaneos ni confidencialidades.

Juan Andrade: *¿Y con Alfonso Guerra?*

Julio Anguita: Con respecto a Alfonso Guerra no recuerdo que haya habido más de dos encuentros personales, y si me apuras solo uno. Cuando me operaron del corazón en diciembre de 1999 fue a visitarme a mi casa. «Voy a estar nada más que un rato», me dijo. Estuvimos más de cinco horas. Tras las elecciones generales de 1993 y estando yo convaleciente de mi primer infarto llamó a mi casa: «Mira, Julio, tenemos que llegar a un acuerdo porque estos tíos –se refería a los suyos– están dispuestos a pactar con los catalanes». Y le digo: «Mira, de acuerdo, pero yo no puedo porque estoy convaleciente y el médico me ha prohibido reuniones. Llámame luego y te doy el nombre del dirigente que se reúna con el que tú propongas para tratar con discreción las cuestiones relativas a la organización de los encuentros y a partir de ahí que haya luz y taquígrafos». Me contestó que estaba de acuerdo pero que al día siguiente estaba fuera de Madrid y que por favor le enviara a Ferraz la propuesta. Al día siguiente, domingo, mi secretaria, Trinidad Román, llegó a la sede del PSOE y la encontró cerrada. No volvió a llamarme ¿Por qué? Muy fácil. Al día siguiente González anunció que escogía como interlocutor para apoyar su investidura a Convergència i Unió. Así se esfumó la posibilidad de un entendimiento programático cara a la formación de un Gobierno no escorado a la derecha.

Juan Andrade: *Ya que hemos hablado de dirigentes del PSOE de aquellos años, háblame también de dirigentes de otros partidos. Por ejemplo Xavier Arzalluz*

Julio Anguita: Con Arzalluz me he llevado bien. Hablé con él por primera vez cuando fue al entierro de Dolores Ibárruri. Con la franqueza vasca tan propia de él me preguntó sin rodeos cuál era mi ideal de comunismo. Mi respuesta fue rápida: «Mi ideal ya lo sabéis y está en los clásicos del marxismo, pero si quieres saber en qué consiste mi estrategia como comunista te diré que en luchar permanentemente por la consecución, a nivel planetario, de los DDHH en sus tres generaciones, derechos políticos, derechos sociales y derechos medioambientales o del planeta». Con el correr de los años olvidé aquella respuesta. Fue Arzalluz el que me refrescó

la memoria sobre este asunto cuando me presentó en una conferencia que años después di en Bilbao con el título de «La Revolución en la cotidianeidad». Con posterioridad a la entrevista con él en Madrid mantuvimos encuentros sobre el problema político de Euskadi y el terrorismo.

Juan Andrade: *Xosé Manuel Beiras.*

Julio Anguita: No he hablado nada más que una vez con él y de manera clandestina. Porque los tiempos políticos estaban raros. Acordamos la cita y él vino en un viaje de no sé dónde en avión, iba camino a Galicia y en un hotel de Barajas estuvimos cuatro o cinco horas charlando. Yo me llevé una magnífica impresión de él.

Juan Andrade: *Hablemos también de tu trato con políticos de la derecha española. Manuel Fraga.*

Julio Anguita: Con Fraga me vi a solas una vez en mi vida, pero fue una cosa de trámite. Fue una comida, porque se empeñó Hernández Mancha. Por lo que sabía de él y por lo que habló en la comida, llegué a la conclusión de que ni él ni yo teníamos nada más que hablar en el futuro.

Juan Andrade: *Hernández Mancha.*

Julio Anguita: Me llevé bien con él a niveles personales desde que, siendo él secretario de Alianza Popular en Córdoba, fue a hablar al Círculo Juan XXIII de Córdoba. El Círculo había sido creado por creyentes seguidores de las enseñanzas del Papa Juan XXIII. Su talante era abierto, democrático y con contenidos sociales muy comprometidos. El PCE clandestino formó parte del mismo y durante un tiempo fue la sede en la clandestinidad. El caso es que durante su intervención algunos asistentes increparon al ponente; me levanté y les recordé que habíamos luchado para que, entre otras cosas, hubiese libertad de expresión y respeto a la del contrario. Antonio Hernández me agradeció siempre aquella actuación. Años después y con motivo de mi dimisión como coordinador general vino a la sede del PCE a manifestar su solidaridad. No he vuelto a saber nada de él después.

Juan Andrade: *Javier Arenas.*

Julio Anguita: He sabido cosas de él, sus opiniones y sus posicionamientos pero a través de Luis Carlos Rejón, pues son muy amigos. Durante mi época de parlamentario andaluz lo tuve en el escaño anterior al mío. Nuestras conversaciones eran de coyuntura y sin nada notable que contar.

Pero ten en cuenta que yo he evitado ir a comidas con dirigentes y cargos institucionales de otros partidos. He preferido comer en mi casa o con los míos. Entre otras razones porque continuar la tarea política más allá de lo político te empobrece.

Juan Andrade: *Cuando Gramsci estaba haciendo tareas en la Komintern y andaba todos los días sometido a un ritmo de trabajo político desbordante, comentaba a su mujer Julia lo empobrecedor que resultaba no salir «del desierto de lo solo político».*

[1] Una panorámica sobre la vida interna del PSOE en aquellos años en Abdón Mateos López, «El PSOE de Felipe González. La transformación del partido», en Álvaro Soto Carmona y Abdón Mateos López (dirs.), o*p. cit.*

[2] Véase *El Mundo* los días 12 y 13 de junio de 1995 y ss.

[3] Sobre terrorismo de Estado en el postfranquismo Pau Casanellas, *Morir Matando. El franquismo ante la práctica armada, 1968-1977,* Madrid, La Catarata, 2014.

[4] Sobre el terrorismo de Estado en general y sobre el GAL en concreto véase Paddy Woodworth, *Guerra Sucia, manos limpias: ETA, el GAL y la democracia española,* Barcelona, Crítica, 2002.

[5] Una síntesis del caso Gal en Eduardo González Calleja, «Entre la normalización institucional y la »guerra sucia«: luces y sombras de la política de los gobiernos del PSOE», en Álvaro Soto Carmona y Abdón Mateos López (dirs.), *op. cit.*

[6] Sobre la figura de Baltasar Garzón aquellos años léase Mariano Sánchez Soler, *Baltasar Garzón, Tigre de Papel,* Madrid, Foca, 2006.

11. 1997. Crisis en IU: Nueva Izquierda, Iniciativa per Catalunya y CCOO

Las elecciones generales de 1996 que dieron el triunfo al Partido Popular avivaron las diferencias internas entre el sector mayoritario de Julio Anguita y la minoría más numerosa de todas las que formaban Izquierda Unida, la corriente denominada Nueva Izquierda. Los miembros de Nueva Izquierda consideraban que la estrategia de Julio Anguita había facilitado el acceso del Partido Popular al gobierno nacional y, sobre todo, a varios gobiernos autonómicos. En su opinión ahora se trataba de corregir esa situación, aunque solo fuera porque el resultado electoral había abierto un nuevo ciclo político y el paso de los socialistas a la oposición les hacía, ahora sí, más proclives a pactar con IU frente al enemigo común de la derecha en el poder.

Nueva Izquierda[1] *había surgido como una corriente minoritaria en 1992 a partir de los llamados renovadores que apostaron por la disolución del PCE y se enfrentaron a Julio Anguita en la III Asamblea de ese año. Sin embargo, Nueva Izquierda nunca llegó a conseguir dentro de Izquierda Unida el peso que el llamado sector renovador de Sartorius alcanzó en la III Asamblea, a pesar de gozar de una representación en los órganos de dirección y en las instituciones públicas generalmente superior a la que por número de adscritos podía corresponderle. Nueva Izquierda jugó en condiciones de desventaja organizativa dentro de IU con respecto al PCE, en la medida que su condición de corriente y no de partido le impedía acceder al reparto de recursos económicos que IU destinaba a los partidos que la integraban. Por eso decidió constituirse en partido político en septiembre de 1997*[2]*, pasando a adoptar el nombre de Partido Democrático de la Nueva Izquierda. También porque con ello marcaba más nítida y orgánicamente su perfil frente al PCE dentro de IU y cobraba fuerza de cara a la negociación interna de parcelas de poder. También porque de puertas afuera ganaba mayor visibilidad como opción alejada de la línea oficial de IU e iniciaba con mayor seguridad un movimiento de aproximación a otros partidos regionales o nacionales, sobre todo al PSOE.*

La reconversión de Nueva Izquierda en partido fue sentida como una amenaza por buena parte de la dirección del PCE, que a su vez lo era de Izquierda Unida. Las discrepancias de los dirigentes del nuevo partido fueron sentidas como una forma de deslealtad, toda vez que ciertamente estas se expresaban con mucha frecuencia fuera de los órganos de dirección y al margen de los acuerdos democráticamente adoptados. Y además eran muy bien acogidas en medios de comunicación que venían mostrado una clara hostilidad hacia la orientación oficial de Izquierda Unida y hacia su coordinador en particular, léase sobre todo medios del grupo Prisa como El País, la cadena Ser y Canal Plus. Nueva Izquierda empezó a ser concebida cada vez más como la facción interna del enemigo socialista y su corporación mediática, como un submarino impulsado desde instancias exteriores para desempeñar en IU funciones de Caballo de Troya o quintacolumnismo. El conflicto también se vio azuzado en una tradición como la comunista muy atenta a identificar al enemigo interno y a combatirlo con encono.

El primer conflicto de envergadura entre la mayoría de IU y Nueva Izquierda tras las elecciones de 1996 no fue, sin embargo, por una supuesta coincidencia entre IU y el PP en contra del PSOE, sino precisamente por la negativa de IU a sumarse al respaldo que ambos partidos, PP y PSOE, dieron al acuerdo firmado entre el gobierno, la patronal y los sindicatos mayoritarios a una nueva reforma laboral. Por paradójico que para algunos pudiera resultar, lo que Nueva Izquierda reprochaba a Izquierda Unida era que no votara conjuntamente con el PSOE, pero también con el Partido Popular. El tercer vector para entender la aparente contradicción es que el voto a favor de la reforma acordada con el PP lo pedía la dirección de CCOO.

El deseo de sumarse al consenso y la afinidad con la dirección de CCOO llevó a los diputados del PDNI en el Congreso a no asistir a la votación en la que el grupo parlamentario de Izquierda Unida, al que pertenecían, había acordado votar en contra de la reforma laboral. La dirección de IU anunció inmediatamente medidas, que apenas llegaron a concretarse, contra los tres diputados pertenecientes al PDNI que habían roto la disciplina: Cristina Almeida, Ricardo Peralta y Manuel Alcaraz, cuya actitud fue aplaudida por Rafael Ribó de Iniciativa per Catalunya y por Antonio Gutiérrez, secretario de CCOO[3].

La crisis estalló definitivamente cuando en vísperas de las elecciones autonómicas en Galicia, convocadas para el 16 de octubre de 1997, la mayoría de la dirección de Izquierda Unida de Galicia, dirigida por Anxo Guerreiro y constituida por miembros pertenecientes o afines al PDNI, decidió unilateralmente y frente al criterio de la dirección federal –a quien correspondía en virtud del reparto de competencias recogido en los documentos del partido tomar una decisión de esa naturaleza– integrarse en la candidatura del PSOE, al objeto declarado de disputarle el gobierno de la Xunta a Manuel Fraga. La organización gallega recibió el respaldo abierto y oficial del PDNI y de Iniciativa per Catalunya, cuyos dirigentes acudieron a Galicia a apoyar personalmente la candidatura u organizaron actos de apoyo en sus respectivas comunidades[4].

Ante la envergadura del pulso y el incumplimiento de las normas, el sector mayoritario de IU dirigido por Julio Anguita decidió cortar por lo sano. La decisión se tanteó en reuniones extraoficiales de los principales dirigentes del PCE con dirigentes del PASOC e Izquierda Republicana. La decisión final se tomó en una reunión de la Presidencia celebrada el día 22 de septiembre de 1997. Por 30 votos a favor y seis en contra se aprobaron seis resoluciones en las que se rompían relaciones con Iniciativa per Catalunya, se disolvían las direcciones de Cantabria, Castilla la Mancha y Aragón en manos de dirigentes del PDNI y se sancionaba a los cargos públicos que habían acudido a actos de apoyo a la candidatura gallega, entre ellos a los tres diputados de Nueva Izquierda en el Congreso y al senador Juan Luis Nieto, histórico dirigente comunista en la clandestinidad. Sobre el Partido Democrático Nueva Izquierda la presidencia constató que con las declaraciones de sus principales dirigentes, entre los que estaban Diego López Garrido y Juan Berga, se situaban a sí mismos y situaban al propio partido fuera de IU, lo que equivalía en la práctica a su expulsión[5].

Un vendaval de críticas arreció contra Julio Anguita desde distintos flancos. Además de las críticas feroces del Partido Democrático Nueva Izquierda, Iniciativa per Catalunya, CCOO y el PSOE, Julio Anguita fue objeto de escarnio público en los medios del Grupo Prisa por parte de editorialistas, redactores, guionistas y columnistas. Con reiteración y saña se construyó una imagen de Julio Anguita con cuatro trazos esquemáticos: el del dirigente dogmático, utópicamente delirante, obsoleto y autoritario.

Juan Andrade: *En 1997 se produce una profunda crisis en IU a partir de un conflicto cada vez más intenso con Nueva Izquierda. ¿Qué diferencia de criterios, de proyectos, de orientación programática, de cultura política y de identidad ideológica había entre la mayoría de Izquierda Unida, relativa mayoría que tú encabezabas, y esta corriente finalmente organizada como Partido Democrático de la Nueva Izquierda?*

Julio Anguita: Una. Nosotros apostábamos por construir una alternativa a lo que representaba el bipartito, ellos lo que querían era construir una alianza con el PSOE frente al PP. Y además hacer de IU un proyecto marca blanca del PSOE. El tiempo pasado ha evidenciado lo que estoy diciendo.

Juan Andrade: *¿Qué hechos llevaron a la ruptura?*

Julio Anguita: La ruptura definitiva fue a consecuencia de desencuentros permanentes y de actitudes poco claras y desleales para con el proyecto de IU por parte de Nueva Izquierda. El rompimiento con Nueva Izquierda y además con Iniciativa por Cataluña era una ruptura cantada, se veía venir, era algo inexorable.

El detonante vino de Galicia. Una mañana, Anxo Guerreiro, coordinador de Izquierda Unida en Galicia, me llamó para decirme que en un par de horas firmaba un acuerdo para presentarse a las elecciones con el PSOE. No sabíamos nada. Pero además, no solamente no sabíamos nada, sino que la iniciativa la había aprobado en el segundo nivel de rango de su dirección, por lo que le dije que no solo se había saltado la ley federal sino la suya propia. Entonces vino la ruptura. Inmediatamente Iniciativa per Catalunya y los de Nueva Izquierda anunciaron que iban a hacer campaña por ellos. Lo que se produjo fue un hecho tremendo, porque eso era la declaración de guerra y porque además, pese a ello, pretendían seguir estando en Izquierda Unida. Ya había habido un antecedente. En el año 92, 93 o 94 Rafael Ribó había ido a Euskadi a hacer campaña por Euskadiko Ezkerra contra las candidaturas de Izquierda Unida, y nosotros tragamos, que ya es mucho tragar. Esta fue la segunda ocasión, la segunda vez que Iniciativa per Catalunya se iba, ahora con Nueva Izquierda, a hacer campaña por una candidatura distinta a la de Izquierda Unida. Era llover sobre mojado. Y además era una declaración de guerra, pero queriendo preservar la apariencia de que no había declaración de guerra.

Entonces decidimos la ruptura. La estudiamos, la planificamos y acudimos a un símil de la revolución francesa, porque sabíamos lo que íbamos a tener enfrente. Y recordábamos cómo Francia, la Francia revolucionaria, se vio asediada por prusianos, por españoles, por la reacción, y salió y los venció en la batalla. Y eso hicimos. Había que romper. No podíamos tolerar que nuestros aliados en Cataluña y muchos de los nuestros en toda España fuesen a Galicia a hacer campaña por una opción que no era la nuestra. En los medios de comunicación aparecimos como los culpables, porque la decisión de romper fue nuestra. Rompimos porque ningún partido político aguantó lo que nosotros aguantamos a Nueva izquierda y a Iniciativa: obstrucción sistemática de la actividad de IU, ruptura de la disciplina parlamentaria, encuentros secretos con la alta dirección del PSOE, filtraciones interesadas y muchas veces falsas, conculcación sistemática de los acuerdos del Consejo Político Federal por parte de las direcciones de comunidad autónoma en la que ellos tenían la mayoría, etc., etc., etc.

Juan Andrade: *A Nueva Izquierda la acusabais de ser un submarino del PSOE. En este sentido, ¿qué constancia teníais del papel que jugó el PSOE y PRISA en la promoción política, orgánica y mediática de Nueva Izquierda cuando todavía estaba dentro de Izquierda Unida?*

Julio Anguita: Fueron el caldo de cultivo. Eran la mano que mecía la cuna. PRISA por su vinculación con el PSOE y sobre todo porque compartía el mismo tipo de europeísmo con Nueva Izquierda. El PSOE porque PRISA medró para ello y porque tenían intereses comunes. Para ellos Nueva Izquierda era la quinta columna del enemigo odiado. Era perfecto. La actitud de *El País* fue tremenda. Yo jamás he tenido ya relación con *El País*. Desde entonces no he tenido ninguna relación con ese diario. Es más, sigo cumpliendo la promesa que me hice y les hice a ellos: «Nunca tendremos relaciones». Ni he concedido ni concederé entrevista alguna a pesar de que me las han pedido.

Mi experiencia con *El País* no había sido buena. Tiempo atrás en un desayuno al que yo acudí con otros compañeros, Félix Martínez, Carlos Carnero o Mariano Santiso, los de PRISA me recomendaron que me viese con Felipe González. Yo les dije que sí, que abierta y públicamente nos podíamos ver cuando quisiera. Pero no, ellos me decían: «No, no, tú vas de

manera discreta os paseáis por la Moncloa y…». Entonces le corté y le dije «sí, hombre, como una amante de tapadillo, ¿no?». Y entonces tuve unas frases duras, les dije que cuando entrase yo en la Moncloa lo haría con el banderín y a tambor batiente representando a mi fuerza política. Salí y lo dije. Ellos creían que me iba a callar, pero salí y lo conté y así empezaron las malas relaciones con *El País*. Quizás sea uno de mis muchos errores. A veces no he tenido miedo cuando tenía que tenerlo. O sea, cuando ha habido que entrar a la batalla yo he entrado sabiendo las consecuencias a las que me enfrentaba. Pero creo que en ocasiones no hay más remedio que aceptar el reto, aunque no tengas muchas posibilidades de éxito. Ahora, a los casi 20 años, el tiempo ha evidenciado que llevábamos razón.

Juan Andrade: *¿Te siguió el ejército en esa batalla?*

Julio Anguita: No es una cuestión de seguimiento o de seguidismo. Una parte muy importante de la dirección compartíamos una posición común de firmeza (no cabía otra). Y lo mismo ocurría con la militancia.

Juan Andrade: *¿Y con los generales?*

Julio Anguita: En los generales, como tú dices, hubo de todo. Los de Nueva Izquierda estaban con el adversario. Otros tenían ese respeto humano hacia el poder de los medios de comunicación y creían que siendo dóciles conseguiríamos algo. Craso error, los medios, sus propietarios, forman parte del sistema y en consecuencia solo te apoyarán si tú cedes en cuestiones de principios. Los demás, aguantaron firmes. Pidiendo perdón por omisiones u olvidos totalmente involuntarios quiero citar algunos nombres: Víctor Ríos, Salvador Jové, Manolo Monereo, Paco Frutos, Antonio Herreros, Felipe Alcaraz, Antonio Cañadas, Pedro Marset, Manolo Cañada, Juan Mari Garrido, Gaspar Llamazares, Javier Madrazo, Jesús Garrido, Manuel Peña Rey, etc., etc., etc.

Algunos de ellos han tenido después algunas declaraciones o actuaciones no concordantes con las posiciones mantenidas entonces. No importa, estoy repasando y juzgando el entonces. Tras la derrota del año 2000 se apoderó de la organización un sentimiento de culpa que puso en marcha mecanismo de revisión de casi todo lo anterior. Hubo algún dirigente, Diego Valderas en concreto, que pidió perdón públicamente por haber sido presidente del parlamento andaluz con el voto del PP. Era tal su

complejo de inferioridad y miedo escénico que olvidaban la misma situación ocurrida en Cataluña donde fue presidente del parlamento catalán Joan Raventós del PSC con el voto del PP. En los dirigentes es buena la prudencia y la moderación en el hablar pero es una falta grave el miedo al qué dirán, cuando no la falta de convicciones.

Juan Andrade: *Pero estos dirigentes que sugieres también defendieron la ruptura con Nueva Izquierda.*

Julio Anguita: Juan, votaron y se arrepintieron, cuando salían por la puerta ya estaban arrepentidos.

Juan Andrade: *¿Cómo se tomó la decisión?*

Julio Anguita: Aquello se planificó con Victor Ríos y el secretariado. Se llevó a la Presidencia Federal y enseguida trascendió a la calle. Después lo llevamos al Consejo Político Federal y hubo una mayoría más que notoria. Yo sabía que después vendría la prensa. Todos habíamos calculado que al día siguiente vendrían contra nosotros, lo habíamos sopesado. Sabíamos que entrabamos en batalla, en ningún momento lo habíamos ignorado. Pero asumimos el riesgo. ¿Cuál era la alternativa? ¿Aguantar? ¿Aguantar que hubiera dos listas en Galicia, que Nueva Izquierda hiciera campaña contra sus propios compañeros, que yo estuviera dando un mitin en Galicia y Juan Berga estuviera dando otro contra nuestra candidatura?

Juan Andrade: *Aquella decisión tuvo un coste extraordinario porque se perdieron las direcciones de…*

Julio Anguita: Cantabria, Castilla-La Mancha, parte de Aragón, País Valenciano y, bueno, daños colaterales en…

Juan Andrade: *Y muchas concejalías, ayuntamientos y escaños en los parlamentos autonómicos.*

Julio Anguita: Sí.

Juan Andrade: *El Partido Democrático de Nueva Izquierda terminó integrándose en el PSOE. ¿A qué atribuyes el continuo y ya histórico trasvase de dirigentes, cuadros y militantes del PCE e Izquierda Unida al PSOE?*

Julio Anguita: Hay varias oleadas. Hay una oleada que es muy anterior a la muerte de Franco. La oleada de Enrique Múgica, la expulsión de Claudín, etc. Después hay otra, que es inmediatamente posterior a las primeras elecciones generales o más bien a las segundas, cuando se constata que con el partido no se va a gobernar. Entonces alguna gente, de manera bien intencionada, piensa que había que hacer algo y que ese algo se hacía mejor con el PSOE que con el PCE. Es la época de Mangada en Madrid, y de unos cuantos más. La tercera oleada es con Enrique Curiel y ya afecta a Manuel Corvo, a José Luis Buhigas a Antonio Kindelán. Y la cuarta oleada, que es la última, corresponde a mi época, ya con todo el grueso de la tropa, de López Garrido a Cristina Almeida. ¿A qué se debe? Yo creo que cada emigración tiene un motivo aparente distinto, pero en el fondo hay uno que es igual: creer que no se puede hacer nada de izquierdas en IU y que para lo único que los tiempos dan es para hacer algo desde el PSOE. Así que se dicen: «Vamos a hacer algo con estos porque ya hemos visto lo que ha pasado con la caída de la Unión Soviética». Pero sobre ese fondo, que es común, hay otros fondos adheridos que a veces cobran un protagonismo fundamental, y que son los cargos. Eso está claro. Y eso afecta a la última hornada. La última hornada es la que más se ve afectada por esto. Son los casos de Cristina Almeida o de Diego López Garrido que conjuntamente con Sartorius fueron los inductores de todo. Te cuento una anécdota. En un debate parlamentario el presidente dio un breve receso y muchos diputados quedaron en el hemiciclo. La diputada del PSOE, Amparo Rubiales que había sido dirigente del PCE le dijo a Cristina delante de mí: «Oye, Cristina, que te crees tú que cuando estés en el PSOE vas a poder hacer lo que estás haciendo ahora». Yo miré, me miraron, sonreí y callé. O sea que aquello ya era *vox populi.*

Los casos son distintos y han generado confusión. Creo que en algunos casos, que no son desdeñables en cuanto a número, aportaron una noble confusión. Cuando quiero decir noble confusión quiero decir honesta, pero confusión. Cuando Curiel pide que a su muerte se le envuelva en la bandera de la hoz y el martillo está confesando perfectamente esto, error, confusión. En otros casos, sin embargo, el motivo fue el medro, porque el PSOE ha sabido recompensar transitoriamente a los que han ido a su casa. Ha habido de todo, pero, vamos, mi respeto a los que se equivocaron pero fueron honestos como Curiel, porque Curiel tuvo un acto de honestidad, dejó el

escaño. No le pasó como a Cristina Almeida y los demás que se lo llevaron. Hay diferencias, no son todos iguales. En el fondo coinciden en una cosa, ellos creen que un partido comunista o el proyecto de IU carecen de sentido.

Juan Andrade: *La crisis del 97 supuso también la ruptura con el socio y referente de IU en Cataluña: Iniciativa per Catalunya. Con Rafael Ribó al frente se congeló el PSUC e Iniciativa per Catalunya se manifestó con frecuencia contraria a lo planteado por la dirección federal de IU. Finalmente, como acabamos de hablar, Iniciativa per Catalunya se posicionó también a favor de la candidatura de Anxo Guerreiro en Galicia y del lado de Nueva Izquierda ¿Cómo se llegó a esas tensas relaciones entre Izquierda Unida e Iniciativa per Catalunya, dos formaciones independientes pero hermanadas?*

Julio Anguita: Fueron hijas de un fallo estrepitoso en las relaciones entre el Partido Comunista de España y el Partido Socialista Unificado de Cataluña, con las que yo no he estado de acuerdo. El no poder cambiarlas ha sido otro de mis fracasos. Resulta que el PSUC puede votar para definir la política del PCE y el PCE no puede votar para definir la política del PSUC. Esto ha surgido ahora con los socialistas, les pasa lo mismo. Y esto es heredero de una historia que algún día tendrá que acabar, porque si usted decide mi política yo también decido la suya. No ha habido manera, bien por aferrarse a una situación del pasado bien por intereses inmediatos. Pero una vez situado ahí el problema la historia es más compleja. Porque lo que podría llamar el sector crítico en Cataluña más cercano a nosotros, lo que llamaron los anguitistas, criticaban mucho a Ribó pero no le presentaron batalla. Y te voy a dar los datos.

Ellos, los llamados anguitistas de Cataluña, venían años pidiéndonos que rompiéramos con Iniciativa per Catalunya-Verds: «Julio, rompe… Julio, rompe». Mi respuesta: «Yo no, será Izquierda Unida». Pero aparte de eso nosotros les decíamos que en todo caso romperíamos cuando ellos tuvieran una alternativa. De modo que en previsión de una ruptura deberían haber ido preparando una alternativa. Cuando se acercan los acontecimientos de la ruptura, cuando ya la ruptura es inevitable, me dijo uno de los dirigentes más importantes: «Julio, enseguida nos ponemos a construir la alternativa». ¡Ocho meses! ¡Ocho meses estuvieron debatiendo

acerca de si se llamaban Izquierda Unida de Catalunya o Esquerra Unida i Alternativa! ¡Ocho meses! ¡Ocho meses en que no tuvimos nada, ningún referente en Catalunya! Los queridos compañeros llamados anguitistas no prepararon absolutamente nada. Y yo se lo he dicho, porque cuando rompimos obligados por las circunstancias tenían que haber previsto una alternativa, pero tardaron ocho meses. ¿Cuál fue la consecuencia? Que cuando fuimos a las elecciones para muchos de nuestros potenciales votantes Ribó seguía siendo la referencia. Así que también se apunten su parte de ese fracaso, porque, repito, tardaron ocho meses. ¿Sabes lo que son ocho meses en política? Y ellos durante todo ese tiempo discutiendo el nombre. Yo les dije: «Mirad, a mí me gustaría que fuese Izquierda Unida de Cataluña o si queréis Esquerra Unida de Catalunya. Vale, no, Esquerra Unida i Alternativa». ¡Pues eso dígamelo usted en 15 días, no en ocho meses! ¿Qué pasa? Que fueron una oposición a Rafael Ribó que ya la hubiera querido yo para mí. De esas oposiciones que me manden todas las que quieran.

Por cierto, que Ribó, como apuntabas, siguiendo la estela «gloriosa» de Achille Occhetto hibernó al PSUC, es decir, no quiso que los que pedían su mantenimiento lo pusieran a flote y lo impulsaran. El clásico tema del perro del hortelano. Por eso los compañeros tuvieron que crear el PSUC Viu (PSUC vivo).

Juan Andrade: *Entre esa gente de Cataluña, que según dices debía haber construido antes la alternativa, había hombres de tu confianza, dirigentes federales. Del PSUC procedían Paco Frutos, Salvador Jové o Víctor Ríos.*

Julio Anguita: Sí, pero Frutos, Jové y Ríos eran muy críticos con ellos, con los que estaban en Cataluña. Eran gente honesta, de izquierdas y de una ejecutoria impecable de luchadores comunistas en CCOO, los movimientos sociales y los espacios alternativos. Muchos de ellos habían sido discípulos de Manuel Sacristán, una de las figuras más señeras de marxismo ibérico. Su fallo fue el dudar y no haber preparado con tiempo la alternativa a Iniciativa per Catalunya.

Como se viene leyendo, otro vector de la crisis de 1997 fue la relación con CCOO. Con la salida de Marcelino Camacho de la Secretaría General de CCOO y su reemplazo por Antonio Gutiérrez en 1987 se produjo un

cambio considerable en la orientación del sindicato, que llevó a tensiones con la dirección del PCE e IU encabezada por Julio Anguita. El cambio de orientación no fue exclusivo de CCOO en España, sino de muchos sindicatos homólogos europeos. En un contexto de fuerte resaca por la crisis estructural del capitalismo en los setenta y ochenta y de degradación acelerada de las condiciones laborales por la nueva ofensiva neoliberal, los sindicatos se vieron abocados a una dinámica defensiva que entrañó un desgaste considerable para ellos. A pesar de la contundencia de algunas respuestas en formas de paros y huelgas, a medio plazo los sindicatos tendieron a la moderación de sus prácticas y a la negociación a la baja, a fin de preservar, en ese contexto general de retroceso de derechos sociales, algunas conquistas o de evitar recortes mayores. Por otra parte, tanto en el caso de España como en el de muchos países europeos los sindicatos optaron por poner distancias con respecto a los partidos comunistas de los que respectivamente habían surgido y gracias a los cuales se habían desarrollado[6]*. La razón principal consistía en no verse arrastrados por el declive que de manera general estaban experimentando estos partidos desde los ochenta y sobre todo a raíz de la caída de la URSS.*

En el caso de España este movimiento de distanciamiento fue más tenso porque aquí, sin embargo, el declive del PCE fue contenido gracias a su apuesta por Izquierda Unida. Por otra parte, en el caso de España CCOO estaba aliada, al tiempo que competía, con la Unión General de Trabajadores, el sindicato de tradición socialdemócrata. Los años que van de finales de los ochenta a mediados de los noventa fueron particularmente difíciles para la UGT, debido sobre todo a la degradación de las estrechas relaciones que históricamente mantenía con el PSOE y, por tanto, con sus gobiernos. Las dificultades por las que atravesaba la UGT y su pérdida relativa de respaldo por parte del gobierno fueron vistas por la dirección de Comisiones Obreras como una oportunidad para apropiarse de parte del espacio sindical que ocupaba la UGT, lo cual exigía, además de una moderación práctica considerable, una teatralización consecuente de distanciamiento, e incluso de hostilidad, con respecto a formaciones políticas situadas demasiado a la izquierda.

De igual modo, el conflicto entre IU y CCOO vino de la novedad que representaba IU, una novedad que no se vio correspondida por una innovación paralela en CCOO, lo cual generó también una cierta fricción

orgánica. La relación no era ya la relación entre un Partido Comunista que se centraba en el ámbito de la representación política y delegaba en buena medida la lucha social, y sobre todo la laboral, en un sindicato que al mismo tiempo controlaba a través de sus órganos de dirección. El cambio en la relación venía dado por el surgimiento de un movimiento político y social, Izquierda Unida, que aspiraba a no recluirse en el ámbito de la institucionalidad política y a tener una política económica y laboral propia más allá de la política que al respecto tuviera un sindicato afín que, sin embargo, se estaba moderando y reclamaba cada vez con más fuerza su autonomía. En este sentido, el conflicto vino no tanto porque el PCE quisiera seguir controlando la dirección del sindicato, como del hecho de que el sindicato se arrogara muchas veces el monopolio de la defensa de los trabajadores y se sintiera cuestionado cuando sus posiciones económicas o sobre todo sus posiciones relativas al mundo del trabajo no coincidían con las de IU.

Otras razones de la tensión entre partido y sindicato tenían que ver con el hecho de que la dirección de Comisiones Obreras estaba formada en buena medida por dirigentes comunistas que en los debates sobre la viabilidad del PCE habían pedido su disolución. También porque estos mismos sectores de la dirección de Comisiones Obreras formaban parte o simpatizaban con la oposición interna a Julio Anguita en el PCE o IU, fuera primero con los llamados renovadores, fuera más tarde con Nueva Izquierda. Por decirlo de manera más básica, el problema de las relaciones entre partido y sindicato venía también del hecho de que quienes eran minoría en el PCE primero y en Izquierda Unida después formaban parte, sin embargo, de la mayoría en la dirección de Comisiones Obreras.

A todo ello habría que sumar también importantes diferencias de personalidad entre Antonio Gutiérrez y Julio Anguita.

***Juan Andrade:** Las estrechas relaciones entre el PCE y CCOO se deterioran en los años 80 y 90, cuando tú estabas al frente de PCE e IU. Julio, durante tus años al frente del PCE y de IU las relaciones con CCOO fueron tensas…*

Julio Anguita: Más que tensas. Vamos a ver. Para empezar voy a recordar unas palabras de Santiago Carrillo, tiempo ha, cogidas por mi pluma cuando

ambos estábamos en el Comité Ejecutivo del PCE: «Camaradas, los movimientos sociales a lo más que pueden aspirar es a que los interpretemos». ¡Todo un tratado! Nosotros interpretamos a los movimientos sociales. No solamente los representamos, sino que los interpretamos. Por contraposición, en mi opinión, los movimientos sociales constituyen la célula básica sobre la que la gente se organiza, cobra conciencia y quiere actuar. Naturalmente sus niveles de conciencia no son los mismos que pueden exigírsele teóricamente, digo teóricamente, a un militante comunista. Pero ya están en la fase embrionaria de la formación de conciencia, porque surgen de problemas inmediatos y concretos que acucian a la gente. Y es el deber de los militantes comunistas que trabajan en los movimientos sociales, no del partido, sino de los militantes comunistas, ir transformando con paciencia y con inteligencia ese incipiente nivel de conciencia en un nivel superior. Pero esto lo que supone es que en todo momento las decisiones, los debates y los intereses de esos movimientos sociales –siempre y cuando no entren en contradicción con el objetivo global– se tomen dentro de esos movimientos. En algún lugar he dicho que los militantes que trabajen en los movimientos sociales deben someterse a lo que digan esos movimientos. Y su habilidad está en, como miembro del partido comunista, trasladar, interpretar, persuadir. Esa máxima yo la he observado o he pretendido observarla siempre, siempre. Y he insistido mucho, porque creo que es la única manera de poder conectar la existencia de un partido-mente con las masas. El partido-mente es el que analiza, reflexiona y lleva propuestas a los movimientos. En ese sentido se plantea el proyecto de Izquierda Unida. Las masas con sus cuadros están en Izquierda Unida y el PCE debe ser un partido-pensante. Yo sé que esto parece muy hegeliano o, más bien, muy cartesiano: nosotros los comunistas debemos ser la «res cogitans». No les negamos a los demás que formen «res cogitans», es decir, no tenemos la exclusiva, pero a nosotros nos define esa tarea específica. A los demás les define esa y otras cosas, a nosotros esta. Pero a partir de ahí lo pensado por nosotros hay que llevarlo al refrendo permanente de lo que digan las organizaciones de base. Esto significa un partido a su vez uno y trino, exige desdoblarse, eso es esquizofrénico, pero es que la esquizofrenia forma parte de la tarea revolucionaria. Ese es el canon que hay que pagar, porque si eres de una sola pieza estás con uno o con otro. Pero, claro, eso de estar con los dos para llegar a la síntesis es muy

difícil. Yo es lo que he creído interpretar en lo que dicen los maestros y lo que dice Lenin en todo momento. Es lo que he creído interpretar en lo que dice Antonio Gramsci. A lo mejor me he equivocado. Pero, claro, eso supone muchos dolores de cabeza, escuchar a los maestros, a la gente corriente, que te tiene mucho que enseñar. Lo otro son fórmulas.

Hablemos de Comisiones Obreras. Al PCE le pasó al principio con las Comisiones Obreras como le pasó a Lenin con los soviets. Al segundo intento lo entendió. Porque en el año 1905 Lenin no entendió a los soviets. Después sí. Después se dio cuenta. Y esto no es en demérito de Lenin, porque no siempre se pueden captar las cosas a la primera. Pues algo parecido le pasó al PCE con el movimiento de las Comisiones Obreras o, mejor dicho, con el movimiento previo que se da en los pozos de Asturias y otros lugares. El partido al principio no lo entendió del todo. Fue un poco después cuando tomó conciencia de que eso es lo que estaba buscando. Y enseguida se dedicó a potenciarlo. Porque las Comisiones Obreras las potencian los cuadros comunistas fundamentalmente, aunque hay otros cuadros también procedentes de otras tradiciones políticas. Lo potencian y, naturalmente, como potenciar aquello era acorde con una línea política, no digo simplista, pero sí muy clara, que era la lucha contra Franco, no hubo muchas fisuras. Porque todo lo que fuera en detrimento de la dictadura era bienvenido, y si además estaba al servicio de la clase obrera, que es el sujeto revolucionario, entonces ya era la leche.

Lo que ocurre es que cuando se legalizó a todos y cuando el llamado socialismo real fracasó o fue vencido, Comisiones Obreras y sus dirigentes se dieron cuenta de que se había perdido el referente y que desde luego el horizonte utópico –y digo utópico como lo utilizan ellos– no tenía sentido. Entonces lo que había que hacer era instalarse por el bien de la clase obrera y administrar sus intereses. Renunciaron a la transformación. Los primeros sindicatos nunca renunciaron. Tuvieron un ritmo distinto, pero nunca renunciaron, nunca desapareció de su horizonte la transformación. En este otro momento sí desapareció y su desaparición tuvo efectos inmediatos. Terminaron administrando lo existente y además administrándolo en franco retroceso permanente. Y esto se concretó en el cambio que se dio entre Marcelino Camacho y Antonio Gutiérrez, que no eran Marcelino ni Antonio, sino dos personas que representaban actitudes y momentos históricos distintos. Marcelino representaba la etapa de Comisiones de la

clandestinidad, de la lucha contra Franco. Antonio quería representar una nueva etapa, que ya estaba de vuelta de aquello después de todo lo que ha pasado en la transición. Y, por tanto, llegó a aspirar por un momento a sustituir a la UGT. Lo intentó al principio, ya después no. Lo que pasa es que la UGT tiene una andadura de ciento y pico de años y el funcionamiento, como un tándem, con el PSOE. Mientras que el PCE y CCOO no era ningún tándem. En esa época la mayoría de los dirigentes de CCOO veía ya al partido comunista como un leproso…

Juan Andrade: *Como un lastre.*

Julio Anguita: Sí, exactamente. No lo querían. A Izquierda Unida todavía la podían querer, pero no a la Izquierda Unida de Anguita. Pensaban que si Izquierda Unida se vestía de lagarterana y se asemejaba como plan B a la socialdemocracia podíamos entendernos. Pero eso les falló. Y llegaron las tensiones y el enfrentamiento, sobre todo en la medida que había dirigentes y cuadros del PCE y de Izquierda Unida que eran dirigentes y cuadros de Comisiones Obreras. Es decir, si hubiéramos sido organizaciones que no tuviésemos ese común denominador de personas…, pero es que lo teníamos. Y esas personas votaban en nuestro Comité Central del partido y en el Consejo Político Federal de Izquierda Unida. Y entonces llevaban allí el lenguaje que les conectaba con Nueva Izquierda. Por eso ellos, los dirigentes de CCOO, a Nueva Izquierda la subvencionaron, le dieron infraestructuras, le dieron calor, sobre todo en el País Valenciano, en Castilla de la Mancha, en Cantabria, en Galicia y, bueno, no digamos en Cataluña.

En esta degradación los sindicatos han perdido todo, sobre todo lo más importante: la credibilidad entre los trabajadores. Pero es que además el proceso de precarización que han promovido las reformas laborales que ellos mismos han aceptado va a terminar por laminarles. Con ello han estado cavando su propia tumba. Y, naturalmente, la Izquierda Unida que hace unas críticas durísimas al sistema capitalista, pero después entra en el juego, también cava su propia tumba. Porque hablamos de un proceso de pérdida de identidad que también afecta a Izquierda Unida. Ha habido dirigentes de IU de Madrid que han afirmado en conferencias dadas en el Club Siglo XXI que el mercado es el único medio eficaz para asignar

recursos y distribuir los beneficios. Cuando empezamos a usar el lenguaje del enemigo es que ya hemos perdido la guerra.

Sí quiero dejar claro que yo no quiero hacer aquí un juicio sumarísimo a las personas que protagonizaron este proceso histórico, más allá de alguna responsabilidad concreta que puedan tener. Quiero decir que las personas son sujetos de procesos que ellos han puesto en marcha no al 100 por 100, y son sujetos de procesos de los que a su vez son víctimas, como lo somos todos en la historia. Yo creo que ese proceso general que he descrito explica la situación actual de Comisiones Obreras. La situación de un sindicato que, francamente, no tiene nada que ver con lo que fue. Es el administrador de una derrota. Eso es.

Juan Andrade: *Aparte de esas relaciones de poder entre partido y sindicato también hubo divergencias entre IU y CCOO a propósito de muchas medidas del gobierno, divergencias en torno a las reformas laborales o las orientaciones económicas del gobierno. Ante esas divergencias parece que en muchos momentos se da también el intento de la mayoría de la dirección de CCOO de arrogarse el monopolio de los pronunciamientos sobre los asuntos que afectan al mundo laboral y a buena parte de las políticas sociales. Así visto parece que, más que defender la autonomía orgánica del sindicato, los dirigentes de CCOO cuestionan la posibilidad de que una formación política de izquierdas con representación institucional pueda pronunciarse sobre temas tan centrales como reformas laborales o sistema de pensiones en términos distintos e incluso opuestos a los del sindicato.*

Julio Anguita: Yo no sé si tú eres de los pocos españoles a los cuales he oído hablar de eso. Hay un enfrentamiento en el Comité Central del PCE en el que yo tengo que decir en términos duros: «Somos tan movimiento obrero como Comisiones Obreras. Así que estamos legitimados para hablar de convenios, de movilizaciones y de proyectos de reformas laborales con la misma autoridad moral. Y no tolero que se cuestione esto». Porque hay un momento en la especialización que es muy peligroso. Yo me especializo en el mundo obrero, pacto, y tú te especializas en la política. De modo que la política es solo una especie de arte declamatorio. Pero fíjate con qué sutileza separan la política del campo laboral, y la restringen al ámbito de la representación institucional, de lo electoral. Eso es lo que pretendieron en

un momento. Y, claro, chocaron. Bueno, chocaron con unos cuantos que estábamos, porque el resto, a la vez que nos daba la razón, después estaba con ellos. Ellos querían ser los que definieran qué era el movimiento obrero y yo me negaba y me sigo negando. El Partido Comunista es parte del movimiento obrero con la misma legitimidad que Comisiones Obreras.

Y sobre la autonomía partido-sindicato. Recuerdo haber reunido una vez, creo que dos veces, recién llegado a Madrid, a los dirigentes de Comisiones Obreras que eran a su vez dirigentes del partido. Me refiero a Marcelino Camacho, a Antonio Gutiérrez, a Agustín Moreno, y a varios más. Y recuerdo haberles dicho: «Quiero dejar clara una cosa. Yo jamás me voy a injerir en cómo funciona el sindicato. Cuando sea así, me denunciáis. Pero vosotros sois dirigentes de este partido y yo soy el secretario general, y yo quiero discutir con mis camaradas que están en el movimiento obrero acerca del movimiento obrero». Pues la mayoría no quisieron. Sé que recelaban, ya me di cuenta. Algunos de esos señores estaban ya en otro sitio, porque no se podían negar a esto. Yo creo que estar en un partido, sobre todo en un Partido Comunista, implica analizar cómo ven el movimiento obrero en general. Otra cosa es cómo funciona el sindicato o qué problemas puede tener. En eso no te puedes injerir, pero ¿cómo te pueden negar siendo dirigentes del partido hablar del movimiento obrero? Ciertamente estaba de fondo el tema de la «correa de transmisión». Pero no en el sentido que ha dicho la prensa, sino en el inverso. Durante un tiempo, puede que cuando Santiago Carrillo le impuso a Marcelino Camacho el tema de los Pactos de la Moncloa, hubiera una correa de transmisión del partido sobre el sindicato. Pero en mi época te digo que los intentos de mandar fueron de allí para acá.

Todo esto fue llevando a choques con Antonio Gutiérrez y a cartas cruzadas entre él y yo. Pongamos que en 1994 o 1995 yo hice unas declaraciones en las que decía que la financiación de los partidos políticos y de los sindicatos debía ser transparente. Yo no niego que tienen que estar financiados, yo lo que digo es que tiene que ser transparente. Y al decirlo yo ellos ya se mosquearon, porque pensaban que estaba hablando de los cursos que no se dan. Entonces Antonio Gutiérrez me contestó por carta, y yo le contesté y él me volvió a contestar. Y yo dije: ya hemos terminado.

Hubo otro momento en el XIII Congreso del PCE en donde ellos, la dirección del sindicato, estaban esperando, como después se demostró, que

yo lanzase un ataque contra Comisiones Obreras. Y digo por qué estaban esperando a que yo hiciera eso. Yo fui al XIII Congreso del partido y me limité a hacer una presentación de los materiales, que los habíamos mandado con un mes de anticipación para que los tuvieran los medios de comunicación. El caso es que en la presentación no dije ni una palabra de los sindicatos, ni una palabra. Pero hete aquí que Agustín Moreno en un pasillo del Congreso, y desde su libertad, puso verde a la dirección mayoritaria de Comisiones Obreras. Me contestó en el Telediario de las tres toda la dirección de Comisiones Obreras vestida con chaqueta y corbata. ¿Cómo les había dado tiempo a organizar esa intervención? Estaba preparado y contestaron a algo que no se había dado. Aprovecharon lo de Agustín Moreno y me contestaron a mí, que no les dije nada. Ellos creían que yo les iba a facilitar su intervención y no fue así. Esa rueda de prensa estaba preparada y apareció en los medios de comunicación. Las relaciones con Antonio Gutiérrez no han sido cómodas, ni buenas, y digo más, no lo serán nunca. Él decía, como te comentaba, que yo era un chiíta, un fundamentalista.

Fueron momentos duros. Y hubo muchos más vividos con tensión, en la medida que Nueva Izquierda usaba las infraestructuras de Comisiones Obreras y la dirección del sindicato apoyó a Nueva Izquierda. Para entenderlo hay que retrotraerse a la debacle del año 82. Después de aquello las propuestas económicas que hacía el partido estaban hechas en Comisiones Obreras. Nos quedamos sin nada, sin equipo, sin nada de nada. ¿Qué ocurrió luego? Que cuando se fue desarrollando Izquierda Unida empezamos a tener ya un gabinete propio de economistas, con economistas también que no estaban en comisiones, como Salvador Jové, Juan Francisco Martín Seco, Pedro Montes o Jesús Albarracín, por decirte algunos nombres.

Juan Andrade: *Efectivamente la correa de transmisión de partido a sindicato va desapareciendo tras la transición o invirtiendo el sentido de su flujo, pero desde la dirección de IU también respaldasteis una iniciativa interna del sindicato, la de los críticos de CCOO, de Agustín Moreno.*

Julio Anguita: La dirección federal de IU fue extraordinariamente respetuosa con la independencia del sindicato. Pero desde esa posición no podía evitarse que nuestras propuestas fuesen apoyadas por el sector crítico.

El caso más claro de lo que estoy diciendo lo constituye la Iniciativa Legislativa Popular de IU sobre la reducción a 35 horas de la jornada laboral. Esa iniciativa que consiguió cerca de 800.000 firmas, tuvo el respaldo de USO, CGT y el sector crítico de CCOO.

Lo que ocurrió es que en el sector crítico había temor a que se les pudiese acusar de la ruptura del sindicato. Es obvio que las simpatías de la mayoría de la dirección de IU estaban con ellos y con sus dirigentes, pero de ahí nunca pasó la cosa. Exactamente lo contrario que las direcciones de CCOO con Nueva Izquierda.

Juan Andrade: *¿En ningún momento os planteasteis que la pérdida de presencia en CCOO os estaba impidiendo participar en esa capilaridad que trae consigo formar parte de un sindicato, os estaba privando de tener presencia en el mundo laboral, en los lugares donde está y trabaja la gente? ¿No interpretabais eso como un severo límite al desarrollo de Izquierda Unida? ¿Por qué no, más allá del sector crítico de CCOO, desarrollasteis un programa de trabajo de sindicalistas comunistas en la capilaridad del mundo del trabajo? Y si pensabais que esto no era posible a través de CCOO, ¿por qué no hicisteis una apuesta fuerte por otras organizaciones sindicales o con el llamado sindicalismo alternativo?*

Julio Anguita: Apúntalo en mis fracasos. Apúntalo en mis fracasos. Pues claro que se intentó y el primer hecho que lo demuestra es cuando defendemos el reparto del trabajo y creamos una iniciativa legislativa popular. Lo firmaron CGT y USO. Pero ese es un primer ejemplo, hay otros. Por ejemplo hay un debate otra vez en el Comité Central del partido en donde digo: « Yo no tengo sindicato. Mi sindicato es, como dijo Machado, el que conmigo va en cada momento. Hoy son estos dos, mañana serán otros». Hasta tal punto es así que yo, que tengo una gran libertad de expresión en *Mundo Obrero* –eso hay que decirlo– he escrito muchas veces que por qué el partido tiene que seguir todavía diciendo que el sindicato de CCOO es nuestro sindicato. Yo no tengo sindicato, ni como militante comunista. Lo tiene mi partido, y ahí me debo a una disciplina. Pero sobre eso digo también que el partido sigue, creo que torpemente, ligándose a un sindicato que ya no es ni más ni menos que la sombra de lo que fue. Pues sí, lo he intentado, pero me he estrellado totalmente. Porque se sigue todavía diciendo, todos mis compañeros, que son amigos: «Es que el sindicato al

que yo pertenecí…». Y yo digo: «Que eso está muerto, que estás amarrado a un cadáver, que esto es otra cosa». Pues no hay manera. O sea, que fracaso total.

Juan Andrade: *¿Estás afiliado a algún sindicato?*

Julio Anguita: No. Estuve en Comisiones Obreras, como era preceptivo. Cuando estuve en activo negocié en mi centro de trabajo en nombre del sindicato determinadas cuestiones y políticas de la enseñanza. Cuando dejé de estar en activo y pasé a la alcaldía en el 79 dejé de estar afiliado. Y después ya no quise, por una razón, y quiero ser claro: mañana me mato con quien sea porque existan los sindicatos. Mi crítica a la actuación del sindicato no implica la negación de su papel, ni mucho menos, son angulares, piedra fundamental. Esa cuestión no la discuto. Ahora, lo que veo no me mueve a militar en ninguno de ellos: en los dos mayoritarios porque hace tiempo que dejaron de estar y respecto de los otros porque veo que están un poco fuera de la realidad. Consecuencias: que yo estoy dispuesto a negociar siempre actos concretos, proyectos, jornadas o acciones con los sindicatos, pero sin comprometerme con ellos, vista como está la cosa. Pero quiero dejar claro que esta desafección mía a tal militancia no me lleva a estar con aquellos que niegan la existencia de los sindicatos. Me parto y me juego la vida por defender que tienen que existir. Otra cosa es cómo enjuicio su actuación.

Juan Andrade: *Por cerrar el tema de la gran crisis de IU…. Yo, en mi trabajo historiográfico, he asumido una perspectiva bastante crítica con respecto a las direcciones de los partidos políticos de la izquierda, tanto con la dirección del PSOE en la transición como con la dirección del Partido Comunista de España. Asumí una perspectiva crítica porque la historia por definición es una disciplina crítica y porque además en el caso de la transición convenía hacer valer más intensamente esa perspectiva crítica propia de la historia frente a la imposición de un discurso público muy interesadamente benévolo al respecto, basado en la memoria de los protagonista del proceso que luego han escrito sobre él o lo han conmemorado desde las instituciones del Estado. Pero en ello creo haber pecado también de un exceso de benevolencia o de idealización a la hora de contemplar el papel de las bases, de los militantes de base, que es de*

una complejidad tremenda, con episodios de gran creatividad y compromiso, pero también con otros en los que se reproducen lógicas de poder, cerrazón y exclusión. Hemos hablado mucho de dirigentes de Izquierda Unida. Háblame también de sus bases y del papel que han jugado en estas crisis.

Julio Anguita: Pues sí. Te cuento una anécdota. Se trata de un mitin celebrado en Sevilla, donde está ahora el teatro de la ópera, al lado de la Maestranza. Yo doy el mitin y después nos vamos a algo que había organizado el partido en, creo que se llama, El Tiro de Línea, un barrio de Sevilla. Hago una intervención de 15 minutos y después de mi intervención hay una pareja, un hombre joven y una mujer joven, que se ponen en pie y les explican a los militantes lo que yo he estado explicando durante mi intervención. Claro, el partido había llegado, como consecuencia de sus crisis internas, a que hubiese una parte muy importante de la base que reproducía los comportamientos característicos de los seguidores de una cofradía, en donde mis siglas y mis banderas están en peligro y hay que salvarlas, olvidando todas las demás cuestiones. Y claro, eso es manejado perfectamente por algunos dirigentes que hacían anidar el sectarismo. Es decir, ese es el momento en que dominan los sacristanes y se arrincona a los teólogos. ¿Qué es el sacristán? El que oficia la liturgia, el que repite y repite y adora al santo por el cepillo y cuando digo el cepillo me refiero a determinados intereses económicos. La base conmigo tenía un papel curioso, a mí me quería mucho, pero yo no era cómodo, yo reñía. Ese sentimiento de cariño aparentemente contradictorio hay que estudiarlo a la luz de la psicología. Hay que tener en cuenta que el sermón y la admonición ofrecen, por estos extraños y sinuosos vericuetos de la mente humana, unos mecanismos de compensación basados muchas veces en el placer que entraña recibir un castigo por algo que se sabe se ha hecho mal, es una especie de masoquismo que es innato en nosotros y que funciona de verdad.

De las bases que yo he hablado son las de la elaboración colectiva. En la elaboración colectiva siempre ha habido más personas de fuera del PCE que del PCE. Siempre. Y son las que le han dado a Izquierda Unida la fuerza que ha podido tener en su mejor momento.

Juan Andrade: *Yo creo que las experiencias de transfuguismos en el PCE e Izquierda Unida han dejado tras de sí un lastre terrible: concebir –a veces*

de manera inducida por lo que tú llamas los sacristanes o a veces de manera natural– al discrepante como un traidor en potencia. Yo creo que una consecuencia también terrible de ese transfuguismo ha sido dejar en los que se quedaban la impresión de que la discrepancia es la antesala a la traición ¿Reconoces que esa cultura del recelo, la sospecha y el vacío al discrepante ha existido en la Izquierda Unida que tú dirigiste?

Julio Anguita: Esa cultura ha existido y, desde luego, no me gusta. Pero tiene la marca Santiago Carrillo. Él es el padre de esa cultura. ¿Ha continuado después? Sí, ha continuado después. Pero sirva de recordatorio cómo Izquierda Unida ha servido para rescatar en el trabajo a mucha gente que se había ido del partido. Y aquello fue posible porque, en primer lugar, hubo una parte muy importante de la dirección que asumió la apuesta por IU con todas sus consecuencias y en segundo lugar por algo que no puede ni debe repetirse pero que entonces, en aquellos momentos, fue crucial: la coincidencia en mi persona de las dos responsabilidades máximas: la de secretario general del PCE y la de coordinador general de IU.

[1] La publicación más amplia sobre Nueva Izquierda en Juan Luis Paniagua y Luis Ramiro, *Voz, conflicto y salida: un estudio sobre faccionalismo: Nueva Izquierda, 1992-2001,* Madrid, Univ. Complutense, 2003.

[2] «Nueva Izquierda nace para ser nexo entre PSOE e IU, según López Garrido», *El País,* 2 de noviembre de 1996.

[3] «IU propone máximas sanciones para los diputados de Nueva Izquierda», *El País,* 10 de junio de 1997.

En este contexto de confrontación el Consejo político federal aprobó el documento «Pluralismo y coherencia en Izquierda Unida hoy», *Mientras Tanto* 79 (1997), Barcelona.

[4] «Ribó proclama que Iniciativa per Catalunya estará "siempre" con Esquerda Galega», *El País,* 11 de septiembre de 1997.

[5] Tres crónicas en prensa acerca de lo sucedido: «Anguita expulsa a Nueva Izquierda, rompe con Ribó y repudia a Esquerda Galega», *El País,* 11 de septiembre de 1997; «La Presidencia de IU acuerda expulsar a Nueva Izquierda de la coalición», *El Mundo,* 11 de septiembre de 1997, portada; «Anguita Consiguió el apoyo mayoritario para expulsar al PDNI y romper con IC», *ABC,* 28 de septiembre de 1997, p. 38.

[6] Apenas existe bibliografía específica sobre esta relación. Para el caso de España pueden verse algunos aspectos tratados por Rubén Vega, en «La relación con CCOO», *Papeles de la FIM* 24 (2006), Madrid.

12. La aznaridad

En mayo de 1996 José María Aznar tomaba posesión como nuevo presidente del gobierno, después de que la exigua mayoría alcanzada en las elecciones generales le llevara a sellar un acuerdo con Convergència i Unió, el Partido Nacionalista Vasco y Coalición Canaria.

Después de 14 años ininterrumpidos de gobiernos del PSOE llegaba a la Moncloa la derecha española reconocida. Lo hacía de la mano de un dirigente que en su juventud se había curtido, más que en la lucha política, en la ardua preparación de oposiciones al cuerpo de inspectores de Hacienda. En su haber institucional estaba su experiencia como presidente de la Junta de Castilla León, de la que podía exhibir pocos méritos más allá de su capacidad de trabajo y la austeridad aplicada a la gestión de las administraciones públicas. Precisamente fue esa imagen de hombre austero, perseverante y tenaz, muy representativo de la clase media castellana, la que sus partidarios trataron de ensalzar para contrarrestar el poco atractivo de una personalidad adusta, aparentemente indolente, propensa al mal humor y presa de una gestualidad parca, inexpresiva, rígida y rayana en el ridículo cuando de manera forzada trataba de liberarse de sí misma, una personalidad que para buena parte de la sociedad, incluidos algunos de sus votantes, resultaba antipática. Los intentos por humanizar al personaje llevaron a sus asesores a filtrar la devoción del presidente por la poesía. También su gusto por la conversación en catalán, siempre y cuando, pudor mediante, fuera en privado. Este intento de romper los tópicos más mundanos de la derecha española era la expresión a nivel cotidiano de una campaña política de imagen que venía a presentar a Aznar como el artífice del gran giro del Partido Popular al centro: un espacio ideológicamente aséptico en el que pudiera sentirse identificada la mayoría social, dentro de la cual no escaseaban aquellos que recelaba del reaccionarismo de una derecha vinculada política o familiarmente con el franquismo[1].

Este era precisamente el caso de José María Aznar, que, además de ser hijo de un importante periodista del régimen, Manuel Aznar, había manifestado de joven su admiración por José Antonio Primo de Rivera y había dejado escritas en prensa un par de diatribas contra la Constitución

de 1978[2]*. A la altura de 1996 parece que en él se concitaban varias pulsiones ideológicas: el conservadurismo católico típico de las élites funcionariales integradas familiarmente en la dictadura, las grandes pretensiones de regeneración moral y engrandecimiento de la patria de cuño joseantoniano, un compromiso más práctico con el recetario neoliberal en materia económica y el deseo de sentirse parte de una generación de políticos centristas más modernos, desvinculados en la medida de lo posible del incómodo recuerdo del franquismo, identificados en la medida de lo creíble con las clases medias españolas y propensos a coquetear con sus antagonistas culturales a fin de minimizar algunos tópicos sobre sí mismos y de satisfacer cierto morbo.*

De 1996 al 2000 el gobierno de Aznar desplegó, con formas dialogantes y con la aquiescencia de la mayoría de las fuerzas políticas y sindicales, un programa económico en clave neoliberal que bebía de la lógica del proyecto de modernización de los socialistas, pero que la intensificaba y reorientaba. El gobierno de José María Aznar dirigió sus primeras medidas económicas al cumplimiento de los criterios de convergencia para la incorporación a la moneda única europea y a lo que, en el léxico del gobierno, debía ser el saneamiento de la economía española. Para ello y como un fin en sí mismo puso en práctica sus dos recetas estelares: las privatizaciones y las liberalizaciones.

Las privatizaciones llegaron al paroxismo a partir de junio de 1996 con la aplicación del llamado «Programa de modernización del sector público empresarial», que en la práctica suponía una continuidad, más intensa y desatada, de la «Ley de régimen jurídico de enajenación de participaciones públicas», aprobada por el último gobierno de Felipe González en marzo de 1995. Entre las empresas públicas definitivamente privatizadas se encontraban Gas Natural, Red Eléctrica, Endesa, Repsol, Telefónica, Aldeasa, Aceralia, Tabacalera o Argentaria. Las privatizaciones le sirvieron al gobierno del PP para reducir temporalmente la deuda pública, todavía por encima del 60 por 100 que fijaban los criterios de convergencia. Con ellas el Estado enajenaba la inmensa mayor parte del patrimonio con que contaba en tres sectores tan estratégicos como el energético, el financiero y el de los transportes. Ni el procedimiento ni el destino de las ventas fueron inocentes. El Tribunal de Cuentas denunció que en el caso de Iberia, Aceralia o Red Eléctrica algunas ventas se habían

realizado por debajo del precio tasado por expertos independientes. En cuanto al destino, buena parte de las acciones o de los puestos de dirección de estas empresas fueron a parar a empresarios más que cercanos a miembros del gobierno o del Partido Popular. Caso significativo fue el del compañero de colegio y amigo de José María Aznar, Juan Villalonga, nombrado consejero delegado de la recientemente privatizada Telefónica[3].

La otra receta de la política económica del gobierno fueron las liberalizaciones de antiguos monopolios del Estado, como el energético. En el caso de las comunicaciones la liberalización abrió una guerra cruenta al calor del proceso de formación de nuevas plataformas digitales y al calor de la disputa por los derechos de emisión de los partidos de fútbol, una guerra de la que el grupo PRISA parecía que iba a salir perjudicado, toda vez que había perdido el amparo gubernamental con la salida de los socialistas de la Moncloa. Sin embargo, el emporio mediático de Jesús de Polanco se mantuvo en pie, gracias, entre otras cosas, a la condena por prevaricación que se impuso al juez Javier Gómez de Liaño, tras procesar por apropiación indebida al consejo de administración de Sogecable, con el propio Polanco y Juan Luis Cebrián a la cabeza. El juez recibió el apoyo activo y expreso de Julio Anguita[4].

Las privatizaciones y liberalizaciones estimularon la internacionalización de algunas empresas españolas. El Banco Santander Central Hispano, el Banco Bilbao Vizcaya, Argentaria, Repsol y Endesa, por poner los ejemplos más significativos, incrementaron sus beneficios y el volumen de negocios sobre todo en América Latina. Lo hicieron aprovechando también la oleada de privatizaciones en el continente. Entre amplios sectores de aquellos países la expansión de las empresas españolas a costa de su sector público fue vista como una operación de neocolonialismo empresarial.

La pulsión liberalizadora del Partido Popular llegó a ras de suelo con la Ley 6/1998, que estimulaba la venta rápida y fácil de terrenos por parte de los ayuntamientos a constructoras y particulares. Lo hacía gracias a un procedimiento que, lejos de obligar a justificar la catalogación de un terreno como urbanizable, obligaba a justificar por qué no podía serlo. La ley fue un estímulo para el sector de la construcción, que, junto con el sector automovilístico, constituyó el motor del crecimiento económico. La

venta masiva de terrenos por parte de unos ayuntamientos necesitados de financiación, la reducción de los costes de producción de viviendas gracias a un mercado laboral cada vez más precarizado, los créditos para adquisición de viviendas concedidos tan imprudente como interesada y ambiciosamente por bancos y cajas de ahorro, así como la ausencia de una política de promoción y protección del alquiler, hicieron que España fuera durante esta primera legislatura el país de toda la Unión Europea con una media superior de viviendas construidas al año en términos relativos a su población. La liberalización del suelo no produjo el abaratamiento del precio de la vivienda prometido, sino todo lo contrario, y dio alas al crecimiento de una burbuja inmobiliaria que terminaría por estallar con la crisis financiera de 2008. Además de las condiciones descritas, a ello contribuyó la expansión de prácticas recurrentes de corrupción entre cargos públicos y constructores, así como una mentalidad popular propensa, por inducción, al enriquecimiento fácil[5].

El gobierno redujo el déficit de las administraciones públicas del 6 al 1 por 100 gracias a la contención general del gasto y a medidas expeditivas como la congelación del sueldo a los trabajadores públicos. También lo hizo gracias al incremento de la recaudación fiscal, favorecida por la reactivación económica y por el aumento de la presión fiscal indirecta, no así de la directa. Sobre esa fachada exultante se escondía un incremento considerable de las desigualdades, la degradación de las condiciones de trabajo y la reducción en la práctica del gasto social. Los beneficios empresariales se incrementaron mientras que los salarios perdieron, a la larga, poder adquisitivo. Los contratos temporales aumentaron hasta el punto de afectar a un tercio de la contratación y el índice de siniestralidad se disparó.

En septiembre de 1998 ETA, muy presionada por la masiva respuesta al asesinato del concejal popular Miguel Ángel Blanco, proclamó un alto el fuego total e indefinido. El presidente del gobierno autorizó la apertura de un diálogo con quienes pasó a llamar «Movimiento de liberación vasco» y aprobó el acercamiento de 135 presos etarras a las cárceles del País Vasco[6]*. ETA puso fin a la tregua con un atentado y tras ello el gobierno impulsó una nueva estrategia antiterrorista, que se materializó políticamente en el «Pacto por las Libertades y contra el terrorismo» suscrito por el PP y el PSOE. Jurídicamente lo hizo en la aprobación de la*

Ley Orgánica 6/2002, de 27 de junio, una ley de partidos políticos concebida ad hoc para ilegalizar a Batasuna y que entrañó, a juicio de organismos como el Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas, el recorte de derechos políticos fundamentales. En la práctica parlamentaria cotidiana la nueva estrategia sirvió también para disciplinar políticamente a quien disintiera con el gobierno al respecto de temas colaterales o incluso en otros que poco tuvieran que ver. En virtud de una dialéctica tan maniquea como pedestre aquellos que no estaban con el gobierno en la política interior pasaban a estar al lado de ETA. Este discurso se acentuó cuando el gobierno vasco impulsó el denominado Plan Ibarretxe, un proyecto de estatuto de autonomía que contemplaba el derecho a la autodeterminación del pueblo vasco.

En política exterior España mantuvo entonces un perfil bajo en el que, no obstante, quedó patente el profundo atlantismo del gobierno. El ejemplo más notorio fue el respaldo a los bombardeos de la OTAN sobre Serbia, con los que se aspiraba, más que a frenar los episodios de limpieza étnica, a una recomposición geostratégica de la zona en perjuicio de los intereses rusos. Los bombardeos no contaron con autorización del Consejo de Seguridad de la ONU y tuvieron por objetivo infraestructuras e instalaciones civiles como puentes, fábricas, centrales eléctricas, sedes del partido en el gobierno y la radiotelevisión pública, causando con ello la muerte de cientos de civiles y contraviniendo de manera flagrante la Convención de Ginebra. El PSOE respaldó sin matices los bombardeos. Su compromiso fue mayor en la medida que el secretario general de la OTAN era Javier Solana, antiguo ministro y todavía hombre fuerte del partido. A propósito de ello Julio Anguita hizo unas sonadas declaraciones donde afirmaba que Javier Solana era «técnicamente un criminal de guerra»[7].

Juan Andrade: *Julio, ¿cómo valoras el triunfo del Partido Popular en las elecciones de 1996? ¿Cuál piensas que era el proyecto de país que tenía este partido en mente?*

Julio Anguita: Yo no creo que el PP haya tenido un proyecto de país como resultado de un debate de futuro, sino que su forma de gobierno ha sido una sistematización de inercias. Su acción de gobierno ha sido producto de su cultura: el rugido contra ETA, el rugido contra los nacionalismos, el rugido

contra el PSOE y sus corruptelas, el ocultamiento de las propias y el mantenimiento de los restos del franquismo, previo bautismo en el Jordán electoral. No había una concepción moderna de Estado, no la había. Lo que ocurre es que después de lo que había pasado con el PSOE en las elecciones –pues el triunfo del PP no fue tan apabullante para lo que había hecho el PSOE, en ese sentido el PSOE tuvo una derrota bastante dulce– se puso en marcha una línea de gobierno continuadora y, aún aumentada, de la política social del PSOE; el cual le había abierto el camino. Cuando tú tienes que pactar con Xavier Arzalluz –a quien odias– y con Jordi Pujol –a quien desprecias– para ser presidente, demuestras que tú no tienes proyecto. Vas a ir medrando en un tira y afloja a través de alianzas, a través de amenazas y a través de los dictados de poderes más o menos fácticos. Y esto es lo mismo que sucede ahora, que no hay un proyecto. Hay simplemente la aplicación de una política impuesta desde fuera y en la que tú participas. Si les preguntas: «¿Y usted qué espera de este país, qué espera del futuro?». No lo saben, no lo han proyectado. ¿Qué dio de nuevo Aznar? Nada, absolutamente nada. La libertad de desarrollar la política del ladrillo en todo el territorio nacional, el seguidismo de la UE y el sometimiento a los Estados Unidos hasta extremos incursos en el genocidio y la guerra de agresión. Vivió a costa del odio acumulado contra el PSOE. No hizo nada. Y todo eso con una base electoral que se sentía cómoda en esa situación, mucha de ella obrera.

Juan Andrade: *José María Aznar llega a la Moncloa después de un supuesto viaje al centro. Yo creo que el centro es un espacio ideológico sin entidad real, pero con mucha potencia aparencial, un espejismo que mueve votos para llevarlos, al menos en materia social y económica, al canon neoliberal. ¿Cómo valoras este supuesto giro del partido de Aznar al centro y cómo valoras la misma noción de centro?*

Julio Anguita: Yo tampoco comparto esa política que habla de los espacios dentro del espectro político. Es como si fuese una estantería en la que se van ubicando los diferentes productos políticos para que el consumidor escoja y se lleve. Si reparas te darás cuenta de que esa visión se fija básicamente en la envoltura, nombres, calificativos, discurso, lenguaje ante los medios de comunicación, etc., pero nunca se habla de programas, de medidas concretas, de presupuestos político-ideológicos o de cosmovisión.

El supuesto giro de Aznar hacia el centro es de la misma entidad que el de González «hacia la realidad», pura política de imagen para vender un producto nocivo. Desde ese «centro» se han hecho las reformas del mercado laboral, las privatizaciones, el apoyo a Maastricht, la sumisión a EEUU, la entrega total al mercado, etc. No olvidemos que el PP se califica de centro derecha y el PSOE de centro izquierda, salvo cuando hay elecciones. Todavía tengo presente la respuesta que el Comité Federal del PSOE, a la sazón dirigido por Almunia, dio en junio de 1998 a la propuesta de dialogar sobre un programa con IU. En aquella ocasión el citado Comité dijo que no podía aceptar la propuesta de IU porque eso «dejaría solo en el centro al PP».

Juan Andrade: *¿Cómo valoras el modelo de crecimiento económico y la bajada del paro durante la primera legislatura del gobierno de José María Aznar?*

Julio Anguita: Como digo, Aznar coronó y llevó hasta sus últimos extremos lo que González había emprendido. Actuó sin tapujos ni complejos, el camino ya estaba expedito. Y basó su política económica en dos pilares: el ladrillo y la dilapidación del sector público. Todo ello en nombre de la modernidad, Europa y el progreso. No hubo, ni hay, en esa política un análisis sobre el futuro, el tejido productivo industrial, la agricultura, la pesca, la ganadería o el crecimiento endógeno de la economía. Fue bonito mientras duró el despilfarro, la ilusión y las bacanales con algo de aquella imagen evangélica en la que los pobres comen las migajas que caen de la mesa del rico Epulón.

Sobre la bajada del paro, se confundía y se confunde, de manera interesada, empleo con colocación o con contrato. La medida de una economía sana y racional la da la capacidad de crear empleo según los postulados de los DDHH. La venta de la riqueza nacional produjo unos años de delirio por el crecimiento, olvidando que este es muchas veces un simple dato numérico-dinerario que no habla de reparto, infraestructuras o calidad de vida. De aquellos polvos vinieron estos lodos.

Juan Andrade: *Ese modelo de crecimiento se basó en un programa profundo de privatizaciones y liberalizaciones. ¿A quiénes beneficiaron?*

Julio Anguita: A las multinacionales, al capital financiero y a la oligarquía española que siguió intacta tras la muerte de Franco y transitó triunfante por la transición. Las puertas giratorias de hoy en día, el aumento de los millonarios en España a la par que las diferencias sociales y económicas hablan más que mil discursos.

Juan Andrade: *CiU sostuvo el último gobierno de Felipe González y el primero de José María Aznar ¿Qué valoración haces de esta formación y de su dirigente histórico, Jordi Pujol?*

Julio Anguita: El verano pasado, antes de que tuviese el percance coronario, La Sexta me hizo una entrevista porque había rescatado unas declaraciones mías de hace 20 años a propósito de las cuales me pusieron verde los socialistas de Cataluña, Iniciativa e incluso los nuestros. ¿Qué dije de Pujol? Lo que yo oía de diputados del PSOE, de Iniciativa per Catalunya, de otros partidos, de periodistas etc. Los asuntos conocidos como Prenafeta, Banca Catalana, Casinos de Cataluña. Comisiones o mordidas eran la base de estas conversaciones. También dije que el honorable se envolvía en la bandera catalana cada vez que se sentía atacado o criticado.

Sin embargo, Pujol, el mantenedor de los gobiernos de González y Aznar, tenía unas ideas que nunca ocultó. Su concepción de la nacionalidad catalana la expresaba cada una de las veces que acudía a la reunión anual de presidentes autonómicos. Para él la nacionalidad catalana se fundamentaba en dos pilares: la lengua, obviamente, y el movimiento social y económico que surge en el siglo XVIII, la burguesía. Una vez, al término de una de estas intervenciones me acerqué a él y le dije: «Honorable, le voy a dar la enhorabuena porque se ha atrevido a decir que el origen de su proyecto era burgués y hace usted muy bien en defenderlo». Pero el problema es que la izquierda no quiere reconocerlo. Nacionalismo e izquierda tiene un encaje bastante alambicado y difícil. A mi juicio ese encaje lo consiguió en sus mejores momentos el PSUC.

Lo curioso de Pujol era el gran predicamento que tenía en el mundo de la política catalana. No era solo el que fuese una parte importante de los tentáculos del poder económico y de los «affaires» que ahora han salido a la luz pública, y que entonces eran carne de rumores y conversaciones de políticos, sino que además su figura creaba un aura de temor reverencial en

el ámbito de la izquierda. Recuerdo que dirigentes de Iniciativa me pidieron que cuando fuese a Cataluña no criticase a Pujol porque «tiene muchos votos detrás de sí». Mi respuesta fue: «Entonces no pidáis que venga a Cataluña». En muchos casos el nacionalismo ha fagocitado los contenidos de izquierda y ha imbuido a determinas fuerzas políticas de criterios totalmente conformes con el nacionalismo burgués.

Pujol es hijo, en primer lugar, de los esfuerzos de Suárez con Tarradellas para intentar frenar el auge de la izquierda en la década de los setenta. Con posterioridad la debilidad de cierta izquierda que no supo cohonestar el nacionalismo tipo PSUC con las necesidades prioritarias de los trabajadores también ayudó a entronizar al Honorable.

Juan Andrade: *¿Cómo afectó a IU el cambio del ciclo político que supuso la llegada al gobierno del Partido Popular? Yo creo que IU tardó mucho, por la inercia del periodo anterior, en resituarse de tal forma que pudiera ser percibida como un instrumento útil y activo de oposición al gobierno del PP. Mi pregunta es, ¿piensas que Izquierda Unida se ajustó en los tiempos oportunos a ese nuevo escenario?*

Julio Anguita: Aznar se sienta en la Presidencia del Consejo de Ministros en mayo y el 20 de junio la Presidencia Federal de IU aprobó una propuesta que, editada con posterioridad, fue enviada a todas las organizaciones de IU, a los sindicatos y las demás fuerzas políticas. En dicho documento se planteaba la necesidad de una operación de oposición con un programa común alternativo frente a las políticas que suponíamos Aznar iba a poner en marcha. Los sindicatos mayoritarios dieron la callada por respuesta. Solamente el PSOE accedió a dialogar. Me entrevisté con González en la sede del PSOE sita en Gobelas y pusimos en marcha la negociación programática que te he comentado anteriormente.

Juan Andrade: *¿No se valoraba que la presencia del Partido Popular en el gobierno podía ser utilizada como un argumento desde el PSOE para hacer un llamamiento más atrayente al voto útil?*

Julio Anguita: Siempre hemos tenido esa amenaza. Siempre. Pero además es una amenaza que venía de fuera, pero tenía eco dentro. A mí me gustaría saber cuántos votos de Izquierda Unida y de dirigentes de Izquierda Unida incluso se han ido al PSOE. Había un hecho fundamental. Si nosotros

hubiéramos tenido la influencia que creíamos en el movimiento obrero, nosotros hubiésemos tenido el cuádruple del número de diputados. Desde la aprobación de la Constitución y las primeras elecciones tuvimos claro que el movimiento obrero no estaba con el Partido Comunista de España. Pero lo que es más grave, ni siquiera los militantes de Comisiones Obreras lo estaban. Hubiese bastado que los militantes de Comisiones Obreras hubiesen votado en un 90 por 100 o en un 80 por 100 al Partido Comunista de España para que los resultados fueran otros. Esa es una constatación dramática, pero real. Porque no se trata de que en determinadas capas o estratos pueda vacilarse ante el temor de que viene la derecha. Es que ese es un voto ya consolidado. El PSOE tiene un suelo que ahora parece que se resquebraja, pero un suelo bastante sólido.

Juan Andrade: *El bombardeo sobre Yugoslavia por parte de la OTAN fue respaldado en España tanto por el PP en el gobierno como por el PSOE en la oposición. En el caso del PSOE se daba la situación de que el ejecutor de esos bombardeos, el secretario general de la OTAN, era Javier Solana, un dirigente y ex ministro socialista que venía del antifranquismo, es decir, de una cultura política de, cuando menos, hostilidad a la OTAN. Vosotros os posicionasteis en contra, pero algunos sectores de la sociedad e incluso de la izquierda alternativa percibieron que una parte de la dirección del PCE y de IU, y en concreto tú, Julio, erais muy condescendientes con la figura de Milosevic*[8].

Julio Anguita: Yo he llegado a tildar –y no me he retractado– a Javier Solana de criminal de guerra. Y el diputado de IU en el parlamento europeo, Pedro Marset, delante de él se lo dijo. Y yo lo sigo manteniendo con los textos legales en la mano. Es normal que hiciera lo que hizo. Cuando tú abandonas una posición y te entregas a los valores de otra pensando que es lo más conveniente y no has analizado todo lo que conlleva lo otro, en un momento te ves arrastrado. Estados Unidos puede representar –digo que puede– la democracia, puede representar la cultura occidental, la libertad, todo esto podríamos aceptar, de manera tremendamente discutible, que lo representa. Pero Estados Unidos también es la intervención militar, también son los genocidios, también es la bomba atómica, es la CIA, es el FBI, son las multinacionales, esto también va en el lote. Pero ahí la gente hace una abstracción. Y cuando se promueve una guerra de este tipo, si tú has tomado

ya esa opción para que te bendigan, para que te permitan entrar en el selecto club, en el selecto club de la OTAN y de los fines para los cuales esa OTAN está concebida, entonces tienes que plegarte a su lógica, entonces te ves arrastrado. Y cuando has entrado en esa lógica entonces, como ellos dicen, no tienes más remedio que atender a los imperativos de la realidad, de la *realpolitik,* que son los términos que utilizan a continuación. Ellos te dicen: «Esta es la realidad, tú estás en la luna». Y cuando tú mismo utilizas este argumento es que tú mismo ya has claudicado. Lo que pasa es que eso tienes que vestirlo. Todo va de suyo: el armamento, la intervención militar según dicta Estados Unidos, todo. O sea, que una vez se ha tirado de la primera uva o de la primera cereza del gajo vienen todas las demás, y naturalmente viene lo que ocurre en Yugoslavia.

Yugoslavia. Nunca negué ni nunca oculté que Milosevic no era precisamente un santo. Pero no era más culpable que los invasores, no más que aquellos a los que apoyó Alemania, no más que aquellos a los que apoyó el honorable Pujol cuando estuvo en el tema de Bosnia, no más que lo que hicieron los otros. Quiero decir que si Milosevic tuvo que sentarse ante un tribunal, tuvieron que sentarse también los otros. Es lo único que he dicho con el tema incluso de Saddam Hussein ¿Por qué digo esto? Porque tras los primeros momentos de confusión, en Izquierda Unida empezamos a recibir informaciones que evidenciaba que la OTAN se había extralimitado y que Milosevic, no él directamente, sino el parlamento yugoslavo, había acordado que hubiese una intervención de Naciones Unidas. Pero se le impuso que fuese la OTAN. Y sin que además los posibles delitos de sus tropas, de las tropas de la OTAN, pudieran ser juzgados por ningún tribunal. Es decir, que pudieran hacer lo que les viniese en gana. Hay una cosa que se llama dignidad. Y, bueno, tuvo lugar la intervención. Tuvo lugar además con bombas de racimo, con gases venenosos, con armas que están totalmente prohibidas. Y eso me ha hecho llamarle a Javier Solana criminal de guerra, acusación que sigo manteniendo en todos sus extremos.

Aquel fue un debate en el que una parte de Izquierda Unida y del partido tuvieron miedo escénico. Y, mira, en esto te pareceré muy primitivo y posiblemente no lleve la razón, pero cuando se es dirigente no se tiene derecho a tener miedo al qué dirán. Como el miedo es muy humano y muy normal, si tú lo tienes –me parece muy bien– te quitas las estrellas de mando y te vas a la base. Pero mientras seas general, tú no puedes tener

miedo escénico. Porque yo he oído a estos compañeros que me han criticado a mí porque yo censuré aquella intervención decir: «No, no, si llevas razón». Pues si llevas razón sales y te enfrentas a todos los medios de comunicación de España. Y lo hice. Porque después, cuando llegó el periodista Michel Collon y publicó datos sobre lo que dijo Madeleine Albright y demás, te demuestran que aquello fue una invasión totalmente ilegal, movida por otras motivaciones. Primeramente por negarse a que entraran los funcionarios de la OTAN, por las minas de zinc de Trepca en Kosovo y un largo etcétera. Y por el ajuste de cuentas a un país que no se sometía a la uniformización que se quería imponer después de desaparecer la Unión Soviética. Pero los dirigentes de IU –entre ellos Ángel Pérez (que me censuró públicamente por mis declaraciones sobre el tema de Yugoslavia)– eran deudores de lo que decían los editoriales de los periódicos.

Pero no ha sido solo el caso de Yugoslavia. En otra ocasión, con motivo de la llegada de Boris Yeltsin a la presidencia de la CEI, yo oí decir a un dirigente comunista en la radio: «Yo saludo a Yeltsin, yo saludo a Yeltsin». Y le dije con posterioridad: «Perdona que te corrija, camarada, pero estás saludando a un borracho, un golpista y además un indecente. Ya me lo dirás». Y el tiempo lo dijo. Pero la presión de la visión política que da Hollywood es tremenda: antes hemos estado con los buenos, que somos nosotros, los comunistas, y ahora estamos con los otros, porque los comunistas somos muy malos. En el fondo yo tengo que denunciar la pereza mental de tanta gente que estando en la política prefieren, por comodidad, la consigna, el lugar común o la simpleza.

Juan Andrade: *Eso es también pánico escénico.*

Julio Anguita: Ese pánico escénico es tremendo, no te puedes imaginar lo que hace la gente por no enfrentarse a los medios. Y a veces hay que enfrentarse a todos los periódicos del mundo, porque tienen fuerza, pero no tanta como parece. Sobre todo, cuando hay tantos periódicos, se satura tanto la gente que hoy funciona mejor la red de internet que lo que dice ese aparato [señalando a la televisión]. Pero entonces no fue así. De hecho, cuando llegó Kofi Annan al Congreso de los Diputados, en pleno follón de los Balcanes, yo intervine en nombre de Izquierda Unida para hacerle una propuesta de paz. El Congresos de los Diputados hizo la sesión a cámara

cerrada, echó a los periodistas, no se emitió por el circuito interno de televisión y allí Kofi Annan reconoció que la intervención de la OTAN era ilegal. Pide la intervención y entonces verás cómo lo dice. No recuerdo la fecha, fue en diciembre. Mi discurso está publicado en *Combates de este tiempo*[9], pero en su intervención Kofi Annan lo reconoce clarísimamente. Esto –que según el secretario general de Naciones Unidas no era conforme a la doctrina de las propias Naciones Unidas– no salió en los medios de comunicación. Pero yo eso todavía se lo puedo aguantar a *El País,* a la televisión española, al diario *El Mundo,* al *ABC*. Lo que se me hace mucha cuesta arriba es aguantárselo a los míos, a los que supongo que están de acuerdo porque ha habido un debate previo y lo han votado. Si no hubiese debate, si mis opiniones hubieran sido las mías, vale. No, no, pero yo hablaba en nombre de lo que habíamos acordado, pero el miedo escénico…

Juan Andrade: *En 1999 apoyaste a título personal al juez Gómez de Liaño, que había sido condenado por prevaricación después de abrir una causa que atentaba contra los intereses del Grupo Prisa. En concreto, Pablo Castellano y tú abristeis una cuenta para sufragar su defensa. ¿Por qué lo hicisteis? Y, sobre todo, al decir que lo hacías a título personal, ¿no considerabas que cuando un dirigente político hace actos públicos, aunque sea a título individual, está implicando en ellos a su organización política?*

Julio Anguita: En la pregunta hay varios planos de referencia. Vayamos al primero. En el caso de Gómez de Liaño hablamos de un magistrado con merecida fama de probidad y también de arrojo un tanto precipitado. Si nos situamos en aquella época con lo que cada día se sabía de la corrupción y de los apoyos mediáticos al Gobierno, el juez quiso ir a la raíz de ese problema. No contaba con los tentáculos del Grupo Prisa y de Jesús Polanco constituidos en garantes del estado de cosas en el que ellos habían conseguido, por cierto, prebendas y sinecuras. Las declaraciones de su antiguo amigo Baltasar Garzón y el poder hicieron el resto. La prueba de que aquello no fue muy limpio está en la sentencia del Tribunal Europeo de DDHH, que condenó a España en julio de 2008 porque el juicio no había sido imparcial.

Tanto Pablo como yo entendimos que el juez estaba en indefensión y que se habían cebado con él. Pusimos en marcha una colecta pública para pagar la sanción, ya que Gómez de Liaño no tenía nada más que su sueldo.

La segunda cuestión estriba en si Pablo y yo actuamos con ligereza, dado que nuestras responsabilidades políticas no pueden separarse del plano estrictamente personal. Es cierto, en ese sentido actué con ligereza y motivado por la indignación que para mí suponía algo que consideraba una tropelía. Pero dicho esto y aceptando mi responsabilidad, te digo con sinceridad que no me he arrepentido de ello. Hay ocasiones en las que la emoción fundada y justificada no puede entender de la frialdad política de la coyuntura y de lo «políticamente correcto». Resumiendo, la condena o la crítica que se me haga son correctas a la luz de las «razones de Estado». Pero a pesar de ello no rectificaría si pudiera.

Juan Andrade: *El choque con el mundo mediático se reavivó con motivo de tu intervención en la fiesta del PCE de 1996, en la que prácticamente dabas por roto el pacto de la transición, también en lo referente a la monarquía.*

Julio Anguita: Sí, pero fue una intervención dada en nombre del Comité Federal. Mi intervención había sido aprobada por el máximo órgano del partido entre congresos. Puede que yo me permitiera el lujo de soltar una morcilla, pero la intervención estaba aprobada y lo que venía a decir era lo siguiente: «Miren ustedes, nosotros aprobamos la Constitución ya saben cómo. Pensábamos que ustedes cumplirían. No la han cumplido y en consecuencia nosotros nos reservamos el derecho de apostar por formas de Estado distintas». Se lanzaron a nosotros y les duró lo que les duró. Pero repito, a mí no me molestaba que el PSOE o que Iniciativa per Catalunya dijeran esas cosas contra nosotros. A mí el PSOE e Iniciativa per Catalunya me traía al pairo. A mí lo que me molestaba eran los compañeros que habían votado a favor del discurso, pero que después se inhibían a la hora de defenderlo.

Juan Andrade*: Hablemos de esa ruptura expresa con la monarquía con la que concluye una tensión y un distanciamiento progresivos que se inician en tu época, después del pacto del partido en la transición. Y hablemos también de la buena relación que, sin embargo, tuviste con el jefe de la Casa del Rey, Sabino Fernández Campo.*

Julio Anguita: Sí, la tuve. Pero esporádica y corta en el tiempo. La relación arranca de, pongamos que, cinco o seis meses después de haber sido elegido secretario general del PCE, cuando recibí una invitación suya para tomar

café. Él se mostró muy agradable, muy ameno. Pero en un momento determinado él me reconviene cariñosamente a propósito de unas declaraciones mías con las que al parecer, me dice, me estoy desviando de los acuerdos que el partido había adoptado con él en relación al tema de la monarquía. Como yo entonces no sabía de qué acuerdos me hablaba le dije que me dejara unos días antes de contestarle. Pregunté a los dirigentes de entonces del partido, con los cuales yo tenía una magnífica relación, estoy hablando de la vieja guardia, de los Romero Marín, los Simón Sánchez Montero, los Santiago Álvarez, gente que ha sido criticada y tachada de antigua por los medios y que, sin embargo, fue gente muy abierta. De hecho yo me he sentido con ellos mucho más seguro por su sentido de la lealtad y por su entrega comunista que con otros. Con otros, con los llamados nuevos, ya no me sentía tanto. Pero, bueno, sigamos con el tema. El caso es que cuando les pregunto por los acuerdos, me empiezan a decir que Santiago Carrillo había planteado que… Y de eso yo deduzco que esos acuerdos no los había tomado el partido, sino que eran acuerdos de Santiago Carrillo. Además no constaba en las actas de las reuniones de la dirección. Y cuando volví a ver a Sabino Fernández Campo le dije: «No consta ningún acuerdo ni en las actas ni en la memoria de dirigentes de toda confianza». «Pero es que Santiago…», decía él. Mi respuesta: «Bueno, ese acuerdo sería con Santiago, pero no con el partido. Es más –le dije con mucha discreción, casi cariñosamente– te diré que las cosas van a cambiar un poco». Efectivamente, fueron cambiando un poquito.

Juan Andrade: *¿Cómo fueron tus encuentros con el rey?*

Julio Anguita: Ha habido de todo porque han sido muchos. El primer encuentro tiene lugar cuando la reina, siendo yo alcalde, vino a apadrinar al regimiento que antes, cuando yo hice la mili, se llamaba de Lepanto, y que en ese momento pasaba a llamarse de la Reina. Yo como alcalde recibí al rey y todo fue muy normal. Después hice un viaje a México para hermanar a Córdoba de España con Córdoba de Veracruz y para establecer determinadas relaciones económicas que al cabo del tiempo surtieron efecto. El caso es que en Córdoba de Veracruz me dieron una medalla para el rey. Y a la vuelta le dimos la medalla al rey, nos hicimos la foto y otra vez todo normal.

El primer choque, como te comentaba antes cuando hablábamos de mi paso por la alcaldía de Córdoba, es en el año 85 e implica a la Iglesia. Te amplio la información. Se produce cuando el obispo me escribe diciéndome que la iglesia cordobesa va a conmemorar el 1200 aniversario de la mezquita y que me invita al acto. Entonces le contesta mi secretario diciéndole que no iba a estar en esas fechas. Y el obispo insiste diciendo que vendría el rey a presidir ese acto. Mira por dónde cuatro meses antes nosotros habíamos construido el nuevo ayuntamiento, pues como te contaba Córdoba nunca había tenido un ayuntamiento de propiedad municipal, y nada más construirlo decidimos invitar al rey. Y desde la Casa Real nos dicen que por cuestiones de agenda no puede venir. Pues nada, a otra cosa. Ahora bien, esta vez, cuando dicen que viene el rey, le planteamos a la Casa Real que cuando terminase con el centenario de la mezquita viniera a inaugurar el ayuntamiento, cosa que hicimos delicadamente con el argumento de que si el ayuntamiento representa al Estado nadie mejor que el jefe del Estado para inaugurarlo. ¿Por qué decíamos esto? Porque el PSOE, más bien un grupo de concejales del PSOE, había dicho que el rey no venía porque, claro, cómo iba a venir el rey a un ayuntamiento comunista. Eso lo decían los del PSOE, no los de la UCD. Aquellos ya empezaban a envenenar. Entonces se cursó una invitación a la Casa Real y nos respondieron que no. Y cuando nos respondieron que no, ya quedó claro de qué se trataba. Entonces tuve una conversación con el jefe de la Casa Real, el Marqués de Mondéjar [Nicolás Cotoner y Cotoner] y me insinuó que no era un problema del rey, que el problema venía del gobierno. Estaba claro. Como te contaba entonces yo dije en rueda de prensa que, si venía el rey, yo no le iba a recibir y que la policía municipal no dirigiría el tráfico. Esto, si lo piensas, era una chulería tremenda, pero surtió efecto. El rey no vino, suspendió su viaje.

Al poco tiempo de todo esto, que fue durísimo, pues estoy hablando del año 85, cuando todavía el rey era Dios, se organizaron unas maniobras aquí en Cerro Muriano a las que vino el rey. Como Cerro Muriano está dentro del término municipal de Córdoba –porque Córdoba es el cuarto término municipal más grande después de Cáceres, Badajoz y Lorca– yo fui. Entonces el rey se acercó y me saludó muy afable. Él acababa de realizar un viaje a Hungría y a Rumanía y hablando del viaje con los presentes por un momento olvidó que estaba yo y empezó a decir algo así como: «Ya veis, en

Rumanía y en Hungría, si es que el capitalismo, quieras que no, es el que produce riquezas». En ese momento reparó en mí y, por compromiso, me preguntó al respecto. Y yo le dije: «Mire usted, habría mucho que discutir –le hablé de usted, no de vuestra majestad– porque, sin embargo, en el capitalismo lo que estamos viendo es que hay mucho paro». Cambió de conversación y ese día ya no volví a hablar con él.

Cuando fui elegido secretario general del PCE, me dicen los compañeros que era normal que el nuevo secretario general hiciera una visita al jefe del Estado y al jefe del Gobierno. Bueno, vale. Fui, nos sentamos y estuvimos hablando de muchas cosas. Y cuando la Moncloa, que no había contestado a mi petición, se enteró de que me había recibido el rey me respondieron rápidamente, comunicándome que pronto me avisarían. Nunca me avisó la Moncloa. A partir de ahí mis entrevistas con el rey se produjeron cada vez que había una investidura y yo tenía que ir a decirle cuál era la posición de Izquierda Unida. Recuerdo, sí, una recepción que daba el rey en la que le hice una broma. El rey se acercó y me preguntó: «¿Qué le parece este vino?» Le respondí: «Fatal comparado con el vino de mi tierra». Pues «¿Por qué no me trae usted una botella?», fue su réplica. Y le mandé una botella. Otra vez, en una comida que Federico Trillo organizaba como presidente del Congreso para los portavoces parlamentarios llegó la hora del café y oí hablar al rey en uno de los corros que se había formado de Baltasar Garzón, y le llama «buscagloria». Momento en que yo llamo a Juan Navarro, que era mi amigo entonces, y le digo: «Mira, le ha llamado buscagloria». Y este informó a Garzón. Y Garzón creo que montó en cólera.

En fin, han sido muchos encuentros con el rey, pero vamos, así de este tenor, ninguno especial y además siempre manteniendo las distancias. Una cosa que me costó críticas por parte de propios y ajenos y de medios de comunicación fue una vez que el rey entró en las sesiones en las que el Congreso y el Senado estaban deliberando juntos. El rey entró y yo me puse en pie como todos, pues llegaba el jefe del Estado, pero no aplaudí. Y entonces los compañeros nuestros y los medios de comunicación saltaron: «¿Por qué no aplaudió?». Mi respuesta fue: «yo me he puesto en pie en señal de respeto ante el jefe del Estado, pero no es de mi devoción, por eso no he aplaudido». Lo que más duele es cuando los tuyos te lo recriminan. Hasta esos límites habíamos llegado.

Julio Anguita ya no se presentó a las elecciones generales del 12 de marzo de 2000, que dieron la mayoría absoluta al Partido Popular. Con un margen de maniobra parlamentaria muy amplio y sujeto como estaba a su compromiso de no permanecer en el cargo más de dos legislaturas, José María Aznar imprimió una fuerte aceleración a la acción de gobierno, al objeto de consolidar un proyecto de vocación duradera. Se trataba de un proyecto de engrandecimiento del país muy conservador en los valores, ultraliberal en lo económico y profundamente atlantista en política exterior. Un proyecto que aspiraba a redimir a España de su declive secular procurándole una posición privilegiada en el nuevo orden mundial promovido por la administración republicana de Washington. En semejante proyecto se percibían ecos de esa tendencia tan contradictoria del franquismo sociológico que aúna la exaltación de la grandeza nacional con la fascinación, muy cándida y servil, hacia la gran potencia estadounidense.

Lo llamativo de José María Aznar es que se reveló como un personaje tanto más errático a medida que se sentía más seguro de sí mismo y de la necesidad y urgencia histórica de su proyecto. Sus decisiones, además de menoscabar su imagen pública, suscitaron una masiva respuesta social. Si la primera legislatura del PP se caracterizó por la aplicación de medidas muy calculadas que contaran con el respaldo de las derechas periféricas y oficiosas y con la pasividad de una izquierda desorientada, la segunda legislatura se caracterizó por la aplicación desacomplejada y en solitario de medidas más pretenciosas. Si la oposición a las políticas del primer mandato de Aznar fue discontinua, fragmentaria y en muchas ocasiones testimonial, la respuesta social a buena parte de las medidas del gobierno dio lugar en la segunda legislatura a una acción colectiva amplia y sostenida en el tiempo en la que convergieron, con distintas motivaciones, partidos de la oposición, sindicatos, movimientos sociales y ciudadanos de a pie.

Durante el curso académico 2001-2002 se sucedieron huelgas, encierros y manifestaciones contra la propuesta de Ley Orgánica de Universidades del gobierno, que reducía la autonomía universitaria e introducía criterios mercantiles en la gestión y financiación de las universidades. El Plan Hidrológico Nacional, cuya propuesta estrella era el trasvase del Ebro a Murcia y la Comunidad Valenciana, no solo generó un

amplio rechazo en Aragón y Cataluña, también lo hizo entre colectivos ecologistas para quienes, detrás de la retórica de redistribución de los recursos naturales del gobierno, estaba la pretensión de abastecer las urbanizaciones y campos de golf crecidos en el Levante al calor de la especulación urbanística. La pésima gestión del Prestige, un petrolero a punto de hundirse que el gobierno decidió remolcar a altamar en lugar de llevarlo a puerto, generó una catástrofe ecológica en las costas gallegas y en buena parte del litoral norte. Además de manifestaciones, la catástrofe motivó la llegada de voluntarios de todos los lugares de la península para hacerse cargo de las tareas dejadas al descubierto por la administración. Durante el segundo mandato del gobierno se recrudecieron los conflictos laborales. El 20 de junio de 2002 los sindicatos convocaron una huelga general contra la reforma laboral que el gobierno aprobaría por decreto. La reforma abarataba y hacía más discrecional el despido mediante la supresión en buena parte de los casos de los salarios de tramitación que debían corresponder al empresario en caso de despido improcedente. También reducía la cuantía de las prestaciones por desempleo, dificultaba las condiciones para su obtención y aspiraba a una desaparición gradual del subsidio para los trabajadores temporales agrarios.

De todas las decisiones del gobierno la más pretenciosa, la más errática para sus propios intereses, y la que generó una mayor respuesta social fue su apoyo a la invasión de Irak, eufemísticamente llamada «Operación Libertad duradera». La operación fue promovida por los halcones de la administración Bush. El pretexto fue la existencia nunca probada, porque ya se sabía que no las había, de armas de destrucción masiva y el apoyo, increíble para cualquiera que tuviera una formación media, de Sadam Hussein a Al Qaeda. De fondo había un complejo conjunto de razones imbricadas de distinta entidad: la voluntad de reorganizar los equilibrios de poder en una zona de gran relevancia geopolítica mediante la aniquilación de gobiernos hostiles; el deseo de controlar directa o indirectamente las reservas de petróleo del país; el interés económico de la industria armamentística norteamericana y de las empresas contratistas de reconstrucción, muy relacionadas con los dirigentes republicanos; las presiones de Israel y el lobby sionista por descabezar a un enemigo confeso; el deseo de realizar una nueva demostración de fuerza ante las potencias emergentes; la voluntad de

restablecer el orgullo nacional herido el 11S; o incluso la voluntad más pueril de G. W. Bush de recuperar una asignatura pendiente de su padre.

Los resultados fueron terribles. Además de la muerte de numerosos civiles a manos de las tropas de la coalición y de la destrucción material del país, la invasión quebró la estructura del Estado y azuzó los enfrentamientos entre las distintas comunidades religiosas, étnicas, culturales y clánicas. Además de la resistencia contra el invasor, la violencia horizontal entre esas comunidades se desbocó y se alimentó, ahora ya sí, con la llegada de yihadistas del islamismo radical a un escenario de impotencia y destrucción recién abonado para el fanatismo. Los beneficios de todo aquello ni siquiera fueron para los intereses generales de EEUU, incapaz de hacerse con el control de la situación y cada vez más consciente de haber abierto la Caja de Pandora en Oriente Medio. Sí llegaron a parar a las mencionadas multinacionales de la guerra, la seguridad privada y la reconstrucción.

José María Aznar se erigió en un entusiasta valedor de la guerra, movido por el cálculo de intereses diplomáticos y por la necesidad de sublimarlos en una supuesta contribución española a la lucha en pro del mundo libre. Aznar vio en la guerra una oportunidad histórica para situar a España en primera línea de la política internacional de la mano de Estados Unidos, aprovechando que en ese momento sus socios europeos mayores, Francia y Alemania, asumían un perfil bajo con la negativa, más que cauta, a participar en la empresa. Quizá lo hizo motivado también por la necesidad de resarcirse de esa imagen de funcionario gris tantas veces sometida a comparación en los medios con la imagen de gran estadista atribuida a Felipe González. Obsesionado por redimirse, cuando vio la oportunidad de dejar su impronta en la escena internacional demostró estar, como dijera Vázquez Montalbán, «a la altura de las mediocridades presentidas»[10]*. Los beneficios que obtuvo fueron nimios, algunas restricciones del gobierno de EEUU a la movilidad de miembros de Batasuna, la construcción de algunos submarinos para Taiwán y cierta mediación en el conflicto un tanto esperpéntico de la isla Perejil. Los costes fueron mayores. Por una parte, se granjeó la hostilidad del mundo árabe, que a última hora trató de aliviar apadrinando la conversión al mundo libre del líder libio Muhamar el Gadaffi. Por otra, quedó excluido del eje franco-alemán dentro de Europa, algo todavía más lacerante cuando Gran*

Bretaña decidió aproximarse a él de nuevo. Y sobre todo cayó en picado su imagen pública ante la sociedad española, que en un 91 por 100 rechazaba abiertamente la guerra[11].

En la guerra de Irak se produjo el episodio más duro y cruel en la vida de Julio Anguita: la muerte por impacto de un misil iraquí de su hijo Julio Anguita Parrado cuando cubría los acontecimientos como periodista «empotrado» en las tropas estadounidenses.

Juan Andrade: *La segunda legislatura del PP trajo consigo la aprobación desinhibida de medidas muy duras, como la Ley Orgánica de Universidades, la reforma laboral, la Ley de partidos o, sobre todo, el apoyo a la Guerra de Irak. ¿Cómo valoras esa legislatura y estas medidas?*

Julio Anguita: Aznar representa la involución protagonizada por una parte del nacionalcatolicismo en coyunda con la peor cara del neoliberalismo. Aznar coronó y profundizó en las políticas que González había puesto en marcha. El proyecto de Maastricht, una vez que el «compañero Felipe» lo había apadrinado, necesitaba la mano de hierro que lo desarrollase. Esa fue la mano de Aznar. Lo que mejor lo retrata es aquella afirmación en la que se le pide que pida perdón por los muertos en Irak y contesta: «¿Por qué tengo yo que pedirles perdón a los musulmanes? ¿Me han pedido ellos perdón a mí por invadir España?». Eso retrata a una parte de España de la que él es el prototipo.

Juan Andrade: *¿Por qué piensas que EEUU impulsó la invasión de Irak?*

Julio Anguita: Estaba ya decidido tras el giro operado con la desaparición de la URSS. Se trataba de una operación de pillaje, antecedente de la de Libia. EEUU, tras el discurso de Bush en el despacho oval de la Casa Blanca, inició una estrategia con varios fines. Uno de ellos consistía en restablecer un nuevo orden mundial con EEUU de gendarme. Otro, buscar el aislamiento tanto de Rusia como de China. Y el tercero ya lo he apuntado: una operación de rapiña para las empresas de sus ministros.

Juan Andrade: *¿Por qué piensas que Aznar la apoyó?*

Julio Anguita: Los complejos de inferioridad de los señores tipo Aznar se sienten compensados con las grandezas imperiales tipo películas de Cecil B. de Mille. Lástima que haya sangre por medio. Lo de Aznar sería ridículo si

no fuera porque aquel apoyo incurrió en el calificativo de crimen de guerra de agresión.

Juan Andrade: *Llegados a este punto quiero preguntarte por tu opinión acerca de José María Aznar.*

Julio Anguita: Un joseantoniano tallado en la piedra berroqueña del autismo adquirido y mantenido voluntariamente. Es un personaje que tiene como biblia la *Guía espiritual de Castilla* (me regaló un ejemplar). Para él la invasión musulmana fue una desgracia que vive como un agravio del cual debe desquitarse. Unido a ello un complejo de inferioridad expresado en la visita a Bush. En definitiva alguien de cuyo rencor hay que guardarse.

He utilizado el término joseantoniano y no falangista porque entre ambos hay notables diferencias. Los falangistas se denominan seguidores de José Antonio, pero no todos los joseantonianos son del todo falangistas. En ellos se distingue un republicanismo matizado por la cuestión de Estado y la coyuntura. He tenido ocasión de comprobar en varios momentos como una parte del PP se reivindica de la República, aunque su concepción de ella diste bastante de la mía. El propio Suárez me dijo que su abuelo le había dedicado (no recuerdo si fue un libro) con una dedicatoria que decía «Al futuro presidente de la República Española».

Juan Andrade: *¿Cuándo fue la última vez que tuviste relación con José María Aznar?*

Julio Anguita: Cuando murió mi hijo él me mandó un pésame y una justificación por escrito. No le contesté. No le contesté, pero también me he negado, como han pretendido algunos medios de comunicación, a que yo usase la muerte de mi hijo como un arma arrojadiza contra él. No. Yo a él lo condeno por su participación en la guerra, pero mi hijo fue a esa guerra porque quiso. Por tanto, no le he echado encima la sangre de mi hijo, ni a él ni tampoco a los iraquíes. A nadie. No le contesté porque me pareció indigna la participación de España en esa barbaridad.

Juan Andrade: *Cuando el 7 de abril de 2003 sucedió ese hecho tan trágico formulaste una frase que se convirtió en una consigna en las manifestaciones contra la invasión de Irak: «Malditas sean las guerras y los canallas que las apoyan».*

Julio Anguita: Sí, eso fue…

Juan Andrade: *¿Entre esos canallas estaba José María Aznar?*

Julio Anguita: Evidentemente. Ten en cuenta que acababa de recibir hacía 10 minutos, menos, tres minutos, la noticia. Primero me había llamado Pedro J. Ramírez diciéndome que era posible que mi hijo hubiera muerto y luego me lo confirmaron tres minutos antes de que yo saliera a la tribuna para suspender el acto. Mi hijo había muerto y en ese momento yo estoy como te lo puedes imaginar. No me arrepiento de haberlo dicho. Lo sentía y así salió. Efectivamente lo mantengo. Entenderéis el dolor que en ese momento se siente.

[1] Semblanzas de José María Aznar en Manuel Vázquez Montalbán, *La Aznaridad. Por el imperio hacia Dios y por Dios hacia el imperio,* Madrid, Mondadori, 2004, pp. 11-23. En el prefacio se recogen semblanzas de otros autores, véase en concreto la de José Antonio Zarzalejos, p. 21. Sobre la imagen actual del ex presidente véase, Jesús Rodríguez, «Aznar la reinvención de un presidente», en http://elpais.com/especiales/2014/aznar-la-reinvencion-de-un-presidente/creditos.html

[2] Sobre su inspiración joseantoniana inicial véase José María Aznar, Carta enviada a la Revista SP el 1 de julio de 1969. Sobre su opinión acerca de la Constitución y la transición véanse los artículos «Vientos que destruyen», *La Nueva Rioja*, 23 de febrero de 1979, «Unidad y Grandeza», *La Nueva Rioja,* 30 de mayo de 1979 y «Hablar Claro», *La Nueva Rioja*, 30 de septiembre de 1979.

[3] Una síntesis crítica de estas políticas desde parámetros ideológicos no muy distantes en Javier Tussell, *El Aznarato, el gobierno del Partido Popular, 1996-2013,* Madrid, Aguilar, 2004, concretamente en el capítulo «Un triunfo muy aparente», pp. 78-88.

[4] En concreto Julio Anguita y Pablo Castellano abrieron una cuenta de donaciones para hacer frente a la defensa del juez «Anguita entregará a organizaciones benéficas tres de los cinco millones recaudados para Liaño», *El Mundo,* 18 de noviembre de 1999.

[5] Véase el amplio e interesante trabajo de Isidro López y Emmanuel Rodríguez, *Fin de ciclo, financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010),* Madrid, Traficantes de Sueños, 2010, cap. 6.

[6] «Aznar confirma la reunión entre el Gobierno y ETA hace tres semanas», *El Mundo,* 7 de junio de 1999.

[7] «Anguita: Solana es técnicamente un criminal de guerra», *El País,* 10 de junio de 1999, http://elpais.com/diario/1999/06/10/espana/928965605_850215.html. Sobre el tratamiento informativo del conflicto véase: Michel Collon, *El juego de la mentira: las grandes potencias, Yugoslavia, la OTAN y las próximas guerras,* Hondarribia, Hiru, 1999. Una síntesis sobre el desmembramiento de la antigua Yugoslavia y los conflictos posteriores en Carlos Taibo, *La desintegración de Yugoslavia,* Madrid, La Catarata, 2000.

[8] Entre las primeras críticas procedentes de la izquierda y los movimientos sociales alternativos Carlos Taibo, *Hablando de Izquierda Unida*, cit., cap. III.

[9] «Intervención de Anguita ante Kofi Annan, secretario general de la ONU en el Congreso de los Diputados (Madrid, 13 de abril de 1999)», en Julio Anguita, *Combates de este tiempo,* cit, pp. 132-137.

[10] Manuel Vázquez Montalbán, *La Aznaridad,* cit., p. 175.

[11] *Ibid.,* pp. 333-360.

13. Fin de etapa al frente de IU. Los dirigentes de IU y las figuras internacionales de la izquierda

Juan Andrade: *El final de tu presencia al frente de Izquierda Unida como coordinador general nos lleva a las elecciones generales del año 2000, a las que oficialmente decidiste no presentarte por un problema de salud. ¿Fue la única razón, fue la razón principal o fue un pretexto?*

Julio Anguita: Fue por un bendito problema de salud. Esa fue la excusa que me vino dada. Si hay divinidad parece que me dio ese regalo. Fue una excusa, aunque también una razón, con una operación de ese calibre no podía estar en la campaña. En el mismo momento que me ingresaron llamé a Víctor Ríos y le dije: «Mira, me acaban de decir que me pueden operar. Así que ya sabéis, ya he terminado, hasta aquí he llegado». Esa fue mi expresión y además para mí dije: «Uf, quedaos con el marrón».

Pero antes de eso y para entender eso hay que retrotraerse al año 97, en el que yo convoqué, sería en el mes de junio o julio, a una cena –que pagué de mi bolsillo– a Manolo Monereo, a Paco Frutos, a Salvador Jové, a Mariano Santiso, a Antonio Romero, a Rosa Aguilar, a un total de 15 o 20 personas. Y les dije: «Me quiero ir. Estoy harto». Y estoy harto porque cuando yo sostengo el discurso que hemos elaborado no encuentro respaldo. Y se lo digo y les digo «puede que sea mi cansancio, sé que no voy a dar más votos, la campaña que hay contra mí es tremenda y no voy a ser rentable, así que a tres años de las próximas elecciones generales vamos a planificar mi marcha. Lo podemos hacer dentro de unos meses y, así, suavemente empezamos a crear el terreno, a hacer una transición pacífica, vemos la persona y ya está, os habéis librado además de un peso». Pues todos me hicieron vivas protestas, todos me decían que no, que siguiera. Todos salvo Manolo Monereo, que dijo: «Julio lleva razón». El único, al cual se lo agradeceré hasta que me muera. Pero los demás protestaron y me dijeron que no, que continuase. Y yo sabía que, si continuaba, iba a seguir siendo fiel a mi línea y se lo dije, les dije que si querían que continuase debían tener en cuenta que iba a seguir siendo así, que no iba a cambiar.

Juan Andrade: *Antes de eso ya habías dejado la Secretaría General del PCE en el XXV Congreso de 1998, cuando la asumió Francisco Frutos.*

Julio Anguita: ¡Ah, sí! Era la primera vez que se producía un relevo en la Secretaría General del PCE sin trauma. No recuerdo un caso igual en la historia del partido. Fue algo natural, normal, bien organizado. Yo nunca me he agarrado al pasado, así que lo dejé sin más. Tengo una capacidad importante para proyectar, como todavía tengo por delante vida no me agarro como único motivo de mi existencia al pasado. Pues sí, el reemplazo se produjo el 8 de diciembre del 98.

Juan Andrade: *En aquellas elecciones de 2000 el PSOE hizo una propuesta de alianza que finalmente Izquierda Unida aceptó.*

Julio Anguita: No. El PSOE hizo una insinuación y fue Paco Frutos el que le respondió. Hay que hacer justicia histórica. El PSOE simplemente dijo vamos juntos y entonces Paco Frutos dijo: «No, vamos a negociar». Paco Frutos es el que los coloca en la contradicción. El PSOE, como siempre, hizo una especie de sondeo, de radar, con buenas palabras.

Juan Andrade: *No fue exactamente así. El PSOE le lanzó públicamente a IU una propuesta para que retirara sus candidaturas en aquellas circunscripciones en las que nunca había salido para dejar espacio al PSOE, a cambio de que algunos de sus candidatos, de los candidatos de IU, se incorporasen a esa lista.*

Julio Anguita: Sí, pero ya está. Es decir, retirada de candidaturas allí donde no íbamos a salir. Y la respuesta de Frutos es: «No, eso no, pero vamos a un programa». Frutos retomó la línea clásica.

Juan Andrade: *Pero, atendiendo al contenido del acuerdo que se alcanzó y a la celeridad con que se tomó ese acuerdo, ¿no piensas que suponía un giro con respecto a la línea política que había seguido IU en tu época?*

Julio Anguita: Sí, vamos a ver. Primeramente yo estuve de acuerdo con la oferta de Frutos, porque respondía a la línea que habíamos seguido: proponer la elaboración de un programa concreto como condición para llegar a un acuerdo. Teníamos tiempo. Sin embargo, en las cuestiones económicas había fuertes obstáculos. Los negociadores, por nuestra parte, fueron otra vez Alonso Puerta, Juan Francisco Martín Seco y Víctor Ríos. Y por parte del PSOE creo que los mismos. Y hay un momento en que Rubalcaba los cita un domingo por la mañana en el grupo parlamentario y

les dice que como no llegaban a ningún acuerdo lo mejor era dejarlo y escenificar la ruptura, una escenificación que no fuera dramática, pero que fuera rápida para que así además le diera tiempo a ver al Real Madrid, que jugaba por la tarde. Bueno, se preparó la escenificación de la ruptura y entonces hubo un último esfuerzo que cuajó.

Juan Andrade: *¿Cómo recibiste el pacto?*

Julio Anguita: Con tranquilidad no exenta de recelo. Yo no podía dar mi opinión porque hubiera sido indigno. Nunca he participado de la actitud del perro del hortelano. En el acuerdo había cosas que me inquietaban, como el reconocimiento implícito de la OTAN, pero el pacto había sido recibido con alegría por parte de la inmensa mayoría de la organización y se habían creado expectativas.

Entonces escribí un artículo que se titulaba «Dos almas y un cuerpo»[1], que causó un buen revuelo y donde contaba que cuando iba por la calle me encontraba con militantes y unos me decían: «Hacéis bien en pactar contra la derecha». Y a los pocos metros me encontraba con otros que me decían: «No tenemos que juntarnos con esos sinvergüenzas». Y todos, unos y otros, amenazaban con no votarnos. Yo escribí que en nosotros hay dos almas y que a ver si las poníamos de acuerdo, que una vez se había conseguido el acuerdo había que obligar a que se cumpliera. Ya repuesto vine a un acto en el Hotel Macarena de Sevilla donde a algún dirigente que otro se le fue la boca: «Y tendremos ministros», dijo uno. Y le contesté: «Si el pacto es tan bueno ¿por qué no se ha hecho en Andalucía donde hay elecciones el mismo día que las generales?». Yo mismo me respondí: «porque aquí no nos necesitan».

Juan Andrade: *Entonces hubo un giro, Julio.*

Julio Anguita: Sí, pero digamos en honor a la verdad que ese giro conservaba la apariencia, bien fundada, de que era la culminación de nuestras propuestas anteriores. También había el componente subjetivo muy extendido en la organización de que no estando yo al frente debían hacerse cambios tanto en el discurso como en la táctica. Por muchas razones yo me había transformado en un peso para la organización. Fui consciente y aprovechando la coyuntura de mi operación dimití y me dispuse a organizar la Asamblea Federal que sancionara mi relevo.

Juan Andrade: *En esas elecciones de 2000 los resultados electorales fueron demoledores. ¿A qué atribuyes ese descenso?*

Julio Anguita: Mira, yo creo que una parte venía ya de mi época. Si yo hubiese sido el candidato –honestamente lo pienso– seguramente hubiésemos sacado más de ocho, pero muchos menos de los veintiuno que teníamos. O sea, que yo no quiero cargar la responsabilidad sobre los demás, en absoluto. Yo esa herencia la había puesto ahí. Yo ya no aportaba electoralmente, porque se había hecho una campaña muy dura contra mí y la división interna había sido muy fuerte. Todo eso hizo mella en un electorado que no conocía las cosas que ahora estoy contando, que no las sabía porque no las podía saber. Si yo hubiese podido hablar públicamente, tener siete horas en la televisión y poner un ejemplo y poner este dato, y poner este otro, pero no las tenía…

Juan Andrade: *Después de hacerse pública tu renuncia a presentarte de nuevo a la Coordinación General de Izquierda Unida, se celebró la famosa VI Asamblea de IU en el año 2000, donde se presentaron tres listas, la que encabezaba Francisco Frutos; la minoritaria, que encabezaba Ángeles Maestro; y la lista, finalmente mayoritaria, que encabezaba Gaspar Llamazares. En esa asamblea apoyaste la lista encabezada por Gaspar Llamazares, y aquello en ese mismo momento resultó llamativo, porque esa lista incluía un número considerable de dirigentes de Izquierda Unida que habían sido poco afines a tu línea política. ¿Por qué respaldaste esa lista?*

Julio Anguita: Medianamente claro, he comentado antes que el relevo en el partido fue suave, y fue suave porque cuando se hizo no se pensó solamente en el relevo en el partido. Cuando se preparó el relevo en el PCE se preparó también el de Izquierda Unida. Antes de mi operación.

Juan Andrade: *Por tanto, estamos hablando del año 1997, de al menos tres años antes.*

Julio Anguita: Claro, se prepararon los dos relevos ¿Cómo se prepararon los relevos? Te lo voy a explicar. Yo reuní al Comité Ejecutivo del partido en el mes de julio. Le entregué a los miembros un test con cinco preguntas y les pedí que lo rellenaran ese verano. Y el test estaba elaborado para que fueran dibujando cómo creían que debía ser el nuevo secretario general del

partido. Y sale clarísimo. El resultado del test es el siguiente. Candidato al partido: Paco Frutos. Pero aparece con un gran respaldo Gaspar Llamazares. En cuanto a IU pusimos en marcha una ronda de encuentros con dirigentes en la sede de la Fundación de Investigaciones Marxistas. A lo largo de reuniones y consultas la mayoría se pronunció por Gaspar. En el conjunto de IU Llamazares tenía un gran predicamento. Aprovechando un viaje que hice a Asturias informé a Gaspar del resultado de los sondeos. Yo tenía una obsesión: que la transición, que el cambio en la cúspide, fuese tan tranquilo y modélico como lo había sido en el PCE. Según me cuentan asistentes a la Presidencia Federal que se reunió de urgencia cuando quedé ingresado en el Hospital de Ramón y Cajal, Paco Frutos dijo que él no aspiraba a la Coordinación General de IU. En consecuencia fue nominado como candidato para las próximas elecciones generales. ¿Por qué cambió de opinión? Desde luego estaba en su derecho, pero él sabía todo lo anterior.

Cuando nos encontramos con dos aspirantes a la Coordinación General, Frutos y Gaspar, me encargué de hacer gestiones para aunar las dos cabezas e hice una advertencia: «Si fracaso en la conciliación tomaré posición». Mientras tanto no hice declaración alguna, salvo mi asistencia a una reunión que tuvo lugar en Baeza, en donde me encontraba por motivos políticos. Me parece que fueron del orden de las diez o doce reuniones las que tuvimos para alcanzar un acuerdo. Fracasé en toda regla. Al terminar la última dije: «Señores, he terminado, ahora voy a dar mi opción, porque me comprometí a ello. Apoyaré la lista que encabece Gaspar Llamazares». Y la apoyé, en función del consenso conseguido años antes en la dirección.

Juan Andrade: *En cualquier caso parece que la historia en esto de los relevos es irónica y un poco cíclica, porque parece que a ti te sucedió al final con Gaspar Llamazares algo similar a lo que a Marcelino Camacho le pasó con Antonio Gutiérrez.*

Julio Anguita: Sí, sí. Es una maldición. Es la maldición de Tutankamón.

Juan Andrade: *¿No sospechabas que Gaspar Llamazares podía imprimir un giro a la línea política por la que tú apostaste?*

Julio Anguita: Para conocimiento general de la gente hay que recordar que Gaspar era uno de los que en Asturias había decidido no apoyar al PSOE y dejar con ello paso a que gobernasen otros. Gaspar Llamazares en todas las

actuaciones había seguido la línea política mayoritaria de IU en mi época y Gaspar Llamazares había tenido el respaldo de los consultados como posible candidato a la coordinación de IU, como Paco lo había tenido para la Secretaría General del partido. Después…

Juan Andrade: *Pero, ¿cómo es posible, Julio, que al mismo tiempo tuviera también, desde el primer momento, el respaldo de los otros sectores de IU que se habían opuesto a tu línea política?*

Julio Anguita: Es natural. Habían puesto precio a mi cabeza el PSOE, medios de comunicación, Nueva Izquierda y muchos miembros de IU que pensaban de buena fe que el cambio en la Coordinación General iba a suscitar una tregua. Ten en cuenta que la opinión pública, convenientemente manipulada, creía que la política que yo defendía era una posición exclusivamente mía y no el resultado de elaboraciones y votaciones democráticas. Fui entonces una especie de chivo expiatorio. El tiempo, en el que yo confiaba, puso las cosas en su sitio. Esa es la razón de aquel libro mío que se tituló *El tiempo y la memoria.*

Pero yo ya me di cuenta de eso cuando fuimos a la VII Asamblea General en 2003, en la que Gaspar fue reelegido. Entonces se dio un hecho que evidenciaba el nuevo rumbo tomado por IU: la presencia de Santiago Carrillo entre los invitados. Antes de dar comienzo a la Asamblea se proyectó un video sobre la historia de Izquierda Unida, en el que aparecían todos los dirigentes de IU, incluido Carrillo que nunca lo fue, menos yo. Me reí porque aquello era tan gordo, tan burdo que me recordó a la desaparición de Leon Trotsky de la foto en la que estaba con Lenin. Aquello era un mensaje que decía «hemos acabado con el monstruo, perdonadnos la vida».

Juan Andrade: *En la VI Asamblea de IU dejaste la Coordinación General cerrando definitivamente tu etapa como máximo dirigente de la organización. Me gustaría que hablaras de tu relación con los principales dirigentes de IU y el PCE durante aquellos años y me hicieras una valoración. Si te parece, empezamos con Felipe Alcaraz.*

Julio Anguita: Mi relación con Felipe Alcaraz ha sido de amor-odio. Ha habido momentos en los que hemos estado muy enfrentados y momentos en que hemos estado muy ligados por una causa común. Yo he admirado en él

como político su capacidad táctica para adaptarse a la coyuntura, lo cual es una cosa muy importante en política; pero además he admirado y admiro en él su capacidad literaria y su dominio del lenguaje. No me ha gustado de él lo que yo llamaba, quizá impropiamente, su visión demasiado palatina de la política, demasiado cortoplacista. Pero reconozco que me puedo estar equivocando en estas apreciaciones. En el momento en que estoy hablando somos compadres en la misma visión del proyecto de Izquierda Unida, denunciando los mismos errores. He prologado alguno de sus libros, porque le leo, me gusta cómo escribe, tiene algunas apreciaciones que yo he encontrado bellísimas y ajustadísimas. Y es un personaje, sea como sea, de verdad, interesante, irrepetible. No es un político cualquiera, en absoluto.

Juan Andrade: *Francisco Frutos.*

Julio Anguita: Hace mucho tiempo que no hablo con él. Es una persona con la que resulta difícil congeniar y entenderse. Él ha representado en estos años que hemos estado juntos la lealtad al proyecto, pero siempre con una especie de distanciamiento. Es un hombre al que se le confió varias veces la responsabilidad de llevar la cultura en Izquierda Unida a petición suya y no podemos decir que llevase a buen puerto la tarea. Salvo en eso, para mí ha sido un apoyo. Es una persona con criterios propios, con experiencia en la lucha sindical y es un dirigente valioso del partido… del partido, del partido.

Juan Andrade: *Víctor Ríos.*

Julio Anguita: ¡Hombre! Víctor Ríos es alguien a quien yo me siento muy unido, porque fuimos uña y carne. Fue un hombre que aportó ideas, enseñanzas, trabajo y la seguridad de que se podía equivocar, pero no te iba a engañar. Eso es lo importante. Y además, a veces iba por delante de algunas cosas. Muy bien. Yo reconozco que he aprendido con él muchas cosas, muchísimas, y era una persona, además, para mí entrañable, porque él ha estado en momentos que yo no puedo contar todavía, muy difíciles, en los que se implican cuestiones de alta política que algún día contaré.

Juan Andrade: *¿No lo vas a contar hoy?*

Julio Anguita: No. Te lo puedo contar fuera de micrófono.

Juan Andrade: *Vale.*

Julio Anguita: …

Juan Andrade: *Antonio Romero.*

Julio Anguita: Antonio Romero es un jornalero del campo con una inteligencia natural y con una capacidad de repentizar y de improvisar muy andaluza. Es un hombre de Comisiones Obreras y un hombre que ha creído muchas veces que las argumentaciones de las clases populares del campo podían servir en la alta política. Ha estado en los momentos difíciles de Izquierda Unida, estuvo siempre con la mayoría defendiendo las causas, aunque había cosas en las que no podíamos congeniar. He sido amigo suyo, he estado muchas veces en su casa. Pero él decía de mí que yo era una persona incómoda, incluso para sus aliados. Y es verdad.

Juan Andrade: *Gaspar Llamazares.*

Julio Anguita: Es una persona que llega a ser coordinador general porque hay un gran consenso en torno a él y al que yo apoyé. Un consenso muy amplio, como te he detallado. Luego ha habido una gran divergencia entre él y yo. Viéndolo ahora con perspectiva, Gaspar tenía que haber sido el portavoz parlamentario. Es un magnífico parlamentario. No estarás de acuerdo con él acerca de su visión desde Izquierda Abierta, vale, pero aquí estamos hablando de quien era buen parlamentario y, además, estaba en la línea de Izquierda Unida, que estuviera más sesgada a un lado más que a otro, pero está en la línea de Izquierda Unida. Y el portavoz parlamentario, lo afirmo rotundamente, tenía que haber sido Gaspar Llamazares, sin ninguna duda.

Juan Andrade: *Manolo Monereo.*

Julio Anguita: Te diré que lo mío con Manolo Monereo es de amantes políticos [ríe]. A Manolo Monereo lo conocí cuando impulsamos Convocatoria por Andalucía y él era el secretario del Partido Comunista del Pueblo Andaluz. Entonces se creó una Comisión Política presidida por los cuatro secretarios generales de los cuatro partidos que se integraron: Federación Progresista, PCPA, PASOC y PCE. Luego cuando llegamos a Sevilla, después de la jornada de trabajo en la asamblea de Andalucía, paseábamos y hablábamos mucho. A mí me impresionó su preparación política, muy de libro. Indiscutiblemente es una biblioteca ambulante y con

él se aprende de muchas cosas. Yo, de hecho, aprendí muchas cosas que luego rumié. Discutíamos a veces, pero ha sido siempre de una lealtad al proyecto de la que no cabe duda alguna. Es verdad que a veces pega algunas espantadas y que confía demasiado en los manifiestos, en los escritos, porque en eso es un poco niño, y digo lo de niño en el sentido más positivo del término, pues en política es muy importante tener también un toque de pureza. Para mí es un amigo y un hermano, no tengo la menor duda.

Juan Andrade: *Salvador Jové.*

Julio Anguita: Para mí Salvador Jové es un ejemplo de militante comprometido desde sus conocimientos de economía y su sólida formación cultural. Fue el coordinador del área de economía, que la potenció no solo en el aumento espectacular de economistas integrados en ella, sino también en el número y calidad de elaboraciones y propuestas parlamentarias que hoy no han perdido vigencia. Al contrario, son de rabiosa actualidad y necesidad. Por otra parte, el olivar español debe estarle muy agradecido, porque su trabajo como europarlamentario fue decisivo para que este sector no cayese en las manos del aquel nefasto comisario de agricultura apellidado Fischler.

Juan Andrade: *Ángeles Maestro.*

Julio Anguita: Ángeles Maestro, junto con Juan Pérez de Andalucía y Sebastián Martín Recio, médico de Sevilla y alcalde de Carmona, han sido tres coordinadores de área que entendieron perfectamente lo que era la elaboración colectiva, quienes mejor entendieron el potencial revolucionario y didáctico que había en el hecho de juntar a gente muy distinta a elaborar programas de manera multidisciplinar. Gente, trabajadores y técnicos, entrando a discutir de agricultura, de pesca, de ganadería, de industria, desde lo más elemental a lo más complejo. Después Ángeles se fue de Izquierda Unida, quizá porque Ángeles tiene un componente dogmático muy fuerte. Pero su capacidad de análisis dentro de ese componente, que la desvía muchas veces de los argumentos, es muy buena. Es una mujer desde luego de la izquierda, eso no se puede negar, y que cumplió en esa etapa una labor muy importante y además leal y fiel al proyecto, hasta que ya otras circunstancias, a mi modo de entender, la

hicieron ir por caminos erráticos. Pero esto último ya es una apreciación mía.

Juan Andrade: *Luis Carlos Rejón.*

Julio Anguita: Eso ya es una debilidad personal. Rejón es un lord y cuando digo «es un lord» me refiero a sus formas de vida, a su amplia cultura. Su hijo administra una finca y él posee una residencia, en un hotel en el campo, en una casa señorial y tiene allí su biblioteca. Es un lord. Luis fue el que llevó a IU-Convocatoria por Andalucía a los más altos niveles de representatividad. Si en mi época sacamos 19, él sacó 20. Luis es un político clásico que hubiese estado muy bien conviviendo con don Manuel Azaña, con don Niceto Alcalá-Zamora y con estos monstruos del republicanismo, por el gusto que tiene de la conversación, de la intriga cortesana, por su capacidad de dirigir y por su amplia cultura. Y tengo que decir que él fue muy mal pagado por IU-Convocatoria por Andalucía cuando le acusaron de ser el responsable personal de «la pinza». Porque, como se ha demostrado, no hubo tal pinza. Pero él con sus maneras de ser, con sus gestos ante la prensa, dándole una pinza a Javier Arenas, haciendo la broma con su actitud un poco señorial, no contribuyó demasiado a desmontar la acusación. Eso, agigantado por los aparatos de propaganda del partido socialista, facilitó la acusación del adversario. Y bajaron, pues de 20 bajaron no sé si fue a 13, y se desató contra él una caza, cosa que no se desató contra su sucesor cuando bajó otros siete y continuó siendo coordinador de Andalucía. O sea, la ley del embudo. Con él conservo una gran amistad, nos vemos de vez en cuando, quedamos para comer. Hace poco hemos comido aquí Manolo Monereo, él y yo, porque también nos estimamos los tres, y nos contamos cómo van las cosas, incluso estamos pensando en escribir un pequeño libro sobre lo que ha acontecido en Andalucía.

Juan Andrade: *Pedro Marset.*

Julio Anguita: ¡Hombre! Entrañable. Entrañable porque seguía la línea política, muchas veces, como un kamikaze, pero con ideas propias. Empezó siendo muy escéptico con el proyecto europeo y terminó defendiéndolo a ultranza en su última época. Pero fue un hombre leal en el debate, seguidor de lo acordado, aunque repito, en su última época la cuestión europea

diríamos que lo tentó. Para mí es una persona entrañable y yo le tengo un gran respeto y admiración.

Juan Andrade: *Willy Meyer.*

Julio Anguita: Willy Meyer es un hombre dedicado al partido desde su época de estudiante de economía. Es un cuadro que sufrió detenciones y torturas en la siniestra Dirección General de Seguridad de Franco. Su concepción el funcionamiento del PCE e IU peca, a mi juicio, de rigidez.

Juan Andrade: *Pedro Antonio Ríos.*

Julio Anguita: Debo confesar que su decisión de pasarse al PSOE me dolió porque nunca lo hubiese pensado. Tenía por él bastante simpatía, derivada de su gran trabajo como parlamentario cuando fue diputado por Murcia. Un gran trabajo que después no fue debidamente recompensado por el electorado. Tampoco entendí como pudo ser, a la vez, asesor de Rubalcaba y miembro de la dirección de IU. Misterios insondables.

Juan Andrade: *Ha muerto hace pocos meses Concha Caballero.*

Julio Anguita: A Concha Caballero yo la conocí en la etapa de Andalucía. Concha Caballero era una mujer lúcida, muy inteligente, muy inteligente, pero en política también muy palatina, y esto que hago no es una calificación moral, sino profesional. Buena pluma, entendía muy bien los problemas, pero quizás, por determinadas contagios, muy palatina.

Juan Andrade: *Antonio Herreros, de Castilla y León.*

Julio Anguita: Antonio Herreros es un dirigente de elevada formación política, íntegro, leal al proyecto de Izquierda Unida y durante mucho tiempo la columna vertebral del PCE y de IU en Castilla y León. Un compañero, un amigo.

Juan Andrade: *Javier Madrazo, del País Vasco.*

Julio Anguita: Con él me he llevado bien, política y personalmente hablando. Yo creo que Javier –que tiene buenas ideas políticas, muy buenas– ha sabido estar en el tema vasco, aunque también ha estado muy obsesionado por los comentarios de prensa y por sus relaciones personales, muy obsesionado. Pareciera como si la política no solamente se compusiera

de la acción institucional y de la acción política en la calle, sino de relaciones personales. Pero vamos, me llevo bien con él y con su mujer. He estado en su casa parando. Le tengo mucho afecto, pero como me estás pidiendo que considere las cuestiones políticas en las que estábamos de acuerdo o en desacuerdo, te expreso ambas. Ten en cuenta que yo he sido una persona muy distante y que por tanto no he valorado mucho la acción política entendida como relaciones personales entre gentes que se dedican a ella.

Juan Andrade: *Manolo Cañada, de Extremadura.*

Julio Anguita: Manolo Cañada es para mí el compendio del luchador a ras de tierra y el pensador político de largo aliento. Esa combinación solo es posible si detrás de ella hay un alma de poeta. Y él lo es. En la actualidad forma parte de la Mesa Estatal del Frente Cívico y me precio de su amistad.

Juan Andrade: *Susana López.*

Julio Anguita: Para mí es un ejemplo y es una de mis debilidades. Susana fue además de las que más se enfrentó a la dirección de Madrid. Y a mí me acusaba, a veces con razón, de no querer meterme en la guerra de Madrid. Pero es que yo ya tenía muchas guerras y tampoco debía, porque eran conflictos de federación. Hoy, cuando hablo con ella la encuentro muy cansada. Y para que esa mujer se canse… Es una luchadora nata, inteligente y preparada.

Juan Andrade: *Dirigentes de Nueva Izquierda: Diego López Garrido y Cristina Almeida.*

Julio Anguita: Yo quisiera hablar poco de estas personas, porque mis opiniones no pueden ser positivas. El señor López Garrido es un señor que trabajó para el PSOE desde el primer momento que entró en Izquierda Unida, violando los acuerdos y documentos que él aprobó y firmó. Me refiero a ese magnífico documento sobre transparencia, pluralidad y democracia en lo interno de IU elaborado por Víctor Ríos[2]. Pues bien, después de aprobarlo, también Cristina, comentaron a la salida de la reunión que «aquello era ya papel mojado». Diego López Garrido ha sido un magnífico representador del papel de Bellido Dolfos, o sea, el de traidor. La actuación de ambos en IU fue más que lamentable.

Juan Andrade: *Rafael Ribó, de Iniciativa per Catalunya.*

Julio Anguita: No me llevé bien con él, para qué vamos a ocultarlo. Diríamos que no conectábamos. Iniciativa per Catalunya me necesitaba, de cara a sus votantes andaluces, pero por otra parte yo les parecía poco recomendable. Tanto Ribó como sus compañeros de dirección me consideraban como un ser zafio en política al que le faltaba «finessa». Fue un seguidor total de las tesis de Achille Occhetto en la búsqueda de no sé qué espacio político. Desde la ruptura no he vuelto a hablar con él. Tampoco sabría de qué hablar.

Juan Andrade: *Nicolás Sartorius.*

Julio Anguita: Una eminencia gris, en el sentido del cardenal Richelieu, pero sin dar la cara del todo. Solamente se mojó cuando fue contrincante mío para la Coordinación General de IU en 1992. Es un hombre, sin duda, inteligente, pero muy distante y a veces también distante de la realidad. Es decir, un hombre que se acerca a la realidad a partir de modelos que no se compadecen con ella. El modelo Maastricht, por ejemplo. Se atuvo a un modelo ideal de Europa y se alejó demasiado de la realidad. En la relación con él no resultaba fácil hablar más allá de lo inmediato y de lo urgente. Él pudo haber sido secretario general del PCE. No se atrevió a serlo. No se atrevió porque había que trabajar mucho y había que lidiar con muchos problemas. Siempre pretendió que otros hicieran lo que él pensaba. A mí me planteó disolver el PCE y yo dije que, si no creía en la viabilidad del partido, que se fuera él. Pero no, ellos pensaban que teníamos que irnos todos. Era un hombre con el que hablaba, pero coincidíamos cada vez menos. Como digo, nos enfrentamos en la III Asamblea de 1992. Él hizo en la III Asamblea un discurso impecable, mejor que el mío. Pero eso, estaba muy distante de la realidad, a veces despreciándola. También a nivel de observación científica y de reflexión estaba distante. Apostaba ya por los modelos de la socialdemocracia. Me han contado testigos presenciales que hace dos años dijo: «Nos engañaron con Europa».

Juan Andrade: *En esta entrevista has hablado con frecuencia muy bien de Herminio Trigo como sucesor tuyo en la alcaldía de Córdoba. Herminio Trigo también se fue a Nueva Izquierda y luego al PSOE.*

Julio Anguita: Con mucha gente de Nueva Izquierda tengo excelentes relaciones. Actualmente Herminio milita en el PSOE. Entre mis escasas virtudes está la de no hacer cuestión personal de las diferencias políticas, salvo en los casos que considero de traición o doblez. Él fue mi sucesor por dimisión mía y se aplicó a desarrollar la política que veníamos haciendo. Luego fue ya alcalde por elección y naturalmente introdujo cambios, pues estaba en su derecho. Fue un buen alcalde, un buen alcalde gestor, muy buen gestor, eso hay que decirlo. Lo que nunca he entendido en su caso es cómo después de que lo inhabilitaran por prevaricación a instancia del PSOE –nada de llevarse dinero sino por una cabezonería suya– se fuera después al PSOE. Entonces el Partido Socialista llenó las calles de Córdoba con fotos suyas con la palabra «condenado» y, sin embargo, después se fue con el Partido Socialista Obrero Español. Misterios insondables que no he entendido nunca.

Juan Andrade: *Pablo Castellano.*

Julio Anguita: A mí me lo presentaron cuando ya estaba en el Partido de Acción Socialista (PASOC). Era una figura importante del socialismo, un dirigente con pedigrí. Coincidíamos en muchas cosas, lo que sucedía es que tenía animadversión hacia los comunistas, quizá heredada de su tradición socialista, algo que se puede entender, no justificar, pero sí entender. Esa animadversión fue aumentando en la medida que él creía que el Partido Comunista mangoneaba en Izquierda Unida. Se dio cuenta con el tiempo de que no era verdad. El Partido Comunista en aquella época puso muchas cosas al servicio de Izquierda Unida; pero a veces las organizaciones minoritarias pretendían tener en Izquierda Unida un papel que no les correspondía por su peso. Porque en el PASOC había muy poca gente. Estaba Pablo Castellano, Alonso Puerta, Franco González, Inés Sabanés y, en Andalucía, Andrés Cuevas. Yo creo que los tratamos con mucha deferencia. En un momento dado se empeñaron en ir juntos con Nueva Izquierda al objeto de que Izquierda Unida se definiese como un partido perteneciente al ámbito ideológico del socialismo democrático. Y yo me resistía, porque sabía lo que podía haber detrás. Era una suposición. Y me resistí hasta que llegamos a un acuerdo: que a continuación de poner lo de socialismo democrático pusiese que aspirábamos a superar el capitalismo. Había esa desconfianza. Después de dejar la coordinación, digamos, que

Pablo Castellano desapareció de mi vida. Se fue a Mallorca y coincidimos, sin tener trato directo, en la revista *La Clave,* en una sección llamada «El triángulo», donde sobre un tema escribíamos tres personas: Manuel Pimentel, Pablo Castellano y yo, dando nuestro punto de vista sobre un mismo acontecimiento. Yo tengo un recuerdo agradable de Pablo. Tensiones hubo. Pero, vamos, realmente para mí pesa más lo positivo que lo negativo.

Juan Andrade: *Alonso Puerta, también de PASOC.*

Julio Anguita: Con Alonso Puerta tuve más relación y hubo diferencias. Diferencias porque Pablo Castellano representaba la izquierda del socialismo procedente del PSOE o por lo menos era más radical. Pero Alonso Puerta era bastante más moderado. Alonso pretendía –y estaba en su derecho– que Izquierda Unida fuese una marca B de la socialdemocracia. Y lo del movimiento político-social no lo entendía mucho. Él creía en la forma clásica de los partidos clásicos. Así fue como entraron en Izquierda Unida cuando Gerardo Iglesias, a la vista de las elecciones. Porque el hecho electoral y las instituciones en general para él importaban mucho. Alonso es muy institucional, es un hombre culto, preparado, diestro en la política palatina, en las instituciones. Con él mantuve visiones muy distantes en la política diaria.

Juan Andrade: *Isabelo Herreros, de Izquierda Republicana.*

Julio Anguita: Me llevé bien con él. En mi época hubo una eterna reivindicación de Izquierda Republicana de tener representantes en el parlamento. Siempre apelaba a la historia de su partido para tenerla, y yo a que su partido no tenía la fuerza necesaria. Cuando en el año 89 las listas todavía se hacían a instancias del PCE –luego ya no– yo le llegué a ofrecer el puesto quinto. Despreció la propuesta, porque decía que eso era ir contra la honorabilidad de Izquierda Republicana. Salió el puesto número cinco, Ángeles Maestro. Es decir, que de haber aceptado hubiera salido. Después ya fue casi imposible intentarlo siquiera, porque ya había una inquina desde la organización regional de Madrid. Había que tocar muchos pitos y muchas flautas y yo me desentendí ya de las candidaturas. Al principio la fuerza la tenía el PCE y desde el PCE había que impulsar la apertura para crear Izquierda Unida. Luego ya Izquierda Unida tenía sus mecanismos y elegía sus listas. Me llevé bien con Isabelo, porque teníamos una cultura común, la

del republicanismo. Era un hombre muy versado y conocía muy bien los entresijos editoriales, y los entresijos de Madrid, como periodista que era. Me recordaba mucho a los periodistas del siglo XIX. Era un hombre de conversación amena, agradable. También es otra persona a la que hace mucho tiempo que no veo y a la que me gustaría ver nuevamente. Le tengo simpatía.

Juan Andrade: *Jaime Pastor, de Espacio Alternativo.*

Julio Anguita: Jaime Pastor era más serio, más difícil de acceso. Pero yo he tenido confianza en las cosas que ha hecho. Él inició y desarrolló durante un tiempo –después lo llevó Luis Carlos Rejón– nuestra propuesta de Estado Federal. Es un hombre muy valioso, muy preparado, pero de difícil entendimiento personal. Yo creo que en él había –claro, que en esto puedo ser muy subjetivo, pero este libro es para expresar la subjetividad– algo en general contra el PCE, debido quizá a su propio origen trotskista. Es normal. Pero vamos, yo no he sido un comunista clásico, y por eso no entendía su recelo. Por eso el trato fue algo difícil, pero yo le tengo mucho respeto y él trabajó muy bien en el proyecto de Izquierda Unida.

Juan Andrade: *José Francisco Mendi, de Tercera Vía.*

Julio Anguita: Sobre Mendi puedo decir poco. Nunca nos entendimos y creo que nunca lo haremos. Sus concepciones de la política son, a mi juicio, excesivamente influenciadas por los medios de comunicación y la teoría de los espacios políticos. Le perdí la pista hace tiempo.

Juan Andrade: *Juan Manuel Sánchez Gordillo.*

Julio Anguita: Con él he tenido una relación esporádica, porque cuando fue diputado autonómico yo ya no lo era. Con Juan Manuel me identifico en aptitudes de ejemplaridad, no con las formas de su discurso, porque es –digamos que para suavizar el término– de otra escuela de oratoria. Él ha hecho cosas muy importantes en Marinaleda, pero muy importantes, y ha mantenido el tipo en situaciones muy difíciles. Pero yo creo que tiene una noción de la izquierda demasiado influenciada por la experiencia latinoamericana y esto no es Latinoamérica, ni siquiera el campo andaluz. Pero este es mi punto de vista y una discrepancia que tengo con él. Por lo demás estamos en la misma causa y a partir un piñón.

Juan Andrade: *Cuando en este país se habla de política tendemos a hablar de lo que sucede en Madrid, entendiendo por Madrid, en el caso de IU, lo que sucede a nivel federal. ¿Cómo ha sido tu relación con las federaciones de Izquierda Unida? ¿Cuáles recuerdas especialmente?*

Julio Anguita: Teniendo en cuenta todos los viajes que he hecho, en las federaciones que me he sentido más a gusto han sido Murcia, Extremadura, Euskadi, Aragón, Castilla y León, en Canarias a veces, o en Asturias, no solamente con Gaspar sino con otros compañeros que han ido desapareciendo de la política. Con la gente, con la gente muy sencilla, siempre me he sentido muy bien. Además yo soy poco amante de los protocolos. Me gustaba sentarme con la gente más sencilla a comer fabadas. Me pasaba igual en Murcia, donde la gente es muy cercana, o en Euskadi. En Aragón también me he sentido a gusto, era un sitio donde la gente era muy austera, muy sencilla. Y después, bueno, en los demás no es que me haya llevado mal. Se me ha pedido los sitios en los que me he sentido mejor. Pero en los demás no me he sentido mal.

Juan Andrade: *Durante tus años al frente de Izquierda Unida conociste a dirigentes de la izquierda de otros países. ¿A quiénes recuerdas especialmente?*

Julio Anguita: Ahora, por ejemplo, a Álvaro Cunhal. Álvaro Cunhal era una leyenda. Me entrevisté con él apenas elegido yo secretario general del PCE. Para mí ese examen era tremendo. Fue una entrevista de opiniones y a tumba abierta. Estuvimos como seis horas charlando antes de comer y al terminar me dio un abrazo muy fuerte y me dijo: «Bienvenido, camarada». No me dijo nada más. Me di cuenta que habíamos coincidido. Recuerdo una intervención magistral que tuvo después en la asamblea de cuadros del partido en Lisboa. Las relaciones que hemos tenido siempre han sido buenas, únicamente alteradas porque nuestros representantes de Izquierda Unida en Europa eran más partidarios de la entente con los italianos. Pero en la medida en que él y yo dialogábamos hubo un entendimiento bueno. Además el Partido Comunista Portugués, con todas las cosas que quieran reprocharle, está ahí, es un referente y cuando murió Álvaro Cunhal fue un día de duelo en todo Portugal. Y eso da cuenta de la grandeza de los seres

humanos cuando tras ellos hay una causa noble y la han defendido consecuentemente.

No tuve tanto trato con George Marchais, que me pareció sinuoso, protocolario. También tuve varias entrevistas con Achille Occhetto. Confieso que no me entendí nunca con él, porque si yo vi sinuoso a Marchais, a este lo vi un poco ratonil. Lo que fue, ratonil. Él estaba planteando ya lo que después hizo. Creyó que había descubierto el edén en la socialdemocracia.

También tuve un encuentro con Gorbachov en Madrid. Fue muy protocolario. Aquel hombre venía por puro protocolo a hablar con el secretario general del PCE. Tenía ya otras cosas en mente: su Perestroika, su proyección internacional, la imagen de mesías internacional que le hicieron creerse. Recuerdo también una cena en el Palacio Real, de las pocas veces que he ido. En concreto, de unas ciento y pico de veces que me han invitado a cenar a Palacio Real, solo he ido tres. Una con el emperador de Japón. Otra con Václav Havel, porque me lo pidieron mis compañeros. Y otra con Gorbachov, en la que se me acercó Eduard Shevardnadze, ministro de Asuntos Exteriores, y me llamó mucho la atención, porque me dijo: «Nosotros los comunistas». Al cabo de dos años me dije: «Joder, con los comunistas», porque hay que ver todo lo que hizo cuando fue primer ministro de Georgia.

Con Erich Honecker tuve una experiencia muy curiosa, porque a Honecker, cuando vino a España, lo instalaron en El Pardo. Entonces era habitual que instalaran a los jefes de Estado en El Pardo cuando venían de visita oficial. Aquello fue tremendo [ríe], cuando llego con el coche y veo la bandera de la RDA en El Pardo. Pero es que la entrevista se hizo en el despacho de Franco. Lo que son las venganzas de la historia. La bandera comunista allí, no la de la hoz y el martillo, sino la de la RDA, con el compás y el martillo, allí en el mástil de El Pardo. E imagínate mantener una entrevista con el secretario general de los comunistas de Alemania del Este en el despacho del dictador. Esas son de las cosas que te llevan a decir: «El mundo da muchas vueltas».

Con Hugo Chávez estuve una vez en el Hotel Ritz, sería en el año 97 o quizá el 98, el mismo año en que me entrevisté con Mandela. Terminé un poco harto de la gente con la que iba porque todo el mundo quería hablar con él y lo acaparaban. Hugo Chávez me pareció un hombre muy

inteligente. Muy cauto y muy astuto, que habló lo que había que hablar. No se dejó llevar porque estuviera allí con camaradas, lo cual entiendo y comprendo. Habló de España y retrató perfectamente la situación. De modo que yo me sentí satisfecho. Estaríamos media hora o 40 minutos. Muy bien. Con Nelson Mandela me entrevisté también en el 97 o 98. Fue una entrevista muy agradable, porque Mandela era un tío muy dicharachero, hablaba mucho. Era un hombre que se ganaba fácilmente la simpatía de la gente. También uno iba ya predispuesto por simpatía con su causa, por su tormento, sus torturas, por todo lo que padeció. La conversación no fue muy profunda, pero fue muy agradable.

Con Fidel he estado en cinco o seis ocasiones. La mayoría en La Habana. Y muy bien, salvo en una en la que no me dejaba hablar. Yo le interrumpí y se mosqueó, porque él quería hablar de todo y tuve que decirle: «Comandante, es que quieres saber de todo y eso no puede ser». La última vez que hablé con Fidel íbamos de viaje al País Vasco y recibí la llamada en el coche. Entonces ya teníamos móviles que funcionaban. Él había estado en España, se despedía y en el aeropuerto me llamó: «Que me voy de España. ¿Por qué no me vienes a ver?». «Iré, Comandante, no sé cuándo». Es la última vez que hablé con él. La primera vez que estuve con Fidel fue en España, en unas sesiones a las que vino, pero fue un momento, porque nos interrumpían. Y después en La Habana han sido tres o cuatro, y ahí ya sí hemos hablado largo y tendido. Los cubanos siempre han tenido con nosotros, con nuestro equipo y conmigo, un trato distinguido. Y de hecho todavía el otro día vino el embajador de Cuba a hablar conmigo. Traía un encargo del gobierno cubano, que me daban recuerdos, que querían que nos viéramos de vez en cuando. Y en La Habana sé que, desde Osvaldo Spengler a otros, tengo buena prensa, porque en los momentos difíciles yo siempre he apoyado la revolución cubana. Lo he dicho aquí en una universidad y lo he repetido varias veces: «Mire usted, yo puedo discutir con Fidel Castro, pero en la misma trinchera, enfrentados al yanqui. Pero las críticas que yo pueda tener con las actuaciones de Fidel Castro no me las interpretan ustedes». El símil creo que convenció a la gente y eso le llegó a él. Además la discrepancia era lógica, hay cosas en la que no podíamos estar de acuerdo. Pero no quería ser interpretado como alguien que por no verse afectado por las críticas a Cuba huye de la lucha que ha habido contra

la revolución cubana en tantos momentos. Y eso los cubanos lo han agradecido. Han sido y son muy agradecidos en eso.

[1] Julio Anguita, «Dos almas y un cuerpo», en Julio Anguita, *Combates de este tiempo,* cit., pp. 167-175.

[2] «Pluralismo y coherencia en Izquierda Unida hoy», *Mientras Tanto* 79 (1997), Barcelona.

14. La cultura y el mundo de la cultura

La cultura y el estudio ocupan un lugar central en la concepción política de Julio Anguita y en su vida. En su concepción política la cultura es redención y horizonte, es un sustrato heredado que dignifica y es, al mismo tiempo, un proyecto de producción de nuevos significados y valores. Para él, según nos dice, el comunismo es una cultura nueva. En Julio Anguita la cultura y el estudio tienen también un sentido funcional, son herramientas para la comprensión de la realidad y para su transformación. En Anguita el estudio también es una pulsión: el acto de conocer alivia una inquietud, colmata un vacío. Igualmente la cultura y el estudio son en la vida de Julio Anguita un hábito, una costumbre adquirida desde la infancia.

Probablemente no haya concepto más polisémico y omniabarcante que el de cultura. La noción de cultura que utilizo en este apartado para referirme a Julio Anguita se mueve entre dos polos. Por un lado, responde a la noción clásica –bastante restrictiva y de resabio elitista– referida a las corrientes de pensamiento sistematizado, a los saberes académicos y a las grandes expresiones literarias y artísticas. Por otro, tiene que ver con la elaboración de una visión del mundo y la construcción de la propia personalidad que uno hace a partir de esos productos culturales, pero sobre todo de su experiencia y de la reflexión consciente de esa experiencia.

Me muevo en esas dos coordenadas porque delimitan un territorio transitado de manera atípica por Julio Anguita en comparación con otros dirigentes políticos. Indudablemente la historia reciente de la política española está repleta de intelectuales metidos a políticos, de políticos que hubieran preferido ser intelectuales, de otros que tratan de aparentarlo y, sobre todo, de políticos completamente ajenos, indiferentes u hostiles al pensamiento. Julio Anguita no encaja en ninguna de esas categorías. Julio Anguita tiene una formación intelectual muy amplia, que no se expresa en la jerga, en las formas y en la pose de lo que comúnmente se entiende por intelectual, cuyo prototipo sería el profesor universitario de humanidades o ciencias sociales o el escritor, filósofo o ensayista común. Es decir, su formación no es una formación pensada para la exhibición, la distinción social, el ascenso profesional, la autorreferencia, la metadiscusión, la

obtención de reconocimiento, la rivalidad corporativa, la aportación relevante, la adecuación a una tendencia o el cumplimiento de un canon. En muchos casos su formación podría cumplir estos parámetros, en otros no. En este sentido, la cultura en Julio Anguita es una cultura orientada más hacia dentro que hacia fuera. En este sentido, su relación con la llamada alta cultura y, sobre todo, su propia concepción de lo que la cultura debe de ser son de tipo gramsciano. Saco a colación una conocida frase del pensador sardo porque creo que a ella se ajusta el caso de Anguita.

> *[La cultura es] organización, disciplina del yo interior, apoderamiento de la personalidad propia, conquista de una consciencia superior por la cual se llega a comprender el valor histórico que uno tiene, su función en la vida, sus derechos y sus deberes*[1].

Cuando Julio Anguita habla de lo que lee, y creo que cuando lee, parece que va buscando exactamente eso. Todos los demás aditamentos y poses o no existen o se los reprime. Es una concepción de la cultura menos vanidosa que las habituales, pero con mayores aspiraciones políticas y casi existenciales.

Cuando digo que la cultura en Julio Anguita se da más hacia adentro que hacia afuera me refiero también a que escribe poco para lo mucho que lee y me refiero también a que lo que escribe lo escribe con voluntad de intervención política, pero con pocas pretensiones intelectuales, teniendo en cuenta la entidad de lo que lee y la potencialidad que sugiere lo que escribe. Escribe mensualmente en Mundo Obrero y en algún que otro medio alternativo artículos de coyuntura o análisis y reflexiones orientados a la práctica política, pero no escribe monografías, ni ensayos y no ha vuelto a retomar la investigación histórica después de aquella remota tesis de licenciatura sobre la desamortización en Córdoba[2].

En Julio Anguita esa concepción gramsciana de la cultura tan atípica convive con otra más clásica de cuño platónico o más bien socrático, si es que el Sócrates que conocemos existió alguna vez fuera de la cabeza de Platón. Es una concepción, por tanto, más idealista, que gira de forma tácita en torno a tres conceptos conocidos de esa tradición: el intelectualismo moral, el filósofo rey y la mayéutica. Para Sócrates todo aquel que conoce el bien hace el bien, de tal forma que no hay hombres malos sino ignorantes y de tal forma que no debería haber cárceles sino

escuelas. Este razonamiento llevado a la política plantea que los hombres que conocen todas las opciones eligen siempre la mejor de ellas. Según Platón el gobernante idóneo sería el rey filósofo, aquel que al conocer mejor elige lo mejor en la acción de gobierno. Si hubiera que establecer un nexo entre ambas ideas, cosa que Platón no hace, ese nexo sería el del dirigente político que, además de gobernar, enseña a la gente a gobernarse, aquel para el que la regeneración política pasa por la Paideia, por la educación de la gente[3]*. Esa concepción también late en la visión de la cultura de Julio Anguita y en el lugar que la cultura y el pensamiento ocupan en su visión política: la idea de que cuando a la gente se le explican las cosas correctamente se identifican con el argumento más racional y que, por tanto, la función del dirigente político es una función didáctica. Esta idea un tanto verticalista está atenuada en Julio Anguita por la idea también socrática de la mayéutica: no se trata tanto de enseñar a la gente desde fuera como de ayudarla a que sepa por sí misma o a que sea, incluso, consciente de lo que ya sabe. En definitiva, en Julio Anguita hay mucha traslación de las dotes del magisterio al ámbito de la política.*

En el pensamiento político de Julio Anguita se cruzan cuatro vectores de distinto peso y entidad. Algo queda de su formación católica en sus pretensiones de absoluto y universalismo, aunque sea muy atenuadas por su compromiso con la duda metódica, la filosofía de la sospecha y la tradición crítica. Otro vector es el del libertarismo o el anarquismo humanista, expresado en su inclinación a la irreverencia, al pensamiento libre y al valor del individuo. Más fuerte es un vector procedente del republicanismo, del republicanismo liberal español decimonónico, por una parte, pero sobre todo del republicanismo plebeyo de base jacobina del que habla Ángel Duarte[4]*. En Julio Anguita ese republicanismo se expresa en su defensa de la virtud y la radicalidad democrática. Y el vector más potente es del marxismo, el de un marxismo formado a partir de la lectura directa de los clásicos (Marx, Engels, Lenin, Gramsci), del impacto que en su generación tuvieron en los sesenta y setenta autores como Herbert Marcuse; y de la lectura de autores de actualidad, entre los cuales figuran algunos amigos. Lo interesante sobre esto último es que Julio Anguita no lee al ritmo que marca la academia, las editoriales mayoritarias, ni siquiera las editoriales de culto. Lo hace sobre todo a través de la consulta*

diaria de páginas web alternativas de confianza, especialmente Rebelion.org y SinPermiso.info.

La mayor parte del tiempo dedicado a la lectura lo dedica a la historia. Leyó mucha literatura en sus años de estudiante y joven maestro, años de experimentación cultural sobre todo en el ámbito del teatro. De esas lecturas y experiencias le queda su gusto por la palabra precisa, por la cadencia armónica sin lirismos ni artificios, acompañada de un gesto sobrio. Esta palabra y esta dramaturgia las ha cultivado al final en la comunicación política.

Julio Anguita ha visto mucho cine: el cine clásico de Hollywood, especialmente en los cines de verano de su infancia y adolescencia, o las películas canónicas del neorrealismo italiano y la nouvelle vague, en el cine club de Córdoba durante su juventud. Hoy va muy poco al cine. Escucha música clásica y sobre todo, como es sabido, copla. La copla es una pasión constante desde su infancia hasta hoy y marca un elemento fundamental en la formación y en la personalidad de Julio Anguita: su interés por la cultura popular, por la vida castiza, por lo sensorial, por las pasiones mundanas.

Las relaciones de Izquierda Unida –o más bien de la opción mayoritaria de Izquierda Unida que encabezó Julio Anguita– con el mundo de la cultura –con las gentes del mundo de las artes, la literatura y el pensamiento– fueron pocas y nada fáciles. Ello se debió a la ausencia de una política cultural bien definida y desarrollada por parte de IU, que tejiera alianzas con las gentes del gremio y las incorporase a la defensa pública de sus propuestas y candidaturas. Pero esas dificultades también se debieron a los nuevos roles que en general asumieron el intelectual y la cultura tras la dictadura y durante las décadas de los ochenta y noventa. Hasta entonces en España el artista había definido su opción estética en conflicto con el Estado[5]*. Sin embargo, en los ochenta y noventa se produjo un pacto tácito entre la cultura y el Estado, por el cual la cultura no se metía con el Estado y el Estado no se metía en la cultura salvo para subvencionarla y determinar, por la vía de la concesión de premios y homenajes, cuál era la buena cultura*[6]*. Esto hizo de la cultura dominante de los ochenta y noventa –que algunos autores han dado en llamar CT o Cultura de la Transición– una cultura a la vez vertical y desproblematizada. Una cultura vertical porque el Estado, los gobiernos,*

los partidos vinculados al proyecto de país que había salido de la transición y, sobre todo, editoriales, fundaciones, revistas culturales y grandes medios de comunicación muy herméticos y comprometidos con ese proyecto, todos ellos, fueron condicionando el canon cultural de la época mediante reconocimientos y promociones. Y desproblematizada porque fue una cultura en la que desaparecieron, tanto de las temáticas, como del discurso, como de las apuestas formales, las tensiones sociales y políticas, la crítica abierta y el autocuestionamiento. Eso desapareció en beneficio de una concepción de la cultura entendida, de manera natural, forzada o inducida, como espacio lúdico, autocomplaciente y socialmente cohesionador[7].

A las fluidas relaciones de esta cultura con el Estado se sumaba también su relación conveniente con el mercado, su predisposición a convertirse –aunque no fuera de forma masiva pero sí entre la amplia mayoría de las minorías ilustradas del país– en valor de cambio. Al salir del país, no obstante, la mayoría de estos productos nacionalmente cohesionadores se devaluaban[8].

Dentro de este triángulo formado por los vértices de la cultura, el Estado y el mercado, la política cultural de la opción mayoritaria de IU encabezada por Julio Anguita no tenía apenas cabida. Bastante se hizo desde las áreas de elaboración colectiva o desde la Fundación de Investigaciones Marxistas para relacionarse con técnicos, pensadores y profesores que se movían fuera de ese triángulo. Mucho menos se hizo a la hora de relacionarse con artistas y gente del mundo de la literatura que se movían fuera de sus márgenes, o a la hora de ayudar a sacar de ellos a gente algo más cercana.

Las relaciones concretas de Julio Anguita con gentes del mundo de la cultura no respondieron a una estrategia política definida, ni al cálculo inmediato, ni a la voluntad tan frecuente en los dirigentes políticos de rodearse de un séquito de artistas a los que exhibir o con los que darse una pátina de intelectualismo. Fueron más bien relaciones sobrevenidas al calor de la práctica cotidiana de IU o de la constatación de una atracción recíproca. La mayoría fueron puntuales, algunas conflictivas y otras de amistad.

Juan Andrade: *Julio, ¿qué clásicos del socialismo te gustan particularmente?*

Julio Anguita: Yo me inicié con mi maestro Balsera del Pino y con él me enfrenté a *El Capital*, que hay que echarle valor. Lo leí con muchas notas, con muchas llamadas y con muchas consultas. Uno de los libros que más me gustan de los clásicos del socialismo es *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Eso es un libro. Es un libro tan básico que hay que leerlo, como hay que leer a Platón, o como hay que leer a Kropotkin. En la lectura de Kropotkin me inició el que era entonces mi suegro, que era anarquista. Y lo leí con gusto, con más gusto e interés, fíjate lo que te voy a decir, que a Bakunin. Me gusta la profundidad humanística que hay en Kropotkin.

Y a quien he leído mucho ha sido a don Vladimiro, aunque, vamos, no me he leído sus obras enteras, ni lo he intentado. Vladimir Ilich Lenin tiene una formación muy profunda que no solo es hija de lo que pudo leer, sino de lo que pudo ver y de lo que pensó al respecto. Creo que Lenin es una persona que aprende mucho de lo que ve y que analiza lo que ve con el instrumental de la lectura y la formación. Es un hombre que como Goethe viene a decir que «gris es la teoría y verde el árbol de la vida», es el hombre que sabe lo que hay que decir en cada momento de la revolución, porque eso es lo revolucionario, saber lo que hay que decir en cada momento. Que me perdonen los clásicos, pero ese sentido de la oportunidad en el decir me recuerda a ciertas posiciones de hoy. Claro que hay una confrontación entre derecha e izquierda, pero a veces no hay que explicitarlo así. A veces no hay que verbalizar así el drama porque los actores están enmascarados. Y yo creo que Lenin es el hombre que afronta los enfrentamientos del momento sin ser preso de las máscaras. Lenin dice: «Paz, pan y tierra». No dice izquierda o derecha. ¡Déjate ya de izquierda o derecha! ¡Que sí, que sabemos que eso es fundamental! Pero en cada momento la coyuntura está del lado de quien mejor la define ante las personas y de quien señala el punto nodal donde se condensan las contradicciones. La coyuntura está del lado del que intuye, pero la intuición no es la corazonada, la intuición es un juicio rápido y para hacer un juicio rápido hay que tener mucha preparación.

Otra de mis mayores influencias entre los clásicos es la de Antonio Gramsci, no solo por su pedagogía marxista, sino porque introduce como elemento de lucha y superación el papel redentor de la cultura.

Además de los grandes clásicos he leído al herético del polaco Kolakowski, que es interesantísimo. Su libro *El hombre sin alternativa* es uno de los libros que leo y vuelvo a leer. Y Marcuse, anda que no le he dado vueltas yo a Marcuse, y a Monod. Monod es la base de muchas de mis conferencias, lo es por cómo aborda algunos de los viejos dilemas. Monod investigó sobre todo el desenvolvimiento de la genética y por eso le dieron el premio Nobel. Su libro *El azar y la necesidad* es un libro al que he vuelto varias veces. Lo leí primero por obligación cuando hacía la licenciatura y después ya por devoción. En *El azar y la necesidad* Monod plantea ideas que ya había planteado Heidegger en El *ser y el tiempo,* pero abre otra perspectiva. En *El ser y el tiempo* Heidegger viene a decir que no somos nadie, que estamos en un universo que incluso es indiferente a nuestros crímenes. Todo ello es de un gran un pesimismo existencial. Sin embargo, Monod dice que sí, que es verdad que estamos aquí como producto del azar, pero ya que somos el producto de una evolución azarosa que nos ha traído hasta aquí y que nos abre un haz de posibilidades infinitas, vamos a explorar esos caminos. Y desde esa visión Monod habla de la ética del conocimiento y habla del socialismo. Y dice algo que en la conferencia que di el otro día en León utilicé y que invitaba a la gente a pensar, que lo de la dignidad humana es una ficción, pero una ficción necesaria. La dignidad humana no es algo que sea intrínseco a la naturaleza. La dignidad humana como algo intrínseco a su naturaleza es una ficción necesaria porque le da a la actividad de la especie una norma, una guía de superación y de fraternidad. Una especie que ya es capaz de destruir su hábitat necesita de una pulsión ética de consenso universal para que el mundo sea habitable y la raza humana dirija sus esfuerzos a lo que Monod llama el reino, es decir la plena libertad en una sociedad socialista. Por eso habla del reino y de las tinieblas. Es el Monod que hoy en estos momentos hace falta, cuando estoy hablando de la crisis energética, cuando el crecimiento sostenido tiene que tener un límite y por tanto tenemos que crear nuestro reino ante la nueva situación sin desdeñar la ciencia ni la técnica, pero encauzándola. Sin olvidar que somos naturaleza, pero llevándola hacia la perspectiva de una transformación de todas las posibilidades que tenemos. Eso a mí me caló y

yo le he sacado después mucho jugo. Porque realmente no contradice a Marx. Al contrario, él es seguidor de Marx.

Esta obra de Monod y *El final de la utopía* de Marcuse son dos de mis obras de referencia. En *El final de la Utopía* Marcuse viene a decir que la utopía es posible, que lo que antes se llamaba utopía en el sentido de ser una quimera ahora es técnicamente posible si hay voluntad política para que lo sea. Y esa es una las afirmaciones centrales de mi concepción de la política: la utopía es técnicamente posible. Hoy es posible dar de comer, hoy es posible dar educación, técnicamente lo es, ya no es una quimera. Y eso desarma al contrario, que siempre ha utilizado argumentos basados en la superchería y que calificaban nuestra utopía de sueños imposibles.

A veces también recalo en autores a los que no pude leer en su día. El otro día estuve leyendo detenidamente a Peter Glotz, un autor al que Felipe González mencionaba permanentemente y al que no pude leer cuando estaba en Madrid. Y leyéndolo comprobé que Felipe González lo falsificaba bastante, porque Glotz plantea una síntesis entre la individualidad y el bienestar colectivo, lo cual es todo un reto y en ese sentido es un crítico de la Unión Soviética, pero también lo es del neoliberalismo. Sin embargo Felipe González omite eso y sobre todo omite que cuando Glotz hablaba del individualismo decía que solo se podía respetar la esencia de la personalidad dentro de un mundo cohesionado que requería de otra forma de organización económica a la existente, y que él reconocía como posible.

Juan Andrade: *¿A qué pensadores o ensayistas políticos actuales lees?*

Julio Anguita: Leo muchos artículos y ensayos de economía, desde Walden Bello a los premios Nobel Stiglitz y Krugman, pasando por gente de aquí de España: Antonio Turiel, Vicenç Navarro, Juan Torres López y, de los nuestros, leo a Manolo Monereo, Pedro Montes…

Juan Andrade: *Yo creo que en el pensamiento de Julio Anguita hay otros dos vectores importantes distintos del marxismo, relacionados con él, pero relacionados de manera problemática: me refiero, por una parte, a un vector libertario y, por otra, a un vector procedente del republicanismo decimonónico en general y, más concretamente, del republicanismo popular, de republicanismo plebeyo, de una tradición de radicalismo democrático que arranca del jacobinismo.*

Julio Anguita: Me acabas de dar en la tecla. Con respecto a la primera tradición que citas, yo siempre he dicho un poco de broma que el buen comunista tiene que tener siquiera litro y medio de anarquista. Porque nosotros somos un partido de orden, de nuestro orden, y estamos imbuidos de la responsabilidad de las instituciones. A un comunista le reconocerás dentro de la izquierda porque aparecerá algunas veces como conservador. El comunista es el orden, el orden de la revolución, y el orden de la revolución necesita un poquito de cachondeo. Cuestionar el orden propio es necesario, siquiera por lo de «la negación de la negación».

Sobre lo segundo, yo soy un seguidor de Robespierre. Pero el jacobinismo no se define por la centralidad de un Estado, el jacobinismo es la radicalidad democrática, la honestidad, la virtud. Y yo vengo de esa escuela. Y cuando tengo mis dudas, también en política, como las tiene todo el mundo, y pienso en el hecho de que hoy la tercera parte de las familias, un tercio de la población española, son pobres, termino diciéndome que eso no se puede tolerar. Y es ahí cuando irrumpen las ideas de la revolución francesa, de que somos esencialmente iguales y que esa igualdad hay que garantizarla, y ahí entran los jacobinos, porque el mensaje del jacobinismo y del republicanismo radical es un mensaje de justicia social. Ahí está de ejemplo cuando los jacobinos dicen que aceptan la propiedad, pero que la propiedad significa que tú eres el dueño de lo que tú has producido. Lo que pasa es que inmediatamente después de aprobarse la abolición de la esclavitud llega Napoleón y lo suprime. En el momento que triunfa la Revolución Francesa surge el choque entre Estado y mercado, un choque que después se ha exacerbado y que nos trae hasta hoy mismo, momento en el que el mercado va ganando. Por eso la radicalidad democrática, es decir, esos principios de la Revolución Francesa, hoy son básicos, son fundamentales. Sin ellos no tendríamos armazón para hacer una propuesta alternativa. La Declaración de Derechos Humanos, que para mí es el corolario del movimiento que arranca con la Revolución Francesa, en mi opinión cada vez es más importante esgrimirla para evidenciar que la derecha no los puede cumplir. Por eso hay que apelar a los Derechos Humanos, no solo por lo que tienen de positivo, que por supuesto, sino porque apelando a ellos desenmascaras a tu adversario, que no los puede cumplir. No me explico cómo es posible que la Declaración de Derechos Humanos y todo el desarrollo legal que rodea a los Derechos Humanos, los

pactos de 1966 y demás, no hayan sido el *leitmotiv* fundamental de la izquierda. Pues sí, ese es el comunismo entendido como sociedad ideal, la sociedad en la que se cumplan los Derechos Humanos. Quizá para otros sea una cosa mucho más sublime. Pero para mí es eso. Si el comunismo es ese movimiento que en cada momento mira al ideal, superando contradicciones, es difícil negar su importancia. Sin ninguna duda. Y a ello le sumo la tercera generación de derechos, que están reconocidos en la famosa Carta de la Tierra, un documento para mí muy serio, muy completo y que merece ser meditado. Porque une los derechos anteriores, las dos familias de derechos, los políticos y los sociales, con las limitaciones que impone el planeta y eso nos sitúa en contra de la competitividad y del crecimiento sostenido.

Juan Andrade: *Eres maestro, licenciado en Historia, especialista en Moderna y Contemporánea. ¿Qué lees de historia?*

Julio Anguita: De historia leo todo. Vuelvo a releer lo que tengo, más lo que se va publicando. Ahora estoy leyendo el último libro de Josep Fontana y trabajos sobre memoria e historia. Recientemente me han regalado un libro extraordinario, *Repensar la Historia*, que también tengo abierto. Y he vuelto a releer otra vez *El estudio de la historia* de Toynbee. Con la historia estoy todo el día, salvo los días que estoy muy centrado en estudios e informes que saco de *Rebelión* y de *Sin permiso*. La tarde y la tarde noche la paso leyendo y rumiando lo que leo.

Julio Anguita: *¿Qué literatura te gusta?*

Julio Anguita: Yo he leído mucho del Siglo de Oro. Después me pasé a Zola y al valenciano Blasco Ibáñez, que narraba la España de su época al modo de Zola. He leído mucho a los autores del XIX, desde el Romanticismo al Realismo. Y de teatro he sido un lector tremendo, tremendo. Después he picoteado: he leído a Machado, a Hernández y a Lorca. Para mí también fue muy importante el Grupo Cántico de Córdoba, del que solo queda vivo Pablo García Baena. Al grupo Cántico perteneció Ricardo Molina, poeta de una gran altura que fue mi profesor. Sí, he leído mucha literatura, pero a autores recientes menos, porque se corresponden con una época de mi vida de mucha responsabilidad política en la que tengo que leer informes, estudiar historia, estudiar economía, estudiar ensayos críticos y no me queda mucho tiempo. Supongo que cuando deje todo esto

volveré a la literatura. Lo haré porque, francamente, tengo unas lagunas tremendas, unas enormes lagunas.

Juan Andrade: *De todo lo que venimos hablando y de tu trayectoria política se constata tu gusto por la palabra y tu destreza en el uso del lenguaje oral. Pero, además de reflexiones y de artículos políticos, ¿has escrito?*

Julio Anguita: Sí, claro. Yo hice teatro con Rafael Balsera en mis años de maestro. Entonces entramos en contacto con algunos estudiantes en Montilla, uno de ellos era un estudiante de medicina, José Varo, con el que preparamos obras de teatro. Recuerdo el éxito que tuvimos en el Teatro Garnelo de Montilla con la obra de Priestley *Llama un inspector.* En esa obra hice el papel de Gerard Croft.

Rafael Balsera, la persona que tanto ha influido en mí, me dio a conocer sus obras de teatro, entre las que destaca *Ágora segura,* una tragedia de lenguaje exquisito, carpintería magnífica y profunda reflexión sobre la dictadura, la libertad y la contradicción del filósofo con ambas. Pues en ese contexto, me senté y empecé a escribir una obra de teatro, que titulé El *Caudillo de Balsonia.* Después nacieron otras dos *Apolo y el escorpión* y *El barco sin anclas.* Las tengo tan guardadas y desde hace tanto tiempo que a veces no sé dónde están. Creo que necesitan bastantes retoques tanto en su concepción benaventina como en la carpintería. Las tres tienen en común algo que me queda de mi educación religiosa: el relato de la pasión de Jesús adaptado a muchas situaciones y aspectos del mundo actual. No te extrañe, el relato de la pasión, tal y como se ha ido construyendo durante siglos y al que el arte ha prestado toda su fuerza, es una colosal tragedia griega. La soledad del héroe, el abandono de los suyos, el *fatum* inexorable, la sinrazón del sacrificio, etc. Pero por encima de todo lo anterior, queda la tremenda afrenta de la incomprensión y la burla. El romano, Pilatos, se da cuenta de que está ante un infeliz que ha sido torturado y vejado. Y, bien para calmar su conciencia o bien porque no desea enfrentarse a los influyentes miembros del Sanedrín, opta por una estratagema basada en la lástima: enfrenta ante el pueblo a un delincuente Barrabás y al reo y le da la oportunidad de ejercer el perdón. El pueblo elige a Barrabás. Yo, que me confieso ateo, reconozco la tremenda fuerza del mito y su relato. Un relato

que viene de la noche de los tiempos y se sublima en la tragedia griega. En eso se inspiran mis experiencias como dramaturgo.

Por otra parte, mis experiencias de maestro de pueblo en contacto con las miserias de la España franquista y las losas culturales y de poder fáctico que encorsetaban la vida de quien quisiera buscar otros horizontes, encontraron en la lectura de *Un enemigo del pueblo* de Ibsen la vía para expresarse ante el papel.

Juan Andrade: *¿En qué medida esa gestualidad del teatro, esa dramaturgia, ha influido también en tu forma de comunicación política?*

Julio Anguita: Sí, ha valido porque la palabra, la entonación, el gesto ayudan a comunicar. Y en política, como en el arte, la comunicación es fundamental. El teatro es una de las maneras más sublimes de comunicar porque, además, produces, transmites y recibes también sentimientos. Y el sentimiento es una forma de conocer por vía no intelectiva sino sensorial. He mantenido y sigo manteniendo que el político debe ser un actor en el sentido más profundo del término; es decir, en el sentido más comunicacional. Un discurso político debe transmitir información, propuesta, reflexión, pero, como lo hace desde una apuesta, desde una opción, desde una cosmovisión y en consecuencia como una propuesta de vida a alcanzar, debe añadir la emoción, el sentimiento y, en el caso de la izquierda, la nostalgia de futuro.

No sé por qué la oratoria, la declamación, la palabra viva, en resumen, reciben menosprecio y, sin embargo, el eslogan, el *flash* o la consigna no. Por otra parte, la oratoria ayuda a pensar, porque a través de ella se secuencian mensajes y emociones. Cuando digo oratoria no estoy pensando en la facundia, la hipérbole o la verborrea, sino en la belleza de la comunicación. Un discurso científico también puede ser ejemplo de oratoria, porque la concatenación de datos, conexiones y resultados contienen en sí la belleza de la verdad científica, el saber en suma.

Un político puede ser un buen orador sin tener que recurrir a la artificiosidad y ampulosidad de Castelar, ni tampoco a la vena profética de Donoso Cortés, por poner ejemplos del siglo XIX. En ese sentido, llamo la atención sobre algo que debe merecer una reflexión. Hasta hace poco tiempo, pongamos que hasta la segunda mitad del siglo XX, la oratoria política estaba muy influenciada por la oratoria religiosa, en cuanto a partes

y secuencias del discurso y también a ritmos expositivos. Los primeros mítines que yo oí de Santiago Carrillo o de Ignacio Gallego tenían las mismas características que la oratoria sagrada. Lo que quiero decir con ello es que hay una cultura de dirigirse al público que atraviesa las ideologías y las posiciones más encontradas. A lo largo de los años yo he querido hacer de la oratoria política un mecanismo de reflexión con los oyentes, una especie de encuentro colectivo en la búsqueda de las razones y orígenes de las cosas. A partir de ahí la oratoria debe tender a que los demás se incorporen a la tarea de responsabilizarse en el cambio. No estoy de acuerdo con esos mítines, tan a lo Alfonso Guerra, que solamente buscan el aplauso, la suspensión del razonamiento y la más desaforada exhibición de populismo demagógico.

Durante años y cada vez que me he dirigido a un público, bien en las instituciones o en otros sitios, incluida la calle, me he preparado a fondo; nunca he improvisado, salvo en momentos muy específicos y en actos casi familiares. Desprecio con todas mis fuerzas esa expresión con la que muchas veces te reciben los que van a escucharte: «¡Dales caña!». Esa sustitución de la oratoria por un sucedáneo del circo romano es una contribución a la degradación de la política y la razón. En el fondo esa actitud de quienes se dirigen a las masas para inflamarlas sin darle argumentos es una manera como otra cualquiera de despreciarlas. Esa es una de las razones que explican las palabras con las que suelo empezar mis exposiciones: «No vengo a pedir sus aplausos sino su atención, quiero dirigirme a sus mentes».

Juan Andrade: *¿Qué cine te gusta?*

Julio Anguita: Desde muy niño y en verano íbamos, mientras fui hijo único, mis padres y yo todas las noches al cine. En un cuaderno apuntaba las películas vistas y el cine en que se habían proyectado. Conocía a los actores y actrices del momento. Los nombres de Gary Cooper, Gary Grant, James Cagney, Richard Widmark o Robert Taylor. Entre las actrices Rita Hayworth, Ava Gardner o Joan Fontaine por poner algunas. Tras esa época vino el furor por el cine italiano, Vittorio de Sica, Gasmann, Fabrizzi, Sordi, Tognazzi, Mastroianni, etcétera.

En la década de los setenta y siempre de la mano de Rafael Balsera asistía al cine club que patrocinaba Carlos Castilla del Pino. Era el

momento de directores como Fellini, Antonioni, Visconti, Pasolini, etc. Y junto a ellos la eclosión de lo que se llamó «la nouvelle vague» francesa. Así hasta los ochenta en que la dedicación a la alcaldía y demás actividades del partido me impidieron continuar con aquella afición. Si alguna información recibía el mundo del cine era de la mano de Herminio Trigo, mi sucesor en la alcaldía, que era diplomado en cinematografía y continuaba con su afición. La última película que he visto en una sala de cine ha sido *The Artist.*

Juan Andrade: *Entre tus pasiones está la música y, es bien sabido, sobre todo la copla.*

Julio Anguita: La copla habla de las vivencias de la gente. Primero la copla es lo que yo oía diariamente en la radio de pequeño: Juanita Reina, Luisa Ortega, Juanito Valderrama, Dolores Abril, ya empezaba Lola Flores, etc. Y después se escuchaba lo que no era exactamente copla: Jorge Negrete, los primeros boleros, Bonet de San Pedro con «Rascayú». Todos ellos formaban la música de la época. Lo que me seducía de la copla es que cantaba las pasiones. Y cuando digo pasiones me refiero a lo que yo veía en mi entorno, donde se sabía que había queridas, pues la palabra amante no se utilizaba, donde sabíamos de los celos que se tenían Don Fulano y Don Mengano y de cómo se manifestaban en peleas tremendas. La copla hablaba precisamente de ese entorno mío y me imagino que como ese entorno habría muchos más. Y, claro, yo veía cómo esas mujeres sufrían por ser «la otra». ¿Te sabes la canción *La Otra*? «Que a nada tengo derecho porque no llevo un anillo con una fecha por dentro». Eso lo he visto yo: cómo sufría la otra. Y junto con esas coplas de historias terribles, otras alegres, que se cantaban cuando llegaban las cruces de mayo y salían las muchachas guapísimas y estaba el sexo apareciendo. Pero aparecía no como ahora. El sexo, la pasión oscura social y moralmente reprimida, pero irresistible y que, pese a la moral y pese a las leyes, tiene una belleza tremenda. Es algo –qué diría yo– casi prometeico. Bueno, pues de todo eso habla la copla. Y por eso a mí me gusta.

Y me gustaba ir a bailar, cuando empezaban los primeros tocadiscos. Íbamos a bailar con el uniforme entonces de verano: pantalón blanco, camisa blanca, zapato negro y fijador. Recuerdo bailar pasodobles y otras cosas. Y recuerdo que escuchaba mucho a José de Aguilar, José Guardiola,

Celentano, etc. Con regusto evoco la música italiana de Renato Carossone, Domenico Modugno, Filippo Carletti, Pino Donaggio, Mima, Milva y así hasta una interminable cohorte de músicos y cantantes que cubrieron mi juventud.

Cuando conocí a Balsera me dijo que yo conocía lo mejor de la música de segunda fila. Era cierto. Me gustaba la zarzuela, algunas óperas y momentos musicales de la música clásica. Con él entré en el mundo de Bach, Haendel, Beethoven, Schumann, etcétera.

Juan Andrade: *Y el flamenco, ¿no te gusta?, siendo de Córdoba, una ciudad que ha dado grandes figuras al cante como Fosforito o El Pele.*

Julio Anguita: Me gusta pero menos que la copla, porque exige más tiempo y más profundidad. Yo he descubierto algunas cosas del flamenco después, pero no es una pasión. Entiendo algo, pero antes que el flamenco prefiero, por ejemplo, la música clásica. Sin embargo, hay cosas de Fosforito que me gustan. Y de Mairena. Y de los clásicos me gusta mucho Porrina de Badajoz, Beni de Cádiz y, de los actuales, Miguel Poveda. Yo puedo presumir de haber visto en directo a Camarón, cantando en Bruselas de coca hasta arriba, en una noche mágica, en la que irrumpió «el duende» y aparecieron esos «sonidos negros», que diría Pastora Pavón. Sí, todo eso me gusta. Yo siempre he oído la radio y tengo música puesta siempre. Llevo puesta música clásica en los viajes que hago, mientras voy conduciendo. Tengo una cantidad enorme de cintas, debo tener cerca de 1.000 o 1.500 cintas de esas antiguas. No tengo sistematizado el gusto; soy muy disperso, pero no tengo interés en sistematizarlo.

El jazz también me gusta y el rock bastante menos. Me gusta el rock de aquellos años, conjuntos de mi época, como los Llopis o los Beatles, pero ya el rock más duro no. Y por supuesto Elvis Presley me encanta, no solamente cuando canta rock, sino cuando canta con esa voz cálida, con esa voz impresionante.

Juan Andrade: *¿Cómo fueron las relaciones de Izquierda Unida con la gente del mundo de la cultura en tus años de coordinador general y cuáles fueron tus relaciones en concreto con esas personas del mundo de la cultura, entendiendo ahora la cultura en su sentido convencional y*

restringido, es decir, aquel que se refiere a pensadores, escritores, cineastas, artistas, etc.?

Julio Anguita: Cuando llego a Madrid y empiezo a trabajar como secretario general del PCE me dicen a los pocos meses que Ana Belén y Víctor Manuel están enfadados conmigo porque no he ido a visitarlos. Eran los artistas… cómo decirlo…

Juan Andrade: *Los artistas oficiales del PCE.*

Julio Anguita: Yo he pasado mucho de eso, de los artistas oficiales, te lo confieso. Más que nada por mi forma de ser, pero también porque yo durante los primeros meses no salía de mi despacho. Me encontraba solo, estaba solo en términos políticos y personales. Ten en cuenta que yo dejo en Córdoba a mi compañera de entonces, Juana, desde primeros de marzo del 88 hasta el veintitantos de noviembre del 89. Algunas veces venía a Córdoba por la mañana en coche y regresaba por la noche a Madrid en coche, que son 400 kilómetros de ida y 400 kilómetros de vuelta, es decir, 800 kilómetros. Y lo hacía para estar aquí un rato. Entonces bastante tenía yo con eso como para frecuentar a los artistas del partido.

Sobre mis relaciones directas y mi afinidad con gentes del mundo de la cultura te diré que estas relaciones han tenido sus luces y sus sombras. Con Carlos Cano coincidía en muchas cosas, teníamos una gran afinidad. Con Joaquín Sabina algo menos. He coincidido más con Luis Eduardo Aute, con Javier Krahe y con todos aquellos que en un momento se posicionaron contra la guerra, entre ellos Echanove, y con un largo etcétera.

Mucha afinidad tuve con Saramago con quien estuve en varias ocasiones. Para mí Saramago es la pasión reflexionada. Es un hombre vitalmente comunista por su trayectoria personal, pero que ha mitigado las aristas de la tradición comunista a base de cultura y razón. Para mí es un comunista, porque para mí el comunismo es cultura en un sentido amplio, para mí el comunismo es un movimiento cultural que habla de una nueva etapa del ser humano y de otro proyecto de hombre. Recuerdo ahora mismo aquel mitin que dimos juntos en Cáceres, que fue el que nos unió. Antes de esa noche yo era amigo de su mujer, Pilar del Río, a quien conocí cuando era periodista en Sevilla. Además Pilar del Río tenía muchos hermanos y todos o casi todos eran del partido, pese a que su padre era bastante

conservador. Pero aquella noche nos unió mucho, aquella fue una noche mágica, una noche esplendorosa.

Juan Andrade: *Yo estuve allí.*

Julio Anguita: Yo con Saramago coincidía en muchísimas cosas. Hace poco he prologado un libro que han hecho sobre él[9].

Juan Andrade: *¿Cómo fue tu relación con Manuel Vázquez Montalbán, otro de los grandes de la cultura de la izquierda española? Yo soy lector asiduo de Vázquez Montalbán y en las alusiones que he encontrado en su obra a tu figura he notado una actitud ambivalente, en la que se manifiesta, dentro de los amplios parámetros de la izquierda que os integran a ambos, una discrepancia política de fondo, y, en lo personal, una mezcla de admiración y recelo por su parte, una actitud de amor odio si lo expresamos en términos melodramáticos.*

Julio Anguita: Hubo bastante relación, pero no fue muy coincidente. Para Vázquez Montalbán yo era un producto raro. Él era fruto de la cultura de los intelectuales del PSUC, una cultura muy reposada, muy eurocomunista, muy elaborada y muy de *bon vivant*. Y desde esa cultura él encontraba en mí a un cavernario, tanto a la hora de comer como en cuestiones políticas. Yo le invité varias veces a que me presentase en el Club Siglo XXI y en una de ellas dijo: «Es que le he oído hablar de la lucha de clases y, ay, esto me suena a *heavy metal*». Entonces era un Manolo Montalbán que ya estaba un poco de vuelta. Luego él vio en mí a un adversario de la unidad de la izquierda, porque él seguía concibiendo todavía al PSOE como parte de la izquierda. Y, claro, cuando salí diciendo lo de las dos orillas él me puso a parir. Sí que hubo relación, lo que pasa es que no fue una relación cómoda. Pero además había una diferencia muy profunda a la hora de vivir la vida. A mí me gusta vivir bien, pero si tú supieras a qué llamo yo vivir bien. Lo que yo llamo vivir bien no tiene nada que ver con la alta cocina ni con esas otras cosas.

Y lo que dices de la actitud de amor odio, sí, yo le subyugaba porque era algo extraño a su cultura. Él vino aquí cuando yo era alcalde porque quería conocer el fenómeno municipal de Córdoba. Llegó, lo recibimos muy bien y lo llevamos a cenar aquella noche al Caballo Rojo, para que cenase en un buen sitio. Allí nos hizo una exhibición de sus conocimientos

gastronómicos. Allí estaba Pepe, el dueño del restaurante y cocinero, al que dijo: «Pepe, este plato que usted nos ha puesto lleva…» y a partir de ahí empezó a hacer una relación acertada de todos los ingredientes del plato, hasta que concluyó: «Pero hay una cosa, Pepe, que no identifico». «Sí, don Manuel –le dijo Pepe– le falta un ingrediente, pero no se lo puedo decir. Es el secreto de la casa». Fue una noche agradable. Tanto que cuando terminamos de cenar dijo una frase que todavía recuerdo: «Me alegro de haber conocido a comunistas felices». Porque éramos una gente luchadora, bronca, bravía, pero vivíamos, éramos felices en la pelea y en la vida. Y aquello le impresionó.

Después de esa cena hubo un episodio fallido. Él estaba haciendo un libro que era «Mis cenas con personajes inquietantes».

Juan Andrade: *Sí, «Mis almuerzos con gente inquietante», un libro en el que ofrece un esbozo muy sugerente de distintas personalidades políticas, culturales y religiosas de la transición a partir de las impresiones que saca en uno o varios almuerzos con cada uno de ellas. Y un libro en el que, cuando llega al capítulo en el que se supone va a contarnos su almuerzo contigo, relata, sin embargo, todos los plantones que le diste*[10].

Julio Anguita: Sí, sí, yo apalabré un almuerzo con él. Pero pasó lo siguiente. Eso es en diciembre del 83. A mí me pidió Gerardo que presidiese el XI Congreso del PCE y yo lo tuve que presidir. Y entonces apalabré con Vázquez Montalbán que cuando terminase el XI Congreso un coche del partido me recogiese y me llevase a Barcelona, de modo que tuviéramos un día o dos para la entrevista. Pero ocurrió que en ese XI Congreso Carrillo impugnó la votación del informe, después tuvo que desdecirse y firmó el conforme con el resultado. Fue un Congreso dificilísimo. Baste decir que en cinco días que duró dormí ocho horas. ¿Cómo pude aguantar tanto? Días antes, en Córdoba, comentando yo la que me esperaba, me dijo Carlos Castilla que para estar despierto y lúcido debía tomar una aspirina con coca cola. Te aseguro que aquello funcionó, pero al quinto día yo estaba hecho un pingajo. Suspendí el viaje, llegué a Córdoba y dormí de un tirón 34 horas. Manuel Vázquez Montalbán no entendió las razones del plantón y se enfadó.

Juan Andrade: *Háblame de otro de los grandes, de Francisco Fernández Buey.*

Julio Anguita: Con Fernández Buey las relaciones fueron magníficas. Y esas relaciones tuvieron como corolario un encuentro casual magnífico y muy emotivo el día que fui a presentar el Frente Cívico a Barcelona, un encuentro que está en la base del impulso que di al proyecto. Yo estaba en Barcelona y fui a preparar la intervención a un parque del barrio donde tenía el hotel. Cuando estaba preparando mi intervención, veo de pronto a un hombre joven y a uno ya mayor en muy malas condiciones físicas. Veo que se sientan y creo reconocer en esa persona enferma a Fernández Buey. Yo no sabía que estuviera enfermo, de modo que cogí el móvil y llamé a Manolo Monereo para preguntárselo y me dijo que sí, que estaba muy mal. Yo no sabía si era oportuno acercarme estando él en esas condiciones, pero habíamos hablado tantas veces, habíamos mantenido tantas reuniones, tantas coincidencias, que le trasladé mis dudas a Manolo y Manolo me dijo que me acercara. Me acerqué y nos dimos un abrazo. Yo tenía dudas acerca de lo que iba a hacer en Sabadell y se las trasladé. Fernández Buey me dijo: «Mira, hay que pelear aunque te queden tres segundos de vida». Esa fue mi última conversación con él y fue él quien me dio el impulso en este proyecto.

De quien aprendí mucho también fue de Vicente Romano, catedrático y experto en medios de comunicación, que también ha muerto hace poco. Yo he sido amigo de Vicente Romano y además he aprendido mucho con él de su pulso de la vida, la ligazón que hacía de la cultura comunista y el gusto por vivir.

Juan Andrade: *La figuras de Vicente Romano y de Francisco Fernández Buey nos llevan a hablar inevitablemente de Manuel Sacristán, para mí unos de los más importantes filósofos de la segunda mitad del siglo XX en España y sin duda el pensador marxista por excelencia de este país. Una figura medio excluida y medio autoexcluida durante los años del tardofranquismo y la transición en el PCE-PSUC por parte de sus respectivas direcciones. Yo acabo de escribir un artículo sobre Sacristán y la transición donde planteo que la marginalidad fue el espacio hacia el cual le empujaron las direcciones del PCE y el PSUC, pero que también la marginalidad fue el único espacio que Sacristán concibió como lugar desde*

el que resistir a los mecanismos tan atractivos de integración cultural e institucional que la transición ofrecía para los intelectuales procedentes de la izquierda y la oposición antifranquista. En cualquier caso, lo cierto es que con tu presencia al frente del PCE e IU varios de los discípulos de Sacristán, como Fernández Buey o Juan Ramón Capella, por decir solo dos nombres, adquieren mucho predicamento en ambas organizaciones y participaron en sus espacios de reflexión. Y además uno de ellos, Víctor Ríos, pasó a ser coordinador de la Presidencia y a formar parte de tu equipo dirigente más cercano. Te comentaré que una vez, charlando con Antonio García Santesmases, él lo sintetizó diciendo que con Anguita se imponen en el PCE las tesis de Manuel Sacristán que habían sido derrotadas en la época de Santiago Carrillo en la transición. Yo creo que es mucho más complejo, pero que algo de eso hay.

Julio Anguita: Sí, con nosotros trabajó mucha de aquella gente tan capaz y entre ellos estaba también, aunque más joven, Jorge Reichmann. Mi formación política en algunos sentidos fue clásica. Lo que pasa es que nadie esperaba que un chico, hijo de un militar, que no había sido obrero, que parecía buena persona y demás, pudiera ir en una dirección distinta. Pero a mí el partido de Santiago Carrillo no me gustaba. Yo entendía y sigo entendiendo que ser comunista va más allá de pertenecer al PCE, es trabajar en la realidad concreta, imbricarte en ella y desde ella tirar. A mí lo del partido vanguardia nunca me ha gustado mucho. En todo caso, prefiero hablar del partido levadura, valga la expresión. Y creo que por eso yo he tenido unas magníficas relaciones con las personas de las que estamos hablando.

Juan Andrade: *Un cronista de peso y fuerza literaria en aquellos años que hacía frecuente alusión a ti de manera elogiosa, aunque con distancia ideológica, fue Francisco Umbral. ¿Tuviste relación personal con él?*

Julio Anguita: No mucha, pero tuvimos encuentros. Había coincidencias, pero discrepamos mucho acerca de la organización territorial del Estado. Creo que el aprecio que me tenía vino de un comentario que yo le hice en una ocasión. Le dije algo así como: «Me vas a perdonar pero de tu obra lo que más me ha gustado ha sido *Lorca, poeta maldito*». Te animo a que lo leas si no lo has hecho. Para mí es uno de los mejores análisis de Lorca y su

obra. El caso es que él tenía esa obra en estima, pero según me confesó nadie la había valorado tanto, de modo que a partir de ahí se consolidó el aprecio.

Juan Andrade: *Otra figura de peso en la intelectualidad española y de la izquierda, muy vinculada a Córdoba, fue el psiquiatra y escritor Carlos Castilla del Pino. ¿Cómo fue tu relación con él?*

Julio Anguita: Fue muy curiosa. Con Carlos Castilla del Pino yo había tenido una relación, distante, pero relación, a comienzos de los años 60, porque Castilla del Pino era muy amigo de mi maestro Rafael Balsera del Pino. Como vengo contando, Balsera del Pino fue mi maestro en muchas cosas, tanto que muchos años después yo le seguía hablando de usted, porque era una manera de mostrar mi respeto. El caso es que en los sesenta había un foro de debate en el Cine Club en Córdoba y algunas veces hablé con Castilla del Pino, siempre manteniendo una distancia, porque para nosotros era un mito. Después, cuando yo fui elegido alcalde, en mi primer encuentro con él, en una comida en casa de unos amigos, discutimos, porque Castilla del Pino era un hombre muy especial. Estábamos hablando de gestión municipal y él trataba de hacer valer su autoridad sobre el tema con mucha insistencia. Así que en un momento de la discusión le dije: «Mira, Carlos, tú sabes más que yo de muchas cosas. Pero déjame que yo de ayuntamientos sé un poco más que tú». Pero, vamos, eran discusiones habituales en las reuniones que algunos de mis amigos tenían y a las que yo asistía pero sin asiduidad. Luego yo ya me fui a Madrid y no nos volvimos a encontrar hasta el día del homenaje que le hicimos a Balsera, que lo dirigió él. Aquel día yo hice una intervención sobre Balsera –que la tengo ahí guardada–, que le gustó mucho a Castilla del Pino, porque cuando terminé vino hacia mí, me dio un abrazo y me dijo: «Gracias por lo que has dicho». A los dos meses murió. En definitiva, yo he sido lector de sus obras y he estado en círculos con él. Pero también quiero aprovechar para reivindicar una figura muy olvidada en la intelectualidad cordobesa y española llamada Aumente, José Aumente Baena, un psiquiatra cordobés andalucista, pero de una tradición y de una influencia en la izquierda de Córdoba y en el andalucismo mayor que la de Castilla.

Juan Andrade: *Háblame de tu relación con Carlos Cano.*

Julio Anguita: Hombre, con Carlos Cano me unían muchas cosas. Fuimos amigos. La relación que yo tenía con Carlos Cano se explicita con un hecho. Cuando le operan por primera vez en Nueva York, una de las primeras llamadas que hace todavía convaleciente en el hospital es a mí. Y lo que me cuenta entre otras cosas es lo siguiente: «He estado charlando con un enfermero negro y me ha hablado con un ritmo que yo no conocía y que más o menos es así…». Vaya, me empezó a tararear el ritmo que tenía en la cabeza con unas variaciones que él incorporaba. Pues bien, de ahí salió luego su canción *Habaneras de Nueva York,* en la que hablaba de su operación de corazón y de su experiencia en la ciudad. ¿En qué coincidíamos Carlos Cano y yo? En que éramos totalmente contrarios al andalucismo típico y tópico, porque defendíamos una Andalucía más profunda y en que reivindicábamos la copla y todo lo que hay en la copla de subversivo. Los dos hablábamos mucho de Andalucía, pero no de la Andalucía de la peineta. Hablábamos de una Andalucía que procedía de la Bética, donde existió una vez Itálica, donde vivió y escribió Séneca. Hablábamos de la Andalucía por la que habían pasado los fenicios y habían estado los tartesios y también el imperio bizantino. Y por supuesto del esplendor de Al-Ándalus. Y de la Andalucía barroca. De la Andalucía donde se da el liberalismo. Y de la Andalucía de la que surge alguien como Blas Infante o donde tanto se desarrolló la escuela de la fisiocracia. Hablábamos de una Andalucía muy olvidado por la cultura señoritil. Y obviamente ambos éramos unos apasionados de nuestra música. A mí, como hablábamos, me gusta la copla, me gusta mucho. Lo que pasa es que le doy otra lectura distinta a la tradicional. Hay algunas coplas que tienen letras deleznables, que son hijas de la cultura de una época. Hay otras que son letras sublimes. Depende. Entonces hablando de todo eso Carlos Cano y yo nos sentíamos andaluces. Pero desde luego no íbamos con sombrero cordobés. Ni íbamos a bailar sevillanas porque lo mandasen los cánones. Ni a darle medallas a la Duquesa de Alba ni a la Pantoja. Por no hablar de otras muchas. Y me siento cordobés, pero primero hay que despachar un poco la ganga del cordobita, personaje peligroso, como el sevillita o como el gaita. Quien mejor me lo enseñó fue Ricardo Molina Tenor, mi maestro y gran poeta. Hay un artículo que tengo guardado en el periódico de Córdoba donde habla del cordobita y donde viene a decir que el cordobita es el que

habla todo el día de Córdoba, y no quiere saber nada más que hablar de Córdoba, pero desde los topicazos más deleznables.

Juan Andrade: *Más nombres que…*

Julio Anguita: Otro nombre que se me viene ahora a la cabeza es el de Bernardo Atxaga, con el que he mantenido una o dos conversaciones que me han impactado. Y recuerdo especialmente dos ocasiones muy agradables en las que estuve con Rafael Sánchez Ferlosio, una enseñándome el casco antiguo y la catedral de Coria y otra en el Ateneo de Madrid. Y, hombre, otra persona del mundo de la cultura y el pensamiento con la que he tratado mucho y de la que he aprendido es Puente Ojea, que es una persona muy interesante, muy interesante. Gonzalo Puente Ojea es un pozo de ciencia y de mala uva. Un tío muy versado en sagradas escrituras, un tío de pensamiento ilustrado, tan *enragé* como Voltaire, con fundamento y además con ideas de enjundia socialista.

Juan Andrade: *¿Cómo fueron las relaciones políticas de IU con la gente de la cultura?*

Julio Anguita: Al respecto tengo que decir que había personas encargadas de ello, pero debo confesar el fracaso en esa política, un fracaso que yo asumo. O sea, que si hablamos de la política cultural de Izquierda Unida tengo que decir que el diseño de esa política nunca pasó de ese estadio. También es verdad que en la época de Felipe González muchos intelectuales eran inasibles para nosotros

Juan Andrade: *Sí, los intelectuales de La Bodeguilla.*

Julio Anguita: Sí, la Bodeguilla… Nosotros no tuvimos Bodeguilla.

[1] Antonio Gramsci, *Antología,* Madrid, Akal, 2013, p. 22

[2] Julio Anguita González, *La desamortización eclesiástica en la ciudad de Córdoba, 1986-1945,* Córdoba, Albolafia, 1984.

[3] La mayor parte de estos planteamientos en Platón, *La República,* Madrid, Alianza, 2015.

[4] Ángel Duarte Monserrat, *El republicanismo, una pasión política,* Cátedra, Madrid, 2013.

[5] Ignacio Echevarría, «La CT: un cambio de paradigma», en VVAA, *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española,* Barcelona, Mondadori, 2012, p. 30.

[6] Guillem Martínez, «El concepto CT», en VVAA, *CT o la Cultura de la Transición*, cit., p. 16.

[7] Ignacio Echevarría, *op. cit.,* pp. 33-34.

[8] Guillem Martínez, *op. cit.,* p. 18.

[9] Joan Morales, *Saramago por José Saramago,* Córdoba, El Páramo, 2014, prólogo de Julio Anguita.

[10] Manuel Vázquez Montalbán, *Mis almuerzos con gente inquietante,* Madrid, Público, 2009, pp. 41-50.

15. De vuelta a Córdoba. Educación, El Colectivo Prometeo, Unidad Cívica por la República y El Frente Cívico «Somos Mayoría»

Juan Andrade: *Cuando dejas la coordinación de Izquierda Unida regresas a Córdoba y te pones a dar clase en tu puesto de trabajo, en un Instituto. ¿Cómo fue aquella experiencia?*

Julio Anguita: Primero pedí un mes de permiso, sin sueldo, porque tal día como hoy termino de ser coordinador general y al día siguiente tenía que incorporarme. Yo era perfectamente consciente de los cambios que se habían producido en la educación desde la última vez que ejercí, y tenía que prepararme. Ese mes estuve yendo al instituto a familiarizarme e ir conociendo la nueva realidad. Allí conocí a Agustina, mi mujer. Entonces me di cuenta de que iba a tener problemas con los cambios burocráticos y que podía tenerlos con los alumnos. Y me preparé para ello, para adaptarme. Y puedo decir con mucho orgullo que cuando me incorporé el 4 de diciembre todo fue muy bien. Como Fray Luis de León, con su «como decíamos ayer», me enfrenté a la clase como si no hubiese transcurrido el tiempo, como si entre la última vez que di clase y esta hubiera un puente, como si no hubiera ocurrido nada. Di clase con la misma normalidad que siempre. Y a partir de ahí, me enganché de nuevo a la docencia. Ahora bien, todos esos papeles endemoniados que te obligan a hacer me llevaban por la calle de la amargura. Pero lo que eran las clases, el trabajo con los alumnos, estupendo.

Yo he sido un profesor, antes y en esa época también, de los huesos. Esto parecerá anticuado, pero a mí me hablaban de usted. A mí de tuteo nada. Yo no soy vuestro amigo, soy el profesor. Les decía: «Conmigo tendréis las horas que queráis. Vengo aquí las veces que haga falta y así lo hice. Ahora, vosotros tenéis una obligación, que es estudiar. Esa es vuestra obligación». Porque yo no lo entiendo de otro modo. Desde el principio se lo expliqué así a los padres una noche en que los convoqué antes de dar clase, porque había corrido la voz entre los padres de que yo iría allí a pasar el rato hasta que me llegara la jubilación. De modo que los reuní y les dije: «No, yo vengo aquí a trabajar, ustedes lo van a ver y además les pido que

me exijan trabajar. Ahora, sus hijos vienen aquí y tienen la obligación de estudiar y yo en nombre del Estado se lo voy a exigir». Bueno, pues después me hicieron un homenaje los alumnos, porque me llevé con ellos muy bien.

Juan Andrade: *Háblame de tu experiencia como maestro en la Andalucía rural y de las diferencias que encontraste entre aquella época y la época más o menos actual en la que te reincorporas.*

Julio Anguita: Una de las satisfacciones mayores que yo he tenido, y que creo puede tener un ser humano, es cuando consigues en 40 días que un niño sepa leer. No te puedes imaginar qué satisfacción es enseñar a leer a un niño. Para enseñar a leer yo utilicé un método que era el Palau y también para cuestiones de lenguaje y conocimientos el método de fichas en las que la etimología de las palabras facilitaban un juego de derivaciones y usos mediante el cual los alumnos aprendían reflexivamente; claro está que eso era para alumnos mayores. ¡Cuántos salen de la escuela y del instituto o de la universidad sin tener un mínimo dominio del lenguaje! El lenguaje es fundamental. Y para un maestro el instrumental es leer y escribir. Sin eso no puedes hacer nada, sin conocer todas las flexiones posibles del lenguaje, aunque sea a nivel elemental o unas nociones básicas, por ejemplo, de etimología; saber que cabeza viene de *capita,* en latín, y de que ahí viene capital; o de testa, y de ahí testuz; y antes de *cephas* y de ahí cefalópodo, cefalorraquídeo. Es decir, de ciertas palabras latinas y griegas que te ayudan a pensar, porque el empobrecimiento léxico actual es tremendo. Y la gente no repara en que cuanta mayor es la riqueza léxica de la que dispones, mejor conoces la realidad, porque la realidad está llena de matices y el lenguaje reproduce los matices. O sea, reducir tu lenguaje a «tío» o «puta madre» es algo muy pobre. Porque ¿qué significa «puta madre»? ¿Estupendo, extraordinario, colosal, genial, enorme? Hablamos de un universo de conciencia y de valoraciones que podríamos calificar como positivo, pero que tiene que expresarse a través de muchos matices. Como viejo maestro de escuela yo en eso soy un cruzado de los instrumentales, del lenguaje y la escritura, porque después los profesores de medias y de universidad nos lo agradecerán.

Juan Andrade: *Tus años como maestro fueron años muy interesantes de renovación pedagógica.*

Julio Anguita: Sí. En cierta forma la renovación empezó en la época de José Luis Villar Palasí. Aquella época supuso una renovación en los métodos y una apuesta por la carrera de Magisterio, que hasta entonces había estado muy machacada por venganza a la Segunda República. Tú sabes que se dice que la Guerra Civil la ganaron los curas y la perdieron los maestros. Pues es verdad. Recuerdo que éramos maestros jóvenes y que después de clase nos juntábamos para ver qué nuevos métodos podíamos utilizar. Estábamos entusiasmados en eso. Creíamos, y sigo creyendo, que se notó. Hay un paréntesis ahí en el que la escuela mejoró. Pero después, es curioso, en la predemocracia, la democracia y la postdemocracia el nivel bajó. Y bajó porque hubo una parte de la izquierda que en nombre de la izquierda y más bien por resquemor contra la dictadura arrambló con todo. Arrambló con el método de estudio, con el sentido del rigor, con el valor del esfuerzo, con la importancia de la memoria. Oiga usted, la memoria hay que cultivarla. Lo malo de la memoria es que se degrade en memorieta, en aprendizaje sin comprensión.

Juan Andrade: *La LOGSE fue, en cierta medida, la objetivación legal de ese pensamiento educativo blando.*

Julio Anguita: Totalmente. Y además todo planteado de manera muy bonita, por una parte, y por otra desde la justificación de que eso era lo que el mercado quería. Fue un crimen. Y, claro, se ha notado. Se ha notado terriblemente, porque vemos ahora que los estudiantes se cansan. Dos páginas de lectura ya les agotan. ¡Dos páginas! Y es verdad que están agotados. Pero también hay que tener en cuenta que su mundo está lleno de incitaciones, de imágenes que les perturban la concentración necesaria. ¿Por qué? Porque el aprendizaje es un esfuerzo y el intento de establecer una relación entre el instrumento de aprendizaje y la materia. Y de la misma manera que el músculo se ejercita, la mente hay que ejercitarla ante las dificultades. En inquirir, en la búsqueda exhaustiva de la verdad, en enfrentarse al reto y superarlo está el desarrollo de la inteligencia. Pero frente a eso plantear «no, no, es que el niño no tiene que experimentar ningún problema». Eso es simplemente educar a gente fuera de una

realidad. Pero claro, para insertarla luego en la realidad suya, que es mucho más dura. De modo que estos planteamientos generan gente dócil que si ya no puedo llevar de la mano de la dictadura la llevo ahora de la mano del consumismo. Pero esto es normal, son los efectos del capitalismo. El problema es que una parte de la izquierda no lo vea, porque desde la izquierda siempre se ha combatido con la inteligencia y con el saber, y los dirigentes obreros siempre han reclamado que hay que saber. Hasta que también esto afectó a una izquierda que decía «no, no, esto no es importante. ¿Tú sabes para que están en política los picos de oro? Aquí lo que falta es ser trabajadores». Sí, trabajadores, pero ¿con qué proyecto? Pues vete a preguntarle a Pablo Iglesias o a Largo Caballero o a Simón Sánchez Montero, que fue panadero, o a Romero Marín, que era minero, o vete a preguntarle a Líster. Aquellos planteamientos fueron una vulgarización de los verdaderos proyectos de renovación pedagógica y fue, yo creo, que un sabotaje contra la izquierda, perpetrado además por parte de la sedicente izquierda.

Juan Andrade: *Y la izquierda se quedó sin un espacio propio dentro del ámbito educativo. Porque la compleja problemática se redujo a la tramposa disyuntiva entre una cultura educativa supuestamente progresista, de pensamiento blando y muy funcional luego para la inserción de alumnos mal cualificados en un mercado de trabajo precario, por una parte, y, por otra, una cultura educativa conservadora y de derechas, rancia de contenidos y autoritaria en las formas. Y la izquierda ahí no supo salirse de esa falsa disyuntiva y crear un discurso educativo propio: renovador, crítico, antiautoritario y científico. O bien se plegó al discurso blando o bien algunos, por rechazo a ese discurso y a medida que se iban distanciando del compromiso político, terminaron recalando a la contra en los discursos educativos reaccionarios basados en la disciplina, la mano dura y las formas tradicionales.*

Julio Anguita: Era también un problema de la sociedad. El problema también de una sociedad que vivía de mitos. El problema que tiene la lucha contra las dictaduras es que las dictaduras contaminan de elementos que estructuran su pensamiento a sus adversarios. Yo lo he dicho muchas veces, del simplismo de «todos son comunistas» que decía Franco a «todos son fascistas», que decíamos nosotros. Pero claro, había que desembarazarse de

esa contaminación. En política también todo era tirar el régimen. No había otra cuestión. Todas las luchas, incluso las luchas económicas y las luchas sociales tenían un fin –y me parece muy bien porque así tenía que ser–: tumbar el Régimen. Pero había que haber previsto que llegaría un momento, otra situación en donde elementos que se suponían eran de la derecha eran aportaciones universales. Porque la derecha sí supo aprovecharlos. Te pongo un ejemplo. En Córdoba en el mundo del magisterio había una señora inspectora de la que decían muchos maestros que era la bondad personificada. Todo el mundo decía que era muy buena. Cuando llegaba a una escuela pública y alguna maestra le planteaba alguna dificultad, le decía a la maestra: «Ay niña, no hace falta que vengas a clase hoy. Que se encargue una alumna de la clase. Tú no te preocupes». Sin embargo, la inspectora, que pertenecía a un instituto religioso, era rígida e inflexible con las maestras de su orden. Tras la aparente bondad se ocultaba un desprecio por la enseñanza pública. La enseñanza pivota sobre dos basamentos: ciencia y valores.

Juan Andrade: *Sí, pero a veces parece que algunos quieren que en la educación pública se aprendan solo valores para formar a una cándida y descualificada mano de obra barata, y que mientras, en la privada, solo unos pocos aprendan ciencia.*

Julio Anguita: Y se pueden aprender las dos cosas, porque en los textos de los maestros de la República se aprendían las dos cosas: ciencia y valores. Sí señor. No es un dilema.

Juan Andrade: *¿Qué fue de Unidad Cívica por la República?*

Julio Anguita: Pues está ahí, pero mi experiencia en Unidad Cívica por la República, salvando el respeto que tengo por personas como Miguel Jordá, que fue su presidente en aquella época, o por José María Coronas y otra gente muy digna, es una de mis grandes frustraciones. En Unidad Cívica por la República encontré a personas de una gran dignidad y de una gran valía; pero el problema estribaba en que todo planteamiento republicano no pasaba de la nostalgia de la Segunda República. Este es el problema, que casi todo el movimiento republicano tiende a no salir de la sempiterna reivindicación de la memoria. No entienden que la mejor manera de honrar a la Segunda República es traer la Tercera. Pero para ello es necesario

trabajar, idear, planificar, debatir, proyectar y hacer pedagogía de los valores republicanos. La República es una idea mucho más grande que el simple antimonarquismo.

Juan Andrade: *Sí, yo tengo la sensación de que algunos movimientos por la República en España no han sido capaces de superar el plano de la nostalgia…*

Julio Anguita: Sí, no arrancan de ahí, no arrancan. Ten en cuenta que…

Juan Andrade: *Me vas a permitir una pequeña malicia. Tengo la sensación de que algunos dirigentes del PCE de la transición, muy honestos, por otra parte, han tratado de purgar el pecado de apoyar entonces a la monarquía con una reivindicación insistente muchos años después de la Segunda República, como si pensaran que en los setenta contrajeron una deuda con aquella experiencia histórica que ahora necesitan saldar.*

Julio Anguita: No sé si es una malicia, pero es verdad, [ríe]. Es toda una malicia verdadera, pero así lo veo yo también. Pero es este un problema que si no se resuelve acabará por impedir el desarrollo de un movimiento republicano serio. El PCE demandó de mí la aportación de una ponencia sobre la Tercera República, a fin de que esta ponencia sirviera de documento–marco para una conferencia del partido sobre tal cuestión. Entregué la ponencia, la debatieron, la enriquecieron y la aprobaron. Hasta hoy. Nada se ha hecho. Y es triste que el PCE tenga una propuesta de Tercera República y el público no la conozca.

Durante años he ido dando conferencias sobre la propuesta de Tercera República; aplauden, te felicitan; pero al día siguiente siguen con el tran tran de la Segunda. Ante esta situación me decidí, conjuntamente con la periodista Carmen Reina, a escribir sobre esta cuestión. El resultado ha sido un libro que, hoy por hoy y que yo sepa, es, junto con el de Alberto Garzón, las únicas propuestas concretas de Tercera República Española[1].

En definitiva, si el movimiento republicano, constituido por cientos y cientos de ateneos, colectivos y asambleas, no es capaz de preparar y proponer conjuntamente una propuesta concreta de Tercera República es que está muerto.

Juan Andrade: *¿Qué es el colectivo Prometeo? Por lo que conozco es un grupo de personas, de compañeros y compañeras de aquí de Córdoba, con los que piensas todas estas cosas, un laboratorio de ideas del que han salido proyectos como el Frente Cívico «Somos Mayoría».*

Julio Anguita: Sí, y más cosas. El colectivo Prometeo lo forman básicamente docentes. Hay profesores de historia, de literatura, hay trabajadores de telefónica, hay jubilados. Entre hombres y mujeres (que están en franca minoría) somos unas 25 personas. Se creó como una plataforma de reflexión y divulgación. Hacemos documentos sobre las cuestiones más candentes, UE, TTIP, Economía, euro, deuda, etc. Damos charlas y conferencias. Pero sobre todo organizamos debates, jornadas, encuentros en los que gracias a la generosidad y altruismo de los ponentes, podemos ofrecer calidad y reflexión sobre los temas más importantes.

Cuando el referéndum sobre la llamada Constitución Europea, IU nos pidió que formásemos oradores para difundir la posición en torno al NO. Lo hicimos y aportamos nuestro grano de arena a la divulgación de los temas europeos. Hemos escrito en periódicos y tenemos nuestra propia página web. Hemos traído a personalidades como Ibarretxe, Martín Seco, Juan Torres, Alberto Garzón, Manolo Monereo, etc. En la actualidad estamos en trámites para la publicación de un libro sobre el TTIP escrito por Jorge Alcázar. Pero lo que en estos momentos mejor define la actuación del colectivo es que el Frente Cívico ha sido su creación e impulso más fuerte. Por ahora.

Juan Andrade: *¿Qué es el Frente Cívico «Somos Mayoría»? ¿Cuándo surgió? ¿Quiénes lo integran?*

Julio Anguita: Quien desee documentarse sobre el Frente Cívico, su origen, desarrollo y las motivaciones de su creación, puede acceder a ello en la página del colectivo. Basta con teclear Frente Cívico Somos Mayoría. Pero ahora y en el espacio que aconseja la amenidad para la lectura voy a intentar resumir las respuestas en una serie de puntos breves.

El Frente Cívico surge como respuesta a un problema que sigue todavía más vigente: ¿quién o quiénes constituyen el sujeto del cambio en España? A esa pregunta nosotros respondemos puntualmente.

Primero. España necesita, tras el fracaso de la transición, crear una democracia avanzada, la creación de un contrapoder que vaya paralelamente a su desarrollo, consolidando el ya tan repetido proceso constituyente. Entendemos que ese proceso es la plasmación de lo que en Derecho Constitucional se llama la constitución material; es decir, el conjunto de fuerzas políticas, sociales y culturales que garantizan la aplicación de la constitución que sanciona el proceso.

Segundo. En esta hora presente no hay partido político, sindicato o conjunto de colectivos que en el libre juego electoral puedan asumir esa tarea. Una tarea que denominamos también la consecución del cambio concreto.

Tercero. En consecuencia planteamos que solamente la mayoría ciudadana que sufre las consecuencias de la crisis y del sistema: parados, precarios, juventud sin futuro, servicios públicos privatizados, enseñanza pública totalmente marginada, jubilados empobrecidos, pensionistas estafados por las preferentes, profesionales sin futuro, etc., etc., etc., puede afrontar tal tarea mediante el proceso constituyente.

Cuarto. Pero esa mayoría que objetivamente existe por las condiciones en que vive no tiene conciencia de su existencia como conjunto dominado y marginado. Es decir, esa mayoría existe «en sí». Pero esa mayoría es varia, pluriforme, abigarrada y está agrupada en diversas opciones políticas, sindicales, ideológicas que dificultan el conocimiento de su situación objetiva.

Quinto. La tarea que el Frente aborda es la de transformar esa mayoría «en sí» en mayoría «para sí». Es una tarea tendente a concienciar y actuar en consecuencia.

Sexto. Las posiciones ideologizadas, en el sentido de conciencia falsa, solamente pueden ser abordadas desde lo concreto e inmediato, es decir, un programa en el que las demandas urgentes y perentorias sean abordadas.

Séptimo. El encuentro con las dificultades para conseguir plasmar el programa en la realidad elevan la reflexión y la necesidad de lucha a otros niveles de mayor exigencia.

Octavo. Las fuerzas políticas y los otros colectivos que se sientan inmersos en el «Otro mundo es posible» y tengan como referencia los DDHH y los del planeta, tienen la oportunidad de trabajar en una tarea de primera magnitud. No tienen que renunciar a sus siglas ni programas de

mayor profundidad. Si coinciden con los otros en este programa de medidas urgentes los pasos hacia la unidad popular son firmes y progresivos. Nuestros militantes tienen claro el objetivo, desde la modestia a renunciar a las siglas como bandera de diferencia, estamos en cualquier sitio en el que se trabaje en la perspectiva de ir logrando caminos para la unidad en la lucha y en la factibilidad del cambio concreto.

Noveno. Pusimos en marcha un programa de dieciséis medidas que consideramos urgentes y, sobre todo, capaces de ir cohesionando a los ciudadanos. Sobre ellas u otras estamos en perenne expectativa de dialogar.

Entre el declinar de Unión Cívica por la República y el esbozo del Frente Cívico, el Colectivo Prometeo de Julio Anguita siguió reflexionando. Fue durante ese periodo de tiempo líquido que discurrió entre las movilizaciones contra el gobierno de Aznar y el estallido de la crisis y que coincidió con el primer mandato de José Luis Rodríguez Zapatero. Un periodo de calma aparente, desmovilización relativa y desconcierto en la izquierda alternativa.

Los resultados de las elecciones legislativas de 2004 estuvieron más que condicionados por el atentado terrorista del 11 de marzo a los trenes de cercanías del Corredor de Henares. La inclinación de la balanza en favor del PSOE, que iba creciendo lenta pero insuficientemente en las encuestas, se debió a la asociación que buena parte de los ciudadanos estableció entre la apuesta del gobierno de España por la guerra de Irak y los atentados. Más aún se debió al rechazo a la actitud prepotente e interesada del gobierno de Aznar, empeñado en hacer creer que la autoría correspondía a ETA.

Durante su primer mandato el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero aprobó una serie de medidas que le granjearon fama de gobierno progresista. Ello se debió, en parte, a avances efectivos en materia de derechos civiles (aprobación del matrimonio entre parejas del mismo sexo, la Ley de igualdad entre mujeres y hombres) y a la defensa del laicismo del Estado frente a la ofensiva de la Conferencia Episcopal. También a un giro en política internacional dentro de los márgenes establecidos por la OTAN y la UE, que le llevó a cumplir su palabra de retirar las tropas españolas de Irak y a promover la llamada «Alianza de civilizaciones»: una propuesta que pretendía impulsar la resolución pacífica de conflictos poniendo el

acento en el entendimiento cultural y obviando el crucial asunto de las asimétricas relaciones económicas y de poder entre el Norte y el Sur[2].

La fama de gobierno progresista también se debió al talante, aparentemente tranquilo y dialogante, del presidente del gobierno, un joven leonés, un tanto melifluo pero con habilidades sociales en las distancias cortas, al que apenas se le conocía otro oficio que el de político profesional. Más aún contribuyó a esa fama el contraste con el Partido Popular, inmerso en un proceso descontrolado de derechización que, ya en la oposición, se vio alimentado por la idea, fruto en buena medida de la frustración, de la ilegitimidad de los resultados electorales.

La oposición a Zapatero vino también de un rearme movilizador y mediático de la derecha social, que expresó en las calles de manera muchas veces masiva y desacomplejada su rechazo a las medidas de cariz cívico del gobierno[3]*. Por el contrario, con el gobierno de Zapatero se puso fin a la intensa movilización –quizá la más intensa hasta entonces desde la transición– de la izquierda, los colectivos sociales y los sectores populares. El declive en la movilización de la izquierda tuvo que ver con varias cosas. Se debió en parte a la incapacidad natural de mantener de manera permanente o indefinida altos niveles de movilización. También al espejismo institucional que tras grandes procesos de contestación social suele sobrevenir en una parte de los agentes sociales cuando acceden al gobierno opciones políticas que estiman más o menos representativas de sus demandas. A ello hay que sumar la negativa expresa del gobierno a responder en la calle a la derecha y las limitaciones que conscientemente impuso a algunas movilizaciones de la izquierda social, fuera mediante trabas legales o intimidaciones policiales, fuera sobre todo mediante la contención de los sindicatos mayoritarios.*

La contención auspiciada por el gobierno parecía orientada a calmar a los adversarios de la derecha por la vía de la pasividad y a detraerles algunos de sus votos de centro por medio de una gestualidad moderada. El gobierno también pretendía evitar que la dinámica autónoma de la movilización pudiera volverse en su contra, toda vez que el programa de acción de los socialistas no iba a llegar allí donde apuntaba la ola de las movilizaciones a lomos de la cual se habían aupado, solo en cierta medida, hacia la Moncloa. Si la movilización decayó fue también por la debilidad de las organizaciones sindicales y políticas tradicionales de la izquierda,

entendiendo por tales no solo, pero sí sobre todo, a COOO e IU. La primera acusaba ya el desgaste de demasiados años de negociación a la defensiva sin presión previa. La segunda venía derivando buena parte de las energías combativas de sus cuadros y militantes de la calle a las luchas fratricidas en el interior de sus sedes. Tanto CCOO como IU anduvieron esos años lastradas por la esperanza un tanto ilusa de convertirse en socios preferentes del partido del gobierno. Les movía la vieja aspiración de escorar al PSOE hacia la izquierda por la vía de la cooperación, sobre todo ahora que parecía que el nuevo secretario general de los socialistas se había emancipado de la herencia del felipismo. En el apoyo tácito o la oposición benévola de ambas organizaciones al gobierno de Zapatero también pesaron las mejores expectativas de financiación para el sindicato y el deseo de un sector importante de Izquierda Unida de participar directamente en los gobiernos autonómicos de los socialistas o, en último término, en el gobierno nacional[4].

La estrategia del PSOE, fiel a su historia, era otra. Para nada aspiraba a sellar acuerdos de gobierno con opciones a la izquierda que pudieran disuadir a su electorado más moderado, máxime cuando la aritmética parlamentaria ni siquiera lo requería. Por el contrario, el PSOE estaba más interesado en procurar su desgaste y fagotización. Para lo primero le bastaba con apelar, en ese momento de radicalización del PP, al voto útil. Para lograr lo segundo podía estimular de nuevo la vuelta del hijo pródigo izquierdista al redil del partido histórico mediante el ofrecimiento de cargos públicos y responsabilidades en la administración del Estado. Algunos sucedáneos de participación en el gobierno se dieron al poco tiempo: en 2006 el coordinador del grupo parlamentario de Izquierda Unida en el Congreso de los Diputados, Pedro Antonio Ríos, fue nombrado asesor del gabinete del ministro del Interior Alfredo Pérez Rubalcaba[5].

Izquierda Unida entró entonces en barrena. Algunos cuadros y antiguos dirigentes se fueron, en la enésima oleada, al PSOE. Muchos más lo hicieron a sus casas. Las desbandadas de militantes fueron representativas del destino que siguieron muchos votantes de la formación. Movidos por la idea del voto útil unos sufragios se fueron al PSOE. Desanimados por la falta de consistencia y proyecto propio de IU otros se fueron a la abstención. Aunque en distintas direcciones, ambos movimientos eran resultado de una misma conciencia: la difuminación de las diferencias

dentro de las dos opciones comúnmente consideradas de izquierdas. Para algunos votantes anteriores de IU ahora tenía más sentido votar, de las dos opciones similares, a la opción con más posibilidades de ganar: el PSOE. Para otros no tenía sentido votar por eso mismo a ninguna de ellas. Como resultado de ello Izquierda Unida cosechó en las legislativas de marzo de 2008 los peores resultados de su historia en términos proporcionales, obteniendo apenas un 3,77 por 100 de los votos y tan solo 2 diputados, uno gracias a la alianza con Iniciativa per Catalunya-Verds.

En este contexto se produjo dentro de la sociedad española una intensificación de la polarización política, que se expresó, más nítidamente que nunca, en forma de confrontación bipartidista entre el PSOE y el PP. Así se constató también en las urnas en las elecciones de marzo de 2008, donde los votos cosechados por ambas formaciones llegaba al 85 por 100. Esta polarización giró en buena medida en torno a cuestiones ideológicas, entendiendo por cuestiones ideológicas aquellas que tenían que ver más con adhesiones partidarias que con posiciones políticas, más con las fobias y los miedos a la exageración que del otro hacia su contrario que con el rechazo a sus políticas y proyectos, más con la representación simbólica en el debate institucional y mediático de dos bloques sociales idealizados que con los conflictos materiales de intereses que se daban en el seno de la vida social.

Mientras tenía lugar esa representación en un contexto todavía de importante crecimiento económico, seguía operando discretamente no «el viejo topo de la historia» del movimiento general de emancipación, sino el más sigiloso zapador de la especulación inmobiliaria y financiera, de la corrupción político-empresarial, de la precarización del mundo del trabajo, del consumismo inducido y del endeudamiento de las familias. Ese era el magma que latía debajo de una sociedad polarizada políticamente en torno a dos opciones que apenas hacían referencia al suelo tambaleante que pisaban. En aquel contexto de crecimiento económico y confrontación puramente ideológica, el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero aprobó una importante rebaja fiscal para las rentas medias y otras más gratificantes para las grandes fortunas, como la rebaja del impuesto de sucesiones y la desaparición práctica del impuesto sobre el patrimonio[6].

Esa ideologización del debate político se volvió inverosímil a ojos de buena parte de la ciudadanía con el estallido de la crisis. La crisis

difuminó las diferencias entre el PP y el PSOE en el imaginario de buena parte de la sociedad española. Si el debate sobreideologizado les diferenciaba, la relación que se empezó a establecer entre ambos partidos con el modelo económico que condujo a la crisis y las medidas propuestas por ambos para afrontarla les homogeneizó. Y les homogeneizó en perjuicio sobre todo de aquel que ocupaba en ese momento el gobierno y se había considerado distinto al respecto: el PSOE. El movimiento sísmico de la crisis sacudió a los dos principales actores de la trama política, pero el primero en venirse abajo fue el PSOE.

Juan Andrade: *En la derrota del PP en las elecciones de 2004 tuvo mucho que ver la gestión que el gobierno de Aznar hizo del atentado del 11M. ¿Cómo la valoras?*

Julio Anguita: Las primeras manifestaciones de Aznar y sus ministros son la confirmación de que en el PP «contra ETA se vivía mejor». Pero no solamente eso, sino que, además, intuyen que el apoyo a EEUU en la Guerra de Irak puede ser también un *leitmotiv* más que probable. El desbarajuste gubernamental tuvo como contrapunto una calle organizada por la irritación y la frustración. Allí el PP perdió las elecciones. Sin embargo, la soberbia de Aznar fue de tal magnitud que derivó hacia una posición de vigilia permanente, buscando, estoy seguro, la comparación con José Antonio Primo de Rivera cuando le denominaron «El gran ausente», es decir, la presencia permanente en la sfumatura visible. Pero tanto él como su partido aprovecharon la existencia de ETA para no abordar con valentía la cuestión vasca.

Juan Andrade: *En su primera legislatura José Luis Rodríguez Zapatero aprobó el matrimonio entre personas del mismo sexo y retiró las tropas de Irak. Por otra parte, continuó la burbuja inmobiliaria y más tarde suprimió el impuesto de patrimonio y redujo el de sucesiones. ¿Cómo valoras la primera legislatura de José Luis Rodríguez Zapatero?*

Julio Anguita: Zapatero ha sido un mal prestidigitador para un país que necesitaba, y necesita, una cirugía democrática a fondo. Y cuando digo democrática quiero decir que esta consiste en fundamentar la economía sobre bases concretas, de tejido productivo, de soberanía alimentaria, de

nacionalización de sectores estratégicos de la economía, de impulso a la cultura como fuente de liberación y de abordar el problema del Estado Español o si quieres de España. Quiero decir que la cirugía democrática se basa en abordar los problemas que la transición veló, dilató en el tiempo, escamoteó y archivó pero que hoy vuelven con la urgencia de las facturas no pagadas en su momento.

Zapatero aprobó determinadas medidas en favor de algunos colectivos marginados, y eso está bien, pero, aprovechando el modelo que Maastricht impuso se dedicó a pasar de los problemas de fondo, porque él no había venido para eso, sino para darle una capa de pintura a un edificio que necesitaba un replanteamiento.

En vez de afrontar los problemas se dedicó a ignorarlos y a negarlos esperando que, tal vez, se solucionasen solos o por el tiempo. Creo que además tuvo unos equipos de asesoramiento que parecieran como si estuviesen pagados por el enemigo. Bueno, en realidad pensaban lo mismo.

Juan Andrade: *¿Qué opinión te merece José Luis Rodríguez Zapatero?*

Julio Anguita: Como presidente, un desastre que ha tenido la suerte de tener un sucesor como Rajoy, que se lleva la palma. Como diputado coincidí con él en el hemiciclo, pero nunca, que yo recuerde, cruzamos palabra alguna. Salvo por su talante personal considero que ha sido alguien a quien el hado lo colocó donde no debiera.

Juan Andrade: *Como ya hemos hablado, con Gaspar Llamazares Izquierda Unida adquiere una nueva orientación donde parece que Iniciativa per Catalunya se sitúa como modelo de referencia. Por otra parte, durante estos años se entra también en un ciclo de resultados electorales penosos y en una dinámica suicida de conflictos internos en el que los grupos enfrentados parecía que competían en demostrar quién era más inconsciente y en ver quién lo hacía peor ¿Cómo contempla Julio Anguita este giro político y ese espectáculo cainita?*

Julio Anguita: Con menos atención de la que hasta hoy ha ocupado en mi relato, porque me desvinculo. Y no me desvinculo diciendo que no quiero saber nada. Dije: «Voy a estar dos años en silencio y volveré, pero volveré a la lucha política, no a los cargos». Digamos que no quise participar en todo aquello. A instancia suya le escribí una reflexión a Gaspar Llamazares sobre

cómo veía yo la situación de IU. Mi escrito fue crítico, aunque en absoluto áspero. Me contestó educadamente y ahí quedó la cosa.

La etapa de Zapatero fue una etapa en la que IU volvió a creer en la santa alianza de todos contra el PP bajo el santo y seña de «todos contra la derecha». Zapatero y toda la campaña de la ceja hicieron creer que se iba a asistir a un cambio en las políticas sociales y de democratización de la política. Cuando pasó el efecto de la marcha de Irak, las medidas de corte progresista en lo tocante a determinadas minorías o gestos más efectistas que reales en lo social, IU seguía presa de la inercia, hasta el despertar del cambio del artículo 135 de la Constitución.

Durante ese tiempo y posteriormente yo seguí intentado colaborar con el proyecto de IU y con el PCE. El XVII Congreso del partido me encargó la redacción de un manifiesto programa que abordase la situación del comunismo en España y las respuestas a la situación del momento. Se preparó una metodología y un esquema de trabajo con aportaciones muy importantes. Aquello fue un fracaso. Las organizaciones pequeñas del partido trabajaron con esfuerzo e interés, pero las grandes, entre ellas Andalucía, no solo no trabajaron, sino que obstaculizaron el desarrollo del debate. Y lo curioso es que la provincia en la que no se hizo absolutamente nada fue Córdoba. Lo mismo pasó en Madrid.

En el 2008 lancé un documento titulado «No hay tiempo para más dilaciones»[7], en el que se abordaba una propuesta para salir de la crisis de IU. Una propuesta audaz y que conllevaba, además del debate sobre la vuelta a los orígenes, cambios en todos los órganos de dirección. La Conferencia Nacional del PCE aprobó por unanimidad los contenidos propositivos y a continuación se metió en un cajón en el que seguramente sigue durmiendo. Igualmente puedo hablar de propuestas hechas a la dirección provincial de Córdoba, bien acogidas de palabra y olvidadas en los hechos.

Juan Andrade: *En la segunda legislatura de Zapatero estalla la crisis económica. El gobierno se niega a reconocerlo y finalmente aprueba las consabidas medidas de austeridad y uno de los ataques a los derechos sociales más intenso de la democracia. Lo hace movido por la presión de poderes internacionales y a imagen y semejanza de otros gobiernos socialdemócratas europeos. ¿Qué valoración haces de ese hito y de los*

límites en general de la socialdemocracia en el siglo XXI a la hora de desarrollar, una vez más, una política distinta a la de los gobiernos neoliberales confesos?

Julio Anguita: El Muro de Berlín cayó a ambos lados. Tras esa caída y la ulterior desaparición de la URSS la socialdemocracia, no solo por necesidad política sino también por presión popular en la búsqueda de un sustituto en el imaginario colectivo, quedó como vanguardia de la izquierda realmente existente. No aguantó ese rol. Ya lo había abandonado en el Congreso de Bad Godesberg y en la coincidencia con las tesis atlantistas y europeístas tipo Maastricht.

[1] Julio Anguita y Carmen Reina, *Conversaciones sobre la III república,* Córdoba, El Páramo, 2013. Alberto Garzón Espinosa, *La tercera República, Construyamos ya la sociedad de futuro que necesita España,* Madrid, Península, 2014.

[2] Sobre los gobiernos de zapatero no hay mucha bibliografía académica. Véase por ejemplo el libro de síntesis académico y más o menos afín de Ignacio Sánchez Cuenca, *Años de cambios, años de crisis. Ocho años de gobiernos socialistas, 2004-2011,* Madrid, La Catarata, 2012. En concreto sobre luchas LBTB y matrimonio del mismo sexo los trabajos de Kerman Clavo Borobia por ejemplo: «Movimientos sociales, y reconocimiento de derechos civiles: la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo en España», *Revista de Estudios Políticos* 147 (2010).

[3] Sobre la movilización de la Iglesia católica véase por ejemplo Susana Aguilar Fernández, «El activismo político de la Iglesia católica durante el gobierno de Zapatero», *Papers: revista de sociología* 95 (2010).

[4] Tres análisis buenos sobre esta estrategia en Manuel Cañada, «Izquierda Unida: abrazados a una política muerta», en http://www.kaosenlared.net y Jaime Pastor, «IU: fin de ciclo…sin salida por la izquierda», *Viento Sur* (Madrid), núm. 97, mayo de 2008.

[5] «Un asesor de Rubalcaba pide que PSOE e IU hagan listas conjuntas», *El Mundo,* 8 de septiembre de 2007. «Rosa Aguilar lleva a su ministerio a un ex dirigente de IU», *Diario Público,* 5 de noviembre de 2010.

[6] Antoni Domènech, Alejandro Nadal, Gustavo Búster, Daniel Raventós, «La UE y Zapatero se superan, o cuando los locos son los lazarillos de los ciegos», *Sin permiso,* 17 de mayo de 2010, en http://www.sinpermiso.info.

[7] Julio Anguita, «No hay tiempo para más dilaciones. Intervención de Julio Anguita en el Comité Federal del PCE de 12 de abril de 2008», *Utopías, Nuestra Bandera* (Madrid), n.º 215 (2008), pp. 35-43.

16. Crisis internacional, crisis de la Unión Europea, 15M

2008 pasará a los anales del siglo XXI como la fecha de arranque de una nueva crisis estructural del capitalismo, con estragos particularmente intensos en el sur de Europa y España. 2008 será una de esas fechas bisagra que por su valor simbólico marcará un fin de ciclo. En el caso de España la crisis económica será de tal envergadura que reventará las costuras del sistema político, dando lugar a una crisis orgánica de régimen.

El detonante de la crisis económica mundial fue la crisis hipotecaria en Estados Unidos. La llamada crisis de las hipotecas subprime puso de manifiesto los riesgos y las contradicciones irresolubles de una economía extremadamente financiarizada bajo los auspicios del neoliberalismo. Entre muchas de esas contradicciones estaba el interés de los grupos financieros y empresariales de mantener o incrementar el consumo de bienes básicos como la vivienda en un contexto de caída de los salarios y precarización del empleo. La fórmula para cuadrar el círculo y conseguir con ello pingües beneficios radicaba en la expansión del crédito. En los años previos a la crisis los bancos norteamericanos impulsaron la concesión de créditos hipotecarios de alto riesgo a familias con pocos recursos, que, como cualquier familia, necesitaban una vivienda. La obtención por parte de los bancos de la liquidez necesaria para la concesión imparable de créditos vino de la mano de la titulación de los activos, es decir, de la venta a otros bancos o fondos de inversión del derecho que llevaba consigo ese mismo préstamo hipotecario concedido. Para encubrir el riesgo, estas hipotecas basura (subprime) se vendieron empaquetadas con otros activos más seguros (prime), todo ello gracias al visto bueno de las agencias de calificación de riesgos[1].

Las facilidades a la libre movilidad de capitales y la ausencia de mecanismos efectivos de control permitieron colocar estos activos tóxicos por todo el mundo, incluida Europa. El problema vino cuando la subida de los tipos de interés decretada por la Reserva Federal de Estados Unidos, la pérdida de poder adquisitivo de muchas familias americanas o su entrada directa en situación de desempleo les impidieron hacer frente al pago de las

hipotecas contraídas. El impago en una pequeña parte de la base del sistema financiero provocó que una parte mucho mayor del conjunto del sistema se desplomara como un castillo de naipes. En 2008 y 2009 se produjo, ante la mirada atónita de muchos, la quiebra de grandes gigantes de las finanzas como Lehman Brothers, Bear Stearns o la multinacional aseguradora American International Group. La crisis se contagió a medio mundo por la vía directa de los paquetes rellenos de activos tóxicos e indirectamente por el resto de las vías que interconectaban a nivel mundial una economía globalizada y financiarizada[2].

La crisis financiera derivó en una crisis económica general. Con la crisis bancaria dejó de fluir el crédito necesario para el funcionamiento de las empresas orientadas a la producción real de bienes y servicios y, por supuesto, a las familias que querían acceder a una vivienda, de tal forma que las primeras en colapsar fueron las empresas vinculadas a la construcción, que en lugares como España habían sido el motor del crecimiento económico. Varios países dejaron de crecer y entraron pronto en recesión. Allí donde el mercado de trabajo era más precario y la legislación laboral menos garantista, como en España, en muy poco tiempo se destruyó empleo de manera masiva. El desempleo y las malas perspectivas redujeron el consumo y con ello la actividad económica se contrajo todavía más.

El reflujo de la actividad económica y el desempleo aumentaron automáticamente el déficit del Estado. Además de recaudar menos impuestos sobre rentas y actividades económicas aumentaron los gastos por cobertura al desempleo. Las finanzas de los Estados se vieron además mermadas por los cuantiosos fondos públicos que, sin apenas condiciones, los gobiernos destinaron al rescate de los bancos. Lo hicieron al objeto declarado de garantizar los ahorros de los depositantes y al objeto menos confeso de mantener las cuantiosas retribuciones de sus altos cargos o el valor de las acciones de los grandes inversores[3].

Para hacer frente al déficit muchos Estados se vieron abocados a aumentar la emisión de deuda pública. Si en Estados Unidos buena parte de la deuda fue adquirida a un interés bajo o medio por la Reserva Federal, en Europa, sin embargo, la negativa inicial del Banco Central Europeo a comprar deuda de los Estados dejó a estos a merced de los grandes acreedores privados: bancos, fondos de inversión y fondos de

pensiones. Muchos de estos organismos financieros se estaban financiando además a un interés muy bajo a partir del propio Banco Central Europeo. Con ese dinero prestaban luego a los Estados a un interés más alto; gracias, entre otras cosas, a la baja puntuación que la deuda de muchos de ellos merecían a las mismas agencias de calificación (Standard & Poor's, Fitch y Moody's) que en su momento no habían denunciado el riesgo de los activos tóxicos[4].

Para atender al pago de los intereses de la deuda y reducir el déficit público la mayoría de los Estados del Sur de Europa recurrieron a nuevas privatizaciones, a la subida de impuestos directos sobre el consumo y a la reducción del gasto público, más concretamente, del gasto social. Lo hicieron por propia voluntad o por la coacción que los tenedores de deuda ejercieron por sí mismos o a través de las instituciones financieras internacionales y la Unión Europea. La arquitectura institucional de la UE, la ortodoxia monetaria aprobada en Maastricht y la presión de Alemania – la mayor potencia económica europea y sede principal de buena parte de fondos y bancos acreedores– garantizaron que así fuera. La presión se ejerció sobre todo a través de tres instituciones coaligadas: la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional, la famosa Troika[5].

La receta cristalizó en la llamada austeridad, una expresión eufemística cargada de connotaciones morales positivas que sirvió para justificar el recorte del presupuesto en sanidad, educación, pensiones de jubilación, cobertura al desempleo, asistencia social, retribuciones a los trabajadores públicos o reducciones de plantilla. Las medidas se complementaron en el mundo del trabajo con otra nueva vuelta de tuerca a la contención salarial y nuevas reformas laborales que abaratasen el despido y redujesen la capacidad de negociación de los trabajadores en un contexto de creciente malestar social. De esta forma los Estados transfirieron los costes de la crisis a la mayoría de los ciudadanos y ciudadanas, particularmente a aquellos más debilitados por su condición de clase, género, edad o procedencia extranjera. La salida neoliberal a la crisis del neoliberalismo está sirviendo para modificar las relaciones de poder en perjuicio de los sectores populares[6].

España reprodujo esta secuencia de manera particularmente dramática, debido a que además había alimentado su propia burbuja inmobiliaria y

financiera, debido a su posición subalterna en el conjunto de la Unión Europea y debido a las limitaciones de partida de su propio Estado de bienestar. También por tratarse de una economía sectorialmente desequilibrada, poco productiva y muy dependiente del exterior. El país se había desindustrializado en buena medida durante los ochenta y dependía de sectores necesitados de poca innovación y escaso valor añadido como la construcción, el turismo y algunos servicios. De todos los países, después de Grecia, España fue el que más intensamente sufrió la crisis en términos de desempleo, pasando rápidamente del 13,7 por 100 en 2008 al 22,5 por 100 en 2011.

La primera actitud del gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero fue negar por puro interés electoral la crisis. Cuando los efectos ya eran evidentes en el sector financiero, el gobierno acudió en su rescate comprando activos de las entidades en dificultades por valor de 50.000 millones de euros en octubre de 2008. Posteriormente, en junio de 2009 destinó a través del Fondo de Reestructuración Ordenada Bancaria (FROB) 99.000 millones de euros al proceso de rescate, fusión y bancarización definitiva de las cajas de ahorro. El siguiente paso fue la aprobación de un paquete de medidas en mayo de 2010 que representaba uno de los mayores ataques a los derechos sociales desde la transición. Entre las medidas estuvo la reducción en un 5 por 100 de los salarios de los trabajadores públicos, la congelación de las pensiones (salvo mínimas y no contributivas), la eliminación del régimen transitorio para la jubilación parcial, el fin del cheque bebé de 2.500 euros, la eliminación de la retroactividad en el cobro de las prestaciones de la Ley de Dependencia o el recorte en 1.500 millones en las administraciones públicas autonómicas y locales. El cierre completo a estas medidas vino de la mano de una nueva reforma laboral aprobada en junio de 2010, que, entre otras cosas, reducía de 45 a 33 días por años trabajado la indemnización a percibir en caso de despido improcedente[7]. Al tiempo que se disipó el ensueño del crecimiento económico y la prosperidad del país, cayó el mito del carácter progresista de su gobierno.

Juan Andrade: *Julio, ¿cómo explicas esta nueva crisis estructural del capitalismo?*

Julio Anguita: Con el paso del tiempo el capitalismo globalizado y financiarizado ha dado lugar a ese momento que Schumpeter llama de «destrucción creadora», y está por ver si ha terminado aproximándose a una situación que el economista austriaco también contemplaba: la de que el capitalismo pudiera morir de éxito por la exacerbación de su propia lógica depredadora. El capitalismo necesita de un territorio sin límites donde expandirse como los cowboys del Oeste. El capitalismo necesita de la conquista permanente de la pradera, hasta que de pronto se le acaba la pradera, entonces tiene que auto-fagocitarse. Algo que, por otra parte, también está dicho en el *Manifiesto comunista.* Hay pocas cosas que no estén dichas en ese genial documento. Y claro, ¿qué ocurre en ese momento? Que entramos en el paroxismo de la mercantilización de todo lo habido, así como del fetichismo de la mercancía. Todo queda arrasado por una lógica cuya justificación tiene mucho de mística religiosa bárbara. Pues bien, si este colapso no se presentó en el 92, se presenta ahora. ¿Y qué ocurre, cómo se le hace cara a eso? Tú no puedes plantarle cara a esto, como escuchaba yo esta mañana, hablando de poner en marcha una política que cree puestos de trabajo atada a los supuestos económicos del mercado y de la competitividad, como se ha venido oyendo en algunos ambientes de IU.

Juan Andrade: *Con la caída de Lehman Brothers se empezó a hablar, incluso desde la derecha, de la necesidad de refundar el capitalismo. Algunos sectores de la izquierda despertaron incluso la vieja idea mecanicista de que el estallido de las contradicciones del capitalismo, expresado en forma de una gran crisis económica, apuntaba al socialismo. La verdad es que la salida a la crisis del capitalismo neoliberal está consistiendo en más neoliberalismo y en reforzar a una dinámica de austeridad y recortes sociales que conduce a buena parte de Europa a la equiparación a la baja para ser competitivos, al subdesarrollo o, quién sabe, si directamente al abismo.*

Julio Anguita: Lehman Brothers no fue sino el detonante de una crisis que ya estaba larvada y que hubiese explotado en cualquier momento. Esa burbuja financiera, ese endeudamiento de la ciudadanía del primer mundo, ese disparate de los productos financieros (tóxicos o no) tenía que acabar así. Lo que ocurre es que cuando Sarkozy, tan atónito como los demás

dirigentes encapsulados en su burbuja autista, dice que el capitalismo debe der reformado, no hace otra cosa que decir una media verdad, porque el capitalismo es irreformable. La prueba la tenemos a la vista.

Schumpeter, al que me refería antes, tan defensor de la «destrucción creativa» plantea cómo el impulso vital de autodestrucción que genera un nuevo renacimiento le asigna a las crisis el papel que ya Marx previera: la renovación del capital constante y las relaciones de producción necesarias para retomar la tasa de ganancia. Nada ha cambiado salvo una cosa, esta crisis es también de civilización, de punto final. El propio Schumpeter habló de que el capitalismo iba a «morir de éxito». Esta realidad no puede servir de consuelo o disculpa para la inacción a los que esperan tranquilamente el fin del capitalismo y la consiguiente aparición de la nueva sociedad cual Venus surgiendo de las aguas. No solo debemos luchar para aligerar su fin, sino que debemos ir creando en paralelo las nuevas estructuras económicas, sociales, políticas y de valores.

Juan Andrade: *¿Qué valoración te merece la expresión, referida a la crisis, de que «durante muchos años hemos vivido por encima de nuestras posibilidades»? A mí, particularmente, me resulta más acertada la expresión «durante muchos años algunos han vivido por encima de nuestras posibilidades» ¿Qué valoración haces del relato dominante a la hora de explicar la crisis?*

Julio Anguita: La mayor evidencia del dominio de clase o de grupo de intereses es el uso por los dominados del mismo lenguaje, las mismas expresiones, los mismos argumentos que los dominantes. Es la manifestación de lo que se ha convenido en denominar hegemonía. Y en ese sentido la hegemonía la ejerce el pensamiento conservador y lo hace fundamentalmente en los medios de comunicación.

Ese dominio en el lenguaje evidencia el de los valores y las visiones sociales. Fíjate en muchas declaraciones que señalan a los empresarios como seres filantrópicos que «dan» trabajo. Pocos se atreven a decir que sin los trabajadores la empresa y el empresario no serían absolutamente nada. E igualmente se lanza la idea de que la empresa es indispensable para que haya economía, bienes y servicios. Está claro que no se puede objetar nada a eso, pero el que la empresa sea imprescindible no significa que el empresario privado lo sea. El correlato que el lenguaje dominante establece

entre empresa necesaria y empresario necesario escamotea la realidad y la lógica, pero además es dominante. Por eso la lucha ideológica, a través de lo concreto, es una cuestión de primera necesidad que la izquierda ha olvidado durante demasiado tiempo.

Juan Andrade: *La crisis económica mundial se traslada realmente –estaba larvada ya– a la Unión Europea y en ella se manifiesta con mayor virulencia. ¿En qué medida la arquitectura de la UE no ha constituido un hábitat propicio para su expansión y recrudecimiento?*

Julio Anguita: La Unión Europea puede estallar y puede estallar de muchas maneras: o que Alemania se vaya del euro, o que se vayan varios países, o que haya una rebelión del sur, o que nadie pueda aguantar la política que Alemania está imponiendo a los demás, o que Inglaterra decida marcharse e irse definitivamente con Estados Unidos, o que se acepte que en este marco el problema no tienen solución, o simplemente que sus mecanismos internos lleguen a su nivel máximo de contradicción y colapse. ¿Cómo puede ser que la Unión Europea tenga más poder para decidir las políticas económicas, el presupuesto, los mecanismos de control presupuestario, y monetario, las políticas sociales, las políticas comerciales que los Estados? Y, ¿cómo puede ser que, sin embargo, no podamos decidir en Europa sobre todo eso? ¿Cómo es posible que ahora quieran imponer de la noche a la mañana y sin posibilidad de debatirlo un tratado comercial con los Estados Unidos, el TTIP, que va a intensificar todavía más esas contradicciones?

Ese juego está rompiéndose, y eso hace que la Unión Europea vaya a desaparecer totalmente o vaya a reconvertirse de manera definitiva en una Europa de varias velocidades, no solo de hecho, que ya lo es, sino incluso de derecho, porque ya eso lo ha argumentado Merkel. Es una cosa que viene ya de muy antiguo: que la Europa de dos velocidades sea reconocida. En ese caso dejará de ser Unión Europea. Lo que está debajo es el Cuarto Reich y la hegemonía alemana con el dogal del euro. Yo he estado consultando y hablándolo con mucha gente y coinciden –salvo en matices–: el euro es una moneda que no va a servir en la medida en que no puede servir una moneda única para países con economías distintas. Esto ya los economistas de la OCA, de la Optimum Currency Area, lo denunciaron, que era imposible, salvo que se complementase con políticas de austeridad, justamente lo que se está haciendo. Pero las políticas de austeridad también

están fallando. En fin, yo no le veo salida, pero dicen que va a durar mucho tiempo. Bueno, pues ya veremos.

Juan Andrade: *En tus últimos escritos e intervenciones te has situado del lado de quienes plantean que hay que salirse del euro. ¿Sigues pensando que hay que salirse del euro?*

Julio Anguita: O nos van a echar. Vamos a ver, este es uno de los temas en que el lenguaje tiene que ser muy meditado, no para engañar, sino para quitarle la espoleta que han cargado los interesados. El diseño del euro, tal como se hizo, consistió en transformar el marco en la nueva moneda, consistió en construir una moneda que favoreciera a Alemania. El euro, en estos momentos, es un peso oneroso. Porque con el euro, con este euro, no hay nada que hacer. Quiero aclarar antes que un servidor está de acuerdo con que haya una moneda única, pero cuando haya un territorio unificado. Yo no estoy en contra de la moneda única, estoy en contra de esta moneda única. Porque podríamos haber hablado de moneda común. Pero no, se habló de moneda única. El euro en estos momentos es un lastre que no podemos seguir soportando. Pero no solamente porque con él perdemos la oportunidad de recurrir a la devaluación, a la competitividad en las cuestiones de los tipos de cambio, en las cuestiones de los créditos, sino porque nos sometemos a la política que impone el Bundesbank. Nos estamos arrastrando a esta situación. Luego el euro es un obstáculo.

¿Salirse del euro? Si no nos salimos, nos echarán, nos echarán si queremos hacer frente a esta situación. ¿Por qué? Tú imagínate que llega al gobierno una opción decidida de cambio y hay que tomar unas medidas inmediatas. A lo mejor, inmediatamente para sanear y acordar que haya dinero, hay que decir que vamos a reestructurar la deuda. Y esto significa poner en cuestión unos acuerdos y unos pactos. Y poner en cuestión todo un tratamiento sobre un marco que nos ahoga. Eso nos llevaría a que nos echaran del euro, como están pensando hacer con Grecia. Nuestra salida está en cuestionarse esa permanencia con inteligencia, no llegar pegando una bravata, sino buscar enseguida los aliados en los extremos del Mediterráneo.

Del euro, al final, si sigue siendo esta moneda única, si no nos desembarazamos de ella con todos los riesgos que eso entraña, nos pueden terminar echando, porque no les podemos convenir. Igualmente digo de la

eurozona, no de la Unión Europea. Una cosa es la Unión Europea y otra cosa es la eurozona. Yo creo que esto es una tragedia griega en la que el protagonista no puede zafarse de su destino, mas por otra parte este destino no es muy esperanzador. Yo creo que estamos condenados a ajustar cuentas con Europa, tanto si llegase al gobierno una opción de cambio como si no. Porque llegará un momento, si es que no ha llegado ya, que nuestra pertenencia a la eurozona imposibilitará cualquier tipo de salida medianamente tolerable para la mayoría de la población. Es decir, que aun dentro de esto, nos espera la muerte por asco.

Con la deuda hay que ir a una auditoría. Lo que pasa es que si se va a una auditoría, el riesgo que asume el poder es que salga toda la parte de la corrupción que en este momento no se ve. Y en ese momento habrá que frenar a la gente para que no los ahorquen de una farola. Esa es mi visión del problema, un problema que no es de fácil solución, un problema que es endemoniado. Algunos economistas están explorando soluciones. Un economista gallego ha planteado la existencia de doble moneda, una de uso interno y para los intercambios comerciales. Lo cual volvería a traer un debate, minoritario que hubo en Europa, que era el debate sobre si poner en marcha una moneda única o una moneda común. Y los de la moneda común perdieron porque era una especie de versión de la serpiente monetaria, de cuando se fijó que los tipos de cambio estuvieran en más/menos tres; era un intento de acercamiento a lo que era el euro, pero todavía conservando la cesta de monedas de la época. Pero mi opinión es que terminaremos por salirnos o nos echan. En el momento en que tú toques la redistribución de la renta y además cuestiones el acuerdo por el cual Bruselas tiene que dar su visto bueno al presupuesto, o te sales o te echan. Y, efectivamente, hay que decir: «A mí usted no me supervisa el presupuesto». No y punto. Porque si Pablo Iglesias o quien sea fuera presidente de gobierno y tiene a la gente en la calle y no dice que el presupuesto es el último acto de soberanía, ya está perdido.

Es que, Juan, estamos condenados a la confrontación. Es como el *fatum*. Estamos condenados. De manera temprana o más tardía, de forma más o menos traumática, si se dan estos acontecimientos, es decir, un hipotético gobierno de cambio, o incluso en la agonía, estamos condenados a la confrontación. Cuando ya no quede capacidad económica, ni quede país o nos echan o algo pasará en Europa. Porque esto es un castillo de naipes,

esto se cae y cuando se caiga saldrá una Alemania reforzada con su Cuarto Reich, que es a donde apunta este momento económico. Y entonces lloraremos. Yo lo veo así. Estamos forzados a la confrontación. Me gustaría que alguien me diese la manera de salir de esta situación con inteligencia y sin confrontación. Pero no lo veo. En definitiva, estamos abocados a una confrontación, que, por una parte, me da miedo, pero, por otra, me rejuvenece. No sé cómo explicar este estado, me da miedo quizá por la edad que tengo ya y porque no puedo dar todo lo que quisiera dar o por las circunstancias en que mis hijos puedan encontrarse. Pero, por otra parte, lo estoy deseando.

Juan Andrade: *En esta crisis mundial la Unión Europea sigue sin tener una política internacional propia.*

Julio Anguita: No tiene, ni va a tener, ni quiere tener, porque es más cómodo estar al abrigo de Estados Unidos. Mientras ellos tengan el negocio, les importa un pimiento lo que pase, aunque después a la larga sea su hundimiento. Yo ahora empiezo a entender a Charles de Gaulle. De Charles de Gaulle podemos decir muchas cosas, pero era un personaje de entidad que entendió lo de una Europa en manos de EEUU.

Juan Andrade: *Por lo menos era un patriota de verdad. En eso era consecuente con su discurso conservador.*

Julio Anguita: Exactamente, y fue el que se enfrentó a Estados Unidos, lo que originó que Nixon decretase la no convertibilidad directa del dólar con respecto al oro, la no convertibilidad del dólar porque le exige que pague, es el que no transige con el tema de la OTAN y es el que habla de la Europa de las patrias, lo que traducido al román paladino hoy significa que a los Estados-nación se les reconozca en derecho lo que de hecho son. Es decir, si yo existo como Francia o como España, no me diluya usted; y si usted me diluye, que surja entonces la Europa federal, no me mantenga en esta zona de indefinición. Y en esa indefinición, de dominio alemán, de crisis y políticas antisociales surge la exacerbación de la nación, pero surgen exacerbaciones muy distintas. Crece Syriza, que en cierta medida es un movimiento nacional, de clamor por la dignidad nacional. Pero crece también Marie Le Pen. ¿Qué es Marie Le Pen si no una protesta social al

aire de la bandera? ¿Por qué están resurgiendo los nazismos? ¿Quién está utilizando a la bestia fascista?

Y a todo esto Europa sigue sin política exterior, porque el hecho de tener política exterior significa acabar con la hegemonía americana. Y como eso no se puede consentir, los americanos trabajan aquí a través de su «Quinta Columna», Gran Bretaña, y montándole a la Unión Europea un patio trasero con aliados suyos, obligándola a que admitiesen a los antiguos países del Este, pues esa fue una imposición de Estados Unidos para tener el patio trasero perfectamente controlado aprovechando la reacción de aquellos países a lo que fue el dominio de la Unión Soviética y al comunismo. Esos países eran aliados seguros de Estados Unidos, porque la Unión Europea, la vieja, ya estaba más reticente a someterse a prácticas intimidatorias. En definitiva, que hemos visto que Europa carece de política exterior totalmente y se atiene a lo que diga Estados Unidos.

Juan Andrade: *Se está hablando ahora de la crisis, que no de la desaparición, de la hegemonía mundial de Estados Unidos. Mucho tiene que ver en ello el despunte de China –sobre todo de China como potencia productiva y financiera–, Rusia, India o Brasil. También tienen que ver la pérdida de influencia de EEUU en América Latina, debido al avance y la alianza de gobiernos progresistas y postneoliberales. También su fracaso en la reconfiguración, manu militari, del mapa de Oriente Próximo. Por otra parte, este reequilibrio mundial de poderes está detrás de la proliferación de muchos conflictos armados. ¿Cómo ves este proceso?*

Julio Anguita: Yo creo que es una fase de la tercera guerra mundial que empezó hace tiempo. Estamos ahora mismo en la fase de una guerra, que diría Gramsci, de posiciones. La tercera guerra mundial ha estallado cuando lo de Irak, cuando lo de Libia, en Chechenia y en los demás conflictos de Oriente Medio. Y cuando han ganado gobiernos de tipo progresista en Latinoamérica Estados Unidos ha tenido que buscar una compensación en otros países, en otros territorios: Oriente Medio. Pero con la emergencia de las nuevas potencias se produce la contradanza y van bloqueando la posibilidad de que el contrario pueda avanzar. Por medio está la cuestión de suministros energéticos; porque Estados Unidos quiere garantizar que su reservas no se toquen y mientras tanto vivir a costa de las demás. Pero choca con una potencia económica, como es China, que necesita recursos

energéticos y que está gastando miles de millones de euros o de dólares en meterse en el mercado y en la economía de otros países, y choca con otra potencia como es Rusia, que tiene reservas energéticas y busca su lugar en el mercado internacional. Y a medio plazo puede producirse la unión de los colosos chino y ruso, y en ese caso la vamos a tener, porque eso a Estados Unidos le aterra. Frente a ello Estados Unidos ya no tiene más que el poder militar, porque ha venido perdiendo el poder económico.

Juan Andrade: *Y otro poder, Julio, el poder cultural, que no es poco, el del cine, la música, la información y el entretenimiento, el del control de los canales de información y comercialización y el de la producción industrializada de imaginarios y formas de vida. Es el poder de Hollywood, Microsoft, Apple, Google, los videojuegos, los canales de difusión de Internet y un sinfín de intangibles.*

Julio Anguita: Sí, pero a 15 años, a 15 años. Porque las formas norteamericanas también pueden entrar en crisis por efecto del mestizaje, por la mayor influencia latinoamericana en el país. Porque claro, los latinoamericanos han sido colonizados por la cultura yanqui, pero a su vez ellos han hecho una especie de sincretismo, y el sincretismo es lo que está avanzando cada vez más. Esto es un proceso lento, pero yo creo que a los Estados Unidos al final no le va a quedar más que el potencial militar. Ya ha llegado su declive. Yo no sé si tú estás muy conforme con las teorías de las civilizaciones de Arnold J. Toynbee. Muy interesante. Yo lo tengo ahí, es uno de los libros que vuelvo a leer mucho, las constantes que hay en las llamadas 26 civilizaciones, cosa que yo discutiría, eso de 26 civilizaciones. Yo creo que a EEUU solo le va a quedar su dominio militar y eso no sé si va a terminar con una tercera guerra mundial, que ya se está manifestando por muchos sitios. Y esa tercera guerra mundial que se ha explicitado en muchos sitios o decae o se acelera en un vórtice de sangre, porque como alguien tire la primera bomba atómica ya sabes lo que va a pasar. No tengo más elementos, no suelo leer muchas cosas de estas, pienso de vez cuando, pero yo el imperio americano –con todo lo que supone la pérdida del imperio, que no es inmediato, estos son decenas y decenas de años– lo veo ya amortizado. Ahora, no sé lo que va a salir después.

Juan Andrade: *La crisis europea y la respuesta antisocial de la Troika se han cebado especialmente con Grecia. Ha sido allí donde después de varios años de una movilización intensa y durísima una opción política antaño minoritaria y homologable entonces a Izquierda Unida ha ganado las elecciones y ha abierto una esperanza, si no de reversión de la situación, sí de resistencia en condiciones, no obstante, muy duras y difíciles a las políticas austericidas de Alemania, la Troika y el Eurogrupo en general. También ha abierto la esperanza de que el ejemplo pueda cundir en los países del Sur de Europa y alterar las relaciones de fuerza entre países y proyectos. ¿Cómo analizas el triunfo de Syriza?, ¿qué horizonte ves al gobierno de Alexis Tsipras?, y ¿qué visos de posibilidad ves a la extensión de esta respuesta por el Sur de Europa?*

Julio Anguita: Yo lo veo desde mi historia. Puede que diga algunas cosas que pueden parecer inconvenientes, presuntuosas, pero son verdad. Para mí Syriza en Grecia es lo que yo soñé para Izquierda Unida en otro momento: una fuerza política plural que desde distintas fuentes concita un apoyo amplio como partido orgánico de los cabreados, puteados, de los trabajadores, de las clases medias, de los frustrados, que visualizan quién les puede representar y salen a la calle a defenderlos en sintonía. Y te encuentras con un gobierno que cumplió al día siguiente lo primero que prometió y cuyas primeras medidas sirven para darle una confianza a la gente. Es un gobierno que ha entrado en una lucha tremenda, en una lucha prometeica, porque se va a enfrentar, se está enfrentando ya, a la Unión Europea y, vamos a decir las cosas claras, al Cuarto Reich. Porque ¿cuánto hay de alemán en la política actual? Muchísimo. Alemania, que tiene una historia que todos conocemos, se ha erigido en la defensora a ultranza de un modelo que pasa por sus parámetros culturales: el ahorro, la entrega a la mística del trabajo, etc. Es el pensamiento teutón aplicado a un desarrollo específico del capitalismo, porque Prusia está ahí. De modo que, en consecuencia, no podemos decir que sea el modelo clásico, sino una visión moteada de historia, de lo específicamente alemán. Y claro, eso explica un dominio de clase y un dominio nacional de esa clase, Alemania primero, Alemania segundo, Alemania tercero.

Y los demás países –según acercamientos o lejanías– están de acuerdo en la sumisión y están en desacuerdo con quienes quieren elaborar una

propuesta alternativa: es el caso de Francia, es el caso de Italia, es el caso de Portugal, es el caso de España y el de otros. Están hartos, saben que los llevan cogidos y que no quieren soltarlos, pero son incapaces, porque para enfrentarse tendrían que desmontar el artilugio que entre todos colaboraron a construir para que al final los dominase. Y terminan diciendo: «Usted rige el artilugio, Merkel, usted es la alcaide de esta prisión». Gran Bretaña no es europea en el sentido político; lo es en sentido cultural, obviamente. Gran Bretaña es Gran Bretaña y, por tanto, no ha entendido nunca ni lo va a entender que haya una unión política europea, no lo entiende. Porque para ella suprimir la libra, verse en condiciones de igualdad con otras potencias del sur es algo extraño a su pensamiento. En su mentalidad está latente todavía «el espléndido aislamiento». Todo esto en el marco del sistema capitalista en crisis.

Y Syriza supone el enfrentamiento con todo eso. Primero por reclamar algo muy importante, el orgullo nacional, que muchas veces lleva a derivaciones fascistas –cuidado con el tema–, pero otras veces significa la reivindicación de una dignidad ciudadana frente a la agresión de un imperio económico personificado en un Estado-nación, en este caso Alemania. Enfrentarse a eso significa además enfrentarse a los turiferarios del sistema: periodistas, medios de comunicación, instituciones que ven con horror el enfrentamiento sobre todo por la reacción que pueda tener Alemania. Cuando los alumnos están en una clase y hay uno que es díscolo, a los demás les asusta que el díscolo se meta con el profesor, porque la reacción puede ser tremenda para todos. Es lo mismo, es lo que le pasa a Mariano Rajoy.

Syriza ¿va a tener el apoyo del pueblo griego? Va a tener el apoyo de una parte del pueblo griego muy importante, pero el problema está en que necesitan que surjan otras hogueras y en España puede encenderse una de ellas. ¿Va a haber más hogueras? Ahí estaría la esperanza. Lo que veo como una posibilidad esperanzadora es una alianza en el sur de Europa. Si prende la tea en España sí que es posible que la contestación se extienda. Grecia marca un camino. Syriza ha venido a abrir una esperanza, su sola presencia en el gobierno lo agita ya todo. Si los interlocutores que tenemos en el grupo europeo de la Izquierda Unitaria son avispados presentarán un frente común. Lo que sucede es que si bien en Grecia hay capacidad, si bien también la hay en Portugal, en Italia están postrados, y esta postración, que

viene de la disolución del Partido Comunista de Italia, me obliga a decir de manera exagerada que habría que llevar a sus dirigentes de entonces ante el juicio de la historia del movimiento comunista, por haber matado al Partido Comunista Italiano y haber acabado con el mejor instrumento de resistencia de los trabajadores en Italia. Estas son las consecuencias de lo que hicieron. ¿Tú crees que Matteo Renzi es un instrumento? Estos oficinistas de tres al cuarto no están planteando ni más ni menos que el mercado siga avanzando, y a eso le llaman modernizar la economía. Es el mismo discurso que el de Carlos Solchaga en su día, pero además dicho con una suficiencia avalada por los periódicos que le dan ese halo de progreso e inteligencia.

Entonces, en el caso de Syriza lo que está ocurriendo es, en primer lugar, el enfrentamiento con un imperio económico dentro de un sistema, el de la construcción europea, que ha devenido en lo contrario que dijo ser: la Europa de la libertad, de la igualdad, etc. Este sistema es todo lo contrario, es la negación de los primeros proyectos europeos y de los primeros documentos serios: la Carta de Turín, la Carta Social Europea… Eso ya no existe. Y es la destrucción incluso de los elementos –que aunque no fueran muchos eran positivos– del Acta Única Europea, como la cohesión económica y social. Todo eso no ha sido más que banderas enarboladas y lo que ahora hay es el dominio fáctico de Alemania aplicando un mecanismo que entre todos han aprobado porque beneficiaba a los intereses de clase, pero del que muchos quieren desembarazarse. Por eso se da la paradoja de que Syriza sí ha recibido algunos guiños, incluso de quienes están con Alemania. Y Syriza tiene que jugar varias bazas. Ha hecho muy bien en acercarse, aunque sea muy poco, a Rusia, pero muy bien que ha hecho. Y yo me acercaría a China, y cuestionaría elementos de la política exterior que no forman parte de los tratados, sino que forman parte de lo que podríamos llamar estatus de los hechos consumados, pero que no está escrito y que solo tiene que ver con el dominio de una parte de la Unión Europea sobre las demás, porque hay muchas cosas de la política exterior de la Unión que no están en los tratados, como en los tratados no está la Troika. La Troika no existe en los tratados de la Unión, se ha ido imponiendo. Y yo creo que si estas personas saben jugar con eso, y sobre todo, buscan el respaldo internacional de otros primos de Zumosol, como los chinos y los rusos, hay margen.

Pero para ello el pueblo griego, el votante de Syriza tiene que estar en la calle. Y yo creo que van a estarlo, porque un gobierno que al día siguiente empieza cumpliendo sus promesas con la reincorporación de antiguos funcionarios despedidos, las reincorporación de las 300 limpiadoras despedidas, la subida del salario mínimo, y dice «mira eso es lo que por ahora puedo dar, pero habrá más», es un gobierno que crea confianza. En el Frente Cívico planteamos que lo primero que debería hacer un gobierno de cambio es poner en marcha una serie de medidas inmediatas para la gente. Y lo de Syriza es un ejemplo de lo que hay que hacer. Yo lo sigo con apasionamiento y veo que lo que se está allí gestando no puede ser traicionado, después de tanta movilización y tantas huelgas como ha habido. Pero aquí temo –y voy a dar nombres– que los sindicatos mayoritarios no estén a la altura, porque no tienen ni proyecto, lo único que tienen es instinto de conservación en la pecera, en el gueto, es decir, se han autoexiliado. Y la función de Podemos y de las otras formaciones políticas –entre ellas Izquierda Unida y el Partido Comunista– es ayudar a Syriza y ayudar a Syriza no es solamente ir a sus mítines y decir en los mítines que estamos con Syriza, es cambiar la política nacional ¿A mí de qué me sirve que Izquierda Unida diga que está con Syriza si después pacta con el PSOE? ¿Qué sentido tiene eso? Si después no somos capaces de hablar de qué pasa con el euro. ¿Qué sentido tiene eso? ¿Qué sentido tiene decir que Syriza son los nuestros, si después te sigues tragando la política europea?

Juan Andrade: *¿Qué consideras que ha hecho bien Syriza para llegar a donde ha llegado? ¿Tienes información de tus años al frente de IU?*

Julio Anguita: No lo conozco a fondo pero sí he leído. Cuando yo estaba en Madrid teníamos conexión con el Partido Comunista Griego de Aleka Papariga, que hasta no hace mucho ha sido la Secretaria General del partido, y con Synaspismós, cuya figura más representativa entonces era María Domanaquis. Nosotros estábamos integrados en el grupo europeo con los dos, porque conseguimos que los dos estuvieran. Le veíamos más perspectiva de futuro a Synaspismós porque, es verdad, que el Partido Comunista Griego no estaba muy actualizado y no conseguiría grandes cosas, pero es un partido bien timbrado, como el portugués. Y vimos después las tremendas escisiones que tuvieron, pero también vimos, en aquella coincidencia en el grupo parlamentario, que sonaban músicas

nuevas. Y eso dio origen al caballero este, a Alexis Tsipras y a otros dirigentes, que entendieron que había que hacer una lectura de la Unión Europea no catastrofista, pero sí que construyera alternativas. Ahí había un punto de coincidencia con nosotros –con nosotros entonces– pero ya no sé más. Dejé la coordinación, me vine a Córdoba y les perdí la pista. Hasta que de pronto apareció Tsipras. Pero sí, Syriza es un movimiento con una larga trayectoria, con raíces, no es un fenómeno como Podemos. Viene de estructuras formadas, viene de culturas políticas sólidas e implantadas, unas mayoritarias y otras minoritarias en el seno de la formación y, por tanto, viene de un tejido social previo, muy bien articulado.

Lo más llamativo hasta mayo de 2011 fue la ausencia de una respuesta de la sociedad proporcional a la dimensión de la crisis y a la salida antisocial que se estaba buscando. Las organizaciones políticas y sindicales tradicionales justificaban la escasa ambición y contundencia de sus acciones aduciendo que no serían secundados en su empeño por ir más lejos, que la sociedad no daba mucho más de sí. Si lo primero parecía más o menos cierto, lo segundo se reveló falso.

El 15 de mayo de 2011 varios colectivos de jóvenes indignados y movimientos sociales de mayor trayectoria, entre los cuales había militantes de las organizaciones tradicionales de la izquierda, convocaron una manifestación en Madrid. La asistencia desbordó cualquier previsión. Cientos de miles de ciudadanos se echaron ese día a las calles al grito de «No nos representan», «Lo llaman democracia y no lo es», «No somos mercancía en manos de políticos y banqueros» o «No es una crisis, es una estafa». Lo sorprendente fue que esa manifestación puntual derivó en un acto de protesta permanente basado en la reapropiación ciudadana del espacio público. La manifestación se transmutó en la acampada de la Puerta del Sol y la acampada de la Puerta del Sol tuvo su réplica automática en las plazas de las principales ciudades del país. De la expresión de la indignación se había pasado a la desobediencia civil en masa. Con el 15M la desobediencia civil dejó de ser una acción de minorías políticamente concienciadas para convertirse en un acto masivo de la gente común. El intento de levantar las acampadas a golpe de intervención policial alentó un movimiento todavía más amplio de adhesión ciudadana. Las subdelegaciones del gobierno concluyeron que no quedaba

más remedio que dejarles en su sitio. El 15M se convertía en un gesto público y masivo de desafío exitoso al poder[8].

El impacto inicial del 15M desató dos fenómenos paralelos. Por una parte, abrió un proceso de politización acelerada para mucha gente: las plazas se convirtieron en un ágora de disidencia con amplio eco en tiempo real a través de las redes sociales. Por otra, el 15M generó una sensación de empoderamiento tremenda y abrió por primera vez en mucho tiempo una perspectiva amplia de cambio político en el imaginario colectivo.

Ni el poder, ni tampoco las direcciones de las organizaciones tradicionales de la izquierda supieron leer el 15M. Lo identificaron con su manifestación fenoménica más llamativa, las acampadas, y lo atribuyeron a un difuso y volátil sentimiento de malestar. Pero el 15M fue mucho más que eso. El 15M fue un impulso profundo que surgió de la sociedad misma: una energía contestataria de dimensiones inusuales que atravesó a amplios sectores no politizados de la ciudadanía y que sacudió también el interior de las estructuras de organizaciones preexistentes. El 15M fue el mejor y más representativo portavoz del descontento ciudadano que no encontraba cauce –y sí algunas trabas– en algunas de esas organizaciones. Dicho en términos más cómodos para la izquierda: el 15M representó la emergencia del conflicto social en toda su rotundidad ahora bajo otras formas de acción y otros discursos y a través de sujetos múltiples unificados por la precariedad material y la sensación de desengaño al menos con respecto al sistema político. Visto incluso con perspectiva histórica el 15M fue la primera respuesta masiva en España a la ruptura del pacto social –rara vez cumplido en beneficio de los abajo– de la transición y, por supuesto, una ruptura con los consensos de entonces y con su cultura política[9].

El 15M surgió de la crisis económica y social y de la sensación que tenía mucha gente de estar viviendo en un país intervenido por intereses no sujetos a control democrático. Surgió de la conciencia acerca de los límites o la inconsistencia general de la democracia realmente existente. Surgió también como respuesta a las medidas antisociales y a la corrupción de la derecha y de la izquierda gobernante. Y surgió también como respuesta a una izquierda rutinaria, autorreferencial, temerosa, desmovilizada y desarmada ideológicamente. El 15M fue un acontecimiento original y fundante de un nuevo tiempo político que, no obstante, cogió impulso,

discursos y recursos de experiencias contestatarias previas que venían, al menos, de las movilizaciones de las últimas décadas.

El 15M destacó también por la heterogeneidad de los participantes. La heterogeneidad social estaba minimizada porque la mayoría de sus miembros se movían, más allá de su extracción social desigual, entre el paro, la precariedad, la salida al extranjero y la falta general de perspectivas. La heterogeneidad era mayor en lo que a culturas políticas y expectativas acerca del propio movimiento se refiere. Los debates más enconados se dieron en torno a la concreción programática, las formas de organización y la relación con otras organizaciones. Para algunos el movimiento debía dotarse de estructuras organizativas y concreción programática a fin de ganar en eficacia y capacidad de presión. Para otros la concreción programática podía ahogar la pluralidad en la que radicaba la fuerza del movimiento, mientras que una mayor organicidad podía burocratizarlo y generar liderazgos indeseados. Para algunos sectores la alternativa del movimiento era el movimiento mismo: frente a la democracia elitista, corrupta y representativa se contraponía la democracia horizontal, abierta y directa de las asambleas en las plazas. Para otros sectores esa forma directa de democracia era en todo caso una aspiración máxima que debía ser conjugada con mecanismos colectivamente controlados de representación. También hubo tensiones, simplificándolo mucho, entre dos almas cruzadas del movimiento: una más ciudadanista, que ponía el acento en la regeneración política, y otra más alternativa, que insistía además en los derechos sociales y las relaciones de poder. Las diferencias no se podían explicar a partir de esquemas interpretativos clásicos. No se trataba de tensiones reductibles a la típica confrontación entre comunistas, socialistas, libertarios y autónomos. Aunque estas tendencias estuvieran incluidas en sus formas más variadas y actualizadas, había otras muchas más que se salían de esos parámetros: formas muy primarias de hastío a lo político, tendencias posmodernas fascinadas con la dimensión estética del movimiento, gentes en experimentación no sujetos pero tampoco indiferentes a esas tradiciones, sectores muy pragmáticos y otros que, como suele ser habitual en tiempos de crisis, requerían soluciones rápidas y efectivas e instrumentos útiles y eficientes para conseguirlo[10].

Sobre las relaciones con otros partidos hubo posturas muy encontradas. Había quienes querían hacer del 15M un partido político, idea minoritaria descartada en su literalidad. Otro sector más amplio y heterogéneo reclamaba la abstención, el voto nulo o el voto en blanco con representación en el parlamento. Muchos planteaban la necesidad de votar opciones minoritarias. La relación con los partidos existentes fue en el mejor de los casos problemática y habitualmente de confrontación o desprecio. El bipartidismo era un objeto a abatir, con apenas diferencias de grado en las consideraciones acerca del PP y el PSOE[11].

Las relaciones entre Izquierda Unida y el 15M fueron contradictorias y en ellas se pudieron ver ya los límites de la dirección de una formación sin apenas consciencia del nuevo ciclo que se había abierto y de las posibilidades que encerraba. La actitud de la dirección de Izquierda Unida hacia el 15M se movió entre el desprecio, la displicencia, la incomprensión, la utilización oportunista y, en otros casos, la voluntad de cooperación e incorporación respetuosa y hábil. A nivel de base muchos de los militantes de IU fueron parte integrante y fundacional del movimiento, no por directriz de su organización, sino por haber encontrado un espacio más efectivo y amable en el que dar cauce a su compromiso. La actitud del conjunto del movimiento hacia IU fue de extrañamiento. Si a pesar de las coincidencias entre muchas de las propuestas de IU y los planteamientos del 15M no había sintonía era porque el movimiento constataba varias contradicciones de la formación: su incoherencia entre el decir y el hacer, sus luchas internas de poder y su integración, aunque fuera como voz discordante, en la institucionalidad del sistema. En cualquier caso, cuando el 15M desapareció en su manifestación más llamativa, la dirección de IU pensó aliviada que estaba en su sitio: en un escenario ya conocido de desgaste del bipartidismo del que sacar pequeñas ventajas.

El 15M supo reinventarse para zafarse de las embestidas del poder y para resistir al desgaste que entrañaba sostener de manera indefinida la presencia continuada y masiva en grandes espacios públicos. De las primeras demostraciones de fuerza en forma de acampadas y asambleas decidió orientarse a los barrios para converger allí con otras luchas que habían surgido de su propio seno, en sus márgenes o de manera independiente pero complementaria. Con el tiempo la energía contestataria, los discursos, el imaginario y los repertorios de acción del

15M se contagiaron a estas y otras luchas: el recibimiento masivo a la columna de los mineros asturianos en Madrid, las huelgas generales o las acciones del Sindicato Andaluz de Trabajadores de Andalucía en el verano de 2011. La conexión del 15M resulta más evidente todavía con la lucha de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca, los escraches, las mareas, los Campamentos Dignidad o las Marchas de la Dignidad.

Juan Andrade: *Julio, ¿qué piensas del 15 M?*

Julio Anguita: Recuerdo que saludé con efusión y calor la aparición de esta expresión democrática de sentimientos y opiniones. Escribí un artículo en el que decía textualmente que eran «los nuestros»[12]. Lo decía en el sentido de pertenencia y no en el de posesión. Recuerdo que Rosa Montero me criticó por decirlo; creo que escribió de oídas, porque si lo hubiera leído no la habría hecho. Cosas que pasan.

Creo que el 15M fue un acontecimiento que nació y murió, pero que en el corto periodo de vida conmocionó tanto a la opinión pública, a la política y a la población que hay un antes y un después de ello.

Digo que nació y murió porque el 15 M de acampadas, contestación, desmontaje de los mitos políticos y renovación de la ilusión operativa no podía, con su estructura asamblearia permanente y su ensimismamiento en la crítica radical (tan necesaria), cristalizar en organización activa y operante. Fue un revulsivo pero un revulsivo con herencia. Nació, generó, impulsó y se adormeció.

Juan Andrade: *¿Participaste en algunas de sus asambleas, manifestaciones o acciones de calle?*

Julio Anguita: Asistí a alguna que otra de sus asambleas, lo saludé como acabo de decir y desde luego participé en sus manifestaciones. Pero sobre todo he hecho un seguimiento de toda su trayectoria.

Juan Andrade: *¿Cómo valoras el papel de IU ante el 15M?*

Julio Anguita: Las fuerzas políticas fueron sorprendidas y no captaron inmediatamente lo que aquello evidenciaba y suponía. IU también estaba incursa en esa sorpresa. Pero un tiempo después, bastante breve, reaccionó y estuvo en todas las manifestaciones y actos que el 15M realizó. No olvidemos tampoco que Alberto Garzón es uno de los políticos

perfectamente conexionado con el 15M. Tampoco debemos olvidar la asistencia de Cayo Lara a algunos actos del 15M y las desafortunadas reacciones de algunos integrantes del movimiento. Lo de la pureza de sangre debe quedar recluido a otros tiempos, sobre todo cuando Lara representaba y representa a unas siglas portadoras de ideas, propuestas y valores que fueron demostradas en la realidad de cada día.

Juan Andrade: *La crisis ha generado infinidad de respuestas sociales, en forma de protestas, conflictos y luchas populares. Entre los movimientos que surgieron al calor del 15M o desde otras lógicas afines está la Plataforma de Afectados por la Hipoteca con la campaña STOP Desahucios y los escraches, las mareas, las redes de solidaridad popular, los Campamentos Dignidad en Extremadura, las Corralas o las marchas de la dignidad del 22M. ¿Qué valoración haces de estos movimientos y qué relación has tenido o tienes con ellos?*

Julio Anguita: Son la manifestación más genuina de que ha empezado un proceso de cambio. Ese es el movimiento plural, multiforme y vario que expresa la posibilidad de cambio. Todo ello confluyó el 22 de marzo del 2014 en Madrid. Allí se plasmó la fuerza que más organizada y cohesionada va a producir el cambio. Fue una explicitación de que el proceso constituyente es posible. Falta todavía paciencia, entrega, modestia en grupos y partidos. Y falta además un saber distinguir entre lo importante y lo accesorio y prescindible. Un año después se volvió a convocar y no salió tan bien. La convocatoria de elecciones restó apoyos y esfuerzos movilizadores. Creo que otro error consistió en empecinarse en convocarla. Y como dije en su momento, cuando se consigue un hito como el del 22M solamente se puede volver a Madrid para doblar o triplicar el número de asistentes.

En el Frente Cívico nos volcamos en trabajar en esas instancias y siempre a título personal. Creemos que ahí está el camino. Faltan sin embargo los apoyos, esfuerzos y compromisos de una parte de la intelectualidad y la cultura. Son indispensables.

Juan Andrade. *Estos movimientos han tenido tal entidad que con frecuencia han sido objeto de dura represión. Estas prácticas represivas se han terminado objetivando en la «Ley Mordaza» del ministro Jorge*

Fernández Díaz, que se aprobará en breve. Hace unas semanas te he visto en una foto en internet posando como un presidiario con un cartel. ¿Qué pasó ahí?

Julio Anguita: Es la única vez que he aceptado hacerme una fotografía llevando un cartel o una consigna. En octubre del 2013 un colectivo social en el que hay miembros de Prometeo y del Frente Cívico entró en un colegio público abandonado y procedió a transformarlo en una sede del movimiento ciudadano. Se hizo un comedor para indigentes, se establecieron clases de recuperación para alumnos de Primaria, ESO y Bachillerato, se abrió una biblioteca, se puso en funcionamiento una radio con el nombre de «Radio Dignidad» y se habilitaron las aulas para reuniones del movimiento ciudadano. Y todo ello tras haberlo aseado, pintado, amueblado, etc., gracias a las aportaciones en especie y en trabajo de voluntarios. El ayuntamiento denunció a unas personas y el día en que fueron a comparecer al juzgado los que íbamos acompañando a los citados nos pusimos ese cartel de autoimputación. Tras el nuevo consistorio parece que la meta se ha conseguido. Han prometido agua al centro porque el ayuntamiento del PP la había cortado. Parece al día de hoy que todo va a acabar bien.

Juan Andrade: *Una parte de los cambios que se están produciendo en la protesta social, en el mapa político y en la izquierda tiene que ver con la llegada a la primera línea de fuego de gente perteneciente a otra generación, que está sobre todo entre los 25 y los 40 años. Es otra generación distinta a la llamada generación de la transición que parece va a reemplazarla, pasándose además por alto a buena parte de la que vivió de joven los 80. ¿Piensas que en este sentido se ha producido una ruptura generacional?*

Julio Anguita: Porque esa es la generación del desencanto, del fin de la transición y de la necesidad de cambiar, no solamente el ropaje, el lenguaje y los contenidos. Es decir, gente que mantiene una necesidad de cambiar. Pero no sobre los parámetros, consensos y valores que presidieron la transición. Esta gente en el fondo, no sé si lo saben, pero están planteando una ruptura. No sé si se dan cuenta de que ellos son ya el proceso constituyente, que lo son al romper con lo de la casta que había y al

cuestionarse la política en este sentido. Eso les define muy bien, algunos han dicho borrón y cuenta nueva. Y ese borrón y cuenta nueva es la ruptura. No sé si son conscientes de que eso es la ruptura. En ese sentido han llevado consecuentemente el discurso de IU. Y por eso la crisis se ha reabierto en IU. Una crisis para bien. Creo que a IU se le ha dado una nueva oportunidad. Creo que la última. No puede desaprovecharla.

[1] Existe una amplia bibliografía sobre la gestación y el desarrollo de la crisis. Véase por ejemplo el amplio trabajo de Robert Brenner, *La economía de la turbulencia global*, Madrid, Akal, 2009, el libro más divulgativo de Paul Krugman, *El retorno de la economía de la depresión y la crisis actual,* Barcelona, Crítica, 2009 o las buenas síntesis que aparecen en Vicenç Navarro, Juan Torres y Alberto Garzón, *Hay Alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España,* Madrid, Sequitur, 2011, pp. 17-36; y Observatorio Metropolitano, *La crisis que viene. Algunas notas para afrontar esta década,* Madrid, Traficantes de Sueños, 2011, pp. 11-59.

[2] Sobre la extensión mundial de la crisis, en concreto a Europa, véase, además de los libros de síntesis citados, Costas Lapavitsas, *Crisis en la Eurozona,* Madrid, Capitán Swing, 2013, cap. 1.

[3] Sobre las manifestaciones a escala nacional de la crisis y respuestas dadas por los gobiernos, incluido el de España, véanse los análisis de casos de toda la bibliografía anteriormente citada.

[4] Casos hubo en los que las entidades financieras privadas obtuvieron dinero del BCE al 1 por 100 y compraron deuda en Grecia a un interés del 7 por 100, véase Antoni Domènech, Alejandro Nadal, Gustavo Búster, Daniel Raventós, «La UE y Zapatero se superan, o cuando los locos son los lazarillos de los ciegos», *Sin permiso,* 17 de mayo de 2010, en http://www.sinpermiso.info.

[5] Costas Lapavitsas, *op. cit.,* y más recientemente C. Lapavitsas y H. Flassbeck, *Contra la Troika. Crisis y austeridad en la eurozona,* Madrid, Akal, 2015.

[6] Observatorio Metropolitano, *op. cit.,* pp. 52-53.

[7] Antoni Domènech, Alejandro Nadal, Gustavo Búster, Daniel Raventós, *op. cit.*

[8] Para hacerse una idea de lo sucedido esos meses véase la amplia serie de entrevistas el proyecto 15Mcc: http://madrid.15m.cc/p/conversaciones-15mcc.html. El 15M generó pronto una amplia bibliografía sobre todo en la red acerca de los significados del movimiento, elaborada, en muchos casos por sus protagonistas. Para hacerse una idea de las primeras publicaciones: Xavier Domènech, «Dos lógicas de un movimiento: una lectura del 15-M y sus libros», 1 de agosto de 2011, en http://www.sinpermiso.info.

[9] Luis Juberías, Edgar Manjarín, Quim Cornelles, Ayoze Alfageme y Celestino Sánchez, «Apuntes sobre dos años de movilización y perspectivas de ruptura democrática en el Reino de España», 29 de julio de 2012, en http://www.sinpermiso.info. Sobre miradas del 15M a la transición y relaciones entre ambos momentos véase el interesante trabajo de Germán Labrador, «¿Lo llamaban democracia? La crítica estética de la política en la Transición española y el imaginario de la historia en el 15M», *Kamchatka: revista de análisis cultural* 4 (2004).

[10] Sobre los debates y planteamientos en el 15M y sobre el 15M en general se ha escrito mucho, por su interés y carácter sintético y compilatorio véanse, por ejemplo, Marta Cruell y Pedro

Ibarra (coords.), *La democracia del futuro. Del 15M a la emergencia de una sociedad civil viva,* Madrid, Icaria, 2013 y VVAA, *La rebelión de los indignados. Movimiento 15M: democracia,* Madrid, Popular, 2011 o los trabajos de Amador Fernández Savater, «15M: una revolución de personas», *Papeles de relaciones ecosociales y cambios global* 189 (2011) o el 15M y «La ruptura de la cultura consensual en España», *Periférica* 13 (2012).

[11] Juan Carlos Monedero, «La izquierda y el 15-M», 01-08-11, en http://www.sinpermiso.info.

[12] «Son los nuestros» en Julio Anguita, *Combates de este tiempo,* cit., pp. 294-296.

17. La crisis del régimen del 78

El fin del crecimiento económico, los niveles de empobrecimiento y precariedad, la falta de expectativas entre las clases medias, la ruptura cultural que supuso el 15M, las movilizaciones subsiguientes, la sucesión de urgencia en la jefatura del Estado, las tendencias electorales que aventuran las encuestas y se acaban de materializar en autonómicas y locales, la expansión de la corrupción y el descrédito de las élites políticas permiten pensar que nos encontramos ante lo que, en términos gramscianos, podríamos llamar una crisis orgánica.

Por crisis orgánica nos referimos a una crisis que destaca por su amplitud y profundidad, a una crisis compleja e integral que afecta a prácticamente todas las esferas de actividad y donde las causas y los efectos, además de multiplicarse, a veces se superponen y en otras hasta se confunden. Sin embargo, una crisis orgánica no garantiza una transformación radical de la sociedad, ni siquiera un cambio de régimen, ni a veces un simple cambio de gobierno. Una crisis orgánica no es más que un momento de oportunidad donde todo eso puede suceder y todo eso puede frustrarse[1].

La secuencia de la gestación de la crisis orgánica en España, de la llamada crisis del régimen del 78, ha sido compleja y acelerada. La crisis económica puso de manifiesto la incapacidad de los dos partidos de gobierno a la hora de buscar no ya una salida social a la misma, sino de encontrar simplemente una salida. También puso de manifiesto la complicidad de ambos con las medidas de austeridad que tan inútiles ha sido y tanto sufrimiento han generado. La crisis económica de un modelo de crecimiento basado en la especulación financiera e inmobiliaria dejó al descubierto poderosas tramas de corrupción en los partidos gubernamentales tejidas al calor de las recalificaciones, licitaciones, concesiones o externalizaciones. En este contexto, buena parte de la sociedad sintió que los mismos que clamaban por la austeridad y recortaban servicios o derechos estaban enriqueciéndose con dinero público. Poco a poco la crisis económica fue mutando en una crisis de autoridad.

Las medidas contra la crisis han sido impuestas por instituciones internacionales no elegidas democráticamente (la famosa Troika) y ejecutadas bajo esa coacción o en abierta sintonía por dirigentes políticos nacionales. Eso ha llevado a mucha gente a la percepción de vivir en un país intervenido, donde la soberanía nacional ha sido confiscada por grupos oligárquicos y poderes extranjeros. Lo que la crisis ha puesto de manifiesto son los estrechos límites de la democracia del país. Para mucha gente ello ha sido alentado o permitido por la institucionalidad vigente y una forma de hacer política pareja a ella: lo que se ha dado en llamar el régimen del 78. Lo que ha aumentado es el número de gente que no reconoce a sus representantes y no se reconoce en la vida estatal.

La crisis ha terminado derivando en una crisis de hegemonía de las elites políticas y sociales a la hora de afirmar su idea de país y cohesionar a la mayoría de la sociedad en torno a esa idea. Esta idea de país, que arranca de la transición y se desarrolla en los ochenta y noventa, se asentaba sobre dos pilares: un nuevo, o no tan nuevo, proyecto de modernización y una identificación colectiva de los ciudadanos con la transición en tanto momento fundacional de una larga era democrática y de progreso. El proyecto de modernización se basaba en todo lo que hoy ha entrado en crisis: la convergencia europea como espacio de prosperidad, un pacto social que debía garantizar unos niveles de bienestar material mínimos y un sistema político representativo de la pluralidad de la sociedad y de la diversidad territorial. Por su parte, el mito de la transición aspiraba a devolver la autoestima a los españoles al presentarlos como un pueblo maduro que gracias a la moderación y la reconciliación fue capaz de recuperar las libertades y poner en marcha ese proyecto de modernización que apuntaba a Europa. Pero este mito ha entrado en crisis por la crisis del proyecto de modernización al que iba unido y por su propia inconsistencia formal, porque su propia candidez y rigidez hacen que ya no conmueva o ni siquiera interpele.

Y frente a esto se ha producido la salida de amplios sectores de la población del consenso pasivo y su activación política. Esos amplios sectores son muy heterogéneos socialmente hablando. Les unifica, en todo caso, la precariedad en sus distintos grados de severidad, el empeoramiento de sus condiciones de vida con respecto a su situación de partida (lo que no significa que fuera la misma) y la ausencia de

perspectivas de mejora. El conglomerado responde a lo que, otra vez en términos gramscianos, podríamos llamar lo nacional-popular (trabajadores, parados, estudiantes, técnicos, profesionales y amplias clases medias depauperadas y sin expectativas). La unidad la cimenta en cierta medida el sentimiento de indignación y la voluntad genérica de cambiar el país. La activación política de estos sectores tan amplios se ha dado en un proceso complejo que arranca de la emergencia del 15M, pasa por el desarrollo de movilizaciones más fragmentarias pero de hondo calado, tiene que ver con una politización creciente a través de las redes sociales y se renueva con las expectativas creadas primero por la irrupción de una nueva fuerza política, Podemos, y reforzadas después con las candidaturas municipales de unidad popular[2].

Juan Andrade: *¿Estamos en una crisis de régimen? ¿Estamos ante la crisis del llamado Régimen del 78?*

Julio Anguita: Se constata que la transición ha fracasado como el proyecto que dijo ser: la superación de los problemas no resueltos durante décadas y que se habían enquistado con el franquismo. La transición no resolvió el problema de la articulación del Estado, no ha resuelto la dicotomía entre Estado confesional o laico, tampoco ha desarrollado lo del Estado social y democrático de derecho y, por último, ha dejado hibernado y pudriéndose la cuestión república o monarquía.

Fracasó en eso, pero no fracasó para la clase dominante. La clase dominante supo pasar del franquismo a la etapa de construcción europea con grandes beneficios. Las 35 empresas del IBEX han ganado. Pero el proceso político –como Cronos devorando a sus hijos– ha devorado a todos los actores, no ha salido ni uno indemne, y los que más han salido perjudicados son los que más creyeron o dijeron creer en él: el PCE, por ejemplo. El PCE hizo de la necesidad virtud y de aquel pacto, de aquella transición y transacción impuesta por el miedo, hizo la virtud, dijo que aquello había sido perfecto. Se equivocó y además lo acabo de escribir y aparecerá en *Mundo Obrero*. Y no solamente lo digo ahora, sino que en el año 96, en el discurso de la fiesta del partido –discurso aprobado por el Comité Central– dijimos ya que rompíamos con la Constitución y con la transición y que, por tanto, estábamos buscando ya la salida republicana[3].

No lo dije con la palabra expresa pero lo dimos a entender. Aquel discurso quedó en el aire, después no se desarrolló.

Pues bien, el PP ha agotado ya su modelo, y el modelo no le sirve a determinados poderes ¿Por qué? Es demasiado conservador. Lo que ha sido posible es que hasta ahora ha metido en su seno a la extrema derecha, aunque ya veremos si no se sale de él y va a las andadas buscando coincidencias con otros lugares, con Le Pen. El PSOE no ha levantado cabeza. El PSOE va errático desde Felipe González, que sigue teniendo mucho predicamento. Y en un sentido más amplio va errático desde que aplicó Bad Godesberg en 1979, errático cuando se deslumbraron por la economía de mercado y por la ganancia fácil. Va errático, sin ideología ninguna, buscando secretarios generales como la moda otoño-invierno o primavera-verano, pero no lo encuentran.

Nosotros –en Izquierda Unida– hemos sucumbido a una lucha fratricida entre dos proyectos. Por una parte, el proyecto que no ve más allá de la alianza con el PSOE y camina de la mano del sindicato de Comisiones Obreras, que le dicta la política social. Y, por otra parte, está el proyecto del que venimos hablando que yo defendí y que hoy es minoritario. Durante un tiempo se mantuvo con muchas dificultades frente a Nueva Izquierda, frente a la dirección de Comisiones como enemigo, frente a los del PSOE, frente a gente nuestra. Se intentó encarrilar durante un tiempo, pero han vuelto. Volvió esa política que consistía en considerar al PSOE como nuestro interlocutor y que el sindicato de Comisiones Obreras nos dictara la política social. Esa es la política que en esta etapa actual ha estado imperando. Y claro, como ha aparecido en el momento en el que la transición empieza a moverse pues ¿qué ocurre? Que IU no ha estado a la altura, no ha oído lo que venía. Y lo que tampoco quisieron oír –y lo voy a decir con todas sus letras– fue la propuesta que Pablo Iglesias y Juan Carlos Monedero me comunicaron sobre la posibilidad de ir con IU a las elecciones europeas. Ahora Podemos, instalado en las instituciones, está cayendo en el error que antes tuvo IU. O se toma en serio el proyecto de unidad popular o el bipartito volverá a dominar absolutamente.

Juan Andrade: *El 9 de junio de 2012, el ministro de economía anunció que España recibiría una inyección del Eurogrupo de hasta 100.000 millones de euros. ¿Fue una ayuda, fue un préstamo, fue rescate?*

Julio Anguita: Fue un rescate en toda la línea. Lo que ocurre es que en la política basada en los medios de comunicación se deben omitir las palabras «fuertes».

Juan Andrade: *¿Cómo ves hoy al Partido Popular de Mariano Rajoy?*

Julio Anguita: Considero inexplicable que todavía tenga tanto apoyo en las últimas elecciones. El batacazo ha sido fuerte pero el que haya votantes que antepongan su entidad y patriotismo de partido o ideológico a sus pregonadas protestas de honradez es escandaloso e indica el esfuerzo pedagógico, didáctico y ético que la alternativa debe poner en marcha. Creo que la España de Fernando VII sigue viva.

Juan Andrade: *Después de las elecciones europeas la crisis alcanzó directamente al principal dispositivo autoperpetuador del llamado Régimen del 78, la monarquía, que tuvo que acelerar, de manera un tanto chapuza, la sucesión dinástica. Detrás de la abdicación de Juan Carlos I estaba el descrédito, poco tiempo atrás casi impensable, no solo de su persona, sino de la institución monárquica; así como la quiebra del sistema tradicional de partidos en que se asentaba. Detrás de la sucesión exprés está el deseo de asegurar la clave de bóveda de todo ese sistema. ¿Cómo viste aquello?*

Julio Anguita: Lo dejé por escrito en un artículo. Al rey Juan Carlos lo han puesto en la calle ahora, pero hay antecedentes. No es la primera vez que se ha intentado. En la década prodigiosa, allá por el año 93-94 hubo una cosa muy efímera que duró 15 días y que se mal llamó la conjura republicana. Era una conjura republicana muy rara porque estaba Luis María Ansón y se hablaba de que estaba la reina. Por tanto, no era una conjura republicana. Aquello fue cuando detuvieron a Javier de la Rosa, a Mario Conde y por en medio estaba Manolo Prado y Colón de Carvajal. Como la monarquía empezaba a estar desprestigiada por esos casos, para salvarla había que cambiar al titular. Lo que pasa es que el rey salió de aquello. Dios sabrá, y en su momento lo sabremos todos, por qué, en virtud de qué pactos.

¿Qué es lo que ha pasado ahora? Más de lo mismo, pero con las variaciones que introducen los cambios de tiempo y de situación. Son conscientes de que el rey es la clave que mantiene el sistema, pero también de que el rey Juan Carlos había llegado a ser impresentable y había que sustituirlo. Y el sucesor es alto, es guapo, habla inglés, se entrega a su

profesión como la madre, etc. Por tanto, él puede servir ahora para facilitar el acuerdo en torno a lo siguiente: vamos a silenciar el caso Nóos, los ERE de Andalucía, la Gürtel y lo que haga falta porque hemos llegado a un estado de escándalo que no tiene límite. Y eso que apenas hemos empezado a conocer toda la podredumbre. El fenómeno Podemos ha acelerado la marcha de Juan Carlos I, pero el estatus confía en que Felipe VI, bien abrigado por los medios de comunicación restañe la fractura que la monarquía tiene. Por lo tanto, la abdicación del rey es la búsqueda de un pacto por el que los casos de corrupción vayan decayendo en la opinión pública y el resto se hará con sigilo.

Sin embargo, ese planteamiento tiene unas condiciones adversas derivadas de la coyuntura. Porque no han podido impedir que el cabreo se traslade a la calle y porque ya no pueden impedir que el aparato judicial –tan dócil al poder durante tanto tiempo, tan connivente con Pujol, tan connivente con los corruptores, tan connivente con las tropelías del monarca, tan connivente con los delitos económicos del monarca– empiece ya a recobrar su identidad y su función o lo intente por lo menos, porque también están hartos. No todo el poder judicial, sino determinados magistrados. Y no solo algunos magistrados, también parte de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, grupos de gente más profesional, más joven, que no creo que tengan motivaciones políticas porque también están yendo contra el PSOE. Hay como un afán de sacarse tanta mugre y están actuando, investigando a fondo.

Efectivamente, como decíamos antes, estamos en una crisis de régimen. La abdicación de Juan Carlos I es la señal más clara de que el régimen de la transición ha terminado. Y ha terminado como todos sabemos, con beneficios económicos para la oligarquía franquista, que, sin embargo, ha sido incapaz de insertarse de manera no dependiente en la economía europea y de la que se sabe dependiente y que va a rastras de las decisiones que toman otros. Para los que de manera –yo digo– ingenua apoyaron la transición, más allá de la necesidad del momento –me refiero al PCE– ha acabado mal. Los partidos políticos –como dije antes– han sido, como Cronos, devorados por el fenómeno. La abdicación supone que la clave del arco de bóveda del mantenimiento del régimen está tocada. El monarca ha salido muy degradado, muy deteriorado por sus escándalos y había que sustituirlo. Cuando abdicó el rey yo dije que habría una especie de ley de

punto final. Quiero aclararlo. No es que vaya a haber una ley, sino que sospecho va a haber una serie de acuerdos para minimizar, como digo, el impacto de los casos Nóos, Gürtel y EREs. Pagarán las segundas o terceras filas, se sobreseerán algunos expedientes por caducidad, se cambiarán algunos jueces y pasará el tiempo, porque lo que estaba ahí eran, en carne viva, las miserias de la transición.

Naturalmente, para que esto continúe el pacto entre las oligarquías es fundamental. Pacto que puede avecinarse entre el PP y PSOE después de los acontecimientos catalanes, cuando las aguas vuelvan a su cauce. Euskadi está perfectamente integrado, no hay más problemas. Todo parecía que estaba asegurado. Lo que pasa es que ha venido algo que no se esperaba nadie: Podemos. Podemos es la circunstancia sobrevenida y no esperada que de pronto ha abierto una brecha y ha abierto una brecha que las fuerzas partidarias del proceso constituyente y la transformación tenemos que utilizar. Y tenemos que supeditar muchas cuestiones de egos, de imagen y de autoestimas a la suprema misión que está en el origen de nuestra fundación: transformar y cambiar esto. Lo que ocurre, ahora y tras el 24 de mayo, es que la ruptura del bipartito no se ha producido y en consecuencia el ariete que parecía Podemos ha devenido en una fuerza política importante y con expectativas pero ya necesita de otra cosa más que sí misma. La unidad popular en torno a un programa de mínimos común.

En definitiva, y volviendo al asunto de la sucesión, Felipe VI tiene todas esas cualidades de cara al exterior de las que hablábamos, pero no ha agarrado todavía. No mueve a la gente como movió su padre, no es el rey de la transición, de la «gesta» del 23F, etcétera, etcétera. O sea, que el experimento, si bien no ha salido mal, sí les ha salido con menos gancho del que ellos creían que podía tener. Yo creo que esa es la causa de la defenestración del ex rey.

Juan Andrade: *Si ha habido un cambio acelerado en la jefatura del Estado, la jefatura del Gobierno se mantiene inmutable, en la doble acepción del término, en el sentido de que no ha cambiado desde las elecciones de 2011 y en el sentido de que quien la ocupa no parece inmutarse con lo que está pasando. ¿Has tenido relación alguna vez con Mariano Rajoy?*

Julio Anguita: No. No sé si le habré hablado algún día y no sé si ha pasado de buenas tardes o buenos días. Rajoy es el clásico funcionario de familia bien que considera que un país puede funcionar como una notaría.

Juan Andrade: *La crisis del llamado Régimen del 78 tiene también un vector importante: el resurgimiento del debate acerca de la organización territorial del Estado y la fuerza que ha cobrado en Cataluña lo que mediáticamente suele llamarse el proyecto soberanista, cuyo episodio destacado ha sido la celebración de la consulta el 9 de noviembre de 2014. ¿Cómo analizas este vector de la crisis?*

Julio Anguita: La Constitución fue una chapuza, ellos sabían que el problema estaba en la organización territorial del Estado, pero había que salir de aquel *impasse* y entonces idearon la fórmula de hablar de regiones y nacionalidades. Cualquier catedrático de Derecho Constitucional te dice que nacionalidad y nación es lo mismo. Lo que pasa es que tenían que reconocer que había tres entidades llamadas naciones porque no podían obviarlo. Lo que pasa es que también en la época de la República ya se habían depositado en las Cortes republicanas varios proyectos de estatutos de autonomía. Pero paradójicamente, los estatutos de Euskadi, Galicia y Cataluña de la República comenzaban diciendo que se constituían en comunidades autónomas «dentro del Estado Español». Ha sido la transición la que ha abierto la posibilidad de las nacionalidades, pero quedándose corta; he ahí el problema. Un problema agudizado por el 28 de febrero de 1980 en Andalucía. Aquello rompió el juego de la baraja tripartita. Los gobiernos autonómicos del PSOE se encargaron de volver las aguas a su cauce. Aquí no ha pasado nada. Como diría Lorca: «Señores guardias civiles aquí pasó lo de siempre, han muerto cuatro romanos y cinco cartagineses».

En toda esta barahúnda de declaraciones sobre el Estado federal nadie ha aportado nada sobre esa cuestión, salvo la reiteración de esas palabras. Es el caso del PSOE. La única fuerza política que ha abordado esta cuestión, y en serio, ha sido IU. Elaboró en su momento, primero bajo la dirección de Jaime Pastor y después bajo la de Luis Carlos Rejón, una propuesta de Estado Federal que mereció el aplauso de Ardanza y de Carod Rovira cuando se lo fuimos a presentar. Claro está que, pese al reconocimiento a la calidad del trabajo, mostraron sus diferencias porque

aquel texto no era independentista. Era una propuesta de Estado federal que intentaba darle un sentido nuevo al Estado español, incluso partiendo de la idea de las Españas, de que había varias Españas, y era una propuesta de Estado federal y además republicano.

Y esa es una propuesta que habrá que retomar inmediatamente cuando surja el conflicto. Porque va a ocurrir como en la Segunda República, va a ser el nacionalismo conservador el que rompa la baraja. Y entonces la izquierda y los sectores populares de Cataluña, por ejemplo, van a tener que contestar a eso rompiéndose y escindiendo su alma. Pero habrá que explicar con pedagogía que queremos construir un Estado y una España distintos. Y para eso hay que tener muy claro lo que queremos. Y yo sí creo en un Estado federal en el que haya una gran descentralización, una gran capacidad normativa de los Estados federados con respeto a las leyes federales. Un Estado federal en el que haya tres o cuatro principios que no se puedan tocar. Uno es la política social y económica, unas líneas maestras en política social, en política asistencial, en redistribución de riqueza, etcétera. Eso es de la centralidad federal. No puede ser interpretado por nadie, en todo caso aplicado bajo distintas formas. Otro es el principio de que al mercado se le acota un campo que marca la administración pública. Es decir, usted mercado por un tiempo va a funcionar pero dentro de los límites que marca el consenso federal: su constitución.

¿Qué está pasando ahora? Yo creo que Artur Mas, más que la independencia, busca una Cataluña que se ligue a España como Estado libre asociado, una especie de confederación en la que la administración federal solamente intervenga en momentos de crisis en el orden social burgués. Algo que siempre ha estado presente en el nacionalismo catalán conservador. Esta especie de *Commonwealth* tendría como cabeza al rey y unas líneas de actuación común bastante febles. Lo de Estado libre asociado se le escapó una vez a Jordi Pujol. No quieren la independencia. No quieren ser un Estado independiente como cualquier otro Estado, porque eso representaría un problema tremendo para ellos. Porque ¿quién va a pagar los ferrocarriles?, ¿quién va a pagar la parte alícuota de las autovías y autopistas? Porque bastará con que el Estado español dijera que ahora vamos a ir a Francia a través de Aragón para generarles un buen problema. Y puestos a bromear ¿dónde va a jugar el Barça? Ese proyecto crea un problema económico tremendo. En definitiva, que yo creo que hay que

hablar a la población de construir, que hay que debatir sobre qué España o qué Estado español queremos.

Juan Andrade: *¿Pasa la construcción de ese Estado federal por reconocer el derecho a la autodeterminación?*

Julio Anguita: Sí, porque esa es una seña de identidad nuestra. Pero además es que eso está en los pactos de 1966 de la ONU. Yo he mantenido muchos debates sobre esto. El artículo uno dice «se reconoce el derecho de libre determinación incluso a los territorios administrados en régimen colonial o de fideicomiso». Y la palabra incluso también en inglés, en alemán y en francés, significa «además», y si yo digo «además» es que hay otra cosa que no está mencionada. Claro, frente a eso las resoluciones de las Naciones Unidas dicen que no se pueden romper los Estados nacionales. Lo que ocurre es que las resoluciones de la Asamblea General de la ONU no son vinculantes, como se ha visto con las muchas condenas al bloqueo de EEUU a Cuba, pero los pactos de 1966, sí. También conviene recordar que esas citadas resoluciones han sido papel mojado en los casos de Montenegro, Croacia o Serbia.

Esos pactos de 1966, que entraron en vigor en España en 1977, son tan de obligado cumplimiento como los que ha ido forjando esta Europa de la UE. Lo que está claro es que una cosa es reconocer el Derecho de Libre Determinación (que ese es su nombre) y otra la manera de aplicarlo. Sobre ello hay antecedentes en los casos de Quebec y Escocia.

Juan Andrade: *Te preguntaba en general por tu opinión sobre el reconocimiento del derecho a la autodeterminación en el hipotético caso de que se abriera un proceso constituyente y se pudiera poner en marcha la construcción de un nuevo Estado federal. Ahora en concreto te pregunto sobre el literalmente llamado «Derecho a decidir de los catalanes» y el referéndum del 9 de noviembre de 2014.*

Julio Anguita: Creo que la utilización de la expresión «Derecho a decidir» es equívoca, porque esa formulación es inherente a una democracia; en consecuencia repetir la fórmula es lo mismo que decir «tengo derecho a opinar y votar». ¿Quién se va a oponer a eso? Lo que ocurre es que no se atreven a manifestar con claridad que lo buscado es el derecho de libre determinación. Pero, como he dicho con anterioridad, lo que realmente se

busca por parte de Mas es la constitución de Cataluña en un Estado libre asociado. Esa falta de claridad se volverá en contra del nacionalismo de origen burgués, porque llegará un momento, pasadas las saturnales independentistas, en que una mayoría de la población se dará cuenta de que los problemas de los trabajadores de Cataluña tienen su origen en la política económica que comparten al unísono Mas y Rajoy.

El nacionalismo de origen burgués ha tenido la suerte de que en Madrid esta cuestión siempre ha sido vista desde la perspectiva de la «Unidad de la España Imperial». Desde hace tiempo se tenía que haber reconocido la plurinacionalidad del Estado español, con las consecuencias dimanantes de ello. Los padres de la Constitución hicieron una chapuza porque, queriendo evitar conflictos, usaron el término nacionalidad. Y todo el mundo sabe que nacionalidad y nación son términos que se refieren a lo mismo. La única manera de combatir al nacionalismo burgués es la de afrontar el problema desde el reconocimiento de la realidad y, a la vez, sentando las bases de una política económica y social concorde con los DDHH y los demás compromisos que en esta materia ha adquirido España. Mas no está haciendo otra cosa que poner en marcha lo que Cambó y el nacionalismo burgués idearon. Las torpezas e intereses de clase de los gobiernos de Madrid han sido los aliados objetivos de los nacionalistas catalanes.

Juan Andrade: *¿Piensas que la incorporación de una parte de la izquierda a la reivindicación concreta de Artur Mas ha desviado esfuerzos de la lucha tan importante que se estaba y se sigue dando en Cataluña contra las políticas antisociales de la Generalitat?*

Julio Anguita: Sí, la izquierda catalana nacionalista, si quiere ser consecuente, debería exponer con toda claridad las razones históricas, culturales e ideológicas de su opción, pero enriqueciéndolas con su proyecto económico y social y, desde luego, con un mínimo talante de solidaridad con el resto del Estado. Si no lo hace así se convierte en un apéndice del nacionalismo burgués. Por eso resulta indignante la dilapidación que del PSUC hizo Iniciativa per Catalunya. Lo hibernó con los criterios del perro del hortelano y se echó en brazos del catalanismo de sus adversarios de clase. Y ello de tal manera que ya se confunde con él.

Juan Andrade: *En este contexto de debate sobre la organización territorial del Estado, ETA ha declarado el fin definitivo de la violencia. ¿Qué piensas que debería hacer ETA ahora y qué piensas que debería hacer ahora el Estado?*

Julio Anguita: Cada día que pasa y ETA no se disuelve es una bocanada de aire para los presupuestos filosófico-políticos que hoy gobiernan en España. EL PP tenía en ETA una justificación para no abordar el problema de la plurinacionalidad de España. Al ligar la violencia etarra a los postulados nacionalistas vascos, sin distinción entre sus varios matices, evitó afrontar el problema y a la vez sacó partido electoral de esa posición. En cuanto a ETA hay que decir que ha igualado en torpeza a los gobiernos sucesivos. Creyó que libraba una lucha de independencia nacional como lo hicieron los países del Tercer Mundo en las décadas de los años sesenta y setenta. Por otra parte, cometieron el criminal error de no saber distinguir entre el atentado selectivo (condenable pero con cierta lógica) y el atentado indiscriminado contra la población: supermercados, casas cuartel de la Guardia Civil, miembros aislados y poco relevantes de las FFAA o los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, etc. Independientemente de los actos criminales, el error de ETA ha consistido en la simpleza de sus argumentos y en el primitivismo de su odio infantiloide.

Juan Andrade: *¿Qué piensas de la desbordante corrupción de este país?*

Julio Anguita: Este es un tema sobre el cual debemos evitar la lógica explosión de ira y acercarnos al mismo con una cierta dosis de paciencia reflexiva. Dos hechos me llaman la atención. El primero es comprobar cómo los partidos políticos incursos en casos de corrupción siguen conservando una fuerte implantación electoral. El PP ha perdido muchos votos en estas elecciones el 24M, pero todavía conserva muchos. Sí, en el español medio el patriotismo de partido o el ideológico, conjuntamente con el odio al adversario, se imponen a planteamientos éticos y morales confesados públicamente. Es decir, el sentido de la justicia es bastante débil o inexistente en una parte nada despreciable de la población española. En este sentido la militancia partidaria deriva de la afiliación a la bandería. En ese sentido la tan aireada, cuando conviene, alarma social por los casos de corrupción es más una exageración que una realidad. La corrupción tiene,

por desgracia, un consenso fáctico en una parte muy importante de la base social.

La segunda reflexión que el tema de la corrupción merece es sobre la responsabilidad de los políticos en la misma. Sobre ello quisiera hacer unos comentarios. Considero más que sospechosa la generalización de la responsabilidad de la corrupción a los políticos. Es curioso oír como la política y los políticos son los chivos expiatorios de este mal social. Es indudable que los hombres y mujeres que han sido elegidos por el pueblo deben actuar con mayor honestidad que los demás y en consecuencia su falta debe ser magnificada. Sin embargo, esta consideración no existe en los casos del voto que anteriormente comenté, ni tampoco se extiende a los que sobornan, compran o corrompen a un político: empresarios, *lobbies,* banca, etc. En esta imputación en solitario a los políticos late la cultura franquista de la hipocresía y de la ocultación de los problemas de fondo. La política considerada como el colmo de los males y de la deshonestidad es algo muy metido en el tuétano de determinados sectores de la población que han heredado en su lenguaje y en sus hábitos la alusión a los políticos como «politicastros»; una alusión típica de fascismo franquista.

Ya es hora de decir claramente, aún a riesgo de ir a contracorriente, que los hombres y mujeres que se dedican a la actividad política tienen los vicios y virtudes propios de la sociedad de la que proceden. Son personas que al llegar a puestos de responsabilidad y de «tentación» no traían de su casa las convicciones y principios que debieran. La corrupción grande se justifica y se basa en la pequeña. En esa que se nutre de mil pequeñas acciones de la vida diaria en el trabajo, las relaciones personales o en el uso de los bienes públicos. En España no existe la cultura de lo público como algo a defender por todos, de lo público como propiedad de todos. En España se nota que nunca llegó a buen puerto una revolución democrática.

[1] Algunas de los conceptos que se manejan a continuación en Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado Moderno,* Buenos Aires, Ediciones nueva visión, 1980, concretamente en «Análisis de las situaciones. Relaciones de fuerza» (pp. 51-62), «Observaciones sobre algunos aspectos de la estructura de los partidos políticos en los periodos de crisis orgánicas», (pp. 62-71) y «El concepto de revolución pasiva» (pp. 83-90).

[2] Sobre nuevas relaciones en este contexto entre acción política, militancia y ciudadanía véase el debate coordinado por Pablo Sánchez León y Ariel Jerez, *Partidos, militantes y ciudadanos,* 26 de mayo de 2015, en http://www.espacio-publico.com/partidos-militantes-y-ciudadanos-en-la-crisis-de-representación.

[3] El discurso puede verse en Julio Anguita, «Mitin Fiesta del PCE´96», en http://archivo.juventudes.org/textos/Julio%20Anguita/Mitin%20Fiesta%20PCE96.pdf. Las repercusiones del discurso en «Anguíta amenaza con reclamar la república, el federalismo y la autodeterminación», *El País,* 15 de septiembre de 1996.

18. Podemos y «la brecha del cambio»

Podemos surgió al calor de las expectativas fraguadas en el 15M y nutrido, en cierta medida, de la cultura política y organizativa del movimiento. Podemos surgió más bien de los anhelos de conquistas inmediatas que dejó el 15M: del deseo de convertir la voluntad de cambio en fuerza de ley y del deseo de superar los límites evidenciados por la movilización social mediante la puesta en marcha de una opción político-electoral novedosa. Podemos surgió al calor de la movilización, pero en un momento de cierto reflujo y de pérdida de confianza en su potencial inmediato de transformación. Pero las espectativas despertadas por Podemos han generado también un considerable espejismo electoral, que a su vez ha contribuido a una cierta desmovilización social que va a limitar el recorrido del proceso de cambio que el propio partido quiere impulsar y liderar[1].

Podemos ha construido un discurso de confrontación expresado en un lenguaje directo y comprensible alejado de la tradicional jerga corporativa de la izquierda y basado en la radicalidad democrática. Un discurso que frente a la sobreideologización del discurso rara vez cumplido de las organizaciones preexistentes de la izquierda alternativa trata de conectar con el estado de ánimo y la indignación de amplios sectores, más allá de su adscripción política tradicional. Para ello Podemos ha mostrado audacia a la hora de señalar a los responsables de la crisis con nociones moralizantes fácilmente asimilables y a la hora de explotar, contra los poderes oligárquicos y extranjeros que intervienen en el país, un sentimiento patriótico tan latente en la gente como ajeno para las organizaciones tradicionales de la izquierda. Lo más llamativo de ese nuevo discurso ha sido el reemplazo del eje izquierda-derecha, que ataba a mucha gente a sus viejas lealtades partidarias, por el eje «la casta» versus «la gente», con el que se identifican amplios sectores que formalmente no están ideologizados. Se trata de conceptos que han tenido un amplio efecto movilizador, pero cuya virtualidad analítica es mucho más limitada. Indudablemente sería un error confundir el lenguaje de la movilización política con el lenguaje del análisis político, como tantas veces le ha sucedido a una izquierda alternativa muy ensimismada. Pero entre uno y

otro debe darse cierta correspondencia a fin de que la comunicación política sea más transparente y no genere luego, en el momento de la acción política, ni confusión ni frustración. En algún momento Podemos tendrá que explicar que lo que sostiene el régimen del 78 es algo más que una casta política e incluso económica y que aquello que se llama gente está atravesada por intereses enfrentados que una acción decidida de gobierno avivaría.

Por otra parte, el eje izquierda-derecha, por metafórico que sea, sigue ocupando un lugar importante en la cabeza de mucha gente a la hora de definir su orientación política. Si no se quiere verbalizar para no disuadir a quienes no se expresan así, tampoco debería despreciarse para no repeler a quienes así lo hacen. Más allá de la generalidad que supone la propia noción de izquierda, de la movilidad semántica del concepto a lo largo del tiempo, del valor puramente simbólico y ritualista que a veces ha tenido, de la vacuidad con que unos han hecho uso de ella, del uso que de ella se ha hecho para justificar políticas de derechas y retener así a un electorado simbólicamente cautivo, más allá de todo eso, la noción de izquierda sigue remitiendo en la memoria y en el imaginario de mucha gente a una tradición cultural y política cargada de experiencias con la que cualquier opción de cambio, que no quiera dar saltos en el vacío o pretenda la imposible tarea de empezar de nuevo, tendrá que conectar aunque sea de manera muy crítica. En cualquier caso, sería interesante y hasta divertido para la ciencia política y para la izquierda misma que, después de varias décadas con un partido en el gobierno que se autodenominaba de izquierda y hacía políticas de derechas, pudiéramos asistir al acceso a las instituciones de alguna formación que se pusiera a hacer políticas de izquierda sin denominarse como tal.

De igual modo es evidente que los dirigentes de Podemos han rebajado tanto el contenido como el tono de sus propuestas o, más que más rebajarlas, las han gradado en el tiempo, al plantear que lo que ahora toca es un programa mínimo de salvación nacional y cuño keynesiano, que, no obstante, sigue aterrorizando a los poderes fácticos del país. Podemos sigue defendiendo un proyecto de cambio que apunta lejos –por lo pronto hacia un proceso constituyente–, pero en el que ya insisten menos a fin de no comprometer la formación de una mayoría electoral. Aunque para ser efectiva la acción política debe ser una acción gradual que no muestre

todas sus cartas, los dirigentes de Podemos no deberían olvidar al menos dos cosas: que los programas mínimos comprometen a veces el desarrollo de programas más ambiciosos cuando no hay previstas mediaciones entre uno y otro y que uno tiende a olvidar aquello que por cálculo calla.

En la emergencia de Podemos hay que considerar varias cosas. Por una parte, una potente estrategia de comunicación que se ha desarrollado sobre la complementariedad de tres ejes: la proyección de su figura carismática, Pablo Iglesias, en los programas de televisión de máxima audiencia; la hiperactividad de sus promotores y simpatizantes en las redes sociales; y la difusión de la iniciativa por abajo en el espacio menos virtual de socialización política que son los «Círculos» sectoriales y territoriales.

Pero esos tres frentes arrastran también ciertos riesgos y contradicciones. La excesiva exposición pública de su líder en programas que promueven un registro muy agresivo puede entrañar su desgaste por el simple efecto del paso del tiempo o por la embestida constante de sus detractores, cada vez mayor a medida que se fueron incrementando sus expectativas electorales. La sobreexposición mediática de sus principales dirigentes permitió visibilizar la iniciativa, pero una vez la iniciativa se convirtió en una amenaza esa sobrexposición de pocas figuras destacadas puede ser un elemento de vulnerabilidad del partido.

Por otra parte, la vertiginosa actividad en las redes sociales ha sido fundamental para ampliar la implicación de la gente en el proyecto y para generar información propia más allá de los circuitos mediáticos convencionales. Pero, como ha explicado César Rendueles a propósito de otros fenómenos previos, este activismo virtual puede recalar en una suerte de espejismo digital que mantenga a la gente en una realidad social disminuida y no asiente los vínculos comunitarios que el proyecto necesita[2]*. Y a propósito de los círculos, resultará complicado convertir toda la energía y el aluvión de militantes que en ellos han recalado en una organización política cohesionada y efectiva que no reproduzca en poco tiempo los vicios que otras han ido acumulando en muchos años: comportamientos gregarios, patriotismo estrecho de partido y luchas internas en torno a la elaboración de listas electorales y cargos.*

Podemos difuminó la frontera tan marcada que separaba a los militantes de los simpatizantes en la definición de la línea política, la elaboración de listas y la elección de cargos. Con el mecanismo de las

primarias abiertas en red el proyecto se hizo más inclusivo. Para evitar que eso permitiera la entrada de arribistas, para promocionar a los más competentes y para situar a los afines al núcleo dirigente, los procesos de elección han estado muy inducidos desde arriba, mediante el apadrinamiento de unas candidaturas frente a otras y la presentación de listas plancha. Conjugar participación democrática y eficacia política sigue siendo el reto de cualquier organización, también de Podemos.

Finalmente, una virtud de Podemos ha sido la apuesta a lo grande, la aspiración a ganar y la voluntad de poder. El problema es lograr que esa aspiración tan motivadora y movilizadora no sea percibida como farol o soberbia. El reto, después de la proeza realizada en tan poco tiempo, consiste en no dejarse de concebir como un instrumento más de la gente y no como un partido político, en el que no se puede contener –porque no puede contenerse ya en ningún partido– la diversidad y la voluntad de participación de la gente.

Juan Andrade: *Háblame de Podemos*.

Julio Anguita: Podemos, a mi juicio, es la resultante de tres vectores políticos y un análisis sociológico-electoral. La primera línea de influencia es la de IU movimiento político y social, elaboración colectiva de programas y otras formas de hacer política. La segunda es la convulsión, el revulsivo del 15M y las posibilidades organizativas del movimiento que no se supo o no quisieron poner en marcha. La tercera es el discurso del Frente Cívico de los años 2012 y 2013. No estoy diciendo que sea una copia, sino una síntesis superadora de todo ello. Esta triple herencia se arropa y se articula con las tesis de Ernesto Laclau sobre el populismo democrático. Una combinación relampagueante y rompedora siempre y cuando tenga detrás una estructura organizativa de cuadros *ad hoc*. Quiero resaltar que para mí el término populista no es en absoluto negativo. Spinoza dice refiriéndose al discurso profético que este crea a su propio pueblo. Este populismo (el otro es el de derechas) no contradice la versión marxista de la lucha de clases, sino que la adapta a esta época de precariado y creciente disminución del proletariado industrial. No es ninguna casualidad que mucha gente de clase media haya descubierto con Podemos el discurso

democrático radical de la clase media de otros momentos de nuestra decimonónica historia.

Creo que en el nacimiento de Podemos (con las raíces anteriormente comentadas) está presente el proyecto gramsciano de la «fantasía concreta». Sin embargo, ese proyecto, esa originalidad pueden hacer aguas y escorarse hacia la inoperancia si el discurso político se centra en la fuerza de la imagen, de los mitos, de las ideas-símbolo y olvida los aspectos programáticos del cambio concreto.

Juan Andrade: *¿Consideras que Podemos ha sido el continuador del proyecto de sorpasso que tú trataste de desarrollar en Izquierda Unida?*

Julio Anguita: Sí, pero con bastantes matizaciones. La IU movimiento político y social, constructora de la alternativa, propulsora de la elaboración colectiva y otras formas de hacer política puede reconocer en Podemos su heredera en la confesada voluntad de construir otra realidad y no asustarse de afrontar la responsabilidad inherente a ello. De la misma manera también se reconoce en señalar el enemigo bifronte: el bipartito. Pero a partir de ahí aquella IU y el actual Podemos difieren en cuanto a la importancia dada al programa y a la forma colectiva de elaborarlo. Para IU el programa es central y en torno a él hace alianzas.

Juan Andrade: *A eso iba. Podemos ha logrado depurar un discurso en el fondo de izquierdas de su retórica nominalista mediante la apelación al sentido común y tocando la tecla de un sentimiento de indignación generalizado, muy en la línea, por otra parte, de lo que veníais planteando en el Frente Cívico. Sin embargo, veo en Podemos algo que los distingue mucho del Frente Cívico y es, digamos, una cierta indefinición programática, más allá de la propuesta un tanto genérica que diseñaron en su día Vicenç Navarro y Juan Torres López. Obviamente, un programa no es una carta a los Reyes Magos, ni, como decía Manuel Sacristán, la descripción precisa de hasta «cómo se freirán los huevos» cuando se llegue al poder. Un programa es aquello que tú diseñas como alternativa y eres capaz de sostener gracias a la implicación de la gente en un escenario de gran hostilidad que te obligará constantemente a modulaciones. Me refiero a algo similar al programa de Tesalónica de Syriza.*

Julio Anguita: Sí, un programa es una hoja de ruta conflictiva. Al principio me parecía normal que ellos obviasen el elemento programático, porque querían concitar un apoyo amplio. Lo que pasa es que si ese apoyo amplio no se va definiendo ya en torno a cosas concretas que permitan que incluso se acerquen posiciones consideradas *a priori* opuestas… Mira, si tú a la gente le quitas la carga peyorativa de lo partidario y la pones a discutir en cuestiones económicas concretas, se encuentra, máxime si le explicas las cosas sin ese cristal que se interpone entre ellos y la realidad. Es decir, la clave está en poner a la gente a hablar en prosa sin saberlo. Estoy seguro de que mucha gente está de acuerdo con una política fiscal justa, pero no lo va a estar si le dices, de entrada, que esa es una política de izquierda.

A Podemos le falta lo que ha hecho Syriza: decirle a la gente claramente «haremos esto, esto, esto y esto». Porque eso luego le ha permitido a Syriza decirle a la gente: «¿Veis? Hemos cumplido lo más elemental. Ahora viene lo otro. Ahora va a costar más, pero como os hemos demostrado, queremos vuestro apoyo, limpiadoras». Y a los del salario mínimo: «Vamos a seguir peleando, os hemos dado garantía de que era posible, así que respaldadnos». ¿Qué es lo que el Frente Cívico ponía en primer lugar? Medidas urgentes, inmediatas, perentorias. Yo no sé si en el caso de Podemos no lo están haciendo porque no quieren verse asaeteados en medios de comunicación o porque no tienen gente todavía, más allá de su propio partido, dispuesta a pelear. Gente de ellos o dispuestos a pelear por ellos. Es decir, a mí me gustaría ver a Vicenç Navarro y a Juan Torres y a otros economistas salir en defensa de ese programa de cambio. No tiene que ir siempre Pablo. No, que sean economistas los que salgan a pelearse con otros economistas. Y funcionarios con otros funcionarios, a los de GESTHA, por ejemplo[3]. No sé si desde Podemos se lo están pidiendo a la gente. Tengo la sensación de, no en el caso de Pablo ni otros dirigentes, sino sobre todo a otros niveles de provincia, por ejemplo, que se piensan que con esto que están haciendo es suficiente. Por eso es urgente que los demás nos organicemos. Y digamos: «Aquí hay un programa, ciudadanos». Y les marquemos el camino que ellos han emprendido para que no puedan tener siquiera la tentación de abandonarlo, que les obliguemos a seguir por ahí. Más claro no puedo ser. Esa misión le corresponde tanto a Izquierda Unida como al PCE como a los demás que se sientan protagonistas cuando se hable de construir entre todos el «Otro mundo es posible». Marcar un

camino, una hoja de ruta y someterla a debate. Ese es el papel del Partido Orgánico, que diría Antonio Gramsci.

Juan Andrade: *La gente de Podemos ha sido hábil a la hora de romper un debate muy trampeado que giraba en torno a nociones cosificadas de derecha e izquierda y de reemplazarlo por otro que habla de la casta y la gente. Con ese discurso han avanzado trasversalmente entre sectores antes atados a sus viejas lealtades de partido. Digamos que además ese discurso, más que nombrar de manera ajustada una realidad, ha construido un imaginario que ha servido para la redefinición de los frentes de conflicto y, por tanto, para modificar la realidad misma y abrir un marco de posibilidades, y eso es hacer política. Pero ahora bien, ¿en qué medida esos conceptos más movilizadores que analíticos no generan una imagen idealizada tanto de agentes sociales compactos, que en la realidad material y cotidiana están atravesados por intereses muy distintos, como de un proyecto de cambio que para materializarse va a necesitar de una contundencia que podría intimidar a buena parte de esos agentes?*

Julio Anguita: En las intervenciones de los dirigentes de Podemos yo he creído ver –me puedo confundir– que anticipan un escenario que algunas veces contemplábamos en Izquierda Unida, que la gente se asustaría de lo que nosotros quisiéramos hacer en el caso de que ocupáramos algún gobierno, pero que hablando con ella e implicándola en el desarrollo del proyecto se terminarían identificando con él. Por eso junto a Lenin hay que convocar a Sócrates y su mayéutica. Entonces esas medidas que pueden parecer tremendas desde la hegemonía ideológica de la derecha entre la gente o por el simple peso de las costumbres y los hábitos mentales se irían disolviendo en la medida que el sujeto que padece la situación de dependencia ve que las propuestas que se quieren poner en marcha son lógicas. Yo creo que en la mente de estos dirigentes hay eso, la idea de que la gente ya irá cambiando. Por eso yo también los veo a ellos muy cautelosos a la hora de plantear determinados temas. Los periódicos, como no se enteran, critican el cambio que supuestamente ha entrañado en Podemos que dejaran de hablar de no pagar la deuda y pasaran a hablar de reestructurarla. ¡Si supieran lo que significa reestructurar una deuda!

Juan Andrade: *En Podemos deben ser conscientes de que las expectativas electorales que generan suponen también un foco de atracción para arribistas, oportunistas o demás gentes con ánimo de medro. Esa es una de las razones que les llevó a no presentar directamente listas a las elecciones municipales, porque, en un previsible escenario poselectoral muy fragmentado y con representantes de Podemos en miles de municipios difíciles de controlar, tendría a algunos de esos representantes pactando con el PSOE a otros incluso con el PP y a algunos metiendo la mano en la caja. ¿En qué medida la base sociológica que ha sostenido a lo que ellos llaman la casta se puede reproducir en el interior de Podemos?*

Julio Anguita: Yo tengo una experiencia personal parecida. Cuando se lanzó la iniciativa del Frente Cívico aquello en dos meses creció como un suflé. Nos llovían propuestas y afiliaciones de manera desbordante. En el momento que dijimos que no íbamos a presentarnos a las elecciones se bajó el suflé. Pues es lo mismo. Son conscientes de ese riesgo y lo están administrando con prudencia. Aquí en Ganemos estuvieron a título personal. Además estas primeras elecciones autonómicas les van a servir de rodaje, porque los parlamentos autonómicos son pocos y la gente que ha concurrido a ellos ha sido más fácil de seleccionar. Pero en cualquier caso, sí, cuando salieron a la luz las primeras encuestas que les daban primeros en intención de votos se produjo un fenómeno similar al que se produjo en el PSOE de 1982. No toda la gente que se acercó entonces al PSOE lo hizo para medrar, la verdad hay que decirla. Hubo mucha gente del PCE, mucha, que se fue porque vio que en el PCE con cuatro diputados no se podía hacer nada y en el PSOE con más de 200 podían al menos promover una segunda ruptura. No oyeron nunca a Felipe González. Leyeron mal la prensa y se equivocaron, pero ese deseo de cambio fue lo que les motivó. Y dentro de la gente que Podemos se ha llevado hay muchos profesionales. Por ejemplo hace unos meses en una cena después de una conferencia en la Universidad de León tenía enfrente a Juan Torres López y me dijo: «Mira, nos ha llamado Pablo y vamos a trabajar con ellos». Y detrás de Juan apareció otra gente como los inspectores de hacienda, expertos en fiscalidad y deuda pública que piensan que con Podemos puede abrirse un proceso de democratización amplio y profundo y creen que ahí pueden hacer una aportación. En ese caso no creo que sea para el medro. Hay gente que está

yendo a Podemos porque piensa que pueden gobernar y que desde ahí tendrán posibilidad de aplicar lo que estamos diciendo. Luego, claro, habrá más casos.

Juan Andrade: *¿No piensas que las interesantísimas expectativas electorales que se han abierto a partir de la irrupción de Podemos primero y ahora también con las candidaturas locales de unidad popular han degenerado en cierto politicismo y en un espejismo electoral que, a su vez, ha traído consigo un cierto efecto desmovilizador a nivel social?*

Julio Anguita: Hombre. Se nota. Se nota hasta en el Frente Cívico. Los temas electorales están primando sobre los problemas de fondo. Es una maldición. Sí, por eso alguien tiene que prepararse y ponerse a pensar en lo que no piensan ellos. Eso lo vamos a tratar de hacer el próximo día en la reunión de la Mesa Estatal del Frente Cívico, a la que no pertenezco por cierto, pero los compañeros han tenido la deferencia de invitarme, cosa que agradezco.

Juan Andrade: *Podemos ha sido objeto de una campaña política y mediática denigratoria directamente proporcional al incremento electoral que le daban las encuestas. Esa campaña es una prueba de que Podemos ha sido percibida por el poder como una amenaza real. Pero además de la denigración el poder suele recurrir a estrategias más sutiles y efectivas de integración. ¿Cómo ves esta posibilidad?*

Julio Anguita: Yo no tengo todavía datos suficientes para elaborar un juicio, de tal forma que solo podemos hablar de conjeturas. Ayer, un reputado periodista decía que el Partido Socialista Obrero Español debía prepararse para gobernar con Podemos. Y argumentaba muchas de las cosas que estamos diciendo aquí. Planteaba que el PSOE tiene estructuras, cuadros, herencia, implantación y que Podemos tiene una fuerza nueva que había que saber canalizar. Eso puede pasar pero va a depender de lo que Podemos quiera. Porque el PSOE sería en este caso un recambio de la transición, con leves cambios, incorporando al enemigo que le ha salido. Y así la transición iría andando. Bueno, la transición no exactamente, sino el bipartidismo, porque la transición como pacto político ha desaparecido. Diríamos el sistema, puro y duro.

¿Por qué Podemos ha aparecido tanto en determinadas televisiones? Yo creo que no hay que buscarle tres pies al gato: cuando aparece Pablo se disparan las audiencias. Hasta que llega un momento en que alguien advierte: «¿Qué están haciendo ustedes? ¡Están creando un monstruo!». Y en esas mismas televisiones que lo han subido tiene lugar el acuchillamiento. Desde Marhuenda a Inda buscándole todas las facturas que no han podido pagar, todos los errores que hayan podido cometer, a otros periodistas que se dan cuenta de que han ayudado a crear eso. Pero ya no pueden hacer mucho. Tendría que pillar al compañero Pablo Iglesias en flagrante delito de sodomización de un menor para tumbarlo, y quizá ni aun así. Es decir, que no solamente algunos han hecho a Podemos, sino que Podemos era una necesidad objetiva de la ciudadanía. No se quieren enterar de que era lo que la gente demandaba.

Por eso Podemos apareció y apareció como el ariete que iba a romper el bipartito. En ese momento yo planteé que por esa brecha que abriría Podemos deberíamos entrar, para ampliarla, todas las fuerzas que de verdad apostamos por el cambio. Hoy creo que la situación conduce a que ese ariete ya no sea uno, sino varios unidos por un programa.

Juan Andrade: *Pero un escenario a considerar es que Podemos, presentándose por sí solo, saque en torno a un 15 por 100 de los votos a nivel nacional, con un PSOE muy por delante que le inste, desde una posición de fuerza, a pactos para «echar al PP». Entonces estaríamos ante una especie de regresión a tu época, reproduciendo el mismo escenario que se quiere superar, eso sí, con un agente distinto a la izquierda y con algunos votos más, que no es poca cosa. Pero me temo que volverían a abrirse los mismos debates y tensiones acerca de si pactar con el PSOE, de si no hacerlo, de si hacerlo mecánicamente para cumplir «el sacrosanto propósito de echar a la derecha», de si poner un programa encima de la mesa, de si la subsunción en el PSOE, de si la pinza con la derecha… vaya, una especie de mito de eterno retorno en el que el bipartito pudiera recomponerse. ¿Cómo lo ves?*

Julio Anguita: Ese es exactamente el riesgo. O se acaba con el permanente chantaje de «echar a la derecha» o se vuelve a lo que acabo de decir. Echar a la derecha supone cambiar la política económica y afrontar el verdadero y triple dogal que nos aprieta: UE, euro y deuda.

Juan Andrade: *Probablemente, quién sabe, evitar este escenario pasa por abrir un proceso de unidad muy amplio en torno a un proyecto muy básico de cambio de país, un proyecto casi de mínimos, donde una pieza clave, sin duda, es Podemos. Sin Podemos obviamente no es posible, pero solo con Podemos tampoco lo es. No me refiero a una coalición de partidos, idea inútil, sino a una candidatura ciudadana muy amplia, con gentes de partidos, por supuesto, y sobre todo con movimientos sociales y gentes sin partido. Algo parecido a esta propuesta es lo que ha cuajado en las elecciones locales de la semana pasada. Obviamente no puede hacerse una extrapolación mecánica, y habría que redefinir mucho las cosas y conjugar las realidades regionales y nacionales, pero yo creo que los tiros van por ahí. Sin embargo, Podemos no parece que vaya por ahí.*

Julio Anguita: Hoy en día, cuando se plantea la unidad popular, Podemos tiene la tentación de instalarse en una especie de espléndido aislamiento que confía en la fuerza de su imagen y sus siglas. Cree que es mejor la imagen prometeica del héroe solitario que la del *primus inter pares* que la historia les está planteando.

IU fue prepotente con Podemos cuando este le planteó la posibilidad de concurrir a un proceso de primarias para las elecciones europeas. Califiqué aquella propuesta de excelente. IU, repito, se equivocó totalmente. Pero ahora es Podemos quien cae en el mismo mal cuando se comporta de la misma manera con la propuesta de unidad popular de Alberto Garzón. Por mal que IU esté actualmente, conserva un potencial dormido en cuadros y dirigentes que, libres de las ataduras con políticas del pasado, pueden dinamizar, conjuntamente con otros protagonistas, un potencial de cambio sin precedentes.

Desde el Frente Cívico veíamos y vemos la situación de la siguiente manera. Podemos, antes de las elecciones autonómicas y municipales y ahora en menor medida, puede ser el ariete que abra una brecha en el bipartito; que es el auténtico enemigo a batir. Pero una brecha puede ser restañada si el ariete se agota, se rompe o se quiebra en el primer envite. Por eso pusimos en marcha la idea de que detrás de ellos, sin seguidismos de ninguna clase, debíamos estar, organizados, todos los demás partidos, colectivos, asambleas, movimientos, plataformas, etc. Y no solo para apoyar al ariete y ensanchar la brecha sino también para encauzarlo en caso de

debilidad. Y así hasta formar una sola fuerza. La idea no fue muy bien comprendida, desde mi punto de vista sigue siendo de actualidad y conserva todo su valor. Si se tiene claro el objetivo, claro está.

Para mí la unidad popular debe ir precedida de un programa de mínimos que ayude a construir un discurso común en torno a los mismos. Un programa que sea viable, claro, necesario y urgente y que sea prenda de contrato con la población para, a cambio, pedirle su apoyo y movilización ante las dificultades que el poder va a poner para aplicarlo. Toda operación electoral que no esté sustentada en unos mínimos programáticos carece de futuro. Si planificamos las cosas con perspectivas de cambio concreto debemos tener presente que la opción electoral unitaria que se forme no es, nunca, el comienzo sino una fase avanzada de algo más trabado, más unido, más elaborado. Y además con otra perspectiva, la del gobierno de las cosas. Y ello consiste en la correcta adecuación entre fines y medios e instrumentos.

Lo que tenemos enfrente no nos permite juegos florales o declaraciones hiperbólicas. Es una guerra total librada en el terreno que hasta ahora ellos siempre han dominado. Desde hace tiempo, y pensando en esto, el Frente Cívico elaboró una propuesta programática de diez y seis puntos claros, concretos y ligados a las necesidades más importantes de la mayoría ciudadana.

En el Frente Cívico hemos tomado decisiones de trabajo en torno a la idea de que la mayoría social vaya trabando su unidad en torno a un programa. En el Frente lo llamamos forjar el contrapoder. A mí personalmente no me importaría cambiarlo por el de unidad popular.

Es importante aclarar que el Frente Cívico nunca ha hecho una llamada a la izquierda en exclusiva. Nuestra propuesta no va por ahí. Creo que la mayoría de los componentes del Frente son personas que militan en organizaciones de izquierda, sin embargo el mensaje que compartimos todos y todas va dirigido a la inmensa mayoría buscando de ella que pase de la fase de mayoría «en sí» a la de mayoría «para sí». Buscamos un denominador común en todos los que necesitan una nueva situación económica y social para así ir avanzando en la cohesión de esa mayoría. Eso no estorba, en absoluto, a las fuerzas de izquierda y además, les facilita una práctica en la que el discurso y la propuesta contengan un elemento

básico y que la derecha utiliza muy muy bien desde su óptica: el sentido común.

Entonces ¿cuál va a ser el futuro? Va a depender de Podemos y de los demás, si alcanzan a ver que la situación es tan excepcional que no valen los parámetros estrictamente partidarios sino la síntesis programática y de acciones con voluntad de constituirse en gobierno alternativo. De no ser así el cambio sería como el de 1982, un fiasco.

Desde ese presupuesto y en el caso de que el mensaje sea bien recibido y se autoorganice, las distintas fuerzas que han rechazado colaborar, se encontrarán con un estado de opinión que las obligará a la unidad, por conflictiva que parezca.

Juan Andrade: *¿Esto que planteas consiste en abrir un proceso de confluencia al margen de Podemos, dado que Podemos ahora no quiere participar en él, en la perspectiva de forzarlo a que se sume?*

Julio Anguita: En la perspectiva de abrir una brecha en el bipartito y comenzar el proceso del cambio. No tengo ninguna obsesión con Podemos. Creo que, hoy por hoy, puede ser el ariete que quiebre la muralla, pero él solo no puede cambiar las cosas. El que aparezca como vanguardia en esa acción no presupone lo que va a pasar el día D+1, es decir el día después de las elecciones generales. Particularmente soy partidario de que enriquezcan con su aportación el proyecto de unidad.

Juan Andrade: *¿Cómo ves a Podemos en Andalucía?*

Julio Anguita: Bueno, lo veo como lo veo en otros sitios. Tiene gente que viene de Izquierda Unida y gente que viene de otros proyectos. En algunos casos gente bien intencionada, pero con animadversión hacia la política; muy radicalizada en el balanceo maniqueo. En otros casos hay personas novatas pero con ideas claras y una gran ilusión. Pero, hoy por hoy, no importa eso. Podemos está en gracia de Dios. Su nombre, su único nombre, les ha llevado a un resultado importante. Ahora han entrado en unas instituciones que tienen su propio ritmo, sus propias ataduras, sus propias lógicas corporativas y su propio funcionamiento. Deberán conocerlo si quieren cambiarlo. No basta con despreciar. No se cambia lo que no se conoce.

Juan Andrade: *¿Conoces a Teresa Rodríguez?*

Julio Anguita: No la conozco. La he oído hablar. Es una profesora. Tiene el cerebro bien amueblado, pero ya se dará cuenta de que el discurso debe ser duro en los contenidos pero suave en las formas y en las palabras.

Juan Andrade: *Es sabido que tienes relaciones con figuras destacadas de Podemos, por ejemplo con Juan Carlos Monedero.*

Julio Anguita: A Juan Carlos Monedero lo conozco de una manera muy curiosa. Juan Carlos Monedero fue a Izquierda Unida –según me confesó él y que yo ya sabía– a desmontar todo lo que se había hecho en mi época de coordinador general. Pero, bueno, cuando me lo confesó me reí, porque yo ya lo sabía. Y, como lo veo como una película, le dije que él hizo el papel que tenía que hacer y que por eso no le guardo ni siquiera rencor. Al contrario, me llevo bien con él. Aunque él no ha confesado todavía que se equivocó, pero, bueno, él ha cambiado de opinión en muchas cosas cuando vio realmente qué es lo que defendíamos los demás. Lo que pasa es que a él le contaron la milonga de que yo era un comunista anticuado defendiendo la ortodoxia, la Internacional Comunista, los viejos cánones, etc. Después vio que no era así. Con Pablo Iglesias y con Juan Carlos Monedero he hablado varias veces. A Iñigo Errejón no lo conozco, no he hablado con él nunca y con los demás dirigentes tampoco. Sí con gente de Córdoba y de Andalucía y, sobre todo, conozco a la gente de Izquierda Unida que se ha ido con ellos. Son cuadros muy valiosos, muy valiosos, de mucha experiencia. Además, cuando lo han planteado sorprendentemente han encontrado en mí una comprensión que no esperaban.

Juan Andrade: *¿Cuál es tu relación con Pablo Iglesias? Es público que él te tiene aprecio.*

Julio Anguita: El aprecio es mutuo. Él vino a presentarme con Monedero la propuesta de la candidatura para las europeas. Y ya he dicho que la propuesta me pareció impecable. Luego hemos hablado varias veces. Hemos charlado de la situación del momento, en su día hablamos de las posibilidades de alianzas, de la posibilidad de que sean la segunda fuerza política, de que eso ya impondría una ruptura… Hablamos porque tenemos las mismas inquietudes, porque tenemos una formación política e

ideológica muy similar, por eso yo le entiendo en su forma de comunicarse y la comparto en gran medida. Cuando voy a dar conferencias nunca hablo del comunismo ni del socialismo. Todo el mundo sabe que soy del Partido Comunista y sí, lo soy, por supuesto, pero yo no hablo sin más de comunismo, yo hablo de lucha, de objetivos concretos y cuando me preguntan directamente digo que esa lucha y esos objetivos concretos responden a mi visión del comunismo. Y huyo, eso sí, cuando me lo piden aludiendo a mi condición de comunista, de diseñar una sociedad de futuro, porque el eje no es esa especulación, es la lucha y a ella me entrego. Y creo que en ese sentido Pablo Iglesias lo tiene claro. Pero también lo tiene claro una personalidad emergente, joven, de una gran preparación como economista y de una madurez política impropia de sus años: Alberto Garzón. No quisiera por nada de este mundo que ambos se convirtiesen en antagonistas. Desde mi militancia en IU lo veo como una figura de primera magnitud a sumarse a un proyecto común compartido. Además Alberto es más pausado, más medido, emana sentido común. El sentido común de la equidad, la justicia y la cultura de la ciudadanía trabajadora. Nunca le he oído gritar y sí razonar. Es la persona adecuada.

Con Pablo Iglesias ha habido más coincidencia antes del 24M. ¿Por qué? Porque ahora lo veo muy centrado en el Podemos orgánico y no en el Podemos irradiación de expectativas y ganas de luchar. Ahora y tras el 24M el papel a desempeñar, a mi juicio, es el de un puntal de primera magnitud pero en un proyecto más amplio: la unidad popular programática. Un proyecto de futuro gobierno para el cambio concreto.

[1] En este año de vida de Podemos se ha escrito muchísimo sobre la formación. Adjunto algunos artículos y entrevistas que a mí me han servido para elaborar estas líneas: Federico Araya y Lucas Villasenin, «Las siete herejías de Podemos», 2 de febrero de 2014, en http://www.rebelion.org; Pablo Batalla Cueto, «entrevista a Juan Carlos Monedero», 13 de julio de 2014, en http://www.sinpermiso.info; Miguel Mora, Soledad Gallego-Díaz y Jacobo Rivero, «Entrevista a Íñigo Errejón», *Contexto y Acción,* 15 de enero de 2015, en http://ctxt.es/; Santiago Alba Rico, «Podemos, los sólido y los líquidos», 5 de febrero de 2015, en http://www.rebelion.org; Gilberto Lopes, «Entrevista a Manuel Monereo», 10 de marzo de 2015, en http://www.rebelion.org; Emmanuele Rodríguez, «Podemos o el problema del partido», 11 de febrero de 2015, en http://www.eldiario.es; Pablo Iglesias, *Disputar la democracia. Política para tiempos de crisis,* Madrid, Akal, 2014 y «La centralidad no es el centro», 20 de abril de 2015, en http://blogs.publico.es.

[2] César Rendueles, *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital,* Madrid, Capitán Swing, 2013.

[3] GESTHA es el Sindicato de Técnicos del Ministerio de Hacienda.

19. El gobierno del cambio

Juan Andrade: *A la izquierda siempre se la acusa de pensar y actuar desde su condición de fuerza eterna de oposición. Vamos a pensar, incluso a especular, desde una posición de gobierno. ¿Qué sería lo primero que debería hacer un gobierno de cambio? ¿Qué medidas inmediatas debería aprobar?*

Julio Anguita: Yo propondría los 16 puntos del Frente Cívico. Y ahora mismo, cualquiera que esté por el cambio debería estar cuantificándolos. Entre esas medidas de urgencia e inmediatas estaría la subida del salario mínimo, la subida de las pensiones, la revisión inmediata de los subsidios de desempleo, tanto en duración como en cuantía como en extensión. Pararía automáticamente todos los desahucios. ¡Ya, que se paren ahora mismo! y que la gente siga viviendo allí hasta que se encuentre una vivienda, al tiempo que se vea el modo de que esta gente pueda ir pagando luego cuando tenga trabajo. Eso sería ya para empezar. A medio plazo concretaría el debate que hay en el seno de la izquierda entre la renta básica y el trabajo garantizado que propone Garzón. Porque la renta básica universal es una medida para mí que hace referencia a otro estadio. También plantearía el tema de nacionalizar los sectores estratégicos de la economía, plantearía el tema de la banca pública, el tema de la soberanía alimentaria y la línea estratégica de lo que llamamos desarrollo autocentrado en la economía. Pero eso ya sería a mitad de legislatura. Y para todo ello me acogería simplemente a la Declaración de Derechos Humanos.

Juan Andrade: *Imagino que sabes perfectamente que lo primero que te diría el establishment político y mediático, con desprecio intelectual o actitud paternalista, sería: «¿Y eso cómo se paga?»*

Julio Anguita: Pues de los Presupuestos Generales del Estado, mediante la supresión de la SICAV, mediante una política de presión fiscal que grave a las rentas más altas y los grandes patrimonios, mediante la lucha contra el fraude fiscal, recobrando fondos de los paraísos fiscales –que se puede perfectamente–, y mediante el aumento de los impuestos sobre

los beneficios. Si el camino ya está desbrozado gracias a los trabajos de GESTHA y de Turiel.

Juan Andrade: *Ya, pero la derecha neoliberal, sus epígonos del centro izquierda y sus portavoces mediáticos te dirían automáticamente: «Esa política fiscal es una locura: repelería las inversiones y generaría una fuga directa de capitales».*

Julio Anguita: Pues mira, posiblemente, y en consecuencia una apertura de las puertas de las cárceles para defraudadores y asimilados. Un Gobierno que quiera asentarse sobre los DDHH tiene que ser fuerte y, dentro de la legalidad más escrupulosa, ser muy duro. El problema radica en la permisividad que la UE tiene con la fuga de capitales basándose en la libre circulación de los mismos. Sin embargo, y a tenor de lo que en otros momentos he comentado te digo que todas las leyes admiten una interpretación distinta a la que usualmente se hace. Es más, con la Constitución de 1978, dos veces reformada, se pueden hacer políticas radicalmente opuestas a las que se hacen en la actualidad. Mas, por otra parte, debemos tener en cuenta que lo que está ocurriendo en Grecia va creando una atmósfera y unos precedentes que se han ido encargando de evidenciar que la UE puede ser revisada en sus fundamentos. Yo no digo que sea una cosa fácil pero cada vez es menos difícil.

Puede que te resulte un tanto fuerte la dureza de mis palabras al comienzo de esta respuesta. No olvides que un Gobierno que pretenda cumplir con los DDHH e, incluso, con la actual Constitución no puede permitirse el lujo de la permisividad o la debilidad. La democracia y la justicia exigen muchas veces, y dentro del respeto máximo a la legalidad, medidas de cirugía y profilaxis. El adversario está acostumbrado a siglos de inmunidad cuando no de impunidad. El que en plena crisis aumente el número de ricos y las diferencias de ingresos de la población es una declaración de guerra que no puede quedar sin respuesta. El problema radica en saber si la mayoría de la población lo ve así. El concitar ese respaldo es una tarea que debemos realizar desde ahora mismo.

Juan Andrade: *Si como dices esa declaración de guerra no puede quedar así y corresponde en consecuencia «una guerra contra los ricos», por expresarlo metafórica y abruptamente, también habrá que tener en*

cuenta que ellos volverían en tu contra a mucha gente corriente, no ya solo apelando a temores, imaginarios y a cuestiones ideológicas, sino apelando a los pequeños intereses que mucha de esa gente corriente tiene en el sistema financiero e hipotecario actual, amén de sus pequeñas trampillas fiscales.

Julio Anguita: No, yo no acepto ni asumo esa expresión muy corriente en la calle: «Guerra contra los ricos». Es una formulación bastante simplista que nos trae ecos de Robin Hood y los vengadores justicieros. Lo que planteo es muy sencillo, luchar contra la corrupción y contra los que vulneran el artículo 128 de la Constitución. Te lo cito de memoria: «Toda la riqueza del país en sus distintas formas y sea cual fuere su titularidad está subordinada al interés general». Planteo una lucha contra la falta de patriotismo de los que evaden capitales, llevan fondos a paraísos fiscales, no pagan los impuestos, se benefician de leyes injustas y abusivas contra el interés general. Por eso he hablado de profilaxis.

Pero junto a estas medidas que son de justica, planteo otras que traten de potenciar el tejido productivo y empresarial. La empresa es fundamental y sin ella no hay ni empleo ni riqueza. Nota que hablo de la empresa porque otra cosa es el empresario privado: conviene distinguir estos dos conceptos que de manera tendenciosa se presentan como unívocos. Creo que se deben convocar unos estados generales de las PYMES y allí, sin tapujos y sin rodeos, pedirles que se expliquen, que propongan, que pidan y que también digan lo que están dispuestos a hacer y a dar. Hablaremos de ayudas si hay proyectos ambiciosos capaces de crear tejido productivo válido para las necesidades del país.

Por eso no me gusta lo de «luchar contra los ricos», yo quiero ser portador de un proyecto de saneamiento y desarrollo económico sin zánganos ni vividores. Para empezar no está mal. Además a mí no me gusta definirme como «anti». Yo soy «pro» otro «mundo es posible». Si hay poderes que vulneran ese enunciado habrá que combatirlos.

Juan Andrade: *Y ¿qué hacemos con la deuda? Porque la presión o el boicot de dos gigantes como el Eurogrupo y la Troika serían tremendos. Bien lo sabe ahora el gobierno griego de Syriza.*

Julio Anguita: En política, como en casi todo, lo primero que se debe tener en cuenta es si la situación del momento es justa. Caso de no ser así, hay que plantear la manera de que lo sea. Es decir, toda la acción consecuente para acabar con una situación injusta debe anclarse en esa evidencia que, por otra parte, sea demostrable. A partir de ahí es cuando se deben sopesar riesgos, dificultades, mecanismos, alianzas y apoyos, etc., para restablecer el orden justo.

En el caso de la deuda griega se deben tener en cuenta algunos datos. El Comité de la Verdad sobre la Deuda Griega creado por el parlamente griego ha demostrado con datos, cifras y documentos que el dinero que se les pide a los griegos es una ataque a los DDHH porque las exigencias de Bruselas, el FMI y el BCE son «ilegales, ilegítimas y odiosas». Por eso es muy importante estar respaldado por la justicia, la verdad y la ética: ayudan a decir la verdad a la población y refuerzan la voluntad de combatir por la dignidad y los DDHH. A partir de ahí el combate, si es apoyado por la población es justo y además generará una corriente de opinión en otros países y algún que otro gobierno. ¿Es malo negociar? En absoluto, la negociación forma parte de la vida misma. Las líneas rojas que no se pueden rebasar son las que el gobierno se comprometió a defender a toda costa.

Lo que ocurre, y ya entro en el caso de España, es que tanto Zapatero como Rajoy, que pactaron la reforma del artículo 135 de la Constitución han actuado en contra de los intereses de sus ciudadanos y en consecuencia han cometido traición contra su propio país. Porque, incluso, no han querido o sabido usar el propio artículo reformado para paliar las consecuencias negativas para su pueblo. Veamos.

El reformado artículo 135 de la Constitución dice en el apartado 4 que «Los límites del déficit estructural y de volumen de la deuda pública solo podrán superarse en caso de catástrofes naturales, recesión económica o situación de emergencia extraordinaria que escape al control del Estado y perjudique considerablemente la situación financiera o la sostenibilidad económica o social del Estado, apreciado por la mayoría absoluta del Congreso de los Diputados». Te ruego perdones la extensión de la cita pero es muy importante para poder demostrar en qué manos estamos.

Desde el segundo trimestre del año 2011 y hasta el tercero del 2013 España estuvo en recesión. La modificación de la Constitución apareció en

el BOE del 27 de septiembre del 2011, en plena recesión que duró todavía más de un año. ¿Por qué no se utilizó ese punto 4.º? Los hechos califican al Gobierno, al PP y a la mayoría de los diputados.

En consecuencia aquí en España se podría hacer lo mismo que en Grecia, y ya veríamos. ¿Por qué le tienen miedo a esa auditoría?

Juan Andrade: *Si quieres gobernar desde la izquierda tienes que hacerlo a favor de la mayoría, pero enfrentado no solo a una poderosa minoría, sino enfrentándote también muchas veces al «sentido común» de la mayoría. Gobernar desde la izquierda es gobernar con autoridad, pero para gobernar con autoridad y no sucumbir al autoritarismo tienes que construir un nuevo sentido común con la gente, y para que la gente esté contigo, en la formación de ese nuevo sentido común, la gente tiene que tener el protagonismo. Al hilo de eso yo creo que la izquierda ha hecho una lectura muy cómoda desde su posición marginal de la noción de guerra de posiciones y construcción de hegemonía de Gramsci, en el sentido de decir: «Bueno, primero se trata de construir hegemonía cultural y recorrer un largo proceso de acumulación de fuerzas y luego ya tomar el Estado cuando estemos en disposición gracias a la existencia de una sociedad civil amplia, organizada y autoconsciente». Esa cierta confusión de tiempos, de medios y fines, o de situaciones que no son ni una cosa ni otra, ha venido suponiendo que la toma del poder político se remitiera al «día de San Jamás». Pero mi impresión también es que se está haciendo ahora una lectura inversa en el sentido de decir: «bueno, primero tomamos las instituciones subidos en la ola de un sentimiento de indignación volátil y desde ahí ya construimos la hegemonía». Como si por el camino, y no digo ya al frente del gobierno, no pudiera disiparse esa energía o volverse en tu contra, ya fuera por temor o desencanto. Mi pregunta es ¿piensas que hay ahora en España una sociedad civil lo suficientemente organizada y consciente como para sostener un proyecto fuerte de cambio? La segunda es ¿piensas que se puede cimentar? La tercera ¿piensas que se está trabajando en esa dirección?*

Julio Anguita: Conseguir que los intereses de la mayoría se vean representados en un Gobierno fuerte no es una cuestión de unas simples elecciones y a ver qué pasa. Esa operación exige de muchas cosas, pero para empezar necesita de una paciencia impaciente, es decir, empezar ya a

preparar las condiciones del triunfo con la mayoría ciudadana. Quiero decir que el triunfo electoral no es el principio de la operación sino el resultado de la misma. La expresión electoral del contrapoder previamente existente. ¿Cómo forjar ese contrapoder?

Para hacer frente a eso hace falta una «revolución permanente», un concepto de enjundia que para este caso obviamente hay que matizar. Yo llamo revolución permanente a la lucha constante y diaria por ganarse el puesto que se ha conseguido y por afianzar los apoyos de la gente. Y para eso hay que hacer políticas sociales, políticas populistas que llaman estos. Eso hay que tenerlo claro. O se hacen políticas «populistas» que implican atender a las necesidades de la gente y para eso se saca dinero de donde lo haya o no se consigue. Claro, el problema es que estas políticas mal llamadas populistas, que son políticas de derechos humanos, puras y simplemente, puede que un sector de la clase media y los técnicos puros no la vean porque entienden que el Estado no puede tener tanto déficit. Para eso existe la reforma fiscal que palie el problema. Es decir, la única alianza puede ser con la gente. Hay que conseguir que en España cuaje, en primera instancia, una revolución democrática de la clase media y demás sectores afines; asalariados en general, profesionales, gentes del mundo del estudio y ligados a otras formas de entender la vida y las relaciones con el planeta.

Para entenderlo mejor voy a comentar lo que en estos momentos está sucediendo y me tiene preocupado e irritado: un «tour de forcé» entre Podemos e IU a cuenta de los próximos comicios. Podemos plantea lo que ya he comentado, su espléndido aislamiento, e IU la unidad popular, pero sin contenido programático o de intenciones cara a la gobernabilidad.

Para mí el contrapoder lo constituye la mayoría ciudadana cohesionada en torno a medidas urgentes, necesarias y factibles que palien las necesidades más inmediatas y perentorias. Medidas que sean la explicitación de un sentido común también existente en la sociedad y que no es el de la derecha o el del orden económico, social, político, ideológico y cultural dominante. Un sentido común que además tiene el respaldo de los textos legales que el poder dice respetar: Declaración de DDHH y Constitución de 1978. Un contrapoder que se erija para exigir el cumplimiento de la Ley. Pero para eso hace falta que la gente confíe en su gobierno y para que confíe en su gobierno primero hay que ser consecuente con lo prometido y aprobar rápidamente esas medidas que salven a la gente.

Y la gente sabrá así que debe ir a combatir. Esto no es fácil, yo sé que los aliados que tienes entre la gente a veces son volubles, que son muy influenciables por los canales de televisión, que a la mínima se van a volcar contra ti. Para evitarlo o contrarrestarlo vas a necesitar potenciar una red extensa, una red de militantes con la octavilla, folletos, las redes sociales y con mil maneras de combatir a la televisión mediante el boca a oreja. Porque es una guerra total.

Ahí es muy importante la lucha ideológica, que debe ser incesante, que se debe hacer con tus amigos, en tu trabajo, hasta en el lecho con tu mujer o tu marido, algo que debe ser permanente, la lucha de ideas debe ser una lucha sin tregua ni cuartel. Pero esa lucha tiene que ir ligada a la propuesta concreta, inmediata y a una práctica, no solo al discurso sino a una práctica, a lo que llamamos praxis. Cuando de maestro descubrí el concepto de praxis me enfrasqué en él, porque descubrí que era lo que en el fondo muchos enseñantes queríamos hacer sin saberlo, aquello que entonces llamábamos enseñanza activa, una enseñanza que a través de la realidad inmediata permitiera al alumno aprender. A ese respecto se me viene ahora a la memoria una obra de teatro de Alejandro Casona que además fue inspector de educación primaria y una persona muy activa en las misiones pedagógicas. Me refiero a su obra *Nuestra Natacha*. En ella hay un momento donde el maestro les explica a las alumnas cómo hacer divisiones. Les dice que van a hacer un baile de disfraces y que necesitan comprar tela para ocho niñas. Les plantea el reto a las niñas y son ellas las que concluyen que para hacerlo hay que realizar una división. Eso es el aprendizaje por experiencia. Eso es el conocimiento en torno a lo real concreto. Esa es la praxis, la elaboración de un marco conceptual y de un programa en el campo de la experiencia concreta para resolver el problema. Y en la resolución del problema, en esa praxis, en ese aprendizaje por experiencia siempre tiene que haber un profesor, un dirigente que, al tiempo que escucha, va marcando el camino con mucha paciencia. Ese es el papel de un cuadro comunista. En este proceso de cambio que puede abrirse hacen falta sobre todo cuadros comunistas. Sin esos cuadros comunistas de verdad no habría nada que hacer. Cuadros comunistas que, además, serán vistos con malos ojos por los izquierdistas, y que serán vistos con malos ojos también por el poder, porque además el poder no podrá encerrarlos en el estereotipo del marginado, y no poder encerrar al enemigo en el estereotipo del

marginado es muy peligroso para el poder. Yo leí la obra de teatro de un escritor francés cuyo nombre no recuerdo donde aparecía un chico que venía de la extrema izquierda, desaliñado, blasfemo, atacando a sus padres burgueses, y estos ni se inmutaban. Pero otro de los hijos les salió comunista, era un chico educado, afeitadito, y era en él en el que veían el peligro. Ese es el cuadro y, huelga decir, que utilizo la estética en este caso como una metáfora de actitudes políticas.

¿Qué hacer y cómo hacerlo con la gente? ¿Cómo acercarse a ella cuando ocupas una posición de gobierno con aspiraciones de cambio? Yo siempre he puesto un ejemplo. Imagínate que yo mañana propongo la pensión mínima de 1.000 euros, que no es ningún disparate. Al hacerlo yo parto de un hecho, que muchas pensiones pequeñitas están sirviendo para dar de comer a una familia entera y que en los países de la Unión Europea por los menos hay seis o siete, como Holanda o Francia, que nos superan, con pensiones de 1.300, 1.400 y hasta 1.500 euros. Esta medida supondría una acción de reparto elemental. Obviamente, no sería la revolución pero sería un respiro para la gente y sobre todo una señal de que el poder se acuerda de ellos. Ahí construyes una alianza con la gente. Sé que el primer pero que te pondrían sería: «¿Y de dónde van a sacar ustedes el dinero?». Eso le decía precisamente los periodistas a un dirigente de Podemos cuando estaba hablando en su día de la renta básica, que de dónde iban a sacar el dinero, que si eso iba a entrañar la subida del IVA. ¡Hay que ver la trampa! ¿Por qué hay que subir el IVA? ¿Por qué no se planteó el periodista la lucha contra el fraude fiscal? Frente a eso hay que construir una alternativa fiscal y explicarle a los ciudadanos de dónde lo sacaríamos, que íbamos a perseguir el fraude fiscal, los paraísos fiscales, las sociedades de inversión de capital variable (SICAV). Ahí, si se explica bien, conectas con el sentimiento de la gente, porque la revolución también es un proceso didáctico de aprendizaje. Pero eso hay que saber explicarlo, dosificarlo, porque si se lo planteas ahora mismo en frío a la gente no te va a seguir, le va a dar miedo. Si tú hablas ahora de nacionalizar la banca a la gente le va a dar miedo, pero si sabes explicar las cosas e incorporar a la gente al proyecto llegará un momento en que la gente va a pedir que la banca se nacionalice.

Spinoza decía que el discurso profético crea su propio pueblo. El discurso de la justicia y el sentido común dimanante de ella crean una

realidad objetiva pero también un universo de voliciones, imaginarios colectivos y representaciones mentales que conducen a lo que Gramsci definía como «fantasía concreta». Imagínate, Juan, que mañana IU, Podemos, Equo, ATTAC, Stop Desahucios, PYMES, las mareas, el 22M, los campamentos de la dignidad, los jubilados, los afectados por las canalladas de los bancos, los que defienden los derechos del planeta, las instituciones volcadas en asistir a marginados, plataformas varias, etc., etc., etc., coinciden en difundir, impulsar y luchar por un programa de diez o quince puntos con medidas urgentes, tal y como ya he comentado anteriormente. ¿Quiere alguien una mayor exhibición de conciencia colectiva aunque solamente sea en torno a esos puntos? Esos puntos y las medidas concretas que se deben tomar para llevarlos a cabo; un programa, como también ya he dicho anteriormente, no es un listado de deseos bienintencionados.

Este mínimo programa común daría a la mayoría de la población la idea de unidad en lo real, en lo concreto. Cada fuerza que se presentase a las elecciones podría añadir más cosas pero el denominador común se constituiría en la base de una posterior unidad popular en todos los sentidos. Yo no creo en la unidad popular sin que haya un programa que la simbolice y la incardine en la cotidianeidad.

Si yo si estuviese en el pellejo de cualquier persona que se pusiera al frente de un gobierno de cambio me hartaría de llorar, como hice cuando fui elegido alcalde aquella noche, pues se me venía el mundo a lo alto. Pero ya está hecho. En ese momento yo haría un llamamiento a todo el mundo para decirles: este es vuestro gobierno. Y por parte de todas estas organizaciones diría: este es nuestro gobierno y nos sentimos carne y sangre de él. Lo cual no quiere decir que no seamos críticos, sino entender que la crítica se realice dentro de nosotros, y mientras tanto poner toda la carne en el asador. Ahí seríamos acicate y educadores en esa lucha entre la gente. Porque en ese contexto la batalla sería tan dura que el gobierno tendría que legislar en algunos momentos dentro de la legalidad pero a decreto ley, con medidas urgentísimas, medidas que le enfrentarían con la Unión Europea, porque fuera de ese enfrentamiento no hay ninguna solución. Ahí tendrás que ser decidido en combatir el fraude, subir el salario mínimo y poner en marcha medidas elementales que te permitan ganarte el apoyo de la gente. Es decir, que lo que se plantearía ahí sería un momento de ruptura, un momento

revolucionario. Salvo que los que han triunfado se vengan atrás. Entonces habríamos perdido para un siglo. Pero mientras tanto por lo menos uno en sus anhelos hace tantas hipótesis, planifica tantos desarrollos de batallas… pero yo no veo otra vía distinta a la que te digo.

Juan Andrade: *¿Esas medidas que planteáis desde el Frente Cívico son medidas para desarrollar dentro del marco constitucional actual?*

Julio Anguita: Bastantes de ellas sí. El primer paso es hacer acopio de fuerza, de contrapoder. Para empezar a operar tienes que hacerlo con la legalidad vigente. Las siguientes medidas a medio plazo implican procesos económicos y líneas estratégicas, como es el desarrollo autocentrado o la soberanía alimentaria, que te van a llevar a confrontar contra las multinacionales, fundamentalmente con las francesas, y que significa el control sobre semillas, sobre determinados productos, mercados y canales de comercialización. Eso va a implicar un desarrollo legal que a lo mejor te exige un proceso constituyente, que no es solamente un proceso legal, sino que es eminentemente un proceso político con implicación de la gente, de las masas, que van por delante y te lo reclaman. La ley siempre es la última guinda. La ley sanciona lo que en la realidad está sucediendo.

Juan Andrade: *Entonces, y ya que estamos especulando, en el caso hipotético de que una candidatura de cambio ganara las elecciones y accediera al gobierno, ¿sería o no oportuna la apertura de un proceso constituyente?*

Julio Anguita: Juan, en la izquierda muchas veces vivimos de fórmulas sacralizadas, de mantras diría yo. La primera vez que apareció la expresión, desde mi memoria, fue en un manifiesto que reivindicando la Tercera República publicó en el diario *El País* (previo pago de su importe), Unidad Cívica por la República el día 6 de diciembre de 2003[1]. Poco tiempo después se ha convertido en una fórmula que utiliza todo el mundo que es partidario de un cambio radical.

Creo que se debe hacer una reflexión sobre ello para evitar que la reiteración del concepto, sin aclarar ni precisar sus contenidos, devenga en inanidad. Creo que cuando se plantea iniciar un proceso constituyente se está diciendo que al final del mismo hay una ruptura con la Constitución de 1978 y las fuerzas que, apoyando la transición entonces, no se desliguen de

aquellos compromisos. No se puede por una parte loar como modélica aquella situación de entonces y a la vez apostar por cambiarla.

El proceso constituyente, a mi juicio, consiste en una acumulación de fuerzas políticas, sindicales, culturales y reivindicativas de toda índole y en el eje de los contenidos de las tres generaciones de DDHH. Se trata de que, con la vista puesta, en la Constitución republicana formal se vaya organizando la Constitución material, es decir la fuerza social que la redacta, apoye y defienda. En consecuencia el proceso constituyente se va realizando en torno a lo concreto, a propuestas concretas, a proyectos de convivencia democrática, pero anclados fuertemente en el Estado social y democrático de derecho.

Debo decir, con dolor pero con toda sinceridad, que estamos muy lejos de ello. Un proceso constituyente no puede hacerse sin plantear con inteligencia, claridad y pedagogía cuál es la situación real de España y los tres condicionantes que la envuelven: UE, euro y deuda pública. Por otra parte, y en consonancia con la concreción programática, el trabajo político, social y cultural debiera comenzar por abrir a la evidencia de la ciudadanía que los gobiernos de turno son incapaces de cumplir la Constitución que tanto invocan. Se trata de llevar a la gente la comprensión de que la ley no sirve de nada si no se cumple y se hace cumplir. Quiero decir que antes de hablar de la ley hay que organizarse para redactarla y hacerla viable. La claridad en la concreción del objetivo, en resumen.

En estos momentos no encuentro una predisposición generalizada a ello. En unos casos por entender que una siglas son suficientes para generar el proceso. Considero que tal posición, detentada por Podemos es un craso error. En otros se utiliza la fórmula como sinónimo de una alianza electoral sin otro horizonte programático que vagas generalizaciones (un programa no es una lista de deseos o de anhelos). Y queda una tercera posición que se encierra en sus visiones radicales y plantean aquí y ahora propuestas sin un respaldo mínimo. La política se hace en el tiempo concreto, no para claudicar, sino para actuar en la coyuntura. Y hago mía la concepción leninista de coyuntura como punto nodal en el que se condensan las contradicciones.

Y queda una última visión del proceso constituyente. Confieso que en este apartado estoy bastante decepcionado e, incluso, contrariado. Hay cientos y cientos de organizaciones que se reclaman de la República, que se

sienten ligadas a este noble ideal. Pero ahí se detienen. En unos casos porque se limitan a la sempiterna reivindicación de la República, y no van más allá de actos conmemorativos con una liturgia de permanente estancamiento en el recuerdo. Como amante de la historia considero que saber y conocer el pasado es fundamental para cambiar el presente, pero si ese saber no conlleva una propuesta nueva que, recogiendo la herencia la adapte a los nuevos tiempos, el saber es pura erudición pero nunca cambio político. Todavía espero del movimiento republicano una predisposición para unirse, trabajar y elaborar las líneas maestras de una futura Tercera República Española, Hispánica o Ibérica.

Juan Andrade: *Sí, eso lo planteabas en el libro «Conversaciones sobre la Tercera República» del que ya hemos hablado.*

Julio Anguita: Sí, conjuntamente con una periodista y amiga llamada Carmen Reina.

Juan Andrade: *¿De qué República hablabais y sigues hablando ahora?*

Julio Anguita: De una que beba del ideal político de Maquiavelo y la concreción jacobina de 1793.

Juan Andrade: *Has hablado antes metafóricamente de «Guerra total», de «diseño de batallas». ¿En qué frente te sentirías más fuerte para combatir en esa guerra, para librar esas batallas?*

Julio Anguita: En el frente político, ideológico y educativo. Escribir, hablar con la gente, organizar asambleas. En el frente que veo que puedo dar de sí con mis años, mi experiencia, y con mis habilidades didácticas para hacer un discurso entendible en programas de televisión, radio, periódicos y demás. El frente del combate ideológico, de ideas y educación política, es de primera magnitud. Mira, si se produjeran los hechos tal y como los estamos planteando yo sería de los que apoyara a ese gobierno del cambio, dejando muy claro además que no busco ni un puesto de conserje en ningún ministerio. Busco poner la pluma, mi voz, y el prestigio que pueda tener ante alguna gente a disposición de esta causa, no de esta gente, ojo, de la causa. Y recomendaré a mis compañeros que sigan perteneciendo como yo al PCE y a IU que lo hagan, que en estos momentos esa es la lucha

preferente, aunque IU no sea el sujeto único o ni siquiera central de ese cambio.

Yo ingresé en un Partido Comunista de España pensando en cambiar las cosas, pensando en la revolución. Si se presenta o se atisba la posibilidad de cambiar las cosas a mí me da igual quien lo traiga. Y no es fácil, porque cuando se ha sido coordinador de IU y secretario general del PCE eso pesa. Pero bueno, lo diría como lo digo ahora abiertamente. Esta oportunidad de cambio es la que nosotros tratamos de provocar y no pudimos o no supimos. Por mil razones, también por nuestros errores. Y yo asumo todos esos errores, pero sí es verdad que lo intentamos o lo creímos intentar, fíjate lo que digo para ser todavía más modesto: al menos creíamos que lo intentábamos. Pero nos equivocamos en medir, no medimos bien las alianzas, no medimos bien los momentos y sobre todo no medimos bien, y yo menos que nadie, nuestra capacidad, nuestra organización, nuestros niveles de homogeneidad, no los medimos. Éramos muchos, muchas Izquierdas Unidas en Izquierda Unida.

Juan Andrade: *Estamos hablando –más bien fantaseando– de la posibilidad de que las elecciones las ganase una candidatura de cambio. Pero es muy probable que de cara a las elecciones generales de noviembre se dé una recomposición política del poder. Esa recomposición podría pasar por la resistencia electoral del PP en un contexto bronco de explotación del miedo a las opciones del cambio, sobre todo del miedo –un miedo muy inducido pero latente en mucha gente– a que se trunque la supuesta recuperación económica. Esa recomposición podría pasar por el resurgimiento cual ave fénix del PSOE. Podría pasar de una alianza de cualquiera de ellos con Ciudadanos. O podría pasar por una gran coalición postelectoral entre PP y PSOE, no creo nunca que con un acuerdo de gobierno, ni siquiera creo que con un pacto de legislatura, pero quizá sí con una política cotidiana de acuerdos puntuales o al menos con la negativa del PSOE a votar las propuestas de las fuerzas del cambio.*

Julio Anguita: Felipe González lo ha dicho, y Felipe González, como he dicho muchas veces, no da puntada sin hilo. Ha conectado con los dirigentes europeos y estos le están diciendo que hay que hacer lo de Alemania porque con las cosas de comer no se juega. Él ha optado. Él es un hombre del sistema capitalista. Pero vamos, puro y duro. Y no solamente en

su visión conceptual, sino en su vida personal, forma parte del sistema. Y, por tanto, ha lanzado la advertencia. Y la advertencia refuerza mi discurso de las dos orillas: dos visiones aparentes o coyunturalmente antagónicas en los momentos electorales, pero que estructuralmente son la misma cosa; es decir, el bipartidismo. En Europa Felipe está ahí detrás manteniendo esa posición y Felipe maneja mucho. Lo que pasa es que lo que puede estorbar a Felipe es esta desgracia de PP, que es la quinta esencia de la corrupción y de la España negra y casposa. Si en el PP hubiese ahora un José Calvo Sotelo, incluso un Gil Robles la cosa sería diferente. Esa suerte tenemos.

Otra opción que señalas es que el PP lance una campaña con mucho dinero, con muchos periódicos y agitadores y con apoyo norteamericano para sembrar el miedo, hablando todo el día de la conexión de Podemos con Venezuela.

Y la opción de un resurgimiento del PSOE yo no la veo ahora. No la veo con estos dirigentes. La veo, si hubiese un cambio. Pero es que no veo la respuesta. Tendría que ser con gente como Izquierda Socialista, que se multiplicase y se rejuveneciese y tuviesen ganas de pelear, que no la tienen, porque están muy bien ahí marginaditos en el PSOE. No lo veo. Porque ni siquiera ahora funciona la memoria histórica. Cuando el PSOE resurge en los años de la transición, había mucha gente con la memoria histórica del socialismo español, que ha ido muriendo. La imagen del PSOE que hay ahora es la imagen de Felipe González. Pero no sé, yo me declaro ahí incompetente para entender si ahí puede haber algo que yo no vea.

Juan Andrade: *Yo también me declaro incompetente. Los historiadores podemos ser buenos, normalillos o flojos explicando el pasado, pero solemos ser bastante malos aventurando lo que va a suceder. Pero lo que sí está muy claro es que el poder también trabaja.*

Julio Anguita: Evidentemente, supongo que el enemigo trabaja y aparte de las zafiedades, de los insultos, supongo que intentará que el PSOE satelice a Podemos, que los ponga en su órbita. No sé. O que cultive su ego para que vayan solos, no sé, no creo. O que esperen simplemente a que los gobiernos locales o regionales de unidad se desgasten porque no tengan fuerza para aplicar determinadas medidas y acaben ya por un tiempo con la ilusión en este país. Eso es lo que da miedo, la desilusión. Ha habido dos momentos antes en la historia reciente de este país en el que la gente se ha

ilusionado. En la transición, con la democracia y en los ochenta y noventa, con Europa. Una tercera desilusión ahora ya sería la muerte. Este tercer momento de ilusión de la gente no puede ser desencantado. Esa es también mi preocupación, por eso no puede fallar esto y por eso digo que este momento de ilusión y de oportunidad es una cosa de todos los que queremos el cambio, de Podemos y de los demás. Si Podemos y los demás así lo entienden. Veremos.

Juan Andrade: *Lo que yo sí constato es que estamos en un momento de apertura donde se está disputando la batalla y las cosas pueden ir en un sentido o en otro. Estamos en un momento de encrucijada y de aceleración del tiempo histórico, donde todo sucede muy rápido, donde aparecen caminos nuevos que si no se toman a tiempo y con decisión desaparecen. Y cuando todo sucede muy rápido, a veces también las energías se disipan de forma muy rápida si no se mantiene la tensión, si la gente no está participando de forma activa, si no hay verdadera lucha social, si no se sabe aprovechar el momento o si no tienes la oportunidad de hacerte valer. Creo que es otra opción que hay que contemplar. ¿Piensas que puede disiparse esta energía social acumulada? ¿Piensas que se está trabajando para evitarlo mediante el impulso a la participación de la gente?*

Julio Anguita: Creo que la palabra es «sinergia». Tus energías personales se agotan. Tienes que abrir la posibilidad para que se multipliquen por un millón, dos millones, tres millones.

Juan Andrade: *Sí, el reto inmediato, y lo difícil, es mantener la ilusión de la gente y la tensión de aquí a noviembre.*

Julio Anguita: Sí, efectivamente, porque es una sinergia, es un estado de ánimo, es un receptáculo de sentimientos, de ideas, de principios, de acuerdos –tácitos o expresos– que puedan conformar una mayoría social. Si logras hacer eso entonces no se agota. Pero si caemos en la tentación de que sean solamente los dirigentes los que estén ahí y que solamente sean una serie de hombres los que se visualicen y representen el movimiento, entonces se acabó ya. Se acabó. ¿Por qué? Porque se agotan, porque son vulnerables, porque los medios de comunicación desgastan muchísimo. Pero supongo que también esto lo saben. Saben que, sin la gente, no son nada, sobre todo porque después, cuando los coloquen en la diana y todos

disparen contra ellos, si no se ven obligados a disparar sobre millones, les será muy fácil concentrar el tiro. O sea, lo que hay que hacer es que el tiro del poder se desperdigue.

[1] El texto puede verse en http://www.unidadcivicaporlarepublica.es/index.php/iii-republica/8530--este-ya-no-es-pais-para-reyes-es-la-hora-de-las-personas-la-hora-de-la-republica.

20. Izquierda Unida hoy… tal vez mañana

El terremoto generado por la irrupción de Podemos sacudió violentamente el edificio de Izquierda Unida y amenaza con derrumbarlo. Pero si el edificio se tambalea es por lo resquebrajados que desde mucho antes estaban sus cimientos. El gran reto de IU ahora consiste en resituarse rápidamente en el nuevo y cambiante escenario para contribuir de manera importante al proceso de cambio que puede desarrollarse. El reto inmediato consiste en resistirse a la atracción que sobre sus dirigentes, cuadros y sobre todo votantes ejerce Podemos o a la tentación que, por agotamiento, muchos tienen de irse a sus casas. El horizonte para ello está en una confluencia política amplia, más de base ciudadana y social que partidaria, de la que Izquierda Unida, o más bien los cuadros de Izquierda Unida, podrían ser una parte importante. Para hacer frente a estos retos y resituarse en el nuevo escenario IU debería preguntarse antes cómo ha llegado a este estado de postración y desconcierto. A semejante interrogante le correspondería un amplio tratado de ciencia política y un exhaustivo relato histórico en el que compilar toda una sucesión de bandazos, desatinos, miopías, ingenuidades, pulsiones cainitas y tendencias suicidas tanto más graves a medida que se asciende en el organigrama del partido.

Resulta evidente que la dirección de IU no supo entender los cambios sociales, económicos y generacionales de largo alcance que venían produciéndose en las últimas décadas, así como el cambio de ciclo político que trajo consigo la crisis. Ni siquiera supo entender la indignación ni el estado de ánimo proclive al cambio que generaron las políticas gubernamentales para hacerle frente, ni el despertar de la gente común a unas formas de conciencia política que no se expresaban en los términos clásicos de la izquierda militante. Menos aún supo interpretar el resurgimiento del conflicto social y la emergencia de nuevas formas masivas de protestas como las que cristalizaron en el 15M y se desplegaron más adelante. Cuando digo que no supo entenderlo no me refiero a que no accediera a reflejarlo en sus documentos oficiales, que lo hizo. Me refiero a la incapacidad del núcleo dirigente de entender e interiorizar lo que su gente más lúcida había elaborado en sus documentos y fue oficialmente

respaldado en sus asambleas. Con ello IU continuaba en su vieja tradición de elaborar buenos documentos, no cumplirlos y luego hacer política movidos por la inercia, la inmediatez, los pequeños réditos y los intereses del aparato. Inmersos en esta inercia, se volvieron a destinar menos esfuerzos al trabajo político de puertas afuera que a las batallas de puertas adentro entre banderías cambiantes. El conflicto continuó dentro ya de un escenario interno cada vez más embrutecido y enredado, donde la definición de los bandos y las alianzas escapan a la comprensión incluso de los militantes que las libran.

Los documentos de IU aprobados en la X Asamblea Federal de 2012 apostaban por la rebelión democrática, la ruptura y la apertura de un proceso constituyente. Para ello, según se planteaba, resultaba necesario refundar Izquierda Unida e impulsar una amplia convergencia que fuera más allá de la unidad con las organizaciones preexistentes de la izquierda, todo ello al calor de la dinámica abierta de movilización y el respeto a su autonomía[1]*. Se trataba de una apuesta amplia que debía resituar a Izquierda Unida, o a lo que de ella pudiera salir, como principal referente político del cambio.*

Sin embargo, esta política a lo grande y con visos reales de prosperar fue dejada de lado. En su lugar, la dirección centró su discurso en la exposición de remedios concretos y archisabidos para la crisis (fiscalidad progresiva, lucha contra el fraude fiscal, apuesta por el sector público, etc.) que no estaban incardinados en un proyecto atractivo de cambio que pudiera ilusionar y entroncar con el estado de ánimo de la gente. Más allá de estas propuestas concretas, la línea política de IU se desarrolló a la baja, reproduciendo las viejas inercias que situaban al PSOE como aliado electoral preferente y a Comisiones Obreras como el único referente social. En definitiva, Izquierda Unida se ató precisamente a la política que Julio Anguita intentó superar en su día, cuando esa política podía tener algo más de sentido, a pesar de sus grandes riesgos y evidentes limitaciones. Ahora, en el nuevo ciclo político, no era más que una política zombi.

Estos déficits en la orientación política se debieron en buena medida a un problema de dirección. La dirección salida de la IX Asamblea federal de 2008 y redefinida en la X Asamblea federal de 2012 ha demostrado –con independencia de los méritos o desatinos particulares, pues de todo ha habido– no estar a la altura de las circunstancias. Y no lo ha estado porque

no fue conformada para estarlo, sino para lograr un equilibrio interno entre las múltiples tendencias, familias e intereses particulares que venían enfrentándose virulentamente en un espacio cada vez más reducido y ensimismado en el que había que poner orden. Los límites de la dirección de Izquierda Unida se deben sobre todo a que la dirección se conformó para resolver sus problemas internos y no para hacer frente de manera decidida a un nuevo ciclo político cargado de posibilidades que requería de mucha inteligencia y valentía. En buena medida esta contradicción se expresa en la misma figura del coordinador general, Cayo Lara, una persona de trayectoria meritoria y honesta que supo suscitar acuerdos, pero que no ha destacado por su visión política y su arrojo a la hora de impulsar la refundación que la organización necesitaba, ni la convergencia de esta con algo realmente amplio. Falta de visión, temor e indecisión han sido frecuentes en una dirección poco cohesionada en la que figuraban personas de talento, figuras sobrevenidas, gentes de aparato y burócratas eternos.

En el nuevo contexto de emergencia social y posibilidades políticas la dirección no quiso arriesgar, entre otras cosas porque estaba a la espera de los votos que, de acuerdo con la lógica del ciclo político anterior, recibiría mecánicamente del desgaste del PSOE. Bloqueados se quedaron al comprobar que estos votos, más otros procedentes de la abstención, más buena parte de los suyos propios, se los llevaba una formación dirigida por algunos de sus antiguos asesores.

La secuencia de los hechos fue trágica para IU. Cuando los promotores de Podemos todavía no tenían seguridad de que su hipótesis política y proyecto de partido pudieran despuntar hicieron una propuesta a la dirección de Izquierda Unida, que previamente consultaron con Julio Anguita, para ir juntos a las elecciones europeas mediante alguna fórmula que contemplara la celebración de primarias para elegir a los candidatos. Izquierda Unida rechazó la propuesta con aire despreciativo y autosuficiencia, movida en buena medida por la voluntad del aparato de que el eurodiputado Willy Meyer volviera a encabezar la candidatura. Al cabo de unas semanas, el 25 de mayo de 2014, Podemos conseguía de la nada cinco eurodiputados y a partir de ahí empezaba a ascender meteóricamente en las encuestas a costa, entre otros, de Izquierda Unida. Al poco tiempo de las elecciones europeas Willy Meyer dimitía al

descubrirse que participaba en un fondo de pensiones del Parlamento Europeo gestionado por una SICAV en Luxemburgo.

Después de semejante sacudida la dirección permaneció bloqueada por la incomprensión de lo sucedido, la frustración de las expectativas que venía alimentando, la impotencia para enmendar lo ya hecho y la desorientación acerca de lo que debía de hacer. Básicamente lo que hizo durante los primeros meses fue no hacer nada y luego muy poca cosa. Entre los cambios estuvo la apuesta por Alberto Garzón como futuro candidato a la presidencia del gobierno, un joven diputado con una buena formación intelectual y política muy estimado por amplios sectores de la sociedad. Alberto Garzón representa a una nueva generación de cuadros y dirigentes jóvenes de gran capacidad que han sido taponados por la dirección de turno y que ahora se mueven entre la posibilidad de resituar a IU en un proceso quizá revitalizante de convergencia y el riesgo de sacrificarse en el intento por reparar los desatinos de sus predecesores. El acceso en concreto de Garzón, y en general de otros dirigentes, parece la mejor opción, aunque está por ver si da la talla, si no se frena desde dentro o no llega demasiado tarde.

El nuevo escenario abierto tras las elecciones europeas de mayo de 2008 ha tensionado la vida interna de Izquierda Unida, acentuando algunos de sus vicios y generando reacciones contradictorias. Una parte minoritaria de los militantes, cuadros e incluso dirigentes de IU-PCE se han ido a Podemos, movidos por la idea de que Podemos constituye hoy en día un instrumento mejor para luchar por lo que siempre han luchado. Otros dirigentes de IU, presos de la nostalgia o de la inercia, siguen esperando que las aguas vuelvan al cauce de siempre para volver a ser determinantes a la hora de condicionar, desde fuera o en alianza, el giro a la izquierda del PSOE, gracias a la presión conjunta con CCOO y formando así la anhelada «mayoría de progreso».

Otra parte más amplia de la organización ha adoptado una actitud reactiva que busca consuelo en el enroque identitario: en la defensa de una identidad cosificada e inoperante que complace pero no inspira vías de intervención política y que al final conduce a la parálisis o el aislamiento. Una actitud defensiva que afirma su autenticidad y superioridad apelando –y eso es cierto– a la experiencia y entrega en los años difíciles y apelando también –eso ya es más difícil de creer– a su probada rectitud ideológica y

a una práctica política consecuente. En este sentido llama la atención que algunas figuras de la dirección de IU reprochen a Podemos la falta de consistencia ideológica y claridad programática de izquierdas que a ellos les han venido echando en cara desde hace muchos años sus propias bases. Atendiendo a este estado de ánimo interno IU podría apostar por un enfrentamiento abierto con Podemos y con las candidaturas de unidad popular, denunciando lo que, desde sus propios parámetros, sería la indefinición programática, la composición interclasista, la falta de consistencia ideológica o los guiños a ciertos poderes por parte del partido de Pablo Iglesias. Quizá ahí IU podría encontrar un pequeño, la verdad que muy pequeño, nicho de electores que desconfían o rechazan, desde ciertos códigos de la izquierda, estas nuevas expresiones políticas. El problema es que se quedarían fuera del proceso de cambio que pudiera desarrollarse.

En el momento en el que se escriben estas últimas líneas, apenas celebradas las elecciones municipales y autonómicas del 24 de mayo de 2015, la alternativa a los males y dificultades de IU tratan de alumbrarla algunos cuadros, y es la que, a día de hoy, respalda Julio Anguita. Consiste en concebir el proceso de cambio, y sobre todo a sus agentes, mucho más allá de los partidos políticos. Y consiste en promover un proceso de unidad popular programática amplio (que también los incluya) como única forma de darle seguridad y garantía a ese proceso de cambio y, de paso, como mejor manera de integrar en él, más humilde pero dignamente, a Izquierda Unida. En términos electorales el potencial de esta apuesta se acaba de constatar en los buenos resultados obtenidos por las amplias candidaturas municipales de unidad popular (Madrid, Barcelona, Zaragoza, Santiago, etc.), en las que han participado gentes de IU. Las dificultades de cara a trasladar esa iniciativa a las elecciones generales, no de manera mimética pero sí parecida, radica en la voluntad de Podemos de ir en solitario en la mayor parte de las circunscripciones y también en el recelo y el encono de alguna gente de IU a juntarse con la gente de Podemos. La dificultad concreta de Izquierda Unida ahora consiste en demostrar que busca en la unidad algo más que una simple tabla de salvación a su declive y en asegurar que lo que aportará al proceso de convergencia no serán todos los vicios descritos en este trabajo, sino todo ese capital humano y memoria

de lucha que todavía contiene. Así parece que están las cosas… al menos hoy.

A nivel de cuadros y bases el PCE e Izquierda Unida siguen atesorando –aunque en declive y pese a la merma y el desgaste sufridos– una militancia curtida, experimentada y encuadrada en organizaciones locales repartidas por casi todo el país. En sus organizaciones intermedias y de base cuentan con una amplia red de cargos públicos con experiencia institucional, cuadros sindicales, activistas en movimientos sociales y profesionales destacados en sus ámbitos de trabajo; siguen contando, en general, con una militancia que, en condiciones realmente adversas, ha sostenido un discurso y una práctica crítica –y a veces antagonista– cuando pocos lo hacían. Ese patrimonio militante actual, junto con todo el patrimonio moral e intelectual acumulado a lo largo de su longeva historia, toda esa carga de memoria, es lo que hoy está en juego y lo que parece que muchos de sus dirigentes están a punto de dilapidar.

En política la materia no solo se transforma, sino que también se destruye. En momentos de cambio y redefinición de los agentes políticos muchas gentes y experiencias no se trasvasan a nuevas organizaciones, sino que se pierden en el camino. La reducción de Izquierda Unida a su mínima expresión o su desaparición sería una pérdida no solo para el PCE e IU, sino para el proceso de cambio en general. Porque lo que se perderían no serían solo personas, sino las relaciones orgánicas que esas personas han construido en torno a una idealidad, así como una memoria de luchas que sería necesaria para que un verdadero proyecto de cambio pudiera coger impulso. En este libro con Julio Anguita se ha tratado de sacar a flote precisamente toda esa memoria. Ahora vamos a hablar de su presente y quizá futuro.

***Juan Andrade:** Julio, en apenas un año Izquierda Unida ha pasado de verse como una fuerza con buenas expectativas electorales a verse al filo de la irrelevancia institucional y, peor aún, de proyectar una imagen de aparente equilibrio a romperse por dentro y no ser percibida como una herramienta útil para el cambio en este contexto de crisis y de oportunidad. Las explicaciones más simples, o el desvío de responsabilidades, apuntan al surgimiento de Podemos. Pero, ¿qué le ha pasado realmente a Izquierda Unida?*

Julio Anguita: Yo, que defendí el *sorpasso* –y me voy a meter aquí–, compruebo cómo era posible. Pero compruebo además –y lo digo con sentido acusatorio– cómo lo era cuando aquellos dirigentes que lo aprobaron no se lo creyeron como una estrategia de largo alcance. Y ahí quedó esa práctica hipócrita de los dirigentes de Izquierda Unida que defendían y votaban una posición dentro de los órganos y después por el qué dirán iban inmediatamente a la prensa a decir lo contrario. No creían lo que ellos decían representar y creían que el PSOE era la encarnación de la izquierda y que los sindicatos eran el brazo político fundamental de los trabajadores, lo cual tampoco era verdad. Y claro, al pasar los años y ver cómo el poderoso PSOE está siendo sobrepasado, y ver que, no en un año, pero sí en el horizonte de cinco, seis, siete años, eso hubiese sido posible si hubiésemos sido coherentes, estos dirigentes ahora sienten ese rechazo hacia Podemos. Y ahora se preguntan para sí: «pero ¿cómo yo no soy yo el que está ahí?». Porque tú ya abdicaste de eso cuando renunciaste a hacer una política coherente. Cuando la crisis se presenta, la Izquierda Unida que ha tenido su oportunidad ya no se percibe como un instrumento válido para hacerle frente. Esto es muy doloroso pero es así. Izquierda Unida no resulta válida porque en el imaginario colectivo de la gente formaba parte del estatus y del sistema. Bien es verdad que como contestatario oficial, pero contestatario dentro del marco. Tenía su rol ahí y ese rol que tenía ahí también es descartado por la gente.

Juan Andrade: *Una reacción en Izquierda Unida a la emergencia de nuevas expresiones políticas ha sido el enroque identitario. Llama la atención que la imagen que alguna gente de Izquierda Unida trata de oponer a Podemos y a las experiencias de confluencia sea la de una formación con una inequívoca identidad ideológica de izquierdas, la de una supuesta coherencia política, incluso la de un radicalismo izquierdista fuerte, cuando la verdad es que la línea política de IU en los últimos años ha sido muy templada, muy proclive al pacto, sobre todo con el PSOE, muy temerosa a la hora de expresar grandes disensos que le impidiera salir unos minutos en la SER.*

Julio Anguita: IU nunca ha dejado de reclamarse de la izquierda. En eso no ha habido cambio de discurso. Lo que ocurre es que no ha sido tan coherente a la hora de ubicar al PSOE; es más, ha sido errática. Unas veces,

sobre todo a la hora de los pactos, IU ha hablado de la unidad de la izquierda con el PSOE. Otras veces le ha acusado de hacer política de derechas. Ese zigzagueo permanente le ha quitado credibilidad. Todos sabemos que hay ocasiones en las que el pacto es necesario porque se debe evitar un mal mayor; nada que objetar. Pero constituye una falta de rigor tremenda calificar el acuerdo como un ejemplo de pacto progresista. El discurso no se puede cambiar en el tiempo que media entre el antes de las elecciones y el después de las mismas. Ahí está el caso de Andalucía para ratificarlo. Otras veces IU se ha declarado adversaria frontal del bipartidismo y a continuación ha planteado una alianza con el PSOE para «parar a la derecha». Lo que te dije antes, el zigzagueo. Ese discurso basado en grandes palabras y actos poco concordes con ellas no se tiene en pie. Esa es, precisamente, una de las características menos loables de la socialdemocracia. Un rito verbal rotundo y una práctica blanda.

Cuando esto ocurre, cuando esto constituye la base real sobre la que se edifica la acción institucional –la única por otra parte– se asiste a un desdoblamiento de la personalidad, a una situación esquizoide que, además, se ve normal. Compelidas a acudir a las urnas con sus candidaturas propias o en alianza táctica con otros, la fuerzas políticas y sindicales no tienen más remedio que poner el acento crítico en las campañas electorales. Es la hora del tremendismo lingüístico y de la dureza en los calificativos y, si es preciso, se acude a un notario para levantar acta con la promesa de que cualquier acuerdo político pasará por los puntos que en dicha acta se relacionan. Acabadas las elecciones llega la hora del «realismo político» y «donde puse digo ahora pongo diego». Y vuelta a empezar.

Al reiterarse una y otra vez estas acciones se desemboca en una situación en la que las fuerzas políticas o sindicales devienen en simples máquinas electorales que concitan en torno a ellas grupos de intereses personales y gremiales. En la defensa de esos intereses son descalificados los adversarios políticos, bien como traidores bien como «vendedores de pócimas alucinógenas».

Después del 24 de mayo hemos vuelto a ver otra voltereta lingüística en algunos sitios. Desalojar al PP de las instituciones era una necesidad de profilaxis democrática; era lo urgente, lo inmediato. Sin embargo, y en vez de hablar de pacto antigubernamental, hemos vuelto a hablar de la unidad de la izquierda con el PSOE. No tenemos remedio. Pareciera que estamos

atados al pasado y desde esa atadura queremos quemar etapas sin haber clarificado críticamente lo anterior. No se puede, por una parte, reivindicar con orgullo nuestro apoyo a la transición y a continuación plantear un proceso constituyente cuya esencia es romper con aquello. No se puede estar con el antes y con el ahora, sobre todo si ambos se autoexcluyen. IU fue prepotente con Podemos cuando estos plantearon un proceso asambleario de unidad cara a las elecciones europeas, aunque curiosamente ahora es Podemos quien tiene gestos de prepotencia. No se puede estar permanentemente en este péndulo mientras el bipartito se recompone.

Sobre el enroque identitario, a mí, que nunca he ocultado mi adscripción filosófica y política al comunismo, me suelen criticar, desde la ortodoxia de letanías y frases espigadas de Lenin, que nunca hablo en mis conferencias y charlas del comunismo ni tampoco del socialismo. Es natural, yo suelo hablar para personas que quieren escuchar argumentos, razones, propuestas, lógicas discursivas y propuestas concretas. Y todas ellas las hago desde mi visión filosófica y política. Lo que intento, en un mundo dominado por la propaganda de derechas, es reconducir la mente de los demás a la concreción y a la lógica del sentido común de la justicia y los DDHH. No me gustan los sermones.

Juan Andrade: *Esa falta de orientación política ha generado una situación realmente confusa, desquiciada, donde han emergido todas las miserias que Izquierda Unida venía acumulando. Por miserias me refiero a la sujeción de algunas de sus gentes a los cargos y a las liberaciones, a la existencia de banderías y corruptelas tejidas al calor del poder institucional y me refiero también a un embrutecimiento o envilecimiento de las relaciones personales dentro de un cainismo autodestructivo que ya parece marca de la casa. ¿Qué le pasa a Izquierda Unida?*

Julio Anguita: Efectivamente las relaciones en Izquierda Unida se transforman en relación entre familias. Pero no entre familias ideológicas, sino entre familias formadas por intereses inmediatos y concretos ligados al cargo. Y, claro, cuando la familia corre peligro se desata la guerra. Y les importa ya tres pimientos lo que pueda pasar. Es normal, cuando no hay política, cuando no hay ideas, naturalmente las energías tienen que salir por las batallas internas, por la persecución del disidente, por la purga, en el sentido de perseguir a aquel que no está conforme. Tiene que salir por el

ataque, por el insulto en la web, por no ofrecer ninguna alternativa ni argumento, sino simplemente el sarcasmo o la burla. Pero eso es la muerte. Los que practican eso ya están afectados por la muerte.

Juan Andrade: *Además de sujeción al sueldo hay, como dice un amigo en común, Víctor Casco, un «salario emocional» que lleva a muchos dirigentes a no querer dejar de serlo.*

Julio Anguita: Ese salario emocional existe, porque es muy humano, pero los dirigentes que pretenden hablar de otra sociedad mejor y que hablan de la revolución deben aceptar que la revolución también comienza por cambiar las actitudes y los comportamientos de uno mismo y además deben saber que a veces desde la segunda o tercera fila se pueden hacer cosas extraordinarias.

Juan Andrade: *Esa cultura gregaria de las banderías y de intereses muy vinculados a las liberaciones y al ejercicio del cargo público ha tenido una expresión extrema, que no exclusiva, en IU Madrid, con episodios bochornosos como el de la participación en el Consejo de administración de Bankia. En toda esa bronca tan enconada y confusa había dirigentes que ya lo eran en tu etapa, como Ángel Pérez. ¿Cómo se ha podido llegar a ello desde una organización como IU que predica lo contrario y viene de una tradición de militancias sacrificadas de confrontación en condiciones muy desfavorables contra el bipartito?*

Julio Anguita: En cuanto a esas corruptelas, en la actuación política del estatus se producen momentos en los que el discurso es algo así como esto: «Nosotros los que sostenemos la democracia, los que formamos parte de la entente entre el poder económico, el mediático y el político sindical tenemos un derecho a gozar de ciertas dádivas o tratos privilegiados porque así funciona esto en cualquier parte de la Europa en la que hemos entrado».

En cuanto al caso concreto de Madrid, como vengo mencionando, las dos almas del PCE entraron pronto en conflicto. La partidaria de IU partido político en la órbita del PSOE, quiso hacer del nuevo proyecto un partido al uso. Para ello se fue desembarazando de las características que lo impedían, la elaboración colectiva y, sobre todo, de la concepción de IU como impulsora de la construcción de la alternativa. Esa alma, más lo que después sería Nueva Izquierda y más sectores muy importantes de diversas

direcciones de CCOO, consiguieron, fundamentalmente en Madrid, instalar una visión de IU que utilizaba a la mayoría a la dirección del Partido Comunista de Madrid como guardia pretoriana.

En cuanto a Ángel Pérez hay que hacer historia. Pérez, que venía del Partido Comunista de los Pueblos de España, fue elegido secretario de organización del PCE Federal cuando la batalla previa al XIII Congreso, donde Sartorius, Palero y Berga, entre otros, plantearon la disolución del PCE. Fue eficaz y cumplió correctamente su cometido. A partir de que fue elegido secretario del partido de Madrid y después coordinador de IU Madrid, fue orientándose hacia una política muy conexionada con el aparato de CCOO. A finales de la década de los noventa admitió públicamente que disentía de las tesis mayoritarias de IU. Incluso hizo declaraciones muy críticas conmigo porque critiqué la intervención de la OTAN en Yugoslavia y no me dejé llevar hacia la condena unilateral y sesgada de Milosevic.

Juan Andrade: *Ya, ahí opera una lógica de poder no siempre controlable: el enemigo de mi enemigo es mi amigo, pero luego, cuando el enemigo común desaparece, ese amigo se vuelve contra mí. Háblame entonces de lo que ahora ha pasado en Madrid ¿cómo lo analizas?*

Julio Anguita: Pues mira yo ya me vine en el 2000 muy harto. De lo que haya pasado después no tengo información documentada, aunque sí informaciones orales que deberían pasar la prueba de la comprobación. A quien corresponda que lo resuelva. Ángel Pérez, como Moral Santín, también procedente del PCPE, han ido muy hermanados en el cambio de concepciones políticas. Por cierto, Moral Santín fue nombrado miembro del Consejo de Administración de Caja Madrid en mi época de coordinador general.

Juan Andrade: *¿Cómo interpretas la salida antes del 24M de una serie de gente de la organización de Madrid encabezados por quien había sido elegida número uno en las primarias, Tania Sánchez?*

Julio Anguita: No estoy de acuerdo. Aunque sí concedo que puede haber atenuantes a esa decisión, pero no eximentes. No estoy de acuerdo; porque ella despertó y concitó apoyos de renovación que estaban ahí y que podía haberlos manejado perfectamente en la lucha política frente al aparato. Ha

abandonado. No sé si es que ha llegado a la conclusión de que allí no se podía hacer nada, pero lo que yo creo que ha hecho mal es no consultarlo con Alberto ni con los demás. Yo creo que ella ha pegado una espantada rompiendo con un proceso que puso en marcha que era muy interesante. Ha decepcionado y ha dejado a mucha gente desorientada.

Juan Andrade: *Hablemos de Andalucía, junto con Madrid, y por encima de ella, la mayor federación de IU y la que parece marcar la pauta de la formación en todo el país. Cuando se atisbaba la ruptura del pacto de gobierno con el PSOE, Diego Valderas, de Izquierda Unida y vicepresidente entonces de la Junta de Andalucía, salió reivindicando a IU como «la fuerza de la estabilidad gubernamental»*[2]. *Es sorprendente que en un momento de voluntad social de cambio político contra el bipartidismo Izquierda Unida se presentase a sí misma como la fuerza de la estabilidad de un gobierno con el PSOE. Creo que con el cambio de ciclo político IU se quedó, en virtud al menos de sus acuerdos de gobierno, con el paso cambiado.*

Julio Anguita: Creo que algunos ya no tienen remedio. Se instalaron en la política de lo posible dentro del estatus y el viento del cambio y las nuevas situaciones de movilización popular se los irá llevando. Si tuviera con un ejemplo que definir esta situación quiero recordar ante ti lo que me ocurrió con un alumno de Derecho en la Facultad de Córdoba. En la presentación que de mí hizo un profesor indicó mi calidad de profesional de la docencia. Tras la exposición y ya en el turno de preguntas el alumno me interpeló: «Sr. Anguita, si usted tiene una profesión, ¿por qué se metió en política?».

La pregunta del alumno explicita una visión de la actividad política en la que el proyecto, el ideario, la cosmovisión no existen; solo existen las instituciones y las inacabables campañas electorales.

Juan Andrade: *Te opusiste en su momento al pacto en Andalucía con el PSOE. ¿Qué otras opciones había entonces?*

Julio Anguita: Como militante de IU voté en contra del acuerdo. A los pocos días publiqué en el Colectivo Prometeo un artículo que, con el título de «Las lentejas de Esaú»[3], criticaba la decisión tomada por la mayoría de la militancia. Mi posición no ha variado desde entonces y era la siguiente.

En primer lugar debíamos poner condiciones para votar la investidura de Susana Díaz. ¿Qué condiciones? Una serie de puntos que, siguiendo el ejemplo de Syriza, hubiesen consistido en medidas urgentes para los más desfavorecidos en Andalucía. ¿Negaba yo la posibilidad del pacto de gobierno? En absoluto. Lo que yo decía era que un programa de gobierno no puede realizarse con las premuras del PSOE y la presión permanente de los medios de comunicación. Había que dedicarle un tiempo. Mientras tanto bastaría con la negociación de cada ley, de cada medida. Creo que IULV-CA (Izquierda Unida Los Verdes-Convocatoria por Andalucía) ya iba predispuesta, entregada. De fuentes del PSOE se ha sabido que ni ellos mismos esperaban tanta facilidad. ¿Tenía el PSOE alguna medida de presión? Yo creo que sí. Ellos conocen el miedo escénico que bastantes dirigentes de IU tiene a ser acusados de que impiden el gobierno de «la izquierda» y favorecen al PP. Creo, pues, que esa amenaza insinuada o explícita derribó la débil resistencia de una IU que estaba deseando ser convencida.

Lo que ha ocurrido después ha demostrado que aquel pacto y, sobre todo, la manera de abordarlo, negociarlo y explicarlo fue nefasto.

Juan Andrade: *¿Mantienes relaciones con los dirigentes de Izquierda Unida de Andalucía y del Partido Comunista de Andalucía?*

Julio Anguita: Mantengo relaciones. Además, y rompiendo muchos años de inasistencia a actos públicos, participé en la campaña junto con Antonio Maíllo y Alberto Garzón en Málaga. Con otros dirigentes tanto de IULV-CA como del PCA mantengo relaciones de saludos o encuentros fortuitos; mis discrepancias políticas nunca han interferido en las relaciones sociales. Con José Luis Centella he mantenido, y ahora menos por circunstancias casuales, una relación de contactos frecuentes en Córdoba (él es de aquí) y cuando me ha convocado a algunas reuniones para analizar determinas cuestiones o para saber mi opinión. Sigo manteniendo esa actitud, aunque sé, a ciencia cierta, que ha sido el dirigente que más impulsó el pacto con el PSOE en Andalucía.

Juan Andrade: *¿Cómo valoras su papel como secretario general del Partido Comunista de España?*

Julio Anguita: Me consta que está preocupado por la deriva de IU federal. Pero el ambiente palatino madrileño posee poderosas lianas para poder desenvolverse con claridad.

Juan Andrade: *¿Qué análisis haces de los resultados en las autonómicas andaluzas?*

Julio Anguita: Se esperaban. Ganaría el PSOE aunque siguiendo sin mayoría absoluta. Podemos se ha visto frustrado, pero es que quiso volar demasiado alto para la realidad andaluza. Lo de Ciudadanos es lo esperado, así como la derrota de IU: así acaban los pactos sin principios y sin cabeza. Pero este cuadro no está consolidado. Los casos de corrupción podrían conducir a nuevas elecciones. Tal y como se ha visto en el caso de la Base de Morón, el poder andaluz, tan aireado por Susana Díaz, sigue siendo esperpéntico.

Juan Andrade: *De todo lo que vienes contando se deduce que la función hoy de Izquierda Unida sería la de contribuir con su experiencia, voluntad y cuadros al partido orgánico del cambio. Ahora IU, o una parte de IU, está implicada en la formación de ese partido orgánico, o más bien en la dimensión más superficial de ese partido, es decir, en su dimensión electoral: la candidatura de unidad popular. ¿Qué crees que quiere exactamente IU con ello?*

Julio Anguita: Desde mi punto de vista IU no quiso o no pudo ver el mensaje y la propuesta del Frente Cívico, Podemos sí. Pasado el tiempo IU plantea la unidad popular como estrategia y objetivo para romper el bipartito y abordar el cambio concreto. Pero, a mi entender, está poniendo demasiado acento en lo electoral. No se da cuenta de que cualquier candidatura con proyección de cambio social es, siempre, el resultado de un acuerdo programático previo. Un programa que es también un conjunto de medidas, valores, plazos, ritmos, alianzas y discurso coherente. Pero sobre ello ya he hablado bastante cuando he planteado la propuesta del Frente Cívico.

Poner el acento en el programa es evitar tener que hacer de la política una sempiterna discusión sobre la ubicación en el espectro que va de la izquierda a la derecha. El programa nos define sin que tengamos nosotros que hacerlo y además disuelve el rechazo instintivo de mucha gente.

Juan Andrade: *¿Qué salida le queda a Izquierda Unida y al PCE en este momento, en este momento concreto?*

Julio Anguita: Estamos en una entrevista que para mí es de una gran importancia –y lo digo no solo porque te conozco por el trabajo que haces– sino por cómo la estamos enfocando. Si Izquierda Unida en estos graves momentos no promueve un gran cambio, un gran cambio que entraña asumir mucho riesgo, el riesgo de crecer o de desaparecer, si no asume ese riesgo, entonces desaparecerá de manera paulatina. No asumir el riesgo es la desaparición paulatina. Siempre pongo el ejemplo del braserito que se va consumiendo, que se extingue dulcemente, que desaparece. Primero desaparecerá IU electoralmente y detrás va el PCE. Detrás ira el PCE arrastrado. Estas advertencias también las he hecho en mis artículos en *Mundo Obrero*, donde vuelvo a reconocer que nunca he tenido censura, sino libertad total.

Juan Andrade: *¿Y esa política arriesgada en qué consistiría?*

Julio Anguita: En Izquierda Unida en estos momentos hace falta una catarsis consistente en un debate en el que se opte, de una vez, por una de las dos almas que siempre han existido en ella. IU debe entender que ella nació para combatir el bipartito, la OTAN, las reformas del mercado laboral, la corrupción y sobre todo nació para construir con otros una alternativa a la situación existente. IU debe saber aplicar la distinción entre pactos y alianzas estratégicas. Una vez aclarado eso debe proceder a un cambio en todos sus niveles de dirección, desde la federal hasta la de la última asamblea del territorio español. Y además debe clarificarse con respecto a sus aliados en Cataluña. Una cosa son relaciones federales y otra las confederales. Y por encima de todo debe recuperar el mejor instrumento que ha tenido para tejer alianzas sobre bases firmes: la elaboración colectiva de programas.

En el horizonte aparece la llamada a la unidad popular. Es una propuesta valiente y arriesgada. Y eso significa que IU debe cambiar mucho si quiere que su llamamiento se entienda. Una unidad popular levantada básicamente sobre dos pilares: programa y valores. En estos momentos IU tiene una oportunidad si apoya con todas sus fuerzas la unidad popular programática. Y para ello debe, sin excusas ni pretextos, ir a un proceso de refundación en

el que desde el primer momento todas las direcciones, grandes y pequeñas, queden en funciones.

Juan Andrade: *¿Pasa ese proceso de refundación por convocar ahora una asamblea extraordinaria antes de las elecciones?*

Julio Anguita: En el momento en que tiene lugar esta conversación, junio de 2015, sí. Una nueva política si quiere tener credibilidad y arranque necesita de nuevas gentes y de nuevos empujes. Aquí no vale lo de vino nuevo en odres viejos.

Juan Andrade: *¿Qué opina de esta propuesta Cayo Lara?*

Julio Anguita: No lo sé. Me gustaría explicárselo y cambiar impresiones. De todas maneras quien haya seguido mis escritos en *Mundo Obrero* o mis intervenciones públicas no puede sentirse sorprendido. Desde hace mucho tiempo vengo hablando de ello.

Juan Andrade: *¿No hablas con Cayo Lara?*

Julio Anguita: He estado con él en reuniones y él ha manifestado que tenía ganas de hablar conmigo. Yo lo estoy deseando. Yo estuve hablando con él con motivo de la convocatoria ciudadana que lanzamos aquí en Córdoba y que causó problemas con Izquierda Unida y el PCE. Creían que nosotros íbamos a aliñar aquí su candidatura. La historia arranca de unas jornadas promovidas por el Frente Cívico de Córdoba a las que invitamos a Equo, vino Juan López Uralde; invitamos a Pablo Iglesias, que vino; invitamos a la gente de STOP Desahucios, Ada Colau no vino pero vino Rafael Mayoral; invitamos a Alberto Garzón, que no pudo venir por problemas familiares y vino entonces Tania Sánchez. Con aquello visualizamos lo que entendíamos que había que hacer. Entonces yo estuve hablando con Cayo. En aquel momento Cayo estaba muy enconado con Podemos.

A Cayo lo conozco hace mucho tiempo y a día de hoy lo considero una persona de una honestidad extrema y de una limpieza enorme, que se cree lo que dice. Y eso para mí es muy importante. Pero creo que él no se ha dado cuenta de que el soporte que ha tenido, que es un soporte de altos cargos e intereses, le ha impedido ver lo que está sucediendo. Estuve con él también a principio del verano de 2014 aquí en Córdoba y también antes del 24M estuve con él en una reunión de dirigentes del partido. Él en algunas

cosas ha estado muy bien. El problema es cuando le han preguntado en algunas comunidades autónomas si íbamos a ir en alianza con PSOE, a lo que él ha respondido muchas veces diciendo que había que gobernar, lo cual prejuzgaba su orientación. Y en su discurso hay una segunda parte donde dice que Comisiones Obreras sigue siendo una estructura en la que poder depositar la política económica y social. Otra vez. Inmenso error.

Juan Andrade: *Cuando estuviste con Cayo Lara aquí en Córdoba, ¿qué decía?*

Julio Anguita: Me oía, pero yo sabía que no me estaba escuchando, pero oía.

Juan Andrade: *¿Quién le asesora?*

Julio Anguita: Supongo que los miembros de la dirección del día a día.

Juan Andrade: *Y, ¿qué opina de lo que planteas Alberto Garzón?*

Julio Anguita: El conoce más mis opiniones y creo que comparte bastantes. No todas. En lo que coincidimos totalmente es en el diagnóstico del problema y en las líneas fundamentales de la solución. Precisamente llevamos una parte de la mañana intentando conectar para fijar una fecha de encuentro y seguir dialogando.

Juan Andrade: *¿Piensas que hay mucha gente en IU dispuesta a esta refundación o, al menos, a una reorientación?*

Julio Anguita: Personalmente yo confío en el sentido común que queda y en la historia de muchos dirigentes. De la misma manera confío en que muchas organizaciones de IU se sacudan la modorra y recuperen el espíritu de riesgo ante lo nuevo y lo necesario. La música de la calle necesita de las mejores letras de la IU movimiento político y social. Pero confiar no es por mi parte una ingenua manera de pensar que todo el mundo es bueno. Significa la invitación a reflexionar sobre nuestro presente y las posibilidades de futuro si se arriesgan en un acto de creación. En caso contrario se acabó.

Juan Andrade: *Pero también puede que haya quien trate de bloquearlo, sea de manera consciente o por pura rutina.*

Julio Anguita: Entonces habrá una sangría, la última de Izquierda Unida, a donde sea, o sus casas o a otros colectivos. Pero entonces IU ya no levantará cabeza.

Juan Andrade: *También hay que tener en cuenta a otra gente que puede compartir tus planteamientos, pero que, sobre todo desde posiciones de responsabilidad interna y atenazados por el miedo, razone de la siguiente manera: «Sí, bueno, es que esos cambios los deberíamos haber hecho antes, cuando estábamos a tiempo, no competíamos con ninguna fuerza emergente y teníamos por delante muy buenas expectativas electorales. Pero ya no estamos a tiempo y si en estas nuevas circunstancias emprendemos el cambio todo este castillo de naipes que ahora mismo somos se puede desbaratar. Entonces, que nadie se mueva, que todo siga igual, no intervengamos a este enfermo por muy mal que esté, porque está tan malo que si lo intervenimos lo podemos matar. Puede que el enfermo se termine muriendo, pero ante la probabilidad de que se muera poco a poco y el riesgo a que lo matemos ahora nosotros, nos quedamos con la probabilidad. Mejor "no meneallo"». En este sentido algún dirigente ha dicho que ahora de lo que se trata es de aguantar el golpe de Podemos, lo cual no es muy ambicioso*[4].

Julio Anguita: La historia del Partido Comunista es la de un crecimiento orgánico y de autoridad entre sectores amplios de la población en los momentos en los que ha sabido estar a la altura de las circunstancias: en el Frente Popular; en la Guerra Civil; en la clandestinidad; en la lucha contra Franco; y en momentos previos a la transición. Es un partido que no tiene sentido sin las apuestas grandes, sin apuestas grandes no tiene nada que decir, sin apuestas grandes se muere. Esto supone el cuestionamiento de muchas cosas, incluso el cuestionamiento de cosas que yo he hecho, pero es que yo estoy dispuesto a ser cuestionado y a cuestionarme yo mismo, porque lo que demanda, digamos, la revolución o la causa que defendemos, es eso, es algo distinto y algo grande. Y si no son capaces, la historia pasará por encima de ellos, pero además no será una muerte digna, será una muerte fea.

Juan Andrade: *¿Cómo vive esta posible desaparición de IU quien ha sido su máximo dirigente durante muchos años?*

Julio Anguita: Asumo mi parte de responsabilidad en el proceso que ha conducido a esto. Y no lo digo por «pose», sino por la convicción de que ahora debemos ir juntos a una IU remozada e inserta, sin zigzagueos políticos, en la construcción del cambio concreto para España. La posibilidad de que IU vuelva por sus fueros es tan ilusionante que no hay sitio para otra cosa que no sea dar sentido a la lucha de miles de hombres y mujeres en esta y otras épocas.

Juan Andrade: *Estamos hablando de Izquierda Unida. Pero, ¿qué debería hacer, en tu opinión, más allá de la coyuntura, el Partido Comunista de España?*

Julio Anguita: En primer lugar se debe refundar IU en la matriz que acabo de explicar. Una IU en la que los comunistas, no el PCE, trabajen codo con codo con otros colectivos, fuerzas, proyectos de liberación y otras visiones devenidas en el transcurrir de los tiempos. Cuando eso funcione, los que nos reclamamos del comunismo marxista podremos organizarnos en una nueva entidad comunista o en un PCE adaptado a la nueva situación. Un PCE de hombres y mujeres que desde su apuesta por IU y su militancia comunista sean dinamizadores de pensamiento, cultura, acción política y praxis revolucionaria. Creo que todo lo que no sea esto es ir preparando el final al que antes aludí.

En el PCE está apareciendo un estado de opinión, por ahora con la prudencia que aconsejan la crisis pasadas, en el que se está dispuesto a cuestionar todo menos la voluntad de acabar con el capitalismo. Es decir, aparecen opiniones que ponen el énfasis en el carácter instrumental del partido y no su existencia como un fin en sí mismo. Ese debate se intentó cuando el Congreso del PCE aprobó la puesta en marcha de la redacción de un manifiesto-programa para esta época posterior a la desaparición de la URSS. Fue un fracaso porque así lo quisieron direcciones y organizaciones del partido. Se perdió un tiempo precioso. Yo, que he sido acusado de liquidador, quiero en esta hora recordar mis palabras en el discurso de la fiesta del PCE de 1991. En aquel discurso, aprobado previamente por el Comité Central, se defendía la necesidad de la existencia del PCE. En un momento en que eso no significaba en absoluto que los partidos comunistas no debieran hacer cambios en sus estructuras y estrategias a tenor de los nuevos acontecimientos, problemas y situaciones yo dije que había que

hacer esos cambios «no fuera a ser que los que defendíamos la existencia de los partidos comunistas tuviéramos que venir a un acto como ese para pedir el fin de una tradición gloriosa».

Para mí el Partido Comunista debe ser una organización que se constituya en impulsor permanente de proyectos, programas, movilizaciones y debates político-culturales en orden a transformar la sociedad en el horizonte del comunismo marxista. Ese partido, organización o entidad no participaría, como tal, en elecciones ni tampoco en actividades de carácter institucional. Cosa que sí podrían hacer sus militantes.

Esto que acabo de exponer está siendo un debate incipiente en determinados sectores de opinión de muchos partidos comunistas, fundamentalmente americanos.

Juan Andrade: *Pero, ¿qué concreción orgánica tendría esa nueva formación comunista-marxista?*

Julio Anguita: Gramsci defendió la necesidad del partido orgánico como la expresión política de una nueva hegemonía, la de los trabajadores y sectores de la inteligencia aliados en orden a cambiar la sociedad en un sentido marxista. En un momento dado yo pensé en IU como ese partido; hoy creo que puede ser la unidad popular. Pero en un caso como en otro, los comunistas deben ser uno de los vectores de fuerza ideológica y programática si son capaces de conquistar ese rol. No concibo a la organización comunista como un partido de masas sino que trabaja con las masas. Y por eso no debe dedicar su tiempo a declaraciones en medios de comunicación sobre las cuestiones de lo diario o sobre las campañas electorales. Su función, a través de sus militantes, es aportar, inducir, aglutinar, impulsar y cohesionar. Y si puede y se lo gana, constituirse en hegemónico intelectualmente hablando.

Juan Andrade: *Imagino que estos planteamientos inquietarán a los actuales dirigentes del PCE.*

Julio Anguita: Esta opinión mía es sobradamente conocida. La he expuesto en artículos de opinión y muchos de ellos en *Mundo Obrero.* Nadie se ha escandalizado o al menos nadie ha salido a la palestra para censurarme o polemizar conmigo. Pero lo que está claro es que, y en ello hay una conformidad tácita conmigo, el PCE no puede seguir así por mucho tiempo

más. Morirá de inacción y por carencia de sentido. El PCE no puede seguir siendo la estructura paralela de IU ni tampoco el tutor de la misma.

Juan Andrade: *Yo creo que tu figura se ha revalorizado en la actualidad al menos por varias razones. Una, porque rompes muy tempranamente no tanto con la transición –con la que al final en cierto sentido también rompes– como con la cultura política de la izquierda de la transición, y eso te da cierto atractivo en un contexto de agotamiento del régimen surgido de ese momento y de agotamiento sobre todo de la idealización de ese momento. Dos, porque planteaste en su día una batalla dura y prácticamente en solitario contra los preceptos de Maastricht, que en buena medida han conducido al desastre económico actual. Tres, porque entonces planteaste el reto de romper el bipartidismo y sobrepasar al PSOE y eso ahora es posible y es un deseo que está en el imaginario de numerosa gente que quiere un cambio. Y cuarto, porque frente a los dirigentes políticos de tu época no estás implicado en ningún caso de corrupción, no estás haciendo negocios como consejero de grandes empresas y porque además renunciaste a tus privilegios de exdiputado y vives de manera austera. Y esa revalorización creo que es lo que te ha llevado a ser reclamado recientemente en muchos medios de comunicación. Sin embargo, también eres una persona incómoda tanto para esos medios –recuerdo ahora que hace un par de meses dejaste colgado en directo a un periodista porque te tuvo esperando una hora más de lo previsto– como sobre todo para una parte muy amplia de la progresía de este país que se ve cuestionada en tu discurso. Y además eres incluso una persona incómoda para los tuyos, porque para unos te sales de la línea oficial y porque otros no saben ni dónde encajarte. Creo que serías más cómodo si te dejaras cosificar en un mito del pasado para consumo interno y exhibición controlada de puertas afuera, pero te resistes a ello, intervienes y con tus intervenciones también te desgastas.*

Julio Anguita: Sí, porque no he pasado a la reserva. Cuando dejé Madrid a finales del año 2000 dije que cambiaba de trinchera pero no de lucha. Nadie podrá afirmar que no he planteado propuestas, no he dado opiniones o no he ayudado a crear colectivos que sirvieran de apoyo a la lucha por el cambio concreto.

Soy consciente de que muchas veces se me utiliza tanto para respaldar una tesis como su contraria. No puedo perder el tiempo en estar permanentemente puntualizando o corrigiendo lo que se dice que digo o hago.

He presentado propuestas concretas sobre el modelo de Tercera República, he dado conferencias y siempre me he reclamado del comunismo marxista. Estoy en el PCE y, desde él, planteo su cambio en profundidad. Estoy en IU y desde ella propongo su refundación desde la vuelta a los orígenes. Considero que ambas organizaciones son válidas si están a la altura del objetivo al que dicen servir.

Por lo demás seguiré luchando por lo que creo y contra lo que considero es una encarnación de la barbarie: el capitalismo en todas y cada una de sus fases, manifestaciones y aspectos. Y desde luego aspiro a vivir bien conmigo mismo y en compañía de los míos: mi mujer, mis hijos, mis amigos y los que conmigo van en pos de Utopía. Hasta que se baje el telón.

Juan Andrade: *Una última pregunta: ¿te has sentido acompañado en el proyecto político que has defendido?*

Julio Anguita: Reconozco que por carácter y por temperamento yo soy un individuo proclive a la soledad, a estar en soledad acompañado solo de unos pocos. No necesito de muchos amigos. 10 o 12 ya es un universo. Con eso yo tengo para toda la eternidad. Yo necesito de la soledad para reflexionar. He sentido momentos muy duros de soledad. Pero como decía mi amigo Carlos Cano «la soledad es el precio que paga mi libertad». En la soledad concibes, reflexionas y oyes a los demás, después debes ir con ellos a contarles lo que has pensado y que ellos te cuenten sus opiniones. Sin soledad, paradójicamente, no hay sociedad. Otra cosa es el vecindario o la gente.

En cuanto a si me he sentido acompañado en el caminar del proyecto que he defendido en nombre de la mayoría, digo rotundamente que sí. Han sido los y las que han sabido estar a la altura de lo que colectivamente se había aprobado en los órganos. Hemos recorrido momentos difíciles y hemos aprendido que el tiempo da y quita razones.

No tengo añoranzas de nada. Eso ocurre cuando todavía tienes idea de futuro y es ese futuro con tantas cosas por hacer el que tira de ti. Cuando ya no hay un futuro que tire de ti, entonces, como algo tiene que tirar, miras

para atrás. Por eso yo todavía no miro para atrás. Seguramente dentro de unos años miraré hacia atrás. Esa será la señal de que llega el fin.

Juan Andrade: *Muchas gracias, Julio.*

Julio Anguita: Muchas gracias a ti, Juan.

[1] Documentos X Asamblea Federal de IU, en http://www.izquierda-unida.es/XAsamblea/documentos.

[2] Véase http://www.laopiniondemalaga.es/andalucia/2015/01/20/diego-valderas-defiende-estabilidad-gobierno/737387.html.

[3] Julio Anguita, «Las lentejas de Esaú», mayo de 2012, en http://colectivoprometeo.blogspot.com.es/2012/05/articulo-de-julio-anguita-sobre-la.html.

[4] «¿Qué le ha pasado a Izquierda Unida?», *El País,* 12 de junio de 2015, en http://politica.elpais.com/politica/2015/06/12/actualidad/1434135099_152388.html.

El proyecto y el pensamiento político de Julio Anguita. Breve ensayo

A lo largo de todos estos años Julio Anguita ha ido dando forma a una concepción política muy personal. Esta concepción se inserta, obviamente, en los parámetros de la izquierda. Como a veces es necesario recurrir a la adjetivación para separar el grano de la paja, hay que precisar que esta concepción forma parte de lo que se ha dado en llamar izquierda transformadora o izquierda alternativa. Si más allá de las nociones posicionales –aquellas que se esmeran en ponderar cuán a la derecha o a la izquierda se encuentra algo– se nos reclamara una definición más sustantiva, diríamos, y a pocos sorprendería, que la concepción política de Julio Anguita es una concepción comunista. Pero incluso estos parámetros de la izquierda alternativa, o del comunismo mismo, son tan amplios que dentro de sus límites se desarrollan ideas, propuestas y sensibilidades muy distintas. Como se trata de concepciones que mueven a la acción colectiva, que se modelan al calor de luchas sociales concretas y que se objetivan en sujetos históricamente diferenciados, sus manifestaciones fenoménicas son tan múltiples y heteróclitas que para asirlas se recurre con frecuencia a la catalogación. Ello es frecuente además en una tradición politológica donde los observadores externos o internos suelen ser más proclives a la taxonomía del pensamiento que a su compresión histórica y dialéctica.

El problema es que cuando se trata de ubicar la concepción política de Anguita en una tendencia ideológica, una cultura política o una generación militante de las muchas que podrían abstraerse en los últimos tiempos, la cosa no encaja exactamente. La sensación que uno tiene al valorar la concepción que inspiró e inspira su práctica política es la de asistir a una cierta anomalía en la historia de la izquierda de este país, al menos en los últimos 50 años. Cuando hablo de anomalía en la historia de la izquierda de este país me refiero también a la historia del PCE e IU. A pesar de que Julio Anguita es reconocido como la figura más carismática y representativa de la historia reciente de las organizaciones que encabezó, yo creo que fue una excepcionalidad –más venerada que seguida– entre muchos de los suyos.

Las razones que explican la condición atípica de Julio Anguita dentro de su propia tradición política se han tratado de exponer en los trazos

biográficos al comienzo del libro y en las cuñas históricas que lo jalonan. Recuérdense en este sentido algunas de las cosas dichas. Los orígenes biográficos de Julio Anguita son muy particulares, pues se cría en un ambiente familiar, escolar y municipal no fácilmente catalogables. Tampoco sus primeros pasos en política son idénticos a los de la mayoría de los dirigentes del PCE. Es, a temprana edad, el único alcalde comunista de una capital de provincias, y es un activo electoral en un momento en el que su partido se desangra en votos. Julio Anguita llega a la dirección del PCE sin pretenderlo e impulsado por dirigentes a los que desconoce. Dirige un partido histórico profundamente dividido y muy castigado. Se hace cargo de una nueva formación política, IU, que está dando sus primeros pasos y en cuyo seno empiezan a configurarse proyectos que terminarán siendo incompatibles. Desarrolla su cargo a golpe de presiones externas y crisis internas. Y además hace política en un momento histórico realmente adverso para la izquierda transformadora: hegemonía cultural del neoliberalismo, caída de la URSS, fortaleza del PSOE y consenso mayoritario en torno al sistema político nacido del 78 y su integración en Europa y el Atlantismo.

La historia nos envuelve y modela y es en la conciencia de esas condiciones históricas y en la resistencia que oponemos a sus presiones donde se construye una personalidad política propia. Hacer frente a todas las dificultades que se han expuesto desde la máxima responsabilidad de una organización minoritaria era una tarea tremendamente difícil que se podía haber abordado de muchas maneras. Julio Anguita trató de abordarlo a lo grande, desde la convicción de que se podía rebasar al PSOE y forzar un cambio político en el país. Lo hizo con los rudimentos intelectuales que había ido adquiriendo; con personas que le influyeron profundamente y momentos de reflexión en soledad frecuentes en alguien que de por sí tiende a ella; también entre elogios sinceros, otros más calculados, actitudes hostiles, deslealtades y traiciones. Fue en esa confrontación entre adversidad, conciencia y voluntad en la que fue tallando su concepción política.

Las concepciones políticas son un acopio de principios normativos, teorías explicativas y proyectos de futuro. Dicho de manera más llana, las concepciones políticas incluyen valores, ideas y propuestas. Uno construye su concepción política por asimilación consciente o inconsciente de la

tradición a la que se adscribe, a partir de su experiencia personal y a partir de su capacidad para metabolizarla discursivamente. La relación de Julio con su tradición, la tradición de la izquierda alternativa o del comunismo, es una relación laica y estrecha que se mueve entre la búsqueda de luz en los clásicos y el hastío hacía el rito y la nostalgia. La experiencia es una experiencia atípica y cargada de adversidad. La metabolización discursiva de todo aquello dio lugar a un discurso que por más que se preste a paralelismos con la historia de la izquierda en España y beba de ella representa una novedad. La hostilidad al PSOE podría recordar a la confrontación con los «socialfascistas» de los años treinta, la política de convergencia en IU remitiría a los frentes populares, su sentido de la austeridad tendría ecos del rigorismo militante clandestino, la apelación a los movimientos sociales sería una herencia de la política del PCE en los sesenta y setenta, la centralidad dada al parlamentarismo algo fraguado en el politicismo de la transición… Sin embargo, cada uno de estos paralelismos admitirían un matiz o directamente una impugnación.

Las concepciones políticas se expresan en discursos, en una verbalidad recurrente que permite la comunicación con el otro. A veces estos discursos incluyen, además de toda una carga de contenido, un tono, unas formas de argumentar y un léxico característicos, bien sean de elaboración propia bien sean, y eso es más frecuente, de factura corporativa. La distinción entre forma y contenido es una abstracción ideal de uso abusivo y virtualidad muchas veces escasa. Con esa cautela hago uso de ella. El discurso de Julio Anguita no solo es un discurso propio en lo que a sus contenidos se refiere. También lo es en sus aspectos formales. Eso ha contribuido a hacer de Julio Anguita un buen comunicador político, en el sentido de que su discurso es un discurso fácilmente identificable para los receptores. En su discurso hay una cadencia progresiva regida por el hilo de la argumentación racional, afán pedagógico, lenguaje sencillo con aspiraciones profundas, un tono reposado y paciente, y, también, afirmaciones categóricas repentinas. Hay conceptos recurrentes de propio cuño, palabras talismán, alternancia de cultismos con expresiones castizas y varios latiguillos. Cuando uno escucha a ciertos políticos suele escuchar la jerga de una tradición ideológica despersonalizada, la voz de fondo del asesor de turno, el lenguaje gris de la tecnocracia o la palabra cambiante de la coyuntura o la moda. Cuando escucha a Julio Anguita está escuchando a Julio Anguita.

Decía al comienzo que la concepción política de Julio Anguita es una concepción atípica en la izquierda. Con ello no me estaba refiriendo a que fuera exclusivamente suya. Los dirigentes e intelectuales políticos, por originales que sean, vienen a ser en última instancia los encargados de sistematizar y amplificar los anhelos y las aspiraciones de sujetos colectivos. En este sentido Julio Anguita fue la voz a través de la cual se expresó un sector importante de la izquierda, y más allá de la izquierda, de la sociedad de este país. Esto no quiere decir que su discurso se correspondiera con los deseos de sectores políticos y sociales bien delimitados frente a otros distintos. Tampoco se refiere a una concepción política que, como un espíritu autónomo, fuera pululando de unos sujetos a otros. Se refiere a una concepción que estaba latente en mucha gente y que algunas veces salía a flote y otras entraba en reflujo. Julio Anguita fue el portavoz de un proyecto con el que una parte de la izquierda fantaseó mucho, pero que no pudo, no supo o no se atrevió a desarrollar. Cuando la gente, de los dirigentes a los cuadros de IU pasando por sus votantes, se topaban con esos límites, entraban en contradicción consigo mismo y resolvían esa contradicción poniendo distancias con el líder. Cuando esta ambiciosa política generaba algún efecto no deseado (pongamos por caso la caída del PSOE y la entrada del PP en alguna institución) se hacía del amado líder el chivo expiatorio repentino con el que expiar la propia culpa.

Pese al riesgo que supone hacer abstracción de los rasgos característicos de un discurso –un riesgo parecido al que entraña diseccionar un organismo vivo cuando aún está vivo– expongo a continuación algunas ideas que a mi juicio sintetizan la concepción política de Julio Anguita y que pueden identificarse en la fluidez de la entrevista.

Utopía

Entre las primeras característica del pensamiento político de Julio Anguita está su insistencia en la utopía como seña de identidad fundamental de la izquierda. La utopía, expresada en su literalidad, es una palabra, además de recurrente, querida por Julio Anguita, una palabra que parece acariciar cuando la pronuncia. Tanto es así que una de sus primeras

decisiones al frente del PCE fue rebautizar la revista teórica del partido, *Nuestra Bandera,* como *Utopías-Nuestra Bandera*.

Es significativo que en una tradición política como la comunista, donde tanto culto se rinde a las palabras, el secretario general del PCE situara en la clave de bóveda de su discurso una palabra contra la que se tallan los orígenes de su propia tradición, pues sabido es que la tradición de pensamiento inaugurada por Marx y Engels se autodefine como «socialismo científico» frente a los socialismos precedentes, no en vano calificados peyorativamente por ambos pensadores de «utópicos». La apuesta por la noción de utopía no suponía una discrepancia de fondo con los padres del socialismo moderno, pero sí un ruptura con respecto al fetichismo de las palabras tan característico en la militancia comunista. Suponía una voluntad de renovar el lenguaje y el deseo de que su uso no estuviera hipotecado por significados pasados, sino al servicio de lo que se quisiera expresar en cada momento.

Julio Anguita da un significado distinto al mismo significante que usaran Marx y Engels, usa el mismo término pero con una carga conceptual distinta. Habitualmente la utopía funciona en la izquierda transformadora como una ensoñación evasiva: una válvula de escape mental que trata de compensar la impotencia fáctica con la construcción fantástica. Frecuentemente opera como una proclama retórica que no compromete en la práctica.

Julio Anguita concibe la utopía al modo de Ernest Bloch, el gran pensador marxista que dignificó el concepto. En este sentido la utopía es «lo que todavía no es» pero «puede ser», es el espacio de redención de un presente con el que nos sentimos disconformes. La utopía es la referencia que marca el norte e impide el extravío. Es el ideal ético-político al cual se aspira y que, por tanto, opera como principio regulativo de la práctica cotidiana. Por eso la utopía no es solo hacia dónde vamos, sino también lo que vamos anticipando con nuestras acciones en el presente: el mundo cuya viabilidad y deseabilidad vamos demostrando con su anticipación cotidiana a pequeña escala en un programa de acción inmediato.

El programa

La segunda idea fuerte en la concepción de Julio Anguita es la idea de programa. Una idea expresada de manera asertiva en la triada recurrente del «programa, programa, programa», que reprodujeron como un mantra sus seguidores y parodiaron con retintín sus adversarios. La apelación al programa es la manifestación del recelo personal de Julio Anguita a la política entendida como eslogan, consigna o mistificación. Es la manifestación de su recelo al eslogan, en tanto que forma de comunicación dominante en la política posmoderna; de su recelo a la consigna, en tanto que forma de comunicación inercial de una izquierda nostálgica e incapaz; y de su recelo a la mistificación, en tanto que procedimiento habitual por el cual se considera a las formaciones políticas por cómo se las nombra y no por lo que hacen.

Para Julio Anguita el programa era fundamental por tres razones: porque es el único elemento identitario que se le antoja creíble, porque era la única fórmula que a su juicio podía garantizar la cohesión de IU y porque debía ser la herramienta fundamental de cualquier política de alianzas. Para Julio Anguita la identidad de una organización política no radica en la rotundidad de sus siglas, ni en las alusiones a su pasado glorioso, ni en la celebración de sus rituales, ni en sus proclamas ideológicas; sino en su capacidad de elaborar colectiva y racionalmente una alternativa y de sostenerla socialmente mediante la movilización. No obstante, este último aspecto fue más descuidado en la concepción y en la práctica de Julio Anguita. Así como durante sus años de coordinador las áreas de elaboración colectiva produjeron una ingente cantidad de análisis y propuestas, la capacidad de IU a la hora de movilizar a la gente en torno a esas propuestas fue considerablemente menor y el esfuerzo orientado a ese propósito insuficiente. Quizá ello se debió a una forma excesivamente racionalista de entender la política por parte de Julio Anguita, según la cual las ideas terminan abriéndose paso por la fuerza de su justeza y sensatez.

Para Julio Anguita, la unidad de acción en torno a un programa democráticamente elaborado era la mejor forma de gestionar la diversidad político-ideológica de una organización tan plural como Izquierda Unida, en la que se daban cita comunistas de distintas tendencias, socialistas, republicanos, socialdemócratas, herederos de la izquierda radical sesentayochista, feministas, pacifistas, ecologistas y otras tendencias no catalogables en los patrones clásicos. Desideologizar las relaciones en el

seno de IU era fundamental para evitar tensiones entre tradiciones políticas que se habían enfrentado en el pasado y culturas militantes muy distintas. Era la mejor forma de gestionar la diversidad y preservarla como un valor.

Un problema de IU radicó en el peso que siguieron teniendo las identidades ideológicas en su seno y en la frecuencia con que se apelaba a esas identidades ideológicas para pedir el cupo correspondiente en los puestos de dirección o en los cargos públicos. El problema radicó también en la existencia de algunas diferencias programáticas de fondo y, sobre todo, en la dificultad de muchos para atenerse a los programas que habían aprobado sin prestar demasiada atención.

Por otra parte, el programa debía de ser el punto de referencia para definir las relaciones con otras organizaciones. Se planteaba que las alianzas puntuales o de largo recorrido con otras fuerzas sociales y políticas debían hacerse en función de acuerdos programáticos concretos y no atendiendo a la similitud entre las siglas, a pasados compartidos o a los cantos de sirena de eslóganes como la «unidad de la izquierda», «la casa común» o el «juntos podemos». Se trataba de asentar la finalidad de la alianza en un programa de cambio que fuera más allá del deseo de constituir una mayoría parlamentaria o de evitar el acceso al gobierno de una tercera fuerza política. En las negociaciones con otras fuerzas IU debería moverse entre la necesidad de ceder en la aplicación de su programa de manera proporcional a los votos que había conseguido con respecto a la otra fuerza política negociante y la determinación de no hacerlo si eso entrañaba traspasar una serie de líneas rojas. En el trazo de esas líneas radicó muchas veces la discrepancia interna.

La apelación al programa como herramienta básica para el desarrollo de la política de alianzas se refería sobre todo al PSOE. Era, por lo pronto, una garantía para asegurar el giro a la izquierda de las políticas gubernamentales. Para garantizar ese giro había que poner fin a los pactos automáticos con el PSOE y lograr que este percibiera como real la pérdida del gobierno de turno si no hacía la cesión programática correspondiente. La apelación al programa era también un mecanismo defensivo para frenar la estrategia de fagotización que se escondía detrás de las escasas propuestas de unidad procedentes del PSOE y, sobre todo, un mecanismo para contener el deseo de unidad orgánica con el PSOE que se respiraba en

sectores de la propia Izquierda Unida. El programa estaba concebido para garantizar también la autonomía de IU.

AUTONOMÍA

La autonomía debía ser otra seña de identidad de Izquierda Unida, según Julio Anguita. La autonomía consistía por lo pronto en gobernarse a sí mismo sin la injerencia de ninguna otra fuerza política, organización sindical o corporación mediática. De la lectura de la entrevista se deduce que la afirmación de la autonomía se refería, en este sentido, al PSOE y al Grupo Prisa, dos organismos que Anguita situaba en «la otra orilla», pero también a CCOO, a quien cada vez sentía más lejana y al final, hostil. Pero autonomía significa también en el pensamiento de Julio Anguita definir un proyecto político propio y creer en la posibilidad de desarrollarlo por uno mismo. La autonomía consistía en apostar por una fuerza política y social de nuevo cuño con vocación mayoritaria y no por un partido político que simplemente se definiera a la baja, ya fuera en positivo o en negativo, frente a los partidos mayoritarios. Autonomía significaba negarse a ser el apéndice, el añadido, el soporte, el complemento o el simple e ingenuo elemento de contención de cualquiera de ellos, incluido, por supuesto, el PSOE.

ALTERNATIVA

Como se ha visto, Julio Anguita suele distinguir en sus discursos la alternancia de la alternativa. La alternancia es el reemplazo habitual que protagonizan en las instituciones fuerzas simbólicamente enfrentadas pero programáticamente afines. La alternativa es la posibilidad que se abre cuando el poder político es tomado por fuerzas que aspiran a desarrollar un profundo programa de cambio. La alternativa es una ruptura, quizá no con todas las políticas que se vienen desarrollando, pero sí con la lógica que las impulsa. La alternativa se construye por la doble vía dialéctica de la negación, la afirmación y la síntesis: la negación de lo que hay, la afirmación de la posibilidad de un modelo de reemplazo y la síntesis que surge a la hora de establecer mediaciones entre un momento u otro. La

alternativa se impone cuando hay una hoja de ruta programática clara y un respaldo social suficientemente amplio y organizado que vaya más allá del respaldo electoral.

La viabilidad de la alternativa requiere de la concurrencia activa de la gente. En este sentido la función de un dirigente, viene a decir Julio Anguita, consiste en estar a la cabeza del proyecto tirando de él más que nadie, pero también en «decirle a la gente lo que hay»: que hay cosas que no se pueden hacer desde las instituciones si no es con la implicación masiva y sacrificada de una mayoría social. Julio Anguita viene a decir que la función del dirigente consiste en ir por delante de la gente, pero también en decirle a la gente que no se puede llegar muy lejos si no están dispuestos a seguir el ritmo. Para lograr el acompasamiento el dirigente tiene que ser ante todo un buen comunicador.

Comunicación

Otra idea fundamental en el pensamiento de Julio Anguita es la idea de la comunicación política como una forma de pedagogía popular, que excluya la apelación demagógica a los instintos de la gente. Según Julio Anguita, a los dirigentes de la izquierda se los tiene que entender sin que eso implique vulgarizar el discurso. En esto Anguita ha demostrado una habilidad inusual en los dirigentes políticos, resultado en gran medida de la traslación de sus dotes docentes y teatrales al ámbito de la política.

En este sentido Julio aboga por desarrollar estrategias de aproximación a la gente utilizando el lenguaje más comprensible de los Derechos Humanos en lugar de una jerga corporativa hiperideologizada. Julio Anguita huye públicamente del lenguaje grandilocuente de la «lucha de clases, el sistema capitalista y el comunismo». Sabe que para comunicarse hay buscar un lenguaje universal y desprenderse, cautelarmente, del dialecto de la tribu. También en eso es muy leninista. El discurso de Julio Anguita interpela directamente a la sensatez y a la dimensión comunitaria del sentido común de la gente y lo hace en los términos en los que la gente se expresa. Lo hace por medio de la alusión a sus necesidades cotidianas (el trabajo, la vivienda, la educación), a valores puros (dignidad, honestidad, justicia) y a nociones políticas básicas (bienestar, soberanía y democracia).

En este sentido, Julio Anguita es un dirigente que concibe la comunicación política como un proceso de enseñanza-aprendizaje. Lo hace por medio de la mayéutica socrática, conectando con parte del sentido común de la gente y tratando de sacar a flote lo que ya saben y a veces no consideran. También lo hace desde la creencia de que los dirigentes políticos están obligados a conocer mejor la realidad y explicar con calma y de manera comprensible aquello que saben a quienes lo desconocen. Lo hace desde la creencia de que hacer política es socializar el conocimiento. Para desarrollar este discurso, Julio reclamaba un tiempo y unas condiciones que la lógica, la formalidad y los intereses de los medios audiovisuales rara vez le concedieron. En este sentido, se desenvolvió mejor en las conferencias y en los mítines que en las declaraciones puntuales a micro abierto, y no hizo demasiado esfuerzo en modular el discurso a ese pequeño formato ni en incentivar la creación de otros medios o instrumentos de comunicación alternativos. Difícil estrategia de comunicación en un tiempo en el que la comunicación estaba mediada por medios de comunicación hostiles.

Para Julio Anguita la comunicación efectiva descansa no solo en la calidad del discurso, también en la autoridad de quien lo enuncia. El mejor soporte del discurso es una práctica política y personal coherente. Hay en Julio Anguita una reivindicación de la política testimonial, entendiendo por política testimonial aquella que se refrenda en los comportamientos de quien la proclama. Hay una reivindicación de la correspondencia entre el decir y el hacer y un llamamiento para que la izquierda recupere el pulso ético que un día tuvo, no solo por sentido de la honestidad, sino también como mejor estrategia para suscitar adhesión. En su concepción, la credibilidad de una propuesta dependerá de la honorabilidad de quien la formula.

Renovación

En los escritos de Julio Anguita abunda una idea muy básica: que la izquierda es cambio y la derecha continuidad. Con ello no solo se refiere a que la izquierda es aquel sujeto político que promueve el cambio, sino a que se trata de un sujeto que para lograr ese objetivo debe someterse a sí mismo

a un proceso de constante renovación. Pero la renovación no es, como suele presentarse, ni una claudicación de principios ni un frívolo *agiornamiento* estético o generacional. Es, según Julio Anguita, el intento de que las ideas de la izquierda se instalen en nuevos marcos organizativos y políticos para su mayor difusión y hegemonía social.

La renovación es una palabra envenenada que Julio pronuncia con cuidado o con desgana, o para la que suele buscar algún sinónimo o eufemismo. Lo hace porque en la historia reciente de la izquierda alternativa la renovación se ha empleado como sinónimo de reconversión a la vieja socialdemocracia, o como apelación al desarrollo de una forma de comunicación efectista o como pretexto para promover simples recambios nominales en cargos públicos y órganos de dirección. También porque es una palabra que con frecuencia han utilizado contra él.

La renovación de la izquierda pasa, según Julio Anguita, por concebir las organizaciones políticas como un instrumento para la transformación social, como un medio y no como un fin. Ello supone prescindir del fetichismo de las siglas y del corporativismo que muchas veces prima en las organizaciones políticas, del patrioterismo de partido que hace de las organizaciones grupos cerrados de interés o sectas endogámicas y excluyentes que además terminan autofagotizándose. Con esa idea trató de hacer de Izquierda Unida un movimiento político y social que fuera más allá de las características de una coalición electoral o de un partido político al uso. Aquello fue solo un proyecto que, por múltiples razones, también por errores de concepción y por errores del propio Julio Anguita, no cristalizó, pero fue un proyecto nuevo. Con esa idea Julio Anguita promovió más tarde Unidad Cívica por la República y el Frente Cívico, movimientos ciudadanos de vocación inclusiva y sin pretensiones electorales a través de los cuales canalizar el malestar de la gente e impulsar un nuevo proyecto de país. Y con esa idea hoy ve con buenos ojos a otras formaciones políticas y experiencias de convergencia.

En contra de lo que se está diciendo se podría sacar a colación su defensa histórica de la existencia del PCE o su lealtad todavía hoy a una Izquierda Unida que poco tiene que ver con aquella por la que apostó. Algo de nostalgia pudo y puede haber en ello. También el vértigo a clausurar organizaciones de tanto peso en la historia, y sin duda su hostilidad hacia muchos de quienes con más fuerza reclamaban y reclaman la disolución de

estas organizaciones. Pero además creo que la apuesta de Julio Anguita por el PCE e IU descansa en una última esperanza, que el Partido Comunista se redefina como escuela de cuadros y *think tank* de la lucha social y que Izquierda Unida se refunde y sepa poner todo su capital humano y su experiencia de organización, movilización y gestión institucional al servicio de una oportunidad de cambio que exige la convergencia con otros y la creación de algo nuevo.

Desde esta convicción Julio Anguita vino apostando en los últimos años, ya sin ningún puesto de responsabilidad en Izquierda Unida, por la apertura urgente de un proceso de refundación de IU. Ese proceso debía hacerse no desde los acuerdos cupulares entre los dirigentes de los clanes de turno, sino desde abajo, desde la capilaridad de las organizaciones de base, en torno a propuestas de acción con otros colectivos y al calor de la movilización social. IU no hizo ese proceso cuando las circunstancias históricas del país –en un contexto de crisis, indignación y repolitización de la gente– no solo se lo reclamaban, sino que ofrecían una gran oportunidad para que el proceso pudiera cuajar e IU, o lo que de ella pudiera salir, se convirtiera en un instrumento útil e ilusionante para la gente. IU, enredada en el cabildeo institucional, en sus miserias internas y en su falta de visión política dejó pasar esa oportunidad y con ello, quizá, sacrificó su futuro como formación: por seguir siendo lo que era desperdició la oportunidad de ser algo más grande y quizá se pueda quedar en nada.

EL COMUNISMO: IDENTIDAD FUERTE E INCLUSIVA

A Julio Anguita le gusta definirse como comunista. Decía Fausto Bertinotti que por comunismo deben entenderse al menos tres cosas: la experiencia estatista acontecida históricamente en el siglo XX, un modelo de sociedad que se aspira a construir en el futuro y el movimiento real de la gente que históricamente y en la actualidad tiende a ese ideal. La relación de Julio hacia esa experiencia estatista ya hemos visto que es ambivalente, se mueve entre la crítica y el reconocimiento de algunos logros. Como ideal, como utopía en el sentido anteriormente dicho, la utopía de Julio es una utopía comunista, con lo de rotundo y genérico que tiene esta expresión: es la aspiración a construir una nueva forma de producir y

organizar la convivencia basada en la igualdad material y en la traslación de la democracia a todas las esferas de la vida social. Finalmente, Julio Anguita se considera parte de la tradición de lucha por las libertades y la justicia social que se encarnó, no solo pero muy especialmente, en los partidos comunistas, de ese movimiento real que se pierde en la historia, pero que tuvo uno de sus hitos fundamentales en la revolución del 17. Ahí, en esos tres niveles, radica su identidad política, que, como toda identidad, se afirma frente a otras. Pero, según Julio Anguita, se trata de una identidad que le empuja al encuentro con otras. Julio Anguita considera su identidad política como la estancia de fundamentación última del compromiso, pero no como la bandera que ondear en la confrontación cotidiana. Es el impulso que le lleva a construir con otras identidades las síntesis políticas y programáticas que enarbolar en cada momento.

CRUCE DE TRADICIONES

En esta identidad comunista convergen otras tradiciones políticas e intelectuales, como se ha visto en el capítulo de la cultura. En su proyecto queda un poso fuerte de su formación católica, que se expresa, sobre todo, en las pretensiones de absoluto y universalismo. Hay un vector libertario, propio del humanismo anarquista, que le viene en parte de sus primeras militancias y que se expresa en su afirmación del pensamiento libre y del valor del individuo, también en la distancia con respecto al orden muchas veces ritualizado de la tradición comunista. Una tradición más fuerte es la del republicanismo, tanto del republicanismo liberal español decimonónico como sobre todo del republicanismo plebeyo de inspiración jacobina, basado en el ejercicio de la virtud cívica y la radicalidad democrática. A esas tres tradiciones, y formando parte de la propia tradición comunista, se suma, obviamente con más fuerza, la tradición de pensamiento marxista, que en Julio Anguita arranca de la lectura directa de los clásicos (Marx, Engels, Lenin, Gramsci), pasa por algunos autores de culto para su generación militante (Marcuse) y bebe de una diversidad de trabajos actuales de economía, sociología y política que se producen generalmente fuera de los circuitos al uso de difusión de ideas (Rebelion.org o SinPermiso.info).

Disenso y arrojo

Julio Anguita representa una ruptura con la cultura política del PCE en la transición, cifrada en el deseo de ser reclamado en la elaboración de los grandes consensos, en la satisfacción de obtener el reconocimiento del adversario y en el placer que a algunos dirigentes reportaba dejar de ser parias en el exilio o topos en la clandestinidad para ser considerados grandes hombres de Estado. Frente a ello hay una actitud de arrojo y reafirmación cuando desde fuera se es mayoritariamente cuestionado, la voluntad de no ceder a las presiones del sentido común institucionalizado y de no temer al vacío mediático. Valiente, temeraria o suicida la estrategia consiste en preservarse de los intentos de cooptación y no recular en el momento de la ofensiva enemiga.

Una de las grandes taras de la izquierda alternativa es el pánico escénico. Pero también lo es la comodidad o el esteticismo de la marginalidad. Frente a ello la concepción de Julio Anguita trata de responder a ese viejo aserto revolucionario que dice que el arte de la vanguardia consiste en «aspirar siempre a ser mayoría, pero no tener miedo a quedarse en minoría». Hacer política desde la izquierda supone para Julio Anguita salirse de los grandes consensos cuando los principios, concretados en el programa, lo exigen, pero al mismo tiempo supone también la voluntad de construir por abajo otros consensos de vocación mayoritaria. Es tener la valentía, como él mismo dice, de «no salir en la foto», pero también la voluntad de construir otro imaginario. La pregunta que cabe hacerse al respecto es si, en el caso de la Izquierda Unida de Julio Anguita y del propio Julio Anguita, el esfuerzo o la habilidad destinada a la construcción de otros consensos han sido proporcionales a la ruptura con los establecidos.

Una pasión razonada

En la concepción política de Julio Anguita conviven la razón y la pasión, dos polos que la modernidad ha tendido a contraponer: la Ilustración frente al Romanticismo, Kant frente a Schopenhauer. En la concepción política de Julio Anguita, como en tantas otras concepciones y

prácticas políticas y vitales, esta contraposición resulta demasiado forzada y la adscripción de sus actitudes a uno u otro polo solo es posible por medio de una abstracción exagerada. Julio Anguita es un devoto de la razón en su sentido ilustrado. Esto no es extraño, porque su propia tradición política, el socialismo moderno, tiene sus orígenes remotos en ese movimiento intelectual que se considera, a veces de manera muy idealista, inspirador de la revolución francesa. Pero más que por la vía indirecta del socialismo, el racionalismo de Julio Anguita es directamente deudor de los clásicos ilustrados y, en concreto, de los clásicos ilustrados españoles. Julio Anguita se especializó en Historia Moderna y Contemporánea y en sus primeros trabajos de investigación mostró un gran interés por el impacto de las ideas ilustradas y regeneracionistas en el XIX español. Esa formación y devoción se manifiesta en una confianza considerable en la razón como instrumento de cambio, como fuerza que abre las mentes y permite el acuerdo mayoritario en torno a una propuesta reconocida como autoevidente cuando se explica con claridad y sin la interferencia de los intereses de poder. El problema es que solo en contextos ideales de habla es posible la explicación clara y la ausencia de intereses de poder, a los que no se puede tumbar solo con la fuerza del mejor argumento.

La concepción política de Julio Anguita es también una concepción pasional que se expresa en forma de indignación ante lo que hay y de entusiasmo cuando vislumbra sus posibilidades de cambio. Esa pasión se manifiesta en su gestualidad, en la contundencia con la que con frecuencia se entrecorta su discurso sereno, y en ello radica también su capacidad de comunicación. Julio Anguita es un político con fuerza. La veracidad de su discurso descansa también en la garra con que lo expone y en la fe que proyecta en lo que está diciendo. Julio Anguita es también un creyente de la voluntad: en su concepción política el deseo es una fuerza de cambio. Pero la fuerza bruta del deseo requiere del cauce de la razón. Si la razón es el motor del cambio, la pasión es su combustible. En Julio Anguita la política, el comunismo, es una pasión razonada.

Decía más arriba que los dirigentes, por originales que sean, son portavoces de tendencias y anhelos que viven en sujetos amplios. Visto con perspectiva en IU ha habido y sigue habiendo tres almas, que son, como diría Max Weber, tres tipos ideales. Estas tres almas no se corresponden exactamente con corrientes definidas orgánicamente o con personas

concretas, sino que se trata de tres pulsiones que coexisten y se solapan en el seno de la organización. Es más, se trata de tres almas que han transmigrado de unos sectores a otros y de unos dirigentes a otros y que con frecuencia han convivido dentro de ellos de manera esquizoide. La primera es un alma tradicional, conservadora, ortodoxa, identitaria, retórica, aferrada a los grandes símbolos y a las siglas y nostálgica de las glorias pasadas: una izquierda que trata de agarrarse al palo de la bandera para que no se la lleve el viento de la historia. La otra es un alma pragmática, contenida, posibilista, calculadora, institucionalizada, que apela constantemente al realismo y la renovación, pero que es incapaz de concebir la práctica política más allá, en el mejor de los casos, de la socialdemocracia clásica, y, en el caso más habitual, de concebir la política como alianza con la socialdemocracia realmente existente al objeto de devolverla por el buen camino de la izquierda. Frente a esas dos almas en IU ha habido también un alma alternativa, radical pero no retórica, profundamente democrática, en constante renovación, heterodoxa, autónoma pero dispuesta a juntarse con otros, abierta a las nuevas experiencias de lucha y en conexión con la mejor memoria de las luchas pasadas.

La relación de fuerzas entre estas tres almas ha variado durante los años de vida de Izquierda Unida y entre ellas han llegado a distintos compromisos y apaños. El alma alternativa de IU que Julio Anguita trató de representar logró desplazar durante un tiempo al alma posibilista. Lo hizo a costa de incluir algunas de sus aspiraciones y de sellar un pacto tácito con el alma más identitaria y ortodoxa. Hoy, ironías de la vida, parece que el gran pacto dentro de Izquierda Unida es entre el alma posibilista y el alma identitaria y ortodoxa, lo que hace que la memoria de Julio Anguita y de ese alma alternativa sea una memoria doblemente incómoda en IU.

Creo que este alma alternativa está latiendo en las páginas de este libro. Espero que su lectura ayude a que se encarne, sea bajo la forma que sea, en las luchas cotidianas de la gente.

Epílogo

Juan Andrade me ha pedido que al producto de nuestro trabajo le ponga un epílogo. Es una ocasión para reflexionar con usted, querido lector o querida lectora, sobre lo que hemos querido decir y transmitir.

En primer lugar les aseguro que no ha habido en mi intención, ni tampoco en la de Juan, hacer un libro de memorias; cosa –les tranquilizo– que no haré nunca. Las referencias biográficas, de sobra conocidas por otra parte, no tienen la intención de entrar en los recovecos mentales del personaje o en sus experiencias más gratificantes o lacerantes. Incluso en la narración de los acontecimientos políticos desarrollados durante los años que el libro aborda, no ha habido la intención de añadir nada que hiciera referencia a como los había vivido, sufrido, padecido o degustado. Faltan, a conciencia, datos, hechos, comentarios e impresiones que sin duda le conferirían al relato un surplus de amenidad derivada de la curiosidad con que, como lectores, gustamos de explorar en algo que se nos aparece ignoto o apetecible de ser hollado. Lo que ustedes han leído es un relato que, hecho desde el más inmediato presente, pretende provocar la reflexión y la consecuente reacción, de aprobación o de rechazo. Se busca la toma de partido, de opción, de compromiso, siquiera desde la decisión de engrosar el número cada vez más creciente de quienes no aceptan acríticamente la verdad oficial expresada por los políticos del estatus y sus bucelarios en los medios de comunicación.

A poco que desconectemos el televisor durante unos días y vayamos a una hemeroteca, –con las precauciones debidas–, observaremos casi con incredulidad, lo efímero, lo banal y lo poco duraderos que han sido muchos acontecimientos calificados de «históricos» en su momento. Y junto a esa impresión, nos viene enseguida otra, la constatación de que el ahora ya estaba presente en el ayer de manera más que evidente. ¿Qué ocurre pues?

Confieso que estudié con apasionamiento Historia porque quería conocer las claves del momento en que vivía, del hoy, del presente. Esa es una de las razones por las que el poder rehúye del conocimiento histórico y lo sustituye por la crónica de lo inmediato, por el análisis de lo efímero y, sobre todo, por la ocultación de los procesos más que evidentes. En consecuencia, hemos querido a través del relato señalar los orígenes, las

razones y las causas de la situación que ahora padecemos. Tanto en las preguntas y comentarios de Juan como en los míos hay una obsesión difícil de soslayar, la de comunicarles a ustedes, vía recuerdo, la evidencia de que los problemas económicos, sociales, políticos y de pérdida del referente de la ética cívica que hoy nos asolan son el producto de otros momentos, no tan lejanos, en los que se asentaron, desarrollaron y potenciaron las miserias que hoy constituyen el hábitat mental y el horizonte de nuestros hijos y nietos.

Con estas premisas introductorias afirmo solemnemente ante ustedes que hemos perdido la guerra, que somos el exponente de un ejército derrotado, en primer lugar por él mismo. Hemos muerto de nosotros y estamos buscando, entre atónitos y desconcertados, las razones de nuestros cadáveres, las causas de nuestro estatus de *zombies.* ¿A qué nosotros nos referimos? No tengo la menor duda en contestar que, en primer lugar, a los que venimos de todas y cada una de las internacionales obreras surgidas en el siglo XIX y desarrolladas hasta las primeras décadas del siglo XX. Pero nosotros también somos quienes, por influjo de la Ilustración, hemos defendido que la razón científica y ética, el juicio y el raciocinio como materiales e instrumentos al servicio de los proyectos de liberación humana son irrenunciables y en absoluto sustituibles por versiones torticeras de la modernidad, el progreso, el crecimiento sostenido o el mercado. Nosotros, los perdedores, hemos asistido a la muerte, por frivolidad comercial, de la cultura, la educación y el poder liberador del arte. Una muerte que contó con nuestra cooperación activa y pasiva desde el punto y hora en que fuimos imbuidos de la cosmovisión que solamente se manifiesta en el contrapunto del DEBE y el HABER. Escandalizados seguramente, preguntarán ustedes, lector y lectora, si puede demostrarse tamaña barbaridad. La respuesta a ello es la que sirve de sostén y fundamento a este modesto libro. Hagamos un breve y esquemático resumen de los hechos que aquí aparecen. Retrocedamos en el tiempo.

Tras la experiencia de gobierno en la política municipal (1979-1986), fui portavoz del grupo parlamentario de Izquierda Unida-Convocatoria por Andalucía desde 1986 hasta 1988. Ejercí como secretario general del PCE entre los años 1988 y 1998. Fui coordinador general de IU desde 1989 hasta el año 2000. Como se desprende de estos datos, mis mandatos al frente de ambas organizaciones ocupan casi toda la década de los noventa en un caso

y totalmente dicha década en el otro. Es decir, viví esos años ocupando los puestos de máxima responsabilidad tanto en el PCE como en IU.

Tantas cuantas veces evoco aquella década la denomino como «prodigiosa». Dicho calificativo no tiene nada que ver con el grupo musical que bajo el mismo nombre surgió en 1985. Lo de «prodigiosa», referido a los años noventa, hace referencia a los acontecimientos económicos, políticos, sociales y culturales desarrollados en esa década. De todo cuanto acontece hoy, no hay nada que no tuviera lugar, bien como antecedente o bien como justificante en el mundo, en la UE y en España durante esos años. El espacio que un epílogo debe ocupar me obliga a la brevedad pero así y todo, basta con una reseña comentada de los hechos para que el lector o lectora saque sus consecuencias, investigue y amplíe información por su cuenta.

Cinco son los acontecimientos que, a mi juicio, introducen la década. 1.º) El Tratado de la UE en 1984. 2.º) La crisis de la Deuda en Iberoamérica en 1982. 3.º) El Acta única Europea de 1987. 4.º) La caída del Muro de Berlín en 1989. 5.º) El abandono de Afganistán por parte del ejército soviético.

Por 237 votos a favor, 31 en contra y 43 abstenciones el Parlamento Europeo aprobó en 1984 el Tratado de la UE (no la UE actual) que, basándose en las ideas de Altiero Spinelli, propugnaba e instaba a los países integrantes de la CEE a una Unión Económica, Monetaria y de Política Exterior. Como punto básico proponía una política social plenamente dirigida a la cohesión social en el espacio europeo. El acuerdo ponía el énfasis en el cumplimiento de los contenidos (vinculantes) de la Carta Social Europea de Turín en 1961. Tras una clamorosa recepción por las fuerzas progresistas de Europa, los órganos directivos de la CEE hicieron caso omiso a tal estado de opinión refrendado parlamentariamente y respondieron con el Acta Única Europea de 1987. La izquierda política y sindical no pasó de una tibia protesta.

EEUU abordó la crisis económica de los setenta con tres medidas. Por una parte, aumentó los presupuestos para gastos militares. Por otra, captando capitales mediante el aumento de los tipos de interés. También lo hizo reorientando esos capitales hacia Iberoamérica. Una de las condiciones de esos préstamos era inquietante a pesar de su apariencia atractiva: bajos

tipos de interés pero sin fijar plazo, es decir reservándose EEUU el momento y hora de cambiarlos a discreción.

Al poco tiempo EEUU subió bruscamente los tipos de interés y los países endeudados no tuvieron otra alternativa que aumentar las exportaciones bajando los precios. Las deudas se hicieron impagables. México suspendió su pago en 1982 dando lugar a la crisis. La deuda llegó en 1987 al 400 por 100 del total de las exportaciones. Ante la situación de impago, los países acreedores organizados en el llamado Consenso de Washington de 1989 impusieron una serie de medidas consistentes en disciplina fiscal, fiscalidad regresiva, privatizaciones, desregulación del mercado laboral y recortes en gastos sociales.

Sorprende ahora, y entonces, que en Europa, salvo algunas voces entre las que se cuenta IU, se guardara silencio o se mostrara cierta conmiseración con aquellos países «incapaces» de adaptarse a los «nuevos tiempos» del mercado. El eurocentrismo ha sido, además de estúpido, una especie de anteojeras suicidas. Lo estamos viendo ahora.

El Acta Única Europea no fue solamente la rebaja de las expectativas creadas por el Tratado de la UE sino un avance de lo que con posterioridad constituiría la esencia única del llamado proyecto europeo, el mercado. Así de esta manera, el mercado común se transformó en mercado único.

Las políticas de corte social, tan taxativas en el Tratado, se instituyeron como cohesión económica y social pero reduciéndolas exclusivamente a la creación de tres fondos, el Fondo Social Europeo, el Fondo Europeo de Orientación y garantía Agrícola (FEOGA) y los Fondos Europeos de Desarrollo Regional. Junto a ello se instituyó el Banco Europeo de Desarrollo Regional. Desde la situación actual sorprende cómo estas medidas que venían a descafeinar los contenidos del Tratado de la UE nos pueden parecer, por comparación con el presente, bastante avanzadas. La izquierda oficial y también la otra, aplaudimos la aprobación del Acta Única.

El 9 de septiembre de 1989 caía el Muro de Berlín. Aquel acontecimiento ponía fin de manera oficial a la Guerra Fría. Ese muro había evidenciado las fallas de un sistema, sus limitaciones e incapacidades a la luz de los DDHH en su parte de libertades y también a la luz del consumismo desaforado y derrochador de su rival, Occidente. Un occidente que tampoco era capaz de cumplir la parte social de dichos derechos. Su

desaparición, además de impulsar la unidad alemana, puso en evidencia años después que su hundimiento, por necesario que fuera, se había producido hacia ambos lados del mismo.

En Afganistán, y tras un golpe de Estado que derribó la monarquía e instauró la república en 1973, gobernaba desde 1978 un gobierno de tipo comunista que desde el primer instante tuvo enfrente a varias guerrillas de corte fundamentalista. EEUU apoyó con armas y asesores a dichas guerrillas (entre las que estaba la dirigida por Osama Bin Laden). En 1978 se produjo la intervención soviética en apoyo del gobierno. En 1989 el ejército soviético abandonó Afganistán y al gobierno comunista le sucedió el fundamentalista de los talibanes. Occidente (derecha e izquierda) se felicitó por ese hecho.

Los cuatro acontecimientos que jalonan los primeros años de la década propiamente dicha, fueron la Primera Guerra del Golfo (1990), el Acta de París (1991), la desaparición de la URSS (1991) y el golpe de Estado en Argelia (1992).

Tras la invasión de Kuwait por parte de Irak se produce una guerra en la que la ONU fue arrastrada a asumir con desgana el papel de paraguas justificador. Se conculcaron limpiamente los principios y pasos previos a la invasión militar tal y como estipula la Carta Fundacional de las Naciones Unidas. En España, los primeros debates parlamentarios y movilizaciones ciudadanas, tras el apoyo del Gobierno español a las operaciones bélicas, van marcando la creciente fractura entre las, por entonces y oficialmente, dos almas de la izquierda, la que apoyó a la OTAN y la que había heredado la posición del NO. En esta cuestión como en otras muchas que estructuran una política concreta y definida, el bipartito funcionó al unísono. EEUU y una Europa entregada marcaban la agenda internacional que anunciaba oficiosamente un nuevo orden internacional.

En los últimos tiempos de la primera Guerra del Golfo tuvo lugar en París, en noviembre de 1991, la Conferencia de Jefes de Estado y de Gobierno que en número de 35 tenían en sus filas a Bush (padre), Gorbachov, Felipe González, etc. En dicha conferencia se aprobó la llamada Acta de París en la que se reafirmaban los DDHH y los medioambientales. Destacaba, por su importancia la declaración final en la que se leía «Renovamos nuestro empeño de abstenernos de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política

de cualquier Estado». Ruego a los lectores que tengan presente esta declaración unánime a la luz de los acontecimientos posteriores en plena década.

El 26 de diciembre de 1991 el Soviet Supremo reconoció la extinción de la URSS. Aquella noticia, que ya se veía venir, puso en marcha un estado de opinión generalizado en las cancillerías y medios de comunicación occidentales que convino en denominarse la «Utopía de 1991». La esencia de aquella vivencia se resume en los siguientes mensajes:

a) Con la desaparición de la URSS y el Pacto de Varsovia el mundo entraba en una situación de desarme, paz y fin de la Guerra Fría. Los gastos militares se reducirían y ello permitiría la utilización de esos recursos a luchar contra la pobreza y a aumentar los gastos sociales. Este tipo de análisis llegó a escucharse incluso en las reuniones de la Presidencia Federal de IU. Lo cierto y verdad es que en 1987 tanto la URSS como EEUU acordaron destruir sus respectivos misiles de alcance medio. Con posterioridad, en 1988, los soviéticos acordaron de manera unilateral una reducción de sus fuerzas convencionales. Y ya en 1991 ambas potencias acordaron una reducción de armas estratégicas.
b) El comunismo había fracasado estrepitosamente como proyecto social. El mundo entraba en una nueva era en la que la solidaridad, el desarme y el Derecho Internacional presidirían las relaciones entre Estados. Esa era la esencia del libro de Francis Fukuyama titulado *El fin de la Historia.* Se llegaba a afirmar en el citado libro que el capitalismo triunfante conseguiría las conquistas sociales que Marx quería para los trabajadores. A la escatología marxiana se le oponía la escatología capitalista.
c) El libre mercado, la competitividad y el crecimiento sostenido, conceptos que forman la trilogía capitalista, no tenían ya ante sí ninguna autoridad económica, política, social, ideológica, cultural y de valores que disputase al sistema vencedor la hegemonía mundial.

El tsunami global que significó la caída del «socialismo real» tuvo otras manifestaciones que, iniciadas muchos años antes, encontraron en aquel hecho histórico su lógico desenlace y justificación. Fueron las siguientes.

Por una parte, la socialdemocracia apareció para millones de personas como la alternativa realista al comunismo y en consecuencia era la organización política de la izquierda a la que debían confluir los partidos comunistas todavía existentes y otras organizaciones de corte revolucionario. Por otra, la mundialización, es decir la total interconexión de la economía mundial en cuanto al intercambio de bienes, mercancías y servicios, daba un salto cualitativo y devenía en globalización; entendida esta como la cosmovisión filosófica y cultural que interpretaba el triunfo de la mundialización y la apoteosis de dos aspectos del capitalismo triunfante: la financiarización y la hipercomercialización. La bolsa de Nueva York y la Organización Mundial del Comercio (OMC) surgida en 1984, eran las nuevas sedes del poder totalizador y los nuevos oráculos para un mundo cada vez más interconectado económica y financieramente…

Finalmente, este proceso de revisión profunda de las políticas keynesianas que ya se había iniciado con Reagan y Thatcher en la década de los ochenta desembocaba en una concepción de la política como esclava de la economía. Así, el discurso oficial tenía como corolario la siguiente línea argumental y su consecuente traslación a los códigos axiológicos: *La democracia llevada hasta sus últimos extremos conduce a la demagogia y al populismo, el único mecanismo corrector que permite evitar esta degradación es el mercado.*

Los hechos que plasman el proceso arriba descrito y olvidados *ex profeso,* no pueden dejar de ser mentados a la hora de buscar en el pasado los orígenes del presente, porque tuvieron unas consecuencias que afectaron, y de qué manera, al desarrollo de la IU de aquella época.

Confiar en que la socialdemocracia podía ser la alternativa a lo que, por lo menos subjetivamente, había sido la URSS era olvidar algunos acontecimientos. Ya en 1959 el congreso de la socialdemocracia alemana reunido en la localidad de Bad Godesberg abandonó el marxismo como filosofía básica del partido y asumió la economía de mercado con correcciones de carácter social. En 1979 y en España, el XXVIII Congreso del PSOE, forzado por la dimisión de Felipe González, abandonó también el marxismo bajo la consigna de total indigencia intelectual «antes que marxistas hay que ser socialistas». Después de esto no pueden extrañar los casos de Tony Giddens y Tony Blair en Gran Bretaña, Schröder en Alemania o Bettino Craxi en Italia. El intento del que fuera secretario

general del SPD de Alemania, Peter Glotz de reimpulsar el partido hacia una dirección de izquierdas no se llevó a cabo. La historia posterior en hechos y posicionamientos de la socialdemocracia en política económica, social e internacional es la de una renuncia constatable desde la evidencia.

En los partidos comunistas de Europa occidental hubo posicionamientos de diverso signo, enrocamiento, adaptación a la nueva situación o simplemente disolución como fue el caso del Partido Comunista Italiano bajo la Secretaría General de Achille Occhetto. Esa decisión vergonzosa y vergonzante del partido comunista que representaba un ejemplo de capacidad organizativa, de influencia en las masas, de ejecutoria democrática fuera de toda duda y de enjundia cultural y teórica, ha sido uno de los crímenes políticos que todavía siguen pagando sus traicionados militantes.

La historia del PCE en aquellos años ha sido relatada con anterioridad. Un partido que se había enfrentado al todopoderoso Partido Comunista de la URSS condenando la invasión de Checoslovaquia, que había luchado muchos años en solitario contra la dictadura franquista pagando un precio muy elevado en mártires y sufrimiento. Un partido que había sido capaz de impulsar, conjuntamente con otras organizaciones y personalidades la creación de IU, no podía pagar ningún precio por determinadas políticas, supuestas o reales (que de todo se ha imputado a la URSS). Creo que el tiempo y la memoria, han juzgado y clarificado aquella actitud del PCE.

Pero todavía hubo un mal de mayor calado y gravedad. Un mal que todavía se deja sentir en las teorizaciones políticas (por llamarlas de algún modo) y en los valores de muchas organizaciones o parte de ellas supuestamente incardinadas en el espectro de la sedicente izquierda. Ese mal no es otro que el llamado pensamiento débil que durante décadas ha dominado a las fuerzas «progresistas» y que se ha situado con franco complejo de inferioridad y subordinación frente al pensamiento fuerte y hegemónico de la derecha. Y digo fuerte en el sentido de incontestado, aceptado acríticamente y tomado como modelo. Y digo hegemónico porque dicho pensamiento originario de los posicionamientos más conservadores en economía, sociedad y libertades son asumidos como propios por quienes, supuestamente, tenían que confrontarlos con los propios. Hasta en el lenguaje, y consiguientemente en el discurso político, la colonización ha sido total. No podemos extrañarnos pues de la impunidad, descaro y ufanía

conque hoy la derecha usa y abusa de expresiones, juicios y valores que hace apenas una década no se atrevía a utilizar. Para ilustrar esto que estoy diciendo y también para dar un mínimo de amenidad a mi relato, paso a reproducir ante ustedes citas, frases y comentarios escogidos de aquella década prodigiosa. Son citas provenientes de personas ubicadas en diversas zonas del espectro ideológico. Veamos en primer lugar las dichas en España.

– Juan Velarde Fuertes, economista, en 1995: «Maastricht convertido en reforma constitucional, tiene una trascendencia enorme. Nos va a obligar a apartarnos de conductas disparatadas. Va a premiar políticas económicas razonables y a castigar políticas económicas absurdas, incluso con una dureza que aún no percibimos».
– Antonio Argandoña, economista, en 1996: «El sistema de Seguridad Social no debe ser demasiado generoso, porque los inconvenientes crecen más que proporcionalmente con la cuantía, duración y facilidad en la concesión de prestaciones (tanto los costes de financiación como los efectos indeseables de la prestación misma). Otra cosa es lo que diga la Constitución (que en todo caso, no es un modelo de racionalidad económica».
– Jorge Cancio Meliá, profesor de Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid, en 1996: «…el amplio marco jurídico del sistema económico fijado por la Constitución española de 1978, como consecuencia del manido consenso propio de la transición, ha sido desplazado, en gran parte por una regulación unívoca, de carácter neoliberal y carente de la legitimidad democrática necesaria, que supone la existencia de hecho de una Constitución económica europea frente a este hecho consumado que implica una vulneración de la Constitución de 1978…».
– Juan Antonio García Díez, vicepresidente de Gobierno con Leopoldo Calvo Sotelo y ministro de Economía y Turismo con Adolfo Suárez, en 1996: «El reciente acuerdo sobre Pensiones (Pacto de Toledo) puede entenderse como un mecanismo que recoge algún avance y consolida algún retroceso, pero no es la reforma que necesitamos. Esta sigue pendiente».
– Lorenzo Bernaldo de Quirós, asesor económico del Círculo de Empresarios de Madrid y director de estrategia económica de la Cámara de Industria de Madrid, entre otras responsabilidades en el mundo de la empresa. En 1996: «La convergencia real requiere mercados mucho más flexibles, impuestos más bajos y sistemas de protección social públicos menos generosos».
– José María Cuevas, presidente de la CEOE, en 1997: «La reforma debe suponer el que las Magistraturas no intervengan en decisiones estrictamente empresariales».
– Rodrigo Rato, ministro de Economía y presidente del Fondo Monetario Internacional, en 1998: «Se impone una reforma del mercado laboral y una privatización de los servicios públicos».

– Luis Ángel Rojo, gobernador del Banco de España, en 1998: «Es necesaria una política económica que se fundamente en la moderación salarial».
– José María Aznar, presidente del gobierno, en 1998: «Hay que moderar los salarios».

Y por lo que respecta a personalidades extranjeras:

– Alain Minc, asesor de empresas multinacionales y de órganos consultivos del gobierno francés, en 1998: «El mercado es el estado natural de la sociedad, la democracia, no».
– Hans Tietmeyer, presidente del Bunsdebank, en 1995: «Los políticos deben aprender a obedecer las decisiones de los mercados».
– Fernando Faria de Oliveira, ministro de Comercio y Turismo de Portugal, en 1997: «El estado del bienestar es incompatible con el Mercado».
– Noam Chomsky, filósofo y lingüista estadounidense, en 1993: «La producción del Tercer Mundo vuelve innecesarios a los trabajadores de los países ricos».
– Jean Arthuis, senador francés y asesor del primer ministro francés, Balladur, en 1996: «Se trata de fabricar allí donde es menos caro y vender donde existe poder de compra. Hoy existe un divorcio entre el interés de la empresa y el interés de la nación».
– Gerhard Schröder, canciller de Alemania, en 1997: «El euro traerá más paro».

Pero en la década prodigiosa tuvieron lugar otros acontecimientos que subrayan la influencia de aquella época en nuestro presente y también las ocasiones perdidas por falta de convicciones en la mayoría de la izquierda sedicente.

1. Las Assises de Roma de 1990.
2. El Tratado de la UE de Maastricht de 1992.
3. La crisis de los llamados «tigres asiáticos» o segundo aviso, en 1997.
4. Guerra de agresión contra Yugoslavia.
5. La refundación de la OTAN en 1999.

El Acta Única Europea había defraudado a quienes seguían confiando en que todavía era posible un proyecto europeo social y políticamente avanzado. De esta manera se gestó en 1990 y en Roma, por primera y única vez la Conferencia de Parlamentos de la CEE (las Assises).

En dicha reunión se aprobó una resolución por: 150 votos a favor y 13 en contra (asistieron 189). En dicha resolución se propuso lo siguiente:

– Transformar la Comunidad en una Unión Europea fundada en una base federal y dotándola de las instituciones adecuadas.

– Esa unión política que se preconiza debe comprender una política exterior y de seguridad e integrar en ella la cooperación política existente.
– La Comunidad, a partir de esa unión política, debe dotarse de políticas comunes en lo económico, social, monetario y medio ambiente, de manera que concreten el doble imperativo de justicia social y democracia económica.
– Desarrollo especial de una política activa a favor de la igualdad entre el hombre y la mujer en el ámbito del trabajo, de los derechos sociales y privados, etc.
– La política regional desarrollada debe tender a eliminar gradualmente las desigualdades entre las regiones europeas.

Y una cuestión muy importante defendida de manera especial por los diputados españoles de IU: el inicio de ese proceso constituyente en torno a cinco sujetos: Parlamento Europeo, parlamentos nacionales, Consejo Europeo, Comisión Europea y pueblos de Europa.

De la misma manera que el Acta Única fue la respuesta de Bruselas a la voluntad del Parlamente Europeo, el Tratado de Maastricht lo fue a la reunión de los parlamentarios en Roma. El Tratado de Maastricht significó, y significa, el abandono de todo el ideal europeo basado en los DDHH y la cohesión social. Culminó la deriva conservadora del proyecto «europeísta». Sus consecuencias están presentes e informan todas las políticas de austeridad. En IU, el debate sobre tal cuestión, nos dividió tanto en el grupo parlamentario como en la Tercera Asamblea Federal (un 60 por 100 frente a un 40 por 100).

En el tratado se abandonaron definitivamente varios conceptos, la convergencia económica, la cohesión social, la Carta Social Europea y la política exterior y de defensa común entre otros abandonos menos sonados. La moneda única sustituyó a la moneda común y el Banco Central Europeo se configuró como el instrumento de las oligarquías financieras europeas y mundiales para aplicar de manera impune el neoliberalismo más rampante. Creo que con tres datos, seleccionados cuidadosamente, podré dar las justas dimensiones de aquello.

Mediante el artículo 104 del Tratado se prohibía que los gobiernos pudieran acudir a sus respectivos bancos centrales para demandar créditos

baratos necesarios para sus políticas concretas. En lugar de eso los gobiernos quedaron obligados a recurrir a la banca privada. Piense el lector o lectora en la diferencia a pagar por los Estados teniendo en cuenta que antes de esto los bancos centrales nacionales prestaban al 0,5 por 100, cuando mucho, y la banca privada a intereses que oscilan entre el 4 por 100 al 7 por 100. La pregunta retórica surge pronto *¿Qui prodest? ¿A quién aprovecha esto?*

El 31 de mayo del 2012 Felipe González escribía en el diario *El País* un artículo en el que bajo el título de «Soberanía compartida» podemos leer lo siguiente:

> Cuando se decidió que hubiese una moneda única, el euro, y un Banco Central único, nos olvidamos de unos cuantos elementos fundamentales para que el sistema funcione como es debido. No es posible una unión monetaria con políticas fiscales y económicas divergentes. Al negociar el Tratado se hablaba de la unión económica y monetaria pero solo se desarrolló la monetaria.

Exactamente lo que se le había dicho veinte años antes en los debates parlamentarios. Pero tras estas palabras de González queda una pregunta inquietante, si esto es así, ¿por qué se continúa en el error? Y es que el euro ya no es un error sino un crimen.

Yo he acusado muchas veces al lenguaje comunitario de huero, artificial y vacío. He aquí una prueba sacada del texto del Tratado. Se refiere a la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC). Podemos leer que la Unión tendrá ente sus objetivos definir su identidad internacional mediante la realización de una política exterior y de seguridad común, «que incluirá, en el futuro, la definición de una política de defensa común, que podrá conducir, en su momento, a una defensa común».

Y es que ya, en 1991, el presidente Bush (padre) había dicho en la Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno reunida en Roma que la seguridad de Europa corría a cargo de EEUU y la OTAN. Cosa que se volvió a repetir en la cumbre celebrada en Viena en 1995.

Cuando, nuevamente, el Parlamento Europeo pretendió corregir un documento que no le gustaba, el Tratado de Maastricht, puso en marcha la elaboración de una Constitución Europea con los contenidos de las Assises de Roma ya anteriormente comentados. El grupo parlamentario popular y el socialista, unidos en bloque, rechazaron el proyecto.

En 1997 estalló la crisis en la economía de burbuja protagonizada por los llamados tigres asiáticos. Veamos de manera muy sintética el proceso.

A finales de la década de los ochenta y en la de los noventa afluyen ingentes cantidades de capitales a Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán entre otros. El atractivo de la zona para los inversores se debía a la abundante mano de obra, a bajos salarios y jornadas de hasta doce horas, a la carencia de derechos laborales y a zonas francas portuarias y exenciones fiscales. La lucha por los mercados entre las empresas derivó en una devaluación competitiva que arrastró totalmente a la crisis económica la zona y tuvo sus repercusiones en las bolsas mundiales. Tampoco los poderes económicos y políticos se dieron por aludidos.

Sobre la base de la descomposición de Yugoslavia con guerras de carácter étnico y religioso (a veces como excusa) que permitieron la independencia de Croacia, Bosnia, etc., tuvo lugar en 1998 el último acto de esa descomposición. Los ataques de milicias albano-kosovares de carácter marxista-leninista que buscaban la independencia de Kosovo de Serbia dio pie a una intervención de la OTAN que, según informaciones publicadas con posterioridad, ya había sido planificada desde 1997. Las razones que después se publicaron fueron básicamente dos: la negativa de Serbia a incorporarse la OTAN y la privatización de las minas de cinc, plomo y lignito en la región de Trepca en Kosovo.

En las negociaciones de Rambouillet (Francia) los representantes del parlamento serbio propusieron que una comisión de la ONU viajara al país para comprobar *in situ* las matanzas de albano-kosovares atribuidas a Serbia. Los representantes occidentales exigieron que la comisión fuera de la OTAN y que además sus miembros gozasen de las prerrogativas de la extraterritorialidad con respecto a tribunales de justicia. La ofensiva aérea de la OTAN fue una de las más virulentas que se ha conocido.

Precisamente en esos días Kofi Annan, secretario general de la ONU, visitó España y compareció a puerta cerrada ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados. A mis preguntas acerca de la legalidad de la intervención, fue rotundo y afirmó que era totalmente ilegal y contraria a la Carta Fundacional de las NNUU. Sorprende todavía hoy el silencio cómplice de los medios de comunicación y el apoyo de los diputados (con excepción de los de IU y algunos del grupo mixto) a aquella guerra de agresión. Califiqué entonces, y me reitero ahora, de crímenes de

guerra imputables al secretario general de la OTAN Javier Solana Madariaga. Se había hecho un ensayo para lo que después vino, un nuevo orden mundial. La izquierda y la derecha del estatus aportaron su silencio y connivencia.

En abril de 1999 la cumbre de la OTAN reunida en Washington acordó una serie de cambios en su carta fundacional que muy sintéticamente resumo:

1. Vinculación permanente entre la defensa de EEUU y la Unión Europea.
2. Capacidad para intervenir en cualquier conflicto que se produzca aunque no afecte a los países miembros y por lejano que sea.
3. Capacidad de intervenir en casos de acceso a las fuentes de energía y en casos de *movimientos de una gran cantidad de personas.*
4. Independencia total de la ONU en todo lo relativo al mando de las fuerzas militares en caso de conflicto armado. En consecuencia la OTAN se coloca fuera de la legalidad emanada de la Carta Fundacional de la ONU.

Una de mis últimas intervenciones parlamentarias en nombre de IU fue para denunciar ese hecho y recordar a diputados y diputadas las consecuencias de su voto afirmativo al nuevo Tratado Atlántico. Silencio en los medios de comunicación y silencio aprobatorio de sus señorías. Se cerraba una década en la que los que se llamaban demócratas y defensores del derecho internacional y los DDHH, los que se calificaban de izquierdas y los añadidos por pactos de intereses económicos no siempre claros, construían con un nuevo orden internacional propio de la barbarie.

A comienzos de la siguiente década Bush (hijo), desde su despacho presidencial, dictó los fundamentos del nuevo orden mundial bajo la égida de EEUU, a saber:

1. Para evitar males mayores EEUU se reserva el derecho a ejercer acciones militares *con carácter preventivo.* Había nacido la guerra preventiva como patente de corso al margen del derecho internacional.
2. No permitir la existencia de ninguna otra potencia que iguale en poder militar a EEUU.

3. No establecer diferencia alguna entre la política interior y exterior de EEUU.
4. Washington se reserva el derecho de definir las acciones, personas, grupos o países *terroristas.*
5. En caso de t*errorismo* no hay asuntos internos ni fronteras a respetar en ningún país del mundo.

Querido lector, querida lectora, de aquellos polvos vienen estos lodos. El atentado contra las torres gemelas, la segunda guerra de agresión contra Irak y el papel siniestro y a la par ridículo del Gobierno de España, los aviones de EEUU transformados en checas volantes sin permiso de los gobiernos de los países que sobrevolaban, las operaciones contra Siria, la criminal guerra contra Libia, el apoyo a bandas fascistas en Ucrania, la sumisión ovejuna del Gobierno de Rajoy en el caso de la base de Morón, etc., etc., etc., no son sino la culminación de una obra que en España han construido al unísono el bipartito y sus fieles aliados para estos menesteres.

No quisiera que los lectores sacaran la impresión de que, tras mi convicción de que hemos sufrido una derrota en toda regla, y debido a mi edad, he hecho con este libro una especie de testamento quejumbroso. Nada de eso. Creo que, perdida la guerra, hay que empezar otra. Lo piden los DDHH, los del planeta Tierra y la memoria de los hombres y mujeres que dieron lo mejor de sus vidas por la causa de la emancipación humana. Pero por encima de estas consideraciones de tipo ético, político o sentimental hay una eminentemente práctica. Esta sociedad de paro, precariedad, diferencias sociales abisales y crecientes, no tiene horizonte de seguridad para nuestros hijos y nietos. Ni existe la perspectiva de futuro para el país ni tampoco para una sociedad medianamente equilibrada. Miles y miles de jóvenes llegan a la edad laboral desde su casa, desde la formación profesional y desde cualquier facultad o escuela superior y ahí se quedan, en expectativas de un destino y de un trabajo que nunca llegan o si lo hace es con cuentagotas y sometido a toda clase de conculcaciones de los derechos laborales más elementales. Pero tomar la decisión de plantear una batalla por un cambio concreto, es decir concretado, supone ser conscientes de los obstáculos a considerar y abordar. A ello dedico las páginas finales de este epílogo.

Quienes decidamos continuar una lucha con vocación de victoria para el proyecto social defendido, no podemos obviar dos consideraciones que deben trasladarse a la acción.

1. Señalar, describir y definir al enemigo.
2. Dar por clausurada una época de hacer política, comunicar y entender el ejercicio de la democracia y aprestarse a construir, con la gente, otra.

Desde hace dos siglos el movimiento obrero, la izquierda y sectores críticos de la sociedad han señalado al capitalismo como el responsable de los males que aquejan a las sociedades desarrolladas y también a las del Tercer Mundo esquilmadas en sus riquezas. De esta manera se ha constituido en costumbre la imputación al sistema de todas las negatividades existentes en la sociedad. El capitalismo, así entendido, se presentaba como un conjunto de individuos potentados, empresarios y banqueros que vivían a costa de la sangre de los trabajadores. A esta imputación se seguía como consecuencia una movilización defensiva, es decir un conjunto de acciones que eran la respuesta a un problema originado por la codicia de la patronal. Al calor de estas luchas surgieron los movimientos de liberación que, basados en teorías políticas y sociales, le daban el soporte intelectual a la lucha y la planteaban en otra dimensión. Esa época se vio afectada por la involución hija de la aceptación del sistema por parte de fuerzas políticas y sindicales y también como consecuencia de que el sistema supo, en Occidente, repartir migajas de la extraordinaria explotación del Tercer Mundo. Todavía el discurso del capitalismo como origen de los males pero sin avanzar más allá en el conocimiento de su esencia y de las causas del papel hegemónico hoy en día. En este estadio las movilizaciones son, ante injusticias flagrantes, muy localizadas y contienen unas reivindicaciones de urgencias.

La fase de definición entra ya a valorar y analizar los mecanismos del sistema, sus relaciones de producción, sus valores y sus lógicas internas. Ya no estamos ante un sistema que goza de un cierto consenso social; sus principios y valores, a ganancia fácil, la competitividad y el crecimiento sostenido como mito del progreso social junto con las «delicias del consumismo», las prácticas de cierto hedonismo *prêt à porter* y de consumo masivo, son los mecanismos de la abducción. Los conflictos son de mayor

calado, y sobre todo contienen más ramificaciones que antes; el opresor, a través de la sociedad se ha vuelto difuso. Las movilizaciones siguen siendo de resistencia pero hay una mayor concienciación en los que las organizan y participan en ellas.

La fase de definición consiste en plantear una alternativa en cada caso, en cada sector y en su momento a la totalidad. Es la fase del programa, de la cultura de gobierno; ya no reivindica sino que plantea el relevo en el poder. Implica una movilización de mayor calidad y cantidad. Esa movilización va precedida de una voluntad de construir desde la calle y también desde las instituciones. Juntos ambos toman el poder. La movilización ya no es defensiva sino ofensiva porque la plantea una fuerza social con capacidad de generar otra hegemonía en valores, actitudes, proyectos leyes y prácticas cívicas. A ese proceso solemos llamarle constituyente. Y cada día que pasa es más urgente su consciente puesta en marcha. Si en la próxima década no se nota esa creciente fuerza, las demás décadas venideras serán terribles. Ese es el reto que los derrotados y con vocación de retomar la lucha deben asumir.

Por eso toda lucha o proyecto que se presente ante la ciudadanía tiene la obligación de señalar al enemigo que se apresta a combatir. Todo silencio o circunloquio sobre esta cuestión es abonar algo letal para la concienciación: el confusionismo. La historia de España de las últimas décadas está llena de ejemplos. Definir al enemigo es también y fundamentalmente, definirse uno mismo.

He manifestado anteriormente que perdida la guerra, es necesario organizar otra. Pero sería delito de traición a la causa de la liberación humana y a la de los DDHH no haber aprendido la lección y además no obrar en consecuencia. Muchísimos de nuestros cuerpos teóricos y políticos necesitan una urgente revisión crítica y su consecuente puesta al día. Ni que decir tiene que igualmente debemos hacer con estructuras organizativas y funcionamiento de las mismas. El concepto de movilización popular no puede seguir siendo de manera exclusiva la toma de la calle con las sempiternas pancartas, consignas y demás aditamentos que producen el rechazo de quienes debemos incorporar la lucha. Las fuerzas políticas no pueden quedarse ancladas en seguir funcionando casi exclusivamente como máquinas electorales. Ellas portan o deben portar una cosmovisión, una ideología y unos valores que deben ganarse el respeto, la consideración y la

adhesión ciudadana. Los sindicatos, sobre todo los que se autoproclamas «de clase» deben retomar y con urgencia, los horizontes y perspectiva de una sociedad nueva; quedarse en meros negociadores de convenios y gestores administrativos de las incidencias laborales conduce a la postración. Separarse y diferenciarse de las estructuras estatales debe ser el primer paso.

La política debe cambiar de formas, mecanismos de despliegue y, sobre todo, debe hacerse clara, transparente y eminentemente participativa. La democracia circunscrita únicamente a lo electoral es una degradación que debe ser corregida inmediatamente. La democracia no puede estar desligada de la condiciones de vida de quienes están llamados a participar en ella. Para quien esto escribe, democracia es un convenio permanente entre seres libres e iguales para seguir permanentemente conviniendo sobre los contenidos y desarrollo de su contrato social. Los sujetos preferentes en la participación política son en primera instancia los ciudadanos y ciudadanas y conjuntamente con ellos y ellas las organizaciones civiles y laicas de que se doten. Todo ello debe conducir a otras formas de hacer política. Y dejo para este apartado una última cuestión, la ciudadanía. Uno de los cambios que deben ser asumidos es el de que la condición de ciudadanía es algo a ganarse y ejercer. Un ciudadano, en sentido estricto es un militante de la *cives* y en consecuencia un sujeto y depositario de derechos y deberes. La falta de espacio me impide reproducir aquí el gran discurso de Pericles en el ágora de la Atenas del siglo V (a.C.) sobre la democracia y el ciudadano. Solamente puedo recomendar su lectura.

Cuando escribo estas líneas finales Grecia está siendo humillada y tratada como las poblaciones sojuzgadas por los asirios. Este es el proyecto «europeísta» tan candorosamente apoyado por unos y tan aviesamente perpetrado por otros. El IV Reich alemán ha lanzado la advertencia de que nadie ni nada puede cuestionar el orden vigente. Shylock el prestamista de la obra de Shakespeare, el mercader de Venecia, solo pedía resarcirse de la deuda de Antonio con una libra de su carne. Merkel y demás secuaces del gran capital quieren el cuerpo entero.

Lo que está pasando con Grecia es el anticipo de lo que vendrá en el futuro cuando los servicios de la deuda y los plazos se hagan impagables en España, Italia u otros. La deuda Griega y una parte muy importante de la

nuestra, es *ilegal, ilegítima y odiosa* como ha dicho de la griega la comisión creada por el parlamento griego para auditar la suya.

Si las fuerzas políticas de la izquierda, las organizaciones sociales y el pueblo español en general no afrontan un debate urgente sobre la situación, estarán hablando de política ficción. Nadie puede, hoy en día, plantear un cambio político y social medianamente creíble sin afrontar el triple círculo de hierro que aherroja la economía y la soberanía nacional: la UE, el euro y la deuda. No es fácil pero es insoslayable. De nada vale que obvien el tema o pasen por encima de él como si fueran por ascuas. La grandeza y servidumbre de la política es asumir los problemas del país, sus causas y soluciones. Y además sabérselo explicar a sus compatriotas. De no ser así, todo es espectáculo aburrido y perfectamente prescindible. La nueva lucha exige comenzar con la verdad por delante.

Bibliografía citada

ACOSTA RAMÍREZ, Francisco y BARRAGÁN MORIANA, Antonio, «La transición política en Córdoba, una aproximación», en Encarnación Lemus y Rafael Quirosa (coords.), *La transición en Andalucía,* Huelva, Universidades de Huelva y Almería, 2002.

AGUILAR FERNÁNDEZ, Susana, «El activismo político de la Iglesia católica durante el gobierno de Zapatero», *Papers: revista de sociología* 95 (2010).

ALBA Rico, Santiago, «Podemos, los sólidos y los líquidos», 5 de febrero de 2015, en http://www.rebelion.org.

ANDRADE, Juan, *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político,* Madrid, Siglo XXI de España, ²2015.

—, «Santiago Carrillo en la transición. Historia y Mito del Secretario General del PCE», *Historia del Presente* 24 (2014).

ANGUITA GONZÁLEZ, Julio, *La desamortización eclesiástica en la ciudad de Córdoba, 1986-1945,* Córdoba, Albolafia, 1984.

—, *Combates de este tiempo,* Córdoba, El Páramo, 2011. Citados concretamente: «Intervención en el Congreso de los Diputados. Debate sobre Maastricht. Madrid, 29 de octubre de 1992», «Dos almas y un cuerpo», «Intervención de Anguita ante Kofi Annan, Secretario General de la ONU en el Congreso de los Diputados» (Madrid, 13 de abril de 1999)

—, «No hay tiempo para más dilaciones. Intervención de Julio Anguita en el Comité Federal del PCE de 12 de abril de 2008», *Utopías, Nuestra Bandera* 215 (2008), Madrid.

—, «Decían Marx y Engels», 13 de junio de 2013, en http://www.mundoobrero.es/pl.php?id=2830

—, «Las lentejas de Esaú», mayo de 2012, en http://colectivoprometeo.blogspot.com.es.

— y MARTÍNEZ SIMANCAS, Rafael, *El tiempo y la memoria,* Madrid, La esfera de los libros, 2006.

— y REINA, Carmen, *Conversaciones sobre la III República,* Córdoba, El Páramo, 2013.

— y FLOR, Julio, *Contra la ceguera. Cuarenta años luchando por la utopía,* Madrid, La Esfera de los Libros, 2013.

— y MONEDERO, Juan Carlos, *Conversaciones entre Julio Anguita y Juan Carlos Monedero,* Madrid, Icaria, 2013.

ARAYA, Federico y VILLASENIN, Lucas, «Las siete herejías de Podemos», 2 de febrero de 2014, en http://www.rebelion.org.

ARÓSTEGUI, Julio, *La Transición (1975-1982),* Madrid, Acento, 2000.

ASENSIO RUBIO, Francisco, «Bruno Ibáñez Gálvez. De oficial de infantería a represor», *Espacio, tiempo y forma. Historia contemporánea* 25.

AZCÁRATE, Manuel, *Crisis del eurocomunismo,* Barcelona, Argos Vergara, 1982.

BARRAGÁN MORIANA, Antonio, «La transición sindical en la provincia de Córdoba: una aproximación», en *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Contemporánea,* tomo III, CajaSur, Córdoba, 2003.

BATALLA CUETO, Pablo, «Entrevista a Juan Carlos Monedero», 13 de julio de 2014, en http://www.sinpermiso.info.

BOYER, Miguel, «Un plan económico a medio plazo», *Dirección y Progreso* 68 (1983).

BRENNER, Robert, *La economía de la turbulencia global,* Madrid, Akal, 2009.

CAÑADA, Manuel, «Izquierda Unida: abrazados a una política muerta», 9 de octubre de 2004, en http://www.kaosenlared.net.

CARRILLO, Santiago, *Escritos sobre eurocomunismo,* Zaragoza, Forma, 1977, tomo II, pp. 55-82 y 99-109.

CASANELLAS, Pau, *Morir Matando, El franquismo ante la práctica armada, 1968-1977,* Madrid, La Catarata, 2014.

CLAVO BOROBIA, Kerman, «Movimientos sociales, y reconocimiento de derechos civiles: la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo en España», *Revista de Estudios Políticos* 147 (2010).

CRUELL, Marta e IBARRA, Pedro (coords.), *La democracia del futuro. Del 15M a la emergencia de una sociedad civil viva,* Madrid, Icaria, 2013.

DI FEBO, G. y JULIÁ, Santos, *El franquismo,* Barcelona, Paidós, 2005.

DOMÈNECH, Antoni; NADAL, Alejandro; BÚSTER, Gustavo y RAVENTÓS, Daniel, «La UE y Zapatero se superan, o cuando los locos son los lazarillos de los ciegos», *Sin permiso,* 17 de mayo de 2010, en http://www.sinpermiso.info.

DOMENÈCH, Xavier, *Clase obrera, antifranquismo y cambio político,* Madrid, La Catarata, 2008
—, «Dos lógicas de un movimiento: una lectura del 15-M y sus libros», 1 de agosto de 2011, en http://www.sinpermiso.info.
DUARTE MONSERRAT, Ángel, *El republicanismo, una pasión política,* Cátedra, Madrid, 2013.
ECHEVARRÍA, Ignacio, «La CT: un cambio de paradigma», en VV.AA., *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española,* Barcelona, Mondadori, 2012.
ELEY, Geoff, *Un mundo que ganar, Historia de la Izquierda en Europa, 1850-2000,* Madrid, Crítica, 2003.
ESTEBAN, Esther, *El tercer hombre: P. J. la pesadilla de FG,* Madrid, Espasa, 1995.
ESTEFANÍA MOREIRA, Joaquín, «El segundo ajuste económico de la democracia», en Álvaro Soto Carmona y Abdón Mateos López (dirs.), *Historia de la época socialista en España: 1982-1996*, Madrid, Sílex, 2013.
FERNÁNDEZ SAVATER, Amador, «15M: una revolución de personas», *Papeles de relaciones ecosociales y cambios global* 189 (2011).
—, «15M y La ruptura de la cultura consensual en España», *Periférica* 13 (2012).
FONTANA, Josep (ed.), *España bajo el franquismo,* Barcelona, Crítica, 1986.
—, *Por el bien del Imperio, Una historia del mundo desde 1945,* Barcelona, Pasado y Presente, 2011.
GÁLVEZ, Sergio, «Del socialismo a la modernización: los fundamentos de la "misión histórica" del PSOE en la Transición», *Historia del Presente* 8 (2006), Madrid.
GARCÍA SANTESMASES, Antonio, *Repensar la izquierda. Evolución ideológica del socialismo en la España actual,* Madrid, UNED-Anthropos, 1993.
GARZÓN ESPINOSA, Alberto, *La tercera República, Construyamos ya la sociedad de futuro que necesita España,* Madrid, Península, 2014.
GODICHEAU, François (ed.), *Democracia inocua: lo que el posfranquismo ha hecho de nosotros,* Madrid, Ediciones Contratiempo, 2014.
GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, «Entre la normalización institucional y la "guerra sucia": luces y sombras de la política de los gobiernos del PSOE»,

en Álvaro Soto Carmona y Abdón Mateos López (dirs.), *Historia de la época socialista en España: 1982-1996,* Madrid, Sílex, 2013.

GRAMSCI, Antonio, *Antología,* ed. de Manuel Sacristán, Madrid, Akal, 2013.

—, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado Moderno,* Buenos Aires, Ediciones nueva visión, 1980.

HARVEY, David, *Breve historia del neoliberalismo,* Madrid, Akal, 2007.

HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena; RUIZ CARNICER, Miguel Ángel y BALDÓ, Marc, *Estudiantes contra Franco (1939-1975), Oposición política y movilización juvenil,* Madrid, La Esfera, 2007.

HOBSBAWM, Eric, *Historia del siglo XX,* Barcelona, Crítica, 1998.

IBÁRRURI, Dolores y CARRILLO, Santiago, *La propuesta comunista,* Barcelona, Laia, 1977.

IGLESIAS, Pablo, *Disputar la democracia. Política para tiempos de crisis,* Madrid, Akal, 2014

—, «La centralidad no es el centro», 20 de abril de 2015, en http://blogs.publico.es/pablo-iglesias/1005/la-centralidad-no-es-el-centro/.

IZQUIERDA UNIDA, «Pluralismo y coherencia en Izquierda Unida hoy», *Mientras Tanto* 79 (1997), Barcelona.

15MCC, http://madrid.15m.cc/p/conversaciones-15mcc.html.

JOVÉ, Salvador y MANSILLA, Adolfo, «Maastricht y la economía», en VVAA, *La Izquierda y Europa, Una aproximación crítica al Tratado de Maastricht,* Madrid, IU-La Catarata, 1992.

JUBERÍAS, Luis; MANJARÍN, Edgar, CORNELLES, Quim; ALFAGEME Ayoze y SÁNCHEZ, Celestino, «Apuntes sobre dos años de movilización y perspectivas de ruptura democrática en el Reino de España», 29 de julio de 2012,en http://www.sinpermiso.info.

KARA MURZA, Serguei *et al, El libro blanco de Rusia. Las reformas neoliberales (1991-2011),* Barcelona, Viejo Topo, 2005.

KRUGMAN, Paul, *El retorno de la economía de la depresión y la crisis actual,* Barcelona, Crítica, 2009.

LABRADOR, Germán, «¿Lo llamaban democracia? La crítica estética de la política en la transición española y el imaginario de la historia en el 15M», *Kamchatka: revista de análisis cultural* 4 (2014).

LAPAVITSAS, Costas, *Crisis en la Eurozona,* Madrid, Capitán Swing, 2013.

LAPAVITSAS, Costas y FLASSBECK, Heiner, *Contra la Troika. Crisis y austeridad en la eurozona,* Madrid, Akal, 2015.

LEVI, Primo, *Trilogía de Auschwitz,* Madrid, El Aleph, 2005.

LEWIN, Moshe, *El siglo soviético,* Barcelona, Crítica, 2006.

LOPES, Gilberto, «Entrevista a Manuel Monereo», 10 de marzo de 2015, en http://www.rebelion.org.

LÓPEZ RAIMUNDO, Gregorio y GUTIÉRREZ DÍAZ, Antonio, *El PSUC y el eurocomunismo,* Barcelona, Grijalbo, 1981.

LÓPEZ SALINAS, Armando, *La alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura,* Zaragoza, Forma, 1977.

LÓPEZ, Isidro y RODRÍGUEZ, Emmanuel, *Fin de ciclo, financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010),* Madrid, Traficantes de Sueño, 2010.

MARTÍNEZ, Guillem, «El concepto CT», en VV.AA., *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española,* Barcelona, Mondadori, 2012.

MATEOS LÓPEZ, Abdón, «El PSOE de Felipe González. La transformación del partido», en Álvaro Soto Carmona y Abdón Mateos López (dirs.), *Historia de la época socialista en España: 1982-1996,* Madrid, Sílex, 2013.

MINISTERIO DE ECONOMÍA Y HACIENDA, *Programa Económico a medio plazo: 1893-1986,* Madrid, Ministerio de Economía y Hacienda, 1985.

MOLINERO, Carme (ed.), *La Transición. Treinta años después,* Barcelona, Península, 2006

MONEDERO, Juan Carlos, «La izquierda y el 15-M», 01-08-11, en en http://www.sinpermiso.info.

MONEREO, Manuel, «¿Hemos aprendido la lección?», en http://www.rebelion.org.

MONTES Pedro y ALBARRACÍN, Jesús, «El sueño liberal engendra monstruos», en VVAA, *La izquierda y Europa, Una aproximación crítica al Tratado de Maastricht,* Madrid, IU-La Catarata, 1992.

MORA, Miguel; Gallego-Díaz, Soledad y Rivero, Jacobo, «Entrevista a Íñigo Errejón», *Contexto y Acción,* 15 de enero de 2015, en http://ctxt.es/es.

MORADIELLOS, Enrique, *La España de Franco (1939-1975). Política y Sociedad,* Madrid, Síntesis, 2000.

MORALES, Joan, *Saramago por José Saramago,* Córdoba, El Páramo, 2014, prólogo de Julio Anguita.

MORENO GÓMEZ, Francisco, *1936. El genocidio Franquista en Córdoba,* Barcelona, Crítica, 2008.
NAVARRO, Vicenç; TORRES, Juan y GARZÓN, Alberto, *Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España,* Madrid, Sequitur, 2011.
NAVASCUÉS, Javier, «Dos proyectos en IU. Política de Alianzas o reconversión postcomunista», *Papeles de la FIM* 24 (2006), Madrid.
OBSERVATORIO METROPOLITANO, *La crisis que viene. Algunas notas para afrontar esta década,* Madrid, Traficantes de Sueños, 2011.
OTERO, Luis E., «Izquierda Unida, un dilema imposible», *Papeles de la FIM* 24 (2006).
PALA, Giaime, «El PSUC hacia adentro. La estructura del partido, los militantes y el significado de la política (1970-1981)», en G. Pala (ed.), *El PSU de Catalunya, 70 Anys de Lluita pel Socialisme. Materials per a la història,* Madrid, FIM, 2008.
PANIAGUA, Juan Luis y RAMIRO, Luis, *Voz, conflicto y salida: un estudio sobre faccionalismo: Nueva Izquierda, 1992-2001,* Madrid, Universidad Complutense, 2003.
PASTOR, Jaime, «IU: fin de ciclo… sin salida por la izquierda», *Viento Sur* 97 (mayo de 2008), Madrid.
PCE, *Noveno Congreso del PCE, Actas, debates, resoluciones, Bucarest,* PCE, 1978.
—, *El socialismo, una búsqueda permanente (materiales del Partido Comunista de España entre el XII y el XIII Congreso),* PCE sin fecha.
PÉREZ PÉREZ, José Antonio, «Una sociedad en transformación (1982-1996)», en Pere Ysàs (ed.), *Dossier: La época socialista: política y sociedad (1982-1996), Ayer* 84 (2011), Madrid.
PÉREZ QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo (eds.), *Memoria ciudadana y movimiento vecinal, Madrid, 1968-2008,* Madrid, La Catarata, 2009.
PÉREZ SERRANO, Julio, «Experiencia histórica y construcción social de la memoria: la transición española a la democracia», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* 3 (2004).
PETRAS, James, *El informe Petras. Padres e Hijos. Dos generaciones de trabajadores españoles,* consultable en

http://www.inventati.org/ingobernables/textos/anarquistas/informe-petras.pdf.

PINILLA, Alfonso, *El laberinto del 23F, lo probable, lo imposible y lo imprevisto en la trama del golpe,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2010.

PLATÓN, *La República,* Madrid, Alianza, 2015.

POWELL, Charles, *El piloto del cambio. El rey, la monarquía y la transición a la democracia,* Barcelona, Planeta, 1991.

PREGO, Victoria, *Así se hizo la transición,* Madrid, Plaza y Janés, 1995.

PRESTON, Paul, *Franco. Caudillo de España,* Barcelona, Grijalbo, 1994.

PRIESTLAND, David, *Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo,* Barcelona, Crítica, 2010.

PRIETO, Carlos *et al., IKE, retales de la reconversión,* Madrid, Ladinamo Libros, 2004.

QUIROSA, Rafael y FERNÁNDEZ, Mónica, *Poder local y transición a la democracia en España,* Almería, CEMCI, 2010.

RAMIRO FERNÁNDEZ, Luis, *Cambio y adaptación en la izquierda. La evolución del Partido Comunista de España y de Izquierda Unida (1986-2000),* Madrid, CIS-Siglo XXI de España, 2004

RAMIRO, Luis, «Crisis y adaptación organizativa del Partido Comunista de España y creación y evolución de Izquierda Unida», *Papeles de la FIM* 24 (2006), Madrid.

REIG TAPIA, Alberto, *Franco, Caudillo. Mito y Realidad,* Madrid, Tecnos, 1996.

RENDUELES, César, *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital,* Madrid, Capitán Swing, 2013.

RICOEUR, Paul, *La memoria, la historia, el olvido,* Madrid, Trotta, 2003.

RIQUER, Borja de, *Historia de España. Vol. IX: La dictadura de Franco,* Barcelona, Crítica, 2010.

RODRÍGUEZ, Emmanuele, «Podemos o el problema del partido», 11 de febrero de 2015, en http://www.eldiario.es.

RODRÍGUEZ, Jesús, «Aznar, la reinvención de un presidente», en http://elpais.com/especiales/2014/aznar-la-reinvencion-de-un-presidente/creditos.html.

SÁNCHEZ CUENCA, Ignacio, *Años de cambios, años de crisis. Ocho años de gobiernos socialistas, 2004-2011,* Madrid, La Catarata, 2012.

SÁNCHEZ LEÓN, Pablo y JEREZ, Ariel (coords.), *Partidos, militantes y ciudadanos,* 26 de mayo de 2014, en http://www.espacio-publico.com/partidos-militantes-y-ciudadanos-en-la-crisis-de-representacion.

SÁNCHEZ SOLER, Mariano, *Baltasar Garzón, Tigre de Papel,* Madrid, Foca, 2006.

SARTORIUS, Nicolás, «Por qué soy partidario de ratificar Maastricth», *El Mundo,* 12 de septiembre de 1992.

SASSOON, Donald, *Cien años de socialismo,* Barcelona, Edhasa, 2001.

SOTO CARMONA, Álvaro, *Transición y cambio en España, 1975-1986,* Madrid, Alianza, 2005.

—, «El conflicto como respuesta social pero también política», en Álvaro Soto Carmona y Abdón Mateos López (dirs.), *Historia de la época socialista en España: 1982-1996,* Madrid, Sílex, 2013.

SVERLO, Patricia (pseudónimo de Rebeca Quintans), *Un Rey golpe a golpe,* Donosti, Ardi Beltza, 2000.

TAIBO, Carlos, *Hablando de Izquierda Unida,* Madrid, Fundamentos, 1997.

—, *Crisis y cambio en la Europa del Este,* Alianza, Madrid, 1995.

—, *La explosión soviética,* Espasa, Madrid, 2000.

THOMPSON, E. P., *Miseria de la Teoría,* Barcelona, Crítica, 1981.

TORRES LÓPEZ, Juan, «Aquel Tratado de Maastricht», en http://juantorreslopez.com/impertinencias/aquel-tratado-de-maastricht/.

TRAVERSO, Enzo, *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política,* Madrid, Marcial Pons, 2007.

TREGLIA, Emanuele, *Fuera de las Catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero,* Madrid, Eneida, 2012.

TUSSELL, Javier, *El Aznarato, el gobierno del Partido Popular, 1996-2013,* Madrid, Aguilar, 2004.

UMBRAL, Francisco, *La Década Roja,* Barcelona, Planeta, 1993.

URBANO, Pilar, *La gran desmemoria. Lo que el Suárez olvidó y el Rey prefiere no recordar,* Barcelona, Planeta, 2014.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, *La Aznaridad. Por el imperio hacia Dios y por Dios hacia el imperio,* Madrid, Mondadori, 2004.

—, *Mis almuerzos con gente inquietante,* Madrid, Público, 2009.

—, *Obra periodística II y III,* Madrid, Debate, 2013.

VEGA, Rubén, «Un balance de la reconversión naval en Asturias, la trayectoria de los trabajadores excedentes», en VVAA, *Cruceiro de sociedades, Asociaciones gallega y asturiana de sociología,* Santiago de Compostela, 1993.

—, «El PCE asturiano en el Tardofranquismo y la Transición», en F. Erice (coord.), *Los comunistas en Asturias 1920-1982,* Gijón, TREA, 1996.

—, «La relación con CCOO», *Papeles de la FIM* 24 (2006), Madrid.

VVAA, *La izquierda y Europa, Una aproximación crítica al Tratado de Maastricht,* Madrid, IU-La Catarata, 1992.

VVAA, *La rebelión de los indignados. Movimiento 15M: democracia,* Madrid, Popular, 2011.

WOODWORTH, Paddy, *Guerra Sucia, manos limpias: ETA, el GAL y la democracia española,* Barcelona, Crítica, 2002.

YSÀS, Pere,«Cambio y continuidades: tres lustros de gobiernos socialistas», en Pere Ysàs (ed.), *Dossier: La época socialista: política y sociedad (1982-1996), Ayer* 84 (2011), Madrid.

ZUBOK, Vladislav M., *Un imperio fallido: la Unión Soviética durante la Guerra Fría,* Barcelona, Crítica, 2008.



Julio Anguita en 1978. Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del PCE.



Encuentro festivo de militantes del PCE de Córdoba en abril de 1979. Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del PCE.



Julio Anguita en la campaña electoral a la alcaldía de Córdoba en abril de 1979. Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del PCE.



Toma de posesión de Julio Anguita como alcalde de Córdoba en abril de 1979. Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del PCE.



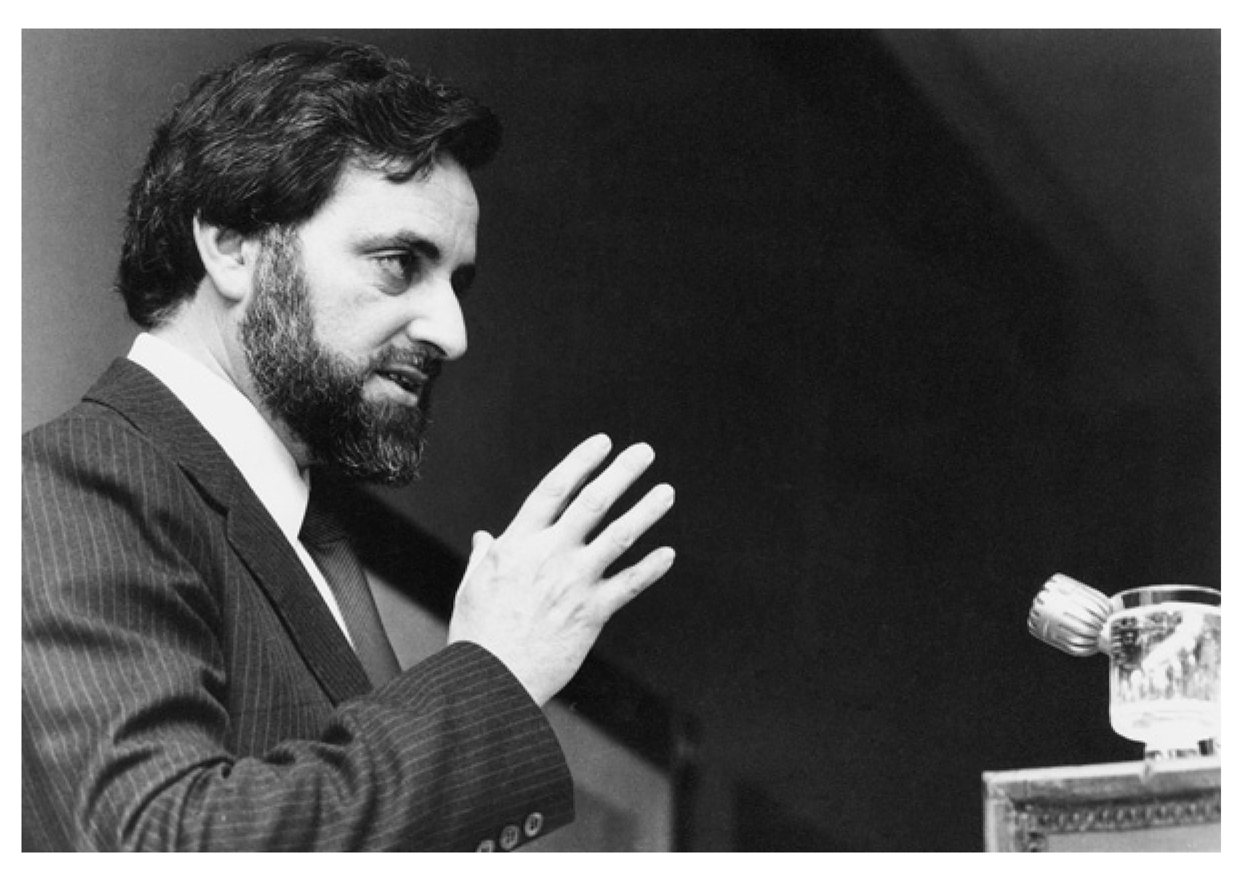
Julio Anguita en su despacho de la alcaldía de Córdoba en febrero de 1980. Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del PCE.



Julio Anguita visita unos descampados de Córdoba en marzo de 1980. Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del PCE.



Mitin de Santiago Carrillo en Córdoba en octubre de 1982. En segundo plano Antonio Kindelán y Julio Anguita. Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del PCE.



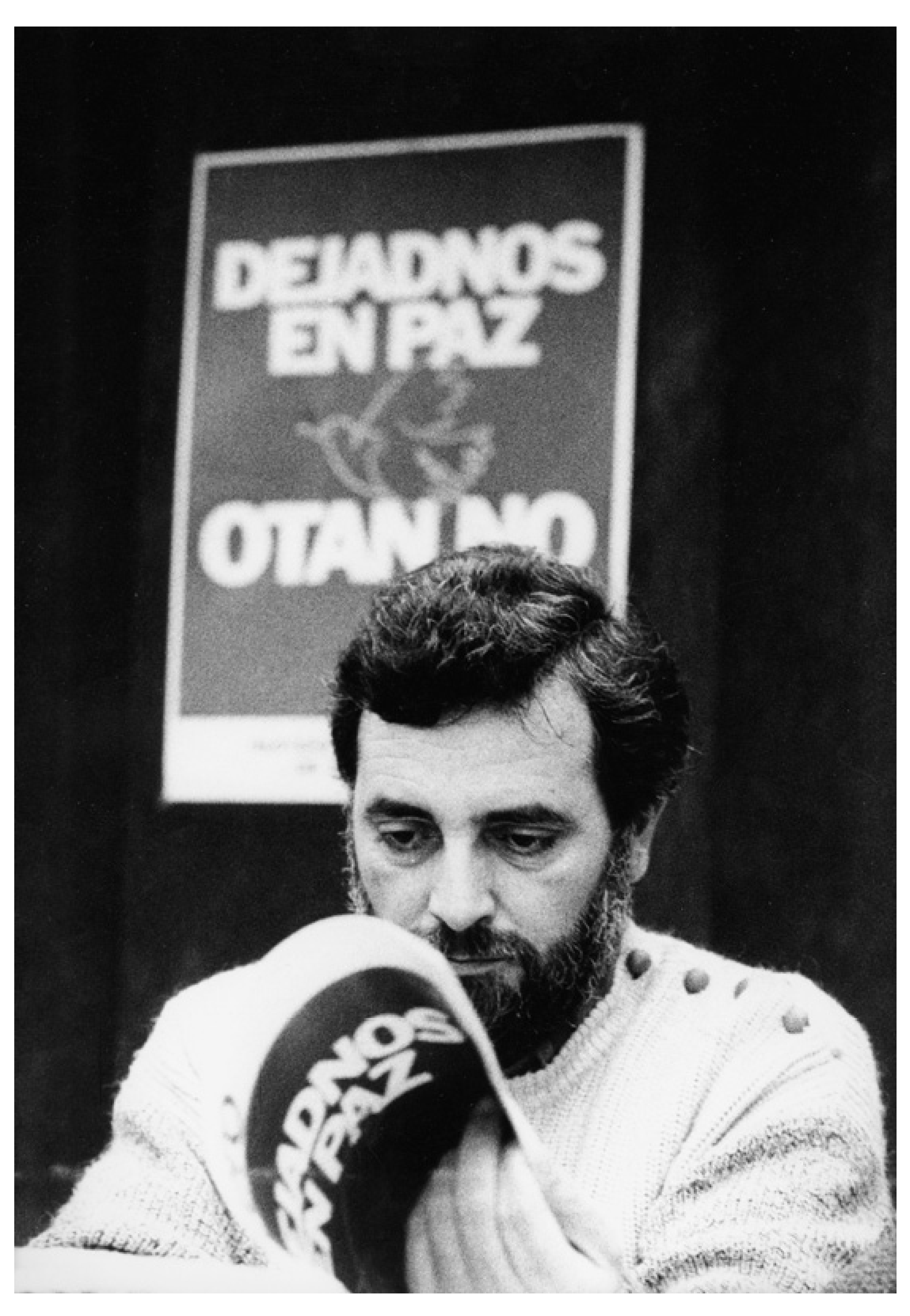
Julio Anguita interviene en el Club Siglo XXI en noviembre de 1984. Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del PCE.



Mesa redonda en la Fiesta del PCE en la Casa de Campo en junio de 1985. En el centro Julio Anguita, a la derecha, en el extremo de la mesa, Felipe Alcaraz, a la izquierda Pedro J. Ramírez. Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del PCE.



Mesa de la Conferencia Nacional del PCE celebrada en febrero de 1986. Gerardo Iglesias saluda a Enrique Curiel. A un lado Dolores Ibárruri. A otro Julio Anguita y Nicolás Sartorius. Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del PCE.



Julio Anguita ojea *Mundo Obrero* en la Conferencia Nacional del PCE de febrero de 1986. Tras él un cartel pidiendo el no para el referéndum de la OTAN. Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del

PCE.



Julio Anguita en un mitin electoral de Izquierda Unida-Convocatoria por Andalucía en Córdoba durante las elecciones generales y andaluzas celebradas en junio de 1986. Fondo Fotográfico del

Archivo Histórico del PCE.



Julio Anguita con Nicolás Sartorius en febrero de 1988. Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del PCE.



Julio Anguita elegido secretario general del PCE en el XII Congreso del partido celebrado en febrero de 1988. Tras él, de derecha a izquierda, los dirigentes Gerardo Iglesias (ex-secretario general), Francisco Frutos, Pedro Marset y Antonio Herreros. EFE/Daniel Blanco/aa.



Dirigentes del PCE ante la tumba de Julián Grimau en el aniversario de su muerte en el cementerio civil de Madrid, abril de 1988. Entre ellos Paco Barrios (junto a la tumba), Julio Anguita, Víctor Díaz Cardiel (tras él) y Francisco Frutos, Simón Sánchez Montero y Francisco Romero Marín (a la izquierda). Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del PCE.



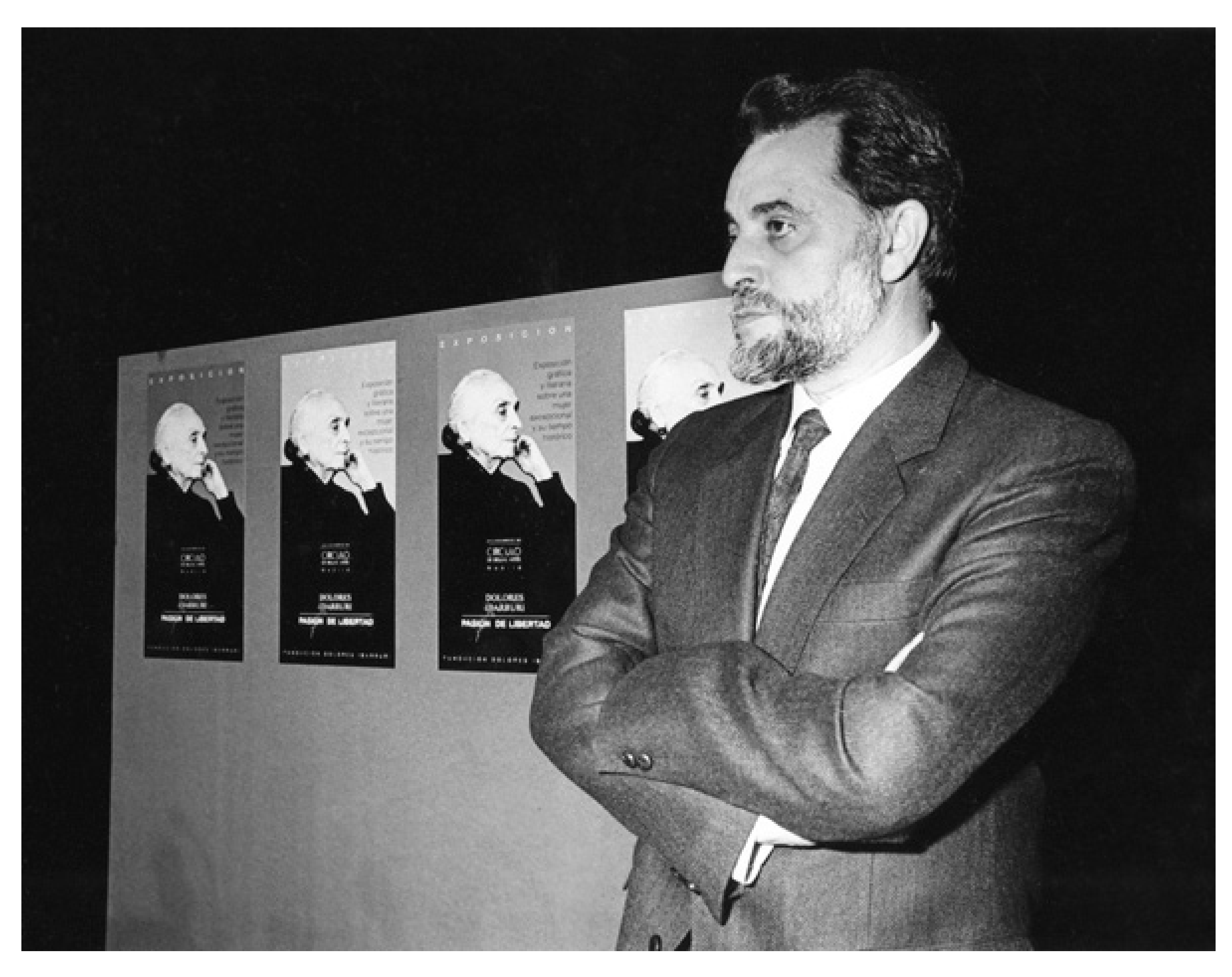
Presentación del libro de Rafael Ribó en Madrid, mayo de 1988. De derecha a izquierda: Nicolás Sartorius, Marcelino Camacho, Rafael Ribó, Ignacio Gallego, Julio Anguita, Manuel Vázquez Montalbán y Santiago Carrillo. Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del PCE.



Julio Anguita y Gerardo Iglesias se entrevistan con Erich Honecker, presidente de la RDA, en 1988, meses antes a la caída del Muro de Berlín. Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del PCE.



Julio Anguita interviene en un acto conjunto con el Partido Comunista Portugués. Sentados: Alvaro Cunhal, Secretario general del PCP (izquierda) y Salvador Jové (derecha). Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del PCE.



Julio Anguita en la exposición sobre Dolores Ibárruri *Pasión de libertad,* febrero de 1992. Fondo Fotográfico del Archivo Histórico del PCE.



Intervención de Julio Anguita en la III Asamblea Federal de IU celebrada en mayo de 1992, después del enconado debate sobre el Tratado de Maastricht y de ser reelegido coordinador de IU por un ajustado 60 por 100 de los votos. Tras Julio Anguita, dirigentes de IU, entre ellos Ángeles Maestro. EFE/Kote Rodrigo/rsa.



Julio Anguita recibido en audiencia por el rey Juan Carlos I en el Palacio de la Zarzuela en noviembre de 1994. EFE/Angel Millán/RSG.



Julio Anguita durante su discurso en la Fiesta del Partido Comunista de la Casa de Campo de Madrid celebrada en septiembre de 1995. EFE/J. M. Pastor/rba.



Julio Anguita a punto de intervenir en el Pleno del Congreso de los Diputados en julio de 1995 para pedir explicaciones al presidente del gobierno Felipe González por el caso de los GAL. Al lado parte

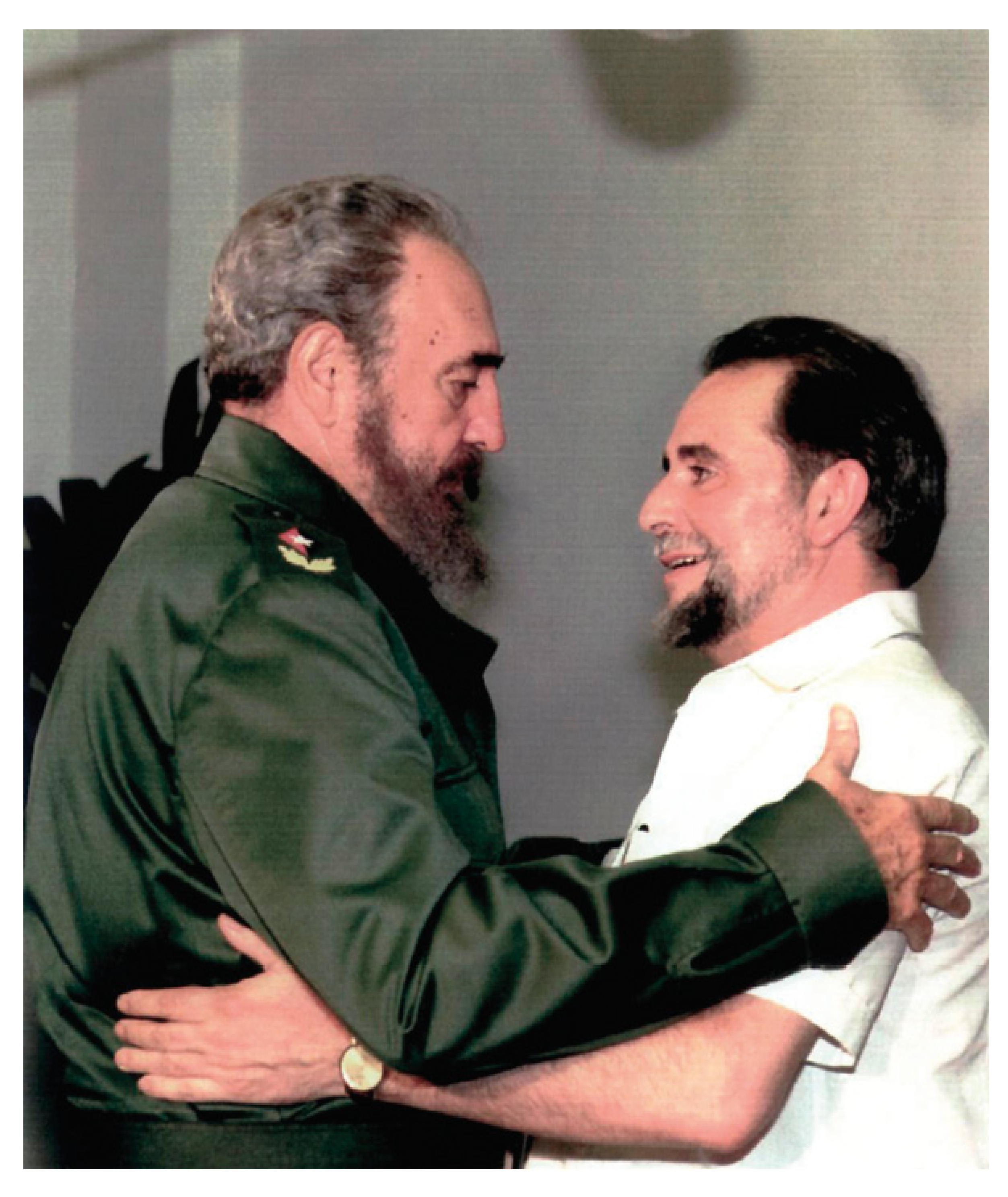
de la bancada socialista con (de abajo a arriba y de izquierda a derecha) Felipe González, Joaquín Almunia, Jesús Caldera, Ramón Rubial y Narcís Serra. EFE/Barriopedro/rba.



Julio Anguita conversa con los jueces de la Audiencia Nacional, Javier Gómez de Liaño y Baltasar Garzón, ambos muy activos en el caso GAL, durante la asistencia a la representación de *Luces de Bohemia* en Madrid, octubre de 1996. EFE/Kote Rodrigo.



Julio Anguita con José María Aznar, presidente del gobierno, durante la recepción ofrecida el 6 de diciembre de 1996 en el Congreso de los Diputados con motivo del decimoctavo aniversario de la Constitución. EFE/Kote Rodrigo.



El presidente cubano, Fidel Castro, recibe a Julio Anguita en el Palacio de la Revolución, en La Habana, en julio de 1996. EFE/José Goitia.



Cristina Almeida, dirigente de Nueva Izquierda, levanta el brazo de Julio Anguita en señal de apoyo en el de cierre de campaña en Madrid en víspera de las elecciones generales de marzo de 1996. Apenas un año después se produciría la salida de Nueva Izquierda. EFE/Ángel Díaz.



Manifestación convocada en Madrid en contra del denominado «medicamentazo» en marzo de 1998. En la pancarta, Julio Anguita flanqueado por el secretario general de UGT Cándido Méndez (izquierda) y el secretario general de Comisiones Obreras Antonio Gutiérrez (derecha). EFE/Paco Campos.



Julio Anguita conversa con el histórico dirigente de CCOO Marcelino Camacho en el XV Congreso del PCE celebrado en 1998. EFE/Angel Díaz.



Julio Anguita apoya y felicita a Francisco Frutos tras su elección como secretario general del PCE durante la clausura del XV Congreso del partido celebrado Madrid en diciembre de 1998.Tras ellos Antoni Lucchetti, secretario general del PSUC Viu. EFE/Ángel Díaz.



Mitin conjunto de Julio Anguita y José Saramago sobre «Alternativas al neoliberalismo», celebrado en Cáceres el 24 de febrero de 1999. Foto de Lorenzo Cordero, cedida por *Diario Hoy* de Extremadura.



Julio Anguita durante el mitin de fin de campaña de IU en la Casa de Campo para las elecciones autonómicas, municipales y europeas de junio de 1999. EFE/Bernardo Rodríguez.



Reunión en marzo de 1999 de una delegación de IU encabezada por Julio Anguita con representantes del movimiento social por el diálogo y la paz en Euskadi, Elkarri. A la izquierda de Julio Anguita, Víctor Ríos, coordinador de la Presidencia de IU, a su derecha, Rosa Aguilar, portavoz de IU en el Congreso de los Diputados. EFE/Ramón Castro.



Julio Anguita apoya en Oviedo a Gaspar Llamazares como candidato a sucederle en la coordinación general de IU, septiembre de 2000. EFE/J.L.Cereijido.



Julio Anguita se incorpora a la actividad docente en el Instituto de Enseñanza Secundaria Blas Infante de Córdoba en diciembre del 2000, después de veinte años dedicado a tiempo completo a la

actividad política. EFE/Olga Labrador.



Acto por la III República en Carmona, «La Tercera República, ¿por qué?».



Acto público de presentación de las Marchas de la Dignidad del 22M, celebrado en Mérida en enero de 2014. En la foto Julio Anguita al lado del dirigente del Sindicato Andaluz de Trabajadores Diego

Cañamero. Detrás, activistas de los Campamentos Dignidad de Extremadura, entre ellos Manuel Cañada. Foto cedida por Felipe Cabezas Granado.



Julio Anguita se autoinculpa por la ocupación del abandonado colegio público Rey Heredia que el movimiento Acampada Dignidad realizó para destinar las instalaciones a fines sociales, enero de

2014. Foto cedida por Acampada Dignidad Córdoba.



Julio Anguita con los dirigentes de Podemos, Pablo Iglesias y Juan Carlos Monedero, en el I Foro Social, organizado por el Frente Cívico en Córdoba en marzo de 2014. Foto cedida por Juan García Ballesteros.



Mitin celebrado en Málaga durante la campaña para las elecciones autonómicas andaluzas de marzo de 2015. En el centro Julio Anguita, a la derecha Antonio Maíllo, candidato a la presidencia de la Junta de Andalucía, a la izquierda Alberto Garzón, candidato a la presidencia del gobierno por IU. EFE/Jorge Zapata.



Julio Anguita y Juan Andrade en una de las entrevistas que mantuvieron. Córdoba, octubre de 2014.
Foto cedida por Juan Francisco Blanco, de www.enblanco.eu.

Document Outline